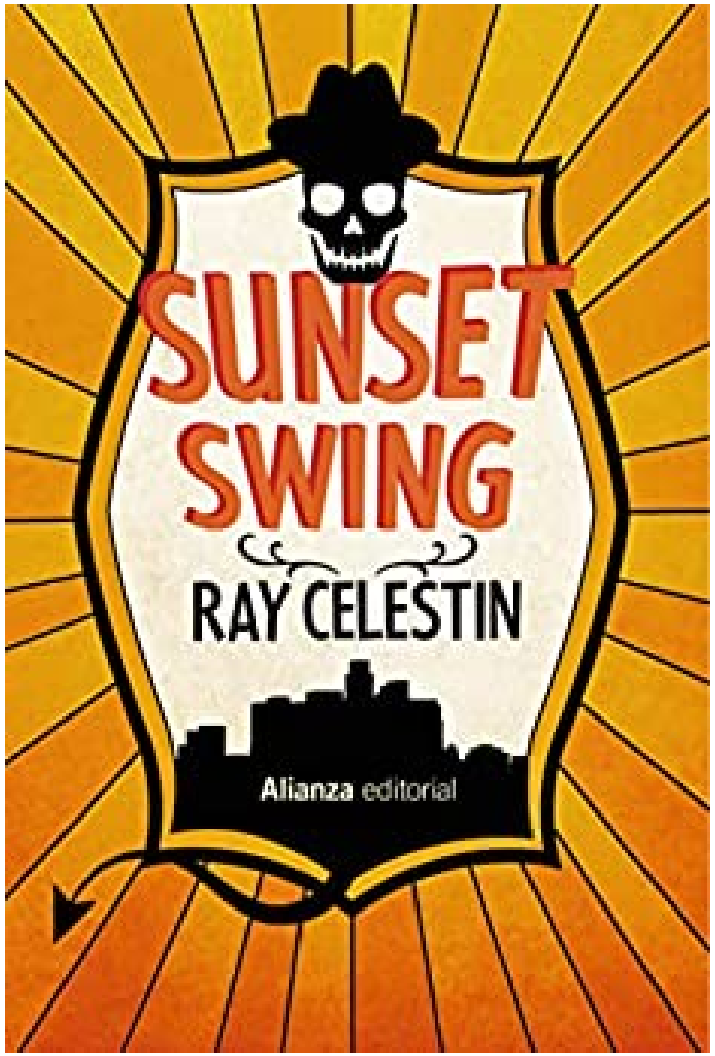
SUNSET
SWING
RAY CELESTIN
Alianza editorial

Ray Celestin

Sunset Swing

Traducido del inglés por Mariano Antolín Rato

Alianza editorial

NOTA SOBRE EL TÍTULO

Se ha mantenido el título original debido a las dificultades que supone traducir todos sus matices. Como la novela se desarrolla en Los Ángeles (California), *Sunset* parece referirse al famoso Sunset Boulevard, símbolo del glamur de Hollywood. Pero quizá pretenda sugerir la decadencia de sus principales protagonistas, ya que *sunset* es «puesta de sol», «ocaso». La famosa película de Billy Wilder *Sunset Boulevard* (en español estrenada con el wagneriano título de *El crespúsculo de los dioses)* apunta en esos dos sentidos.

Swing es un término con origen en el jazz. Como declaró Louis Armstrong (personaje fundamental de la novela): «Si no lo sientes, nunca sabrás qué es».

Para Julia

«Tras una compra y venta febril de terrenos, la costa se ha transformado por completo y resulta irreconocible. Cada casa que se construye, mayor y más lujosa, impide la vista de sus vecinas según una especie de desenfrenada competición […] Los promotores han demolido Santa Mónica impidiendo que se restaure […] Una vez perdido, un paraíso nunca se puede recuperar.»

LAWRENCE CLARK POWELL,
Bibliotecario de la Universidad de California
en Los Ángeles, 1958

«Este es un paisaje de deseo […] Más que en casi ninguna otra concentración importante de población, la gente vino al sur de California a consumir el medio ambiente en lugar de a producir a partir de él.»

HOMER ASCHMANN,
Geógrafo, 1959

Parte uno

A solas juntos

Diciembre de 1967

Los Angeles Times

EL DE MAYOR CIRCULACIÓN DEL OESTE

Última edición del viernes

VIERNES, 15 DE DICIEMBRE DE 1967
80 PÁGINAS DIARIAS, 10c

~

NOTICIAS LOCALES

~

SE ATRIBUYE A «EL MATARIFE NOCTURNO» UNA TERCERA VÍCTIMA

Nick Thackery
Redactor de sucesos

SILVER LAKE – Ayer tarde se encontró a un hombre brutalmente asesinado según una matanza ritual que la policía dijo podría estar relacionada con los otros dos asesinatos anteriores del «Matarife Nocturno». Inspectores del Departamento de Policía de Los Ángeles identificaron a la última víctima como Anthony Butterfield, de 43 años, ingeniero del Programa de Aviación Avanzada de la Lockheed. Un amigo encontró el cuerpo del señor Butterfield a última hora de la tarde del jueves en la casa de la víctima.

Hubo informes de que el mismo símbolo de un crucifijo visto en los dos asesinatos anteriores se encontró trazado con tiza en el interior de la vivienda, aunque los policías presentes en la escena del delito se negaron a confirmarlo. El único comentario hecho al respecto por el inspector Robert Murray, del

Departamento de Policía de Los Ángeles, fue que el asesinato «parecía ritual. Como los otros». También él rehusó comentar la naturaleza exacta de la muerte con la autopsia aún pendiente.

El recientemente nombrado forense del condado, doctor Thomas T. Noguchi, llegó a primera hora de la noche. Dejó la casa una hora después, pero se negó a responder a las preguntas de los numerosos informadores.

Consternación en el vecindario

Los residentes cercanos se congregaron en sus jardines durante las horas de la tarde y noche contemplando los movimientos de la policía y otros funcionarios en los alrededores de la casa y jardín de la víctima. Lo sucedido remitía a los dos asesinatos anteriores, y todo el vecindario temía por su propia seguridad. A pesar de que la investigación lleva en marcha desde octubre, no se ha detenido a nadie, aunque la policía manifestó que se está siguiendo la pista de varios posibles sospechosos.

En los dos asesinatos anteriores no se encontraron armas ni estupefacientes en la escena del crimen, y no pareció que faltara nada, lo que sugiere que el motivo no era el robo. No está claro que este último asesinato también se atenga a ese modelo.

Víctimas hasta el momento

1)Mark McNeal, 28 años, médico en el Hospital General de Los Ángeles, asesinado en su casa de Manhattan Beach el 15 de octubre.
2)Danielle Landry, 23 años, actriz, asesinada en su apartamento de West Hollywood el 22 de noviembre.
3)Anthony Butterfield, 43 años, ingeniero, asesinado en su casa de Silver Lake en las primeras horas de la mañana del jueves 14 de diciembre.

Conflicto jurisdiccional

Este último asesinato eleva a tres el número de cuerpos de seguridad implicados en el caso, pues cada uno de los delitos se cometió en una jurisdicción diferente: el asesinato del señor Butterfield en Silver Lake queda en el ámbito del Departamento de Policía de Los Ángeles. El asesinato de Ms. Landry en West Hollywood queda a cargo del Departamento del Sheriff, y el asesinato del señor McNeal al del Departamento de Policía de Manhattan Beach. Inspectores presentes en la escena del crimen se negaron a comentar hasta qué punto cooperaban los tres cuerpos entre ellos.

Pásese por favor a la página B, col. 3.

1

Martes, 19 de diciembre

Los Ángeles era sol; Los Ángeles era oscuridad. Los Ángeles era el sueño dorado y la promesa no cumplida. Era autopistas y atascos, desfiladeros y esmog, estrellas arrancadas del cielo y sepultadas en las aceras. Era siete millones de almas soñando el sueño, vagabundos, estafadores y políticos corruptos. Los Ángeles era el lugar al que venían los blancos para comprobar que no quedaba sitio. Para la policía era un campo de batalla; para los delincuentes, un terreno de juego, y para los residentes en Watts, «Alabama empeorado». Misisipi con palmeras. Los Ángeles era donde podías conducir el día entero y no llegar nunca, una ciudad conectada y diseccionada por autopistas que se retorcían como serpientes en la noche. Era tanto saqueadora como saqueada. Los Ángeles crecía con contratos del ejército y la pulsión de muerte de la Guerra Fría, pero engañaba al mundo haciendo que pensase que era el negocio del glamur. Los Ángeles era la hermosa mentira.

Y puede que fuera por esto por lo que, como millones de otras personas, Kerry Gaudet tenía la sensación de que conocía Los Ángeles antes incluso de poner los pies allí. Pero cuando sus sesenta dólares ahorrados para el vuelo la trajeron desde Spokane y se bajó del avión, notó algo más de lo que se había enterado por los programas de la tele y las revistas ilustradas; tuvo la sensación de cierta fricción en el aire, de que algo pendía de un hilo, de cierta locura. Y podría asegurar que los demás pasajeros también lo sentían. Los Ángeles era tan histérica como Saigón.

Kerry cogió su bolsa de la cinta transportadora, alquiló un Oldsmobile Cutlass en la delegación de Hertz y condujo hasta el motel que le había reservado la agencia de viajes. Estaba

enclavado entre almacenes y talleres en un tramo lúgubre de Culver City, justo a un costado de la 405. El motel era de estilo indio, y sus cabinas de cemento tenían forma de tiendas indias, de modo que parecía como si una tribu de siux hubiera acampado allí mismo a la sombra de la autopista.

Se quitó la cazadora militar, se untó crema para quemaduras en el cuello y pecho y tomó dos codeínas para calmar el dolor. Se puso unos pantalones capri, unas deportivas y una camiseta de algodón, que se pegó a la crema para quemaduras. Aunque en su cabina había teléfono, salió del motel para utilizar el teléfono público del otro lado de la calle y llamar al hombre del que le habían hablado sus colegas en Vietnam. Él se mostró de acuerdo y le dijo un lugar donde verse antes de colgar. Ella dejó el auricular y sintió un ramalazo de miedo. Solo entonces rezó para que pudiera confiar en el hombre.

Cruzó de vuelta a su tienda india y se detuvo un momento para mirar el cartel gigante que se alzaba imponente en los terrenos del motel, tapando parcialmente la rugiente autopista que circulaba detrás. Tenía pintadas arboledas de naranjos y viejas grúas, playas idílicas y autopistas resplandecientes, las letras de Hollywood y ondulantes montañas verdes. Una pareja cabalgaba en aquel paisaje, y aunque solo aparecían sus siluetas, Kerry tuvo la sensación de que eran felices y estaban sanos, equilibrados. Debajo figuraba el eslogan municipal de la ciudad: *¡Todo eso pasa a la vez en Los Ángeles!*

Pasó un estruendoso camión que hizo trepidar el cartel.

DE VUELTA A SU HABITACIÓN, Kerry vació su saco del ejército y se encaminó con él al Cutlass. Cogió el plano de Los Ángeles de la guantera y encontró dónde se suponía que iba.

Dobló al norte de la 405. Vio pasar el parpadeo de la ciudad, la luna que la bañaba con una luz blancuzca. Aquel espasmo en el aire una vez más, aquel viento febril. Se le ocurrió que podía ver granos de arena proyectados en la noche y que trazaban estelas en la oscuridad.

Cruzó el paso Sepúlveda entre las montañas, salió al otro lado, doblando al este, y llegó al lugar del encuentro: el

aparcamiento del Big Donut para coches en la esquina de la Kester Avenue y Sherman Way. El lugar estaba desierto, un páramo de asfalto interrumpido únicamente en el centro por el puesto donde se atendía sin bajarse del coche, con el techo adornado por un dónut gigante de cemento. Kerry comprobó la hora; llegaba demasiado pronto.

Aparcó. Esperó. Se inquietó. Bajo la camiseta, la crema para quemaduras le resultaba pegajosa y picante, una sensación que volvió a traer los ecos de pesadilla de la tormenta de fuego de todas aquellas semanas atrás. Se reajustó la camiseta y la piel se le peló y empezó a picarle. Examinó los alrededores, sintiéndose cohibida y preguntándose si parecería sospechosa.

Su mirada aterrizó en el dónut gigante de cemento incrustado encima del puesto donde se atendía. El agujero central revelaba un círculo de cielo nocturno desprovisto de estrellas por la contaminación lumínica y la contaminación propiamente dicha. Kerry se quedó mirando el anillo de cemento vacío y se preguntó qué vistas se estaba perdiendo. En algún punto más allá del esmog, las constelaciones continuaban describiendo su vasto giro en torno a Polaris, las nebulosas destellaban, y los cometas atravesaban la oscuridad inalterable.

Buscó en la radio y recorrió el dial hasta que una canción se impuso a la estática —«Alone Together» [«Juntos a solas»], de Chet Baker—, una lenta y triste canción de jazz que su padre acostumbraba a oír en la antigua casa familiar de Gueydan cuando Kerry y Stevie eran niños, antes de que su madre se largara y su padre se internara en el pantano y se saltara la tapa de los sesos con una Ithaca Pump. Inmediatamente después a Kerry y Stevie les obligaron a dejar la casa familiar y a seguir un largo y doloroso camino por casas de acogida y orfanatos de Vermilion Parish, Luisiana.

Y ahora Stevie había desaparecido. Arrebatado por la oscuridad que planeaba sobre aquella extraña y desperdigada ciudad. Su último pariente vivo, con el que había atravesado el infierno.

Chet Baker terminó la canción con un susurro, pero los salobres recuerdos de Luisiana continuaron inundando la

mente de Kerry, envueltos en las lentas e incansable mareas del pantano. Se le ocurrió una vez más que podía ver granos de arena, ahora arremolinándose por el asfalto, quedando fijos durante un instante con la forma brillante de una onda.

Un Lincoln Continental entró en el aparcamiento. Todo negro y plata impecables, brillando como un tiburón. El pecho se Kerry se tensó. El Continental rodó lentamente, giró. Sus faros barrieron el suelo. Ella alzó una mano cautelosamente. El coche se detuvo en la plaza contigua a la suya y de él bajó un hombre, que sacó una bolsa grande del maletero. Dio un rodeo y se metió en el asiento del acompañante del coche de Kerry.

Era japonés, o coreano, quizá, llevaba un traje azul celeste con un clavel rosa en la solapa y el pelo con raya a un lado y embadurnado de una gomina que olía de modo parecido a la crema para quemaduras de Kerry. Sus rasgos eran angulares, severos, casi como si hubieran sido tallados a navaja.

Kerry saludó con la cabeza al hombre, tratando de disimular lo tensa que estaba. Él devolvió el saludo y echó una ojeada a las cicatrices de la cara de Kerry, sorprendido por su aspecto. ¿Cuántas veces había vendido su mercancía a mujeres desfiguradas de apenas veinte años?

—¿Lo encontraste fácilmente? —preguntó.

—Claro.

Ella paseó la vista por el aparcamiento vacío y se preguntó por qué le había pedido que se vieran allí. No podían resultar más evidentes ni a propósito.

—Conozco a los dueños —dijo él, como si le leyera el pensamiento—. Y los dónuts son buenos.

Abrió la bolsa, sacó un Colt del 38 con armazón de aluminio, una Ithaca Pump modelo de la policía, cajas de balas y proyectiles. Ella comprobó las armas para asegurarse de que habían borrado los números de serie, fijándose en que habían limado las miras de la parte delantera del Colt. Pasó una mano por la escopeta, el negro de cuyo cañón brillaba. Pensó brevemente en su padre, y vio su cuerpo aún flotando en el pantano. Lo introdujo todo en su saco del ejército.

—¿Trae también el otro material? —preguntó.

El hombre asintió. Rebuscó y sacó dos frascos de pastillas

con Dilaudid suficiente para mantener a raya el dolor durante el tiempo que durase su estancia.

—Gracias —dijo ella.

—Si quieres algo más, te lo puedo conseguir: costo, ácido, coca, caballo, metacualona, bencedrina, metedrina, poppers, STP, MDA.

—Eso solo, gracias. ¿Cuánto le debo?

Aquel era el momento que le había estado preocupando, pero ahora que conocía al hombre, sabía que él no trataría de robarle o de algo peor.

Le pagó lo indicado. Era casi la mitad del dinero que llevaba encima, pero sacó su bolso y pagó sin regatear. Él le dio las gracias con un gesto de la cabeza.

—Bien, será mejor que me vaya —dijo él, abriendo la puerta —. Si necesitas algo más, solo tienes que marcar el número. Y ten cuidado, hay un asesino suelto por ahí.

Ella frunció el ceño al escucharlo, pero él no se detuvo a dar explicaciones.

2

AQUELLA NOCHE UN SANTA Ana barría la ciudad. Un viento del desierto. Empezaba en el Mojave, al este de Los Ángeles, y adquiría velocidad trayendo partículas de arena e iones positivos. Se precipitaba desde las montañas y recorría las grandes llanuras asfaltadas de la ciudad, llenándolas de arena y un irritante calor que crispaba los nervios. El porcentaje de delitos aumentaba. Los suicidios también. Los Ángeles oscilaba en el filo de una navaja.

Y eso pasaba en Fox Hills, en sus solitarias calles, en el porche de una casa donde Ida Young, sentada ante una tambaleante mesa plegable, encorvada sobre una máquina de escribir Remington, forcejeaba con sus memorias. Aquella noche el avance era especialmente difícil, e Ida lo atribuía al Santa Ana. Notaba su presencia incluso antes de oírlo trepidar en la calle, antes de que los coyotes empezaran a aullar, antes de que las lejanas colinas se pusieran a brillar, pues, aparte de todo lo demás, el Santa Ana provocaba incendios forestales.

Ida lo sabía. Estaba en la ciudad en 1957, cuando el viento sopló durante catorce días y alcanzó fuerza de huracán, y se ordenó a la gente que no saliera a la calle. Y estaba allí en 1961 y 1964, cuando los incendios forestales incontrolados destruyeron Bel Air y Santa Bárbara. Y solo el año anterior había muerto una docena de hombres que luchaban contra el fuego en las montañas de San Gabriel.

Aquella noche la ciudad herviría de violencia. Y en el porche de Ida en Fox Hills el viento enrrollaba el papel y secaba la tinta. Pensó en echar a perder la noche y tumbarse a dormir, pero el Santa Ana alteraba los miembros, hacía difícil la respiración.

Volvió a entrar en el chalé para servirse un bourbon y regresó al porche. Distinguió a lo lejos los faros de un coche

que doblaba hacia el bulevar Sepúlveda, con sus luces cortas alumbrando un camino en la noche que enfilaba su dirección. Habitualmente en noches como aquella, cuando la ciudad estaba sofocada por la inquieta malignidad del viento, Ida esperaba encontrarse involucrada en un asesinato, en medio de alguna escena de espantosa violencia. Pero ahora les tocaba a otras personas ocuparse del derramamiento de sangre. Ahora lo único que podía hacer ella era esperar pacientemente.

Ida siguió la dirección de los faros cuando destellaban y parpadeaban y luego desaparecían una vez más en la oscuridad. Sentada en la mecedora justo al lado de la puerta delantera, se inclinó hacia la mesa lateral y encendió la radio. Sintonizaba una emisora de jazz en la que estaba sonando una canción que conocía: «Alone Together», de Chet Baker. Una canción triste, toda días lluviosos y habitaciones de hotel y pena. Subió el volumen, escuchó la atormentada y hermosa trompeta y se preguntó qué habría sido del guapo y afligido hombre que la tocaba durante todos esos años; si estaría vivo aún, si encontró algún consuelo, si habría seguido el amargo camino de tantos otros intérpretes de jazz.

Los faros del coche reaparecieron, señales luminosas en la tierra alta. Aún a unas cuantas calles de distancia, pero todavía dirigiéndose hacia ella. Ida pensó en el revólver que tenía guardado en la casa. Imaginó el peso en su mano, los rebordes de su empuñadura. Luego le extrañó estar tan nerviosa. Puede que fuera el viento, puede que fuera el asesino que actuaba en Los Ángeles provocando una carnicería, dejando a toda la ciudad con el alma en vilo mucho antes de que soplara el Santa Ana. Ida no era inmune al miedo, aunque hubiera pasado por todo eso antes, décadas atrás en Nueva Orleans.

Desde que se había jubilado, pensaba cada vez más en su ciudad natal. Puede que se debiera a que estaba escribiendo sus memorias, pero en aquellos días, mirara adonde mirase, veía Nueva Orleans: en los campos, en los callejones, en el polvo al borde de al carretera. Una ciudad superpuesta a la otra. Incluso empezó a poblar el paisaje con personajes de los relatos populares del folklore de Luisiana que le habían contado de niña: los esqueletos *mystère* con sombreros de copa

y fracs, Jean Lafitte el pirata, los Hombres de la Aguja, los *loup-garou,* hombres lobo, Bras-Coupé con un solo brazo y su banda de esclavos fugitivos, que atacaba las plantaciones y era inmune a la muerte. Los imaginaba entretejidos en las sombras, ocultos detrás de contenedores, bajo las autopistas, atravesando deprisa aparcamientos vacíos moteados por luces de neón.

Ese era el problema cuando se escribían unas memorias. El tiempo se coagulaba. Los recuerdos rezumaban. Creyó que unas memorias le ayudarían a encontrar sentido a las cosas, a iluminar el camino que había seguido su vida, pero en lugar de eso la dejaban preguntándose con mayor intensidad que nunca cómo demonios había terminado donde estaba.

La canción se desvaneció en el siseo de la radio. El locutor inició una cháchara nocturna. Ida buscó su pitillera en la mesa de al lado, la encontró, encendió un cigarrillo.

Las luces bajas regresaron, claras, acechantes. Cortaron como una guadaña el extremo de la carretera. Ida estaba a punto de levantarse e ir a por su revólver cuando vio que los faros pertenecían a un coche patrulla del Departamento de Policía de Los Ángeles. Tomó otro trago de bourbon, dio otra chupada a su cigarrillo. El coche patrulla se detuvo justo delante de su casa. Se apeó una agente. Joven, blanca, pelirroja, labios carnosos. Se puso la gorra, se estiró, advirtiendo que Ida estaba en las sombras del porche. Sonrió y avanzó por el sendero del jardín.

—Buenas noches, señora. Estaba buscando a Ida Young.

—La encontró.

La agente asintió con la cabeza.

—Señora, me envía el inspector Feinberg.

—Le conozco.

Feinberg era subinspector de la sección de homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles. Un investigador bien dotado que nunca usaba el pragmatismo como excusa para tomar atajos. Ida le había dado trabajo una vez en su agencia a finales de los años cuarenta y desde entonces se hacían favores extraoficialmente el uno al otro.

—Ha habido un homicidio, señora. En el motel La Playa, en

San Pedro. El inspector Feinberg solicita su presencia.

Ida frunció el ceño. A lo largo de todos sus años de amistad, Feinberg nunca le había pedido que fuera a la escena de un crimen.

—¿Por qué? —preguntó.

—Es un poco complicado, señora.

—¿Quién es la víctima?

—Todavía estamos esperando su identificación.

—Bien, entonces no pueden saber que tenga relación conmigo; de modo que ¿por qué quiere el inspector que vaya a la escena del crimen?

—Como he mencionado antes, es un poco complicado, señora.

Ida examinó a la agente. La verdad, era solo una chica joven, insegura de sí misma, inquieta por la oscuridad, el silencio del barrio y la gruñona vieja que la interrogaba. Aquello retrotajo a Ida a décadas atrás, cuando ella una jovenzuela, cuando leía demasiadas revistas baratas y soñaba con ser policía sin tener en cuenta que estaba doblemente excluida, primero debido a su raza y debido a su sexo. Durante años le había avergonzado aquella ingenuidad. Solo en la edad madura se había enorgullecido de ello. ¿Cómo habría sido su vida de haber tenido las oportunidades de que gozaba aquella agente? ¿Habría sobrevivido tanto como había hecho?

—Deja de llamarme *señora* —dijo Ida por fin—. Soy una jubilada de sesenta y siete años con un vaso de whisky en la mano. Son las ocho y media de un martes por la tarde y sopla un Santa Ana. Vas a tener que decirme algo más que *es complicado* si quieres que deje mi porche.

Ida clavó la mirada en la agente. En la radio sonaban los primeros acordes de una *bossa nova.* La estática del Santa Ana crujía todo alrededor.

La agente soltó un suspiro, como si se hubiera librado de una presión interna.

—Se encontraron su nombre y dirección en un trozo de papel en la escena del crimen —dijo—. En posesión de la víctima.

El corazón de Ida dio un salto. Como una piedra tirada al

agua, describiendo ondas por su torso.

—El inspector Feinberg esperaba que usted pudiera darnos algún dato para identificar a la víctima —explicó la agente.

—¿Era mujer la víctima?

La agente frunció el ceño y luego asintió.

—¿Otra vez el Matarife Nocturno en acción?

—No, señora. Parece un asesinato de la Mafia en todo caso.

Más estremecimientos de miedo. Que la Mafia asesinara a mujeres era poco habitual. Casi. Un hilo delicado se había alargado por la ciudad, desde la habitación de un motel hasta la puerta de Ida. Hacerle el favor a Feinberg significaría salir a las calles, a la violencia y la hirviente oscuridad. Pero lo que de verdad preocupaba a Ida era la perspectiva de verse implicada en otra investigación. Prometió que nunca se volvería a acercar a ninguna.

—¿Señora? —preguntó la agente.

Ida dudó.

En algún punto lejano ladró un perro, se alzó humo y el Santa Ana gimió, anhelando el desierto una vez más.

3

Los Ángeles era el país de la heroína, un sueño de yonqui, una ciudad en un abrazo pacífico: los veranos interminables, las noches templadas, la oleada de luces que se desplegaba por los valles en el crepúsculo y encharcaba los pies de las colinas como una marea astral. Incluso en los mejores momentos eso hacía que Dante tuviera ganas de drogarse. Pero la cosa era mucho peor cuando soplaba el viento del desierto; las viejas tentaciones aumentaban, la sombra del dragón navegaba con la brisa. Dante llevaba cuarenta años sin drogarse, pero en las noches solitarias, inquietantes, como esta, podían haber sido perfectamente cuarenta minutos.

Mejor hacer la prueba y superarlo, en las autopistas, dentro del Thunderbird pintado de rojo fuego y con líneas de mercurio, el motor rugiendo, la ciudad gritando al pasar; sus sombras, sus cruces, sus ríos de luz, Los Ángeles resplandeciendo con su propia geometría. Pero entre el brillo merodeaban todo tipo de cosas feas: navajeros al acecho, estafadores maquinando, coyotes esperando tras cubos de basura y aullando. Y todos los que soñaban el gran sueño, con su fiebre espesándose con los remolinos de granos de arena del viento del desierto y la locura ambiente.

Dante conducía imperturbable el Thunderbird en medio de todo aquello, recostado en su asiento, contemplando los carteles indicadores gigantes que susurraban por arriba al pasar: Beverly Hills, Mar Vista, Santa Mónica. Los coches se deslizaban a los lados, con el dragón aferrado a su estela, entretejiéndose como un fantasma entre la circulación. Al norte se alzaban las montañas, a cada lado se agitaban palmeras, casas con sus ventanas iluminadas por el brillo blanquecino de aparatos de televisión y cuyos residentes, más listos que Dante, soportaban el remolino dentro de casa.

No era solo el Santa Ana lo que aquella noche le había reclamado a las autopistas. Tenía una cita con Nick Licata, el recientemente establecido jefe de la Mafia de Los Ángeles. La llamada había llegado aquella tarde al teléfono del almacén, y Dante había estado en tensión desde entonces. En los viejos tiempos habría sabido lo que significaba la convocatoria. Un trabajo. Despejar la escena de un crimen, perseguir una mercancía, unas pruebas, un gánster en fuga, conseguir un acuerdo entre exaltados que amenazaban con iniciar una guerra. Dante tenía habilidad para todo eso, tenía la pericia y sutileza calmada de las que carecían la mayoría de los mafiosos. Era uno de esos raros hombres capaces de distender una situación con una sonrisa.

Pero ahora a Dante solo le quedaban unos pocos años para cumplir los setenta, no había realizado un trabajo desde hacía meses, y había hecho saber a toda la ciudad que se había jubilado. Solo faltaba una semana para cerrar el asunto de los viñedos y entonces podría dejar definitivamente la ciudad. ¿Qué clase de trabajo podía tener Licata para un factótum tan mayor y gastado como Dante?

Cuando el viejo jefe había muerto en agoto, Nick Licata había ocupado el puesto en contra de los deseos de la mitad de los hombres, que pensaban que el trabajo debería corresponder a Jack Dragna Junior. Ahora había rumores de que la Mafia estaba a punto de dividirse. Y las Mafias, como los átomos, solo se dividen con violencia. Dante había pensado dejar la ciudad a tiempo de evitar los enfrentamientos. Ahora no estaba seguro de si la iba a dejar con una semana de retraso.

Encendió un Lucky y lanzó el Thunderbird por el túnel que pasaba bajo los acantilados, saliendo al otro lado de la autovía Pacific Coast. El océano se extendía a su izquierda con su superficie cristalina y quieta, inmersa por la escalofriante quietud que solo se abatía sobre él cuando soplaba el Santa Ana.

En la desviación hacia el Chautauqua Boulevard le rodeó la circulación, uniéndose a la cola de cometa formada por los faros del freno que hacían fila subiendo a Palisades. Comprobó su reloj. Había salido del almacén con tiempo de sobra para

matar el tiempo conduciendo, para despejar su mente con autopistas y humos de escape. Ahora solo quería terminar con ello.

Encendió la radio del coche y sintonizó una emisora que ponía jazz. Jazz de la Costa Oeste. Una canción lenta, solitaria, que reconoció de alguna parte. La melodía afilada como un bisturí, aunque aún imposiblemente cálida. Volvió a mirar el océano, y una historia oída hacía años afloró a su memoria: en los viejos tiempos, cuando soplaba el Santa Ana, los indios se arrojaban desde las colinas al agua para huir de su locura. Dante sabía que probablemente era una patraña. Había oído suficientes historias sobre los indios para considerar que la mayoría de ellas las habían inventado los blancos para los blancos. Como ahora los indios solo eran útiles como una especie de espejo deformante, su extraño reflejo confirmaba la precisión de la gente que ahora seguía en su sitio. Pero a pesar de eso, había algo en la historia que a Dante le gustaba, una perturbadora mezcla de fatalismo y libre albedrío.

La canción de la radio terminó.

—Y eso era «Alone Together» —dijo el locutor, su voz tan cálida como el bourbon—. Por el único e incomparable Chet Baker.

Ahora Dante recordó, Chet Baker. La gran esperanza blanca de la música de jazz. El chico con el aspecto de James Dean y el talento de Miles Davis. Dispuesto a comerse el mundo allá por la década de 1950. ¿Qué le había pasado? ¿Todavía estaba vivo? Dante recordó artículos de los periódicos de entonces. Detenciones por heroína, cárceles italianas, deportación, un escándalo con una princesa por medio. ¿Había conseguido Baker desengancharse de la heroína como Dante? ¿O le había hundido bajo sus agitadas aguas?

El atasco se diluyó y Dante se dirigió a las colinas por la carretera que se retorcía como una cinta en la oscuridad. Pasó junto a casas sobre pilotes, bosquecillos de eucaliptos y yucas. Tan pronto la ciudad se extendía a sus pies como de repente, al rodear una horquilla, desaparecía y daba paso a la visión del océano, que brillaba con la luz de luna.

Cuando se acercaba a su destino, se fijó en una hilera de

coches aparcados al lado de la carretera, parachoques contra parachoques todo el camino a lo largo del acantilado, la mitad de ellos tambaleándose peligrosamente cerca del borde. Encontró un espacio más adelante, aparcó y retrocedió andando hacia la mansión. Había una célula fotoeléctrica junto a la entrada, de modo que cuando se acercó las puertas se abrieron automáticamente.

Se detuvo y miró cómo se deslizaban lentamente hacia atrás. Pasadas las puertas estaban los jardines, con sus praderas bien regadas, palmeras y senderos que llevaban a todas partes. Había personas desperdigadas por la hierba, ya borrachas y colocadas. No del tipo que uno esperara encontrar en un festejo de la Mafia, pues eran jóvenes y guapas, a la última moda, frikis con glamur. Dante se preguntó si se habría equivocado de dirección, pero no era posible.

Más allá de los jardines estaba la propia casa, en forma de caja aplastada, estilo años cincuenta, toda amplias líneas despejadas, ventanas gigantes y deslumbrantes paredes de terrazo blanco, como si el arquitecto no hubiera estado seguro de si construía una casa de campo italiana o una galería de arte. En algún punto de aquel puro modernismo estaban Nick Licata y un grupito de despiadados mafiosos, el destino de Dante. Este intentó no pensar en indios arrojándose al Pacífico. Encendió otro Lucky y se dirigió a la refriega.

4

SUNSET STRIP BRINCABA Y se retorcía y hervía en la oscuridad. Sus cafés, tiendas de comida preparada y *drugstores* estaban muy animados y sus clubes nocturnos atronaban con música rock. Multitudes de vagabundos y marginados se apiñaban en las aceras, bebían de botellas en bolsas, reían con ojos como ovnis. Kerry no podía creer lo jóvenes que eran algunos de ellos —catorce, trece, doce, once años— y cuántos había. Como si todos los niños que habían huido al oeste del Misisipi hubieran terminado allí, en aquellos mismos sórdidos dos kilómetros y pico de franja no adscrita al condado de Los Ángeles.

Kerry se sintió agobiada: la vida y el color, la alegría, el ruido, la sangrienta bruma de las luces traseras de los coches, los carteles iluminados que se cernían sobre todo eso. Mientras Kerry había estado en Vietnam durante el último año y medio, allí había estado pasando todo eso. Como si el infierno en el que había vivido ella no importara, puede que ni siquiera existiese. Unos cuantos *hippies* que pasaban caminando llevaban puestas prendas del ejército de segunda mano junto a sus collares, y lo único en que podía pensar Kerry era en las veces que había tenido que desgarrar aquellas prendas para atender a un herido, para impedir que un soldado adolescente se desangrara antes de que se lo llevara un avión. Pero allí las mismas prendas solo eran un elemento de moda. Y uno irónico, además.

Cuando llegó a su destino, su moral disminuyó incluso más. La pensión no era más que un cartel encima de una puerta entre una licorería y un cabaré. La puerta se abría a unas mugrientas paredes blancas y una escalera de grasienta madera. Kerry sabía que el sitio sería sórdido, zaparrastroso, deprimente, pero la realidad todavía le descorazonó más.

Aquella era la pensión desde la que Stevie le había mandado su última carta, desde donde había desaparecido. Pasó la mano por la bolsa que llevaba al hombro y notó el Colt dentro, tranquilizadoramente pesado y real.

Subió la escalera y salió a una zona de recepción del tamaño de un sello de correos. Había una ventana que daba a la calle, una puerta a otra escalera, un par de sillas y un agujero en una pared cubierta por tela metálica donde se suponía que iba a estar el recepcionista. En lugar de eso había un trozo de papel sujeto con celo a la tela metálica: «Vuelvo en 10 minutos». Todo estaba moteado por el parpadeo de neón verde de un anuncio vertical en el exterior de la ventana.

Kerry se sentó en una de las sillas y vio parpadear el neón, que se encendía y apagaba, mientras notaba que el Dialudid se difundía por su corriente sanguínea y adormecía el dolor de las quemaduras pero no los recuerdos. Varias preguntas daban vueltas en su cabeza. Los mismos misterios que le habían estado hostigando desde que había desaparecido Stevie, no mucho después de que Kerry se hubiera ido a Vietnam para cumplir su primer periodo de servicio. Había estado tratando de dar con él desde entonces. Cartas y llamadas transoceánicas a departamentos de policía, servicios sociales, albergues.

—¿Sabe usted cuántos miles de chicos desaparecen cada año? —le dijo por teléfono una mujer de una organización benéfica—. Añadiremos su nombre a la lista.

Y luego, en noviembre, llegó aquella única carta, precisamente cuando Kerry estaba aislada en una cama del hospital de la base aérea Clark, todavía recuperándose de la bola de fuego. Había leído la carta tantas veces que se la sabía de memoria.

«Estoy metido en algo, Kerry. Importante de verdad. Tiene que ver con Luisiana y muchas más cosas. Tantas que no te lo creerías. Si no vuelves a saber de mí, significa que me atraparon.»

Habría considerado la carta un delirio si hubiera procedido de cualquier otra persona. Su hermano hablaba como si hubiese descubierto una conspiración. ¿Pero cómo? Era un adolescente fugado, pobre de solemnidad, que vivía en una

pensión de Sunset Strip. ¿Había descubierto algo? ¿O simplemente se había vuelto loco?

«Solo estoy escribiendo para decirte que te quiero, hermanita. Y que te perdono lo que hiciste.»

Ese era otro misterio. ¿Qué había hecho ella? ¿Consideraba Stevie que ella le había abandonado por irse a ultramar?

Oyó pasos que subían la escalera. Abrió los ojos y se le nubló la visión. Aparecieron tres jóvenes uno tras otro. No adolescentes normales. Ni tampoco *hippies*. Los chicos llevaban polos y pantalones de pana. La chica iba envuelta en un chal mexicano. Ninguno de ellos llevaba zapatos, solo brazaletes en los tobillos y mugre y las uñas partidas. Sus ojos estaban enrojecidos y vidriosos; lo miraban todo y nada. Pasaron arrastrando los pies, decidiendo no fijarse en Kerry, y se dirigieron hacia la escalera que llevaba a los pisos de arriba.

—Perdonad —dijo Kerry, levantándose—. ¿Sabéis dónde está el recepcionista?

Se detuvieron y se dieron la vuelta, intercambiaron una rápida mirada entre ellos, sigilosa y desconfiada. O quizá solo fue algo que imaginó Kerry: el Dialudid le nublaba el pensamiento.

—¿No está ahí Lonnie? —dijo uno de los chicos. Hizo como que miraba sorprendido el agujero de la pared, pero el gesto sonó a falso.

—¿Sabes dónde podría estar? —preguntó Kerry.

El chico negó con la cabeza, volviendo a mentir.

Kerry se fijó en que la chica bajaba la vista y sus ojos recorrían las tablas del suelo.

—Por favor —dijo Kerry, volviéndose hacia ella—. Estoy buscando a mi hermano pequeño.

La chica alzó la mirada.

—No es un buen tipo —dijo—. Vuelve de día. Habla con el otro recepcionista.

—No tengo tiempo para eso. Por favor.

La chica lo volvió a pensar, asintió. Pero cuando empezaba a hablar, el chico la cortó.

—Megan —dijo.

Intercambiaron una rápida mirada cortante y algo endureció

los ojos de la chica. Se volvió hacia Kerry.

—Algunas noches trabaja en el Crystal. Cuando se supone que es su turno. Es un club nocturno, justo manzana abajo.

—¿Y qué aspecto tiene?

—Alto. Pelirrojo. Pelo rizado. Tipo universitario.

—Gracias —dijo Kerry, asintiendo a la chica.

Esta se quedó allí quieta un momento y luego dio un paso hacia delante. Levantó una mano y pasó un dedo por las cicatrices de la cara de Kerry, como comprobando que eran auténticas. Kerry se encogió, pero la chica no se detuvo. De cerca Kerry pudo ver lo dilatadas que tenía las pupilas: unos discos negros vidriosos en un mar de venas rojas.

—Siento que te duelan —dijo la chica—. Espero que se pase.

—Lo hará. De un modo u otro.

5

IDA IBA SENTADA EN la parte de atrás del coche patrulla mientras este aceleraba al sur, hacia San Pedro. Le preocupaba lo que le estaba aguardando, si la víctima era alguien a quien conocía, alguien a quien quería. Buscaba en las calles signos de inquietud, como si ver su propia agitación interior reflejada en el entorno pudiera hacer que se sintiera mejor. Estaban pasando por un barrio miserable de casas pobres y céspedes marrones. Perros encadenados a cercas ladraban al viento. Una pelea salía de un bar. Eso era todo. Desasosiego en la amplia ciudad.

—Usted es *esa* Ida Young, ¿verdad? —preguntó la agente.

Ida se volvió desde la ventanilla.

—Soy Ida Young *sin más*.

—¿Usted tenía la agencia de detectives?

Ida asintió.

La agente sonrió.

—He oído hablar de usted —dijo—. Los asesinos de los Cooke. Usted es la que encontró a los auténticos autores, ¿verdad? Y usted atrapó a ese chico del caso del Echo Park. Y el secuestro de los Brandt y lo del First National en Chicago. Eso fue todo obra suya, ¿verdad?

Ida frunció el ceño. ¿Dónde demonios había desenterrado aquellos antiguos casos?

—No todo fue obra mía. Yo formaba parte de un equipo.

—Y he oído que en los años veinte usted atrapó a Capone.

Ida volvió a fruncir el ceño.

—Yo nunca atrapé a Capone. Nadie atrapó nunca a Capone excepto Hacienda. Y la sífilis.

La agente pareció confusa.

—Pero usted estaba en Chicago en los años veinte, ¿verdad? ¿Estaba en la Pinkerton?

—Así es —reconoció Ida—. Sí, estaba. Hace mucho tiempo.

Quedó en silencio y la agente pareció decepcionada, pues muchas otras preguntas habían chocado contra el dique de indiferencia levantado por Ida. Quería saber cosas de las audaces aventuras de Ida, sus roces con la muerte. Puede que incluso recibir algún consejo sobre la vida. Pero Ida no tenía ninguna sabiduría que compartir. Lo único que recordaba eran los dilemas, los compromisos, los fracasos. Puede que por eso sus memorias estuvieran yendo tan mal.

Pero nada de eso era culpa de la agente, y no suponía una excusa para comportarse como una maleducada. De modo que Ida hizo una historia resumida de su vida: su trabajo con la policía y los fiscales pero con la misma frecuencia su trabajo desde el otro lado: los errores de la justicia. Le contó algo sobre los casos que habían salido en los periódicos, los que habían hecho famoso el nombre de Ida. Habló hasta que la agente pareció satisfecha, alentada, con confianza en que, si Ida había podido hacerlo, ella también podría.

—¿Entonces qué está haciendo ahora?

—Estoy jubilada.

—¿Lo echa de menos?

—Sí y no.

Ida no echaba de menos la barbarie del trabajo, pero echaba de menos no formar parte del gran tejido del mundo. Y lamentó todos los asuntos sin terminar, las víctimas que nunca consiguieron que se hiciera justicia, los misterios que nunca se resolverían. Y, más que nada, su fracaso cuando intentaba atrapar al peor asesino con el que se había enfrentado. Nunca creyó en lo de dejar una herencia. Ella siempre menospreció a esas personas que se esforzaban por asegurarse de que se las recordaría una vez se hubieran ido. Siempre las consideraba desesperadas. Esos frágiles egos que se negaban a aceptar que todos los imperios se convierten en polvo.

Pero ahora no estaba segura de si estaba completamente equivocada, si quizá dejar un legado tenía valor. Le daba la impresión de que habría debido obligarse a transmitir algo que, con su prisa por jubilarse, no había transmitido. Pasar una antorcha a lo que renunció como consecuencia de la muerte de

Sebastián. Pero ella no podía seguir trabajando después de eso. De modo que vendió la agencia y se retiró a la casa de Fox Hills, tratando de no sentir que solo estaba matando el tiempo hasta su muerte.

Salieron de la autopista, continuando hacia el sur, en un avance semáforo a semáforo por la dispersa zona industrial de San Pedro. A lo lejos, las grúas moviéndose ante el cielo señalaban el emplazamiento del puerto, el mayor del mundo hecho por el hombre. Finalmente llegaron al motel La Playa, un rectángulo de tres pisos con pasarelas peatonales exteriores y una vista del aparcamiento desde la que emanaba un turbulento espectáculo de luces rojas y azules. Coches patrulla de la policía, furgonetas de la división científica del Departamento de Policía de Los Ángeles, el forense del condado.

La agente subió con el coche patrulla a la rampa y entraron en el aparcamiento, deteniéndose detrás de una de las furgonetas. Se apearon y unos cuantos agentes se volvieron para mirar. Ida los ignoró e inspeccionó el motel. En la parte que daba a la calle había un cartel gigante de neón con el nombre. Justo junto al neón, en el segundo piso, las luces de la policía iluminaban la puerta abierta de una de las habitaciones del motel, donde la cinta amarilla de la escena del crimen brillaba en la noche. Varias personas deambulaban por la pasarela exterior: forenses, agentes de uniforme, inspectores.

Ida observó que tres blancos de edad madura salían de la habitación, bajaban la escalera exterior y llegaban al aparcamiento. Al pasar, saludaron con el sombrero. Ida echó una ojeada a sus corbatas de lazo, que llevaban bordadas las palabras «1965 Sheriffs Rodeo».

Una ráfaga de viento sopló en el aparcamiento, haciendo que la cinta de la escena del crimen aleteara, lo que le recordó a Ida que aquella noche soplaba el Santa Ana, que había vudú en el viento, que eso la había arrastrado hasta allí, hasta aquel motel, hasta aquel asesinato.

—¿Vamos? —preguntó la agente.

Ida asintió y se dirigieron hacia la matanza.

6

CADA CENTÍMETRO DEL SUELO de la mansión parecía tener un cuerpo ocupándolo, lo que formaba un remolino dorado de jóvenes que llevaba desde el vestíbulo hasta el salón y salía al jardín de la otra parte. Dante se volvió a preguntar por qué Nick Licata le había pedido que se vieran allí; si la extraña elección de lugar era motivo de preocupación.

Se abrió paso con esfuerzo entre el gentío, pasó junto a camareras y ayudantes vestidos como elfos, pasó junto a mesas adornadas con muérdago y llenas de soperas de plata con ponche. Debía de haber bordeado cinco diferentes árboles de Navidad antes de llegar al salón, que tenía el suelo a inferior altura, y una atrevida escultura de hielo de Santa Claus y su mujer goteando agua sobre la espesa moqueta de pelo rizado.

Cuando cruzó las puertas correderas que daban al jardín, vio que este contaba con una piscina y una terraza con vista panorámica que se extendía desde el océano hasta la ciudad. Había una barra improvisada atendida por camareros elfos y una orquesta de cinco músicos elfos tocando una versión en *bossa nova* de la canción navideña «Let It Snow», con el voluptuoso cantante susurrando la letra. Dante nunca podía oír la canción sin recordar que la habían compuesto en Los Ángeles en plena ola de calor.

Agarró una cerveza y paseó la vista por la multitud. En su mayor parte eran jóvenes, en su mayor parte estaban medio desnudos. La piscina caliente era un enjambre de cuerpos. Otros estaban tumbados en la hierba, o despatarrados por las dispersas sillas de hierro forjado del jardín. Distinguió a varios famosos: Harry Belafonte, en el patio, charlaba con unos amigos. Paul Newman era el centro de atención junto a la valla baja que circundaba la terraza, una botella de cerveza en la mano, y chicas rodeándole por todas partes.

A lo lejos se alzaba una casa de piscina del tamaño de una casa propiamente dicha. Enfrente de ella, bajo una sombrilla de playa, un grupo se reunía en torno a un espejo de mano, esnifando rayas de un polvo blanco. Heroína, dio por supuesto Dante, crispado una vez más por el sudor frío de hacía cuarenta años. Pero había algo raro en el grupo, algo que no podía precisar. Mientras le daba vueltas, pasó una elfa con una bandeja de entremeses.

—Oiga, ¿cuál es el motivo de esta fiesta? —preguntó Dante.

—El motivo son las Navidades —dijo la elfa, desconcertada —. La fiesta de Navidad del sello.

—¿Qué sello?

—Nova Records. —Soltó una sonrisa de plástico y siguió caminando.

Dante inspeccionó la escena una vez más y empezó a distinguir a mafiosos entre la multitud. Eran mayores, de aspecto más tosco, vestidos de forma más llamativa, sus trajes más brillantes, su pelo más corto. A Dante le gustaría saber si los famosos eran conscientes de los torturadores y asesinos psicópatas que había entre ellos.

Cuando la orquesta acometió «Winter Wonderland», Dante paseó entre la multitud, buscando a Nick Licata. Llegó al borde de la terraza y se detuvo para apreciar el panorama. Abajo, lejos, el océano brillaba con la luz de luna, siniestramente liso. Más allá se extendía la propia ciudad, un incendio blanco de luces que se alzaban de la llanura. Dante pensó en el Santa Ana soplando por las calles, la tensión, el estrés. Desde aquel palacio de la cumbre de la colina nada de aquello parecía real; ni el viento, ni el esmog, ni la neblina roja de violencia que colgaban sobre sus valles y desfiladeros. Desde aquella altura Los Ángeles parecía menos una masa de cemento y más un paisaje de luces, un lugar en el que sueños, no pesadillas, se alzaban intactos. Puede que fuese por eso por lo que vistas como aquella costaban un millón de dólares.

—Casi parece bonita desde aquí arriba —dijo una voz.

Dante se dio la vuelta y vio a Vincent Zullo parado junto a él. Soldado de infantería de la generación más joven, Zullo era exactamente el tipo de mafioso que aborrecía Dante: todo

masculinidad estudiada y fachada, probablemente porque sabía que, si alguna vez trataba de tener auténtico carisma, fracasaría de modo espectacular. Llevaba un polo, unos pantalones anchos y un pequeño crucifijo de oro en una cadena al cuello. Estaba perdiendo pelo y lo compensaba fijando hacia arriba y atrás lo que le quedaba con exageradas cantidades de laca que desprendían un empalagoso olor a sustancia química.

—No me digas que esta es tu nueva residencia —dijo Dante, señalando la mansión.

Un hombre que cambiara de expresión con más facilidad que Zullo podría haber sonreído o hecho una mueca. Pero él soltó un gruñido.

—Es la residencia de una estrella pop —dijo—. Su sello discográfico y yo compartimos contable. Así que aquí estamos.

Dante asintió. El sello se usaba para lavar el dinero sucio de Zullo. Unos años atrás Zullo se había trasladado de Los Ángeles a Las Vegas para ayudar en los manejos de alguno de los casinos de Joey Aiuppa. Dante se preguntó si sería de allí de donde procedía el dinero. Luego se preguntó quién sería la desdichada estrella pop. Había visto muchos tipos decentes enredados con la Mafia, jodidos, desplumados. La fama y la situación social no eran defensa contra eso.

Dante examinó detalladamente a Zullo. Tenía los ojos vidriosos y rojos y la nariz en carne viva, y no dejaba de sorbérsela, como si estuviera intentando evitar que algo valioso le cayera de las fosas nasales. Era evidente que se le había acercado en busca de información, para enterarse de qué estaba haciendo allí Dante. Y a este le gustaría saber si la búsqueda de información tenía algo que ver con la latente guerra en la Mafia.

—¿Entonces los negocios van bien? —preguntó Dante.

—Mejor que nunca —se jactó Zullo, porque obviamente olvidaba la década de 1950—. A todos les va bien gracias a Hughes y tienen proyectos de ampliación.

Dante asintió. Hughes era Howard Hughes. El antiguo jefe de Dante en la RKO. Hughes se había trasladado a Las Vegas el año anterior y había empezado a comprar hoteles de la Mafia,

haciéndose más recientemente con el Sands. Su plan era comprar todos los hoteles, todos los casinos, y convertir la ciudad en su pequeño reino. La Mafia había empezado a venderle todo lo que quería, pero manteniendo a sus hombres en sus puestos de los casinos —hombres como Zullo— para que siguieran en marcha sus manejos. El plan era birlarle cientos de millones a Hughes.

—Sí, Nevada es el punto —dijo Zullo—. Nada de impuestos sobre la renta de las personas, nada de impuestos sobre la renta de las empresas. Nada de impuestos sobre los depósitos, franquicias o herencias. Tres por ciento de impuestos al valor añadido. Cinco por ciento de impuestos sobre bienes inmuebles. Saben lo que están haciendo. Lo único que cuesta dinero es sobornar a la Comisión de Juego para conseguir una licencia.

Sonrió torcidamente ante su propia broma y Dante le devolvió la sonrisa por educación. Zullo volvió a sorber por la nariz, ruidosamente.

—¿Qué te tiene haciendo allí Joey? —preguntó Dante.

—Contrataciones.

—¿Contrataciones de qué?

—Matones. Traficas. Coristas.

Zullo volvió a sonreír. Dante no estaba seguro de qué efecto buscaba, pero resultaba sórdido. Lamentaba que la Mafia estuviera ahora poblada de hombres más jóvenes, como Zullo. Hombres de segunda categoría, hombres que eran poca cosa comparados con los de la generación de Dante. Él había estado allí durante la edad de oro, desde la década de 1920 hasta la de 1950, lo que significaba que tenía una referencia concreta para considerar la decadencia de la Mafia. Todo eso confirmaba que había hecho bien dejándolo. Pero eso le hizo preguntarse: si la Mafia al final moría, ¿qué la remplazaría?

—Oí que compraste un viñedo y te trasladas al norte del estado —dijo Zullo, como si recordara el asunto del que se suponía que debía obtener información.

—No todavía del todo —dijo Dante—. Pero el trato se tramitará pronto.

—¿Te marchas al norte del estado a cultivar uvas como un

antiguo campesino de Italia? —dijo Zullo, en tono de burla.

—No un *campesino* —replicó Dante—. Un *viticultor*.

Fue la hija de Dante, Jeanette, quien le puso en contacto con el viñedo. Todo lo que sabía antes Dante del valle de Napa era que los mafiosos iban allí a enterrar cadáveres, mayormente en la propiedad de Jo Dippolito, donde este tenía sacos de cal a mano en un establo. Pero Jeanette, que ya dirigía su propia empresa de distribución de bebidas en Santa Rosa, había ido en coche al viñedo un fin de semana para ponerse en contacto con un proveedor de vino y se había enamorado del lugar. Cuando oyó que el dueño deseaba venderlo, también llevó a Dante y a su mujer Loretta, que se enamoraron de él igualmente. Durante años habían estado buscando un sitio al que retirarse y por fin lo encontraban. Pasaron meses intentando llegar a un acuerdo y ahora, dentro de una semana, serían dueños de 400 hectáreas de verdes colinas con viñedos. Ese había sido el plan hasta que se produjo la llamada de Nick Licata de aquella tarde.

—He pasado toda mi vida traficando con bebida, Vinnie —dijo Dante—. Desde descargar botellas de extranjis de barcos durante la Ley Seca hasta distribuirla legalmente a todos los clubes nocturnos y restaurantes de Los Ángeles. Ahora quiero tratar de producir de verdad el producto.

—Nunca te impondrás al vino italiano. No con algo cultivado en California.

—Ya veremos.

Hubo un grito en la piscina cuando alguien tiró a una chica dentro. Dante se dio la vuelta para mirar y se fijó en un hombre guapo que bromeaba con una de las camareras elfas junto al templete de los músicos. El hombre resultaba llamativo. La elfa sonreía encantada. Dante trató de localizarlo.

—Warren Beatty —dijo Zullo, adivinando lo que pasaba por la mente de Dante.

«Claro», pensó Dante, examinando a Beatty un poco más. El hombre resultaba diabólico incluso a treinta metros de distancia. Dante se dio la vuelta y vio que Zullo encendía un cigarrillo, haciéndole preguntarse si la llama no incendiaría los vapores de la laca de su pelo y quemaría medio jardín. Justo

entonces se fijó en alguien que estaba detrás de Zullo, un rostro familiar que se deslizaba entre la multitud hacia él: Johnny Roselli. Un gánster de la misma generación que Dante.

—Johnny se acerca —dijo Dante—. Ten cuidado, Vinnie.

Zullo se dio la vuelta y vio a Roselli, y su mueca se hizo más marcada.

Dante atravesó la terraza. Rosetti le echó un brazo por encima del hombro y le atrajo para abrazarle.

—Dante el Caballero —dijo Roselli.

Dante sonrió. Solo los hombres de su generación usaban ese apodo.

—Nick te está esperando en la casa de la piscina —dijo Roselli—. Ven, tenemos un montón de cosas que tratar.

7

EL CRYSTAL CLUB PARECÍA una sala de baile de la era del *swing* que había sido reformada, con una cavernosa pista de baile, techos altos y paredes decoradas con intrincadas molduras que ahora estaban todas descascarilladas y rotas. Había una barra en un lado llena de gente, una pista de baile que también estaba abarrotada y un grupo sobre un estrado vestido con camisas y pantalones de pana que hacia resonar un rock lánguido y alucinatorio. Focos colgados del techo arrojaban rayos de luz de colores que giraban hacia el suelo o proyectaban remolinos de formas líquidas sobre los cuerpos que bailaban debajo.

Kerry se abrió paso a empujones, preguntándose cómo coño encontraría al recepcionista de la pensión. Llegó a la barra, donde un barman se fijó en ella.

—Estoy buscando a Lonnie —dijo Kerry—. El recepcionista de la Aspen.

El barman le lanzó una mirada y Kerry se preguntó si había cometido un error utilizando el nombre del tipo de un modo tan informal. Entonces el barman hizo un gesto hacia el extremo de la barra, donde estaba un hombre sentado en un taburete. El hombre encajaba en la descripción del recepcionista que le había dado la chica en la pensión: joven, alto, pelirrojo, con pinta de universitario. Estaba pasándole algo a un segundo hombre, que a cambio le entregó a Lonnie algo de dinero. Incluso desde aquella distancia Kerry tuvo la sensación de que había algo raro en él. El mismo miedo que experimentó mientras esperaba en el sitio de los dónuts volvió a emerger, pero esta vez con más fuerza.

Se sobrepuso al miedo. Tenía que hacerlo. Dentro de seis días debía estar de vuelta en Vietnam. Soltó aire, dio las gracias al barman y se abrió paso a codazos entre la multitud.

—¿Lonnie? —dijo.

Él se dio la vuelta y sonrió.

—¿Qué quieres?

Kerry se dio cuenta de que la había confundido con un cliente.

—Necesito tu ayuda para algo —dijo.

Él frunció el ceño, súbitamente desconfiado, cauteloso.

—Por favor —dijo ella.

Él continuó mirándola con el ceño fruncido el tiempo suficiente para que Kerry se sintiera todavía más incómoda. Luego asintió con la cabeza y señaló el taburete que tenía al lado, permitiéndola sentarse.

—Yo voy a tomar otra cerveza —dijo—. ¿Quieres una?

Kerry asintió. Se dieron la vuelta de modo que quedaron frente a la barra y Lonnie levantó una mano. Pegados en la pared trasera de la barra había una serie de pósteres, dibujos y eslóganes que resultaban irónicos en aquel contexto: «Apoya a tu policía local — América, ámala o déjala».

El mismo barman con el que había hablado Kerry les trajo dos botellas de Schlitz. Ella dio un sorbo y la cerveza le supo fría y a lúpulo, haciéndole darse cuenta de lo sedienta que estaba.

—¿Qué quieres? —preguntó Lonnie.

—¿Eres el recepcionista de la pensión?

—Claro.

—Mi hermano estaba alojado allí hace unos meses y ha desaparecido. Estoy tratando de localizarle.

—Por allí pasan montones de chicos —dijo él, encogiéndose de hombros—. Es difícil estar al tanto.

Kerry sacó una foto de Stevie de su bolsillo y se la pasó. Lonnie la miró y pareció reconocer a Stevie, y ese reconocimiento pareció hacer que se le ensombrecieran los rasgos. Kerry iba a preguntarle cuál era el problema cuando se acercó alguien y dio una palmada en el hombro de Lonnie.

—¿Puedo hablar un momento con el hombre de las golosinas? —dijo sonriendo el recién llegado.

Lonnie fulminó al hombre con la mirada, como molesto por cómo le había llamado.

—¿Te importa? —preguntó Lonnie, dando la espalda a Kerry.

Ella negó con la cabeza. Lonnie le devolvió la foto y ella paseó la vista por la sala de baile mientras Lonnie y el hombre se dedicaban a lo que Kerry solo podía suponer que era trapicheo de drogas. En el escenario las guitarras todavía estaban chirriando y tronando. Los altavoces palpitaban como si fueran a explotar. Detrás del grupo había otro de aquellos irónicos pósteres. Este mostraba el Monte Rushmore con bocadillos de cómics saliendo de las bocas de los presidentes: «Yo llamo a esto una orgía para llevar» — «Vive como un friki, muere como un friki» — «Haz lo que termine contigo» — «Combate la guerra, guerras no».

En la pista de baile la gente se balanceaba y movía como indios, con las manos hacia arriba. Fue solo entonces cuando Kerry se fijó en sus expresiones, sus ojos desorbitados, sus pupilas fijas. El club entero estaba en un viaje de LSD. Kerry había viajado unas cuantas veces en Vietnam. En una ocasión algunos de los pilotos de la base la habían llevado a ella y a otras dos enfermeras al borde de la jungla. Tomaron una pastilla cada uno y fumaron costo mientras esperaban que les diese el subidón, y cuando les dio, la jungla rezumó y se retorció en la oscuridad, y Kerry había notado la presencia del mal en aquella jungla, y tuvo visiones de una serpiente que se estiraba todo alrededor del globo, apretando el mundo en un abrazo destructor.

—Perdona —dijo Lonnie.

Kery se dio la vuelta. El cliente de Lonnie había desaparecido entre la multitud.

—Reconociste a Stevie. En la foto.

Él asintió.

—Estuvo unos cuantos meses. En verano, creo, y algo del otoño.

—¿Sabes dónde está ahora?

—Se largó sin más. Pasa mucho. Chicos que deben una cuenta que no pueden pagar y que desaparecen.

—¿Sabes dónde fue?

—Lo siento. —Lonnie negó con la cabeza—. Como dije…

pasa mucho. Probablemente encontró a unos amigos con los que quedarse. ¿Fuiste a la policía? ¿Denunciaste su desaparición?

—Los llamé. Pero me dijeron que solo podía denunciar a alguien en persona.

—¿Y entonces hiciste todo el camino hasta Los Ángeles para hacerlo? ¿Desde dónde? ¿El profundo Sur?

Él había apreciado su acento de Luisiana. Kerry negó con la cabeza.

—Vietnam.

—¿Hiciste todo el viaje desde Vietnam para denunciar la desaparición de un joven?

—Vine en busca de mi hermano.

Lonnie asintió, sin evitar una expresión sombría. Los dos dieron un trago a sus cervezas. Kerry miró uno de los pósteres de la pared lejana: «En los desiertos, toda agua es bendita». Se giró, miró a Lonnie, y se dio cuenta de que él, el traficante de drogas, probablemente era la única otra persona que no estaba colocada.

—¿Y qué estabas haciendo en Vietnam? —preguntó.

—Soy enfermera de las Fuerzas Aéreas.

—¿Por eso te hiciste eso?

Señaló con un gesto las marcas de quemaduras de un lado de su cara. Kerry asintió.

—¿Cómo pasó?

Ella despegó la etiqueta de su botella de cerveza. En la separación entre el papel y el cristal, vio parpadear y oyó rugir llamas.

—Napalm.

—Dios santo.

Ella se encogió de hombros.

—«Combate la guerra, guerras no» —dijo.

—Justo.

Dieron tragos a sus cervezas mirando la pista de baile. Los cuerpos de los que bailaban resultaban borrosos en la visión de Kerry. Las luces parecían acuosas, como si ellos estuvieran debajo del agua, de un arcoíris turbulento de azules y verdes. Kerry se dio cuenta de que el Dilaudid que había tomado le

había hecho más efecto de lo que pensaba, y que quizá mezclarlo con cerveza no fue una buena idea.

—Si quieres, puedo darte algo para calmar los nervios —dijo Lonnie.

—¿Quién ha dicho que estoy nerviosa?

—Todo el mundo está nervioso. Esta es una noche de Santa Ana.

Ella frunció el ceño. Sonrió.

—Es el viento del desierto. Cuando sopla… más peleas, más mordeduras de serpientes de cascabel. En el océano se vuelcan más barcos. Como con luna llena, pero en peor.

Emitió un ruido como de aullido del viento, o quizá de lobos, y deslizó la mano en el aire como si estuviera haciendo que planeara en una corriente cálida. ¿Era eso lo que llevaba sintiendo ella desde que se había bajado del avión? Parecía demasiado fantástico para ser verdad, y sin embargo otro ejemplo de la característica automitificación de Los Ángeles la convertía en un país de hadas.

—Como te he dicho, te puedo dar algo para aguantar esto. Tengo coca, caballo, costo, ácido, metedrina, nitrito de amilo, MDA, STP, mandrax, dexedrina, mescalina, hongos, peyote, benzos, anfetas y, si me das veinticuatro horas, también te puedo conseguir cualquier medicamento que quieras para el que se necesite receta.

Kerry se preguntó cómo podría llevar todo eso encima, y si estaría usando la pensión del otro lado de la calle como depósito, además de como coartada.

—Eso te ayudará a ponerte en forma —continuó él—. Estar sobrio en Los Ángeles empieza a ser una actitud minoritaria.

—Yo solo quiero información sobre mi hermano.

Ella le miró y pudo percibir cierta tensión en sus maneras; estaba reprimiendo algo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada.

—Tú sabes algo, pero no me lo quieres decir.

Él negó con la cabeza.

—Estoy buscando a mi hermano, por favor.

Él evitó cruzar su mirada con la de ella, se limitó a seguir

observando la pista de baile.

—Cuéntame lo que sabes —dijo Kerry—. O mañana por la mañana vuelvo a la pensión y hablo con el encargado, al que le contaré que no pude registrarme la noche antes porque el recepcionista había abandonado su mostrador. Luego iré y le contaré al sheriff que he oído rumores de que hay una gran cantidad de droga oculta en la pensión Aspen. ¿Quieres pasar el resto de la noche buscando un nuevo sitio para ocultar la droga? ¿O prefieres contarme lo que pasa?

Lonnie la fulminó con la mirada. Kerry hizo lo mismo, con el corazón disparado. Puede que estuviera equivocada con respecto al escondite, puede que fuera un error amenazarle. Rezó para no haber complicado las cosas más.

Cuando al fin él replicó, su tono era resentido y brusco.

—No quería contarte una cosa porque no quería desquiciarte —dijo.

—Acabo de volver de Vietnam. Fíate de mí, no me desquicio con facilidad.

Él volvió a mirarla.

—Hay un chico en la pensión con el que solía andar tu hermano, Tom Annandale. Habla con él. Podría saber algo.

—¿Por qué crees que me podría desquiciar?

—Lo sabrás cuando te encuentres con Tom. Ahora probablemente esté trabajando por ahí. Pero si vuelves a la pensión mañana por la mañana, seguramente estará durmiendo en su habitación.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es de la edad de tu hermano. Más delgado, sin embargo. Pelo largo. Guapo. Podría pasar por una chica si quisiera.

Kerry frunció el ceño otra vez, encajando todo lo que había dicho Lonnie: un chico guapo que vivía en una sórdida pensión, trabajaba de noche y dormía de día.

—¿Tom es chapero?

Lonnie se encogió de hombros. Kerry comprendió por qué pensaba que ella se desquiciaría: si Tom se dedicaba a eso, a lo mejor Stevie también había hecho lo mismo. Una dolorosa tristeza se apoderó de ella ante la idea de que su hermano pequeño hiciera la calle. Trató de racionalizarlo, buscar el lado

positivo. Puede que Lonnie se equivocara. O si fuera verdad, a lo mejor incluso puede que hubiera un aspecto positivo en ello; hablaría mañana con ese chico, Tom, él le diría dónde encontrar a Stevie y eso sería todo. Pero la posibilidad no consiguió aplacar su estado de ánimo sombrío.

—Gracias —dijo.

Él se volvió para fulminarla con la mirada.

—Mantén la boca cerrada.

Ella asintió.

Él continuó mirándola fijamente unos cuantos segundos más y luego volvió a clavar la vista en la pista de baile, donde otro cliente ya se estaba acercando.

Kerry no se molestó en decir nada más. Se levantó y se abrió paso entre la multitud aturdida.

Fuera, Sunset Strip seguía retorciéndose como la serpiente aquella de Vietnam.

8

LA HABITACIÓN DEL MOTEL era mayor de lo que Ida esperaba, con una cama doble, un cuarto de baño privado y una puerta que daba a una terraza. El cuerpo estaba caído a los pies de la cama, en un gran charco de sangre coagulada. Encima de él, fragmentos de cráneo y de masa cerebral goteaban desde una parte del techo. En torno a él trajinaban inspectores de la Brigada de Homicidios, agentes uniformados, un médico forense, un fotógrafo. La mayoría estaba fumando. Ida había olvidado eso de las escenas del crimen: que, mezclada con el olor a sangre y muerte, siempre había una espesa niebla de humo de tabaco.

El inspector Feinberg se había reunido con Ida en la terraza exterior, y ahora la llevaba adonde estaba caído el cuerpo. La víctima tenía treinta y pocos años, calculó Ida. Puede que mexicana. Con el pelo negro y la piel oscura, pómulos marcados, labios carnosos. Guapa hasta que la bala había hecho su trabajo. Había una herida que entraba por debajo de la barbilla y un orificio de salida que había destrozado su coronilla; de ahí todos los trozos de cráneo y la masa cerebral del techo.

—¿La reconoces? —preguntó Feinberg.

—Nunca había visto antes a esta mujer.

Ida sintió alivió por no conocer a la víctima, pero con todo, le entristeció su destino. La habían disparado debajo de la barbilla. Desde cerca. Lo que significaba que había estado cara a cara con su asesino cuando este disparó. Había algo inquietante en cómo aquel único disparo había terminado con su vida; frío, clínico, eficiente.

—¿Qué tipo de arma se usó? —preguntó Ida.

—Todavía no se sabe. No hemos encontrado casquillos, así que suponemos que fue un revólver.

—¿Medio de entrada?

—La puerta delantera no estaba rota, pero es una cerradura de motel barata. El autor pudo haberla forzado con una tira de celuloide, si ella misma no abrió la puerta.

—¿Dónde estaba el papel con mi nombre?

Feinberg señaló un soporte para equipajes junto a la puerta de la terraza. Alguien había abierto la puerta para airear el espacio, pero aquello no había funcionado. Feinberg se acercó, rebuscó entre las bolsas de plástico que estaban encima del soporte y agarró una, que le pasó.

—La encontramos en el armario —dijo—. Debajo de un folleto turístico.

Ida cogió la bolsa y examinó su contenido. Por alguna razón, había supuesto que su nombre estaría escrito en un trozo de papel, pero en realidad había sido garabateado en la parte de arriba de una página del *Los Angeles Times*. Allí estaba el nombre completo de Ida, escrito con bolígrafo azul, y junto a él, la dirección de su antigua agencia en Bunker Hill. Ella intentó distinguir de qué trataba el artículo del periódico, pero no pudo debido al modo en que el papel estaba doblado dentro de la bolsa.

—Es mi nombre, en efecto —dijo, devolviéndole la bolsa a Feinberg—. ¿De qué trata el artículo?

—Dejemos eso para más tarde.

Ida asintió: más tarde significaba en privado. Miró alrededor, viendo que el armario estaba abierto. A sus pies había una maleta llena de ropa, zapatos, un neceser, un bolso. El tipo de cosas que alguien llevaría para un viaje de fin de semana.

—¿Cómo se registró sin documento de identidad? —preguntó Ida.

—Usó uno. Pero no suyo. Uno auténtico. Nombre y detalles de alguien que murió hace diez años.

—¿Qué hay de su coche?

—Está aparcado delante. Un Datsun alquilado en Hertz hace cinco días con una tarjeta de crédito robada en el Valle hace quince días.

Enarcó las cejas. Documento de identidad falso, tarjeta de

crédito robada. La víctima estaba huyendo de algo y parecía bien equipada.

—¿Nadie que haya visto algo? —preguntó Ida—. En sitios como este tiene que haber alguien que haya estado por los alrededores.

—Ningún testigo y ninguna pista. No hay pasajes de avión, ni billetes de autobús, ni cheques de viaje, ni recibos; nada. Ni un fragmento de nada en todo el lugar que nos diga quién era o de dónde venía. Excepto tu nombre y dirección.

Se interrumpió, con aire furtivo.

—¿Qué tal si hablamos fuera? —sugirió.

—Bien. Este aire de aquí dentro me da dolor de cabeza.

UNA VEZ EN LA TERRAZA, SE APOYARON en la barandilla, Feinberg de espaldas a ella, Ida mirando el aparcamiento abajo, donde el follón todavía estaba en pleno apogeo. Ella se dio la vuelta y examinó a su viejo amigo. Era de los tripudos, con el pelo moreno, bigote espeso y ojos de un azul intenso. Normalmente era de talante extrovertido, incluso en medio de una investigación, pero ella notó que aquella noche estaba tenso, una preocupación le impedía manifestar su soltura habitual.

—¿Quieres decirme con qué otros delitos se relaciona este asesinato? —preguntó Ida.

—¿Cómo sabes que hay más delitos?

—Porque estamos en San Pedro y tú en estos últimos tiempos estás destinado en Parker Center. Pero sobre todo porque cuando llegué vi a tres hombres venir por el otro lado que parecían inspectores de la Brigada de Homicidios del Departamento del Sheriff, y estamos dentro de la jurisdicción del Departamento de Policía de Los Ángeles, de modo que ya me dirás qué coño harían aquí si no hubiera habido una llamada de cortesía debido a una investigación anterior.

Le miró. Él sonrió.

—¿Cómo sabes que eran del Departamento del Sheriff? —preguntó.

—Llevaban lazos de vaquero del sheriff. Tardaste poco en mandar que se fueran. No querías que yo los viera.

—No era eso. No quería que *ellos te vieran* a ti.

—Entiendo.

Feinberg quería evitar la complicación de tener que explicar al Departamento del Sheriff por qué había llamado a una civil para que participase en un caso de cierta importancia.

—¿Y bien? —preguntó ella.

Feinberg suspiró.

—El artículo de periódico con tu nombre en él. Es sobre el Matarife Nocturno. Una mierda de artículo de opinión del *Times,* pero que resume bien el caso.

A Ida se le aceleró el pulso.

—Podría no ser nada —dijo—. La víctima quería escribir mi nombre y dirección y había un periódico a mano.

—No lo creo. Han cortado el artículo del periódico, a lo largo, como un recorte de prensa. Parece más bien que ella iba a llevártelo a ti. ¿Has estado siguiendo el caso?

—¿El del Matarife Nocturno? Solo por los periódicos. Tres asesinatos hasta ahora. Todos en Los Ángeles. Todos rituales. Todos de víctimas inocentes. Sin motivo evidente. Sin signos de robo. Las fuerzas policiales a cargo, en contra de su costumbre, están siendo muy reservadas sobre los detalles. Supongo que hay algún motivo que lo explique.

—Lo hay.

Ida esperó que le expusiera los detalles, pero él no lo hizo.

—Este asesinato no me parece del Matarife Nocturno —dijo Ida, señalando con la cabeza la habitación del motel—. Los del Matarife Nocturno son todos en casas, y supongo que él no usa un arma de fuego. Esta víctima tenía un documento de identidad falso, un coche alquilado con tarjetas de crédito robadas, carece de papeles, la mataron de un solo disparo y luego el que lo disparó desaparece sin dejar rastro. Rápido, limpio, eficiente. Todo suena a ejecución, de asesino profesional. Todo indica que se trata de la Mafia.

—Sí, eso parece.

—¿Entonces qué? ¿Crees que la Mafia está relacionada de algún modo con los asesinatos del Matarife Nocturno?

Feiinberg dudó.

—Podría ser.

Sacó sus cigarrillos del bolsillo de la chaqueta y le ofreció el

paquete a Ida. Esta cogió uno y los encendieron mientras Ida miraba hacia el aparcamiento, tratando de mantener una aguda sensación de inquietud bajo control. Justo al lado de la furgoneta de los forenses charlaban dos hombres con ropa quirúrgica blanca. Eso le hizo pensar en los Hombres de la Aguja del folklore de Nueva Orleans, los estudiantes de medicina blancos del Charity Hospital que rondaban por los barrios bajos de noche armados con jeringuillas llenas de líquido narcótico para llevarse a negros y usarlos en sus experimentos. Frenó el tren de sus pensamientos. Había vuelto a las andadas, convirtiéndolo todo en Nueva Orleans.

—¿Cómo llevas el retiro? —preguntó Feinberg.

La pregunta iba con segundas intenciones, y los dos lo sabían.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque tengo la sensación de que no te gusta mucho.

—No especialmente.

—Te retiraste demasiado pronto —dijo él—. Si no te importa que te lo diga. Lo que le pasó a Sebastián te dejó jodida y decidiste abandonarlo todo una década antes de tiempo.

Ida le taladró con la mirada, sin tratar de ocultar su enfado.

—¿Y eso lleva a alguna parte? —preguntó, a punto de perder el dominio de sí misma del que tanto se enorgullecía.

—A los asesinatos del Matarife Nocturno —dijo él—. Lo que no comunicamos a la prensa… son los detalles que indican que se trata de algo ritual. Las cosas que les hace. El modo en que los tortura, los descuartiza. ¿Por qué no te pasas mañana por la Casa de Cristal y les echas una ojeada a los expedientes? En cierto modo, estás relacionada con el caso. Esta víctima lo da a entender. Ven y danos tu experta opinión. Solo te llevará unas horas.

—Dios santo, Feinberg.

—Vamos. Estamos atascados. Y tú eres la mejor investigadora con la que he trabajado nunca. Tomaste una decisión equivocada y lo dejaste cuando no deberías, pero ahora puedes arreglarlo.

—No tomé una decisión equivocada.

Quedaron en silencio, observando el espectáculo caleidoscópico rojo y azul que tenían debajo.

—El mes pasado estuve en el Departamento de Formación —dijo Feinberg—. Vi un estante lleno con ese manual que escribiste.

Ida asintió. Unos años antes había escrito un libro sobre los procedimientos de investigación. Lo había publicado una editorial de libros didácticos y lo habían solicitado en grandes cantidades varios departamentos policiales.

—Nunca debí escribirlo. Y probablemente ya esté anticuado. ¿Lo has leído tú?

—Ya me habías enseñado todo lo que sé.

Se sonrieron.

—Mira, limítate a pasarte por la Casa de Cristal —dijo Feinberg—. Lee los expedientes. Veremos lo que piensas. Es lo único que te estoy pidiendo.

—No pienso lo mismo, Feinberg. Prometí que nunca volvería a trabajar en otro caso y me atengo a ello.

—Esto no es trabajar en otro caso, Ida. Es leer unos cuantos expedientes. Una consulta. Por Dios, llevamos semanas con esto y todavía no tenemos ni a un solo sospechoso plausible. Ni siquiera estamos cerca de ello. Y mientras, toda la ciudad está histérica. La venta de armas de fuego aumenta, y la venta de perros guardianes. Informes de personas sospechosas, informes de merodeadores. Estamos desbordados. Y luego están los tiroteos ocasionales y los vigilantes. La noche pasada un grupo de inútiles que se había pasado el día entero bebiendo en Highland Park vio a un tipo sospechoso que salía por la ventana de una casa, creyeron que era el Matarife Nocturno, le persiguieron por las calles y le pegaron con barras metálicas. Todavía está en coma en el Memorial Hospital.

Feinberg levantó las manos y soltó el aire. Ida imaginó el estrés al que estaba sometido, la presión, la culpabilidad. Quería decirle que no era culpa suya, pero sabía que eso no serviría de nada. Se parecía demasiado a ella. Se responsabilizaba de todo. Eso era lo que hacía de él tan buen investigador.

—Puedes resolverlo tú —dijo Ida—. Sé que puedes. No

necesitas la ayuda de una señora mayor retirada que ya no está en su mejor momento.

Se miraron uno al otro, y esta vez el silencio se espesó. Ida notaba la decepción de Feinberg, pero ella no podía volver a participar en un caso nuevo; el miedo era demasiado grande. Finalmente él se dio cuenta de que ella no cambiaría de opinión. Suspiró, moviendo la cabeza a los lados.

—De acuerdo —dijo—. No insistiré más.

—Gracias.

Volvieron a quedar en silencio, mirando parpadear las luces de los coches de la policía. Ida notó que le volvía a doler la cabeza, que la tensión se le coagulaba detrás de la frente. Soplaron ráfagas de viento, haciendo resonar los cubos de basura, balanceando las sombras de las palmeras en el asfalto.

—El Santa Ana —dijo Feinberg—. En mitad de todo esto, el maldito Santa Ana.

—Sabes que en Suiza tiene algo llamado el viento *föhn,* y los tribunales tratan de modo especial los delitos que se cometen cuando sopla en las montañas.

Feinberg reflexionó.

—No funcionaría aquí —dijo—. No con nuestros jueces y fiscales de distrito.

Volvieron a sonreírse uno al otro.

—¿Quieres que disponga que te lleven a casa? —preguntó él.

—Por favor.

Feinberg asintió, apartándose de la barandilla y dejando a Ida sola entre el espectáculo de luces del aparcamiento y la habitación ensangrentada a su espalda. El miedo que había estado conteniendo hasta entonces empezó a fluir por ella como una marea de adrenalina, y acompañada de una especie de mareo de desesperación. La víctima había buscado a Ida para que le ayudase, y mientras la asesinaban, Ida había estado sentada en su porche escribiendo sus memorias. ¿Cómo era posible que se sintiera ajena al asunto y culpable al mismo tiempo?

Pensó en la mujer muerta, la Mafia, el Matarife Nocturno, la ciudad con los nervios de punta. Tuvo la inquietante sensación

de que todas aquellas cosas eran augurios de la misma catástrofe inminente, como si todos ellos apuntaran hacia algún sitio, y ese seguro que no era Belén. Miró una vez el aparcamiento. Algunos murciélagos salieron disparados de las copas de las palmeras, y en los techos más lejanos Ida imaginó que veía a un Barón Samedi del vudú en las sombras junto a los aparatos de aire acondicionado, con el sombrero de copa negro como la noche y los huesos del cráneo brillando.

9

MIENTRAS SE DIRIGÍAN A la casa de la piscina, Dante examinó a su antiguo colega. Roselli aún respondía al apodo de «Johnny el Guapo» a pesar de su edad. Vestía un llamativo traje color carbón, pañuelo en el bolsillo de arriba y unas gafas de sol French Tropicale con cristales azules gigantes. Se peinaba el pelo gris hacia arriba y por detrás, de modo muy parecido a Vincent Zullo, que seguía en la terraza detrás de ellos, pero Roselli conseguía que no pareciera recién salido de un túnel de viento. Tenía un estilo natural, una gran sonrisa, un encanto de estadista. En conjunto, era un hijoputa atractivo. Con amigos famosos y relaciones en todo el globo.

Fue Capone quien mandó a Roselli a Los Ángeles allá en los años veinte, convirtiéndole en uno de las primeros gánsteres de Chicago en trasladarse a la ciudad. Su trabajo había sido supervisar el sindicato del trucaje telegráfico de los resultados de las carreras. Terminó como corredor de apuestas de las estrellas. Cuando la Mafia se dedicó a los estudios de cine en los años treinta, Roselli se ocupó del asunto. Cuando Las Vegas despegó en los años cincuenta, supervisó las estafas. Cuando la Mafia y la CIA estaban preparando planes por separado para matar a Fidel Castro en los años sesenta, Roselli puso en contacto a las dos organizaciones, de modo que pudieran compartir recursos. Existían rumores de que había hecho lo mismo en el asesinato de Kennedy. Amañó combates y partidas de cartas, drogó a caballos de carreras, negoció tratos ilícitos, estafó a casinos, fundó bancos en paraísos fiscales con colegas de la CIA. Conocía a todo el mundo y lo sabía todo, y siempre se llevaba la mejor tajada.

Pero por debajo de su tranquilo exterior, Dante podía detectar ansiedad asomando en los rasgos de Roselli. Le gustaría saber si se debía a la reunión que iban a tener o a

problemas personales que le habían estado atosigando los últimos meses. A Roselli le habían atrapado amañando una partida de cartas en el exclusivo club Beverly Hills Friards, del que pudo hacerse miembro gracias a Frank Sinatra. El FBI lo perseguía, pinchando los teléfonos de sus casas y apartamentos. Y lo peor de todo: un gran jurado federal le había encausado en octubre pasado por haber dejado de notificar su dirección a Inmigración. Jodidas cuestiones técnicas. Pero eso significaba que Roselli en esos momentos luchaba por evitar su deportación a Italia, un país que había dejado de niño.

—He oído hablar de tus problemas recientes —dijo Dante.

—Se me están echando encima. Un gran jurado por la cuestión de la deportación. Otro gran jurado por la cuestión de la partida de cartas amañada. Tengo grandes jurados saliéndome por el culo —dijo sonriendo—. Me ocuparé de eso. ¿Pero qué pasa contigo? ¿Ya has comprado el viñedo?

—Cerraremos el trato justo pasadas las Navidades. En Año Nuevo nos vamos.

Roselli sonrió con suficiencia, moviendo la cabeza a los lados.

—¿Qué es eso tan divertido? —preguntó Dante.

—Nunca me pareciste de esa clase de personas. ¿Dante el Caballero cavando un campo con una pala? Tomando un Martini en un club nocturno quizá —Roselli se rio—. Oye, solo estoy tocándote los huevos. Ese es un buen modo de retirarse. *Buon vino fa buon sangue*.

Buen vino hace buena sangre.

Intercambiando sonrisas, llegaron a la casa de la piscina. Antes de entrar, Dante hizo un gesto hacia ella.

—¿Cómo le va a Nick? —preguntó.

Una sombra de ansiedad recorrió a Roselli.

—No muy bien, Dante. Nada bien en absoluto.

Roselli abrió la puerta y entraron.

El espacio estaba decorado al estilo náutico, con madera traída por la marea, estrellas de mar, maromas, objetos metálicos de navegación sobre estantes. Había una barra en una esquina y ventanas que daban a la piscina, y junto a ellas,

sentado en un sillón medio oculto en las sombras, estaba Nick Licata. Cuando los vio entrar, hizo un mínimo gesto de saludo con la cabeza en su dirección.

—¿Una copa? —preguntó Roselli.

—Claro —respondió Dante.

Mientras Roselli se dirigía a la barra, Dante se sentó enfrente de Licata, en un sillón de cara a la luz de luna que penetraba por la ventana.

—Dante. ¿Qué tal van las cosas? —preguntó Licata.

—Bien, Nick. Bien de verdad.

Licata era delgado, estaba calvo y resultaba gris. Tenía un aspecto apocado y parecía un contable. Normalmente proyectaba una sensación de reserva, de compostura. Pero no esta noche. El Nick Licata sentado frente a Dante estaba pálido, nervioso, sudoroso, preocupado. ¿Le pasaba algo? ¿O solo era la tensión del nuevo trabajo? ¿La guerra inminente con las facciones rivales dentro de su propia Mafia? ¿O quizá era aquel rumor de que los de fuera de la ciudad habían advertido esa debilidad y estaban dispuestos a intervenir? No es que la debilidad fuera algo nuevo; durante años la Mafia de Los Ángeles había tenido fama de ser la que peor funcionaba del país, y se había ganado un sobrenombre —la Mafia Ratón Mickey—, y no porque su territorio incluyera Disneylandia.

En esas circunstancias, quizá era comprensible que Licata estuviese sintiendo la tensión, que tuviera el aspecto que tenía.

Roselli volvió con tres vasos llenos de ron moreno y hielo. Les entregó los suyos y él mantuvo el suyo en alto.

—*Salute* —dijo, y todos bebieron.

Licata se volvió hacia Dante.

—Nos alegra haberte encontrado antes de que dejes la ciudad por el viñedo —dijo—. No falta mucho, ¿eh?

—Ya no mucho.

Dante trató de reprimir una creciente sensación de claustrofobia. Que Nick mencionara el viñedo era una manifestación de poder, como lo era todo con aquellos tipos. Hacía que Dante supiera que estaba disponible antes de que empezaran las negociaciones. Dante sacó sus Lucky del bolsillo y encendió uno. Roselli sacó sus propios cigarrillos y puso uno

en una boquilla.

—¿Entonces qué quieres de mí? —preguntó Dante.

Roselli y Licata intercambiaron una mirada.

—Se trata de Riccardo —dijo Licata.

Dante asintió.

Riccardo era hijo de Nick Licata. Uno de esos hombres de segunda fila de la generación más joven, como Vincent Zullo el de la terraza. Riccardo era impulsivo, impaciente, siempre aprovechándose de los demás, siempre en busca de ese asunto importante que demostrase de una vez por todas que él era un buen elemento con pleno derecho. Solo que eso no pasaba nunca. Elegía mal, hacía malos planes, carecía de cualquier visión o habilidad estratégica. Y nunca parecía apreciar que eran sus propias deficiencias el obstáculo, de modo que se movía por la vida envuelto en una nube de resentimiento, manteniendo su ego intacto al culpar de sus fracasos a otros, o a la mala suerte, o al mundo en general. Licata había desheredado al chico en cierto modo, distanciándose de él. Lo último que había oído Dante era que Riccardo pretendía ser productor de cine, un productor independiente que hacía películas baratas y de la serie B que probablemente sivieron de tapadera de algo ilegal.

—¿Qué pasó? —preguntó Dante.

—¿No te has enterado de que lo han detenido? —preguntó Roselli.

Dante negó con la cabeza.

—Yo estoy medio retirado —dijo—. No me ocupo de esas cosas.

Roselli y Licata volvieron a mirarse, preocupados por lo alejado de los negocios que parecía estar Dante.

—A Riccardo lo detuvieron en septiembre —explicó Roselli —. Estaba parado ante un semáforo en Sunset Strip. La pasma encontró viente kilos de cocaína en su maletero.

Dante contuvo las ganas de silbar entre los dientes.

—¿Veinte kilos de *coca?*

La cocaína no había sido popular desde los años treinta. Desde la edad de oro.

—Vuelve a estar de moda —dijo Roselli—. Entre los

jóvenes. Toda la industria musical funciona con ella.

Hizo un gesto señalando la fiesta de fuera. Dante recordó al grupo que había visto en el jardín apiñado en torno a un espejo de mano. Ahora entendió por qué le pareció raro. Dante había creído que lo que esnifaban era heroína, pero no tenían pinta de drogadictos.

—Vale —dijo Dante, sintiéndose todavía más desfasado—. ¿Dónde está Riccardo ahora?

—El mamón del juez fijó una fianza de medio millón —dijo Roselli—. Y lo metieron en la Central. Y luego, como hace una semana, recibimos una llamada suya pidiéndonos que pagáramos la fianza. En efectivo, para poder sacarle más rápido.

—¿Y lo hicisteis? —preguntó Dante, estupefacto—. ¿Medio millón en efectivo?

—Estaba llorando, Dante —dijo Licata—. Me contó que había un golpe preparado en la cárcel contra él, que tendría suerte si sobrevivía una semana. Suplicaba. Es mi hijo, ¿qué iba a hacer?

Dante asintió como si lo entendiera, pero la historia no tenía sentido. ¿Por qué Licata había dejado a Riccardo en la cárcel varias semanas antes de pagar la fianza? ¿Estaban tan distanciados que Licata dejó que Riccardo se pudriera encerrado? Y seguramente Licata tenía hombres dentro. Seguramente, como hijo de un jefe de la Mafia, a Riccardo le dejarían en paz. ¿A quién había jodido el chico tanto para que quisieran enfrentarse a toda la Mafia para matarle? Cierto que era la Mafia Ratón Mickey, pero aun así era difícil de creer que las cosas estuvieran tan mal.

—Sé que es responsabilidad de Riccardo —dijo Licata, frotándose los ojos—. Pero con todo es mi hijo. El único que tengo. Carne y sangre mías.

Dante frunció el ceño sin saber si Licata se frotaba los ojos para ocultar que estaba llorando, y se preguntó si sería por eso por lo que se había sentado a la sombra de la casa de la piscina. ¿Estaba teniendo una crisis?

—De modo que reunimos el dinero —dijo Roselli—. Pagamos la fianza y lo soltaron el miércoles pasado.

De pronto Dante intuyó hacia dónde llevaba esto.

—¿Y? —preguntó.

—Desapareció —dijo Licata inexpresivamente—. Ese mismo día. Salió de la cárcel y nadie le ha visto desde entonces.

Eso era exactamente lo que había esperado Dante. O bien Riccardo había sido puesto en libertad y luego liquidado o había decidido mangarle medio millón de dólares a su padre y largarse.

—¿Dijo Riccardo quién era el que le quería matar?

Tanto Licata como Roselli negaron con la cabeza.

—¿Quién le proporcionó la coca a Riccardo? —preguntó Dante.

Si habían matado a Riccardo, los sospechosos evidentes eran quienes le hubiesen proporcionado la cocaína; como le habían detenido… matar a Riccardo significaba que no los podría denunciar.

—No lo quiso decir —contestó Licata—. Insistía en que el Departamento de Policía de Los Ángeles le había tendido una trampa. Juraba que no era una detención rutinaria por cuestiones de circulación. Que la pasma la había introducido en su maletero.

Dante frunció el ceño. Cuando la policía tiende una trampa a alguien, no lo hace en un sitio tan frecuentado como Sunset Strip, y ni de coña lo harían con una cantidad tan enorme como veinte kilos. La historia apestaba a falsa, y seguramente Licata lo sabía.

Licata soltó aire. Dante vio lágrimas brillando en sus mejillas, hilos plateados a la luz de la luna. Dante nunca había visto llorar a un jefe antes. Ni en toda su vida. Apartó la vista para no avergonzar a Licata, para librarlos a todos de aquel momento tan embarazoso.

—¿Conseguiste seguirle la pista el día que lo pusieron en libertad? —preguntó Dante, volviéndose hacia Roselli.

Si el estado de Licata también había perturbado a Roselli, este no lo demostró.

—Es como Nick te contó —respondió Roselli con tranquilidad—. Riccardo salió de la cárcel y nadie lo volvió a ver.

Dante asintió con la cabeza, sin estar seguro de qué decir. Ahora sabía por qué le habían pedido que fuera. Dante era especialista en seguir pistas, aunque era de otra época. Querían que encontrara a Riccardo. Si había huido, querían que Dante le trajera de vuelta. Y si lo habían matado, querían los nombres de los asesinos y también el cadáver, porque con el cadáver podrían conseguir un certificado de defunción, y con un certificado de defunción podrían conseguir que les devolvieran el dinero de la fianza. Sin certificado de defunción y sin que Riccardo compareciera la siguiente vez ante el tribunal, Licata podía despedirse de su medio millón de dólares.

—¿Cuándo es la próxima comparecencia de Riccardo ante el tribunal? —preguntó Dante.

—El veintiséis de diciembre —dijo Licata.

Dante asintió. Dentro de una semana. El mismo día que se suponía que se cerraría el trato por el viñedo. Se volvió para mirar a Licata. El hombre estaba desconsolado. O su hijo lo había traicionado o lo habían matado. Y recurría a Dante para que lo descubriera. Eso llevó a Dante a preguntarse por qué le habían elegido para aquel trabajo. Puede que en algún momento hubiera sido el mejor, pero seguramente ahora habría hombres mejores que les ayudaran. Seguramente alguien de la generación más joven que estuviera más próximo a Riccardo, que conociera el mundo en el que se movía.

Quedaron en silencio y miraron fijamente la fiesta. En el otro lado de la piscina Vincent Zullo estaba charlando con un tipo de la industria musical. Desde lejos era incluso más evidente hasta qué punto Zullo había asumido por completo el estereotipo del gánster chabacano. Y de qué manera utilizaba los tópicos de la Mafia que había visto en películas y la tele como guía de vida.

—Qué coño lleva puesto —murmuró Licata.

—Hace que quieras imponerle a hostias algunas nociones de cómo vestir —dijo Roselli.

Sonrieron cansinamente.

—Es mis tiempos tenías a Benny Siegel a cargo de Los Ángeles —continuó Roselli—. Dígase lo que se quiera de él,

pero tenía estilo. Ningún hombre vestía mejor que Benny Siegel en todo Estados Unidos. Imagina que alguien va a una reunión con Siegel o Luciano vestido como ese.

Roselli señaló con la mano en dirección a Zullo y todos quedaron en silencio, pensando en cosas de viejos, perdidos en un mundo que había desaparecido.

Licata se volvió para mirar a Dante

—Encuéntramelo, Dante. Es mi único hijo. Necesito saber dónde está, qué le pasó. No puedo irme a la tumba sin saberlo. Encuéntralo…vivo o muerto… y recuperaremos el dinero de la fianza, y tú cobrarás por la gestión. El veinticinco por ciento. Lo único que quiero saber es lo que pasó.

Dante frunció el ceño. El veinticinco por ciento era mucho más que el habitual diez. Sospechosamente más. Se volvió a preguntar por qué habían recurrido a él para que investigara habiendo tanta gente. Se preguntó cómo había dejado Licata que enchironaran a su propio hijo, luego que desapareciera, todo en su propio territorio, todo sin tener idea de lo que podría haberle pasado. ¿Ahora en realidad la familia importaba tan poco? ¿O era que pasaba otra cosa?

Dante volvió a sentir claustrofobia. Pensó en todas las excusas a las que podía recurrir: que era viejo, que estaba retirado, sin contacto con la realidad. Pero sabía que no servirían de nada. Licata encontraría el modo de obligarle. Protestar solo causaría mala impresión. Pero había algo más que eso; Dante sentía auténtica pena por él. Licata era un hombre débil a cargo de una Mafia débil, pero había perdido a su hijo. Jefe de la Mafia o no, estaba conmocionado, y a lo mejor Dante podía ayudar.

—Me encantará investigar esto. Por ti, Nick. Un último trabajo antes de marcharme de la ciudad.

—*S'abbenedica,* Dante. *S'abbenedica.*

Pero aunque Licata expresara su gratitud, Dante notaba que estaba siendo empujado hacia algo en contra de su voluntad. Pensó una vez más en aquellos indios que saltaban desde los acantilados al reino cristalino del Pacífico. Una locura para escapar de la locura. Fatalismo y libre albedrío.

10

Puede que fuera la bebida, las pastillas y el desfase horario, pero esta vez, mientras conducía de vuelta al motel, le daba la sensación de que todo parecía agudizado, como si estuviera sentada en un cine, no en un coche, viendo una sucesión de imágenes que pasaban parpadeando al otro lado del cristal: salas de baile y palmeras, aparcamientos, centros comerciales, estaciones de servicio, lavaderos de coches, interminables casas adosadas revestidas de madera de secuoya barata. Tuvo que recordarse que todo aquello era real, que entre aquella aglomeración urbana, aquella extensión, estaba su hermano.

«Estoy metido en algo, Kerry. Importante de verdad. Tiene que ver con Luisiana y muchas más cosas. Tantas que no te lo creerías. Si no vuelves a saber de mí, significa que me atraparon.»

Puede que la conspiración fuera una fantasía que se había fabricado él para protegerse y en la que llegó a creer. La persona que resultaba más fácil engañar era una misma. O puede que fuera verdad. Puede que hubiera descubierto algo y ahora le persiguieran unos asesinos, en algún sitio por ahí, acechando en las sombras de la ciudad. Ella tenía que creer que podría localizarle antes de que le ocurriera alguna desgracia, antes de que se terminara su semana de permiso para descansar y relajarse y tuviera que volver a los campos de la muerte. Ella era su hermana mayor; él era su hermano pequeño. Juntos habían pasado momentos muy duros. Si lo encontraba, podría ayudarle, calmarle, abrazarle. Como hacía normalmente. Eso era lo único que le pedía ahora a la vida.

Dobló a la izquierda hacia el Sawtelle Boulevard, y el motel Wigwam quedó a la vista. Aparcó, cruzó el campamento hasta su cabina, entró y se derrumbó en su cama. Quería dormir con desesperación, pero el haber conducido la había despejado. El

Dilaudid ya no le hacía efecto y las quemaduras volvían a dolerle; los terminales nerviosos echaban chispas y titilaban. La bola de fuego ardía una vez más en su mente, la gente gritaba.

¿Cuánto hacía desde que durmió por última vez? ¿Veinticuatro horas? ¿Treinta y seis? ¿Cuánto hacía desde que dejó el hospital de la base aérea de Clark Air? Había reservado asiento en un vuelo comercial para volver a Estados Unidos, pero cuando se enteró de que un avión que evacuaba heridos salía para la base de la fuerza aérea de Fairchild, en el estado de Washington, saltó a él: era gratuito y salía antes. Desde Fairchild era un corto trayecto en taxi hasta el aeropuerto internacional se Spokane, y el vuelo de enlace hasta Los Ángeles, el motel, el Sunset Strip, el Crystal Club ¿Cuánto tiempo le había llevado todo?

Se levantó, encendió un pitillo, tomó dos Dilaudid más sabiendo que al final la dejarían fuera de combate. Se desnudó y se untó de crema las quemaduras, parada delante del espejo, examinando el terreno de sus heridas, un paisaje extraño de señales al rojo vivo que descendían desde la cara y el cuello y se extendían por el hombro y la parte superior del pecho.

Cuando se extendía la crema para quemaduras, se encontró tarareando una melodía. ¿Cuál era? ¿Una de las canciones que oyó en el club? Pero era demasiado lenta para eso, demasiado triste. Entonces se dio cuenta: «Alone Together». Entre todo lo demás, la oyó aquella noche. Era la balada de Chet Baker que se le había metido en la cabeza, la melodía estilizada como una bala.

Buscó entre sus cosas y encontró la foto de Stevie y ella de cuando eran niños, antes de que los abandonasen sus padres, cada uno a su modo. Stevie estaba vestido como un vaquero. Kerry, como una india. Estaban cubiertos de polvo, sonrientes y felices, de pie en su porche delantero, el brazo de ella por encima del hombro de su hermano. Detrás de ellos estaba la vieja encina de cuyas ramas colgaban con cuerdas botellas de leche de magnesia. Las botellas repicaban cuando soplaba el viento, brillaban cuando los rayos de sol atravesaban su cristal azul oscuro formando motas de luz cobalto en el patio.

Kerry sujetó la foto en el marco del espejo del tocador y la examinó detenidamente. La encina empezó a oscilar, las botellas azules tintinearon y repicaron, movidas ligeramente por la brisa. Kerry y Stevie se apretaban estrechamente el uno al otro y se reían. Ella contempló todo aquello con una sonrisa, y luego, cuando no pudo más se dio la vuelta, hacia la ventana, hacia el gigantesco cartel con sus ilustraciones de la ciudad: aquella pareja a caballo, aquellos bosquecillos naranja, aquellas colinas y playas idílicas. Kerry tenía que creer que Stevie estaba en algún sitio allí fuera. Miró fijamente las palabras del eslogan municipal, impresas en la parte inferior del cartel. Chet Baker seguía tocando. El viento del desierto soplaba. «¡Todo eso pasa a la vez en Los Ángeles!»

Parte dos

Ida

11

IDA APENAS DURMIÓ PENSANDO en la habitación del motel y la mujer muerta, especulando sobre quién sería la víctima, por qué huía, por qué había intentado encontrarse con ella. Cuando se adormeció, la imagen de la mujer atormentaba sus sueños. La llamaba. Ida establecía paralelismos con Sebastián, su antiguo colega cuya muerte dos años antes había sido el catalizador de su retirada. Le gustaría saber lo que Walter le habría dicho que hiciera. O Michael. Cuánto echaba de menos a Michael después de todos aquellos años. Con cuánto dolor deseaba que todavía estuviese por allí. Pero sabía cuál habría sido su respuesta. Podía oír su voz diciéndoselo con tanta claridad como si estuviera en la habitación.

A la mañana siguiente se subió a su Cadillac y condujo al centro. Era uno de esos días que siguen al Santa Ana, cuando el viento ha dejado despejados los cielos, volviéndolos de un azul tan intenso que el océano podría haber estado allí arriba. Cada detalle de la ciudad resultaba nítido: los techos brillaban, las autopistas destellaban, las piscinas relucían. Y lo mismo pasaba en la Casa de Cristal, el cubo de cristal sede del cuartel general del Departamento de Policía de la ciudad, en North Los Angeles Street.

Ida entró en el edificio a las nueve en punto. El lugar estaba más agitado de lo habitual a consecuencia del Santa Ana. Habló con el agente del mostrador, que le indicó que tomara el ascensor al tercer piso. Mientras esperaba, miró los tablones de anuncios que rodeaban el vestíbulo; bandas de adolescentes habían atacado a gente con sosa cáustica en Compton, unos canallas habían organizado una estafa con camiones-remolque en un aparcamiento, falsos propietarios inmobiliarios organizaban planes piramidales, un líder de una secta defraudó a sus seguidores, los envenenó y luego huyó.

Ida recorrió los tablones buscando informes sobre mujeres mutiladas o prostitutas descuartizadas. Era algo que llevaba haciendo los últimos veinte años: buscar alguna señal de que Faron podría haber venido a Los Ángeles. Sabía que probablemente ya había muerto, pero aún lo hacía; el acto casi se había convertido en un rito, un modo de conjurarlo. El peor asesino con el que se había encontrado nunca y ella había dejado que se le escapara entre los dedos. Era natural que su paradero se hubiera convertido en una ansiedad intermitente dentro de su vida. En las dos décadas transcurridas desde que se había cruzado con él en Nueva York ¿a cuántos más habría matado?

Ida había desplegado sus antenas durante años, buscando información por parte de policías, confidentes, mafiosos. Había ofrecido buenas recompensas: si alguien oía algo de Faron, que se lo hiciera saber. Puede que fuese una estupidez, comunicar su interés por él de aquel modo. Pero la mayor parte de la gente nunca había oído hablar de él, y los que sí, creían que era un mito. Durante aquellos veinte años nunca había tenido que vaciarse los bolsillos. De modo que Faron se había convertido en un ruido de fondo que la persiguió toda su vida, como el susurro de las hojas, el eco de una casa, el sonido de las olas en una caracola. Siempre allí cuando se paraba a escuchar.

El ascensor llegó con un zumbido. Sus puertas se abrieron e Ida entró en él.

Cuando llegó al tercer piso, se dirigió a la Sala 318, sede de la Brigada de Homicidios. Era un enorme espacio rectangular diáfano con todos los inspectores trabajando en dos mesas corridas que se extendían a lo largo de él. Ida se dirigió a un sargento que estaba junto a la puerta y que señaló el lugar que ocupaba Feinberg. Mientras cruzaba el suelo, vio que no había cambiado nada en los dos años transcurridos desde la última vez que entró. Los inspectores escribían a máquina, gritaban por sus teléfonos, charlaban en grupos, se apresuraban de un lado a otro. El aire apestaba a humo de cigarrillos, café y policías cargados de trabajo, y, aunque todavía era por la mañana, también a bourbon. La tensión y el estrés del trabajo

resultaban visibles en sus caras y su aspecto. La dureza de no tener vida familiar, tiempo libre.

Al aproximarse a Feinberg, recorrió la sección del despacho que se ocupaba del caso del Matarife Nocturno. Allí la excitación era incluso más palpable, los inspectores estaban más tensos. Los Ángeles era un lugar paranoico en sus mejores momentos, pero el último par de años había empeorado mucho: los disturbios en Watts, los disturbios en Century City, la intervención de la Guardia Nacional, un toque de queda impuesto en Sunset Strip, las calles llenas de vagabundos de todo el país, con veteranos de Vietnam, con revolucionarios, manifestaciones y malestar social. Y justo en medio de todo eso el Matarife Nocturno había aparecido como la destilación de toda aquella agitación, o el presagio de lo que estaba por llegar. En ningún sitio de la ciudad se sentía más intensamente el estrés que allí, el lugar de trabajo de las personas que fracasaban para mantener controladas las cosas.

Feinberg sonrió al ver a Ida acercarse con un aspecto tan exhausto como se sentía ella. Ida se preguntó si todavía seguía de guardia desde la noche anterior, si iba a casa alguna vez en aquellos días.

—No te lo pensaste mucho —dijo.

—Solo estoy aquí para ver lo archivado.

Ida había ensayado la frase, esperaba que la ayudaría a mantener a raya el miedo. Solo estaba allí para consultar, para ofrecer una opinión. Ella *no* participaría en otro caso.

—Claro —dijo Feinberg, ampliando la sonrisa—. Solo estás aquí para ver lo archivado. —Pero su tono sugería que los dos sabían que eso era mentira, y que el miedo palpitaba una vez más tras las costillas de Ida.

La condujo a lo largo de la sala, pasando junto a inspectores que la miraron fríamente, llegaron a un pasillo y luego a un cuarto de interrogatorios. Había tazas de café sobre una mesa, un cenicero lleno de colillas y cáscaras de cacahuetes; desperdigados alrededor de la papelera había folios arrugados.

—Esto es lo mejor que te puedo ofrecer. Toma asiento e iré a buscar lo que tenemos —dijo Feinberg.

Ida se sentó y un par de minutos después regresó Feinberg

con un montón de carpetas.

—Esto es todo el papeleo de los tres asesinatos —dijo—. Aquí tienes nuestros informes del asesinato que se produjo en nuestra zona, copias de los informes del sheriff referidos al asesinato de West Hollywood y tres conjuntos de archivos del de Manhattan Beach.

—¿Tres?

—Resultó que había tres jurisdicciones que se solapaban: nosotros, el sheriff y el Departamento de Policía de Manhattan Beach. —Feinberg se encogió de hombros—. Un espagueti jurisdiccional.

Ida miró los archivos. Todavía tenían aquel mismo olor de viejos archivos policiales —aquel olor a tinta fresca de los tebeos que ella asociaba con su infancia—, pero parecían raros, con más brillo que las mimeografías a las que estaba acostumbrada.

—¿Fotocopias? —preguntó, adelantando una suposición.

—Bienvenida al futuro. Si necesitas dejar la sala en algún momento, ven a verme primero y te acompañaré fuera. Los archivos se quedan aquí, obviamente.

—Obviamente.

Feinberg asintió y se fue. Iba paseó la vista por la incómoda y desordenada sala y luego la clavó en el montón de archivos. Era todo lo que tenían tres diferentes agencias de la policía de Los Ángeles sobre las matanzas del Matarife Nocturno. Lo separó en tres pilas, una por cada asesinato. Empujó la pila de la primera víctima hacia ella y la examinó.

Mark McNeal, veintiocho años, médico que trabajaba en Urgencias del Hospital General del Condado de Los Ángeles, en Boyle Heighs. La noche de su asesinato, McNeal había terminado su guardia en el hospital, había comido en la barra de un despacho de comida y supermercado Ralphs cercano y luego había conducido al apartamento de Manhattan Beach donde vivía solo. Llamó a su madre en Sacramento a las nueve y media y se fue a la cama. Después de lo cual el criminal consiguió acceder al apartamento de McNeal por la escalera de incendios y, en algún momento entre las once y las dos, lo apuñaló múltiples veces con un estrecho instrumento

puntiagudo similar en tamaño y forma a una aguja de tejer o un punzón de carpintero. *Post mortem,* al cuerpo de la víctima lo habían tumbado en la cama como si estuviera en un ataúd, con las piernas estiradas y los brazos cruzados sobre el pecho. El asesino luego había trazado un crucifijo en la pared del dormitorio con tiza azul.

Ida respiró a fondo y abrió la carpeta con fotos de la escena del crimen. «Apuñalado múltiples veces» era solo un eufemismo. Al cuerpo de McNeal lo habían destrozado. Heridas punzantes del tamaño de una aguja acribillaban su torso, sus miembros, su cara. Brutal, despiadado, frenético. Las heridas individuales debían de ser centenares. ¿Cuántas de ellas recibió antes de perder la conciencia? ¿Antes de que el dolor y el terror cesaran? Ida imaginó el horror por el que había tenido que pasar McNeal.

Dio la vuelta a las fotos del crucifijo garabateado en la pared encima de la cama. Estaba dibujado con tiza azul, compuesto por trazos vacilantes, torpes, como si hubiera sido garabateado por un niño o alguien que tenía temblores. No estaba hecho con solo dos líneas que se cruzaban como en un crucifijo tradicional, sino por cuatro líneas: dos hacia abajo, dos a través. El espacio entre cada pareja de líneas había sido rellenado con zigzags superpuestos. En los cuatro cuadrantes creados por el crucifijo había símbolos añadidos, formas de estrellas, puntos, cruces, pares entrelazados de la letra V.

Ida tuvo una mareante sensación de que había visto la imagen en algún sitio con anterioridad. Pero no conseguía recordar dónde. Cualquiera que fuese el paralelismo del que mentalmente tenía una imprecisa conciencia, sabía que no era capaz de enfocarlo de modo preciso. Décadas de trabajo como detective le habían enseñado que ese tipo de vínculos no se podían forzar, que se revelaban a sí mismos por propia iniciativa, y con mayor frecuencia cuando la mente estaba ocupada con otra cosa.

Empujó la carpeta por la mesa para apartarla y se hechó hacia delante a por el montón del segundo asesinato. Danielle Landry, veintitrés años, que se había trasladado a Los Ángeles desde Mobile, Alabama, justo un año antes de su muerte.

Mientras perseguía su sueño de convertirse en actriz, se mantenía con un trabajo cotidiano de recepcionista en un bufete de abogados en Culver City. Al salir del trabajo, regresó a su apartamento en West Hollywood, fue a la lavandería del bloque cercano y volvió a casa. En determinado momento de aquella noche el criminal forzó la entrada, la mantuvo cautiva mientras llenaba la bañera y luego la ahogó en ella.

Ida se volvió hacia las fotografías de la escena del crimen. Aparecía Danielle, flotando en su bañera, todavía vestida, su cuerpo intacto salvo por unos cardenales en torno a su cuello por donde había sido sujetada para mantenerla hundida. Sus pies asomaban fuera del agua en un extremo de la bañera, su cara sumergida en el otro. Mechones de pelo rubio ondulaban en el agua. Pero lo que atrajo la atención de Ida fue el dinero. Billetes de dólar flotaban en la superficie. Otros se habían hundido en el fondo, donde monedas de cinco, diez y veinticinco centavos brillaban en la porcelana. ¿Había echado el asesino el dinero a la bañera después de matarla? Lo mismo que con el crucifijo, algo afloró a la mente de Ida cuando examinaba las fotos de la chica muerta en el agua, el dinero verde y el brillo de su alrededor. Otra vez había algo que le resultaba familiar en aquello, lo mismo que había percibido en la imagen de antes.

Examinó el resto de las fotos. Había conchas de mar y cuentas de cristal dispersas por la puerta principal, junto a las ventanas. ¿Eran de Landry? ¿O las había traído el asesino? No se habían encontrado huellas dactilares suficientemente nítidas en ninguna de ellas.

En el mismo final del archivo Ida encontró una foto de Landry antes de su muerte, una de la cara de la actriz, en color, hecha en un estudio. Aunque el apellido debía de ser cajún, la foto mostraba que Landry tenía unos brillantes ojos azules y un pelo rubio a juego con un perfecto toque de pecas en su nariz. Se advertían unos rasgos profundos y elegantes, de los que tenía un dominio perfecto ante la cámara. Pero había cierta tensión en sus labios, una mirada un tanto perdida en sus ojos. Tenía el aire de una mujer agobiada por su propia vida, una de las incontables personas que se trasladaban a Los

Ángeles en busca de glamur y sol pero que solo encontraban otro tipo de trabajo pesado. Todas las cosas con las que habían soñado quedaban fuera de su alcance, donde siempre se mantendrían. Pero aún no había dejado de soñar en que haría otra cosa, iría a otro sitio, sería otra persona. Cada una de ellas vivía su propia película. Y la más desafortunada de todas terminó víctima de la matanza de un maniaco que había sucumbido igualmente a las vacías promesas de la ciudad.

Ida cerró el archivo y pasó al asesinato más reciente. Anthony Butterfield, cuarenta y tres años, ingeniero en la sección del programa secreto de aviación avanzada de la Lockheed en Burbank, donde se fabricaban todo tipo de misiles, bombarderos y reactores para el ejército, para la Guerra Fría, para el apocalipsis.

A Butterfield lo habían asesinado en su casa de Silver Lake. Como las víctimas anteriores, Butterfield vivía solo y lo mataron en plena noche. Fue estrangulado, y su cuerpo, mutilado *post morten,* el brazo derecho cortado a la altura del hombro y colocado al lado de su cuerpo, que nuevamente había sido dispuesto en la cama como si estuviera en un ataúd. En la pared habían garabateado una variación más del símbolo anterior, esta vez al lado de la puerta.

La noche de su asesinato Butterfield había seguido una rutina similar a la de McNeal: salió del trabajo, tomó algo en una cafetería, fue a casa.

Ida volvió a respirar a fondo antes de abrir la carpeta con las fotos de la escena del crimen. La cara de Butterfield estaba hinchada debido a la asfixia, con los ojos abultados y la piel con manchas rojas por los vasos sanguíneos reventados. El hombro mostraba un muñón sanguinolento donde le amputaron el brazo de cualquier manera. El brazo cortado había sido colocado al lado del muñón del hombro, doblado por el codo de manera que la mano pudiera situarse encima del pecho de acuerdo con la pose funeraria. La habían dispuesto con un cuidado y delicadeza que Ida encontró perversos.

Suspiró. Cerró los archivos. Los empujó lejos de ella. Miró fuera del cuarto, hacia el pasillo, sus ventanas empañadas. Un

inspector pasó rápidamente, dando un trago a una petaca según andaba. Ida se preguntó qué estaba haciendo allí ella. ¿Había venido a ayudar de verdad? ¿O era por algún otro motivo? El miedo regresó, mezclado con culpabilidad y vergüenza por utilizar la endeble apariencia de que estaba allí para asesorar y luego ratificar su decisión de dejarlo.

Trató de aclararse las ideas, centrarse en lo que era más importante: qué relación podría existir entre aquellos asesinatos y la mujer muerta en la habitación del motel. Después de pasar revista a los archivos, Ida estaba convencida que habían sido asesinados por diferentes personas. Y sin embargo, la víctima del hotel tenía aquel recorte de periódico consigo.

Ida recordó el recorte, tuvo en cuenta la información que la policía no había facilitado a la prensa: la gravedad de los cortes de McNeal, la bañera de Danielle Landry, el brazo amputado de Butterfield, la disposición de los cuerpos. Eran aquellos detalles lo que inquietaba a Ida. No tanto los detalles en sí mismos, como la imagen de ellos: un hombre agujereado como un alfiletero, una chica en un baño de dinero, un hombre con el brazo cortado. Algo de ellos le resultaba familiar. ¿Dónde los había visto antes? Lo que parecía importante era su fuerza como imágenes. Cómo el asesino los había convertido en símbolos. ¿Pero por qué?

Ida suspiró y comprobó su reloj. Solo eran las once de la mañana y ella ya estaba acabada. Se levantó, buscó a Feinberg, lo encontró en su mesa.

—¿Has terminado? —preguntó él, decepcionado.

—Sí.

—¿Y?

—Aparte del artículo de periódico, no consigo establecer la conexión entre la habitación del motel y el Matarife Nocturno.

—¿Y qué me dices de los propios asesinatos del Matarife Nocturno?

—El simbolismo es intrigante. —Ida se encogió de hombros —. El modo en que los dispuso a todos. Como si la forma de exponerlos fuera lo más importante para él.

—¿Como si estuviera haciendo arte?

Ida frunció el ceño.

—Sí, algo así —dijo.

—Yo también tuve la misma sensación.

Se miraron uno al otro mientras el sonido de la brigada burbujeaba al fondo.

Ida volvió a encogerse de hombros.

—Eso es todo lo que he sacado en claro —dijo—. Siento no poder ser de más ayuda. Pero como te dije ayer por la noche, soy vieja y estoy oxidada.

Pareció que Feinberg iba a contradecirla, pero decidió no hacerlo.

—Bien, merecía la pena intentarlo. Te pasaré la información cuando consigamos identificar a la víctima del motel.

Ida asintió y se sorprendió a sí misma al darse cuenta de que estaba decepcionada porque su implicación no fuera más allá. Creía que si terminaba con aquello, su miedo se aplacaría, pero no fue así.

Feinberg volvió al despacho a recoger los archivos. Mientras Ida esperaba que volviese, echó una ojeada a la sala llena de agobiados inspectores. Aunque parecían a punto de sufrir un paro cardiaco, una insuficiencia hepática, un ataque nervioso, los envidió: su determinación, aquel sentido que llenaba sus días. Se volvió para mirar los tablones de anuncios dispersos alrededor, las listas de pruebas, el plano gigantesco de Los Ángeles con tres alfileres rojos pinchados en él. En el plano vio algo más que calles y cuadrículas: vio las arterias del oscuro corazón de la ciudad, las líneas de energía tendidas entre los barrios, las fuerzas que agrupaban y segregaban a sus ciudadanos. En algún sitio entre ellas estaba el Matarife Nocturno, mezclándose con las estrellas de cine, los turistas, los vagabundos, los mercachifles, los contratistas del ejército que fabricaban armas que podrían aniquilar el planeta. Imaginó al Matarife Nocturno moviéndose sin ser percibido entre todo eso, cabeza baja, ojos furtivos, circulando por una calle, atravesando un cruce.

Y de pronto aquel nudo gélido en su pecho.

Se dio cuenta de dónde había visto antes la imagen del crucifijo.

Corrió por la sala de vuelta al cuarto de interrogatorios y vio a Feinberg acercándose por el pasillo. Alzó la vista hacia ella, contemplando su expresión.

—¿Qué pasa? —frunció el ceño.

—El crucifijo que ha dibujado. Sé dónde lo he visto antes. No es un crucifijo. Es un cruce de caminos. Un sigilo vudú.

Feinberg frunció el ceño aún más.

—¿Qué es un sigilo vudú? —preguntó.

—Es como una sigla de identificación. En el vudú cada espíritu tiene una propia. Si quieres convocar a un espíritu concreto, dibujas su sigilo con harina de trigo, harina de maíz, ladrillo en polvo, pólvora, polvo de tiza. Las encrucijadas son parte del sigilo para el Barón Samedi. Es uno de los barones del vudú.

—¿Y quiénes son?

—Los has visto. Esqueletos con sombreros de copa. Los muñecos que venden a los turistas en Nueva Orleans. Esos tipos.

—¿Entonces, qué? ¿El Matarife Nocturno realiza ceremonias para ese tipo? ¿Sacrificios?

—No lo sé. Puede que lo esté intentando, pero lo está haciendo todo mal. El sigilo del que estoy hablando no es solamente una encrucijada, hay algo más. Los crucifijos que está dejando el Matarife Nocturno son como una… versión infantil de eso. Como si estuviera intentando copiarla, aunque no sabe cómo. Cualquiera de Luisiana, de Haití o de Cuba conoce bien ese asunto. Puede que el Matarife Nocturno sea de allí. O puede que haya leído sobre el tema y esté intentando copiarlo. No es mucho, pero es una pista.

Ida se encogió de hombros. Feinberg la miró detenidamente.

—¿Quieres volver a repasar los archivos?

12

Ida pidió prestados un lápiz y un cuaderno de notas y dos minutos después estaba nuevamente sentada en la sala de interrogatorios. Esta vez trabajó más centrada, impulsada por una sensación apremiante de que su tiempo con los archivos era limitado y que quizá estuviera sobre algo concreto.

Empezó buscando los errores y omisiones que inevitablemente se deslizaban en los informes policiales: pruebas desaprovechadas, registros incorrectos, relaciones no establecidas. Trabajó cronológicamente, empezando con los informes de los agentes de los coches patrulla enviados en primer lugar a la dirección y de los sargentos mandados como refuerzo que llegaron después. Comprobó lo que se pasaron por alto en sus detalles los de las ambulancias y la documentación que asignaba los casos a la Brigada de Homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles, al Departamento de Policía de Manhattan Beach y a la Brigada de Homicidios del Departamento del Sheriff del Condado de Los Ángeles. Leyó los informes del forense de la División de Investigación Científica, el del médico forense del Condado de Los Ángeles, el del administrador público del Condado, informes de los interrogatorios, resúmenes de las cadenas de pruebas, boletines del sheriff, los teletipos de la División de Servicios del Departamento de Policía de Los Ángeles. Leyó los informes mensuales del avance en las investigaciones, aunque solo había uno. En él los inspectores daban cuenta de las investigaciones sobre el *modus operandi,* que comprobaba la Oficina de Investigaciones Criminales y el ordenador con identificaciones del estado de California.

Los informes del Servicio de Identificación de la sección de huellas latentes de la escena del delito de Butterfield no contenían huellas dactilares que pudieran identificar al

asesino. Las huellas obtenidas eran las de las víctimas, demasiado borrosas o demasiado parciales para ser útiles, algo que ocurría habitualmente; en general era infrecuente encontrar huellas utilizables. Y sucedía lo mismo con las de las dos escenas del crimen anteriores.

Los demás informes del Servicio de Identificación detallaban los diversos análisis realizados a las muestras de sangre recogidas en la escena del crimen, análisis con bencidina y Ouchterlony, análisis del tipo y subtipo de sangre. Había reconocimientos de la profundidad de los pinchazos de las heridas del cuerpo de McNeal, de cómo el criminal había cortado el brazo de Butterfield. Los informes del forense detallaban los exámenes fluoroscópicos y las autopsias que se habían practicado.

Ida se fijó en cómo diferían los informes de las tres agencias policiales en su diligencia, gramática y extensión. En uno de los informes del Departamento de Policía de Manhattan Beach apreció algunos pasajes de una biografía de Mark McNeal que parecían conocidos. Le llevó un rato darse cuenta de dónde los había leído antes: la necrológica del hombre en *Los Angeles Times*. Los inspectores que habían escrito el informe la plagiaron íntegramente para engrosar el archivo.

En un determinado momento, Feinberg entró en el cuarto cargando con dos paquetes de papel.

—Te traigo algo para almorzar —dijo.

—Gracias.

Ida comprobó la hora: era ya bien entrada la tarde. Feinberg se sentó en una silla frente a ella y le pasó uno de los paquetes. Ella lo desenvolvió: un sándwich de jamón con mostaza.

—¿Qué tal? —preguntó Feinberg, dando un mordisco al suyo.

—He estado intentando encontrar una relación entre las víctimas —contestó Ida.

El primer cometido en una investigación semejante siempre era determinar si existía algo que vinculara a las víctimas, algo que explicase por qué habían constituido un objetivo.

—Pero no consigo encontrar nada —dijo ella—. Todas son muy diferentes entre sí: diferentes entornos, trabajos, sexo,

situación económica. La única conexión es que todas vivían solas, pero eso no resulta demasiado raro en Los Ángeles.

—La gente sola es la más fácil de matar —dijo Feinberg.

Ida estuvo de acuerdo. Había menos personas que intervinieran, menos personas a las que informar de la desaparición de la víctima cuando esta se hubiera ido.

—Estaba pensando en que la conexión podría estar en lo diferentes que son todos —dijo Feinberg—. Si el asesino quiere provocar tanto pánico como sea posible, elige sus víctimas al azar, de modo que todo el mundo siga preocupándose quién podría ser la siguiente.

—Quizá. Pero todavía tengo la sensación de que hay algo que yo no veo. Algo bajo la superficie. ¿Qué relaciona a una actriz, a un médico y a un ingeniero del ejército?

—Todas son ocupaciones bastante habituales en Los Ángeles. Lo único que hay más aquí, aparte de actrices, es trabajadores en el Ministerio de Defensa.

—¿Crees que podría tener algo que ver con el trabajo de Butterfield en Lockheed? —preguntó Ida—. ¿Que puede tener que ver con un asunto de espionaje?

Ella se había fijado en que los archivos carecían de interrogatorios a los colegas de Butterfield en su trabajo en la fábrica del ejército. ¿Había intervenido el Ministerio de Defensa para obstaculizar las cosas?

—Podría ser —dijo Freinberg—. Intentamos entrar en la fábrica para interrogar a los colegas de Butterfield, pero los mandamases dijeron que la situación era demasiado delicada. Al parecer nos van a mandar declaraciones escritas en lugar de eso. Podría parecer sospechoso, o podrían ser únicamente las estupideces habituales de un contratista que trabaja para el ejército. ¿Qué pasa con los empleos de las otras víctimas?

Ida dio un mordisco a su sándwich y rebuscó entre los documentos con las declaraciones de los amigos y familia de Danielle.

—Hay una cosa que me altera —dijo—. Unos quince días antes de que mataran a Danielle Landry ella dio aviso al bufete de abogados donde trabajaba de que había encontrado un papel como actriz en una serie de películas de motoristas que

hacía una empresa de Redondo Beach. ¿Qué coño son «películas de motoristas»? ¿Se trata de un eufemismo de porno?

—No lo creo. Danielle nunca mencionó el nombre de la productora, así que los del sheriff han estado buscando en los registros de empresas en la Secretaría de la Oficina del Estado, investigando el gremio, confeccionando una lista. Hasta ahora no tenemos nada. —Señaló con la cabeza la carpeta con las fotos de la escena del crimen del asesinato de Landry—. ¿Qué pasa con lo que dejó el asesino en su apartamento? ¿El dinero en la bañera?

Ida hojeó la carpeta hasta las fotos que mostraban las caracolas junto a las ventanas de la sala de estar y el cuarto de baño, las cuentas de cristal junto a la puerta de entrada. Las habían agrupado, perfilado con tiza, con tarjetas de pruebas al lado para las fotos.

—No tengo ni idea de por qué las dejó —dijo—. Eso no suena a sigilo del vudú, si es lo que te estás preguntando.

Feinberg asintió, decepcionado.

—¿Has conseguido hacerte alguna idea aproximada de cómo es el asesino? —preguntó.

Otra de las primeras tareas en estos casos era trazar un perfil inicial del criminal, imaginar lo que sabía, qué habilidades podía tener, qué peculiaridades.

—A juzgar por el modo en que cortó el brazo de Butterfiled, no es cirujano —dijo Ida—. Y no sabe mucho de vudú. La elección de los objetos que dispersó por el apartamento de Landry es completamente errónea. Los dibujos de los sigilos también son completamente erróneos. Pero es bueno eligiendo a sus víctimas, consiguiendo entrar, huyendo. Acecho, entrada, cautela. ¿Puede que alguien condenado por robo con escalo? ¿O quizá sea un exmilitar? ¿Algún chico traumatizado que haya vuelto de Vietnam?

—Eso es lo que también pensamos nosotros —dijo Feinberg —. Hemos estado revisando cuidadosamente la lista, buscando criminales con historial como merodeadores que hayan atacado y abusado sexualmente en las casas que entraron. Y vagabundos con un pasado militar. Hasta ahora no hay

resultados.

Se encogió de hombros e Ida tuvo una vez más sensación de que estaba fuera de sí. De que había estado dándole vueltas a ese tipo de hipótesis y conjeturas incontables veces durante las últimas semanas y no había conseguido nada.

—El otro ángulo es cómo elige a sus víctimas —dijo Feinberg—. Estamos trabajando sobre la teoría de que anda merodeando por las calles. Vigilando viviendas desde un coche aparcado, viendo quién entra, quién sale. Esperando hasta la noche para entonces actuar. Eso sugiere a alguien cuyo trabajo implique conducir, alguien que pueda estar aparcado en algún sitio todo el día sin despertar sospechas. Técnico de mantenimiento, jardinero, trabajador de servicios públicos.

—No lo comparto —dijo Ida—. Me fijé en que todas las víctimas estuvieron en lugares públicos la noche de su muerte. McNeal comió algo en el mostrador de un supermercado. Landry fue a una lavandería. Butterfield se detuvo al salir en una cafetería. No puede ser una coincidencia. Todos están en lugares concurridos, con gente entrando y saliendo, gran cantidad de clientes. Buenos sitios para estar sentado y observar, seguir sigilosamente a sus víctimas, imaginar quién vive sola, a quién merece la pena seguir a casa.

Feinberg frunció el ceño.

—Puede que la lavandería y la cafetería sean buenos terrenos de caza —dijo—. Pero no compro lo de que eligiera a McNeal en el mostrador del Ralphs. ¿Has estado alguna vez? Es muy pequeño. No es posible que alguien ande por allí esperando víctimas sin que se note. Tiene que pararse en los pasillos del supermercado, e incluso entonces llamaría la atención.

Ida comprobó decepcionada que él tenía razón. Dio otro mordisco a su sándwich. Buscó en los documentos de la carpeta de McNeal, siguiendo sus pasos hacia atrás durante la noche, las declaraciones de sus vecinos, del trabajador del supermercado que le atendió, de sus colegas en el hospital.

—El hospital —dijo, alzando la vista hacia Feinberg—. McNeal volvía a casa al salir de una guardia en urgencias del Hospital del Condado. Allí es donde lo localizó el asesino. En la

sala de espera del hospital. Abierta las veinticuatro horas, siempre abarrotada, con gente entrando y saliendo. Los lugares elegidos son una lavandería, una cafetería y un *hospital*.

Feinberg le sonrió, su desencanto desapareció.

—Eso sí te lo compro —dijo.

—Necesitamos confeccionar una lista de otros lugares donde pudiera estar acechando —dijo Ida—. Bibliotecas, gimnasios, puede que parques y playas… ver de qué información sobre merodeadores disponemos.

—Me ocuparé de eso —dijo Feinberg—. Y de buscar el *modus operandi* en el ordenador CII.

—Bien. Yo revisaré otra vez los archivos referentes a los tres lugares… informes de testigos, verificación de identidades y pólizas de seguros, interrogatorios: ver si se pasó algo por alto.

Se sonrieron. Luego Feinberg se levantó y salió a toda prisa.

Cuando Ida volvió a mirar los archivos, le recorrió un escalofrío que se impuso al ardor de su anterior paso adelante. Ahora que este había cobrado vida dentro de su cabeza, no pudo borrar la imagen del asesino allí en la ciudad, en sus terrenos de caza, en un parque, en una playa, en una hamburguesería o un bar, sentado solo, dando sorbos a una copa, observando a la multitud, buscando al siguiente habitante de Los Ángeles al que matar.

Parte tres

Dante

13

El almacén ocupaba la mayor parte de un bloque en North Formosa Avenue, en West Hollywood, no lejos del antiguo solar de Pickford-Fairbanks. Mientras Dante conducía hacia allí la mañana después de su reunión en la fiesta de la piscina, reflexionaba sobre cómo darle la noticia a Loretta. Esta dormía cuando llegó por la noche, y se había ido a trabajar antes de que Dante se despertara. Le daba miedo tener que decirle que había un cambio de planes, que el retiro por el que llevaban trabajando todos aquellos años tendría que posponerse. Se encontró deseando que sucediera algo que impidiera su progreso, pero todo estaba bien, siniestramente bien: hasta la circulación era escasa.

Cuando se detuvo en el patio, el lugar ya estaba en plena vorágine, con encargos entrando y saliendo. Caminó hasta el propio almacén, dejando atrás hileras de gigantescas estanterías que contenían todo tipo de bebidas, pasó por delante de carretillas elevadoras y de imponentes montones de palés vacíos. Olió aquel tranquilizador, rancio, olor a licor.

A Dante le había encantado dirigir la empresa todos aquellos años. Abastecía a los mejores restaurantes y locales nocturnos de Los Ángeles. Lo que significaba que él y Loretta tenían entrada libre en todas partes, no necesitaban hacer cola, les daban las mejores mesas y los invitaban a todas las inauguraciones que tuvieron lugar durante las últimas cuatro décadas. Loretta disfrutaba con el glamur. Dante disfrutaba con la animación. Era un buen modo de pasar la vida juntos.

Llegó a su oficina en la esquina del almacén, un espacio desordenado, con paneles de cristal y dos mesas de despacho, un sofá y unos cuantos archivadores. Alguien había puesto espumillón e instalado un árbol de Navidad de plástico en el rincón. Loretta estaba sentada a su mesa, con el teléfono

pegado al oído. Lo saludó con la cabeza cuando entró. Dante se sentó a su mesa y esperó a que ella terminara su conversación.

Loretta había empezado a ayudar en el trabajo cuando los chicos se hicieron mayores, solo por hacer algo. Pero resultó que aquello fue también de lo más adecuado para ella. La contabilidad, la estrategia, el trato con los empleados, todos los cuales preferían a Loretta antes que a Dante, aunque ella era el policía malo del dúo. Era una profesional competente, brusca. Muy activa y con una gracia natural. En aquella época era mayormente Loretta la que llevaba el negocio.

Mientras Dante examinaba a su mujer sintió aquel ramalazo de orgullo que nunca desaparecía, aquel intenso amor. Con los años su aspecto físico se había ajado, lo mismo que el de él. Ella se arrugó, ablandó, decayó. Su cabello pelirrojo había perdido su fuego y brillo, volviéndose de un gris acartonado. Pero la belleza de sus ojos no había disminuido. Todavía tenían el verde profundo de los lagos de montaña, lo suficientemente claro para que se pasasen por alto sus defectos.

Terminó su llamada, dejó el teléfono, le miró y arqueó una ceja.

—¿Qué tal? —preguntó.

Él suspiró, se armó de valor.

—Me han encomendado un trabajo.

Ella no se movió, siguió allí sentada con los brazos cruzados, mirándole. En el silencio Dante oyó el zumbido de las carretillas elevadoras, el ruido de las botellas entrechocando.

—Me aseguraste que ningún trabajo más —dijo ella.

—Lo sé.

—Vamos a firmar los contratos el veintiséis.

—Lo sé. No pedí este, Loretta. Fui forzado a hacerlo.

—Por Licata.

—Sí.

Ella se quedó callada, asimilándolo.

—No podía decir que no —explicó Dante—. Su hijo ha desaparecido. Me ha pedido que lo encuentre. Debería ser fácil.

Habitualmente los trabajos de búsqueda eran fáciles. Pero cuando la persona desaparecida era el hijo del jefe y el hijo del

jefe era un liante universalmente reconocido, el trabajo tenía tendencia a complicarse.

—El hijo de ese hombre ha desaparecido —repitió Dante.

—Eres demasiado blando —dijo Loretta.

—Hay una diferencia entre ser blando y ser listo. Le dedicaré unos cuantos días, informaré, y eso será todo. Tendremos cena de Navidad, firmaremos el contrato el veintiséis y nos iremos de Los Ángeles tal y como planeábamos.

Ni siquiera a Dante le sonaba convincente. Loretta continuó mirándole fijamente.

—Ibas a dejar de hacerlo, Dante. No harías esos trabajos. Cuanto mayor te haces, más probable es que las cartas no te vengan bien dadas.

—¿Crees que elegí encargarme de este? ¿Crees que estoy haciendo esto porque me interesa?

Le dolía que ella pudiera creer que aceptaba hacer esos trabajos sin considerar las consecuencias; que no daba la mayor importancia a los que quería. Dante ya se había quedado una vez sin familia, allá en Chicago, debido a su propia estupidez. El dolor que aquello le causó había moldeado su vida, así que cuando se casó con Loretta hizo todo lo posible para mantenerla a salvo, y lo había conseguido durante décadas.

Ella suspiró y movió la cabeza.

—Si pudiera decirle a Licata que se fuera al infierno, lo haría —dijo Dante—. Son solo unos cuantos días, Loretta. He sobrevivido todo este tiempo.

Ella se encogió de hombros, pero sus disculpas solo parecieron fastidiarla más.

—Entonces te tomarás un tiempo libre —dijo Loretta, con un tono que oscilaba entre la pregunta y el reproche.

—Solo unos cuantos días.

—Bien, pues entonces, antes de que te vayas, Mullan llamó y quiere que le devuelvas la llamada, y hay media docena de cartas y facturas que necesitan tu firma. —Loretta señaló un montón de papeles que dejó entre la pila de nieve artificial de su mesa de despacho—. Tengo que hablar con Jimmy y Mike —dijo, levantándose y saliendo de la oficina.

Dante miró cómo se iba y exhaló el aire. La cosa había ido tan bien como esperaba, y le había dejado con tanta culpabilidad como preveía. Durante todo su matrimonio, mientras criaba a sus hijos, se había marchado por cuestiones de trabajo, a veces desapareciendo semanas. Eso había dejado su huella. Ella nunca estaba completamente segura de que podía fiarse del todo de él, y Dante siempre tenía la sensación de que debía compensarla. El viñedo era la única promesa de verdad que le quedaba, algo que harían juntos. Que compensaría las sombras que él iba sembrando en su relación. Al menos así era como lo veía.

Se volvió hacia los papeles, con prisa, sabiendo que necesitaba ponerse en marcha, hacer averiguaciones, buscar a Riccardo. Cuanto más tiempo estuviera desaparecido, más se complicaría el asunto. Firmó todas las cartas y facturas y luego devolvió la llamada a Mullan, su contable, que estaba supervisando la adquisición del viñedo. Su precio estaba fuera de sus posibilidades, pero Dante había puesto en venta la empresa de distribución, pedido un crédito, recurrido a sus ahorros para el depósito. Ahora todo aquel dinero estaba en una cuenta de garantía esperando el 26 de diciembre, cuando la venta de la empresa se materializara y el dinero se utilizara, lo que a su vez formalizaría la compra del viñedo. Si por algún motivo la cadena se rompía antes, Dante se arriesgaba a perder sus ahorros, viéndose forzado a vender su negocio y hacerse responsable del crédito. Ya llevaba nervioso unas cuantas semanas, y que le encargaran el trabajo la noche pasada solo había empeorado las cosas.

Mientras esperaba que la secretaria de Mullan le pasara con él, se fijó, entre sus papeles, en unos cuantos folletos enviados por quienes vendían el viñedo. Cogió uno y lo miró. Había fotos de exuberantes colinas verdes que brillaban con el rocío de la mañana, frondosas viñas, uvas de un púrpura intenso, de un amarillo pálido. Resultaba difícil no imaginar aquello como un paraíso dónde él y Loretta pudieran pasar el resto de su vida en un retiro, con su hija, Jeanette, ayudándoles a dirigir el lugar. La casa de esta en Santa Rosa estaba a tiro de piedra, lo que significaba que pasarían más tiempo con ella y sus nietos.

El plan era que al final Jeanette se hiciese cargo del viñedo.

De modo que Dante había tirado adelante, había pasado meses apaciguando a sus últimos clientes —jefes mafiosos, multimillonarios y ejecutivos de los estudios de cine—, convenciéndoles de que se retiraba de verdad. Necesitaba largarse de Los Ángeles, les dijo. Se estaba acercando a los setenta años y estaba completamente quemado. De modo que buscó garantías, cerró contratos, vendió valores, pidió compensaciones, destruyó pruebas, pagó sobornos y dinero por silencio, ató cabos sueltos. Se liberó con un prolongado y delicado acto de contorsión. Dejaba aquella vida para hacer vino, mientras la mayoría de los mafiosos la dejaban empujados sobre una camilla. El plan era perfecto, lo que preocupaba a Dante. Los planes perfectos eran los más frágiles.

Cuando Mullan se puso al teléfono, explicó que necesitaba que Dante diera el visto bueno a unos cuantos cambios finales del contrato. Dante dio el visto bueno y colgó. Hizo una llamada a un amigo suyo de la Brigada de Estupefacientes del Departamento de Policía de Los Ángeles con el que concertó una cita para más tarde aquel día. Hizo una última llamada a información para conseguir los datos de la empresa de Riccardo, luego se levantó y salió dando largos pasos del almacén.

14

La oficina de Riccardo estaba en el extremo este de los apartamentos Hollywood, en un bloque de cinco pisos de estilo español situado detrás de un descuidado patio. Dante pulsó el portero automático hasta que alguien escuchó su perorata sobre una entrega y pulsó para dejarle entrar. Entró y paseó la vista por el portal. Las paredes estaban mugrientas, y la alfombra, andrajosa. Los letreros de los buzones decían que la empresa de Riccardo —Ocean Movies— estaba situada en el segundo piso. Dante cogió el correo que rebosaba en el buzón y luego subió la escalera. Cuando llegó a la oficina, vio que la puerta estaba rajada. Alguien había entrado a la fuerza.

Pegó la oreja a la puerta y escuchó. Ningún ruido. Pero un hedor pútrido emanaba desde la otra parte. Dante sacó su arma del bolsillo de la chaqueta, un Colt Detective Special del 38. Lo amartilló.

Probó en la puerta, esperando que quien la había roto pudiera haber inutilizado la cerradura de modo permanente. Bajó el picaporte, lo levantó, empujó con el hombro y la puerta se abrió dando una sacudida. Cuando entró, esperaba encontrar el cuerpo de Riccardo en el suelo. Pero no había nada a lo que atribuir el olor. Las persianas venecianas de las ventanas estaban bajadas, por lo que el lugar resultaba lóbrego, pero pudo distinguir que había dos mesas de despacho más allá, ficheros, una abertura que daba a una cocina americana. Todo había sido revuelto.

Dante oyó un ruido procedente de la arcada que llevaba a la cocina americana. Levantó el arma. Tensó el dedo en el gatillo. El ruido cesó. Él se acercó a la arcada. Se giró. Algo se movía en la sombra. Dante buscó una llave de la luz, la presionó. La habitación estaba vacía si se exceptuaba un perro. Un chucho con espeso pelo marrón. No mucho mayor que un cachorro,

estaba encogido en el rincón.

Dante soltó un suspiro y levantó el arma. El perro continuó encogido, apretándose todavía más contra la pared. Junto a él estaban dos cacharros vacíos para comida y agua. Dante se acercó al perro, estiró la mano para acariciarle y el animal se encogió asustado.

—No pasa nada —dijo Dante—. No pasa nada, chico.

Le acarició el lomo, notando que el miedo le hacía temblar. Al perro lo habían encerrado allí, dejándolo morirse de hambre; luego unos hombres habían irrumpido, el perro probablemente hubiera empezado a ladrar y los intrusos posiblemente le habían pegado para que se callase y luego lo habían dejado para que muriese.

—No pasa nada, chico. No pasa nada.

Dante acarició al perro hasta que este se tranquilizó, aunque debería haber registrado el lugar y marcharse lo más rápidamente posible. Se le agolparon recuerdos. Loretta llamándole blando. Como a un perro callejero le había salvado la vida en Chicago años atrás.

Pasó los dedos por el dorso del animal, notando cortes y magulladuras. El perro se quejó lastimeramente cuando Dante le tocó el estómago. Puede que tuviera algunas costillas rotas, pero no había sangre seca.

Dante se levantó y paseó la vista por la cocina americana, fijándose en la fina capa de polvo de los mostradores, de los cristales. Encontró una lata de comida para perros, llenó un cuenco de agua y dejó que el perro comiera y bebiera. ¿Cuánto llevaría allí muerto de hambre?

Anduvo hasta el despacho principal, subió las persianas dejando entrar algo de luz y abrió las ventanas para eliminar aquel olor. Volvió a mirar a su alrededor. También allí había una capa de polvo. Dante unió ese dato con la cantidad de correo en el buzón y el perro sin comer, lo que le sugirió que quien trabajara allí se había marchado hacía tiempo y no había vuelto. Licata dijo que a Riccardo lo habían detenido en septiembre. Imposible que el perro pudiera haber sobrevivido desde entonces. Había estado viniendo alguien hasta hacía unos días. La oficina, con dos mesas de despacho, parecía que

era utilizada por dos personas. Alguien que estuviera ayudando a Riccardo a llevar el negocio había estado yendo a la oficina mientras Riccardo estaba en la cárcel. Dante se acercó a la mesa con la máquina de escribir encima, abrió los cajones, buscó tarjetas de visita y las encontró: «Audrey Lloyd, gerente de personal». Se metió la tarjeta en el bolsillo y volvió a mirar alrededor.

En una de las paredes había un gran panel de plástico con el logo de la empresa —tres bucles azules que representaban una ola— y, justo al lado, el nombre en letras curvadas color turquesa. En las otras paredes había carteles de las películas producidas por la empresa: vulgares películas sobre surf, unas cuantas de carreras de coches. Los films tenían nombres como *Fiesta en la playa con bikini, La ola interminable, Surf desenfrenado, Amor de verano*. Los carteles mostraban a chicas jóvenes y guapas relajándose en playas, surfistas con mandíbula cuadrada, conductores de coches de carreras, vistas panorámicas de puestas de sol en un Pacífico tan púrpura como un hierro al rojo.

Mientras Dante paseaba la vista por la mugrienta oficina abandonada, se preguntó cómo habría terminado en un sitio tan miserable el hijo de un jefe de la Mafia. ¿Se debía a los fracasos individuales de Riccardo? ¿O era algo emblemático del declive general de la Mafia? Luego se preguntó si la desaparición de Riccardo no tendría después de todo nada que ver con la coca por la que le habían detenido; puede que tuviera que ver con Ocean Movies. Habían forzado la puerta de entrada y saqueado el sitio, y la gerente se había marchado con tanta prisa que había dejado que un perro se muriera de hambre en la oficina.

Dante recorrió rápidamente el correo que había recogido abajo: circulares, una reclamación por el pago del alquiler, una renovación del arrendamiento de los muebles. Dejó el correo sobre lo que debía de haber sido la mesa de Riccardo y se sentó en su sillón. Quizá los intrusos hubieran dejado algo allí que pudiera arrojar cierta luz sobre lo que le había pasado a Riccardo. Dante examinó con atención los restos del suelo, fijándose en unos cristales rotos entre trozos de palomitas de

maíz caramelizadas. Riccardo quizá había tenido un tarro de ellas sobre su mesa, como hacían muchos mafiosos de la generación mayor. Extraño que Riccardo hubiera seguido la tradición. Puede que las palomitas caramelizadas fuesen las que mantuvieron vivo al perro.

Dante se levantó, recorrió ordenadamente la habitación, registró los restos, los cajones de la mesa de despacho, los ficheros. Buscaba alguna pista, pero no pudo encontrar ninguna. Buscó en la cocina americana, debajo de las alfombras, las maderas del suelo, el sofá, reservas escondidas. Pero la mayoría de los sitios donde podría encontrar algo ya los habían revuelto los intrusos, lo que sugería que ellos sabían lo que estaban haciendo.

Repasó el montón de papeles que estaba encima de la mesa y los ficheros y quedó sorprendido por lo que encontró: parecía que la empresa hacía de verdad películas. Él había dado por supuesto que era una tapadera y que recibía dinero de inversores en películas pero lo empleaba en otro tipo de producciones y de algún modo recibía un porcentaje. Pero toda la documentación sugería que Ocean Movies era una auténtica productora de películas independientes: contratos con empresas que alquilaban equipos y estudios de rodaje, informes sobre búsqueda de localizaciones, fotos de actores y actrices. Dante examinó las fotos. Los actores parecían totalmente desconocidos, rostros que solo en su casa dirían que eran especiales. Las actrices parecían todas coristas traídas en autobús desde Las Vegas porque les sentaban bien los bikinis. Dante localizó unos cuantos nombres italianos entre las empresas colaboradoras, pero no reconoció ninguno. No existían relaciones evidentes con los bajos fondos aparte del propio Riccardo.

Dante encendió un cigarrillo mientras observaba la oficina vacía. Las persianas estaban subidas a medias y dejaban entrar la luz de la mañana formando franjas y resaltando los contornos de la habitación. Contempló el polvo que destacaban los rayos de sol, y tuvo la sensación de que volvía a la década de 1930, a su antiguo despacho en la RKO, cuando trabajaba de factótum para Howard Hughes. A Dante le había ofrecido el

trabajo uno de los títeres de Hughes allá en Chicago justo cuando él quería dejar la ciudad para trasladarse al oeste con Loretta.

Pero Dante solo había pasado unos cuantos años en la RKO. Ser un factótum de la Mafia implicaba riesgos morales, pero el sistema del estudio era otra cosa. Había un viejo chiste que aseguraba que Henry Cohn gestionaba Columbia Pictures como un campo de concentración, y eso también era válido para los demás estudios. Encubrimientos, favores sexuales, chantajes y odio racial eran el combustible con el que funcionaba el sistema. Incluso las estrellas estaban sometidas a él. Dante las había visto trabajar a horas absurdas, interpretar los papeles que les asignaban, salir con las personas que les decían, tomar medicamentos que les recetaban turbios médicos a sueldo del estudio. Si se quedaban embarazadas, se las mandaba a México para que abortaran a la fuerza; si sufrían una sobredosis, las trasladaban a granjas del norte del estado para que se desintoxicaran. Con la fama venían reporteros y chismosos, extorsionadores y estafadores. Luego venían las drogas, el alcohol, el quinto divorcio, el aumento y la pérdida de peso, el fracaso de la película que supondría su vuelta, las llamadas sin respuesta, el intento de suicidio. Dante había visto enloquecer a muchas bajo el peso de todo eso. Y había sido un operario de la máquina, contribuyendo a perpetuar un sistema corrupto que transmitía una imagen de apariencia saludable a todo el mundo, un espejismo. Las películas eran un tipo oscuro de magia.

Así que Dante lo había dejado; empezó con la empresa de distribución de bebidas, aceptando trabajos de los mafiosos de Los Ángeles. Y los días pasaron uno tras otro mientras los años iban desfilando. Buenos años, aunque la discusión con Loretta de aquella mañana sugería que ella no veía las cosas tan de color de rosa.

Regresó a la cocina americana, los contornos de luz y sombra ondeando sobre él. El perro estaba tumbado junto a los cuencos, que ya estaban vacíos. Dante se acercó a la alacena y se metió en el bolsillo un par de latas de comida de perro más.

—Vamos —dijo.

El perro tardó un segundo en salir detrás de él.

CUANDO DANTE VOLVIÓ a la calle, buscó un teléfono público y llamó a un viejo amigo que trabajaba en la compañía de teléfonos Bell. Le pidió que comprobara el registro de llamadas de las últimas dos semanas de Riccardo por la línea principal de su empresa y del número que había anotado de la tarjeta de visita de Audrey Lloyd. Su amigo le dijo que aquella noche tendría algo para él. Dante colgó y miró desde el otro lado de la calle la oficina vulgar, sórdida de Riccardo. Pensó en la sucesión de oficinas vulgares, sórdidas en que él mismo había trabajado. Pensó en el almacén, la discusión con Loretta. Se volvió a recordar a sí mismo cómo era capaz de liarlo todo.

15

DANTE LLEGÓ AL AEROPUERTO justo pasadas las once. Aparcó el Thunderbird en uno de los espacios de aparcamiento de corta estancia que lo rodeaban. Se apeó de un salto y junto al perro zigzagueó entre los coches. Se fijó en que el perro se movía como él, giraba cuando giraba él, se detenía cuando se detenía él, sin enredarse nunca con sus pies, sin retrasarse ni adelantarle nunca, como si ya estuvieran sincronizados.

Cuando se acercaban al edificio del aeropuerto, Dante se encontró con una escena del crimen en el aparcamiento de larga estancia. Cinta amarilla, un coche fúnebre, una furgoneta de forenses, un numeroso grupo de mirones. La acción se centraba en un Chrysler Newport azul aparcado justo en el centro del aparcamiento. Un grupo de policías estaba junto a él, charlando. Dante los recorrió con la vista, buscando al que había quedado en ver, y lo encontró: Conor O'Shaughnessy, un amigo de Dante en la Brigada de Estupefacientes de la policía. Era un hombre bajo en la cuarentena, con el pelo castaño despeinado y sonrisa fácil. O'Shaughnessy vio a Dante entre la gente, señaló el edificio del aeropuerto, la cafetería. Dante hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Cinco minutos después estaba sentado en la cafetería con dos cafés delante de él y el perro a sus pies. El local era luminoso, con un estanco, una barra y un espacio elevado con mesas. Sus ventanas daban a los enormes aparcamientos que rodeaban el aeropuerto. La vista siempre le había recordado a Dante la de los corrales de Chicago, los cuadrados con establos que se extendían hectárea tras hectárea en el barro de Illinois, sus ocupantes a la espera del matadero.

De vez en cuando un reactor pasaba rugiendo por encima, haciendo temblar la vajilla, apagando el sonido de las canciones de Navidad que emitía la radio.

Al cabo de unos minutos vio a O'Shaughnessy que se acercaba cruzando el aparcamiento. Entró en la cafetería, se sentó en la barra al lado de Dante.

—¿Qué ha pasado? —preguntó este, señalando las ventanas por las que se veía la escena del crimen.

—Un muerto dentro de un coche —dijo O'Shaughnessy. Tenía una voz cavernosa que sonaba como si le raspase el fondo de la garganta cada vez que hablaba—. Llevaba allí un tiempo. El forense cree que quizá un par de días. Tenía la cabeza destrozada, pero nadie oyó disparar el arma. La teoría es que el asesino esperó a que pasara un avión para que su sonido sofocase el del disparo.

Dante lo consideró.

—Decisión inteligente —dijo.

—En eso hay consenso. Y como el aparcamiento tiene el tamaño de un jodido maizal y el coche está aparcado en medio, nadie lo descubrió durante casi tres días.

—¿Entonces por qué intervenís los de estupefacientes?

—Los de homicidios encontraron un kilo de marihuana en el maletero. Nos llamaron a algunos para ver si conocemos al tipo. No lo conocemos.

—Parece raro que el asesino no se llevase el costo —dijo Dante.

—A lo mejor no sabía que estaba allí.

Dante asintió. Cuando en la radio empezó a sonar una versión con toques jazzísticos de «O Little Taun of Bethlehem», observaron por las ventanas la escena del crimen, a los mirones que estaban alrededor: turistas de vuelta a casa en el Medio Oeste, el profundo Sur, la Costa Este, que se detenían por última vez ante la última atracción antes de embarcar en sus aviones. Dante se preguntó si se iban bien servidos de todo lo que vinieron a buscar en Los Ángeles: sol, surf, famosos, música pop, una visión de cerca de la revolución cultural de California. Se preguntó si hasta aquel momento se las habían arreglado para sortear el aspecto violento de la plácida ciudad, la contaminación, los atracos, los chiflados, las putas de Sunset, que eran más menores de edad cuanto más al oeste se viajaba.

Un reactor mexicano rugió por encima haciendo temblar la cafetería.

—¿Entonces qué puedo hacer por ti? —preguntó O'Saughnessy cuando el ruido se hubo apagado.

—Se me ha encargado seguir la pista de alguien en contra de mis deseos.

—¿Quién es el fugado?

—Riccardo Licata.

O'Saughnessy enarcó las cejas.

—Puedo entender por qué no querías.

—Ricardo estaba en el trullo por una detención con coca que hicieron tus chicos —dijo Dante—. Entonces, inesperadamente, llamó a su padre suplicando que pagase la fianza. Luego, el día que salió, desapareció. ¿Sabes tú algo de eso?

—Algo. No fui yo quien llevó el caso, pero trajo problemas en aquel momento. ¿Nick Licata pagó la fianza del chico y ahora te pide que le encuentres?

—Más o menos.

—¿Entonces qué anda buscando? ¿A su chico o el dinero de la fianza?

—Un poco de las dos cosas. ¿Qué sabes de la detención?

—Fue una detención de tráfico rutinaria. El coche de Licata tenía una luz de atrás apagada o algo por el estilo. Cuando lo mandaron detenerse, se comportó de modo sospechoso, sin motivo, así que los agentes registraron el coche y encontraron un cargamento de coca que era la madre que lo parió en el maletero. Veinte kilos de cocaína pura. Bien pesada. El idiota en realidad estaba conduciendo por la ciudad con esa cantidad de estupefacientes en el coche y no se molestó en comprobar sus luces.

—Riccardo aseguró que la coca la pusieron tus chicos.

O'Saughnessy se rio.

—¿Y de dónde coño iban a sacar tanta coca? Ni siquiera vaciando las pruebas almacenadas en la central de la policía se conseguiría tanta.

—¿Tienes alguna pista de dónde la consiguió Riccardo?

—Eso es lo que nos hemos estado preguntando desde

entonces. Nadie imaginaba que Riccardo Licata era un jugador importante en la liga de la coca. Los últimos años hemos estado deteniendo cada vez a más distribuidores de coca, pero nunca a uno tan gordo. El cargamento de Riccardo se salía de lo normal. Y la cosa sucedió totalmente por casualidad. Lo estuvimos presionando para que revelara la fuente, pero él no lo quería soltar. Y hay una nota a pie de página de todo esto que te podría interesar. Es de mis tiempos en la Oficina Federal de Estupefacientes.

Dante asintió. O'Saughnessy trabajó anteriormente para la Oficina Federal de Estupefacientes, la agencia gubernamental cuya función era perseguir el tráfico ilegal de drogas, tanto a escala nacional como internacional. Aunque mucha más pequeña que su primo, el FBI, la Oficina Federal de Estupefacientes era más competente, y tenía más experiencia y éxito. Con solo trescientos agentes y un cuatro por ciento del presupuesto federal para cuerpos policiales, conseguía encerrar al veinte por ciento de los presos en las cárceles federales. Pero durante los últimos años esa Oficina Federal se había visto enturbiada por una serie de escándalos de corrupción: agentes sorprendidos robando mercancía, robando dinero, estableciendo su propio tráfico y sus rutas de importación de drogas. El mismo O'Saughnessy había sido víctima de la corrupción cuando se negó a tender una trampa a un inocente para acusarle de un delito que podría haberle mandado treinta años a la cárcel, y empezaron a desaparecer documentos de su mesa de despacho, introdujeron un paquete de dinero falso en su taquilla, sus superiores recibieron informes anónimos acusándole de aceptar sobornos. Cuando, completamente por casualidad, O'Saughnessy descubrió que habían sido manipulados los frenos de su coche, comprendió que sus colegas no solo estaban intentando forzarle a que se fuera: estaban intentando matarle. De modo que se marchó y se alistó en el Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Hace unos cinco años, cuando yo todavía estaba en la Oficina de Estupefacientes —dijo O'Saughnessy—, detuvimos a Riccardo durante una batida en un club de Los Feliz. No era a por él a por quien íbamos, solo estaba en el sitio inadecuado en

el momento inadecuado. Tenía una bolsa con anfetaminas encima. Black beauties, de las más potentes, Suficiente para que le cayeran dos años. Suficiente para hacer que aflojara la lengua. Justo cuando le íbamos a interrogar, recibimos una llamada para que le dejáramos irse. Al parecer él ya era «una parte esencial de una investigación en marcha».

O'Saughnessy enarcó las cejas, dejando que Dante dedujera lo que había pasado: Riccardo era confidente de uno de los otros agentes de la Oficina Federal de Estupefacientes. Dante se imaginó teniendo que decirle a Nick Licata que su hijo se había convertido en un soplón. Sería tan duro como decirle que Riccardo había muerto. ¿Era por eso por lo que Riccardo estaba desesperado por salir de la cárcel? ¿Su identidad falsa como confidente de la Oficina Federal de Estupefacientes había saltado por los aires?

—¿Descubriste alguna vez qué agente lo utilizaba? —preguntó Dante.

O'Saughnessy negó con la cabeza.

—En la Oficina nadie hablaba nunca de sus confidentes —dijo—. En aquel sitio era todos contra todos.

Dante frunció el ceño.

—¿Entonces tú y tus chicos del Departamento de Policía no sabéis nada sobre por qué Riccardo, un instrumento de la Oficina Federal de Estupefacientes, desapareció sin dejar rastro?

La pregunta era deliberadamente malintencionada: los dos cuerpos policiales tenían una larga historia de odio mutuo. No solo competían por detenciones y elogios, sino también por confidentes e inspectores. Cuando los agentes se cabreaban con la Oficina Federal, dimitían y los contrataba la Brigada de Estupefacientes de la policía, llevándose consigo todos sus contactos y confidentes. Justo como hizo O'Saughnessy. Algunos hombres se movían en la otra dirección. Y otros iban dando bandazos de una a otra. Sus relaciones alcanzaron su punto más crítico en 1957, cuando confidentes de la Oficina de Estupefacientes empezaron a aparecer muertos por disparos hechos con el mismo modelo de revólver que usaba habitualmente el Departamento de Policía de Los Ángeles. La

Oficina de Estupefacientes tomó represalias, y los cadáveres de confidentes de las dos agencias pronto aparecieron desperdigados por la ciudad. La historia ocupó titulares. El alcalde de Los Ángeles convocó una apresurada e incómoda rueda de prensa donde el jefe de policía y el supervisor de distrito de la Oficina Federal de Estupefacientes se mostraron amigos y negaron los rumores.

Si O'Saughnessy estaba en lo cierto y Riccardo era confidente de la Oficina Federal de Estupefacientes, entonces podía no haber sido el suministrador de coca de Riccardo quien se lo cargó, podría haber sido cualquiera de los muchos agentes corruptos del Departamento de Policía.

—Nadie quiere una repetición de lo que pasó en los años cincuenta —dijo O'Saughnessy—. Y en cualquier caso, no tiene sentido. Se dice que la Oficina Federal de Estupefacientes está en las últimas. Todos los escándalos de corrupción han contribuido a que la Casa Blanca esté a punto de disolverla. ¿Por qué alguien del Departamento de Policía iba a empezar a liquidar a confidentes de la Oficina Federal? Lo único que debemos hacer es esperar unos cuantos meses a que cierren la Oficina y podremos hacernos con lo mejor que tienen ellos gratis.

Era la primera vez que Dante oía que iban a disolver la Oficina Federal de Estupefacientes, pero la cosa tenía sentido. Examinó atentamente a O'Saughnessy. Si su amigo sabía algo que involucrase al Departamento de Policía en la desaparición de Riccardo, estaba haciendo un jodido buen trabajo fingiendo que no.

O'Saughnessy dio un sorbo al café, clavó la vista en las ventanas, en el interminable terreno lleno de coches. Llegó una furgoneta para cargar al muerto. Dante lo observó con una viscosa sensación de fatalidad, como si estuviera viendo una premonición de su propio destino.

—Hay algo más que deberías saber —dijo O'Saughnessy, volviéndose hacia Dante.

—Sigue.

—Después de que Riccardo saliese con fianza, algunos de los chicos de la brigada hicieron ciertas indagaciones, tratando de

descubrir lo que había pasado. Según el registro de visitas a la cárcel, alguien fue a ver a Riccardo antes de que pidiera a su padre que pagara la fianza. Un inspector del Departamento de Policía llamado Sam Cole.

—¿Y qué tenía que decir Cole al respecto?

—Eso es lo sorprendente —sonrió O'Saughnessy—. No hay nadie en el Departamento de Policía que se llame así. Si quieres saber lo que le pasó a Riccardo, tienes que encontrar al que le fue a visitar a la cárcel con identidad falsa. Y a lo mejor te enteras de lo que le dijo a Riccardo y que a este le asustó tanto que tuvo que recurrir a su padre para pedir el medio millón y salir.

Dante asintió.

—Creo que suena bien —dijo.

En el aire, por encima de ellos, pasó rugiendo un avión y las tazas que estaban en la barra bailaron.

Parte cuatro

Ida

16

La circulación parecía estar en contra de Ida durante la vuelta en coche a casa desde la Casa de Cristal aquella noche: encontró un atasco en el centro, luego en la autopista Harbor y después en la de Santa Mónica. Cuando estaba más cerca de casa, quedó encajada detrás de un tapón de vehículos cerca de la carretera de prolongación de la autopista 405, donde estaban despejando una gran extensión de urbanizaciones para ampliarla. Habían puesto avisos de desalojo y vaciado casas, y una franja de Los Ángeles, de dos manzanas de ancho y unos siete kilómetros de largo, se había convertido en una ciudad fantasma, sin gente salvo algunos vagabundos que recorrían las casas abandonadas allanándolas y adolescentes que las convertían en lugares de fiesta. Más adelante, los trabajos de construcción ya habían empezado, y el gobernador Reagan se presentó el día que comenzaban las obras para hacerse la foto. Ida había visto su foto en el periódico, sentado detrás del volante de una excavadora, con aquella sonrisa de vaquero subnormal en la cara.

Mientras esperaba que se despejara el tráfico, Ida miró la calle de urbanizaciones que destruirían más allá. Como adelanto de la construcción, estaban trasladando casas enteras. Equipos de obreros venían a cortar las líneas eléctricas, las tuberías de agua, los cables del teléfono. Insertaban vigas bajo los cimientos y levantaban las casas con máquinas gigantescas, de modo que estas quedaban unos metros por encima del suelo, flotando estremecedoramente en el cielo hasta que las cargaban en camiones y se las llevaban. Ida no estaba segura de si las casas iban a ser descargadas en otro barrio, o si sencillamente las llevaban directamente a un desguace.

En algunos sitios había cráteres donde una vez se alzaban casas; habían acumulado granos de arena, que volaron desde el

Mojave la noche anterior, como si el desierto hubiera venido a reclamar la ciudad, convirtiéndola de nuevo en el asentamiento desolado que una vez había sido.

Se oyó un chirrido metálico y pocos segundos después un camión con remolque se aproximó al cruce que Ida tenía delante. Cuando se acercó más, comprendió por qué se movía tan despacio: tenía una casa sujeta en la caja. Una casa de dos pisos completa arrancada del suelo y cargada en el camión. Ida la vio pasar avanzando con dificultad a la luz de la luna con una inquietante sensación de desgarro. Se suponía que una casa era estable, fija, el fundamento de la domesticidad sobre el que se había construido el sueño de la posguerra. Pero allí estaba la prueba de que el sueño era solo un sueño. Que la ciudad era tan ilusoria como un plató de cine, solo el decorado de una película que se podía trasladar de un lado a otro. Que era la pesadilla dentro del sueño. Si Los Ángeles era una metrópolis levantada en un lugar salvaje por la ingenuidad humana, un edén construido, entonces también podía ser desconstruido, destruido.

CUANDO IDA LLEGÓ AL fin a casa, se preparó una cena rápida y trató de comérsela antes de que Walter llamara desde Alemania. Durante los quince años que llevaban casados, pasaban muchos meses separados, él viajando por el mundo para el periódico, ella atravesando el país siguiendo el curso de distintos casos. Era algo que valoraban. Los dos eran personas solitarias que necesitaban un espacio propio, que imaginaban que el tiempo en soledad era el pegamento que los mantenía juntos. Juntos a solas. Lo mismo que «Alone Together», la canción de Chet Baker que oyó la noche anterior.

Él llamó cuando Ida acababa de terminar su cena. Era agradable oír su voz, pero tuvieron una conversación forzada. Ida le contó lo del asesinato, y que había pasado todo el día en la Casa de Cristal. Él permaneció en silencio y luego hizo una observación ambigua. Su reacción sorprendió a Ida. Fue Walter quien intentó disuadirla cuando ella decidió retirarse, de modo que pensó que su consulta sobre el caso le gustaría. Pero por algún motivo no fue así, y eso afectó al resto de su

conversación. Él le contó brevemente cómo iba su trabajo en Alemania, un trabajo sobre los soldados destinados allí, sus Navidades junto al Muro de Berlín.

Después de desearse buenas noches, Ida se sentó en el porche y se puso un chal aunque la noche era templada. «Cuanto mayor te haces, más frío tienes», le gustaba decir a Walter. Ella fumó, bebió y repasó mentalmente las pruebas. El asesino todavía estaba en algún sitio allí fuera, pero ella trató de pensar en todo ello como en un puzle abstracto, un problema de lógica, una fórmula que era preciso resolver.

Se abandonó a ello, reuniendo variables en incontables líneas de causa y efecto, probando lo que era coherente, lo que no lo era. Tres asesinatos. Tres tipos de pruebas.

Médico. Actriz. Ingeniero.

Hospital. Lavandería. Cafetería.

Un hombre acribillado. Una bañera con dinero. Un brazo cortado.

¿Qué vínculo estaba pasando por alto? Volvió a recorrer los movimientos de las víctimas las noches en que las mataron. Todos salieron del trabajo, todos se detuvieron a comer algo o a lavar la ropa, todos se fueron a casas vacías. Los movimientos habituales de los habitantes solitarios de Los Ángeles al caer la noche. Había tal cotidianidad en sus actos que casi resultaba deprimente. Y de pronto Ida se dio cuenta de que ella misma se había atenido a un comportamiento semejante aquella noche. Puede que fuera por eso por lo que había mirado hacia atrás por encima del hombro cuando se dirigía a su coche para volver a casa desde la Casa de Cristal aquella noche, afectada por el mismo miedo que inquietaba al resto de la ciudad.

Un hombre acribillado. Una bañera con dinero. Un brazo cortado.

De nuevo era la potencia de esas imágenes lo que parecía importante. ¿El asesino habría convertido a sus víctimas en símbolos porque eso las despersonalizaba? ¿Convertía lo que estaba haciendo en algo más fácil? ¿Era eso una compulsión por la que sentía culpabilidad después? ¿Era por eso por lo que las disponía en aquellas posturas pacíficas, respetuosas?

Los asesinatos eran habituales en Los Ángeles, pero la mayoría tenían algún motivo: dinero, amor, ira, desesperación. Este era algo distinto. No solo un acto sin sentido, sádico y cruel, sino con una carga ritual, expiatoria. Y era por eso por lo que aquellas muertes mandaban un mensaje de miedo y repulsión a una ciudad que estaba bastante acostumbrada a los homicidios. Y quizá el aspecto ritual incidía en algo más, algo acerca de la naturaleza de Los Ángeles. Aquella era una ciudad de personas desplazadas, exiliadas y refugiadas, construida sobre un paisaje inestable, precario. Y justo como Nueva Orleans, se enfrentaba al peligro constante por medio de la superstición, tejiendo su propia forma característica de mito, un profuso tapiz de sectas y comunas New Age. Cualquier alternativa funcionaba. Era el lugar perfecto para un nuevo tipo de vudú.

La mente de Ida se desplazó nuevamente a los personajes de los cuentos folklóricos de su juventud. Puede que Bras-Coupé y su banda de esclavos huidos estuvieran por ahí fuera, puede que los barones del vudú, los *loup-garou,* hombres lobo. Ahí fuera, en la oscuridad, con el Matarife Nocturno.

En la estantería de la sala de estar Ida tenía un antiguo libro titulado *Gumbo Ya-Ya* donde se recogían muchas de las narraciones folklóricas de Luisiana. Tal vez debería cogerlo, leerlo, purgarse de las fantasías que le asustaban cada vez más. Pero volvió a pensar en los asesinatos, y dedicó a eso la mayoría de la noche. Cuando el cansancio estaba nublando sus ideas, se encerró dentro de casa, se fue a su habitación y durmió unas cuantas horas.

Soñó con Los Ángeles, Nueva Orleans, el Matarife Nocturno; con imágenes dispersas de autopistas eléctricas y mareas en pantanos, la sensación de una hermosa canción terriblemente triste que no podía oír por completo. Hacia el amanecer sus sueños confluyeron en torno a otra figura del folklore de Luisiana: el pirata Jean Lafitte, que traficaba con esclavos, combatió a los británicos en la batalla de Nueva Orleans y mataba a un compañero de tripulación cada vez que enterraba un tesoro en el pantano para que el alma del muerto guardara el lugar. Las almas muertas aparecían como fuegos fatuos que

parpadeaban azules, luces superficiales que dirigían a los viajeros fuera de los senderos seguros, de modo que más almas de ahogados frecuentarían los pantanos.

CUANDO IDA DESPERTÓ, amanecía, el cielo estaba color rosa y despejado. Tumbada en la cama, escuchó los sonidos de Fox Hills borrando los sueños. Era una zona buena, segura, salpicada de huertas y unas pocas tierras de cultivo. Trigales, sandías y aguacates crecían a tiro de piedra, justo allí, en el centro de la ciudad.

Ida fue al cuarto de baño y se lavó las manos y la cara. La visión del agua corriendo por la porcelana le hizo pensar otra vez en Jean Lafitte, en todos aquellos que dejó flotando en los pantanos para proteger su tesoro. Estableció un paralelismo con Danielle Landry tumbada en un baño de dinero. Agua y monedas. ¿Era por eso por lo que la mente de Ida volvía a darle vueltas a la imagen? ¿Porque aquello le recordaba el antiguo relato del folklore?

Sonó el teléfono. Ida fue a la cocina y lo descolgó. Era su cuñada, Christine, que llamaba desde San Francisco. Ida debía ir el fin de semana, pasar las Navidades junto a Jacob y Christine, y los nietos. Mientras hablaban, a Ida le costó concentrarse, y pasó la mayor parte de la conversación mirando por la ventana de su cocina el jardín de su vecino, la hierba bajo el naranjo amargo salpicada de fruta estropeada. Ida estaba vagamente molesta porque su vecino no hubiera recogido la fruta, y luego se sintió molesta consigo misma por estar molesta, preocupada porque ella pudiera convertirse en una de esas viejas malhumoradas a las que enfurecían la edad y el resentimiento.

Terminaron la llamada e Ida se quedó un momento en el silencio de su cocina, mirando la fruta estropeada, pensando una vez más en Jean Lafitte y las semejanzas con Danielle Landry, molesta por hacer mentalmente aquellos paralelismos. A lo mejor eso era un síntoma de que se hacía vieja. Miró, tras salir de la cocina, el estante de libros del cuarto de estar. Allí estaba el de relatos folklóricos, *Gambo Ya-Ya,* encuadernado en tela y pesado, su título grabado en relieve en su grueso lomo y,

debajo del título, una imagen de Bras-Coupé, manco, muy fuerte, caminando a pasos largos por el pantano.

Ida frunció el ceño ante la imagen, y el corazón le dio un vuelco.

Bras-Coupé manco.

Como Anthony Butterfield manco.

Danielle Landry tumbada en un charco de dinero, como uno de los piratas que mató Jean Lafitte.

Y Mark McNeal acribillado como una víctima del Hombre de la Aguja y sus agujas hipodérmicas.

A eso se reducía todo. Ese era el engarce. El folklore de Luisiana.

17

—¿Folklore de Luisiana? —dijo Feinberg, sin molestarse en disimular su escepticismo.

Estaban en la mesa de su despacho en la Casa de Cristal. Ella se arriesgó a pasear la vista por la habitación y vio que los inspectores que andaban cerca se habían quedado todos en silencio, habían abandonado sus trabajos para contemplar el espectáculo; finas serpentinas del humo de sus cigarrillos ascendían por el aire. De pronto Ida tuvo la sensación de estar en un espacio tenso, con riesgo de humillación pública.

Durante el trayecto en coche, más pruebas fragmentarias habían ido encajando; cosas sobre Danielle Landy de las que Ida se debería haber dado cuenta antes, como aquellas baratijas dispersas por su apartamento. Pero casi tan deprisa como tomaba conciencia de ellas, fue presa de la ansiedad: que Feinberg no la creería, que ella estaba equivocada en todo. Había tenido presente Nueva Orleans constantemente desde que empezó las memorias, y ahora estaba viéndola también en los asesinatos del Matarife Nocturno. Quizá no había hecho un descubrimiento, quizá solo fuera una vieja gagá al final de su vida que proyectaba sus propias preocupaciones en el caso. Que no servían de nada excepto para el cementerio.

Pero Ida tenía que compartir su teoría, tanto si se reían de ella como si no. Había vidas en juego.

—McNeal era médico, trabajaba en el servicio de urgencias —dijo—. Allí es donde lo vio el asesino. Y lo apuñaló hasta matarlo como las víctimas de un Hombre de la Aguja. El del mito del viejo Nueva Orleans.

—¿Qué mito?

Ella le habló de la creencia en los Hombres de la Aguja, médicos blancos que de noche se introducían en la zona de la ciudad donde vivían los de color para inyectar a la gente un

líquido que la dormía, lo que permitía luego usarla en experimentos. Explicó también los paralelismos de los otros asesinatos, pero Feinberg se limitó a permanecer sentado allí con la misma expresión de escepticismo en la cara.

—Hay una vieja superstición en Luisiana: para protegerte de un *loup-garou*… que es una especie de hombre lobo… colocas trece objetos pequeños junto a las ventanas y puertas, en cualquier sitio por el que puedan entrar. Por algún motivo se supone que les impide el acceso.

—¿Y eso?

—Las baratijas en el apartamento de Landry: las caracolas, las cuentas de cristal. Se encontraron junto a puertas y ventanas. No fue el asesino quien las dejó allí. Fue Landry. Trataba de protegerse, y cuando el Matarife Nocturno entró violentamente se dispersaron por allí. Landry es un apellido cajún. Ella era de Mobile, muy cerca de Luisiana. Probablemente conocía ese tipo de cosas. A lo mejor se dio cuenta de que el primer asesinato estaba relacionado de algún modo con el folklore, y era supersticiosa y se asustó. Vete a por las fotos de la escena del crimen, cuenta los objetos y comprueba si hay trece de cada. Los agentes que hicieron el informe nunca tomaron nota del número, simplemente pusieron «múltiples objetos». Te apuesto lo que sea a que eran trece.

Ida terminó de hablar y en el silencio apreció que quizá lo había estado haciendo demasiado alto, pues ahora la miraban fijamente todavía más inspectores, y el mutismo era palpable.

Feinberg soltó un suspiro.

—Espera aquí —dijo, levantándose para traer los archivos.

Ida contempló cómo se iba y luego volvió a pasear la vista alrededor. Todos los hombres seguían mirándola fijamente. Ante su escrutinio tuvo una intensa sensación de alteridad, como si en muchos aspectos ella fuese el opuesto exacto de aquellos inspectores: civil, mayor, mujer, negra. Ida había tenido siempre la piel lo suficiente clara para pasar por blanca, algo que en sí mismo suponía un inconveniente: podría granjearle problemas en alguna parte de una ciudad. Y en situaciones como aquella, cuando se clavaban en ella unas

cuantas docenas de ojos hostiles, se preguntaba inevitablemente qué estaba pensando la gente, de qué raza creían que era, si estaban tratando de decidirlo. Aquellos hombres formaban parte de una fuerza policial con un largo historial de odio racial. Fueron los policías de Los Ángeles quienes reforzaron las políticas de toques de queda y segregación raciales, tanto de modo oficial como extraoficial; quienes veían como parte de su trabajo mantener la seguridad de la ciudad teniendo controladas a las minorías con todos los medios a su disposición. Durante los últimos años la policía de la ciudad había matado, de media, a una persona negra cada tres semanas; a la mitad de las víctimas, de un tiro en la espalda.

Pero aquellos también eran los hombres con los que ella debía trabajar si iba a conseguir que se hiciera justicia en favor de la persona que acudió en busca de su ayuda. La mayor parte de las veces conseguía arreglárselas con ellos, siempre y cuando la conocieran, y en general había pocos que no la atravesasen con la mirada como estaban haciendo estos ahora.

Por fin Feinberg regresó con los documentos y la ansiedad de Ida aumentó. Él se sentó, recorrió los archivos, se detuvo en una carpeta, la abrió y le echó una ojeada.

—Tenías razón con lo del informe —dijo—. No se molestaron en anotar en número de cada ejemplar. —Pareció molesto con la negligencia de los hombres del sheriff, pero continuó revisando las carpetas. Llegó a la que contenía las fotos de la escena del crimen del apartamento de Landry y las colocó encima de la mesa. Las cuentas de cristal junto a la ventana, las caracolas delante de la puerta. Se inclinaron y las contaron, e Ida rezó para que demostraran que no se equivocaba—. Trece de cada —murmuró Feinberg.

Landry había colocado trece piezas en cada uno de los puntos de entrada al apartamento. Ida respiró a fondo, sintiendo un alivio enorme.

—Tenías razón, Ida —dijo Feinberg—. Me disculpo. Tenías razón.

—No tienes que disculparte. Pero de todos modos, gracias.

—Entonces, ¿adónde crees que nos lleva todo esto? ¿Crees

que él tiene una larga lista de relatos folklóricos de Luisiana que está siguiendo? ¿Va a arrancarle la piel al siguiente? ¿Convertirlo en uno de esos esqueletos con sombrero de copa?

—Pudiera ser. —Ida frunció el ceño. En su prisa por descubrir la relación con el folklore, no había considerado qué podría pasar después. Ahora que Feinberg se la había metido en la cabeza, la perspectiva de que el asesino actuara siguiendo una lista de mitos de Luisiana la dejó fría, aunque también le dio una idea—. Creo que puedo imaginar lo que podría hacer a continuación —dijo.

—¿A qué te refieres?

—Si el asesino va a funcionar ateniéndose a una lista, quizá también podamos nosotros hacer lo mismo.

CUANDO IDA LLEGÓ A CASA, buscó en la estantería de libros, sacó su ejemplar de *Gumbo Ya-Ya* y se lo llevó a la butaca del porche. El libro lo había editado en la década de 1940 la Works Public Administration durante la Gran Depresión, cuando el gobierno subvencionaba a escritores e intelectuales como parte del *New Deal*. El contenido del libro lo habían reunido y seleccionado miembros del Programa de Escritores de Luisiana, que recibieron una subvención para viajar por el estado entrevistando a gente y recogiendo leyendas.

Walter había comprado el libro para regalárselo a Ida después de haber visto un ejemplar en una biblioteca pública. Solía pasar con los libros de la Works Public Administration: como los editaba el gobierno, muchas veces los compraban al por mayor otros organismos gubernamentales y todo quedaba en casa.

A Ida le sorprendió ver, cuando lo abrió por primera vez hacía un montón de años, que su primer caso, el Asesino del Hacha, de Nueva Orleans, era una de las «leyendas» documentadas; el asesino ya se había convertido en mito cuando se escribió el libro. Pero si el Asesino del Hacha ya era un mito, ¿qué pasaba con su propia investigación sobre él? ¿Y si el Asesino del Hacha inspiraba uno de los siguientes asesinatos del Matarife Nocturno? ¿Qué otras leyendas podría recrear?

El libro incluía a numerosos asesinos, auténticos y míticos, que supuestamente aterrorizaron a diferentes parroquias de Luisiana durante años: el Hombre de la Botella Negra, el Hombre de la Toga, el Hombre Dominó, el Hombre Demonio. Había listas de fantasmas relacionados con plantaciones: el jinete sin cabeza de Lacey Branch, el Pirata Fantasma de L'Isle de Gombi, el bosque encantado de Marksville. Había listas de supersticiones criollas: «El aullido de un perro y el estridular de un grillo vaticinan una muerte… Si duermes dándote la luz de luna en la cara, enloqueces». Algunas partes del libro se centraban en distintos grupos sociales: criollos, cajún, vendedores callejeros, deshollinadores, prostitutas, esclavos, la familia criminal Sockerhause. Otras partes se centraban en canciones y baladas de trabajo, cementerios, tradiciones a la orilla del río. Ida las recorrió todas, realizó una lista de las que podría imitar el Matarife Nocturno.

Cuando terminó, confeccionó otra lista, esta de lugares públicos en los que podría estar acechando el Matarife Nocturno. Sitios a los que iba la gente después del trabajo, donde él podría merodear, donde él pudiera percibir su soledad. Se preguntó a cuántas víctimas potenciales habría acechado, seguido, perdido; cuántos habitantes de Los Ángeles habían tenido la suerte de escapar sin siquiera darse cuenta.

De nuevo algo referido a los lugares afloró en sus pensamientos. Pensó en el primer asesinato, el de Mark McNeal, el médico, acribillado a navajazos como una víctima de un Hombre de la Aguja. ¿Era por eso por lo que lo había elegido? ¿Porque el asesino vio a McNeal en la sala de urgencias, poniendo una inyección quizá, y estableció una grotesca relación con el folklore? ¿Fue eso lo que pasó con las otras dos víctimas? La imagen de Danielle Landry en una lavandería destelló en la mente de Ida. El Matarife Nocturno observando a la chica mientras metía monedas en una de las lavadoras. Dinero y agua, como los piratas de Jean Lafitte. ¿Funcionaba una lógica retorcida, a fin de cuentas?

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por el sonido del teléfono. Entró y lo descolgó. Feinberg.

—Hemos identificado a la víctima del motel —dijo—.

Audrey Lloyd. ¿Te suena?

—Me temo que no —contestó Ida, decepcionada.

—Qué rabia. Conseguimos detalles de ella gracias a una lista de personas desaparecidas y remiten a una denuncia hecha por su compañera de casa hace como una semana. La compañera de casa es vigilante del Museo del Condado. Voy para allá ahora mismo para interrogarla… ¿quieres unirte?

Una oleada de algo pesado inundó el pecho de Ida. Podía verse arrastrada aún más a la investigación. Primero se le pidió que identificara un cuerpo, luego que revisara unos archivos, y ahora se le estaba pidiendo que fuera a un interrogatorio.

—¿Ida? —preguntó Feinberg.

—Puedes hablar tú con ella. Me cuentas lo que te diga.

—Vamos, Ida. Déjate de tonterías. Acompáñame. No tienes que decir nada. La interrogaré yo. Tú observarás.

—Sé de qué me hablas, Feinberg. Eso no es ir a trabajar.

—Si no vienes conmigo, vas a estar sentada en tu casa inquieta hasta que te vuelva a llamar.

—Me basta con eso.

—Sí, ¿pero por cuánto tiempo? ¿Y si se me olvida volver a llamarte? ¿Y si el departamento decide que es mejor no contarle nada a una persona ajena a él?

—Sé que no harías eso, Feinberg. Eres un buen tipo.

—Yo también estoy sometido a mucho estrés. Reúnete conmigo allí dentro de una hora.

18

EL MUSEO DE ARTE del Condado de Los Ángeles estaba situado en el Wilshire Boulevard, justo al lado de los hoyos de alquitrán de La Brea. Construido recientemente, sus edificios eran todos lisos bloques modernistas de mármol, cemento y acero, dispuestos en forma de U en torno a una plaza central. Rodeándolos, había estanques y fuentes que los reflejaban, de modo que el conjunto parecía flotar fantasiosamente en gradas de suave agua cristalina.

Ida se reunió con Feinberg en la plaza y, después de preguntar, los dirigieron a la galería Lytton, donde trabajaba Myra Shaw —la compañera de piso de la víctima del motel—. Cuando entraron en la galería, vieron que tenía las paredes completamente blancas, focos y brillantes suelos de parqué. Pasaron junto a una serie de esculturas de Henry Moore sobre un pedestal y luego entraron en una pequeña exposición de cuadros mexicanos. Cerca de un paisaje estaba de pie una vigilante con uniforme gris y el pelo recogido detrás en un meticuloso moño. Cuando se acercaban a ella, Ida se percató de que estaba sollozando en silencio.

—¿Myra Shaw? —preguntó Feinberg.

La mujer alzó la vista, se secó los ojos, asintió.

Feinberg enseñó su placa.

—Inspector Feinberg. Departamento de Policía de Los Ángeles. ¿Se encuentra usted bien, señorita?

Ella volvió a asentir con la cabeza. Se volvió a secar los ojos.

—Están ustedes aquí por lo de Audrey, ¿verdad? Estuve en el depósito de cadáveres, identificando su cuerpo. Dijeron…

Pero antes de que pudiera continuar, estalló en llanto. Ida buscó un clínex en su bolso, se lo pasó. Myra dio las gracias con la cabeza. A pesar de sus lágrimas, había algo remilgado e indiferente en Myra Shaw, daba una sensación de formalidad

que no se correspondía del todo con su juventud. Mientras Myra se recuperaba, Ida se dio cuenta de que había olvidado ese aspecto del trabajo. Que los interrogatorios traumatizaban a la gente, pues se inmiscuían en su dolor, pasando por encima de él. Dejó de mirar a Myra y se fijó en el paisaje que tenía al lado: una puesta de sol sobre los acantilados de Acapulco, el cielo de un profundo rojo sangriento, el Pacífico de un tranquilo azul.

—Tengo un descanso dentro de veinte minutos —dijo Myra —. ¿Puedo reunirme con ustedes en la plaza?

IDA Y FEINBERG MATARON EL TIEMPO fumando y charlando mientras apreciaban el entorno: los estanques reflectantes, las hileras de surtidores, los ordenados edificios blancos que se alzaban al cielo. El lugar era exuberante, resplandeciente, parte sueño modernista, parte jardín del paraíso persa. Pero eso no contribuyó mucho a apaciguar los miedos de Ida antes del interrogatorio. A ella eso no solía perturbarle cuando trabajaba en un caso. ¿Le estaba pasando ahora porque este afectaba a su ámbito personal? ¿O solo era una señal de que era vieja y estaba oxidada?

Cuando Myra Shaw salió de la galería Lytton, encontraron un banco que daba a uno de los estanques y se sentaron.

—Siento haber parecido un poco sobrecogida —dijo Myra.

—Es perfectamente comprensible —dijo Feinberg.

—Cuando Audrey desapareció, no creía que pudiera terminar así. Me refiero a ¿qué estaba haciendo en un motel de San Pedro?

—Eso es lo que queremos averiguar —dijo Feinberg—. ¿Cuánto hace que conocía a Audrey?

—Como hace un año. Mi antigua compañera de piso se marchó, puse un anuncio en el *Herald Examiner* y Audrey contestó.

—¿Y antes de que desapareciera se comportaba de modo distinto? ¿Estaba preocupada?

—No. Parecía como siempre.

—¿Y qué pasó el día en que desapareció?

—Nada. Solo que no volvió a casa del trabajo. No era de las

que pasa la noche fuera. Me habría llamado para que lo supiera. La tarde siguiente, cuando volví del trabajo y comprobé que todavía no estaba en casa, denuncié su desaparición.

—¿Así que la última vez que la vio fue el miércoles por la mañana? Cuando se fue a trabajar.

Myra asintió.

—Señorita Shaw, parece que Audrey estaba huyendo de algo. ¿Tiene alguna idea de lo que podría ser?

—¿Huyendo?

—¿Tiene novio? ¿Estaba viéndose con alguien?

—No, que yo sepa.

—¿Y un ex?

—Estaba Karl —dijo ella—. Karl Drazek. Un viejo amor suyo, pero todavía eran amigos. Él no le haría algo así.

—Entiendo. ¿Sabe cómo podríamos ponernos en contacto con el señor Drazek?

—Trabaja en la tele, produce cosas para Universal, creo. Podrían probar allí. O en su número de la agenda de Audrey. Puedo mirarlo cuando vuelva a casa, si quiere.

—Haga el favor —dijo Feinberg—. ¿Hay otras personas con las que podamos hablar de Audrey? ¿Amigos? ¿Padres? ¿Familia?

—No lo sé. Se crio en Florida. A lo mejor. Puedo darle su agenda. Supongo que ahora ella ya no la necesitará.

Myra se secó una lágrima, y miró fijamente el estanque. Ida siguió su mirada y notó algo raro. Un lodo marrón aceitoso se estaba filtrando entre las losas del fondo del estanque, ascendiendo por el agua, mancillando el efecto de un paraíso acuático prístino.

—Es aceite de los hoyos de alquitrán —dijo Myra.

Señaló con la cabeza los hoyos de alquitrán de La Brea, que colindaban con el museo, donde se filtraban alquitrán y gas del suelo a lo largo de la falla del Salt Lake Oil Field que se extendía por debajo de la ciudad.

—Dicen que van a tener que cerrar todas las fuentes, cementar todos los estanques —añadió—. Una locura, ¿eh? Ellos se limitaron simplemente a construir.

Hizo un gesto hacia los paisajes acuáticos que les rodeaban. Ida asintió. Feinberg se aclaró la garganta.

—Señorita Shaw, ¿está al tanto de los asesinatos del Matarife Nocturno?

—Sí. ¿Qué tiene que ver con…? —Myra se interrumpió, llegando a la conclusión errónea—. ¿Fue el Matarife Nocturno quien la mató?

—No, señorita Shaw, no fue el Matarife Nocturno —dijo Feiberg, terminante—. Solo me estaba preguntando si usted y Audrey hablaron alguna vez del caso. Si ella manifestó algún interés por él.

Myra inspeccionó sus recuerdos, frunció el ceño.

—No, no lo creo. Quizá lo hayamos mencionado de pasada, bromeado sobre la necesidad de mantener las puertas bien cerradas, pero eso es todo. No lo entiendo… ¿qué tiene que ver eso con Audrey si no fue el Matarife Nocturno quien la mató?

—Solo es una comprobación de tenemos que hacer —explicó Feinberg con tranquilidad—. ¿Mencionó Audrey alguna vez a una investigadora privada que se llama Ida Young?

Myra pareció confusa otra vez y negó con la cabeza. Feinberg e Ida intercambiaron una mirada.

—Audrey se registró en el motel con un carné de identidad falso —dijo Feinberg—. Y alquiló un coche con una tarjeta de crédito robada. ¿Sabe de dónde podría haber sacado esas cosas?

—No, no lo sé —contestó Myra, sorprendida—. Está haciendo usted que parezca una delincuente. Me refiero… ¿es eso? ¿Cometió un delito? ¿Robó tarjetas de crédito?

—Eso no lo sabemos. Solo queremos saber cómo llegaron a su poder.

Myra le miró confusa. Feinberg echó una ojeada a su cuaderno de notas, buscó en las páginas.

—¿Puede decirme dónde trabajaba Audrey? —preguntó.

—En un empresa de cine, Ocean Movies. Está en alguna parte de Hollywood. Hace películas sobre surf. Fue Karl quien le consiguió el trabajo. Su viejo amor.

—¿Y qué hacía Audrey en Ocean Movies?

—Era gerente de personal.

—¿Tenía colegas con los que podríamos hablar?

—Creo que allí solo trabajaban ella y su jefe. Es un sitio pequeño. Independiente. Supongo que se llamaba a sí misma gerente de personal porque sonaba rotundo. Me refiero a que ella llevaba la oficina, pero solo eran dos.

—Bien —dijo Feinberg—. ¿Sabe el nombre de su jefe?

—Riccardo.

—¿Su nombre completo?

—Tenía un apellido italiano. Ligotti. Algo así.

—¿Licata? —preguntó Ida—. ¿Riccardo Licata?

—Sí, eso es —dijo Myra—. ¿Lo conoce?

Ida y Feinberg intercambiaron otra mirada.

Riccardo Licata. Audrey Lloyd estaba trabajando con el hijo de un jefe de la Mafia. La ansiedad de Ida se incrementó.

—Hemos oído hablar de él —dijo Feinberg, volviéndose hacia Myra.

—¿Hay algo más que crea usted que deberíamos saber sobre Audrey? ¿Lo que sea?

Myra frunció el ceño.

—Bueno, está lo de su nombre. Pero probablemente ya lo sepan.

—¿A qué se refiere? —preguntó Feinberg.

—¿Lo de que se cambió de nombre?

Feinberg negó con la cabeza.

—Oh, pensé que ya lo sabrían —dijo Myra—. Lloyd no era su apellido auténtico. De nacimiento era López. Un día llegó una carta para ella, dirigida a Audrey López. La cogí yo del buzón. Ella pareció un poco… *molesta* por eso, supongo. Pero luego me dijo que como quería ser actriz un apellido mexicano no sería de mucha ayuda, así que se lo cambió, lo mismo que Rita Hayworth se cambió el suyo de Rita Cansino.

Feinberg frunció el ceño y se volvió para mirar a Ida. Esta asintió.

—Bien, gracias por su tiempo, señorita Shaw —dijo Feinberg—. Lo apreciamos de verdad. En cuanto tengamos alguna información, nos pondremos en contacto. Y entre tanto, probablemente irán algunos hombres a su apartamento para registrar algunas cosas de Audrey, si le parece bien.

Myra frunció el ceño al oírlo, sorprendida, pero luego asintió con la cabeza.

Se levantaron todos. Feinberg sacó una tarjeta de visita de su cartera y se la entregó. Luego la contemplaron regresar caminando a la galería en silencio.

—Dios santo —dijo Feinberg, cuando Myra ya no estaba al alcance del oído—. Nuestra víctima del motel estaba trabajando con el hijo de Nick Licata.

—Supongo que eso responde a la pregunta de si el caso está relacionado o no con la Mafia.

Feinberg sacó sus cigarrillos del bolsillo. Extrajo uno del paquete para Ida y otro para él.

—Ella se quedó en blanco cuando pronuncié tu nombre —dijo él—. Y cuando mencioné al Matarife Nocturno.

—Sí, pero apenas conocía a Audrey. Audrey se instaló con ella hace un año, por un anuncio del periódico. Aparte de a su exnovio, Myra no conocía a ninguno de sus parientes o amigos. Y tardó casi dos días en denunciar su desaparición. Y solo supo del auténtico apellido de Audrey por aquella carta. Podrían vivir juntas, pero eran unas desconocidas, se diera cuenta de ello Myra o no.

Feinberg reflexionó y asintió.

—Necesito revisarlo todo. Tratar de encontrar una Audrey López de Florida.

—No me sorprendería que la historia de Florida solo fuese otra mentira. Da la sensación de que Audrey estaba ocultando algo. Algo importante.

Feinberg dio una calada a su cigarrillo.

—Esta relación con la Mafia no encaja con tu visión del vudú de Luisiana.

—*Folklore* de Luisiana —corrigió Ida—. Y tienes razón, no encaja. En cierto modo, para que sea folklore necesitamos el Matarife Nocturno; la Mafia y una mujer fugada en la habitación de un motel lo complican todo. Audrey trabajaba para una empresa que hacía películas sobre surf. Y Danielle Landry dejó su trabajo para protagonizar películas de moteros. ¿Crees que hay alguna relación?

—Podría ser.

Quedaron en silencio, mirando fijamente el estanque de abajo, los meandros marrones y aceitosos que destruían el impecable paraíso del museo. Ida dirigió sus pensamientos al caso. Cuanto más progresaba, más se complicaba, haciendo sentir a Ida que estaba siendo arrastrada a algo a lo que no podría sobrevivir. Y sin embargo, con toda su complejidad, estaba segura de que había una línea sencilla que lo conectaba todo: Audrey, la Mafia, el Matarife Nocturno, el folklore de Luisiana.

Comprendió que necesitaba hablar con alguien relacionado con la Mafia, alguien en quien pudiera confiar. Solo había una persona en todo Los Ángeles que cumplía esos requisitos.

Dante el Caballero.

Parte cinco

Dante

19

DANTE PASÓ LA MAYOR parte de un día y una noche recorriendo Los Ángeles en busca de un rastro. Pero no obtuvo nada. Una y otra vez. Nadie sabía dónde estaba Riccardo. Nadie sabía quién era su proveedor de coca. Cuanto más se movía Dante, menos posibilidades le iban quedando, más dominado estaba por la sensación de que sucedería algo terrible. No pasaría mucho antes de que Licata estuviera al teléfono pidiendo respuestas. Lo único que tenía era lo que le había contado O'Shaughnessy: que Riccardo probablemente era un chivato de la Oficina Nacional de Estupefacientes. Lo último que Licata quería oír.

De modo que Dante siguió conduciendo, interrogando, fracasando, topándose con caminos sin salida. Fue a ver a hombres de su generación. Hombres que en su tiempo provocaban miedo, eran respetados y tenían ejércitos de asesinos bajo su mando. Pero su momento había pasado. Lo único que le proporcionaban eran chismorreos de viejos que se limitaban a confirmar lo que él ya sabía: que la Mafia de Los Ángeles se encontraba en estado de demolición. Nick Licata había ocupado el puesto de DeSimone a principios de aquel año y todos estaban de acuerdo en que era una decisión poco acertada. No es que DeSimone hubiera sido mucho mejor; antes de morir se había vuelto tan paranoico que ni siquiera salía de noche. Imagina eso, un jefe de la Mafia demasiado asustado para salir de noche. Realmente eso era la Mafia de Mickey el Ratón, se lamentaban los viejos, moviendo la cabeza.

Luego, para empeorar la situación, una de las primeras cosas que hizo Licata después de asumir el poder fue degradar a todos los hombres del grupo rival Dragna, de *caporegimes* a *soldati,* y en consecuencia cabrear a muchos de los que más ingresos proporcionaban a la Mafia.

Otra medida poco acertada, estuvieron de acuerdo los viejos.

—¿Entonces creéis que vamos camino de una guerra? —preguntó Dante.

—Siempre estamos camino de una guerra —le dijeron.

Lamentaban que Jimmy Hoffa fuera a la cárcel aquel año, lamentaban la presentación inminente de una ley ante el Congreso contra el crimen organizado. Profetizaban muy malos momentos. Trincarían a familias enteras. Aquello no era como en los viejos tiempos, decían. La edad de oro. Ya no había más Lucianos, Rothsteins, Costellos. Los constructores del imperio del pasado habían desaparecido, y el mando se le había entregado a una generación más joven que no estaba preparada para él. Ahora solo existía un imperio de polvo.

En la edad de oro la Mafia contaba con el apoyo de políticos en cada ciudad. Alcaldes, gobernadores, congresistas, senadores. Todos en nómina, todos haciendo la vista gorda. Pero luego empezaron las auditorías en el Congreso, la conferencia de los Apalaches, grandes nombres convertidos en procesos estatales, y *la cosa nostra* aparecía en todos los periódicos, en la tele. De repente aquellos políticos se distanciaron y la Mafia comenzó a perder su influencia. Hasta J. Edgar Hoover había empezado a fingir que el FBI estaba investigando al crimen organizado. De todas las cosas que podrían terminar con la Mafia, fue en definitiva la publicidad la que al final lo consiguió. Ahora solo quedaba saber cuánto duraría esa espiral de muerte.

Los viejos se lamentaron una vez más, rogaron al cielo, se agitaron en sus asientos, se arañaron. Dante condujo y los escuchó quejarse, interrumpiéndose únicamente para llevar al perro al veterinario. El veterinario le dio el visto bueno sobre las costillas rotas, pero diagnosticó una desnutrición, así que Dante llevó el perro a una cafetería y pidió un filete para cada uno.

Mientras comían, se puso el sol. Cuando volvieron a salir, ya era de noche. En Los Ángeles pasaba eso; la noche caía deprisa. A pesar del cemento, de los sistemas de riego, de las autopistas en perpetua expansión y la galaxia de luces eléctricas, todavía

era un lugar salvaje. El sol quemaba con fuerza y las noches llegaban deprisa, y el desierto siempre estaba al acecho, dispuesto a llevárselo todo por delante.

Dante se sentó en el Thunderbird y encendió un Lucky. Abrió su cuaderno de contactos. Ya estaba harto de mafiosos, así que decidió investigar entre los que se dedicaban al negocio del cine. Gente que podría saber algo de Ocean Movies. Hizo una lista, enlazó autopistas entre las direcciones y arrancó el coche.

Pasó la noche como había pasado el día, recorriendo la ciudad sin conseguir nada; la conversación con los del cine fue idéntica a la conversación con los mafiosos: todo ruina y pesimismo. La industria del cine se estaba muriendo, los chicos ya no iban al cine, se quedaban en casa viendo la tele. Pronto no quedarían salas de cine. Todos los estudios importantes estaban en las últimas. Universal sufría una hemorragia de dinero y fracasos, Gulf & Western estaba pensando en vender Paramount a un cementerio, 20th Century Fox y MGM estaban celebrando subastas públicas de recuerdos de películas solo para mantenerse a flote. Los ejecutivos estaban saltando del barco para iniciar sus propias empresas independientes, como Ocean Movies, que brotaban como setas por todo Los Ángeles haciendo películas estúpidas de bajo presupuesto para vendérselas a grupos concretos y a adolescentes: películas de surf, películas de moteros, películas de *hippies,* películas de coches de carrera, combinaciones mutantes de cualquiera de las anteriores.

Ocean Movies era una insignificancia entre toda esta fragmentación y producía películas de serie B para autocines y «cineclubes» de diversos puntos del país. Y si Ocean Movies era una insignificancia, Audrey Lloyd era un fantasma. Nadie había oído hablar nunca de la secretaria de Riccardo, y mucho menos sabía la dirección de su casa o su número de teléfono. Dante ni siquiera la pudo encontrar en la guía de calles y la de teléfonos de Los Ángeles.

Pero él continuaba cargando, mientras seguía las pistas, cada vez menores, con su ansiedad. El mundo de la Mafia estaba muriendo, el mundo del cine estaba muriendo, el

mundo de Dante estaba muriendo. Solo Dios sabía qué lo remplazaría. Y entre todo aquel hundimiento, él tenía que averiguar lo que le había pasado a Riccardo, y no llegaba a ninguna parte.

Siguió con ello a lo largo de la noche, conduciendo por las vacías autopistas entre contactos y encuentros, con los cojones de corbata. Fumaba y escuchaba los programas de radio nocturnos, la cháchara de sus presentadores y el jazz de la Costa Oeste, con el perro sentado a su lado. Veían deslizarse un paisaje crepuscular cuando pasaban: estaciones de servicio, tiendas abiertas toda la noche, salas de baile, aparcamientos vacíos, bares con poca luz quejándose en la oscuridad.

Recorrieron en el coche todo el camino hasta el límite de la ciudad, donde solitarios moteles colgaban de los acantilados sobre el océano y soplaban húmedos bancos de niebla que cubrían las carreteras. Recorrieron todo el camino hasta el otro límite, donde la ciudad desaparecía en el desierto, una planta rodadora de acero que al final encontraba descanso entre polvo y estrellas apenas visibles. Conducir tranquilizó a Dante. El vacío lo tranquilizó. La soledad de la ciudad. Su trivialidad. El modo en que pasaban las luces que se reflejaban en los ojos del perro como un desfile de perlas. Estiró una mano y acarició al perro, que suspiró con satisfacción.

DANTE SE DIRIGIÓ DE VUELTA a su apartamento en Venice Beach, sintiéndose agotado. Cuando llegó a Windward Avenue, vio que los *hippies* habían salido y holgazaneaban delante de los cafés, bares y club nocturnos, medio ocultos por la sombra de los soportales que cubrían las aceras.

Hacía mucho tiempo, cuando Dante y Loretta se habían trasladado aquí, Venice Beach había sido elegante, un refugio para gente acomodada junto al mar. A los dos les gustaron sus pretensiones italianizantes, sus plazas, soportales y calles adoquinadas que llevaban a la playa, sus casas pintadas con buen gusto en tonos claros y adornadas con balcones de hierro forjado.

Se quedaron cuando el auge del petróleo levantó un bosque de torres de perforación que brotaban entre los canales. Se

quedaron cuando el petróleo contaminó tanto los canales que a la mayoría de ellos los drenaron y rellenaron. Se quedaron cuando cementaron la laguna por encima. Se quedaron cuando llegaron los *beatniks* en la década de los cincuenta, cuando se convirtió en el lugar más hortera de Los Ángeles en la de los sesenta: en parte infierno turístico, en parte barrio bajo. Y todavía estaban allí para ser testigos de la influencia de los *hippies.* A Dante no le importaban. Solo eran los últimos de una larga sucesión de marginados que convertían el lugar en su casa; marginados como Dante y Loretta.

Ahora los constructores intentaban trasladarse allí para terminar con el último barrio con playa de Los Ángeles que era lo suficientemente barato para que vivieran los pobres, una de las pocas zonas de la ciudad donde se mezclaban razas diferentes. A Santa Mónica, justo al norte, la habían echado abajo sus excavadoras el año anterior, remplazando las antiguas casas a la orilla del mar por lujosos bloques de apartamentos. A Marina del Rey, justo al sur, la habían derribado el año anterior a ese, destruyendo la mayor parte de los humedales de Ballona Creek. Ahora solo Venice se mantenía. Había planes para hacer una autopista a lo largo de la playa, echar abajo los chalés, edificios de apartamentos y los canales que quedaban, eliminar las pasarelas, los soportales, las casetas, los cafés, las galerías de tiro, los puestos turísticos que vendían *souvenirs* baratos, ropa de playa barata y pornografía barata.

La mayor parte de la ciudad quería librarse de la gente de Venice: los *beatniks,* los músicos callejeros, los motoristas, los levantadores de pesas, los nudistas, los comunistas, pero sobre todo de los *hippies,* los judíos y los negros. Las autoridades municipales ya habían encargado al Departamento de Policía que iniciara una campaña de acoso, creara un reino del terror y utilizara fuerza excesiva: parando y registrando a los residentes sin motivo, deteniéndolos sin justificación, pegándolos en las calles, entrando en las casas sin orden judicial, confiscando propiedades, negándose a permitir la celebración de asambleas legales en lugares públicos.

Dante no albergaba demasiadas esperanzas para el

vecindario. Aquello solo era otra parte de este mundo que se estaba desmoronando, sucumbiendo ante algo feo y nuevo.

Aparcó en la plazuela de detrás de su edificio de apartamentos. A diferencia de los bulevares, allí todo estaba en silencio, con una quietud total si se exceptuaba la farmacia abierta toda la noche, con su rótulo eléctrico parpadeando cansinamente en la oscuridad.

Dante cruzó los adoquines rotos hasta su edificio y subió en el ascensor hasta el séptimo piso. En aquellos días el apartamento era demasiado grande solo para él y Loretta, pero lo conservaban porque estaba frente al océano, porque era allí donde llevaban viviendo cuarenta años, donde habían criado a Paul y Jeanette. Sería extraño dejarlo cuando se trasladaran al valle de Napa.

—Veo que traes a un amigo a casa —dijo Loretta, viendo al perro.

Dante le contó lo que había pasado.

—Estaba pensando que podría venir al viñedo con nosotros —dijo—. ¿Te parece bien?

—Claro. Pero tendremos que llamarlo de algún modo.

—No estaría mal llamarlo Virgilio.

Loretta sonrió.

—Llamó tu amigo Coombes —dijo—. Insistió en que le devolvieras la llamada en cuanto llegaras, sin importar lo tarde que fuera.

El amigo de Dante en Ma Bell. A lo mejor la búsqueda que había hecho Coombes en las líneas telefónicas de la oficina de Riccardo había obtenido resultados. Le puso algo de agua al perro y luego llamó a Coombes.

—Tengo algo para ti —dijo Coombes—. Algo interesante. Nadie hizo llamadas desde ningún número a partir del miércoles. Y las últimas llamadas son interesantes. La primera de ese día fue de salida. A las doce. A un teléfono público de Bel Air.

—¿A las doce en punto?

—En punto. Muy puntual. Luego otra a la una. Al mismo teléfono público. Luego una tercera a las dos. Y eso es todo. Las primeras dos llamadas solo duraron unos segundos, lo que

sugiere que no las respondieron. Cuando se llama a un teléfono público y no descuelga nadie, la llamada se retransmite y suena un mensaje automático. Supongo que esas dos primeras llamadas fueron al mensajero automático, y el que llamaba colgó en cuanto se empezaron a grabar. Pero a esa tercera llamada respondió alguien. Duró casi cinco minutos. Después de eso, no hay nada registrado. Ni de entrada ni de salida. Hay unas cuantas llamadas de la semana anterior. Puedo revisar el registro si quieres, pero pensé que eran las del miércoles las que centraban tu interés. Supongo que quieres localizar el teléfono público. ¿Tienes con qué escribir?

Dante apuntó la dirección. Un lugar en lo alto de las colinas de Bell Air. En Mansion.

—No creía que tuvieran teléfonos públicos en Beal Air —dijo Dante.

—Yo tampoco. Parece que alguien está intentando borrar su rastro.

—Eso parece. Gracias, amigo.

Se pusieron de acuerdo en el pago de Coombes, luego Dante colgó y analizó la información. A Riccardo lo habían soltado de la cárcel el miércoles por la mañana. El miércoles a la hora del almuerzo alguien fue a su oficina y empezó a llamar a un teléfono público de Bel Air, a una hora exacta, cada hora, hasta que alguien descolgó al otro lado y probablemente se concertó un encuentro entre personas que no querían ser localizadas.

Puede que quien hiciera esas llamadas fuera Riccardo. Había ido directamente desde la cárcel hasta su oficina para quedar en reunirse con el que había descolgado el teléfono público. ¿Había estado llamando Riccardo a su proveedor de cocaína? ¿Tratando de convencerle de que él no se había convertido en un soplón? Lo más seguro es que eso fuera lo más importante cuando salió de la cárcel.

Dante miró el trozo de papel con la dirección escrita. Al fin tenía una pista.

20

DANTE DORMITÓ UN PAR de horas y luego cogió el sueño. Soñó con Chicago y Nueva York, sus días de heroína, la dicha de estar drogado, el infierno de haberlo dejado. Cuando despertó a la salida del sol, el perro le miraba con los ojos muy abiertos. Se duchó y se puso en marcha, conduciendo por la ciudad hasta el teléfono público al que había estado llamando Riccardo el día que lo pusieron en libertad.

En la autopista Dante tuvo atisbos de vida familiar en los coches que pasaban zumbando: gente que se dirigía al trabajo, que llevaba niños, parejas que se chillaban uno al otro entre sorbos de café en vasos de plástico, cigarrillos y quitasoles. Grandes camiones Mack aporreaban el asfalto. Rayos de sol brillaban en llantas, carteles, reflectores, destellando y desapareciendo; un código Morse de la ciudad se estaba burlando de él, demasiado complicado y sutil para entenderlo.

ENCONTRÓ EL TELÉFONO PÚBLICO en una franja estrecha de carretera a medio camino de las colinas de Bel Air. Aparcó, anduvo un poco y miró a su alrededor. La calle era empinada y estaba bordeada de árboles, una de esas carreteras solitarias de Los Ángeles donde las únicas cosas que se movían eran el sol y los aspersores. Situada en medio de la nada a no ser que uno viviera allí. Y si uno vivía allí, era seguro de cojones que tenía suficiente dinero para no usar un teléfono público. En Los Ángeles, cuanto más elevado era el terreno, más elevados eran los ingresos. Lo que significaba que si la persona a la que había estado llamando Riccardo vivía cerca, utilizaron el teléfono público por discreción. Pero cerca… ¿hasta qué punto? ¿En la misma carretera del teléfono? ¿O a diez minutos de distancia en coche?

Dante se secó el sudor de la frente con un pañuelo. Ahora el sol caía con fuerza, abrasando la bruma matutina de las colinas, mientras el tráfico de la mañana la remplazaba por esmog. Las paredes blancas de las casas de las laderas allá abajo brillaban amarillas. Más allá se extendía la enorme llanura de la propia ciudad saturada de cemento y contaminación, y más lejos aún, las montañas de San Gabriel, azul claro frente al cielo.

Dante volvió a saltar dentro del Thinderbird. Años atrás le había dicho un teniente del servicio de guardacostas que cuando alguien cae por la borda, el modo más eficaz de buscarlo era empezar por donde la persona había caído al agua y trazar una espiral alrededor de ese punto central. Desde entonces, cuando la ocasión lo exigía, Dante utilizaba esa técnica en las calles de Los Ángeles. Lo que era más fácil de decir que de hacer, en especial cuando esas calles estaban cortadas por un lado por una cadena de colinas. Dante lanzó una moneda mentalmente y condujo bajando por la izquierda de la calle. El primer edificio al que llegó era una mansión que caía como una cascada por la ladera de la colina en un batiburrillo de pisos, terrazas y jardines suspendidos. Era el tipo de sitio que requería un ejército de empleados para mantenerlo presentable. Ricos de toda la vida. Mucho dinero. Nadie que tuviera que sacar a Riccardo de la Prisión Central para hombres.

Dante siguió en marcha, pasando por delante de una serie de casas, todas parecidas a la primera, con largos tramos de calle vacía y altas tapias entre ellas, hasta la parte más baja de la colina. Dio la vuelta con el coche y se dirigió otra vez hacia arriba, trazando una espiral lo más cerca que podía, haciendo giros, todo el tiempo buscando algo extraño, incongruente, sospechoso. Se deslizó por delante de más mansiones, todas ellas con cables conectados a los postes de teléfono que bajaban por las calles.

Después de casi una hora, por fin encontró lo que estaba buscando. Una casa que era extraña, incongruente, de aspecto sospechoso. Era más pequeña y estaba más descuidada que las otras. El césped delantero estaba marrón, las plantas se

secaban y las ventanas aparecían cubiertas de polvo. Al lado había un cobertizo con techo corrugado, pero ningún coche aparcado debajo. La casa estaba fuera de lugar, barata, abandonada. Dante calculó que se encontraba a cinco o diez minutos en coche del teléfono público, dependiendo del camino y la velocidad.

Apagó el motor del Thunderbird.

Todo estaba en silencio si se exceptúan los jilgueros de los árboles y el zumbido de un cortacésped que llegaba desde una mansión de más arriba de la colina. Y sin embargo, a pesar de la relativa quietud, Dante tuvo la clara sensación de que lo estaban vigilando. Quizá estuviera tan poco acostumbrado a la paz que cuando existía le resultaba amenazante.

Condujo el coche hasta más abajo de la calle, aparcó, abrió las ventanillas un poco y se puso unos guantes de cuero.

—Espérame aquí, ¿entendido? —le dijo al perro.

Se apeó y se dirigió de vuelta a la casa. Abrió la cancela, recorrió andando el jardín, se metió debajo del cobertizo y examinó el polvo. Ninguna señal de neumáticos, ninguna pisada. Continuó andando hasta que encontró una puerta en el costado de la casa que llevaba dando un rodeo al jardín trasero; la empujó.

El jardín estaba descuidado, el césped en su mayor parte era tierra, la piscina vacía. Más allá había un huerto hundido, situado delante de un muro de contención. Limonero, mandarino y pomelo, una enredadera de kiwis en un enrejado medio roto. El suelo que los contenía era una alfombra de fruta de invierno podrida. Dante olió su empalagosa fetidez incluso desde lejos. Recordó escenas de crimen, víctimas asesinadas, los desperdicios que eran el combustible de la ciudad.

Volvió a tener la sensación de que le estaban vigilando. Se dio la vuelta, examinando el entorno. Pero todo estaba tranquilo.

Cruzó de vuelta a la casa. Había un porche y puertas que daban a la cocina y el cuarto de estar. Miró por las ventanas y todo parecía abandonado. Se dirigió a la puerta de la cocina, sin siquiera molestarse en tratar de saber si lo era. Deslizó una palanca metálica en la abertura entre la puerta y el marco,

encontró el cierre. Empujó con la palanca, tiró y la cerradura se abrió con un ruido sordo.

Entró, recorriendo rápidamente todo el espacio: cocina, dos salas, tres dormitorios, un cuarto de baño, uno en *suite*. Las paredes estaban recubiertas de paneles de madera contrachapada, los muebles eran viejos y tenían arañazos. Había polvo por todas partes. Una línea de conexión telefónica, pero ningún teléfono. Parecía que la casa estaba descuidada incluso antes de que la hubieran abandonado, lo que sugería que era de alquiler, a corto plazo.

En el salón principal Dante se fijó en que la alfombra estaba torcida. El sillón apuntaba ligeramente hacia una pared. Junto a las patas del sofá había surcos en la madera del suelo que sugerían que el mueble había sido movido recientemente. Todo lo cual indicaba claramente una pelea. Y limpieza.

Se arrodilló y examinó la alfombra, que apartó para dejar a la vista el suelo de madera. Las manchas de sangre resultaban bastante visibles. Incrustadas en ellas había cerdas de un cepillo de limpieza. Había un ligero olor cáustico a lejía que no podía eliminar del todo el agrio a sangre de debajo.

Dante volvió al cuarto de baño. Esta vez se fijó en que faltaba la cortina de la ducha. En el armario debajo del lavabo había unos círculos de polvo donde debían de haber estado los productos de limpieza. En los azulejos de encima de la bañera había unos pequeños puntos granate de sangre en los que no se habían fijado.

Volvió al vestíbulo. En la pared había una mancha marrón claro que ondulaba a lo largo de la madera contrachapada marrón oscuro. Esta había sido frotada, pero no suficientemente bien.

Dante suspiró. Volvió al salón. De nuevo tuvo aquella sensación de que le espiaban. Fue hasta la ventana y subió la persiana. La calle de enfrente todavía estaba vacía. Un avión cruzó el golfo de cielo hacia las montañas de San Gabriel, que todavía estaban majestuosamente azules. Dejó caer la persiana, se dio la vuelta e inspeccionó la habitación.

Allí habían matado a alguien. Probablemente a Riccardo. Cuando lo habían soltado de la cárcel, llamó al teléfono

público de allá abajo, en la colina, repetidamente, hasta que concertó una cita. Vino aquí. Lo dejaron entrar, lo asesinaron. Sangró. Fueron al cuarto de baño y agarraron la cortina de la ducha. Lo cargaron en ella. Lo llevaron a la bañera. Esperaron a que su sangre se fuera por el desagüe. Puede que lo desmembraran. Fregaron el suelo del salón. Trataron de volver a dejar los muebles como estaban. Limpiaron la mancha del vestíbulo. Limpiaron con lejía la bañera. Se deshicieron de la cortina de la ducha y los productos de limpieza. Luego sacaron el cuerpo de Riccardo de la casa y lo tiraron Dios sabe dónde.

Riccardo Licata RIP. El hijo de Nick. Un gánster de tres al cuarto, traficante de coca, productor de películas sobre surf y heredero del trono de la Mafia de Mickey el Ratón.

Tenía que haber sido la gente que le vendió la coca. Riccardo suponía un problema para sus planes, de modo hicieron que dejara de serlo. Y sin embargo, algo no encajaba del todo. La casa. No daba la impresión de que fuese el tipo de lugar que usarían unos mafiosos. Y sin duda, no para una ejecución. ¿Por qué lo mataron en la casa más deteriorada de Bel Air? Uno no podía elegir un sitio más llamativo.

Dante quería comprobar que la casa era efectivamente alquilada. Buscó documentos pero no encontró ninguno. Revisó la tubería del fregadero de la cocina, revisó la caja de los fusibles, revisó las cisternas, revisó el aparato de aire acondicionado del salón, donde encontró algo. Una etiqueta pegada en su parte inferior con datos de la empresa que lo instaló: la Dyer Air-Con King Corporation. La etiqueta tenía su logotipo, un dibujo de un dios griego sentado en una nube, soplando viento al cielo. Junto a él estaba la dirección y número de teléfono de la empresa. Con eso Dante podría conseguir averiguar quién se ocupaba de la casa, puede que incluso de su propietario. Lo anotó todo en su cuaderno.

Echó una última mirada alrededor y salió por la puerta de la cocina. En su camino se fijó en los cubos de basura del patio delantero. Miró su interior. Estaban vacíos salvo por un par de botes de Clorox.

Regresó a la calle y anduvo de vuelta a su coche. La casa le había deprimido; descubrir el triste destino de Riccardo le

había deprimido; y además comprendió que tenía que decirle a Nick Licata que a su hijo lo habían asesinado, brutalmente. Licata era un tipo duro, pero Riccardo era su único hijo. Dante haría pedazos la vida de ese hombre. Lo sabía. A él le habría pasado lo mismo de recibir una noticia semejante.

21

DANTE CONDUJO COLINA ARRIBA hasta la mansión desde la que se dominaba la casa, aparcó, se apeó y miró por el borde de la pendiente. La casa donde habían matado a Riccardo estaba justo allí abajo, una perfecta vista de pájaro.

Se volvió hacia la mansión. Las puertas delanteras eran pesadas, y a cada lado los muros de piedra se extendían a lo lejos. Más abajo, sin embargo, a los muros los remplazaban verjas de tres metros de altura. Dante fue caminando hasta ellas y miró la casa del otro lado. Era enorme y estaba rodeada de jardines del tamaño de parques, ornamentados con surtidores y fuentes decorativas, una piscina, céspedes con aspersores Rain Bird. Trasladarse a las colinas y desperdiciar agua era *de rigueur* para los ricos de Los Ángeles. La nieve fundida de las Rocosas y Sierra Nevada, robada de ríos, desviada de las granjas, por acueductos y cauces de agua gigantescos pagados por el contribuyente; toda se desperdiciaba en los céspedes de Bel Air, en sus piscinas y fuentes.

En la parte del jardín más cercana a Dante este pudo ver a un mexicano viejo en un cortacésped conduciendo de acá para allá por una pradera del tamaño de un campo de fútbol. Dante encendió un cigarrillo y lo contempló, preguntándose si le podría proporcionar alguna información sobre la casa de más abajo de la colina. Al fin el hombre se volvió y Dante le hizo señas con la mano. Al hombre le llevó unos momentos darse cuenta de que Dante quería hablar con él. Se bajó de la segadora, sin parar el motor, y se acercó cojeando.

—*Hola* —dijo Dante en español cuando el hombre estuvo cerca.

Tendría sesenta y tantos, supuso Dante, con una estructura angulosa y la piel curtida de quien se pasa la vida trabajando

duro bajo el sol. Llevaba una camisa fina de algodón con las mangas enrolladas y los cuatro botones de arriba desabrochados. Dante olió el sudor del hombre y el detergente utilizado para lavar la camisa.

—*Hola* —contestó el hombre.

—*Es un buen día* —dijo Dante también en español.

El hombre le miró cautelosamente. Un blanco que venía a hablarle a través de la verja suponía un problema; en especial, uno dispuesto a hablar en español.

—*En el paraíso todos los días son buenos, señor.* —El hombre sonrió, sus ojos brillaron con el sol.

A lo lejos, Dante vio a un segundo jardinero, un hombre mucho más joven, que se les acercaba. ¿El hijo del hombre mayor, quizá? Algo en el modo de andar decidido hacia ellos hizo que Dante pensara que su conversación se interrumpiría en cuanto llegase.

—*¿Sabe algo sobre el sitio de allí abajo?* —preguntó Dante, señalando la casa deteriorada de la parte baja de la colina.

Ante la sola mención, la actitud del viejo cambió por completo, el brillo de sus ojos quedó apagado por una tensa frialdad.

—*Yo no sé nada, señor*.

Detrás de él, el más joven ya había pasado el cortacésped abandonado y avanzaba deprisa hacia ellos. Dante intentó pensar rápidamente la expresión adecuada en español.

—*Alguien que conozco despareció allí. Por favor. Necesito encontrarlo*.

—*Lo siento* —dijo el viejo. Señaló la casa de debajo de ellos —. *Allí abajo. Mala gente, señor. Mala gente*.

Justo entonces llegó el hombre más joven.

—*¿Qué pasa, papá?* —preguntó.

—*Solo le estaba preguntando a su padre sobre la casa de allí abajo* —explicó Dante.

El más joven frunció el ceño, se dirigió al viejo.

—*Papá, vuelve al trabajo. Yo hablaré con el hombre*.

El padre asintió y se dirigió de vuelta al cortacésped sin más que lanzar una mirada hacia atrás en dirección a Dante.

—¿De qué se trata? —preguntó el hijo, en un inglés

únicamente coloreado por un ligero acento.

—Estoy buscando a alguien —dijo Dante—. Una persona desaparecida. He seguido su pista hasta esa casa. Y luego, nada.

Se encogió de hombros y miró fijamente al hijo. Este andaba por mitad de la veintena, bien formado. Un obrero guapo, como había sido Dante en otro tiempo.

—¿Es usted policía? —preguntó el hombre.

Dante negó con la cabeza.

—Soy amigo del padre de la persona desaparecida —dijo—. ¿Sabe algo de esa casa? ¿Quién vive allí? Su padre ha dicho que allí había mala gente.

—Mi padre habla demasiado.

Dante notó que las cosas se le escapaban de las manos.

—Mire, usted no tiene motivos para fiarse de mí, y por lo que puedo decir, allí abajo sucedió algo repugnante. Pero estoy buscando a alguien que ha desaparecido. Por favor. Le puedo pagar si me ayuda, y le prometo que no le contaré a nadie que hemos hablado.

Al oírlo, el hombre miró arriba y abajo la calle como si comprobara que no había nadie cerca. Dante siguió su mirada. Los rayos de sol que se colaban entre los árboles veteaban la carretera vacía, el cielo estaba azul, las montañas brumosas. Todos los días eran buenos en el paraíso.

—¿Cuánto? —preguntó el hombre.

—¿Cien?

El hombre asintió. Dante sacó su cartera. El hombre volvió la vista hacia la casa de detrás y luego se metió el dinero en el bolsillo. Solo entonces Dante se fijó en que su padre estaba sentado otra vez en el cortacésped, pero no lo había puesto en movimiento y les estaba mirando. De pronto la verja entre Dante y los jardineros dio la impresión de los barrotes de una cárcel. Él fuera, ellos dentro, atrapados en un falso edén.

—¿Qué quiere saber? —preguntó el hombre.

—¿Quién vive ahí?

—No sé cómo se llama. Lo único que sé es que sus vecinos quieren echar abajo la casa porque es muy fea. Pero no pueden ponerse en contacto con el dueño porque vive en otro país.

Dante asintió. La ausencia de dueño explicaba el deterioro. Posiblemente el lugar se encontraba en medio de algún tedioso e interminable litigio, con probables problemas de legitimación mientras los miembros de la familia se peleaban por una herencia. Dante se preguntó si estaría equivocado al pensar que la casa estaba alquilada; a lo mejor estaba abandonada y los asesinos simplemente habían entrado por las buenas.

—¿Vio a alguien entrar o salir de allí? —preguntó Dante.

—Todo el tiempo.

—¿A quién vio?

—A montones de gente. Vienen y se quedan unos cuantos días. Luego se queda vacía. Luego viene más gente —se encogió de hombros.

—¿Qué tipo de gente?

El hombre quedó callado, dominado por la cautela.

—Puede fiarse de mí —dijo Dante.

El hombre le miró evaluándole.

—Policías —dijo al fin.

Dante frunció el ceño.

—¿Policías de uniforme? —preguntó.

—No. Policías con traje negro que conducen coches sin distintivo como los que conducen los del Departamento de Policía de Los Ángeles. Distingo a un policía en cuanto lo veo.

—Bien. ¿Y cómo eran esos policías?

—Gordos, blancos, aspecto vulgar. Ya sabe, policías.

—¿Cuándo fue la última vez que los vio?

El hombre se secó la mano en la barbilla.

—Puede que la semana pasada. A finales de la semana pasada.

Dante frunció el ceño. El momento no concordaba.

—¿Vio a alguien el miércoles?

El hombre negó con la cabeza.

—Bien —dijo Dante—. ¿Qué vio a finales de la semana pasada?

—Lo habitual. Apareció un sedán negro y un grupo de tipos trajeados se bajaron y entraron. Y luego, esa tarde, pasado un tiempo, se fueron todos. Y entonces todo volvió a quedar en silencio.

Dante asintió.

—Gracias por su ayuda —dijo.

El hombre se encogió de hombros.

—Es lo que le contó mi padre —dijo—. Hay mala gente ahí abajo. Tenga cuidado.

Dante saludó con el sombrero, se dirigió de vuelta al Thunderbird, alterado por lo que había averiguado, sus pensamientos girando en torno a un nombre de mierda. Departamento de Policía de Los Ángeles.

22

DANTE CONDUJO FUERA DE las colinas y dirigió el Trunderbird al oeste, serpenteando por las calles sin un destino en mente, pues conducir era sencillamente un modo de centrar sus pensamientos. Riccardo debía de haberse reunido con su proveedor de coca en aquella casa, pero el jardinero decía que era un emplazamiento del Departamento de Policía de Los Ángeles. La deducción más obvia: ellos *eran* sus proveedores de coca. Ellos habían matado a Riccardo.

De pronto Dante estaba analizando atentamente la conversación que mantuvo con O'Shaughnessy en el aeropuerto el día anterior. Había dado por supuesto que era seguro hablar con él —se conocían hacía años—, pero ahora no estaba tan seguro. O'Shaughnessy trabajaba en la Brigada de Estupefacientes del Departamento de Policía de Los Ángeles. ¿Había revelado Dante los detalles de su investigación a las mismas personas que andaba buscando? Y por más veces que Dante rebobinara mentalmente la conversación, era incapaz de detectar algo sospechoso en las palabras o comportamiento de O'Shaughnessy. ¿Pero significaba eso que O'Shaughnessy era de fiar? ¿O solo que Dante no percibía las señales tan bien como acostumbraba?

Suspiró, miró alrededor y comprobó que su conducción al azar le había llevado a West Hollywood. Localizó un puesto de sándwiches de pastrami en una esquina un poco más arriba, se detuvo en el bordillo y pidió unos para él y el perro.

Los comieron dentro del coche y cuando terminaron Dante utilizó un teléfono público del otro lado de la calle para comprobar su servicio de atención de llamadas. Había un mensaje de Ida, que le pedía que la llamase, diciendo que era urgente. Él sabía que Ida no era dada a las hipérboles, de modo que le devolvió la llamada inmediatamente.

—¿Dónde estás? —preguntó ella.

—En West Hollywood.

—Yo estoy en casa. Nos veremos a medio camino.

MEDIA HORA DESPUÉS DANTE entró en el aparcamiento del 7-Eleven de la esquina de South Fairfax Avenue con el Washington Boulevard, un cruce muy concurrido justo debajo de la autopista de Santa Mónica y tan asfixiado por esmog que resultaba casi imposible ver la parte de arriba de los postes eléctricos que recorrían las aceras.

El Cadillac de Ida ya estaba aparcado, con el morro apuntando hacia la rápida circulación que pasaba por Washington. Dante se detuvo a su lado y se deslizó al asiento del acompañante del coche de Ida.

—Gracias por venir —dijo ella—. Toma. Te he traído café.

Le pasó una taza y los dos amigos se miraron uno al otro. Dante había conocido a Ida en Chicago, pero no fue hasta que ella se trasladó a Los Ángeles veinte años más tarde cuando intimaron. Él era tío del hijo de Ida, lo que la convertía en parte de la familia. Los dos se dedicaban al mismo trabajo, pero en diferentes lados de la línea, lo que significaba que se echaban una mano cuando podían, dirimiendo los conflictos de intereses porque los dos eran conscientes de lo que necesitaban.

—¿Tienes un perro? —Ella señaló con la cabeza el Thunderbird, donde el perro estaba sentado en el asiento del acompañante mirando el tráfico que pasaba en las dos direcciones.

—Me hice con él sobre la marcha.

—¿Tiene nombre?

—Si lo tiene, yo no lo sé. —Dante se encogió de hombros—. ¿Para qué me querías ver?

Hizo la pregunta directamente, sabiendo que a ella no le molestaría que fuera directamente al grano. Como respuesta, Ida le contó que había tenido que salir de casa un par de noches antes por un asesinato en la habitación de un motel de San Pedro: una joven ejecutada profesionalmente, entre cuyas pertenencias figuraba un recorte de periódico sobre el Matarife

Nocturno con detalles de Ida escritos en él.

—Y ahora resulta que la víctima tiene relación con la Mafia —dijo.

—¿Cómo?

—La víctima se llamaba Audrey Lloyd, aunque su nombre real es Audrey López. Trabajaba con Riccardo Licata en una empresa que se llama Ocean Movies. ¿Sabes algo de eso?

Dante la miró fijamente mientras millares de preguntas detonaban dentro de su cabeza.

—Es exactamente a Audrey Lloyd a quien estoy buscando —dijo.

Sacó la tarjeta de visita que había cogido de la mesa de despacho de Audrey en Ocean Movies, se la pasó a Ida y le contó lo del caso que estaba investigando.

—Seguí la pista de Riccardo hasta una casa de las colinas —dijo Dante—. Alguien lo había matado allí recientemente; el lugar estaba completamente limpio y abandonado.

—¿Entonces qué estás pensando? ¿Quiénes le vendían la droga le hicieron pedazos?

—Hablé con un vecino. Dijo que era un emplazamiento del Departamento de Policía de Los Ángeles.

—¿Dijo eso?

—Sí. ¿Crees tú, por lo que viste en la habitación del motel, que podrían haber sido policías los que mataron a Audrey? —preguntó Dante—. Parece que mataron a su jefe, a lo mejor la mataron a ella también.

—Podría ser. —Ida se encogió de hombros—. Lo hicieron profesionales y se marcharon sin más. En todo el motel no hubo ni un testigo que los viera a ellos ni su vehículo.

—¿Y no tienes idea de por qué Audrey llevaba consigo tus datos?

—Ninguna. No puedo establecer un vínculo entre ella y yo, o con Riccardo. ¿Y tú? ¿Oíste alguna vez que Riccardo hablara de mí?

—Yo apenas lo conocía. A quien conozco es a su padre, y ni siquiera somos muy amigos.

Él la miró y vio lo preocupada que estaba. Su nombre había aparecido en un recorte de periódico en la escena de un

crimen, y eso la había sacado de su cómodo y seguro retiro y devuelto al torbellino. Ida era un par de años más joven que Dante, estaba en mitad de los sesenta, pero había envejecido bien y podía pasar por una mujer de cincuenta y muchos años. Pero quizá interiormente sentía lo mismo que Dante: que era demasiado mayor para todo aquello, que aquello la superaba, que podría no sobrevivir a ello.

—Tú no tienes por qué implicarte en esto, Ida. Puedes dejar que los policías se ocupen de ello.

Ella negó con la cabeza.

—*Necesito* hacerlo. No solo averiguar por qué acudía a mí, sino… —Se interrumpió, sus ojos nublados por la preocupación —. Tengo la sensación de que me algo arrastra, ya sabes, y necesito averiguar qué es. No puede ser todo una coincidencia. A Riccardo y a Audrey los mataron, y a ti te pidieron que encontraras a Riccardo y a mí me pidieron que identificara a Audrey. ¿Qué son las casualidades? Trabajamos en el mismo mundo, Dante. Y nos empujan en la misma dirección. Si eso no es una coincidencia, significa que pasa algo. Algo lo bastante importante para empujarnos a todos a su interior. No lo puedo ignorar, y solo espero que salga bien.

Se encogió de hombros y Dante tuvo la sensación de que había algo más que le preocupaba y que tenía ganas de revelar, que había algo más dándole vueltas en la mente. Quisiera saber si a ella le superaba la situación, si estaba en peligro. Pero no se lo preguntó. Se centró en su lugar en lo que Ida había dicho sobre algo oculto. Él tenía que admitir que era plausible, y tan inquietante como la idea de que los dos eran demasiado viejos y estaban demasiado confusos para hacer algo al repecto.

Dieron sorbos a sus cafés, contemplando el tráfico de la tarde abrirse paso en el cemento que tenían delante: el nudo de Fairfax y Washington, la autopista allá arriba, las rampas de entrada y de salida, la Genese Avenue circulando en paralelo. Como los tentáculos enredados del pelo de la Medusa.

—Yo, tú, Riccardo, Audrey —dijo Ida, trazando un cuadrado en el aire con el dedo—. Ocean Movies, el Matarife Nocturno, la Mafia, el Departamento de Policía de Los Ángeles —añadió,

trazando otro—. Hay algo que relaciona todo eso.

Dante frunció el ceño.

—Olvidas la cocaína —dijo—. Y puede que a la Oficina Federal de Estupefacientes también. Y al hombre que fue a ver a Riccardo a la cárcel, Sam Cole, que fingió ser policía y dijo algo que asustó tanto a Riccardo que pagó la fianza y salió a toda prisa.

Ida le miró, indignada.

—A lo mejor estamos viendo relaciones donde no existen —dijo.

—O a lo mejor tienes tú razón —contestó Dante—. Y todo está relacionado, porque va a pasar algo importante.

Ella asintió y volvieron a quedar callados. El silencio estaba cargado con una sensación mutua de presentimiento, de algún desastre inminente, un terremoto que estaba empezando a dejarse sentir, haciendo que Dante se preguntase si nunca podría marcharse de Los Ángeles. Pensó en los dos jardineros de Bel Air, en aquella verja como barrotes de una cárcel.

—Podría no ser nada —dijo—. Pero admitamos que todo está relacionado con la droga. Entonces, si Ocean Movies no es la clave, ¿por qué liquidaron también a Audrey?

—Porque les preocupaba que Riccardo le hubiera contado algo.

—Podría ser. Pero ¿y si hay algo más? ¿Qué te contó la compañera de piso de Audrey sobre Ocean Movies?

Ida le contó lo que le había dicho Myra Shaw sobre el trabajo de Audrey en la productora, que fue el antiguo amor de Audrey, Karl Drazek, quien le consiguió ese trabajo.

—¿Y si tiene algo que ver con ese Drazek? —apuntó Dante —. Es el contacto entre Audrey y Riccardo. Pero el contacto no tiene sentido. Si tú fueras productor en Universal Television, ¿por qué ibas a conseguirle un trabajo a tu exnovia actriz en una oficina que lleva un mafioso del tres al cuarto que hace películas sobre surf?

Ida frunció el ceño.

—¿Crees que a Audrey la introdujeron en Ocean Movies? —preguntó.

—Quizá. Si Riccardo era confidente de la Oficina Federal de

Estupefacientes, puede que alguien introdujera a Audrey en Ocean Movies para que informara sobre Riccardo.

—Eso explicaría por qué se cambió de nombre —dijo Ida—. Y por qué se mostraba tan reservada con su compañera de piso.

—Si la introdujeron, fue Drazek el que lo facilitó —dijo Dante—. Eso significa que necesitamos encontrar a ese Drazek si queremos entender qué coño está pasando.

Se volvió y vio a Ida mirando al vacío.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No pensé en eso hasta ahora porque no creía que Drazek fuera importante —dijo ella—. Pero si esto tiene que ver con el cine y la tele, tengo un amigo que podría servir de ayuda.

Parte seis

Louis

23

CUANDO EL AVIÓN HACÍA círculos en la noche por encima de Los Ángeles, el piloto recurrió al sistema de megafonía para hacer saber a los pasajeros que estaban a punto de iniciar el descenso. El anuncio despertó al hombre despatarrado en uno de los asientos de ventanilla de primera clase. Este se frotó los ojos, puso vertical su respaldo y miró por la ventanilla.

Los Ángeles se extendía por debajo de ellos. Sus cuadrículas de luz se entrecruzaban en las oscuras llanuras allá abajo, únicamente rotas por la negrura de las montañas que rodeaban la ciudad, atrapada en su abrazo de luz eléctrica. Pero ni siquiera aquellas inmediatas cimas estaban completamente a oscuras: aquí y allá brillaban las luces traseras de los coches solitarios que rodaban como gotas por los pasos de las laderas, conectando una rutilante cuadrícula con la siguiente. Más allá, Louis veía el enorme pacífico iluminado por la luna llena. El avión se ladeó y giró y el gran océano dio un vuelco quedando fuera de su vista.

—¿Puedo retirar eso, señor Armstrong?

Louis se volvió y vio a una azafata parada en el pasillo. Era joven, guapa y blanca, con una sonrisa toda dientes blancos y una mano estirada y enfundada en un guante blanco.

—Claro —dijo él, cogiendo el vaso vacío de su bandeja y entregándoselo.

Ella sonrió dándole las gracias y lo recogió rápidamente, dejando ver a un hombre sentado al otro lado del pasillo, un par de hileras más allá. Era blanco y viejo y miró a Louis fríamente. Mostraba ese aspecto de rico de los que han tenido dinero toda la vida: algo en su corte de pelo, ropa, piel, expresión de desdén.

Louis estaba acostumbrado a tales reacciones; él era de color, famoso e iba en primera clase. De modo que hizo lo que

siempre hacía en esas situaciones, lo que le había enseñado la violencia con la que se había criado en las calles de Nueva Orleans —donde miradas perdidas podían desembocar en balas perdidas, navajazos perdidos, funerales perdidos—, y sonrió y se volvió en el otro sentido.

Miró por la ventanilla una vez más y comprobó que habían descendido más. Todas las veces que Louis volaba a Los Ángeles, estudiaba su trazado. Era solo allí donde apreciaba de verdad hasta qué punto el paisaje era esculpido por el automóvil. No eran solo las carreteras, era todo lo que las acompañaba: estaciones de servicio, aparcamientos, moteles, autocines, garajes, lavaderos de coches, empresas de alquiler de vehículos. Y todo de baja altura y baja densidad, de modo que la ciudad no tenía más opción que extenderse, expandiéndose por los valles como una inundación y terminando en el borde del desierto con un lento rociado de desguaces, bares de motoristas y solitarios ranchos aislados.

El avión se volvió a inclinar, y las luces se atenuaron; Louis cerró los ojos y notó el estremecimiento del avión cuando realizaba la aproximación final. Pasaba trescientas noches al año de gira, entrando y saliendo de diferentes zonas horarias. Era una vida dura que todos los pasajes de primera clase y los hoteles de cinco estrellas del mundo no podrían hacer más cómoda. Pero era una vida que había elegido, una vida que le gustaba. Y ahora, si lo que le había dicho el médico era verdad, era una vida que podría estar llegando a su fin. Inició su carrera musical de adolescente, y más de cincuenta años después todavía continuaba dedicándose a eso. Había sido una buena ocupación. Sentiría amargura si se acababa, pero eso sucedería.

El avión aterrizó dando saltos y rodó hacia la salida. Louis se levantó con el resto de los pasajeros y salió a la noche templada e inundada de la neblina del combustible del reactor. Los transportaron a la Sala Ambassador de la TWA, donde a Louis y a los demás VIP los esperaban sus chóferes. Louis se dirigió a la barra y pidió agua, y solo entonces cayó en la cuenta de que en el ascensor había estado tarareando la música que emitía el sistema sonoro de la sala. La canción le pareció

vagamente conocida. Era una versión en plan música ambiental de una canción que conocía. ¿Pero qué canción? Sabía que estaría toda la noche dándole vueltas si no averiguaba cuál era.

El barman puso su agua sobre la barra y Louis dio un sorbo y paseó la vista alrededor. La Sala Ambassador se encontraba en la nueva sección del aeropuerto, diáfana y espaciosa, con un elevado techo en curva hecho de cristal y vigas blancas de acero. Distinguió al viejo que le estuvo mirando en el avión: sentado en un sofá un poco más allá, clavaba los ojos en Louis otra vez, ahora con mayor intensidad, mayor enfado.

—¿Señor Armstrong? —dijo una voz.

Louis se volvió, viendo a un chico parado junto a él con uniforme de chófer.

—Soy su conductor, señor —dijo—. ¿Puedo? —Se agachó para recoger el maletín de Louis del suelo.

—No hace falta, tío. Lo cojo yo —dijo Louis, y agarró el maletín él mismo. Incluso después de tantos años, le resultaba extraño que hubiera gente esperándolo.

El chico sonrió y Louis sonrió y los dos se dirigieron a la salida. Louis tarareando la melodía de aquella canción. ¿Cuál coño era?

Y entonces se dio cuenta. Era «West End Blues». La canción que cuarenta años atrás habían hecho famosa él y Earl Hines, y que trataba del ruidoso Big Easy, el escandaloso barrio del placer. Alguien la había convertido en música de ascensor, repleta de cuerdas, despojada de su contexto, su significado, castrada para que adquiriera respetabilidad y convencionalismo por alguna empresa con el fin de que pudiese sonar en la brillante nueva sala de llegadas del aeropuerto de Los Ángeles donde los VIP la pudieran ignorar. Eso pasa con las tradiciones. Louis movió la cabeza a los lados y se rio. ¿Qué más había que hacer en un mundo donde al final todo perdía su significado, si es que lo tuvo alguna vez?

—¿Cuál es el chiste, señor? —preguntó el chico, con una recelosa sonrisa en la cara.

¿Que cuál *era* el chiste? ¿Entropía? ¿Sinsentido? Louis había estado pensando mucho en eso recientemente, experimentando

un pesimismo que nunca le había mortificado antes. Puede que se tratara de la vejez, puede que fuera lo que le había dicho el médico.

—Nada, supongo. —Louis se encogió de hombros.

Cruzaron las puertas automáticas hacia la noche. Taxis y limusinas estaban aparcados en una fila junto al bordillo, con las palmeras alzándose hacia lo alto, hacia la oscuridad. El chico le llevó hasta un Cadillac y se alejaron del aeropuerto, pasando junto a un cartel gigante que anunciaba Los Ángeles a quienes ya habían elegido estar allí. Lo ilustraba una miscelánea de tópicos de la ciudad: las letras de Hollywood, playas, naranjales, ranchos, jinetes y, debajo, el eslogan de la ciudad: «¡Todo eso pasa a la vez en Los Ángeles!». Si las últimas visitas de Louis a la ciudad significaban algo, no tenía nada que ver con aquello. Como el resto del país, Los Ángeles se estaba derrumbando.

—¿A qué ha venido a la ciudad? —preguntó el chico, mirándole por el retrovisor—. ¿Para un programa de la tele o algo?

—Sí, voy a participar en el *Programa Especial de Navidades de Steven Allen.*

—Me aseguraré de verlo —dijo el chico.

—Hazlo.

Se sonrieron uno al otro y Louis se volvió para mirar por la ventanilla. Tenía otras cosas que hacer mientras estaba en la ciudad, pero la más importante era una cita médica para pedir una segunda opinión que temía al tiempo que depositba en ella todas sus esperanzas. Ya había tenido que cancelar dos giras a principios de año por culpa de la neumonía, y cuando había vuelto a trabajar sus intervenciones, en el mejor de los casos, habían sido irregulares. Algunas noches todavía fueron buenas, pero otras tuvo que apoyarse en su voz. Dependiendo de lo que le dijera el médico, sabría la decisión que tomar. Y sería difícil. Veía pasar la ciudad y trataba de no pensar en ello. Llevaba tratando de no pensar en ello desde la última cita en el hospital, pero después de dos semanas de ensayo, seguía sin encontrarse mejor.

Doblaron hacia La Cienaga, subiendo al norte a través de la

ciudad. West Hollywood pasó rápidamente, luego Sunset Strip, luego siguió el suave ascenso a la colina hasta el Chateau Marmont, encaramado en lo alto del bulevar como un castillo europeo.

El coche se detuvo delante. El chico les pasó el equipaje de Louis a los botones, que, tras depositarlo en carritos, los empujaron dentro del vestíbulo. Él siguió agarrando su maletín. Dio una propina al chico, que le pidió su autógrafo, y Louis lo agradeció. Le hacía sentirse bien que les interesara a los más jóvenes; habían pasado los días en que el jazz era la música preferida de los jóvenes. Ahora lo era el rock, el pop y la Motown, como desde hacía años. A Louis le sorprendía agradablemente que alguien de menos de veinte años le prestara una atención especial.

Entró al hotel y miró a su alrededor. Había un árbol de Navidad junto a la chimenea, regalos falsos colgando, espumillón y bastones de caramelo dispersos por él. No uno, sino dos recepcionistas acudieron a recibirle.

El Marmont fue el primer hotel para blancos de Los Ángeles que admitió huéspedes negros. Duke Ellington había sido cliente habitual desde hacía años. Era un hotel respetable, y resultaba agradable alojarse en un sitio céntrico donde uno no tenía que subir a su habitación en el montacargas.

Cuando Louis llegó a su *suite,* un botones le acompañó a recorrerla: dormitorio, cuarto de baño, sala de estar, bar, estudio, terraza que daba a la noche de Los Ángeles. Louis dio propina al botones, cerró la puerta y examinó su jaula dorada: la chimenea con leña de roble, las alfombras bordadas, la barra con refrigerador, el ventanal, el candelabro como una nube de lágrimas.

Louis abrió la puerta de la terraza. Farolas colgadas, plantas en macetas, decoración navideña de papel. La vista alcanzaba una franja gigantesca de Los Ángeles. Dándole la espalda, volvió andando al dormitorio y se tumbó en la cama. Puso la mano en el corazón y miró el techo, notando que la habitación se asentaba en torno a él. Se filtraba el sonido de la circulación allá abajo, en Sunset, el apagado gemir de motores, la agitación y los resoplidos de la propia ciudad.

Se fijó en un par de tarjetas con mensajes junto al teléfono. Se sentó y les echó un vistazo. La primera era de Joe Glaser, su mánager, diciéndole que la oficina llamaría por la mañana para confirmar sus citas. La segunda era de Ida: «Lucille dijo que llegabas esta noche. Llámame cuando recibas esto. Te quiere. Ida.»

Louis miró fijamente la tarjeta, preguntándose si ver a su vieja amiga le ayudaría a despejar su pesimismo en constante aumento.

24

A LA MAÑANA SIGUIENTE Ida se reunió con Louis en el vestíbulo del Marmont. Se abrazaron y salieron a dar un paseo. Mientras andaban, se iban poniendo al día de las noticias de cada uno, cómodos en la mutua compañía, su conversación entrañable, dispersa, desbordante de historias. Cuando Louis hablaba, Ida observaba con atención sus movimientos, su comportamiento, apreciando cierta tristeza en él, algo de ansiedad. Quisiera saber lo que pasaba, y esperaba que él le confiara sus problemas sin tener que forzarlo. Mientras tanto, ella le habló de su caso, los asesinatos, el Matarife Nocturno, la posible relación con un productor de la tele que se llamaba Karl Drazek.

—¿Karl Drazek? —Louis repitió el nombre, moviendo la cabeza a los lados—. ¿Qué sabes de él?

—Solo que trabaja en Universal, produciendo programas de televisión.

—Yo conozco a algunas personas que trabajan allí. Lo consultaré.

Anduvieron por el Strip en dirección oeste, el tramo de Sunset Boulevard que quedaba fuera de la jurisdicción del Departamento de Policía y estaba en manos del mucho más negligente Departamento del Sheriff del Condado. Era algo de lo que se había aprovechado la Mafia en los años veinte para abrir allí una sucesión de clubes nocturnos, cabarés y casinos. Luego agentes del negocio del cine los siguieron para aprovechar la ventaja de un vacío legal en el código tributario, y pronto fue el hogar de un grupo marginal de estrellas de Hollywood, guionistas exiliados, cócteles y glamur.

Pero ese mundo flotante ya no existía. A los mafiosos y los del mundo del espectáculo los había atraído Las Vegas, dejando a los dueños de los locales del Strip dos posibilidades:

ocuparse de los más jóvenes y dedicarse a la multitud de adolescentes y su música de rock, o ceder a la sordidez y centrarse en el estriptis y la prostitución. Los dueños que habían elegido este último camino querían que el Strip quedara limpio de todos los chicos y vagabundos, así que presionaban al condado para que impusiera un toque de queda juvenil a las diez, insistiendo tanto a los agentes del sheriff como a los del Departamento de Policía para que hostigasen a los jóvenes. La campaña de intimidación originó a su vez protestas, las protestas generaron disturbios en Sunset Strip y la divulgación de esos disturbios hizo que la zona se volviera aún más atractiva para jóvenes aburridos y hostiles de la parte sur.

Todo eso significaba que el Sunset Strip que afrontaron Ida y Louis aquella mañana era un lugar sórdido, destartalado, devastado por la guerra, al que parecían vigilar carteles gigantescos que brillaban con el sol, abarrotado de vagabundos de aspecto zaparrastroso y *hippies* con ropa de madrás en las esquinas de la calle vendiendo ejemplares de *Los Angeles Free Press*. Cuando Ida apreció todo esto, tuvo la sensación de que su ciudad se le escapaba.

Doblaron al sur de Sunset, luego al oeste, caminando sin rumbo y haciendo un arco mientras hablaban. Anduvieron unas cuentas manzanas al este hasta Plummer Park. Encontraron un banco, se sentaron, mirando a su alrededor. El parque estaba lleno de vagabundos y universitarios sentados por allí cerca que fumaban porros y oían música en radios portátiles, con las canciones centelleando, compitiendo, atronando. Ida se volvió hacia Louis y le vio contemplando a los chicos con expresión nostálgica. Tenía casi setenta años, y pese a que se había casado varias veces, nunca había conseguido tener un hijo.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

—¿Quién dice que me pasa algo?

—La persona que te conoce desde que tenías doce años.

Ella le sonrió, y al cabo de un momento él devolvió la sonrisa, pero era una sonrisa forzada. Estaba armándose de valor para contarle algo.

—No he estado demasiado bien, Ida —dijo finalmente—. A principios de este año tuve que cancelar un par de giras. Mejoré, fui de gira otra vez y entonces volví a empeorar. Dificultades para respirar, cansado todo el tiempo, hinchazón en las piernas. Acudí al Centro Médico Beth Israel hace unas semanas. El médico hizo el diagnóstico de inmediato. Insuficiencia cardiaca. Me dijo que no debería tocar la trompeta nunca más. Dijo que debería retirarme. Salí corriendo de allí, traté de ignorarlo. Seguí tocando, haciendo giras, acostándome tarde. Tuve que volver dos semanas después porque había empeorado.

Ahora Ida vio el dolor en su cara, el desconcierto. El trompetista decía que no podía tocar su instrumento.

—Louis, lo siento mucho. No sé qué decir. —Cogió las manos de su amigo con las suyas, las apretó—. ¿Dijo el médico que ibas a ponerte bien?

—Siempre y cuando me tome las cosas con calma, sí. Pero solo es la opinión de un médico. —Se encogió de hombros—. Ese es otro de los motivos por los que estoy aquí. Tengo una recomendación para un especialista de Santa Mónica. El número uno del mundo en afecciones de corazón. Voy a esperar y ver lo que dice antes de hacer nada. Pero si corrobora lo que dijo el otro médico, entonces tengo que tomar una importante decisión. La más importante de todas.

Ida asintió, notando su dolor, reviviendo su propia decisión de jubilarse, tomada un par de años antes.

—Y vienes esperando que te cuente lo estupenda que es la jubilación —dijo ella—. Y en lugar de eso me encuentras trabajando otra vez.

—Sí —replicó él—. Sí, eso es.

Se rio y movió la cabeza a los lados, y ella hizo lo mismo.

—Yo no pedí dejar la jubilación —dijo Ida—. No quiero este caso. No tengo nada que ver con él.

—Pero estás trabajando en él.

—Porque lo tuve que hacer.

—Tú no le debes nada a nadie, Ida. Una mujer murió con tu nombre en la habitación de un motel, lo que no significa que tengas que arriesgar la vida por ello.

—Ya. Lo sé. He pagado mis deudas. Pero a esa mujer la mataron mientras estaba buscando mi ayuda, mientras yo estaba sentada en mi porche tomando bourbon. Y luego están todas esas personas a las que descuartizó el Matarife Nocturno. Pero hay algo más. Tengo la sensación de que algo me arrastra a ello, y…

Se interrumpió al llegar al borde de sus miedos, no queriendo ir más allá. Era el mismo lugar al que había llegado con Dante el día anterior, cuando ella casi le reveló lo que de verdad le desconcertaba y él tuvo la amabilidad de no presionarla.

—¿Qué es? —preguntó Louis—. Si quieres hablar de ello, puedes contármelo a mí.

Ella asintió, paseando la vista por el parque.

—Cuando me retiré, todo el mundo creyó que lo hacía porque me sentía culpable de la muerte de Sebastián. Y dejé que la gente lo creyera. Lo cierto es que me asustaba jubilarme. No era una cuestión de culpabilidad. Era miedo. Él y yo lanzamos una moneda al aire aquella noche para ver quién entraba en aquel edificio. Entró él y murió, pero si la moneda hubiera caído del otro lado, habría sido yo. Tengo la sensación de que debería estar muerta yo, ¿entiendes? Fue la pura suerte lo que me salvó. Y ahora se presenta un caso incluso más importante y ya tengo la profunda sensación, de lo que no puedo liberarme, de que este será mi último caso, el caso al que no sobreviviré.

Dejó de hablar y volvió a pasear la vista por el parque, mientras sus emociones burbujeaban, alcanzando el borde y haciéndole temer que, si hacía algún movimiento, si contaba algo más, se desbordarían. Notó los ojos de Louis clavados en ella. Él era lo bastante listo para saber que Ida no buscaba palabras que le calmasen, ese tipo de consuelo, de modo que se estiró y la abrazó, y ella podría haber llorado ante su abrazo.

Se abrazó a él y permanecieron así durante un rato, sujetándose el uno al otro bajo el sol invernal. Ida se dio cuenta con una intensa tristeza de que los dos estaban en el mismo barco. Normalmente, cuando estaban juntos, si uno de ellos atravesaba un mal momento, el otro le animaba. Durante

los largos años de amistad, habían aprendido el modo de levantar el ánimo del otro. Pero ahora, cuando estaban sentados en el banco del parque, no parecía posible que ninguno de ellos pudiera sacar a flote al otro. Lo único que podía ofrecer era consuelo. Puede que eso fuera suficiente.

Deshicieron el abrazo y disfrutaron de los alrededores, del sol que derramaba su luz por el parque. Daba la impresión de que era uno de esos días en que el tiempo resultaba completamente inapropiado, falso, estúpido.

Louis agarró su maletín, que tenía en el banco junto a él, lo abrió e Ida vio, como esperaba, que estaba lleno de costo. Él sacó unos papeles de fumar y lio un porro.

—¿Estás seguro de que deberías fumar eso dado el estado de tu corazón? —preguntó ella.

—Apenas lo fumo últimamente —dijo él—. Puede que un porro al día, si eso. Como el médico de Santa Mónica diga que debería dejarlo, lo dejaré. Dejar los porros no es el problema, Ida, es la música. Somos lo que hacemos. Si dejo de hacerlo, ¿entonces qué queda?

Lanzó una mirada muy elocuente en dirección a ella.

—¿No me dijiste que debería dejar de lado mis miedos? —preguntó Ida—. ¿Seguir adelante?

—Tú siempre has sido lista, Ida. La persona más lista que he conocido nunca. No es tu inteligencia lo que has perdido, es tu confianza.

Ella se quedó reflexionando y muy molesta porque algo tan sencillo pudiera ser verdad y ella no lo hubiera visto.

Louis encendió el porro, dio una calada se lo pasó a ella. Ida lo rechazó. Solo se colocaba cuando estaba con Louis, y cuanto mayor se hacía, más parecía afectarla.

—Soy demasiado vieja para fumar eso —dijo—. Y tú también.

—Llevas diciendo eso desde mil novecientos cuarenta. Vamos. Todavía te quedan unos cuantos años en los buenos momentos de los setenta.

Ella sonrió, y continuó negando con la cabeza, pero acabó aceptando el porro, al que dio una calada. Le hizo cosquillas en el fondo de la garganta, y sintió un hormigueo en los

pulmones. Fumaron y contemplaron el parque, dos amigos mayores sentados en un banco que también eran dos niños corriendo por el barro de Nueva Orleans cincuenta años atrás.

—Desde que empecé a trabajar en esas puñeteras memorias, he estado pensando constantemente en Nueva Orleans —dijo Ida—. En las cosas que solíamos hacer, los sitios a los íbamos. Recogíamos dientes de león y berros junto a las vías del tren, seguíamos desfiles de funerales, mirábamos los barcos cargados con plátanos en el Canal Nuevo, nos acercábamos a hurtadillas a los burdeles para escuchar a las orquestas.

Sonrió a Louis, que le devolvió la sonrisa. Había algo cálido en el hecho de que medio siglo más tarde los dos pudieran revivir juntos aquellos momentos, rascar el óxido de la nostalgia que recubría sus recuerdos, permitiéndoles volver a la vida otra vez. A pesar de todos los engaños con que los había llenado el tiempo, traer aquellos recuerdos a la vida era su propio y especial logro.

—¿Has vuelto recientemente a Nueva Orleans? —preguntó Louis, en su tono menos nostálgico, más serio.

—No, hace años que no —dijo Ida, negando con la cabeza.

—Está todo cambiado. Han demolido Jane Alley, South Rampart, los burdeles, todo eso ha desaparecido para que puedan hacer carreteras que atraviesan la ciudad. Es donde se creó el jazz, Ida, y lo han destrozado todo con autopistas de seis carriles y aparcamientos. Ni siquiera sigue allí la Casa de Acogida.

Ellos se habían conocido a través de la Casa de Acogida, un centro de detención juvenil al que habían mandado a Louis después de que disparase una pistola en la calle durante la celebración del Año Nuevo. El padre de Ida era profesor de música allí y había descubierto que el chico tenía cierto talento, así que lo llevó a su casa para ensayar, con Ida acompañándole al piano. Ella había sido una niña solitaria, y por medio de aquellas sesiones de ensayo ella y Louis se hicieron amigos a pesar de la diferencia de clase. Ella pensaba a veces en lo extraño que era que después de aquellos comienzos ella hubiese terminado viviendo en el mundo criminal y él consiguiese vivir en el estrellato.

Instalados en un fructífero silencio, fumaron el resto del porro. Eso contribuyó a que los pensamientos de Ida dieran un vuelco, volviéndose indolentes y rápidos, todo al mismo tiempo. No dejaban de ir a la deriva hasta la Casa de Acogida, como si en cierto modo fuese importante, como si allí existiera un vínculo con el Matarife Nocturno, enterrado de alguna manera en la carga emocional que la unía a su ciudad natal, un vínculo que ella estaba perdiendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Louis.

—Hablando de la Casa de Acogida —dijo ella—, he tenido la sensación de que está relacionada con el caso del Matarife Nocturno.

—¿Crees que estuvo internado? —preguntó Louis, sonriendo.

—No —dijo ella, negando con la cabeza—. Puede que solo sea el porro lo que me confunde. Pero lo que me solivianta desde el principio es los lugares donde elige a sus víctimas: un hospital, una cafetería y una lavandería. Siempre tengo la sensación de que hay una relación entre ellos que no encuentro. Y ahora tengo también la sensación de que hay una relación con la Casa de Acogida. Pero no puedo imaginar cuál es.

Louis la miró de modo inexpresivo.

—¿No resulta evidente? —dijo él.

—¿Sabes tú cuál es?

—Claro. ¿Un hospital, una cafetería y una lavandería? Cambia los nombres, Ida. Enfermería, comedor, cuarto de la colada. Todos son lugares que hay en sitios como la Casa de Acogida. Lugares que hay en una cárcel.

Ida le miró fijamente.

—Claro —dijo ella—. Una cárcel.

De pronto sus pensamientos se estaban acelerando por efecto del porro.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Louis.

—Creo que sé cómo atrapar al Matarife Nocturno.

Parte siete

Dante

25

Después del encuentro de Dante con Ida, él pasó el resto del día intentando conseguir más detalles sobre Riccardo, Audrey Lloyd, Karl Drazek, Ocean Movies. Pero no consiguió nada. Buscó las relaciones de la Mafia con el Matarife Nocturno. Nada tampoco. Preguntó si alguien sabía algo de policías que movieran coca, o con acceso a una casa en Bel Air. Nada tampoco.

El día se volvió noche y Dante agotó el último de sus contactos. La noche se volvió día y despertó en plena nube de estrés, con la ansiedad anudada en las tripas. Había investigado muy a fondo a las personas y seguido pistas, y todo ello muy deprisa, corriendo contra el reloj. Pero todo había sido inútil. Como si él ya no sirviera para más.

Cuando telefoneó a su servicio de atención de llamadas, la operadora le dijo que tenía un mensaje de Nick Licata.

—Solicitó que le llamara usted —dijo—. Dejó un número.

Dante tomó nota, colgó y soltó un suspiro. Era evidente que Licata quería que le pusiera al día. Quedaban tres días para Navidad y después tendría lugar la comparecencia de Riccardo ante el tribunal. ¿Pero qué podía Dante contarle a Licata? ¿Que el Departamento de Policía de Los Ángeles probablemente había descuartizado a su hijo en un matadero de las colinas? ¿Que Riccardo probablemente se había convertido en un chivato de la Oficina Federal de Estupefacientes? ¿Que Dante tenía la sensación de que estaba pasando algo importante pero que no tenía la clave exacta de qué?

La conversación con Ida volvió a destellar en su mente, su sugerencia de que, fuera lo que fuese, era lo bastante importante para arrastrarles a todos dentro. Le había resultado extraño verla tan asustada. Ahora lamentaba no haberle preguntado el motivo. Parecía como si estuviera proyectando

la misma preocupación que sentía él, aquella sensación de ser demasiado viejo, de estar demasiado falto de sincronía con la ciudad, con el mundo que tenían que surcar.

Dante consideró brevemente devolver la llamada a Licata, pero decidió no hacerlo. Seguiría su último par de pistas antes de hacer la llamada, rezando porque dieran resultado.

DANTE SALIÓ DE SU EDIFICIO de apartamentos y cruzó la plazuela. Cuando se acercaba al Thunderbird, se fijó en un sedán negro aparcado en una esquina un poco retirada, en un punto donde una de las tiendas *beatniks* vendía velas y sandalias habitualmente puestas sobre un caballete lleno de periódicos independientes y revistas de corta tirada. Cuando su primera ojeada cayó sobre el coche, creyó ver las siluetas de dos hombres sentados en los asientos delanteros, pero cuando miró por segunda vez, el coche pareció vacío. ¿Estaba jugándole una mala pasada su vista? ¿O los dos hombres se habían agachado detrás del salpicadero?

Cuando se metió en el Thunderbird, movió el retrovisor para así poder ver el sedán. Todavía parecía vacío. Intentó distinguir el número de matrícula, pero estaba demasiado lejos. Esperó para ver si reaparecían las dos siluetas, pero no lo hicieron. Lo atribuyó a la paranoia. Arrancó el Thunderbird.

CONDUJO HACIA EL CENTRO, AL Registro Civil del Condado de Los Ángeles. Dante normalmente contrataba a un abogado para hacer investigaciones sobre las propiedades inmobiliarias, pero el hombre y su familia ya se habían ido a Palm Springs por Navidades, lo que significaba que Dante tenía que recorrer él mismo los archivos del Registro del Condado para buscar el título de propiedad del destartalado matadero de las colinas.

No tardó mucho en encontrar lo que buscaba. Como dueño de aquella propiedad figuraba Belknap Holdings S. L., una empresa registrada en Delaware. Dante suspiró. No habría modo de conseguir más detalles salvo escribir al Departamento de Registro de Empresas del estado de Delaware y esperar de seis a ocho semanas la respuesta, e incluso entonces quizá solo

pudiera conseguir la dirección del agente registrado de la empresa, de modo que no sabría quién era realmente el propietario. Un completo callejón sin salida. Eso era lo que suponía la incorporación de Delaware.

Dante salió de la Oficina del Registro incluso más deprimido y tenso. Anduvo hasta el Thunderbird, abrió la puerta y dejó al perro salir. Miró alrededor buscando un sitio donde conseguir algo de comida y distinguió un puesto de perritos calientes un poco más allá, en las escaleras que llevaban a la plaza del Centro Cívico. Compró dos perritos calientes para él y dos para el perro. Se sentaron en un banco a comerlos, contemplando los surtidores gigantes de la plaza, las praderas, las palmeras, la torre *art déco* del Ayuntamiento a lo lejos.

Cuando terminaron, Dante encontró un teléfono público. No podía darle más largas a Licata. Se armó de valor e hizo la llamada.

—Dante, ¿dónde has estado?

El tono de Licata era seco, inexpresivo. Sonaba como si estuviera en algún sitio muy ruidoso, al fondo reverberaba mucho alboroto.

—Trabajando, Nick. Siguiéndole la pista a Riccardo.

—¿Y?

Dante sabía que no debería exagerar las posibilidades, pero Licata le inquietaba.

—Podría tener una pista. —Dante lo lamentó en cuanto dijo eso.

Licata permaneció unos instantes sin contestar, de modo que Dante pudo oír que el alboroto del fondo era metálico, retumbante, rebosaba reverberación. ¿Dónde coño estaba?

—¿Puedes hablar de esto ahora? —preguntó Licata, refiriéndose a por teléfono.

—Mejor que no.

—Ven a verme.

—Claro. ¿Qué tal mañana?

—¿Qué tal ahora?

El tono de Licata no era seco por primera vez. Era de enojo, y amenazante.

No obstante, Dante no podía verle de inmediato. No estaba

en condiciones de inventar historias sobre la marcha.

—Mañana, Nick —dijo, insistiendo—. Necesito confirmar algo antes.

—Mañana ya es veintitrés.

—Lo sé. Y la comparecencia ante el tribunal es el veintiséis. Lo sé. Solo deja que confirme eso antes. ¿De acuerdo? No quiero hacerte perder el tiempo.

Hubo alboroto otra vez mientras Licata lo pensaba.

—Está bien, Dante. Mañana —dijo, su tono seco una vez más—. Llámame por la mañana para quedar.

Y dicho esto, colgó.

Dante encajó el auricular, se frotó las sienes. Esperaba que la búsqueda en las propiedades inmobiliarias le hubiera proporcionado algo, pero solo había profundizado el misterio. Le quedaba una última pista. Rebuscó en sus bolsillos el número de la empresa de mantenimiento que encontró pegado en el aparato de aire acondicionado de la casa donde destrozaron a Riccardo. Llamó.

—Dyer Air-Con King Corp —dijo una chica al otro lado, su voz joven y alegre.

—Buenos días. Mi aire acondicionado se ha estropeado, y vi su etiqueta pegada al aparato.

—Bien. Podemos ayudarle, claro, y que se lo arreglen.

—La cuestión es que yo he subarrendado la casa, así que no sé a nombre de quién está la cuenta.

—Puedo comprobar nuestros contratos.

—Estupendo.

—¿Cuál es la dirección?

Dante le dio la dirección, y la chica fue a comprobar los libros. Dante encendió un cigarrillo mientras esperaba.

—Sí, tenemos archivada la dirección —dijo la chica—. Pero no hay cuenta. Fue un único encargo a la cuenta de Inmobiliaria Chevalier. ¿Quiere que de todos modos vayamos a arreglarlo?

—Deje que antes hable con el casero. Gracias por su ayuda.

Dante llamó al servicio de información y preguntó la dirección de la inmobiliaria. Mientras el operador iba a buscarla, echó una ojeada a su alrededor. Aparcado algo más

arriba de la calle estaba el sedán negro con dos siluetas delante. Dante notó que volvía a sentir paranoia. Deslizó su mirada más allá del sedán, como si no hubiera visto nada, fijándola en un edificio de enfrente de la calzada pero vigilando el sedán con el rabillo del ojo. Esperó unos segundos, lo volvió a mirar. Las siluetas habían desaparecido como la otra vez.

—Hijoputas —murmuró.

El operador volvió al teléfono y le dio la dirección de Inmobiliaria Chevalier. Dante la anotó, colgó y se preguntó qué debería hacer. Tenía su Detective Special en el bolsillo, y contaba con el elemento sorpresa. Calculó la distancia entre el teléfono público y el coche, lo que tardaría en llegar a él a su velocidad de viejo. La circulación que había en la calle.

—Los voy a joder —aseguró, totalmente decidido.

Se dio la vuelta y avanzó lo más rápido que pudo acera arriba, sacando el revólver de su bolsillo y dirigiéndose directamente al sedán. Las dos siluetas reaparecieron en los asientos delanteros: hombres de edad madura con traje. El sedán rugió adquiriendo vida y giró bruscamente para salir del lugar donde estaba aparcado. Dante levantó su revólver. El hombre del asiento del acompañante bajó la ventanilla y alzó una escopeta.

—Hostia —murmuró Dante. Se tiró detrás de uno de los coches aparcados, estrellando el codo en la acera. Escuchó al sedán alejarse. Respiraba con dificultad. Se rehízo. Miró por encima del capó del coche. El sedán había desaparecido. Guardó el arma en el bolsillo y trató de levantarse del suelo.

—¿Necesita ayuda, señor?

Alzó la vista y vio a una pareja de jóvenes con la mirada clavada en él.

—Estoy bien.

Les devolvió la sonrisa y se levantó inseguro, frotándose el codo. Se sentía un completo idiota por decidir enfrentarse a los hombres. Era el tipo de acto estúpido que en el pasado nunca habría hecho. Desperdició su ventaja, se puso en peligro, y ni siquiera sabía la matrícula del sedán. Y lo peor de todo: alertó a quienes le estuvieran siguiendo de que se había dado cuenta.

MEDIA HORA DESPUÉS CAMINABA por Hollywood Boulevard todavía reponiéndose, todavía sintiéndose un viejo idiota, con un intenso dolor en el codo por el golpe. Se deslizó entre los turistas que abarrotaban el bulevar evitando las trampas dispuestas para ellos: tiendas de recuerdos, puestos que vendían planos, postales, refrescos con sobreprecio, giras por las casas de las estrellas de cine.

Encontró las oficinas de la inmobiliaria un poco más arriba de la ruta de los turistas, encajada entre una agencia de viajes y un despacho de abogados. Sus ventanas estaban cubiertas de celofán azul para protegerse del resplandor del sol, pero a través del celofán pudo ver anuncios y fotos de varias propiedades que tenían en alquiler. Todas ellas de buen gusto, caras. Parecía una oficina normal, en un edificio normal. No un local de la Mafia, o un lugar para hacer operaciones de lavado de dinero. Por lo menos desde fuera. Y sin embargo, aquella era la empresa que se ocupaba de la casa a nombre de Belknap Holding S. L., la casa donde los policías habían atraído a Riccardo para liquidarlo.

Dante hizo como que miraba los anuncios de la ventana mientras inspeccionaba la seguridad del edificio: una cerradura de seguridad en las puertas delanteras que él podría abrir en un par de minutos, ningún sistema de alarma. Rodeó caminando la manzana, comprobó el callejón de la parte trasera de la oficina, hizo planes, todo el tiempo tenso porque los hombres del sedán podrían regresar, podrían volver a apuntarle con aquella escopeta.

CONDUJO DE VUELTA A SU apartamento, intentó dormir algo, pero no pudo porque pensaba en los hombres del sedán. Se preguntaba quién los mandaba: los policías, los proveedores de la coca, la Oficina Federal de Estupefacientes, puede que incluso el propio Licata. Cuando Loretta llegó a casa del almacén, Dante encargó comida china. Mientras comían, ella echó una ojeada al perro.

—Me molesta decirlo —dijo—. Pero parece un Virgilio. Un compañero inseparable.

Después de que hubieran cenado, Loretta preparó unas

copas de Benedictine y brandi y las tomaron en el balcón contemplando a la luna lanzar redes plateadas sobre el océano. Normalmente a Dante le gustaba sentarse allí, de espaldas a la ciudad, mirando el océano, los barcos como estrellas en el horizonte. Normalmente la visión le calmaba, le hacía sentirse insignificante, de modo que sus problemas acababan también pareciendo insignificantes. Pero no en esta ocasión. El episodio con el sedán todavía le inquietaba. No era tanto por el arma que le apuntó; era por haber tomado una decisión errónea. Su terrible elección de enfrentarse a los hombres, dejando que sus temores anularan lo mejor de él. Acentuaba su temor a no ser capaz de volver a hacer lo adecuado nunca más.

—Pareces preocupado —dijo Loretta.

Pensó en confiarse a ella, contarle lo que había pasado, pero decidió no hacerlo.

—Esta noche necesito salir.

—¿Adónde?

En lugar de lo del matadero, le habló de la inmobiliaria que lo gestionaba.

—¿No eres un poco mayor para allanar casas? —dijo ella—. Si te atrapan, podrían encerrarte para siempre.

—Sí, lo sé.

A su edad, cualquier condena era cadena perpetua. Dante pensó en lo que le dijo Loretta en el almacén, cuando le contó por primera vez lo de aquel trabajo. Y allí estaba él de nuevo poniéndolo todo en riesgo, demostrando que ella tenía razón.

—¿No hay otro modo? —preguntó Loretta.

Él negó con la cabeza.

—Tengo que ver a Licata mañana y no he conseguido nada.

Ella asintió y los dos quedaron en silencio, mirando el oscuro Pacífico, escuchando cómo rompían las olas abajo.

Al cabo de unos segundos ella se estiró y le cogió la mano.

26

DANTE DEJÓ EL APARTAMENTO justo después de las doce de la noche, llevando consigo su juego de ganzúas, guantes, un trapo, una linterna y una porra. Volvió a conducir hacia Hollywood, desviándose, retomando sus pasos, eligiendo calles tranquilas, todo para asegurarse de que no le seguía nadie, de que no había señales del sedán negro. Cuando al fin llegó a la oficina de la inmobiliaria, vio que todavía había demasiado tráfico en la calle para forzar la entrada delantera.

Dio marcha atrás y aparcó en Vine. Se metió las herramientas en los bolsillos y anduvo alrededor de la manzana hasta el callejón de la parte de atrás del edificio. Estaba vacío, lo bastante en silencio para oír si venía alguien.

Encontró la parte trasera de la oficina de la inmobiliaria. Había una ventana en el primer piso, a la altura de la cabeza, pequeña, con cristales esmerilados y un extractor al lado. Todo lo cual sugería que era la de un servicio. Dante miró alrededor, vio un cubo de basura en el callejón, un poco más allá, donde algunos perros rebuscaban entre los desperdicios. Lo arrastró, se subió encima e hizo añicos la ventana con la porra. Luego regresó a su coche, se metió dentro y esperó.

Años antes había conocido a un policía que le contó que cuando hacía guardia de noche, él y su compañero pasaban la mayor parte de su turno dentro del coche patrulla, recorriendo callejones, con las ventanillas bajadas y las luces apagadas. Atrapaban a la mayoría de los delincuentes de ese modo. Y a veces, a última hora de la noche, se limitaban a detenerse, apagar el motor y escuchar.

De modo que Dante también escuchó, esperando a ver si el ruido atraía a algún policía al lugar, a algún policía como aquel de tantos años atrás. Fumó, contempló la calle iluminada por la luna. Una confusa sensación de estar visible le dominó,

consecuencia del encuentro con los hombres del sedán. Una calle tranquila en plena noche era un buen lugar para volver y liquidarlo de un tiro. Dante puso la radio con el volumen bajo, tras sintonizar la K P K F. Estaban transmitiendo *Más allá de Occidente,* el programa de Alan Watts, desde Berkeley, una charla semanal que Dante escuchaba a veces cuando no conseguía dormir. Watts hablaba del zen, como hacía siempre. De que el yo, el universo y el tiempo eran una ilusión, que el pasado y el futuro eran efímeros, que era posible vivir en un momento eterno.

Dante pensó que la última cosa que necesitaba él era vivir todavía más en un momento eterno. Su casa era una ciudad que ya había fracasado en ese aspecto; Los Ángeles era un lugar que no tenía estaciones propiamente dichas, donde nada se interrumpía los fines de semana, o por la noche, donde podías tener de todo, en cualquier sitio, en cualquier momento, donde podías hacerte viejo pareciendo joven, donde era verano todo el invierno. En Los Ángeles todo el mundo vivía aplastado por el peso de lo que siempre era ahora. Esa era una de las cosas que Dante estaba ansioso de dejar atrás.

Escuchó a Watts otros diez minutos. Cuando no hubo señales de que a alguien le hubiera alertado el sonido de la rotura de la ventana, volvió al callejón. Se puso los guantes, utilizó la porra y el trapo para quitar los trozos de cristal del marco de la ventana y saltó dentro del edificio.

Cayó en la cabina de un servicio. Su pie aterrizó en la taza de un retrete. Se torció el tobillo. El zapato se le mojó.

—Cojones —murmuró.

Se quitó el zapato y secó la suela para no dejar señales de pisadas en el suelo. Encajó el tobillo, hizo una mueca de dolor, salió cojeando del servicio y llegó a un pasillo, dirigiéndose a la parte delantera del edificio.

La oficina carecía de paredes de separación, y dos hileras de mesas de despacho ocupaban la mayor parte del espacio. Había una pequeña zona de recepción justo al lado de la puerta, unos cuantos ficheros. Todas las luces estaban apagadas, y la única iluminación procedía de los cristales de las ventanas que daban a la calle. Detrás de ellas, unas cuantas personas paseaban por

la acera, pasaban coches. Dante se dirigió a los ficheros. Encendió la linterna, poniendo la mano alrededor, y empezó a registrarlos, buscando contratos de clientes. Lo único que encontró fueron folletos. Casi en el centro llegó a un fichero que estaba cerrado con llave. Sacó su juego de ganzúas, eligió una, metálica y plana, y la introdujo en la ranura del cajón superior. Empujó, haciendo fuerza bruta. El cierre cedió.

Más allá de las ventanas, el sonido estridente de una sirena de la policía perforó el silencio. Dante apagó la linterna. Se volvió para mirar. Un coche patrulla pasó rodando lentamente por delante de las ventanas. Desapareció. Dante esperó a que volviera, se le aceleró el pulso, la adrenalina fluyó a su pecho. El coche de la policía no volvió.

Encendió la linterna otra vez y regresó al trabajo con una creciente sensación de inquietud, ahora registrando con mayor rapidez. Tiró del cajón. Los contratos estaban ordenados por fechas. Comprobó los otros cajones. Los contratos estaban dispuestos según el nombre y el lugar. En el Registro del Condado habían dicho que el propietario de la casa era una empresa de Delaware —Belknap Holdings S. L.—, pero Dante no pudo encontrar el nombre, así que buscó por el lugar. Al cabo de un par de minutos encontró el archivo. Pero como esperaba, Belknap no era el nombre a que estaba registrada; el dueño de la casa aparecía como «Reginald Eisner». Eisner tenía un contrato con la inmobiliaria que se remontaba a once años atrás. La dirección de su correspondencia era Rue du Rhône, Ginebra, Suiza. Dante recordó que el jardinero con el que habló contó que el dueño vivía en el extranjero. Aquello lo confirmaba. Puede que Eisner utilizara la empresa de Delaware como intermediaria. Él se marchó de Los Ángeles y contrató a la agencia inmobiliaria para que se ocupara de la casa.

Ahora Dante necesitaba enterarse de a quién se había alquilado la casa. Volvió al archivo y buscó la ordenación por nombre y lugar. Encontró el contrato de alquiler, firmado en julio de 1965. La agencia había negociado un acuerdo para alquilar la casa a la Miraflores Pharmaceuticals Corp, que todavía figuraba en el registro como inquilino.

A Dante no le gustó adónde llevaba eso.

Necesitaba verificar las referencias de nombres y lugar. Abrió más ficheros. Registros bancarios. Encontró los detalles de Miraflores. Su dirección estaba en Lima, Perú. Había pagado el depósito inicial y seguía pagando los plazos cada cuatro meses a través de la Castle Holdings Banking Corporation, en las Islas Caimán.

A Dante no le gustaba en absoluto adónde llevaba aquello.

¿Con qué coño se había mezclado Riccardo? Una empresa ficticia de Latinoamérica. Pagos imposibles de seguir por medio de un banco en un paraíso fiscal. El corazón de Dante dio un vuelco, con más esclusas de adrenalina abiertas. El jardinero había visto al Departamento de Policía de Los Ángeles entrar y salir de la casa.

Aquello tenía CIA escrito en todo lo alto.

Parte ocho

Ida

27

IDA MATÓ EL TIEMPO conduciendo de noche, deteniéndose en teléfonos públicos cada media hora para comprobar su servicio de atención de llamadas y ver si Feinberg le había devuelto la suya, esperando que su impresión sobre los lugares de una cárcel tuviera algún resultado. Se había reunido con él en una tienda de comida preparada cercana a la Casa de Cristal a primera hora de aquel día y hecho un resumen de su teoría sobre cómo podrían atrapar al Matarife Nocturno. Él no pareció creérsela hasta que ella mencionó el libro: *Gumbo Ya-Ya*. Y entonces la creyó y había salido corriendo de allí incluso sin terminar la comida para seguir la pista. Ahora todo lo que podía hacer Ida era esperar su llamada.

En cierto momento ella localizó la Richfield Tower a lo lejos, su fachada *art déco* con detalles en negro y dorado para simular los pozos de petróleo que habían supuesto la fortuna de la empresa. Eso le hizo darse cuenta de que conducía en dirección al Bunker Hill. Sin siquiera notarlo, se estaba dirigiendo a su antiguo barrio, donde estuvo su agencia, dominando el centro histórico de Los Ángeles, su parte favorita de la ciudad.

A Ida le entristecía ver que la remodelación de la zona continuaba a toda velocidad. En un barrio en otro tiempo dominado por una hermosa arquitectura de madera —con mansiones Reina Ana, talleres de artesanos, tiendas de comida preparada, farmacias, hoteles, bares—, apenas quedaba nada de eso. Todo estaba siendo suprimido para hacer sitio a la lluvia de acero de los rascacielos. Incluso la propia colina había quedado reducida; enormes excavadoras recortaron noventa metros su altura para que así se pudieran levantar más edificios sobre terreno plano. Aquí y allá se habían despejado solares, pero todavía sin construir nada en ellos, dejando

grandes extensiones de espacio abierto.

El Bunker Hill de los tiempos de Ida había sido un lugar sórdido, sucio, con elevados índices de criminalidad. Un refugio de borrachuzos y malhechores, gente degradada por la pobreza y la locura, damnificada por la enfermedad. Pero también era un sitio que rebosaba vida, donde florecían la comunidad y la historia. Las calles llenas de mendigos y puestos de perritos calientes, marineros y putas, trileros; en los bares había músicos de jazz, y baladas en las máquinas de discos. Fue allí donde se habían rodado mil películas policiacas de las décadas de los cuarenta y cincuenta, un plató de cine viviente. Fue perversamente su exposición como un barrio bajo en aquellas películas lo que le dio a la zona tan mala fama y lo que proporcionó la excusa que necesitaba la Agencia de Remodelación Comunitaria para demolerla. Se habían publicado anuncios de condena y desalojo, y la zona pobre se desplazó a Skid Row y MacArthur Park. Y toda esa historia y comunidad ahora estaban siendo destruidas para llenar los bolsillos de unos cuantos promotores inmobiliarios y políticos corruptos. Justo como estaba siendo destruida Nueva Orleans. Ida tuvo otra vez la triste sensación de que la ciudad se le escapaba, el tiempo se le escapaba.

Anduvo zigzagueando por el barrio, observando lo que todavía quedaba, lo que había desaparecido. Condujo atravesando la boca abierta del túnel de la calle tercera, la Angel Flight Pharmacy, la tienda de comida preparada Nugent y el Grand Hotel. Le apenó comprobar que las grúas ya se habían trasladado a los apartamentos Sunshine.

Un poco más allá había en tiempos una mansión Reina Ana, hogar de un magnate de la navegación o un príncipe de los ferrocarriles desaparecidos hace mucho, y desde entonces convertida en un albergue para indigentes. En los bancos cercanos se sentaban viejos, charlando, dando de comer a las palomas. Ahora los bancos habían desaparecido y la mansión había sido derribada, pero aún no habían retirado los escombros, así que lo único que quedaba era un revoltijo de desechos detrás de la tela metálica de una obra. Aquí y allá los restos de la decoración asomaban entre el polvo: balaustradas

rotas, biombos de madera que los artesanos se habían pasado meses tallando y pintando. Todo destrozado, tirado entre la basura para que las apisonadoras lo aplastasen.

Ida se detuvo en Hill Street y se quedó allí fumando, contemplando los vagones naranja del funicular circulando por las empinadas vías del Angel Flight, subiendo y bajando la colina con el estruendo metálico de torres petrolíferas.

A pesar de la remodelación, todavía andaban por allí unos cuantos de los antiguos residentes del barrio: los vagabundos, los borrachos, las putas, los locos. Ida podría haberse añadido —la detective privada— a esa lista de espectros que flotaban en una ciudad que ya no tenía sitio para ellos, a la deriva, como el Matarife Nocturno.

Un hospital, una cafetería, una lavandería.

El Matarife Nocturno no había elegido esos lugares porque fueran buenos terrenos de caza. Había sido atraído por ellos porque había estado encerrado, le habían hecho daño, vuelto loco. Exactamente igual que a aquellos fantasmas de las calles de Bunker Hill.

Enfermería, comedor, cuarto de la colada.

Ida se puso en el lugar del Matarife Nocturno, vio el mundo con sus ojos, los de una mente fracturada por la psicosis, la esquizofrenia, el delirio o la paranoia. Estaba segura de que había pasado tiempo en una cárcel, o una institución mental, y luego lo habían soltado y había venido a Los Ángeles. Recorría las calles, sin rumbo, como un zombi, aferrado a cualquier mecanismo de imitación a su alcance para mantener bajo control sus traumas. Y entonces se tropezó con un ambiente que le provocó asociaciones negativas, un lugar que le recordó su encierro. Una enfermería, un comedor, un lavadero. De repente esos mecanismos de imitación resultaron abrumadores, experimentó un brote psicótico y ese fue el detonante para matar.

Nada de eso estaba planeado de antemano. Ida se había equivocado por completo. Fue al azar. Alentado por las circunstancias. Lo que encajaba mejor con el modo infantil, descuidado, con que cometió los asesinatos. Volvió a pensar en el primero: Mark McNeal, que trabajaba en el servicio de

urgencias del Hospital General del Condado de Los Ángeles. Imaginó al Matarife Nocturno entrando a trompicones, tomando asiento en la sala de espera. Puede que viera a McNeal poniéndole una inyección a un paciente y eso le trajera a la mente la vieja historia del Hombre de la Aguja de Nueva Orleans. Eso le impulsó, algún vudú mental se apoderó de él. Siguió a McNeal a casa, lo mató acribillándole con algo que parecía una agua hipodérmica, recreando el cuento folclórico allí y entonces. Tratando de encajar el mundo de fantasía de sus delirios con el mundo real que estaba recorriendo, puede que con la creencia errónea de que, conectando los dos, podría reunir las piezas de su mente fracturada y encontrar algún alivio.

—De acuerdo. Pero nosotros ya habíamos sopesado que probablemente fuera un exconvicto —había dicho Feinberg cuando ella resumió su teoría—. Y ha quedado bastante claro desde el principio que es un acto demencial, de modo que ¿adónde nos lleva eso?

Fue entonces cuando ella sacó su ejemplar de *Gumbo Ya-Ya* y lo puso en el mostrador de la cafetería.

—Estr es un compendio del folklore de Luisiana, probablemente el más ampliamente distribuido que exista, porque es una publicación del gobierno. Walter me compró un ejemplar después de verlo en una biblioteca. Todas estas publicaciones oficiales las compraron otras instituciones gubernamentales, como bibliotecas, centros de enseñanza y…

Ella lo miró, enarcando las cejas, esperando que él completara la idea.

—Cárceles —murmuró Feinberg.

—Apuesto a que nuestro Matarife Nocturno estaba en una cárcel o institución mental cuando se encontró con un ejemplar de *Gumbo Ya-Ya* —había dicho Ida—. Lo leyó, se obsesionó con él y lo mezcló mentalmente con su situación como encarcelado. Y luego lo soltaron. Vino a Los Ángeles, anduvo sin rumbo, entró en aquella sala de urgencias y vio a McNeal inyectando a un paciente, y de pronto se encontró de vuelta en la cárcel, leyendo lo del Hombre de la Aguja, viendo a uno delante de sus ojos. Y así es como empezó todo.

Ida lo miró, pues percibía que él empezaba a estar de acuerdo. Le presionó.

—Recorreremos todas las cárceles del estado, todas las instituciones mentales, averiguaremos cuáles cuentan con un ejemplar del libro registrado en su biblioteca. Puede que descubramos qué reclusos los pidieron, cuándo los soltaron, si tienen historias de episodios psicóticos violentos, relaciones con Luisiana. Ahora ya no tenemos que investigar a todos los reclusos de California, reducimos el número, nos concentramos en un pequeño conjunto. —Ida había golpeado el libro contra la barra—. Con esto es como lo encontraremos.

NO FUE HASTA PASADAS LAS DIEZ de la noche cuando recibió un mensaje de Feinberg diciéndole que se verían en un bar del borde de Little Tokyo. Ella sintió desconfianza cuando el operador le dijo la dirección; ¿por qué no se veían en la Casa de Cristal? Condujo hasta allí y sintió más desconfianza cuando vio que era un piano bar, con uno de cola en la esquina, camareros con camisa blanca y pajarita y todo el mundo tomando cócteles.

Se sentó en la barra, pidió un bourbon y trató de no sentirse fuera de lugar. En el piano de cola un tipo blanco de edad madura estaba tocando versiones soporíferas de temas estándar de jazz, salpicadas ocasionalmente con canciones de Navidad. Ida volvió mentalmente a los burdeles de Nueva Orleans, a los pianistas de *ragtime* de las fiestas en las que tocaban para pagar el alquiler en Chicago. Con cuánta exuberancia tocaban sus instrumentos aquellos músicos, cuánta energía, la fuerza con la que lo hacían. Qué descolorido era este jazz en comparación.

Feinberg llegó un cuarto de hora después que ella, con el mismo aspecto de estar fuera de lugar. Tenía una carpeta en la mano una expresión preocupada en la cara. Se sentó en un taburete al lado de Ida.

—¿Quieres decirme por qué has decidido citarte conmigo en un bar donde no entraría ni muerto un policía? —preguntó Ida.

—La respuesta está en la pregunta, Ida. No quiero que nos vea nadie de la Casa de Cristal.

Levantó un dedo hacia el barman, señalando el bourbon de Ida, pidiendo otro.

—Le conté tu teoría de que el *Gumbo Ya-Ya* se relacionaba con una cárcel a Walter, el teniente de mi sección —dijo Feinberg—. No le pareció acertada.

—¿Entonces no seguiste con ella?

—No, sí seguí. Bajo cuerda. Conseguí que un amigo mío me ayudase a llamar a todas las cárceles del estado. Nos llevó toda la tarde y la mayor parte de la noche. Si se entera Walker, estaré jodido, y si se entera de que te he pasado información, estás jodida tú. De ahí la cita en un piano bar de Little Tokyo.

—Gracias —dijo Ida, haciéndose perfectamente cargo del riesgo que él estaba corriendo.

Feinberg asintió. El barman depositó un boubon delante de Feinberg, que se lo bebió y pidió otro. El pianista se lanzó a tocar una versión de «Stardust», llenándola con un diluvio de glissandos.

—Tuvimos que indagar en treinta cárceles. Nos comunicamos con alguien en todas ellas. En once tienen el libro en su biblioteca. Solo en seis de ellas llevan un registro de qué presos sacan prestados los libros. Hicimos una lista de cada uno, cruzándola con la de los presos a los que les habían dado la patada durante los últimos seis meses. Conseguimos doce coincidencias en total.

—¿Y?

Feinberg negó con la cabeza.

—No hubo suerte. Ninguno de ellos tiene relaciones con Luisiana, ninguno de ellos con psicosis, ningún antecedente o *modus operandi* que se acerque al del Matarife Nocturno. Ningún merodeador, ni agresor. ¿Quién está en la cárcel consultando libros sobre folklore, Ida? Eso no es cosa de delincuentes violentos. Toma.

Sacó una hoja de papel de la carpeta que había traído y se la pasó a Ida. Esta la leyó detenidamente: una lista de nombres de presos, direcciones, fechas de puesta en libertad. Direcciones en poder del Departamento de Libertad Vigilada. Con una sensación de fracaso, vio que Feinberg tenía razón. El puñado de reclusos que había leído el libro no había cometido

delitos violentos: robo de vehículos, estafas importantes, incumplimiento de las condiciones de la fianza, fraude, transporte de sustancias prohibidas.

Ida alzó la vista, suspiró.

Feinberg le estaba sonriendo.

—Sin embargo —añadió—, también llamamos a las granjas del estado para chiflados. Resulta que en el Centro Médico de Vacaville tienen un ejemplar en su biblioteca, y llevan un registro riguroso de sus préstamos.

Le tendió otra hoja de papel.

—Es una lista de todos los internos en Vacaville a los que se les prestó el libro durante los últimos seis meses. Hay doce en total. Los delitos van desde cruzar imprudentemente autopistas hasta intoxicación pública e incendio provocado. Pero ninguno de ellos ha seguido un *modus operandi* que se corresponda con el Matarife Nocturno. Aunque uno de ellos tiene relación con Luisiana. —Señaló un nombre de la hoja—. Stephen Gaudet. Uno que se fugó de un orfanato de Vermilion Parish, Luisiana. Parece que se trasladó a California en algún momento del año pasado. Unas cuantas detenciones por las cagadas habituales de un mendigo. Robo en una tienda en junio del año pasado, seis meses de condicional. Luego en octubre del año pasado posesión de una sustancia prohibida. Enviado a la Terminal Island, donde estuvo un mes antes de que lo trasladaran a Vacaville después del «deterioro de su estado mental».

Ida leyó entre líneas. El chico era un vagabundo y un delincuente de poca monta, y lo habían metido en una cárcel sin motivos. De ahí el «deterioro de su estado mental», lo que significa que trató de matarse antes que seguir soportando las duras condiciones carcelarias. Alguien del Departamento Californiano de Corrección afortunadamente había tenido sensatez, y después de un reconocimiento psicológico, a Gaudet lo habían trasladado a Vacaville.

—Ese podría ser —dijo Ida.

Feinberg negó con la cabeza.

—En sus antecedentes no hay agresiones violentas, Ida. Y solo tiene dieciocho años. Uno setenta y tres. Cincuenta y cuatro kilos. No creo que tenga la envergadura suficiente para

dominar a McNeal o a Butterfield. Coño, no le veo ni dominando a Danielle Landry.

Le entregó las últimas hojas de papel: un télex de Vacaville con los mismos detalles que le había contado. Y sujetos a él con un clip, informes de sus avances psicológicos redactados por los médicos del centro.

—¿Hay alguna dirección suya registrada? —preguntó Ida.

—Esa es la otra cuestión. Desapareció. No hay órdenes de arresto, pero hace unos cuantos días su hermana se presentó, procedente de fuera del estado, para denunciar la desaparición de una persona al Departamento del Sheriff.

—¿Tenéis detalles para contactar con ella?

—Están en la carpeta con todo lo demás.

—¿Vas a hablar con ella?

—No, Ida. Ya he empleado la mayor parte de un día en esto. Si continúo siguiendo una línea de investigación no autorizada, Walker se va a enterar y me sancionarán.

—¿Entonces qué vas a hacer?

—Voy a terminar mi bourbon y luego irme a casa.

—Pero…

Él levantó un dedo para callarla y terminó su vaso de un solo trago. Luego se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Las bebidas son cosa tuya —dijo, sin volver la vista.

Ida sonrió solo cuando Feinberg se hubo marchado. Le había dejado la carpeta encima de la barra.

28

Ida se dirigió al motel Wigwam. Lo había visto un millón de veces desde la autopista y siempre se había preguntado qué tipo de persona elegiría alojarse allí. Cuando llegó, vio que de cerca tenía peor aspecto aún que desde lejos.

Condujo un poco más allá calle abajo, hizo girar el coche apagó el motor. Volvió andando hasta el motel y recorrió el patio delantero. Justo al lado del aparcamiento localizó una pequeña cabaña que parecía la recepción del motel, donde un empleado estaba sentado detrás de una mesa de despacho mirando un televisor. Ida lo miró desde lejos y se preguntó si era del tipo de los que aceptan un soborno. Había llamado al motel antes de dirigirse a él para preguntar si podía hablar con Kerry Gaudet, pero cuando el recepcionista pasó la llamada a la cabina de Gaudet, no respondió nadie, lo que proporcionó una oportunidad a Ida. Se dirigió a un teléfono público del otro lado de la calle y volvió a llamar al motel.

—Motel Wigwam —dijo una voz huraña al otro lado.

Ida oyó un televisor al fondo y supuso que era el hombre que había visto en la recepción.

—Oiga, señor. Estoy buscando a Kerry Gaudet. Está alojada en el motel. Llamé antes pero no estaba. ¿No me podría proporcionar el número de su cabina, por favor?

—No proporcionamos los números de las cabinas.

—Bien, ¿entonces podría ponerme con su habitación? A lo mejor ha vuelto desde mi última llamada.

—Espere un segundo.

Ida oyó un click y luego le pusieron con la habitación de Kerry y el teléfono volvió a sonar sin que nadie lo descolgara. Ida colocó el auricular en el borde de la cabina telefónica, depositándolo con cuidado para que no se cayera. Luego cruzó hasta el motel y anduvo entre las sombras del aparcamiento

para que no la pudiera ver el recepcionista.

Cuando llegó a las cabinas, se detuvo a escuchar y pudo oír el sonido sordo de un teléfono cuyo sonido se imponía al ruido de los coches. Siguió los timbrazos hasta el extremo y llegó a la cabina 14. Miró alrededor, comprobando los ángulos de visión. La cabina estaba bastante apartada. Se arrodilló e inspeccionó la cerradura. Una barata típica de un motel de poca categoría. Sacó un par de horquillas para el pelo del bolso, dobló una en forma de llave de torsión, la otra en forma de pincho. Introdujo las dos en la cerradura e hizo girar el pincho para apreciar cómo eran los muelles y sujeciones de la cerradura. Hizo presión en la llave, removió el pincho a un lado y a otro, ajustando la fuerza, calculando las sujeciones. Consiguió alcanzarlas al quinto intento, momento en que giró la mano y la puerta se abrió con un clic gratificante.

Debía de haber actuado más deprisa de lo que pensaba, porque cuando entró el teléfono todavía continuaba sonando. Levantó el auricular y lo volvió a colgar, impidiendo que el aparato sonase. Encendió un flexo y una débil penumbra iluminó el espacio.

Miró alrededor y luego registró rápidamente la habitación. No había muchas cosas. Una bolsa del ejército y unas cuantas prendas de ropa, entre ellas un uniforme de faena para la jungla. Había documentos de Hertz que demostraban que Gaudet había alquilado un Oldsmobile Cutlass en el aeropuerto de Los Ángeles la misma noche que habían atacado a Audrey Lloyd en el motel La Playa. Ida tomó nota de los datos del coche. En una bolsa de lona metida en el conducto de ventilación encontró un fusil Ithaca de los de la policía con el número de serie borrado, una caja de cartuchos y otra de balas. Ida lo devolvió todo al conducto de ventilación. Se detuvo en el tocador, donde había una foto sujeta en el espejo. Dos niños de pie en un exterior polvoriento, vestidos uno de vaquero y la otra de india, una encina con frascos de medicinas colgados al fondo. Ida supuso que eran Gaudet y su hermano en los viejos buenos tiempos.

Salió de la habitación, volvió a su coche y esperó. Para matar el tiempo, leyó los informes psicológicos de Stephen

Gaudet redactados en Vacaville.

> *Test utilizados: Inventario Multifásico de Personalidad de Minnesota, el Rorschach, el de Apercepción Temática, el Grassi de Atención Sostenida, el Individual y de Grupo de Zulliger.*

Los test se hacían repetidamente, de modo cíclico, en el curso de unos cuantos meses. Determinaban la llegada de Stephen Gaudet, su deterioro psicológico, su recuperación y su puesta en libertad. Ida los ojeó por encima, luego volvió al comienzo y los leyó con mayor detalle:

> *Test Individual y de Grupo de Zullinger; fecha de realización, 14-11-1966. Observaciones iniciales: sujeto ansioso, cauto, cohibido, tímido. Inteligencia superior. Afectividad es adaptable parcialmente. Cualidades introvertidas; que presionan persistentemente hacia la realización. El sujeto ha experimentado desatención y decepción por parte de otras personas: primero, la madre abandonó la familia; luego el suicidio del padre; finalmente, la decisión de su hermana de alistarse en el ejército. Esta conmoción le ha llevado a rechazar el establecimiento de relaciones intensas. El sujeto encuentra amigos fácilmente, pero los abandona con la misma facilidad. La incapacidad para establar amistades profundas y duraderas tiene como resultado una profunda soledad y sensación de aislamiento social.*

Conforme iba leyendo, Ida alzaba la vista esporádicamente para vigilar el aparcamiento y ver si había vuelto el Oldsmobile Cutlass. Hacia la medianoche aún no había signos de él.

> *Test de Apercepción Temática; fecha de realización, 12-12-1966. El sujeto continúa deteriorado. Los mecanismos de defensa y afrontamiento sigen fracasando a la hora de controlar las manifestaciones psicóticas subyacentes. La visión del mundo se vuelve notablemente más pesimista y depresiva, expresada en un lenguaje crecientemente burlón y sardónico.*
>
> *Previamente apreciada desconfianza de autoridad e institución, relacionada con impactantes experiencias durante época de crecimiento del sujeto en orfanatos (maltrato físico y*

social, posiblemente abuso sexual), continúa interfiriendo en la capacidad del sujeto para mediar con la realidad y superar su situación. Desconfianza de autoridad muestra signos de mutación en resentimiento y enfado, con posibilidad de violencia. Segregación de la población principal del centro debía ser considerada.

Ida continuó leyendo, preguntándose si aquello era una valoración psiquiátrica del Matarife Nocturno. Intentó imaginar al joven que describían estos informes, intentó encajar aquella imagen con la foto que había visto en la cabina de la hermana de Gaudet: el joven vestido de vaquero de pie en el polvo de Luisiana, con el brazo de su hermana por encima del hombro.

Test de Rorschach; fecha de realización, 09-01-1967. Sujeto se queja de ansiedad, pánico, indefensión, desesperanza, miedo a la muerte, falta de motivación. Aunque mostró cierto interés por el test, las respuestas fueron malhumoradas y hoscas. Cuando habló con cierta extensión, fue para dudar del motivo del test. Cuando se le presionó, su obstinación se convirtió en agresión. Test frustrado.

Ida terminó los informes y los puso en el asiento del acompañante, sintiendo una profunda tristeza. Las palabras formaban una secuencia en la oscuridad de su mente – *inteligencia superior – abandono – profunda soledad – mecanismos de superación continúan fallando – síndromes psicóticos subyacentes – posibilidad de violencia.*

Imaginó a un niño fugándose de un orfanato de Luisiana, trasladándose a Los Ángeles, involucrándose en pequeños robos y drogas, padeciendo una condena de cárcel e ingresando en una institución mental del estado mientras se fragmentaba su estado psicológico. Lo imaginó sacando un libro de la biblioteca del centro médico y descubriendo los relatos folklóricos de su estado natal, encontrando una especie de entretenimiento con su macabro contenido, su vudú. Lo imaginó saliendo del centro médico mental, volviendo a Los Ángeles, solo, sin ataduras, su psicosis amoldándose en torno a los relatos folklóricos. Luisiana y Los Ángeles mezclándose en

su mente, justo como le sucedía a Ida. Esta lo imaginó acechando las calles de noche, terminando en la sala de urgencias del hospital, viendo a McNeal, siguiéndole a casa, asesinándole. Más a la deriva, más acechos, más asesinatos.

Parecía plausible. Parecía real. Si Gaudet era el Matarife Nocturno, entonces todavía estaba en libertad, solo, dispuesto a ponerse en acción en cualquier momento por una azarosa interacción que relacionaba mentalmente el *Gumbo Ya-Ya,* su encierro y algún otro trauma desconocido de su pasado.

Y sin embargo, Ida no conseguía hacer encajar la psicohistoria que había trazado y relacionarla con los otros aspectos que emergían del caso: vínculos con Audrey Lloyd, con la Mafia, con el Departamento de Policía de Los Ángeles. ¿Cómo se articulaba eso con el pobre y solitario Stephen Gaudet? El Matarife Nocturno daba la sensación de ser un solitario, lo que coincidía con Gaudet, pero no con la conspiración más amplia, si había alguna.

Ida suspiró, encendió un cigarrillo. Puso la radio y sintonizó una emisora nocturna donde sonaba una interpretación de Miles Davis. Una evocadora trompeta y un piano desolado; las notas se enlazaban con la melancolía más estilizada. Examinó la vacía y descuidada calle, las tiendas cerradas, la autopista, la luz de luna que iluminaba, el coche que pasaba ocasionalmente por los cruces lejanos.

A pesar de su fama como ciudad soleada, era en estas horas oscuras cuando Los Ángeles se revelaba de verdad, mucho después de que las casas de las afueras hubieran bajado sus persianas para defenderse del sol, después de que la marea de luces se hubiera agrupado en las llanuras al anochecer, después de que las garcetas y martinetes se hubieran instalado en los humedales de Ballona. Era cuando la circulación se había reducido y en los cruces ya no había hemorragias de luces de frenos, cuando los rótulos luminosos de los cines parpadeaban y los coyotes merodeaban por los callejones, cuando coches solitarios deambulaban por las calles oscuras de las colinas, cuando de las piscinas calientes emanaba un vapor silencioso en la noche. Era entonces cuando se conocía Los Ángeles. Si se sabía cómo mirar.

HACIA LAS DOS AÚN NO ESTABA el Cutlass, de modo que Ida se fue a casa y durmió un poco. Soñó con cielos sin estrellas, navajas destellando, casas en las cajas de camiones circulando a la luz de la luna. Ella estaba de pie en una colina viendo construir la ampliación de una autopista, su parte más elevada desplegándose en el horizonte, señalándola entre la oscuridad, acusándola de algo.

Despertó aterrada, el corazón acelerado, y miró a su alrededor. Pero su habitación estaba vacía, silenciosa, oscura. Miró la hora en el reloj de la mesilla. Todavía faltaba otro par de horas para el amanecer. Se volvió a tumbar, cerró los ojos, pero no pudo dormir. Sus pensamientos fueron a la deriva, aterrizaron en Faron, como siempre sucedía en momentos como aquel. Se preguntó si aún andaría por ahí fuera. Al acecho. Asesinando. ¿A cuántos habría matado desde que ella fracasó al atraparle hacía ya tantos años? ¿Dónde estaba ahora? ¿En los desfiladeros y callejones de Los Ángeles, moviéndose con su oscuro latido? O puede que en Vietnam, donde en aquellos tiempos estaba la muerte. O en alguna de esas revoluciones de Latinoamérica.

Después de su enfrentamiento en Nueva York, Ida había hecho alguna excavación, tratando de desenterrar cada fragmento de información que podía encontrar sobre él. Pero la mayoría de la gente con la que habló le dijo que él solo era un rumor, un mito, un fantasma. Nadie sabía de dónde era. Algunas historias contaban que era hijo de un predicador; otras, que era huérfano, que había pasado bebidas alcohólicas por los Apalaches durante la Ley Seca, que era un asesino a sueldo. La primera vez que había señales de verdad de él fue durante la Gran Depresión, cuando trabajaba para el crimen organizado, viajando por la Costa Este y matando a hombres por dinero y a mujeres por placer. Seguía un esquema fijo. Llegaba a una ciudad por un trabajo, se instalaba provisionalmente en una zona industrial o en ruinas, un sitio donde pudiera entrar o salir sin ser visto, un sitio que estuviera vacío de noche para que nadie oyese los gritos. Cualquier zona donde hubiera pobreza, violencia y delitos. Trabajaba según contrato, dejando sus otros deseos al margen. Pero siempre se

pasaba, hacía algo demasiado violento, demasiado repugnante incluso para los mafiosos que le contrataban, de modo que se trasladaba a la siguiente ciudad, hacía el trabajo siguiente, mataba a la víctima siguiente.

Así fue como Ida dio con él en los años cuarenta, y luego se trasladó de nuevo, desapareció, y a ella le quedó un miedo profundo e intermitente. A veces este resurgía al azar, como recordando sin motivo algo triste hace tiempo olvidado. A veces tenía un catalizador evidente: una noticia sobre una mujer acuchillada, una prostituta asesinada. Con mayor frecuencia, sin embargo, eso sucedía en momentos tranquilos como aquel, momentos iluminados por la luna, en silencios enriquecidos con tiempo.

POR LA MAÑANA IDA REGRESÓ al motel. Un poco después de las ocho un Cutlass con la ventanilla del lado del acompañante rota entró en el aparcamiento. Ida esperó quince minutos, luego se apeó del coche y cruzó hasta la cabina 14. Llamó con el puño en la puerta. No hubo respuesta. Probó otra vez, y siguió llamando hasta que oyó a alguien moviéndose dentro de la cabina. Unos segundos después la puerta se abrió y quedó a la vista una joven blanca con vaqueros y una camiseta verde oliva. Tenía el pelo castaño mojado por la ducha, cicatrices de quemaduras de aspecto reciente en un lado de la cara. La angustia asomaba en sus ojos, y a Ida le dio la sensación de que estaba mirando a alguien que acababa de pasar por un acontecimiento traumático. Le apeteció preguntarle si se encontraba bien. En lugar de eso, le preguntó su nombre.

—¿Kerry Gaudet?

—¿Quién lo quiere saber? —replicó Kerry con un acento de Luisiana que a Ida le recordó su propio origen.

—Me llamo Ida Young. Soy investigadora privada. Me gustaría saber si podríamos hablar.

—¿De qué?

—De su hermano desaparecido.

Kerry frunció el ceño. Ida le examinó la cara una vez más pensando en el fusil que había encontrado en su cabina, el uniforme de faena de la jungla, la foto de los dos niños. Intentó

que concordara todo eso con la mujer que tenía de pie ante ella.

—¿Sabe dónde está mi hermano? —preguntó Kerry. La voz revelaba una esperanza que sorprendió a Ida.

—No, pero me gustaría encontrarlo.

—¿Por qué?

—Es una larga historia, pero me encantaría contársela.

Kerry la miró con desconfianza una vez más.

—¿Tiene carné que lo demuestre o algo?

Ida sacó una fotocopia de su carné de investigadora del bolsillo y se lo pasó. Kerry lo examinó. Ida se fijó en la buena constitución que tenía. Los músculos firmes de sus brazos, la delgadez de su torso.

—Esto lleva dos años caducado —dijo Kerry, alzando la vista hacia Ida.

—Llevo dos años jubilada.

—¿Y abandona su jubilacióon para venir a hablar de mi hermano?

—Algo así.

Kerry se quedó mirándola. Le devolvió la identificación.

—Entonces supongo que será mejor que entre.

Como se echó a un lado para dejar que pasara Ida, quedó expuesta a la luz del sol, permitiendo que Ida la viera con mayor claridad. Tuvo nuevamente la sensación de que la chica estaba angustiada. Había una hinchazón alrededor de sus ojos, y su aspecto dejaba traslucir las cenizas de un miedo reciente. Ida estaba segura de que le había pasado algo terrible, algo estremecedor. ¿Quizá había descubierto ya que su hermano era el Matarife Nocturno? ¿Había tenido un roce con la muerte? ¿Qué podía haber traumatizado tanto a esa chica en los tres días que llevaba en Los Ángeles?

Parte nueve

Kerry

29

Tres días antes

KERRY DESPERTÓ CON ESPASMOS en el cuello y un dolor de cabeza que le martilleaba el cráneo. Tardó unos momentos en recordar dónde estaba. Un sórdido motel bajo una autopista de Los Ángeles. La tarde anterior volvió a su mente en fogonazos alucinatorios: llegada en avión, recogida de armas y analgésicos del armero, trayecto hasta Sunset Strip, conversación con el recepcionista de la pensión. Recordó lo que este le dijo sobre su hermano, que se había fugado de la pensión después de acumular grandes deudas, que quizá se había dedicado a la prostitución para conseguir comida. Kerry sintió la misma perturbación que había experimentado en el club. La misma tristeza.

Se levantó y tomó una aspirina para calmar los efectos de la cerveza de la noche anterior. Cuando la aspirina le aplacó el dolor de cabeza, se duchó y puso en orden sus planes para el día.

LA OFICINA DEL SHERIFF DE WEST Hollywood estaba en San Vicente Boulevard, no lejos de la pensión de Stevie. Al ayudante del sheriff que tomó nota de la denuncia de una persona desaparecida que presentó Kerry pareció aburrirle su trabajo ya que bostezaba y la miraba por encima del hombro cuando ella daba los detalles de Stevie.

—¿Debo poner *señorita* Gaudet o *señora Gaudet?* —preguntó, bostezando una vez más, sin siquiera molestarse en taparse la boca.

—Ponga *teniente* Kerry Gaudet, Escuadrón de Evacuación Aeromédica Novecientos Tres, Fuerza Aérea de Estados Unidos.

El ayudante del sheriff pareció desconcertado. Kerry sonrió. Él asintió, escribiendo algo en el formulario.

—¿Y su dirección?

—Estoy destinada en la base aérea de Cam Ranh Bay, provincia de Hòa, Vietnam. ¿Quiere que se lo deletree?

El ayudante del sheriff pareció nuevamente perplejo. Kerry volvió a sonreír.

—¿Y ha hecho el viaje desde Vietnam? —preguntó—. ¿Por qué no se limitó a llamar?

—Se me dijo que no era posible.

Él iba a decir algo, quizá que *era* posible, pero lo pensó mejor.

—¿Tiene una dirección en Los Ángeles? —preguntó.

Kerry le dio los datos del motel. Él asintió, rellenando los últimos apartados del formulario.

—Bien, ¿hay algo más que le gustaría añadir? —preguntó.

Kerry consideró contarle el contenido de la carta de Stevie.

«Estoy con algo, Kerry. Importante de verdad. Tiene que ver con Luisiana y muchas más cosas. Tantas que no lo creerías. Si no vuelves a saber de mí, significa que me han atrapado.»

—No, nada que añadir —contestó ella.

—Bien. Esto pasará a la Unidad de Personas Desaparecidas. Se pondrán en contacto con usted si hay alguna noticia.

Asintió, un gesto que le indicaba que se retirase, que decía que se fuera.

—¿Es eso todo? —preguntó Kerry.

—¿Quiere usted algo más?

—Puede que hablar con un inspector. Enterarme de lo que van a hacer.

El ayudante del sheriff suspiró.

—Los inspectores están ocupados con sus casos actuales. Aquí hay montones de chicos perdidos. West Hollywood es una zona realmente conflictiva. Si quiere, pongo una nota en la denuncia para que el inspector al que se le asigne el caso la llame.

—Haga el favor.

Él escribió algo en la parte de arriba del formulario y luego los dos se levantaron. Cuando Kerry se dio la vuelta para salir,

vio que el ayudante del sheriff ponía su denuncia sobre un motón de denuncias similares de medio metro de altura.

DIEZ MINUTOS DESPUÉS ELLA ESTABA de vuelta en la pensión, que con la luz del día parecía en cierto modo más cutre. Esta vez detrás de la mesa de recepción había una mujer de edad madura con un vestido de Peck & Peck. Kerry le preguntó por Tom Annandale, el chico que el recepcionista de noche le había dicho que era amigo de Stevie.

—No sé dónde está. Pero puede esperar aquí hasta que venga.

Kerry se sentó en la misma hilera de sillas en que estuvo sentada la noche anterior. Se sentía atontada y medio dormida. Puede que por el desfase horario, puede que por las pastillas de Dilaudid que había comprado al de las armas, puede que simplemente por una debilidad generalizada debida a sus heridas. Sacó el envase de Dilaudid del bolsillo, leyó las advertencias de detrás. «Puede producir mareos y severa somnolencia.» Suspiró, cerró los ojos y se adormiló a ratos.

Al cabo de unos cuarenta minutos entró un joven que salía de la puerta que llevaba a los dormitorios.

—Tom, tienes visita —dijo la recepcionista, señalando a Kerry.

Tom se volvió y la miró con ojos entrecerrados y somnolientos, como si acabara de despertar. Era alto y delgado, con largo pelo rubio y una palidez mortuoria, lo que era todo un logro considerando el clima. Llevaba pantalones vaqueros y una camiseta Henley de manga larga, lucía un collar de cuentas y manifestaba una ansiedad que sugería que los problemas no le resultaban desconocidos.

—Hola. Me llamo Kerry Gaudet —dijo Kerry, levantándose.

Era evidente que el nombre no le decía nada a Tom.

—Soy hermana de Stevie.

—Oh —dijo él, despertando del todo.

—Quería hablar contigo. ¿Qué tal si te invito a desayunar?

FUERON A UN LOCAL MANZANA ABAJO que se llamaba Heladería

Polar Bear. Estaba iluminado de modo deslumbrante y pintado de color azul lunar, con carpintería de aluminio y un mostrador de cristal lleno de helados de un millón de colores diferentes. Había chicos con pinta de fugados por todas partes, luces de neón, una radio en la que atronaba música de rock, una pila de periódicos encima del mostrador con titulares del Matarife Nocturno dispersos sobre ellos.

Se sentaron en una mesa con asientos de cuero falso. El del mostrador se acercó.

—¿Qué os traigo? —preguntó. Era viejo y estaba encorvado, y no podía parecer más fuera de lugar entre la clientela de adolescentes.

—Yo tomaré un helado de fresa y una naranjada —dijo Tom.

Kerry le miró.

—¿Es lo que desayunas? —preguntó.

Tom se encogió de hombros.

—Yo solo tomaré un café —dijo ella, esperando que la cafeína pudiera despejar su atontamiento.

El que los atendía asintió y se marchó. Kerry examinó a Tom. Con los colores azúcar de algodón de los neones de la heladería Kerry podía ver con mayor claridad lo pálida que era su piel, casi traslúcida.

—Stevie dijo que estabas en Vietnam —comentó Tom, encendiendo un cigarrillo.

Kerry asintió, agradablemente sorprendida al oír que Stevie había hablado de ella.

—¿Es donde te hicieron eso? —preguntó él, señalando las marcas de quemaduras que presentaba Kerry en un lado de la cara.

Kerry volvió a asentir. Tenía que acostumbrarse a aquello. Los médicos del hospital de la base aérea Clark habían dicho que las marcas se notarían menos con el tiempo, pero no demasiado.

—He hecho este largo viaje para encontrar a Stevie —dijo Kerry—. ¿Sabes tú dónde está?

Tom hizo un gesto que expresaba mitad desdén, mitad miedo.

—No lo sé. No lo he visto desde que se marchó de la pensión.

—El recepcionista con el que hablé ayer por la noche dijo que se fue dejando mucho a deber.

—Algo así.

—¿Sabes adónde se fue?

Tom permaneció callado.

Justo entonces volvió el camarero, que puso una taza de café sobre la mesa y la llenó. A Tom pareció alegrarle la interrupción. Kerry esperó a que el hombre se fuera.

—Tom, ¿sabes adónde se fue?

—No. —Tom pareció inseguro, mintiendo claramente.

Kerry lo miró, preguntándose cómo conseguiría que hablase. Si le presionaba, podría cerrar la boca. Si aflojaba, podría aferrarse a sus mentiras. ¿Qué otras tácticas podría usar?

—Por favor —dijo—. He viajado desde la otra parte del mundo. Acabo de estar en la oficina del sheriff, rellenando una denuncia de desaparición. Y no pudieron mostrarse menos interesados.

—Son maderos. —Él se encogió de hombros—. ¿Qué esperabas? ¿Crees que van a tener tiempo de buscar a Stevie cundo están tan ocupados jodiéndonos a nosotros? Nos echan del Strip, prohíben nuestras reuniones pacíficas en el parque Griffith. Ven a un chico vendiendo ejemplares del *L.A. Free Press* y se los quitan y lo trasladan a la Casa de Cristal, la pocilga de la policía en el centro de la ciudad. ¿Crees de verdad que tienen tiempo para hacer cualquier trabajo propio de la policía?

Se encogió de hombros, se volvió para mirar por la ventana, dio una calada a su cigarrillo. Kerry tuvo la sensación por primera vez de que su indiferencia era puro teatro.

—Tom, la cuestión es que si la policía no está interesada, entonces tú eres la única persona de toda esta ciudad que me puede ayudar a localizar a Stevie. Es mi hermano pequeño, mi único pariente. Necesito encontrarlo. Por favor. No tengo mucho tiempo. Estoy de permiso solo una semana y ya he perdido el primer día haciendo el viaje hasta aquí.

Él apartó la vista de la ventana para mirarla fijamente.

—Stevie dijo que tú le abandonaste.

Karry se quedó sin aliento.

—Me lo contó todo sobre eso —continuó Tom—. Que os criasteis los dos en un orfanato y que cuando cumpliste dieciocho años le dejaste para alistarte en el ejército. ¿Y ahora lo estás buscando? ¿Qué pasa? ¿Tienes mala conciencia?

Sonrió mirándola, disfrutando de su resentimiento.

Justo entonces el camarero regresó con lo pedido por Tom. Este le dio las gracias muy alegre, luego metió la cucharilla en su helado de fresa, la llenó y, sin apartar la vista de Kerry, se la metió en la boca, cerró los labios en torno al cubierto, y la fue sacando lentamente, con el metal totalmente vacío.

Kerry notó que le dominaba una rabia intensa, pero sabía que necesitaba conservar la calma, contener el rugido de la sangre en su cabeza, mantener a Tom de su parte. Puede que estuviera indignada porque la explicación de Tom fuera tan inexacta, o puede que porque fuera cierta, ya que daba sentido a aquellas frases de la carta de Stevie.

«Te escribo para decirte que te quiero, hermana. Y que perdono lo que hiciste.»

Kerry reconsideró su plan de ataque.

—Estás completamente equivocado, Tom. Yo no lo abandoné. Te echan del orfanato cuando cumples dieciocho años. Soy cinco años mayor que Stevie, así que hicimos un trato. Me alistaría en la Fuerza Aérea para así conseguir el título de enfermera. Él se quedaría en el orfanato. Cuando él cumpliera dieciocho años, yo volvía y nos íbamos juntos a California. Para iniciar una nueva vida. Juntos. Pero él no me esperó. Se marchó mientras yo estaba desplegada. ¿Ves? Estás completamente equivocado. Yo no lo abandoné. *Él* huyó de mí.

Kerry miró a Tom, examinando su cara en busca de un signo que indicara que sus palabras le hacían cambiar. Pero en su cara no había ninguna expresión, ni siquiera crispación.

—Demuéstralo —dijo.

La carta de Stevie. Se la sacó del bolsillo, la deslizó por encima de la mesa.

—Stevie me mandó eso en noviembre. No la recibí hasta diciembre porque me habían evacuado a la sala de

recuperación del hospital de la base aérea Clark, en las Filipinas. Aún debería estar allí recuperándome. Pero a la primera oportunidad que tuve, cogí un avión hasta aquí. Puede que él pensara que lo abandoné. Pero habíamos hecho un trato. En cualquier caso, estoy aquí para arreglar las cosas.

Tom leyó la carta, frunció el ceño, la volvió a deslizar sobre la mesa y suspiró.

—Stevie dejó la pensión para instalarse con alguien —dijo —. Un tipo que conoció.

Kerry recordó lo que el recepcionista había dicho acerca de que Tom follaba por dinero, y puede que Stevie también.

—¿Te refieres a un amigo? —preguntó—. ¿Un cliente? — dijo esto con toda naturalidad, para demostrar que no le sorprendería que fuera así.

Tom sonrió con suficiencia, negando con la cabeza. Cogió más helado de su copa e hizo lo mismo que antes, mirándola y chupando la cucharilla para vaciarla.

—Stevie no se dedicaba a eso —dijo—. Le gustan las chicas. Y siempre puso mala cara al puterío. ¿Cuánto sabes de él?

Kerry sintió un inmenso alivio porque Stevie no hubiera terminado como Tom, aunque lo atemperó la sugerencia de que no conocía de verdad a su hermano.

—Ese tipo… —apuntó.

—Yo no sé qué acuerdo tenían. Nunca lo pude entender.

—¿Quién era el tipo, Tom?

—Era un federal.

—¿Un federal? ¿Te refieres a un agente del FBI?

Tom asintió.

Una docena de preguntas diferentes se dispararon dentro de la cabeza de Kerry, una barrera que la hizo tropezar.

—¿Cómo conoció Stevie a un federal? —preguntó.

—No lo sé. Creo que fue algo que tenía ver con Vacaville.

—¿Qué es Vacaville?

—¿No lo sabes? —Tom frunció el ceño—. Es el loquero del estado. Stevie estuvo ingresado allí durante, más o menos, seis meses a comienzos de este año.

A Kerry se le revolvió el estómago. Sus temores sobre el estado mental de Stevie se reafirmaron con una intensidad

deprimente. Y entonces se dio cuenta de algo más: todos aquellos meses en que no había sabido de él… ¿fue porque estaba encerrado?

—¿Qué pasó? —preguntó.

—En octubre del año pasado nos detuvieron a los dos en una redada en un bar. Stevie llevaba STP encima, algo de costo. Lo mandaron a la cárcel de la isla Terminal y mientras estaba allí trató de matarse. Después de eso lo trasladaron a Vacaville. Aquello es mucho mejor, coño. Lo soltaron en junio, creo, y volvió a la pensión. Empezamos a andar por ahí juntos otra vez, pero, bueno… —Tom movió la cabeza a los lados—. Él ya no era el mismo después de salir. Mentalmente, ya sabes. Algo le pasó mientras estuvo ingresado. Pero nunca quiso hablar de ello.

Kerry se tragó una amarga tristeza ante la idea de que Stevie se intentara matar. ¿Cuánto dolor había soportado? ¿Por qué no recurrió a ella? Hizo todo lo posible por dejar sus sentimientos de lado, centrándose en conseguir lo que necesitaba de Tom.

—¿Y cómo interviene el federal en esto? —preguntó.

—Stevie contó que el federal se puso en contacto con él cuando salió de Vacaville y le dijo que necesitaba su ayuda para un caso, que tenían cosas que hacer juntos. No sé cuáles. Stevie se largó de la pensión y nunca lo he vuelto a ver.

—¿Qué sabes del federal? ¿Cómo se llama? ¿Dónde vive?

—Stevie nunca me dijo su nombre. Pero vive en el valle. En Sherman Oaks. Bonita parte de la ciudad.

—¿Sabes exactamente dónde?

—Más o menos. Stevie me llevó allí una vez, cuando el federal estaba fuera. Una casa rosa gigantesca. Parecía que la habían metido en una cuba de Pepto-Bismol.

—¿Crees que la podrías recordar si vamos hasta allí en coche?

—Claro, pero Sherman Oaks es bastante grande. Y yo cobro por horas.

30

SHERMAN OAKS ERA UNA de esas zonas residenciales impecables de Los Ángeles que Kerry había visto en fotos de artículos de revistas. Calles anchas y con vegetación y una sucesión de casas dispares que pasaban rápidamente a cada lado del coche: haciendas españolas, casas de campo inglesas, palacetes franceses, villas italianas, chalés suizos. Cada una revestida de estuco y pintada con colores de guardería: verde pistacho, amarillo limón, rosa de helado, igual que tartas de boda pasando sobre una cinta transportadora.

—Esto es una Disneylandia que nunca se termina —dijo Tom.

Iba sentado en el asiento del acompañante del Cutlass, fumaba y contemplaba el decorado que iban dejando atrás con desdén y aquella misma insoportable indiferencia.

La broma sobre Disneylandia trajo el eco de un sentimiento que Kerry también había percibido en aquellos mismos artículos de revistas: las zonas residenciales de California eran como un tipo de abandono, un nihilismo. La gente se trasladaba a barrios de aquel tipo para aislarse, para dar la espalda a los problemas del mundo. Todo era tan impecable que mentalmente te permitía ignorar que justo una manzana de casas más abajo había pobreza, odio racial, contaminación, se construían misiles en tu propio patio trasero. Irónico entonces que sus habitantes despreciaran a los *hippies,* que eran más honrados en su abandono de cuanto sucedía a su alrededor.

—¿Tú eres de por aquí? —preguntó Kerry.

—No. De Sacramento. ¿Has estado?

—No.

—No te preocupes. Ni siquiera el gobernador pasa nada de tiempo allí.

Él la sonrió y volvió a mirar las casas por las que iban pasando. Kerry se preguntó si el barrio de Sacramento del que había huido él —porque estaba segura de que Tom había huido — era como aquello: agobiante, residencial, vacío, un sitio que intentas dejar atrás pero no puedes porque era el trampolín de cualquier rebelión que viniera después.

Siguieron serpenteando erráticamente por la zona. A Kerry le habría gustado que Tom sujetara el plano mientras circulaban, hiciera las cosas sistemáticamente, se orientara en la zona. Pero Tom se había quejado, insistió en que «improvisarían», lo que llevó a Kerry a preguntarse si eso era un modo de alargar su precio por horas.

Se detuvieron en un semáforo en rojo, y un sonido de música pop le llegó flotando desde el camino de entrada a una casa donde un grupo de adolescentes estaba reunido alrededor de un coche tuneado, su carrocería pintada con llamas, su motor sobresaliendo del capó. Lo habían levantado con un gato, y dos chicos trabajaban en él mientras sus amigos holgazaneaban, fumaban, tomaban coca-cola.

Kerry se volvió hacia Tom y vio que miraba a los jóvenes con una mezcla de indiferencia y envidia. Un par de ellos los vieron mirando y fruncieron el ceño. Intercambiaron codazos, con sus pechos hinchados de testosterona adolescente.

—¿Qué coño estás mirando, *hippie* maricón? —gritó uno de ellos.

Tom apartó la vista y ellos se echaron a reír.

La luz del semáforo cambió y Kerry se alejó.

Cuando doblaron el cruce, se volvió de nuevo hacia Tom. Tenía la vista fija en la alfombrilla del coche y temblaba: el mundo que quedaba fuera del coche ya no era un lugar seguro para descansar la mirada. Kerry se preguntó si serían ese tipo de cosas las que le hicieron huir de Sacramento. Aquella gente, aquellas calles, aquellas casas impecables que destilaban una imagen perfecta del odio.

—Son unos mamones —dijo Kerry—. Olvídalo.

—Mamones como esos no dejan de meterse con nosotros, va a haber una guerra —dijo él, sacudiendo la cabeza.

—¿Una guerra?

—Una revolución. Una revuelta. Llámalo como quieras. La mierda está cayendo, tía. ¿No lo notas en al aire?

—He estado al otro lado del mar.

—Ya, claro —dijo él, recordando que ella era militar—. Pero ya te digo. Todo esto va a arder.

Habló con una convicción amarga, con un tono arrogante pero que sonaba a falso. Su perorata apocalíptica llegaba demasiado tarde e iba dirigida a la persona equivocada. Simplemente se sentía herido y trataba de disimularlo.

—¿Ves esos asesinatos del Matarife Nocturno? —continuó —. Solo son el comienzo.

—¿Qué tiene que ver el Matarife Nocturno con eso?

—Es un símbolo. De la hecatombe. De cómo van las cosas. Del baño de sangre que se avecina. Y él solo es el principio.

Tom movió la cabeza a los lados y los dos quedaron en silencio y continuaron circulando. Cuanto más recorrían la zona, más le inspiraba esta a Kerry un miedo color pastel: en especial después del encuentro con los chicos y la visión de Tom del colapso social. Trató de imaginar a Stevie pasando el tiempo con Tom, viviendo en Sherman Oaks, pero no pudo. Si a ella le asustaba la zona, y al chico sentado a su lado, seguramente a Stevie también, ¿no?

—Era por aquí cerca —dijo Tom, como sin venir a cuento—. Vete despacio.

—¿Estás seguro? —preguntó Kerry. Ya habían pasado por aquella carretera dos veces.

—Es esa —dijo él, señalando una casa en la esquina.

La descripción de Tom en la heladería había sido exacta: era una casa grande pintada de color rosa como un flamenco. Kerry se detuvo en el bordillo y apagó el motor, inspeccionando la casa desde más cerca. El camino de entrada estaba vacío, el césped sin cortar, había un montón de periódicos en el porche. Todo eso sugería que hacía tiempo que no vivía nadie en ella.

—¿Estás seguro de que es esta? —preguntó.

—Sí, es esta. Si no me crees, puedes comprobarlo. Cuando vine aquí la última vez el federal dejó las llaves debajo de uno de los tiestos de ahí.

Señaló una hilera de tiestos de cerámica que se extendía por el porche, detrás de una fila de jacarandas.

—¿En cuál? —preguntó Kerry.

—¿Cómo me voy a acordar de cuál?

Tom la fulminó con la mirada. Ella la ignoró y comprobó la calle. No se movía nada, y sin embargo tuvo la sensación de que les estaba mirando alguien.

Se bajó del Cutlass, llevando las llaves por si acaso todo era una treta de Tom para robarle el coche. Se dirigió a la casa y miró debajo de los tiestos. Había una llave debajo del tercero en el que buscó. Volvió al Cutlass. En el mirador de una casa de enfrente se movió una cortina.

—Gracias —le dijo a Tom, entrando en el coche y arrancando el motor.

Volvería después de la caída del sol.

31

KERRY VOLVIÓ EN COCHE a Sherman Oaks hacia las diez de la noche. Vio pasar la ciudad por las ventanillas del Cutlass, su cemento teñido de azul oscuro por la luz de la luna. Por allí, en algún sitio entre el torbellino de zonas residenciales y autopistas, estaba su hermano pequeño. Trató de no pensar en que él había perdido la cabeza, que estuvo en la cárcel, que intentó suicidarse. Todavía era el niño que recordaba. Todavía lo podía salvar.

Cuando llegó a la casa del federal, las luces estaban apagadas y no había coches en el camino de entrada. Recorrió la zona, que de noche estaba incluso más muerta.

Fue a una cafetería y mató el tiempo tomando café. Tragó dos Dilaudid, esperando que el adormecimiento que le producía lo contrarrestara la cafeína. Apoyó la cabeza en la pared que tenía al lado y cerró los ojos, diciéndose que solo serían un par de minutos. Pero antes de darse cuenta estaba dormida, soñando con la bola de fuego, como ahora le pasaba siempre.

Empezó con el retumbar de un avión C-130 de la Fuerza Aérea, que aquella mañana avanzaba pesadamente hacia Quãng Tri, donde los survietnamitas habían calculado mal las coordenadas y lanzaron morterazos sobre un par de pelotones estadounidenses por error. Cuando el equipo de evacuación de Kerry llegó al lugar, había una carnicería. Los seleccionaron, comprobando quién estaba vivo, quién estaba muerto, quién podía andar, quién necesitaba una camilla. Uno de los heridos todavía tenía su lanzallamas sujeto a él con unas correas. Kerry seguía sin estar segura de lo que pasó, pero de pronto el lanzallamas empezó a funcionar, salpicándolos a todos con napalm.

Kerry había visto a víctimas del napalm con anterioridad,

sabía lo que había que hacerles, que se pegaba a cualquier cosa que tocara. Si intentabas quitártelo, lo único que hacías era extenderlo más por la piel. De modo que cuando algo le alcanzó la cara, goteando sobre su camisa, sabía que tenía que evitar cualquier intento de quitárselo, a pesar del insoportable dolor. El agua hervía a doscientos grados, el napalm quemaba a dos mil.

Se las arregló de algún modo para correr de vuelta al avión, coger vendas y apretarlas sobre su propia quemadura. Cogió más vendas y Sulfamilon en pomada y volvió para ayudar a los otros, momento en que finalmente le venció el dolor, se desmayó y cayó al suelo.

Semanas después aún sentía el calor en el cuerpo, en su piel cicatrizada, hormigueándole en los nervios. Puede que sintiera el calor durante el resto de su vida.

—¿Señorita? ¿Señorita?

Kerry abrió los ojos y miró a su alrededor desconcertada hasta que se dio cuenta de que estaba en una cafetería de Sherman Oaks, con el barman delante de su mesa, observándola penetrantemente.

—Señorita, esto no es un hotel. Creo que es hora de que se marche.

KERRY VOLVIÓ A LA CASA DEL FEDERAL. Llegó allí pasadas las doce de la noche. Aparcó en una calle de detrás. Anduvo por la carretera, con un ojo en la casa donde horas antes se había movido la cortina. Rodeó la manzana de casas intentando darse ánimos. Nunca antes había entrado de extranjis en ningún sitio, no sabía cómo hacerlo. Tenía en el bolsillo de la chaqueta el 38 que había comprado al armero; rezó para no tener que usarlo. Había recibido formación sobre el empleo de armas en Vietnam. Fusiles M-16 y la Smith & Wesson modelo 10, que llevaba habitualmente. Legalmente ella no era combatiente, pero eso no significaba mucho en Vietnam. A pesar de la formación, nunca había disparado un arma con ira, y nunca había querido hacerlo.

Volvió, con el corazón latiéndole aceleradamente. Recorrió el sendero del jardín y cogió la llave de donde estaba antes. La

metió en la cerradura, la giró, y funcionó. Abrió con mucho cuidado la puerta. Cuando estuvo dentro, sacó el revólver del bolsillo y echó una ojeada a la oscuridad. El vestíbulo era grande, estaba lleno de muebles y adornos perfectamente elegidos. Kerry se preguntó si aquella era de verdad la casa de un agente del FBI. Era más el tipo de casa donde vive una familia.

Recorrió de puntillas el vestíbulo, con el corazón acelerándose con cada tabla del suelo que crujía. Entró en la cocina, estilo primitivo americano, con cacharros de cobre colgando encima de una cocina tradicional. Todo era demasiado perfecto, como si hubiera sido elegido en un catálogo.

Recorrió rápidamente el resto de la casa para asegurarse de que no había nadie. Todo estaba vacío y en silencio y cubierto por una capa de polvo de varias semanas.

Kerry volvió a iniciar su búsqueda en la cocina. En un cajón encontró recibos de la luz y el teléfono a nombre de un tal George Hennessy. En el estudio encontró un ejemplar de dos meses atrás de *Los Angeles Times* que escribía en su primera página un artículo sobre el primer ataque del Matarife Nocturno. En el cajón de abajo de un buró había un archivador. Kerry intentó abrirlo, pero estaba cerrado con llave. Fue a la cocina, encontró un cuchillo. Lo usó para hacer palanca. La cerradura se abrió fácilmente. Rebuscó entre los sobres, sacó los papeles. Nóminas, contratos de empleo, cotizaciones de pensión; todo lo relacionado con el trabajo del tal George Hennessy, agente de la Oficina Federal de Estupefacientes, destinado en la oficina de Los Ángeles. Tom tenía razón: aquella era la casa de un agente federal, pero no del FBI; Hennessy era un agente federal de estupefacientes.

Eso le llevó a pensar que Stevie podría haber estado en lo cierto cuando hablaba de una conspiración. Puede que formara equipo con Hennessy para descubrirla. Kerry revisó los documentos pero no pudo encontrar nada relacionado con eso. Puso el archivador donde estaba y recorrió el resto de la casa.

En el cuarto de estar encontró un álbum de fotos. Había una serie que parecía haber sido tomada en una celebración de la

Oficina Federal de Estupefacientes, una fiesta de Año Nuevo en un bar de ambiente tropical. Poses de borracho, hombres con las corbatas aflojadas y brazos por encima de los hombros de sus compañeros, sentados en mesas con cócteles exóticos mientras al fondo ardían antorchas.

Kerry se preguntó si debería seguir con la Oficina Federal de Estupefacientes, pero descartó la idea. Tanto el agente Hennessy como Stevie habían desaparecido. Puede que fuera de la propia Oficina Federal de la que estaban huyendo.

Siguió hojeando el álbum y encontró unas cuantas fotos de caras hechas en estudio, del tipo de las que se usan para documentos de identidad. Seguramente eran de Hennessy. Las fotos mostraban a un hombre de edad madura con ojos pequeños y mandíbula poderosa, piel rubicunda, un hombre que pasa mucho tiempo al aire libre.

Kerry guardó en el bolsillo una de las fotos. Se estiró para registrar el resto de la casa y se quedó helada. Por la ventana podía ver la casa de enfrente, donde aquella mañana se había movido la cortina: la luz iluminaba la misma ventana. Kerry se quedó quieta, empezando a dominarle el miedo. Miró su reloj de pulsera. Era la una pasada. ¿Qué estaba haciendo el vecino? ¿Tomando un vaso de agua? ¿O llamando a la policía?

Sabía que debería irse corriendo, salir de allí a toda hostia, pero todavía no tenía ninguna prueba de que Stevie hubiera estado en la casa, de que estaba siguiendo la pista adecuada.

Después de lo que pareció una eternidad, la luz se apagó, pero la ansiedad de Kerry no disminuyó. Se puso en acción lo más rápido que pudo, con pánico recorriéndola todo el tiempo.

No encontró nada de Stevie en la casa, pero en el dormitorio principal, en el cajón de la mesilla de noche, entre unas cuantas posesiones que parecían las que uno se saca de los bolsillos antes de meterse en la cama, halló un par de recibos, uno de un hotel, otro de una cafetería, los dos de Vacaville, el centro médico donde había estado encerrado Stevie.

Le vinieron a la cabeza unas palabras de Tom: a Stevie le había pasado algo en Vacaville, era una persona distinta cuando lo pusieron en libertad. Y fue entonces cuando Hennessy entró en contacto con él. Y luego los dos

desaparecieron.

Vacaville.

Kerry tuvo la seguridad de que era allí donde estaban las respuestas.

32

La mañana siguiente Kerry se subió al Cutlass y condujo hasta la primera estación de servicio que vio. Compró un plano de las autopistas de California, lo desplegó sobre el mostrador y el empleado le señaló Vacaville; un punto en el plano en el extremo norte del estado. Le sorprendió ver que estaba a tiro de piedra de la Base de la Fuerza Aérea de Travis, desde donde ella había volado a Vietnam para sus dos desplazamientos allí. El empleado calculó que estaba a siete horas de coche. Kerry pidió que le llenara el depósito, pagó, saltó dentro del Cutlass y se dirigió hacia el norte.

Siete horas de ida, siete horas de vuelta. En un coche sin aire acondicionado, sin silenciador, sin dirección asistida. Siete horas con la vista clavada en el macadán y en paisajes lejanos. Y una vez que llegara allí, ni idea de cómo encontrar lo que estaba buscando, qué información podría ayudarle a seguir la pista de Stevie.

Tomó la autovía Pacific Coast para salir de la ciudad y tuvo la primera visión de Malibú, preguntándose por qué provocaba tanto barullo. La playa estaba a un lado de la carretera, y las colinas se alzaban al otro con unas cuantas casas desperdigadas por ellas. No se veían restaurantes, bares o tiendas, ningún centro urbano, solo la extensa playa, la larga carretera y las casas con aspecto de solitarias. Puede que ese fuera su atractivo: un lugar donde tus únicos vecinos inmediatos eran la carretera y las estaciones de servicio. Ni siquiera la playa valía mucho: el mar era gris, y la arena, marrón y sembrada de correosas tiras de algas.

Justo después de Bakersfield, la radio de Los Ángeles desapareció y empezaron a alternarse con emisoras locales y estática. Y no es que Kerry oyera mucho por encima del ruido del motor. El sol cegaba. La autopista se desplegaba. Las

señales de la carretera pasaban parpadeando; aquellas líneas blancas resultaban estroboscópicas, zumbaban, hipnotizaban. Pasó junto a estaciones de servicio Union 76, estaciones Mobil, Standard Oil. Pasó restaurantes de carretera y carteles sobre soportes metálicos. Las montañas se alzaban impresionantes, y como si se acercaran cada vez más, sus masas individuales partidas en secciones, con pasos, desfiladeros y valles materializándose entre ellas, como si las montañas hubieran atraído todo aquel vacío a su interior, acunándolo.

Entre las industrias y las zonas residenciales dispersas tenía visiones del aspecto de California bajo todo el cemento y el metal. Aún había campos de naranjos y huertos, valles verdes, colinas azules. Igual que en el cartel que se cernía sobre el motel Wigwam.

Se detuvo a tomar una coca-cola y una hamburguesa y llenar el depósito en una Flying A justo después del desvío para Fresno. Tomó un par de Dialudid para el dolor, y tres cafés para el adormecimiento. Empezó a idear un plan sobre lo que debía hacer cuando llegara a Vacaville. Empezó a sintonizar San José y San Francisco en la radio.

Llegó a Vacaville justo después de ponerse el sol. Las carreteras exhibían por todas partes el mismo aviso: «¡Atención! Los autoestopistas pueden ser lunáticos fugados.»

Encontró el centro médico convertido en cárcel. Aparcó. Esperó. Extraño pensar que no estaba a mucho más de ocho kilómetros de la Base de la Fuerza Aérea de Travis. Recordó el vuelo desde la base hasta Vietnam aquella primera vez, su primer servicio militar. El avión estaba atiborrado de soldados de infantería, pero también había otra mujer en el vuelo, una mujer mayor del cuerpo de enfermeras del ejército que había estado destinada en el Pacífico y Corea, y ya había pasado un tiempo en Vietnam.

—Lo que pasa con Vietnam es que es diferente a Corea y todas las demás guerras —dijo la mujer mayor—. No hay frente. La guerra está en todas partes. No solo en la jungla. Puedes quedar bajo el fuego en las calles de Saigón, o en el hospital del ejército más seguro. Absolutamente en cualquier parte.

Fue un vuelo de veinticuatro horas, apretado y sin dormir, la comida intragable. Los soldados eran ruidosos, y muchos de ellos volvían para una segunda misión. Pero cuando la costa de Vietnam quedó a la vista, brillando con la luz de la luna, un espeluznante silencio se impuso en el avión. Todo adquirió solemnidad. Luego empezaron los ruidos metálicos; los hombres reunieron su armamento sin palabras.

EN VACAVILLE EL CAMBIO DE TURNO se produjo un par de horas más tarde. Se abrieron las puertas y una docena de guardas atravesaron despacio el aparcamiento del centro médico, desapareciendo dentro de sus coches. Kerry examinó sus caras, tratando de imaginar a quién podía abordar. Hacia el final del grupo vio a un guarda aislado que caminaba con una ligera cojera. Tenía alrededor de unos cuarenta años, supuso. Su constitución y su corte de pelo proclamaban que había estado en el ejército y sus hombros hundidos proclamaban que cobraba un sueldo bajo, el tipo de hombre para el que la paga semanal nunca era suficiente, y nunca lo sería. Era como serían los compañeros de Kerry en el ejército dentro de veinte años, si estos tenían suerte.

El guarda se metió en un Oldsmobile muy deterioriado y condujo hacia el nordeste, en dirección a Sacramento. Kerry lo siguió, manteniéndose furtivamente cerca debido al intenso tráfico, los carriles con baches, los cambios de sentido. Ella nunca había seguido a nadie antes, pero se las arregló para no perderlo todo el camino hasta un bar del centro de Sacramento. Perfecto.

Kerry esperó cinco minutos, hasta que él tuvo una cerveza delante, hasta que lo desagradable de su jornada laboral hubiera rezumado. Pensó en Tom diciéndole que no se molestase en ir a Sacramento, y allí estaba, solo un día después.

Cruzó la calle y entró. Era uno de esos bares sórdidos hasta decir basta a pesar de la presencia de cincuenta neones que anunciaban distintas marcas de cerveza y un televisor que transmitía un partido de fútbol. La clientela era una mezcla de borrachos, clientes habituales, chicas trabajadoras y hombres

que apestaban a expresidiarios a doscientos metros de distancia.

El guarda estaba sentado en un taburete en mitad de la barra, inclinado sobre una Coors. Kerry se sentó a su lado y pidió una cerveza. Agarró un puñado de cacahuetes del bol que estaba entre ella y el guarda. Intentó pensar en un primer envite adecuado, dándose cuenta de que estaba demasiado cansada para eso.

—¿Trabaja usted en el Centro Médico de Vacaville? —preguntó.

El guarda se volvió hacia ella frunciendo el ceño, y Kerry comprendió que estaba completamente equivocada. El tipo para nada estaba cerca de los cuarenta años, como mucho tenía veintitantos. No había combatido en Corea ni en la Segunda Guerra Mundial, acababa de volver de Vietnam.

—Sí, trabajo en Vacaville. ¿Y a ti qué te importa?

Kerry se encogió de hombros, desconcertada, sin saber cómo continuar.

Él seguía mirándola con el ceño fruncido, solo ligeramente desconfiado. Tenía aspecto de alguien sumido en una gran pena, un aspecto que ella reconocía de los pacientes que había atendido en la guerra: dolidos, confusos, como si hubieran sido traicionados por un mundo que, hasta sufrir sus heridas, aceptaban como benéfico.

—¿Dónde quedaste cojo y te cortaron el pelo así?

—¿Y a ti qué te importa?

—Solo me estoy preguntando si fue en el mismo sitio donde me hicieron esto —dijo ella, volviendo la cara para que él pudiese ver las cicatrices que tenía.

—¿Estuviste allí? —preguntó él.

—Acabo de volver hace unos días.

—¿Enfermera del ejército?

—De la Fuerza Aérea.

—Las enfermeras me salvasteis la vida —dijo él—. Yo volví hace un año.

Por primera vez desde que había vuelto, Kerry encontraba a alguien que no se sorprendía de que existieran personas como ella. Él sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y le ofreció.

Ella cogió uno, y los encendieron.

—Ahora me vas a decir cómo sabías que trabajo en Vacaville.

—Te seguí.

—¿Por qué?

—Porque necesito un favor.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué debería hacértelo? ¿Porque estuvimos los dos en Vietnam?

—Claro, ¿por qué no? —Kerry se encogió de hombros—. ¿Quién si no me iba a ayudar aquí?

Ella lo examinó atentamente mientras él reflexionaba: su cara transida de pena, las luces de los anuncios de cerveza flotando en la curva de sus ojos. A pesar de todo aquello por lo que había pasado, todavía era atractivo, el *quarterback* del equipo del colegio venido a menos.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Información.

Él frunció el ceño. Dio una calada a su cigarrillo.

—¿Cuál es la primicia?

—Mi hermano pequeño estuvo internado un tiempo. Cuando salió, no era el mismo. Luego desapareció. Yo creo que su desaparición tiene algo que ver con el centro médico. Pienso que si me entero de algo durante su encierro allí, quizá quiénes eran sus amigos, quién le visitaba, tal vez sea capaz de descubrir dónde está ahora. Solo estoy buscando algo que ayude.

Se encogió de hombros, le contó los detalles de la desaparición de Stevie, que a nadie le importaba un carajo excepto a ella. Le contó lo de la carta que había recibido mientras se estaba recuperando de la bola de fuego, y antes de darse cuenta le estaba contando lo de la bola de fuego, todo lo que había pasado aquel día en Quãng Tri, tomando conciencia de que aquella era la primera vez que hablaba con alguien de su terrible experiencia.

—Me desperté en el Hospital de Evacuación Noventa y Tres, en el puesto de Long Bing —dijo ella—. ¿Has estado alguna vez en una unidad de quemados?

Él negó con la cabeza.

—Supe dónde estaba antes incluso de abrir los ojos —continuó Kerry—. Las unidades de quemados tienen un olor propio. Acre. Vomitivo. Como a humo y carne podrida. Lo inunda todo. Lo sigues con la nariz y se te fija en el pelo. Estuve un tiempo hasta que me llevaron en avión a Clark, en las Filipinas, para el resto de mi recuperación.

Quedó en silencio mientras recordaba el vuelo. El avión era un C-130, del mismo tipo en el que había ido. Cuando estaban despegando, atacaron la pista, obligando al piloto a hacer un ascenso de combate, un despegue que ponía los pelos de punta y permitía a los aviones quedar fuera de alcance más deprisa.

—Esa fue la última vez que vi aquel sitio —añadió—. Pero desde que pasó, todos mis sueños giran en torno al fuego. Cuando estoy dormida, cuando estoy despierta. Cuando estoy conduciendo y la luz destella en las ventanillas. Lo veo en las sombras. Cierro los ojos y arde en la oscuridad.

Él reflexionó.

—Oigo un coche petardear —dijo—. Una radio chirriar. Y estoy otra vez allí, en la jungla. No puedo oler a humedad. Bebo para reafirmar la cabeza, tomo Nembutal para reafirmar la bebida, y café para contrarrestar el Nembutal. Oigo pedir ayuda. Me refiero a que he oído a gente pidiéndola, pero no tengo a nadie con quien hablar. Al menos nadie que entienda.

—Yo tampoco.

Dieron tragos a sus cervezas, miraron el partido de la tele y entonces ella notó un cambio en el guarda, que tensó su postura, como si estuviera endureciéndose para algo. Se dio unos golpes en la pierna, de la que cojeaba.

—La atravesaron tres balas —dijo—. Estábamos acampados en la provincia de Bình Dinh cuando rodearon a nuestra compañía, la aniquilaron. Yo permanecí escondido debajo de mis colegas muertos durante un día y una noche, mientras los amarillos mutilaban a todo al que encontraban vivo. Cuando al día siguiente nos rescató un pelotón, solo quedábamos ocho. Nos sacaron de allí en avión y nos llevaron al Hospital de Evacuación Setenta y Seis en Qui Nhon. Mi sargento era uno de los supervivientes. Se negó a que lo atendieran a él hasta que las enfermeras y los médicos se ocuparan de todos los

demás hombres de la compañía, yo incluido. Y eso que él tenía el cráneo roto. Estuvo sentado muy tieso allí, en una silla del rincón del consultorio con un jodido agujero en la cabeza. No dijo ni palabra, no movió ni un músculo hasta que supo que todos estábamos a salvo. —El guarda se encogió de hombros—. ¿Cómo va a volver uno a trabajar de nueve a cinco después de pasar por algo así?

Se encogió de hombros. Sus ojos mostraban de nuevo aquella confusión, como si acabara de despertar en este mundo de civiles y se estuviera preguntando cuánto tardaría en sentirse en casa.

Se volvieron de nuevo hacia la tele, simulando una vez más que les interesaba el partido dentro del mundo que los rodeaba.

—Escucha, yo no tengo mucho dinero —dijo Kerry—. Pero puedo dártelo todo si me cuentas algo de mi hermano. Quiénes eran sus amigos, quién le iba a ver. Lo que sea. Por favor.

—¿Cómo se llama tu hermano?

—Gaudet. Stevie Gaudet. Toma.

Buscó en su bolso y sacó dinero y la misma foto de Stevie que había enseñado a Lonnie en el club nocturno. El guarda la cogió, la miró.

—Sí, lo recuerdo. Estuvo con nosotros unos cuantos meses a comienzos de este año.

Le devolvió la foto, rápida, fríamente, como si no quisiera mantenerla demasiado en su poder por si acaso le turbaba.

—Tú sabes algo —dijo ella.

Él negó con la cabeza, mintiendo.

—No sé quiénes eran sus amigos dentro —dijo—. Pero puedo mirar el registro y averiguar quiénes le visitaban.

—No. Tú sabes algo más que eso. Sabes lo que le pasó.

Él sopló.

—Podría ser —dijo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que podría ser que sepa por qué salió cambiado, pero no voy a hablar hasta que esté seguro, y para eso tengo que volver al centro y comprobar algo.

—¿Lo harás?

—Vuelvo a entrar en el turno de mañana… de ocho a seis de la tarde. Reúnete conmigo después de mi turno y te cuento lo que descubra. Y puedes quedarte con el dinero.

—Gracias —dijo Kerry, volviendo a guardar los billetes en el bolso—. Pero eso supone demasiado retraso. Lo necesito ahora. Esta noche.

—¿Quieres que vuelva a entrar como si nada en mitad de la tarde? Eso no es posible.

—No puedo esperar veinticuatro horas. Estoy aquí de permiso temporal.

—¿Has hecho el viaje hasta aquí durante ese permiso?

Él sabía la locura que era eso. La mayor parte de las tropas en Vietnam pasaban sus permisos temporales en Bangkok, Hong Kong, Sídney. Venir en avión a Estados Unidos y volver suponía perder dos días del permiso.

Ella asintió.

—Y solo me quedan cuatro días. Eso incluyendo el día que voy a emplear en incorporarme a mi escuadrón. Un día puede que no signifique mucho para ti, pero para mí significa la hostia de tiempo. Por favor. ¿Por qué no vuelves allí ahora y dices que olvidaste algo? Necesito encontrar a mi hermano. Por favor. Te esperaré aquí.

Él frunció el ceño, sopló.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Pero no me esperes aquí. Este no es el tipo de bar adecuado. Y déjame terminar la cerveza antes. Se supone que este es el mejor momento de mi día.

UNA HORA DESPUÉS KERRY ESTABA EN el aparcamiento de un edificio de apartamentos justo enfrente del bar. El cielo se había oscurecido, la luz de la luna lo cubría todo de un frío tono azul. Tenía la radio sintonizada en una emisora de San Francisco en la que estaba sonando Stan Getz, lo que parecía bastante apropiado. Seguía el ritmo de seis por ocho de la *bossa nova* con los dedos, las panderetas y una alegre guitarra. Alzó la vista hacia las estrellas, imaginando que podía recrear la mayor parte de ellas cuando estuviera fuera de Los Ángeles.

Pensó una vez más en aquellos combates en Vietnam,

recordando otra cosa que le había dicho aquella enfermera mayor. Fue cuando aterrizaron y se habían bajado del avión, y Kerry notó por primera vez aquel sofocante golpe de calor y humedad. No había conocido nada igual. La enfermera le había explicado algo a Kerry cuando se despedían.

—Toda enfermera, en el transcurso de su carrera, ve cierta cantidad de muerte, tragedia y dolor. Pero cuando eres enfermera en zona de guerra, ves esa vida entera de dolor en un solo año. Solo las que aceptan que necesitan ayuda para soportar ese peso salen adelante.

Cinco minutos más tarde Kerry vio en el retrovisor unos faros que se acercaban. El Oldsmobile destartalado del guarda. Se detuvo, se bajó de su coche y entró en el de ella.

—Tuve suerte —dijo—. Un amigo mío estaba en el turno de noche de la entrada, así que pude mirar el registro de visitantes. A tu hermano solo le vino a ver una persona durante todo el tiempo que estuvo ingresado. Le visitó cuatro veces el mismo tipo. Sam Cole. ¿Te suena de algo?

—De nada.

—Firmó con credenciales del Departamento de Policía de Los Ángeles. Comprobé a quién más visitaba. A otros cinco reclusos.

Le entregó a Kerry una hoja de papel. Ella la miró. Una lista de nombres, fechas y detalles. Él sacó sus cigarrillos y cada uno encendió uno.

—¿Recuerdas que en el bar dije que podría saber lo que le pasó a tu hermano? Quería estar seguro antes de contártelo. El hecho de que le visitara este policía lo confirma.

—¿Qué confirma?

—Hace unos meses, cuando tu hermano estaba ingresado, vinieron unos tipos, de la universidad, que querían hacer algunas pruebas a los reclusos. Pruebas con drogas. Experimentos, ya sabes. Era voluntario, pero las autoridades de la institución ofrecieron un adelanto de la puesta en libertad como zanahoria. Puede que veinte, treinta reclusos se inscribieran. Tu hermano fue uno de ellos. Los otros tíos a los que visitó el policía también eran voluntarios. Venía a ver a los reclusos que habían tomado parte en las pruebas con drogas. Si

quieres saber mi opinión, parece que estaba intentando reunir datos para una acusación.

—No lo entiendo —dijo Kerry—. ¿Reunir datos para una acusación a quién? ¿Cómo eran las pruebas?

—Pruebas con drogas. Ya te lo he dicho. No sé qué drogas estaban probando, ni quién las estaba fabricando. Ya te he dicho que parecían tipos de la universidad. Lo único que sé es que, después de aquellas pruebas, los voluntarios ya no eran los mismos. Aquello los jodió. Los puso más locos que cuando los admitieron.

El guarda se encogió de hombros y Kerry pudo apreciar su remordimiento. Su culpabilidad. Esa era la razón por la que quería ayudarla. No era solo que se estuviera mostrando amable, que ella le diera pena, que los dos fuesen veteranos de Vietnam a la deriva. Era también eso otro. En el centro había sucedido algo horrible de lo que él se sentía culpable. Pruebas a reclusos que no estaban en condiciones de rechazar tomar parte en un experimento médico.

Kerry tenía millones de preguntas. ¿Qué coño estaban buscando? ¿Quién estaba a cargo de las pruebas? ¿Cómo encajaba un policía en aquello? Y sobre todo se preguntaba si aquella era la gran conspiración de Stevie. Y si lo era, ¿qué hostias tenía que ver eso con Luisiana y un agente de la Oficina Federal de Estupefacientes que se llamaba George Hennessy?

—Hay algo más —dijo el guarda—. Todos esos reclusos a los que visitó el policía. Eran todos de Los Ángeles, y excepto tu hermano, todos eran negros. Y ninguno de ellos está ya en el centro. O bien los soltaron antes de tiempo o se escaparon.

—¿Se escaparon? ¿Cómo? Se supone que es un centro médico seguro.

—Se supone que lo es, pero no lo es. El último par de años se nos han escapado muchos. Como si alguien los dejara hacerlo, y alguien importante no se molestara mucho por ello. El hecho es que ese policía solo estuvo visitando a tipos que terminaron escapándose, de un modo u otro, y eso resulta un tanto sospechoso, si quieres mi opinión.

—¿Cuándo se escaparon? —preguntó ella.

—Los últimos en octubre. Está todo escrito ahí.

El guarda señaló el papel con la cabeza.

—Gracias —dijo Kerry.

Dio una calada a su cigarrillo, con la esperanza de que eso pudiera contribuir a tragar el miedo que le estaba estrangulando.

—Parece como si necesitaras una copa —dijo él—. Podríamos volver al bar, si quieres, o a mi apartamento, que está ahí mismo.

Señaló el cutre bloque de apartamentos en cuyo aparcamiento se encontraban aparcados. Ella lo miró y se fijó en el modo en que la miraba él. Ambos compartían un miedo, y no necesitaban hablar para reconocerlo.

—Al bar no —dijo Kerry.

33

KERRY SE LEVANTÓ TODO lo silenciosamente que pudo, se puso la ropa y comprobó la hora que era. Ni siquiera las doce de la noche. Podría estar vuelta en Los Ángeles al amanecer y ponerse a buscar los nombres que le había dado el guarda. Lo dejó durmiendo en su cama y fue a la cocina americana, donde encontró café y se preparó la taza más fuerte que pudo. Mientras esperaba que se hiciese, echó una ojeada a la diminuta y escasamente iluminada cocina y se dio cuenta de que ni siquiera le había preguntado cómo se llamaba.

Cuando el café estuvo preparado, se sirvió una taza, cargada de azúcar, y la tomó. Salió al vestíbulo. Echó un vistazo al dormitorio para mirar por última vez al guarda y vio que se había despertado.

—Oye, me tengo que ir —dijo.

—Lo sé. Solo un segundo.

Se incorporó, cogió un lápiz y una factura de la mesilla de noche, escribió algo en ella y se la tendió.

—Mi número. Llámame si vuelves alguna vez a Sacramento.

Kerry cruzó la habitación, cogió el recibo y volvió a la puerta de entrada. Se detuvo justo cuando estaba a punto de cruzarla.

—¿Qué le pasó a tu sargento? —preguntó—. ¿El que se negó a que le atendieran hasta que a ti y tus colegas os curaran?

A él pareció confundirle la pregunta.

—Se le infectó la herida de la cabeza. Murió un poco más tarde.

KERRY LUCHÓ CONTRA EL SUEÑO TODO el camino de vuelta a Los Ángeles. No tomó Dilaudid para no entontecerse, de modo que el dolor la mantuvo despierta. Se detuvo en algunas estaciones

de servicio y saltó fuera del coche para tomar todavía más café, espeso y empalagosamente dulce. Mientras conducía, pensaba en el guarda. Se había acostado con unos cuantos chicos en Luisiana y en Vietnam, pero habían sido encuentros efímeros, un modo de pasar el tiempo. Como tomar una cerveza, fumar un porro e ir al cine porque la noche estaba allí y necesitabas llenarla con algo.

Pero con el guarda fue diferente, tenía la sensación de que se hubieran hecho uno al otro un favor. Pensó en lo que él había dicho: el ruido del escape de un coche y estaba de vuelta en la jungla. Tenía la sensación de que los dos habían dejado allí una parte de sí mismos, y daba igual cuántos días más pasaran en la tierra porque nunca volverían a sentir nada. Y los dos lo sabían. El único modo de interrumpir aquella sensación de vacío era no sentirla en absoluto.

LLEGÓ DE VUELTA A LOS ÁNGELES JUSTO cuando el cielo se estaba poniendo de un rosa nacarado con la primera suave luz del amanecer. El sol encontraba asidero en los pilares y ventanas, alzándose sobre la ciudad. En las esquinas de las calles había chicos atrapando montones de ediciones de la mañana que les tiraban las furgonetas de los periódicos y el esmog estaba ya empezando a instalarse.

Cuando llegó al motel, tomó un par de Dilaudid y durmió un par de horas. Se despertó y recorrió la lista que le había dado el guarda:

> *Paxton, Julius – ingreso 13-09-64, puesta en libertad 27-09-67*
> *Henderson, William – ingreso 23-04-62, puesta en libertad 14-09-67*
> *Rawls, Anton – ingreso 27-11-66, puesta en libertad 03-09-67*
> *Cooper, Peter – ingreso 05-05-65, escapado 01-10-67*
> *Mouzon, Ronald – ingreso 30-07-66, escapado 01-10-67*

Cinco hombres que habían participado en las pruebas con drogas de Vacaville, cinco hombres a los que Sam Cole había ido a visitar allí. El mismo policía que visitó a Stevie. No había esperanza de encontrar a los dos hombres que se habían

escapado, pero podría seguir la pista de los otros tres. Y puede que incluso del policía.

Salió de su cabina y se encaminó a la cabaña de recepción. El hombre que estaba detrás del mostrador miraba la tele.

—¿Tiene una guía telefónica? —preguntó.

Él la miró y señaló con la cabeza la zona de espera, donde había una mesa de centro con un ejemplar de las direcciones de las calles de Los Ángeles con guía telefónica incluida.

—¿Le importa si me lo llevo a mi cuarto? —preguntó.

—Para nada —dijo el hombre sin apartar la vista de la tele —. Solo asegúrese de devolverla.

Kerry regresó a su cabina. Encontró a todos los Sam Cole, Julius Paxton, William Henderson y Anton Rawls de Los Ángeles. Los llamó, reduciendo la lista. Arrancó páginas de la guía. Se lanzó a la calle.

PASÓ EL DÍA DEDICADA A AQUELLO. Dos docenas de direcciones dispersas por Los Ángeles. Un día conduciendo, con tubos de escapes, crema para quemaduras, cigarrillos y Dilaudid. Se detuvo en cafeterías para chutarse café y mantener a raya el sueño. Se obligó a seguir despierta, a no rendirse. Resultaba duro porque todo eran portazos en la cara, callejones sin salida.

El sol se abrió camino en el cielo, y llegó la noche implacable y rápida. La circulación cambiaba como la marea. Cuando quedaba atrapada en un atasco, miraba su propio reflejo en el parabrisas, superpuesto a coches, luces de posición, rampas de salida, fotos a la luz de luna de la espantosa ciudad, sus autopistas como serpientes en el edén, susurrando verdades ocultas.

Puede que fuera debido a todo el café, pero se le desataron los nervios y se apoderó de ella una intensa paranoia de que la estaban siguiendo. Pero cada vez que miraba el retrovisor, no podía constatar que la siguieran. Y la paranoia vino acompañada de algo más inquietante: desesperación. Empezaba a pensar que estaba perdiendo el tiempo, que había llegado a un callejón sin salida, que sola nunca conseguiría encontrar a Stevie y que todo su empeño era una inútil, una

absurda pérdida de tiempo.

Se tragó la desesperación, sucumbió a la tentación de solo un poco más de Dilaudid-y-cafeína antes de conducir de vuelta al motel. Se detuvo en el aparcamiento de la parte de atrás de una estación Mobil, entró y pidió un café para llevar. Cuando volvía a su coche para tomarlo, oyó el llanto de un bebé. Un poco más allá de la calle, un hombre había salido de su casa, con el bebé en brazos, arrullándole, balanceándole suavemente para que se durmiese.

Según se movía el hombre, Kerry se percató de que marcaba los pasos de una rumba, arriba y abajo en la entrada a su casa, en la oscuridad, con el niño ahora soltando gritos, volviendo a dormirse gracias al vaivén. Kerry recordó todas las veces que ella había consolado a Stevie cuando eran niños. Todas las veces que había acudido corriendo a ella después de que se hubieran metido con él los abusones y gallitos que había en el orfanato. Todas las veces que preguntaba cuándo volvería su madre, como si el desconcierto no le abandonara nunca. Acudía a ella porque era lo único que tenía. Y ella lo había dejado allí.

34

KERRY DESPERTÓ CON LA luz del sol y unas llamadas en la ventanilla del coche.

—¿Señorita? ¿Señorita? ¿Se encuentra usted bien?

Un chico con uniforme de Mobil estaba mirando dentro.

Joder, se había quedado dormida dentro del coche, en el aparcamiento de la estación de servicio. El Dilaudid debía de haberla dejado fuera de combate, y durmió la noche entera. ¿Qué hora era? ¿Cuánto tiempo había perdido?

—Estoy bien, gracias —le dijo al chico.

Este la miró, no muy convencido. Kerry comprobó la hora en el salpicadero, arrancó el motor y se marchó de allí, volviendo rápidamente al motel y lamentando las horas perdidas.

Hasta que se detuvo en el motel no se dio cuenta de que llevaba mucho sin comer. Dio la vuelta al coche y se dirigió manzana arriba hasta un supermercado abierto las veinticuatro horas. El local estaba vacío a aquella hora temprana, en silencio si se exceptúa el zumbido de los refrigeradores y la empalagosa música ambiental. Aquel silencio enervó a Kerry, que volvió a tener la sensación de que la seguían. Miró alrededor, pero no pudo ver a nadie. Cogió una bolsa de patatas fritas, cacahuetes, tabletas de chocolate, unas cuantas mandarinas.

Cuando volvió a salir al aparcamiento, se quedó helada. Había tres hombres parados junto a su coche, la puerta estaba abierta y uno de ellos rebuscaba dentro. Incluso desde aquella distancia podía asegurar que eran agentes federales. Los trajes negros, las camisas blancas, los zapatos de cuero lustrosos, la actitud se superioridad.

Kerry pensó en volver al supermercado y esperar para salir, pero uno de ellos la distinguió, la fulminó con la mirada y le

hizo seña de que se acercase. Con un pánico creciente, ella cruzó el aparcamiento. Vio que habían roto una de las ventanillas del coche para meterse dentro. Fue solo entonces cuando recordó que había dejado el 38 en la guantera.

—¿Kerry Gaudet? —preguntó uno de ellos.

Ella podría decir que era el que mandaba. Era un hombre gigantesco: alto, ancho de hombros, con una tripa enorme. Estaba completamente calvo, sus cejas solo eran unas briznas de pelo rubio grisáceo.

Kerry asintió.

Él le mostró su chapa. La misma cresta de águila que ella había visto en los documentos de la casa de George Hennessy.

—Soy el agente Henry White, de la Oficina Federal de Estupefacientes. Estamos aquí por su hermano. ¿Quiere subirse a nuestro coche para que vayamos a hablar a algún sitio?

Señaló un Ford Galaxie negro aparcado justo al lado del Cutlass de Kerry.

—No me voy a subir en su coche —dijo Kerry, apretando la bolsa con alimentos contra el pecho.

El hombre que había estado rebuscando dentro de su coche salió de él, cerrándolo de un portazo y dispersando cristales rotos por todas partes. Miró al agente White, movió la cabeza.

White se volvió hacia Kerry.

—Suba al coche —repitió, señalando una vez más el Ford.

—No me voy a subir al coche. —Kerry intentó no echarse a temblar.

White hizo un gesto con la cabeza a sus dos hombres. Estos se echaron hacia delante, agarraron a Kerry y la empujaron por la espalda dentro del Ford. Ella notó una rodilla en la espina vertebral, manos que la recorrían de arriba abajo, la cacheaban, la agarraban.

CIRCULARON POR CULVER BOULEVARD arriba, dirigiéndose al noreste. Kerry trató de quedarse con el nombre de cada cruce de calles por el que pasaban. Se concentró en eso porque era lo único que se le ocurría hacer, porque necesitaba algo para evitar que su mente entrara en una espiral de pánico y miedo. Sabía que el sitio al que la llevasen sería un lugar donde

podrían hacer lo que quisieran.

Uno de los gorilas iba en el asiento del conductor, con el agente White sentado a su lado. El segundo gorila se sentaba frente a Kerry, mirándola furioso. Ninguno de ellos dijo nada en todo el trayecto. White se volvía de vez en cuando, la miraba de arriba abajo, sonreía. Ella estaba muy sorprendida por lo roja que tenía la piel, cómo le brillaban los ojos. Estaba borracho, o colocado o las dos cosas, después de pasar toda la noche con sus gorilas esperándola. Para asustarla, para contemplar su reacción con ojos entornados y una sonrisa maliciosa retorciéndole los labios.

Al cabo de cinco minutos dejaron la carretera cerca del cruce con el Washington Boulevard y se detuvieron ante unas puertas de seguridad sin personal de control. El gorila del asiento del conductor se apeó, abrió un candado, empujó las puertas y volvió al coche. Circularon por un terreno con almacenes dispersos totalmente en silencio, vacío, abandonado. Pero cuando pasaban por delante del último de los almacenes, Kerry vio lo que parecía un edificio de pisos de Nueva York, luego un lago, una casa dickensiana, un rancho del Oeste, una hacienda de pioneros. De pronto se dio cuenta de dónde estaba: en la parte trasera de un estudio de cine. Uno que hacía tiempo que no se usaba, pues todos los platós estaban deteriorados por el paso del tiempo y echados a perder.

Bordearon una calle mayor estilo Norman Rockwell y se detuvieron al borde del lago. El conductor apagó el motor. White se dio la vuelta para mirar a Kerry, haciéndole seña de que se bajara, y todos salieron del coche. White anduvo alrededor y se sentó en el capó, mirando el agua. Los gorilas hicieron un gesto a Kerry para que se acercara a él.

Ella lo hizo. Él siguió mirando el lago. Kerry se fijó en restos renegridos, chamuscados, en su orilla más alejada, como si un incendio hubiera quemado unos cuantos de los platós abandonados.

—Este es el estudio número dos de Metro Goldwyn Mayer —sonrió White—. Aquí es donde Gene Kelly bailaba en *Cantando bajo la lluvia*. Donde Judy Garland cantó «Have

Yourself a Merry Christmas». *Cita en San Luis, Un americano en París, Con faldas y a lo loco, Con la muerte en los talones*. Todas ellas se rodaron aquí. Pero MGM está teniendo problemas de dinero, todos los estudios los tienen, así que lo echaron todo abajo, vendieron, destruyeron. Se inició un incendio allí unos meses atrás. —Señaló el otro extremo del lago—. Muy raro, si quiere saber mi opinión. De todos modos, MGM cree que si puede vender todo esto a agentes inmobiliarios, usará el dinero para construir un casino en Las Vegas. Apuestan por convertir Las Vegas en un lugar de vacaciones atractivo para las familias. Lo mismo que apuesta Howard Hughes. Es un riesgo. ¿Ha estado alguna vez en Las Vegas?

Kerry miró fijamente a White, negó con la cabeza.

—Una ciudad horrible. Corrupta. Sórdida. Todo son casinos y prostitutas a cargo de la Mafia. No consigo imaginar que alguna vez se convierta en una ciudad para familias. ¿Y usted?

Miró a Kerry esperando una respuesta. Pero ella no quería seguirle el juego. Quería saber cómo la habían localizado. ¿La denuncia por desaparición? ¿Tom Annandale? ¿Lonnie en la pensión? Y más importante aún: quería saber por qué la habían traído aquí, qué la esperaba.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó.

Una expresión de desconcierto cruzó la cara de White, como si estuviera sorprendido por el brusco cambio de tema. Kerry volvió a tener la sensación de que estaba colocado, borracho y fuera de sí. Se volvió hacia sus dos gorilas y se encogió de hombros, demostrando que no estaba mal dejar que Kerry hiciera unas cuantas preguntas.

—Está aquí para buscar a su hermano, ¿no?

Ella asintió.

—¿Y cómo ha ido su búsqueda?

—Bueno, todavía no lo he encontrado. ¿Y a usted qué le importa?

White enarcó las cejas.

—La desaparición de su hermano está relacionada con una investigación en curso de la Oficina de Estupefacientes, lo que queda dentro de la esfera de nuestra jurisdicción.

—Ya veo.

White sacó un paquete de Marlboro del bolsillo y se metió un cigarrillo en la boca. Le ofreció el paquete a ella. Kerry lo rechazó. Él encendió su cigarrillo con un encendedor de oro.

—Señorita Gaudet —dijo—. Usted parece una mujer inteligente, de modo que no voy a tratar de engañarla con bravatas. A grandes rasgos, al mismo tiempo que desapareció su hermano, uno de nuestros agentes, George Hennessy, también desapareció. Parece que Hennessy había elegido a su hermano de testigo en la investigación en curso que acabo de mencionar. La investigación es sumamente delicada. Cuando usted denunció la desaparición de una persona en el Departamento del Sheriff, la puso involuntariamente en riesgo. Un caso que lleva años en marcha, que cuesta decenas de miles de dólares al contribuyente. Y además, puso usted en riesgo la seguridad del agente Hennessy y de su hermano. ¿Lo entiende?

Kerry frunció el ceño. Debía de haber sido el sheriff quien había informado a la Oficina Federal de Estupefacientes de la denuncia de desaparición de una persona. Tenía que haber un aviso relacionado con el nombre de su hermano. ¿Cómo si no habrían recurrido a ella con tanta rapidez?

Miró a los tres hombres tratando de recordar si aparecían en las fotos que había visto en casa de Hennessy. Le gustaría saber si eran aliados de Hennessy en la Oficina o enemigos suyos. Tenían que ser enemigos. Habían forzado su coche para entrar, la habían secuestrado y trasladado a un solar vacío de unos estudios de cine.

—Entiendo que si todo eso es verdad —dijo—, entonces usted probablemente hará que el Departamento del Sheriff anule mi denuncia por la desaparición de mi hermano.

—Nosotros no tenemos ese tipo de jurisdicción sobre el Departamento del Sheriff.

—No oficialmente.

Ella no quería dar la impresión de petulante, jactanciosa, pero tampoco quería parecer una pelele, porque era evidente que la habían traído aquí para presionarla, o algo peor.

—Señorita Gaudet, en una situación como esta, es mejor que investiguemos nosotros. Estamos preparados para este tipo de investigaciones. Tenemos unos conocimientos de los que

usted carece. Sabemos mucho más del caso que el Departamento del Sheriff, y podemos investigar sin poner a nadie en peligro. Estoy seguro de que usted ha venido aquí con la mejor de las intenciones, pero debe comprender que sus actos podrían poner en peligro a personas inocentes.

—¿Entonces debería dejar de buscar a mi hermano?

—Bueno, según reconoce usted, no está consiguiendo nada. Y si está esperando resultado del sheriff, bueno, va a estar esperando muchísimo tiempo.

Sonrió a Kerry, dejando que supiera que a fin de cuentas ellos tenían ese tipo de jurisdicción.

Ella lo miró, sin creer ni por un segundo su historia. Ellos no habían mandado a la mierda la denuncia por la desaparición de una persona para investigar por su cuenta, la habían mandado a la mierda para protegerse. Y solo por si acaso, la habían traído a ella aquí para asustarla.

—¿Cuánto hace que desaparecieron el agente Hennessy y mi hermano? —preguntó.

—¿Cómo dice?

—Porque me parece que llevan semanas desaparecidos. Al menos desde octubre, lo que significa que su investigación está haciendo los mismos progresos que la mía. Así que puede que usted no sea tan espabilado como cree. Todo este asunto apesta. ¿Por qué no me pide que le acompañe al cuartel general de la Oficina Federal de Estupefacientes? ¿Es este un interrogatorio oficial? ¿Por qué está haciendo esto usted sin que quede registro de ello? Vaya a venderle su mierda a otra persona.

White la agarró por el cuello con una velocidad que contradecía su tamaño. La levantó hacia él, de modo que la cara de Kerry quedó a la misma altura que la suya, justo delante de aquellos ojos, endemoniadamente rojos y vidriosos por la droga. Su modo de agarrarla le provocó dolor en las heridas. Notaba que se le estaban abriendo; el tejido cicatrizado que había tardado semanas en asentarse se desgarró. Ella sabía las consecuencias que eso tenía: el riesgo de infección, de daños permanentes. El dolor palpitaba en su torso. También el miedo. Apenas conseguía respirar.

White levantó su mano libre hasta la cara de ella y pasó el dorso por encima de las cicatrices, acariciándolas. Kerry volvió la cabeza. Él se rio entre dientes.

—Hemos estado mirando su historial, señorita Gaudet. Sabemos todo lo que hay que saber. Es usted huérfana de un policía deshonrado. Un hombre que arrastró a su familia a la pobreza y luego se pegó un tiro. Usted es el producto de la pesadilla americana, señorita Gaudet. De opulencia a miseria. Por muchas cosas nobles que haga, siempre será basura de pantano. Sin ningún valor, basura de pantano que no sirve para nada. ¿Y cree que puede ensuciar mi buen nombre? ¿O el buen nombre de la Oficina Federal de Estupefacientes?

Le apretó más el cuello. Las cicatrices dolían. Kerry luchaba por respirar.

—Yo no soy nadie —resolló.

—¿Qué no es?

—No soy nadie.

Él quitó la mano de su cuello. Kerry se estrelló contra el suelo. Las quemaduras aún latían debido al tacto de White. Este se arrodilló junto a ella y la miró fijamente a los ojos.

—Únicamente es una chica —dijo—. Sola. En una ciudad que no conoce. Una ciudad peligrosa. Una ciudad nauseabunda. Corrupta, podrida, inmoral. Peor incluso que Las Vegas. Todo ese glamur y brillo es tan falso como estos decorados de cine. —Barrió con la mano el paisaje que tenían delante: el lago, la calle mayor estilo Norman Rockwell, el rancho del Oeste, la hacienda del pionero, elementos fabricados de unos Estados Unidos que nunca fueron.

»No se engañe —advirtió él—. Por debajo de todo Los Ángeles solo es quienes manejan los hilos y dinero ensangrentado. Usted no lo puede ver porque es de fuera. Pero nosotros sabemos. Nosotros vemos. ¿Esa pintoresca zona residencial con casas pintadas como caramelos? Fue construida por mexicanos que ganaban diez centavos del dólar que pagaban a los blancos, y los que protestaban terminaron en los cimientos. ¿Esa hermosa mansión del centro donde vive el alcalde? Robada a los japos, a quienes mandaron a campos de concentración durante la guerra y que nunca volvieron. ¿Esos

policías que andan por ahí en coche, saludando a los niños, bromeando y sonriendo? Si les pagan, secuestrarán, torturarán y asesinarán a quien uno quiera, en cualquier momento, sin hacer preguntas. ¿Esa estrella de cine infantil a la que quieren todos? Por la mañana la llevan al rodaje con píldoras estimulantes, y le dan barbitúricos por la noche. Se la ha cepillado cada jefe de cada estudio de la ciudad y sus padres estaban al tanto. Hay personas aquí capaces de mirar cualquier marca y modelo de coche y saber exactamente cuántos cuerpos pueden caber en el maletero. Eso es Los Ángeles, señorita Gaudet. Te atraen aquí con promesas celestiales y se quedan con tu alma. Eso es lo que hace funcionar a esta ciudad, su auténtica marca registrada de vudú. Así que deje que el sistema se ocupe de su hermano. ¿Entendido? Y usted debe marcharse de aquí antes de que también la corrompa.

Kerry alzó la vista hacia él. Vio de nuevo la mirada vidriosa de aquel hombre enfurecido que solo era posible interpretar siempre como preludio a la violencia.

Asintió, aterrada.

Él sonrió.

—Mis amigos de la TWA me informan de que el pasaje que compró tiene fecha de regreso para el día de Navidad —dijo—. Un vuelo de vuelta al estado de Washington, y desde allí, supongo yo, a la base de la Fuerza Aérea Fairchild y los campos de batalla del sudeste de Asia.

Kerry volvió a asentir con la cabeza.

—De modo que como ayuda para que mantenga eternamente pura su alma, nosotros adelantaremos la fecha de partida, ¿le parece bien? Le sacamos de esta Gomorra lo más pronto que podemos.

Se sacó una abultada cartera del bolsillo y extrajo cien dólares.

—Para un pasaje nuevo —dijo.

Se estiró hacia delante e introdujo los billetes en el bolsillo de la camisa de Kerry, dejando su mano allí, quizá para apreciar su pecho, quizá para notar el terror que había disparado los latidos de su corazón.

DIEZ MINUTOS DESPUÉS LA ECHARON FUERA del Ford negro dejándola otra vez en el aparcamiento del supermercado donde la habían cogido y tirando al asfalto la bolsa con alimentos después de a ella. Cuando Kerry la recogía, White bajó su ventanilla y soltó, riendo torcidamente:

—Que pase unas felices Navidades usted sola, señorita Gaudet.

El gorila que conducía sonrió con suficiencia. Salieron disparados de allí.

Kerry los miró irse y se dejó caer en el asfalto; el pánico la dominaba, y toda la emoción y adrenalina que había estado intentando controlar ahora la asfixiaban y subiéndole por el cuerpo, salían de él en forma de lágrimas y sollozos. Pero ella los hizo retroceder. Lo más importante era ocultar su miedo, su vergüenza. Se levantó y anduvo a trompicones hacia el coche. Y las emociones que la recorrían parecieron prenderse fuego, infundiéndole energía.

CUANDO VOLVIÓ A SU MOTEL, cerró con llave la puerta de su cabina y fue al cuarto de baño. Se vació los bolsillos, abrió la ducha y se metió debajo completamente vestida. Se derrumbó en los azulejos, adoptó una posición fetal y lloró en la oscuridad.

NO ESTABA SEGURA DE CUÁNTO SE MANTUVO así, pero en cierto momento oyó unas llamadas, insistentes, fuertes, que se imponían al sonido de la ducha. Alguien estaba en la puerta. Le recorrieron nuevas oleadas de miedo. Puede que ellos hubieran vuelto.

Cerró la ducha y salió del cuarto de baño, y solo entonces fue consciente del dolor en el cuello donde White la había agarrado. Se cambió, poniéndose ropa seca. Cogió su 38, lo mantuvo a su espalda y se dirigió a la puerta. Atisbó por la mirilla. No eran el agente White y sus gorilas, sino una mujer. Era delgada, con el pelo gris sujeto en un moño, y llevaba una falda azul marino y una blusa blanca.

Kerry abrió la puerta.

—¿Kerry Gaudet? —inquirió la mujer.

—¿Quién lo quiere saber? —Kerry se puso tensa, apretando aún más la pistola a su espalda.

—Me llamo Ida Young —dijo la mujer—. Soy investigadora privada. Me gustaría saber si podríamos hablar.

PARTE DIEZ

Ida & KERRY

35

KERRY SE SENTÓ, SUBIDA al alféizar de la ventana de la cabina, mientras Ida tomaba asiento en una silla junto al tocador. Kerry apreció en Ida una innegable soltura de movimientos, una desenvoltura natural. Le gustaría saber cuántos años tenía. Le parecía demasiado joven para haberse jubilado ya.

—¿Le importa si fumo? —preguntó Ida.

Kerry negó con la cabeza.

Ida se sacó una antigua y usada pitillera de plata del bolsillo y encendió un cigarrillo.

Kerry se dio la vuelta y lanzó una rápida ojeada por la ventana que tenía detrás para asegurarse de que Ida no tenía cómplices esperando. El exterior de la cabina estaba en silencio. Las hileras de tiendas indias destellaban con el sol, mientras el humo de los tubos de escape bajaba en bocanadas de la autopista. Cuando Ida entró, Kerry había deslizado el 38 en la tirilla de sus vaqueros, sujeta contra la zona lumbar, de modo que la mujer no se daría cuenta de que estaba armada. Pero aunque tenía el revólver tan cerca, Kerry todavía estaba asustada, todavía temblaba con las réplicas de su desagradable encuentro con White.

Se dio la vuelta y comprobó que Ida la miraba fijamente.

—Gaudet es un apellido cajún, ¿no? —preguntó Ida con su leve acento de Luisiana.

Kerry asintió.

—¿De dónde es usted? —preguntó.

—De Nueva Orleans —contestó Ida—. Pero hace mucho, muchísimo tiempo.

Kerry volvió a asentir con la cabeza. La cara menuda y los elevados pómulos llevaban a Kerry a preguntarse cómo sería su aspecto de joven en aquel Nueva Orleans de antaño.

—¿Cómo me encontró?

—Usted presentó una denuncia por la desaparición de su hermano. Me la pasaron.

Kerry sintió el mismo ramalazo de estupidez que había sentido con White. Primero la denuncia le había traído a White y sus gorilas a la puerta, ahora le había traído a Ida.

—¿Por qué está buscando a mi hermano? —preguntó.

Ida consideró su respuesta.

—¿Se ha enterado de los asesinatos del Matarife Nocturno?

Kerry asintió.

—Estoy tratando de encontrarlo —dijo Ira.

—¿Por encargo de la policía?

—En cierto modo.

—¿Y qué tiene que ver Stevie con eso?

Ida suspiró.

—Bueno, esa es la parte más complicada. Se nos ha ocurrido una teoría sobre quién es el asesino. Un perfil. Su hermano encaja. Lo quiero encontrar para saber si podemos descartarlo del grupo de sospechosos.

—¿Cree que el Matarife Nocturno es mi hermano?

—No. Creo que encaja en el perfil.

—¿Cuál es el perfil?

Ida hizo una pausa, deliberando sobre lo que debería revelar a Kerry.

—Hombre —dijo, finalmente—. Originario de Luisiana, pasó cierto tiempo en una institución correccional de California, historial de problemas psíquicos, acceso a un coche, algunas nociones sobre allanamiento de moradas.

—Stevie no conduce —dijo Kerry—. Y no tiene ni idea de allanar moradas. Y resulta jodidamente seguro que no es un asesino.

—Ya veo.

A Kerry le pareció muy rara aquella conversación que estaba manteniendo, que alguien pudiese suponer que Stevie era un asesino. Y entonces cayó en la cuenta. Puede que fuera tan rara porque se trataba de una mentira. Una tapadera. Puede que esta mujer hubiera ido a verla por algún otro motivo. Puede que la hubiera mandado el agente White. Pero entonces los pensamientos de Kerry dieron un salto atrás hasta

la carta de Stevie: «Estoy metido en algo, Kerry. Importante de verdad. Tiene que ver con Luisiana.»

—¿Por qué piensa que el Matarife Nocturno es de Luisiana? —preguntó.

—Solo es una teoría de trabajo. Parece como si el Matarife Nocturno se estuviera inspirando en el folklore de Luisiana.

—¿Se refiere a historias y tradiciones?

—Usted es de Vermilion Parish, ¿verdad? Debe de haber oído todos esos antiguos cuentos del pantano.

Kerry frunció el ceño, intentando encajar lo que sabía de los asesinatos del Matarife Nocturno con los cuentos para dormir de su infancia.

—No lo entiendo —dijo—. Stevie no se pondría a matar a gente por unos cuentos antiguos.

—Señorita Gaudet, ¿ha oído hablar alguna vez de un libro titulado *Gumbo Ya-Ya?* Es una colección del folklore de Luisiana.

—Lo conozco. Mi padre tenía un ejemplar en nuestra casa de Gueydan.

—Ese es el libro del que está copiando sus asesinatos el Matarife Nocturno. Hay una edición en el Centro Médico de Vacaville. Mientras estaba allí, su hermano lo consultó.

A Kerry se le cayó el alma a los pies. Con un pánico en plena aceleración, se apresuró a replantearlo mentalmente todo. Puede que Stevie no fuera un fugitivo que se encontró con una conspiración, puede que Stevie *fuera* la conspiración. Puede que le hubiera mandado aquella carta porque creía que estaba en peligro de que le atraparan.

—Señorita Gaudet, ¿se encuentra bien?

—No puede ser él —dijo Kerry. Pero su voz era débil; ella podía oír su falta de convicción.

—Entonces ayúdeme a demostrar que no.

Kerry frunció el ceño.

—¿Por qué está usted tan interesada en esto?

—Porque en cierto sentido me siento responsable. A principios de esta semana asesinaron a una mujer en la habitación de un motel. Da la impresión de que ella poseía información sobre el Matarife Nocturno, y estaba buscándome

para que la ayudara. Pero yo no estaba allí para ayudarla.

—¿Por qué la buscaba a usted?

—Yo tenía una agencia de detectives. Acudían mujeres buscando mi ayuda. Mujeres maltratadas. A veces casi tenía la sensación de que dirigía un refugio. Pero luego dejé de estar allí para ellas. También la puedo ayudar a usted, señorita Gaudet. Ayudarla a encontrar a su hermano.

—Pero si usted lo encuentra y cree que es el asesino, hará que lo encierren.

—Sí, porque si es un asesino *necesita* estar encerrado, y nada de lo que podamos hacer nosotras cambiará eso. Pero si el asesino *no* es él, entonces la ayudaré a buscarlo. Usted lo ha estado buscando, ¿verdad?

—¿Qué le lleva a decir eso?

—Porque usted parece una joven inteligente. Demasiado inteligente para fiarse del Departamento del Sheriff. ¿Qué ha estado haciendo desde que denunció su desaparición? ¿Haciendo turismo, retorciéndose el pelo mientras espera que la llame un ayudante del sheriff? Usted no es de esas. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse en Los Ángeles?

Kerry iba a responder, pero luego dudó, recordando con un chispazo de pánico cómo había intentado intimidarla el agente White para que se marchara pronto.

—Tengo una semana de permiso para estar fuera de Vietnam —dijo—. Se supone que debo volar de vuelta el día de Navidad.

Ida frunció el ceño al mirarla, como si compartiera su pánico, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Entonces solo le quedan dos días —dijo—. El tiempo corre para las dos, señorita Gaudet. Me hago cargo de que pueda no fiarse de mí. Si le apetece, puede llamar al inspector Feinberg, del Departamento de Policía, que trabaja en el caso del Matarife Nocturno. Él responderá por mí.

Ida sacó una pluma y papel de su bolsillo y escribió algo. Mientras lo hacía, Kerry miró por la ventana. Todo seguía tranquilo.

Se dio la vuelta e Ida le pasó el papel: tenía el nombre del inspector y un número de teléfono.

—Me estaba preguntado algo —dijo Ida—. Mientras usted ha estado en la ciudad, ¿se ha puesto en contacto con alguien que conozca a Stevie? ¿Amigos, socios, quienes sean? Sería de gran ayuda que yo pudiera hablar con alguien de aquí que lo conociera.

Kerry no era tan estúpida como para darle información a una completa desconocida, y eso que deseaba desesperadamente contárselo todo a alguien. Compartir su miedo, su trauma, sus teorías. Las palabras del agente White volvieron flotando hasta ella: «Usted únicamente es una chica. Sola. En una ciudad que no conoce.» Kerry necesitaba un amigo. Alguien de quien poder fiarse. Pero una vieja a la que podría haber mandado White, y que quería cargarle un montón de asesinatos a su hermano, no era esa persona.

—No hay nada que le pueda contar —respondió finalmente.

Ida no flaqueó.

—Lo entiendo —sonrió—. Sé lo que es intentar abrirse paso en una ciudad desconocida, entre el tipo de personas que eso supone. Si decide hablar conmigo, puedo ofrecerle ayuda a cambio. He sido investigadora durante casi cincuenta años. No puedo ni contar el número de casos de personas desaparecidas en los que he participado. Tengo experiencia en eso. Conozco la ciudad. Conozco a personas de ambos lados de la frontera del crimen. Usted es nueva en la ciudad, usted es joven, usted no tiene experiencia. Yo puedo ir mucho más allá y más deprisa que usted.

Kerry asintió, advirtiendo el parecido de la percepción de Ida sobre ella con la del agente White.

—Aquí tiene mis datos —dijo Ida, levantándose—. Sé que no tiene motivos para fiarse de mí, pero a lo mejor se lo piensa otra vez, ¿verdad?

Kerry cogió la tarjeta de Ida y le señaló la puerta.

—Señorita Gaudet, ¿puedo darle un último consejo?

—Claro.

—Nunca guarde su arma en la parte de arriba de los pantalones.

KERRY CONTEMPLÓ A IDA MIENTRAS se subía a su coche y se

marchaba, y solo entonces cerró la puerta de la cabina. Sacó el revólver de sus vaqueros, se tiró encima de la cama, se sentó y miró la moqueta sintiéndose más sola que nunca. Solo entonces se dio cuenta de que Ida no le había preguntado por sus quemaduras. Y no solo eso: Kerry ni siquiera había descubierto a Ida lanzándole miradas disimuladas, como el resto de la gente con la que se topaba.

Se levantó y fue al tocador; se miró en el espejo, vio su terrible aspecto. Examinó las costras donde la había agarrado el agente White y comprobó que unas gotas de sangre moteaban su piel allí donde el tejido se había roto. Fue al cuarto de baño, se limpió lo mejor que pudo, volvió al dormitorio y miró la nota de Vacaville. Los nombres de los cinco reclusos. Estaban en su bolsillo cuando White y sus gorilas la atraparon. Por suerte, solo la palparon en busca de armas, no hurgaron entre su ropa. Si lo hubieran hecho, se habría quedado sin su única pista efectiva, una pista cuyo seguimiento se estaba convirtiendo en un lío.

De pronto se le ocurrió una idea. ¿Y si el Matarife Nocturno no esa Stevie, sino otro de los reclusos? Puede que uno de ellos encajara en el perfil del asesino expuesto por Ida: de Luisiana, con condenas por allanamiento, lector de *Gumbo Ya-Ya* mientras estaba en Vacaville. Pensó en la oferta de Ida, en que ella conocía a personas de los dos lados de la frontera del crimen. ¿Pero podía fiarse de ella? Cogió el papel que le había dado Ida con el nombre del inspector de policía y su número de teléfono. Podría ser el número de cualquiera, el de una casa con un cómplice esperando para responder.

Kerry se dirigió al tocador. Aún no se había molestado en devolver a recepción la guía telefónica. La hojeó, buscó los números de emergencia, comprobó el del Departamento de Policía. Era diferente al que le había dado Ida. Kerry llamó al número de la guía, pidió que le pasaran con la Brigada de Homicidios, con el inspector Feinberg. Después de cinco minutos oyendo ruidos en la centralita, al fin la conectaron.

—Homicidios, Feinberg —dijo una voz brusca, áspera, en el otro lado.

36

UN PAR DE HORAS después de su encuentro en la cabina de Kerry, Ida se vio por segunda vez con la chica en un Pup'n'Taco cercano al motel Wigwam. El local tenía las mesas y sillas rojas, alfombras rojas, paredes de azulejos rojos, papel de celofán rojo en las ventanas, por lo que a Ida le dio la sensación de que entraba en una puesta de sol. Había un par de fiestas infantiles y los niños habían inflado globos rojos y jugaban con ellos, correteando y gritando.

Ida pidió el almuerzo; Kerry, solo un cuenco de patatas fritas.

—¿No quieres un perrito caliente o algunos tacos? —preguntó Ida, tuteándola.

—No he sido capaz de comer carne desde mi primera semana en Vietnam.

La camarera puso sus pedidos en una bandeja con un paquete sellado de globos rojos de regalo. Encontraron mesa junto a una ventana lo más lejos posible de los niños. Kerry expuso el conjunto de su investigación e Ida se quedó impresionada. Kelly le dio a conocer las pruebas y pistas, le enseñó una foto de su hermano y una foto del agente Hennessy que había robado de su casa. Incluso le contó a Ida su encuentro aquella mañana con otro agente de la Oficina Federal de Estupefacientes —Henry White—, que la había amenazado, tratando de presionarla para que dejase la ciudad enseguida. ¿Era este el trauma que Ida había percibido en la chica cuando se encontraron por primera vez en el motel? Ida le preguntó por el incidente, si se encontraba bien, pero Kerry le quitó importancia, asegurando que no la había turbado. Ida podía asegurar que estaba mintiendo, pero decidió no presionarla.

—No consiguieron quitarme esto —dijo Kerry, pasándole a

Ida un trozo de papel—. Es la lista que me entregó a escondidas el guarda de Vacaville. La lista de participantes en el ensayo clínico con drogas a los que visitó el mismo policía que a mi hermano: Sam Cole.

—¿Sam Cole? —repitió Ida, y el corazón se le disparó debido a la sorpresa.

Kerry asintió.

La mente de Ida se aceleró. Sam Cole. El mismo policía falso que visitó a Riccardo y le asustó tanto que le hizo suplicar a Nick Licata que pagara la fianza para salir de la Cárcel Central. Con ese nombre todo encajaba, los hechos de un caso se filtraban por los intersticios del otro.

—¿Sabes qué está pasando? —preguntó Kerry.

—Creo que algo.

Ida le contó a Kerry la visita de Sam Cole a Riccardo, al que aterrorizó para que pagara la fianza y probablemente mató.

—¿Así que el mismo policía visitó a mi hermano en Vacaville y también a ese tipo de la Mafia? —Kerry frunció el ceño—. ¿Así que de algún modo esto tiene que ver con ese policía?

—Sí. Y la cuestión es que Sam Cole ni siquiera es policía. Finge serlo con una identificación falsa. Con lo que me has contado de Vacaville y los ensayos clínicos, creo que al fin imagino lo que ha pasado.

—¿Qué?

—Dijiste que tu hermano estaba de acuerdo con el agente Hennessy para ser testigo en un caso en el que este trabajaba, ¿no?

—Así es.

—Digamos, como supuesto inicial, que el caso en el que estaban trabajando tenía algo que ver con los ensayos clínicos de Vacaville. Puede que los estuvieran haciendo ilegalmente y Hennessy se enterase. Es un agente de la Oficina Federal de Estupefacientes. Su trabajo es investigar cuestiones como esa. Puede que fuera allí para averiguarlo. Solapadamente. Con una identificación falsa porque no quiere que su nombre aparezca en los registros de visitantes de ese centro carcelario.

Ida hizo una pausa y miró fijamente a Kerry esperando que

ella llenase los vacíos.

—Sam Cole y el agente Hennessy son la misma persona —dijo Kerry.

—Eso pienso. La de Sam Cole solo es una identidad falsa que ha estado usando Hennessy para ocultar sus actividades. Recurrió a tu hermano para que le ayudase a investigar los ensayos clínicos con drogas, porque tu hermano participaba en ellos. También fue a ver a Riccardo Licata a la cárcel. Por motivos todavía desconocidos. Pero lo que podemos decir es que el agente Hennessy es el que lo relaciona todo. Está en el meollo de todo. Mi parecer es que si encontramos a Hennessy, encontramos a tu hermano, y descubrimos qué coño está pasando.

Se sonrieron una a otra cuando dos niños vestidos de astronautas se acercaron corriendo a su mesa.

—Señora, ¿está usando estos globos? —preguntó el mayor de los dos, señalando los globos de regalo de la bandeja de Ida.

—Haz con ellos lo que quieras, niño —dijo Ida.

Los niños cogieron los globos y se fueron corriendo, gritando «gracias» sin volver la cabeza. Ida los vio irse, se volvió hacia Kerry y observó su expresión preocupada.

—Eso demuestra que todo es una conspiración —dijo Kerry.

—¿Por qué lo dices?

Kerry lo pensó. Sacó un trozo de papel del bolsillo y se lo pasó.

—Esto es lo último que me mandó —dijo.

Ida desplegó el papel. Era una carta de Stevie. Ida la leyó. Se fijó en la fecha. Se fijó en la referencia a Luisiana. A una conspiración. Empezó a trazar líneas desde las relaciones imprecisas con respecto al Matarife Nocturno, resolviendo todavía más misterios.

Ida alzó la vista hacia Kerry y vio por su expresión que la chica había establecido las conexiones exactamente de la misma manera.

—¿Crees que uno de los otros participantes en los ensayos clínicos con drogas es el Matarife Nocturno? —preguntó Kerry —. ¿Que eso es lo que lo relaciona todo con Luisiana? ¿Que eso es lo que quiere decir Stevie en su carta?

Ida asintió.

—Un recluso de Vacaville se ofrece voluntario para un ensayo clínico con drogas ilegal —dijo—. Eso le permite salir. Lo ponen en libertad y empieza a matar gente. Tu hermano y Hennessy están investigando los ensayos y se tropiezan con los hechos. A tu hermano le preocupa tanto en lo que ha metido que te manda esta carta por si acaso le pasa algo.

Se miraron una a la otra. Todo a su alrededor eran niños gritando.

—Maldita sea —murmuró Ida.

—¿Qué pasa?

—Tengo una sensación muy mala sobre algo. ¿Te importa si llevo esta lista a ese teléfono y hago unas llamadas?

—No, claro —dijo Kerry.

Ida se levantó y se dirigió al teléfono público que había junto a la entrada. Llamó a Feinberg a la Casa de Cristal. Le dio los nombres, el contexto.

—Joder —dijo él, impulsado por la misma preocupación—. Me pongo a ello ya. Vuelve a llamarme en diez minutos.

Ida colgó y llamó a Dante al almacén. Descolgó Loretta, que le dijo que Dante todavía estaba intentando localizar a una persona. Ida le dejó recado de que la llamara. Colgó y esperó junto al teléfono hasta que llegó el momento de llamar de nuevo a Feinberg. Rezó para estar completamente equivocada.

Sacó sus cigarrillos y encendió uno. Paseó la vista por el suelo, los niños, el mar de globos rojos que estos golpeaban, Kerry, que clavaba la vista en las dos chicas que atendían la barra. Ida apreció nostalgia en su mirada. Las dos camareras eran de la misma edad que Kerry. Mientras ellas vendían tacos y perritos calientes en California, Kerry entraba y salía volando de zonas de combate, viendo tantos cuerpos mutilados que no podía soportar comer carne nunca más. Ida examinó el aspecto de Kerry, sus cicatrices, su actitud sincera. Todo en ella le recordaba a Michael. Resultaba raro. O quizá fuera que su mente le gastaba bromas.

Volvió a llamar a Feinberg, y sucedió exactamente lo que había temido. Quedaron en verse una hora después. Colgó y regresó a la mesa.

—Acabo de hablar con el inspector Feinberg, mi amigo en el Departamento de Policía —dijo—. Ha llamado a un amigo suyo del Departamento Correccional. Tenía ficha de los cinco nombres de tu lista. Podemos vernos con él y conseguirlas todas. Entre tanto, me hizo un rápido resumen de los reclusos. Explica por qué no pudiste encontrar a ninguno cuando los buscaste ayer.

—¿Por qué?

—Los tres reclusos de esta lista a los que pusieron en libertad. Los han asesinado a todos. Los mató alguien en cuanto salieron. Uno a uno.

Parte once

Dante

37

DANTE, SENTADO EN EL Thunderbird, observaba con atención los caros edificios de apartamentos de Santa Mónica más allá de Ocean Avenue. Era la misma costa que Venice, pero un mundo totalmente distinto: rico, con mucho dinero y residencia del hombre que podría responder a todas las preguntas para las que Dante necesitaba respuesta. De modo que esperaba sentado en el Thunderbird. Fumaba Luckies. Acariciaba al perro. Contemplaba la vista, manteniendo un ojo atento al sedán negro o a cualquier otro coche. Trataba de no dejar que la ansiedad le dominara. Después tenía la reunión con Licata y necesitaba respuestas antes de acudir a ella.

Se abrió la puerta de uno de los apartamentos y salió Johnny Roselli. Caminaba como el viejo que era Ocean Avenue arriba, moviéndose en paralelo a la playa. Pelo gris muy largo hacia atrás. Gafas de sol French Tropicale. Un jersey de lana metido en el cinturón.

Roselli había hecho carrera como intermediario entre la Mafia y el gobierno. Él consiguió que la Mafia y la CIA actuaran conjuntamente en el plan de asesinar a Castro. Colaboró en los preparativos del asesinato de Kennedy. Ayudó en las finanzas de los bancos en paraísos fiscales. Si la CIA había matado a Riccardo en aquella casa de las colinas, Roselli lo sabría. Lo que hacía aquello interesante era que cuando a Dante le habían encargado el trabajo, Roselli estaba allí, sentado junto a Licata en la casa de la piscina, completando los detalles, consolando, convenciendo, mintiendo con descaro.

Dante se apeó del Thunderbird y corrió hacia él. La arena sobre el asfalto apagó sus pisadas, permitiéndole acercarse a Roselli sin hacer ruido y sin que este se enterase. Cuando Dante estuvo justo detrás de Roselli, habló.

—Buenos días, Johnny.

Roselli dio un brinco.

—¡Dios santo! —dijo—. Casi consigues que me cague de miedo.

—Bien.

Dante le miró fijamente y Roselli se dio cuenta de que se había asustado.

—¿Qué pasa? —preguntó, disimulando.

—No fuiste sincero la última vez que estuvimos juntos.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—Porque yo seguí la pista de Riccardo hasta una base secreta de la CIA en las colinas. Donde hicieron una carnicería con él. Tengo una reunión con Nick Licata dentro de unas horas. Si le digo que la CIA mató a su hijo, va a ir directamente contra ti. ¿Crees que alguien va a creer que la Agencia liquidó al hijo de un jefe sin que tú lo supieras?

No pareció que Roselli supiera cómo asumir esa información, y trató de encontrar un modo de salir de su desconcierto.

—Yo no sabía que lo iban a liquidar —dijo, por fin.

—Pero sabías algo.

—Tenía una idea. Mira, vamos a sentarnos. Yo ni siquiera he desayunado todavía.

CINCO MINUTOS DESPUÉS ESTABAN sentados en los sillones principales de la terraza del Georgian, un imponente hotel *art déco* con barandillas color naranja y una fachada con decoración dorada y verde que en cierto modo se las arreglaba para resultar entre elegante y *kitsch*. El Georgian era el lugar donde se alojaban los famosos y los estadistas cuando venían a Santa Mónica, y donde Roselli desayunaba todas las mañanas.

Roselli y Dante sacaron sus cigarrillos. Roselli puso el suyo en una boquilla. Los encendieron. Observaron las vistas sin que ninguno quisiera ser el primero en hablar. El hotel estaba justo enfrente de la playa, una franja de blanda arena bordeada de palmeras, el Pacífico azul, un sol benévolo. Aquella era la California del Sur de las postales, películas y artículos de las revistas. Con eso era con lo que los habitantes de las lluviosas ciudades del país soñaban despiertos cuando sus pensamientos

se volvían hacia el estado dorado; la California de los adolescentes y los habitantes de las afueras, de las canciones populares optimistas, de las tablas de surf y los Corvetttes.

Se acercó un camarero y Roselli pidió un desayuno para los dos, cafés y coñacs dobles aparte. Cuando el camarero se alejaba, se detuvo y frunció el ceño al ver el perro, que estaba tumbado a los pies de Dante.

—Señor, lo siento. En el restaurante no están permitidos los perros.

Dante y Roselli se miraron uno al otro.

—Solo es un perro —dijo Roselli.

—Son las normas, señor.

Roselli hizo una mueca que expresaba la confusión de un hombre cuya vida raramente se veía afectada por «las normas». Pasó su mirada del camarero a Dante y vuelta.

—Solo es un perro. Ni siquiera estamos en el restaurante, estamos en la terraza.

—La terraza es parte del restaurante, señor.

—Ah, es parte del restaurante, ¿eh? —se burló Roselli—. Gracias por aclarármelo, caraculo.

—Johnny, tranquilo —dijo Dante.

—No, hay que joderse. Somos los únicos aquí —dijo Roselli, señalando la terraza vacía. Se volvió hacia el camarero—. El perro se queda. Y tú vete dentro, entérate de quién cojones soy y luego vuelve aquí para disculparte, ¿entendido?

La cara del camarero dio muestras de que se hacía cargo. Se giró y anduvo de vuelta al interior del restaurante. Roselli suspiró, moviendo la cabeza enfadado. Pero algo sonaba a falso. Todo era demasiado teatral. Una interpretación dedicada a Dante, una muestra de poder para recordarle la influencia de Roselli. Dante le había cogido con el pie cambiado, y ahora estaba contraatacando.

Dante se volvió para mirar el interior del restaurante. El camarero estaba consultando a alguien detrás de la barra, el cual echó una ojeada a Roselli y dijo algo al camarero que le dejó pálido. Dante lo podía apreciar desde lejos, incluso con su vista cansada de viejo. El color abandonaba la cara del camarero. Este respiró a fondo y se apresuró a salir a la

terraza.

—Señor Roselli. Lo siento profundamente. No sabía que era usted. El perro se puede quedar, naturalmente. Y sus consumiciones quedan a cargo de la casa.

—Bien —dijo Roselli—. Ahora pide disculpas.

El camarero frunció el ceño.

—Me he disculpado, señor. Lamento mucho mi grosería.

—No quiero que te disculpes conmigo. Quiero que te disculpes con el perro.

—¿Señor?

—Discúlpate con el jodido perro.

—Johnny, déjalo, ¿vale? —dijo Dante.

Roselli le ignoró. Lanzó una mirada asesina al camarero, que parecía desconcertado, abochornado.

—¿Quiere que me disculpe con el perro?

—Sí, quiero que te disculpes con el perro. ¿Estás sordo?

El camarero desvió la mirada de Roselli a Dante y luego volvió a mirar a Roselli. Finalmente tragó saliva y bajó la vista hacia el perro.

—Me disculpo —murmuró, dirigiendo el comentario al perro.

—Dilo más alto. Me disculpo por ser un maricón de mierda.

El camarero volvió a tragar saliva.

—Me disculpo por ser un maricón de mierda.

—Bien —dijo Roselli—. Ahora, lárgate y trae lo que pedimos.

El camarero se dio la vuelta, humillado, y volvió a entrar al restaurante.

—Dios santo —dijo Roselli—. Qué modo de empezar el jodido día.

Dante lo miró, considerando la posibilidad de llamarle la atención por el modo en que acababa de pisotear al camarero. Pero no tenía sentido. Todo había sido una pantomima. Cuanta más importancia le diera, más entraría en el juego de Roselli.

—¿Entonces me vas a contar lo que pasa? —preguntó Dante —. Esta vez no quiero tretas. Tengo poco tiempo. Necesito respuestas.

Roselli suspiró.

—Hace como un año, uno de los tipos de la Agencia con el que he trabajado en el pasado vino a hablar conmigo.

—Quiero nombres. Detalles.

—Big Jim O'Connell. Era el intermediario en la Operación Mangosta, cuando estábamos adiestrando a los cubanos de Florida para los ataques contra Castro. Vino a preguntarme por Riccardo. Mierdas imprecisas. A qué se dedicaba, si movía material, si yo sabía quién se lo proporcionaba. O'Connell hacía preguntas y trataba de ocultar por qué las hacía. La mierda habitual de la CIA.

—¿Pero te formaste una idea de lo que quería?

—Sí, me formé una idea. Era como si él hubiera oído que Riccardo estaba trayendo coca del sur de la frontera y quería saber de quién la conseguía. Tuve la sensación de que le interesaba más la fuente que Riccardo.

Roselli enarcó las cejas, chupó su boquilla, desafiando a Dante a que uniera los puntos. Dante sabía que la CIA transportaba cocaína desde Latinoamérica a través de México, utilizando los cárteles mexicanos como narcotraficantes.

—¿O'Connell quería saber si Riccardo estaba consiguiendo su coca de los traficantes respaldados por la CIA en México? —aventuró Dante.

Roselli asintió, sugiriendo que había llegado a la misma conclusión.

—Me parece que el triángulo tenía una fisura.

Dante frunció el ceño. El triángulo era «el triángulo de la muerte», una ruta de la droga que la CIA y un grupo de traficantes de droga corsos había establecido años atrás como modo de financiación de las guerras anticomunistas de la CIA en Latinoamérica. Dante había oído hablar de ella en el pasado por Roselli, por unos cuantos otros jefes. Era el tipo de cosa que incluso impresionaba a los más duros de ellos. La cocaína se producía en Latinoamérica y se mandaba a Europa para su venta, porque no había mucho mercado para ella en Estados Unidos. Con los ingresos se compraba heroína en Europa y se mandaba a Estados Unidos, porque aquí había un gran mercado para la heroína. Con las ganancias de vender la heroína en Estados Unidos, se compraban armas

estadounidenses y se mandaban a Latinoamérica para ayudar a los traficantes anticomunistas que producían la cocaína en la cima del triángulo.

América Latina, Europa, Estados Unidos.

Cocaína, heroína, armas.

Aquello tenía una geometría perfecta, resplandeciente.

El triángulo significaba que la CIA ayudaba a los que luchaban contra los comunistas en América Latina y estos podían intercambiar cocaína por armas estadounidenses de un modo del que la Agencia podía negar todo conocimiento. Lo único que tenía que hacer era ayudar a establecer las rutas de tráfico y los bancos en paraísos fiscales y cerrar los ojos. Y lo mejor de todo: todo el asunto se financiaba por sí mismo. La CIA nunca tenía que rascarse los bolsillos para financiar sus guerras de guerrillas, insurgencias y contrarrevoluciones anticomunistas.

La referencia de Roselli a una fisura significaba que uno de los elementos de la CIA que trabajaba en el triángulo había empezado a desviar material, mandando cocaína a Estados Unidos en lugar de a Europa, lo que desbarataba la geometría perfecta del triángulo.

—Entonces Riccardo empezó a comprar coca a algún traficante respaldado por la CIA que se hizo independiente —dijo Dante—. Y luego fue tan estúpido que acabó detenido por el Departamento de Policía de Los Ángeles. Los agentes se dieron cuenta lo que estaba pasando y lo liquidaron antes de que pudiera revelar nada.

—Parece lógico.

—Excepto que Riccardo no era importante. Era como mucho un segundón. Si estás trapicheando con coca para la Agencia, eso significa que tienes mano. ¿Entonces por qué no ponerse en contacto con alguien importante en Estados Unidos? ¿Por qué no pasarla por Florida? ¿O Nueva Orleans?

—Puede que la cocaína estuviera siendo robada por alguien tan poco importante como Riccardo en la operación del sur —sugirió Roselli—. O'Connell acudió a mí en busca de esa fisura, alguien del triángulo que estuviera afanándola.

El camarero volvió y sirvió la comanda con la cabeza baja.

Roselli no apartó la vista de él durante todo el tiempo. El camarero no cruzó la mirada con él y se marchó rápidamente. Dante dio un sorbo al coñac, caliente y dulce.

Lo que Roselli había dicho sobre la CIA tenía sentido, pero no coincidía con el rumor de que Riccardo era confidente de la Oficina Federal de Estupefacientes. Roselli no había dicho nada de la Oficina Federal, lo que resultaba interesante porque las dos agencias se odiaban, incluso más de lo que se odiaban la Oficina Federal y el Departamento de Policía. Mientras la CIA usaba narcotraficantes para fomentar los intereses de Estados Unidos en el mundo, la función de la Oficina de Estupefacientes era impedir las actividades de esos mismos narcotraficantes. También para fomentar los intereses de Estados Unidos en el mundo. La CIA establecía las rutas de la droga, la Oficina Federal de Estupefacientes las destruía. Dos organismos diferentes del gobierno con jurisdicciones directamente enfrentadas, luchando entre sí como familias de la Mafia en guerra. Todo el conjunto suponía un inconexo y colosal desperdicio de recursos gubernamentales y dólares de los contribuyentes. ¿Era esa la razón por la que habían atrapado a Riccardo? ¿Era él un peón en la batalla ente las dos superagencias? ¿Era ese un aspecto más de la situación del que Roselli no sabía nada? ¿O Roselli se lo estaba ocultando deliberadamente a él?

—¿Cuánto de esto le has contado a Licata? —preguntó Dante.

—¿Cuánto crees tú? —dijo Roselli—. Nada. Yo no delato a O'Connell. Te aseguro que si tengo miedo a alguien, es a esos tipos de la CIA. Con los policías corruptos se puede razonar. Son opacos, pero tienen un código. También los políticos. Lo único que quieren es dinero, coños y poder. ¿Pero esos tipos de la CIA? Hace que todos los demás parezcan colegiales. Te lo aseguro yo, Dante, no son humanos. Y no solo es a mí a quien le dan miedo. Hay un numerosísimo listado de jodidos países que les tienen terror.

Dante miró a Roselli, que con la cruda luz solar de la mañana parecía viejo, frágil, tenso. Tenía miedo a las personas con las que debía trabajar, era presa del espectro de la CIA, del

terror que podía transmitir, el mismo vudú que había utilizado la Mafia durante décadas. Y justo como con la Mafia, su poder procedía del hecho de que solo existía en la sombra, en los bordes de la imaginación de la gente.

—O puede que no le hayas contado nada a Licata porque tienes pendientes esas dos acusaciones ante el gran jurado —sugirió Dante—. Y estás esperando que O'Connell pueda mover algunos hilos.

Roselli se quedó en silencio. Dante intentó imaginar lo que estaba pensando, pero era difícil con aquellas grandes gafas de sol que el viejo siempre llevaba puestas; sus cristales parecían vacíos.

—Sí, puede que también por eso —dijo finalmente Roselli —. Pero hay una tercera posibilidad. Riccardo y Nick se odiaban. Y quiero decir que se odiaban jodidamente de verdad. A fondo. Nick odiaba lo inútil que era Riccardo. Y Riccardo odiaba que su padre pensara que él no tenía madera de jefe. Llevaban meses sin hablarse. Cuando lo detuvieron, Riccardo ni siquiera llamó a Nick para que le buscara abogado, pagara la fianza o hiciera una llamada para arreglar las cosas con el juez. Y Nick se limitó a desentenderse del chico, a dejar que se las arreglara solo. Así de estupendas eran sus relaciones. Riccardo pasó dos meses enteros en la cárcel antes de llamar a su padre para que pagara la fianza, cagado de miedo. ¿Por qué crees que Riccardo no le contó a su padre que estaba traficando con enormes cantidades de coca, Dante?

—Cuéntamelo tú.

—Mi teoría… Riccardo estaba tan cabreado con Nick que planeaba un golpe. Quitarle el poder de la Mafia al viejo. Demostrarle que tenía madera de jefe de verdad. Utilizar ese dinero de la cocaína, a los policías, para que le ayudasen a asumir por completo el mando de Los Ángeles. Es exactamente el tipo de jugada idiota que Riccardo pensaría que era inteligente. Así que ponte en mi lugar, Dante. ¿Por qué contarle a Licata lo que planeaba su hijo cuando eso me iba a dejar con el culo al aire ante la Agencia *y* también destrozaría a Nick? Tú le viste aquella noche en la fiesta, escondido en la casa de la piscina para que nadie lo viera llorar. Un jefe de la

jodida Mafia, Dante, que llora como una mujer.

—Vamos, Johnny. Perdió a su único hijo. Dale un respiro.

—No, al carajo con eso. Uno no llora, Dante. Nunca. ¿Crees que a Luciano, a Siegel o a Genovese los cogerían llorando alguna vez? Es patético, Dante. Me da asco. ¿Y por qué está llorando? ¿Por Riccardo? Si hubiera sido yo, estaría diciendo que quinientos mil dólares de fianza era el dinero mejor gastado de mi vida si eso significaba que me libraba de ese payaso.

Roselli se quitó las gafas y miró directamente a Dante.

—¿Crees que voy a contarle a Nick que a su hijo probablemente lo mató la CIA? ¿Mientras estaba preparando un ataque contra su propio padre? Mantuve la boca cerrada, Dante. Y la mantuve cerrada cuando Licata dijo que quería recurrir a ti para encontrar a Riccardo, y la mantuve cerrada cuando nos reunimos en la casa de la piscina. Eres la única persona a la que le he contado esto. Porque tú eres de la vieja escuela, Dante. Eres un profesional. Eres uno de los únicos que quedan que está a la altura de las circunstancias. De modo que la auténtica cuestión es: ¿qué le vas a contar a Nick cuando os veáis más tarde? Cuéntale la verdad, y se armará la de Dios es Cristo, y solo unos días antes de poder largarte a ese viñedo tuyo. Puede que termines con la CIA pisándote los talones. Y si no le cuentas la verdad a Licata, puede que termines con la Mafia pisándote los talones. Estás metido en el mismo problema exactamente que yo. Así que pregúntate: ¿a quién quieres tener echándote el aliento en el cogote para el resto de tu vida? ¿A la Mafia? ¿O a la CIA? Yo sé por quién me inclino, Dante, porque es lo que te he dicho… esos tipos de la CIA no son humanos, joder.

38

MIENTRAS DANTE CONDUCÍA CRUZANDO la ciudad para su reunión con Nick Licata, iba dándole vueltas en la cabeza a todo lo que le había contado Roselli y trataba de decidir si debería mentir o contar la verdad. ¿Podría decirle de verdad a Licata que su propio hijo muerto intentaba desposeerle? ¿Debería mencionar que Riccardo posiblemente era un confidente? ¿Que probablemente lo había asesinado la CIA? ¿Había algún modo de sobrevivir a la tormenta de mierda que se desencadenaría? La Mafia y los policías eran poderosos. El FBI y la Oficina Federal de Estupefacientes lo eran más. La CIA lo era más todavía. Aquello era como un panteón, con cada dios más poderoso que el siguiente. Todos ellos enfrentados y vengativos. Todos ellos espectros y fantasmas.

«Esos tipos no son humanos, Dante.»

Se frotó las sienes, todavía sin saber qué debería decirle a Licata. Roselli había quitado importancia a la amenaza que suponía Licata, como si el hecho de que Licata llorara significase que era débil. Pero Roselli se equivocaba. Que Licata tuviera una crisis significaba que era peligroso. Las emociones intensas provocaban eso en la gente, la convertían en cables de alta tensión, objetos incontrolables. Puede que Licata hubiera querido arreglar las cosas con Riccardo, pero había perdido la oportunidad. De modo que Riccardo había muerto odiando a su padre, y ahora Nick se estaba dando cuenta de que eso le obsesionaría durante el resto de su vida.

DESPUÉS DE CIRCULAR DURANTE media hora, Dante llegó al punto de encuentro: un enorme autocine al este de Los Ángeles. Se detuvo a las puertas y vio que las habían dejado abiertas. Miró a su alrededor para asegurarse de que no le habían seguido y

luego se internó sin bajarse del coche en un campo gigantesco con una pantalla de cine a un lado y un pequeño edificio en el otro donde vendían comida y bebida. Mientras Dante rodaba lentamente en el Thunderbird por un terreno lleno de baches, le sorprendió ver que el lugar estaba vacío, si se exceptuaban un par de coches aparcados cerca del edificio. De noche normalmente estaba atestado, una vulgar película de serie B en la pantalla y traficas moviéndose de coche en coche vendiéndoles a los chicos droga, pastillas, alcohol, armas, lo que fuera, a cubierto de la oscuridad.

Pero de día en el autocine también había movimiento, aunque no se proyectaban películas, porque era el escenario de lo que solo se podía describir como un mercadillo de delincuentes, lleno de rateros, ladrones y atracadores que intentaban descargar su botín tras las cercas. Aparecían yonkis con objetos que habían robado en almacenes y mansiones, muebles antiguos, cuadros que valían cien de los grandes y vendían por cuatro perras. Dante había estado allí una vez cuando un actor convertido en yonqui estaba tratando de cambiar sus Óscar por un pico. Le resultaba extraño que no hubiera nadie en aquel enorme campo vacío. Inquietante. Como uno de esos programas de televisión que mostraban cómo quedaría el mundo si estallase la bomba. Que el sitio estuviera desierto significaba que Licata debía de haberlo cerrado durante aquel día. Como si quisiera tener solo a Dante en aquel campo desolado, cubierto de hierba. De repente Dante tuvo la escalofriante sensación de que lo iban a liquidar. En el pasado al autocine lo habían usado para ejecuciones; era un lugar perfecto para eso.

Se detuvo en el exterior del edificio, apagó el motor del Thunderbird, agarró su Detective Special y se lo metió en la chaqueta. Le dijo al perro que se quedara en el coche. Se apeó, anduvo hasta la entrada y llamó con los nudillos. Abrió unos segundos después Pete Toscano, un mastuerzo de poca monta tamaño oso con antebrazos tatuados en la cárcel y una camisa marrón para jugar a los bolos que no le hacía ningún favor a su piel, cubierta de manchas rojas.

—Dante el Caballero —dijo Toscano, sonriendo—. ¿Cómo te

va? Entra. Nick está en la cocina.

Toscano condujo a Dante por un pasillo, cruzaron la zona de comida, provista normalmente de alimentos robados, y llegaron a la cocina. Cuando Dante entró, le sacudió una oleada de calor. La cocina era pequeña, tenía un horno tradicional para pizza hecho con ladrillos y, junto a él, una repisa con hornos eléctricos, todos los cuales estaban funcionando a plena potencia, con las puertas abiertas, haciendo que el lugar pareciera una sauna.

—Dios santo —dijo Dante, entrecerrando los ojos.

Delante de las puertas del horno estaban dos matones sentados en sillas, envueltos en mantas, bañados por el calor, con botellas de vodka en la mano. Licata estaba sentado junto a la puerta de la despensa, leyendo un programa de carreras de caballos, sin sudar ni una gota. Hizo un gesto a Dante para que se sentase en una silla de enfrente. Dante se sentó y comprobó que llegaba una brisa fresca por la puerta de la despensa que tenía detrás Licata.

—¿Qué cojones está pasando? —preguntó Dante, señalando a los dos matones.

—Paolo y Marco —dijo Licata—. Los dos van a pasar un test Nalline. Normalmente van a la sauna de calle arriba, pero está cerrada. Les dijimos que podían usar este sitio.

—¿Qué coño es un test Nalline?

—El Departamento Correccional lo usa para comprobar si los que están en libertad vigilada han vuelto a las andadas. Miden la dilatación del ojo, te suministran Nalline y vuelven a medir la dilatación. Pero se puede engañar al test con deshidratación severa. Por eso Paolo y Marco intentan provocarse un golpe de calor.

Licata se encogió de hombros… aquello era todo el trabajo del día. Uno de los matones dio un largo trago a su botella de vodka.

—¿Y bien? —preguntó Licata.

Dante sacó sus Luckies para ganar unos segundos porque todavía no estaba seguro de cómo plantear el asunto.

—No sé qué decir, Nick. Tengo pocas cosas. Parece que Riccardo fue a su oficina después de que lo soltaran e hizo un

montón de llamadas a un teléfono público de Bel Air, a la hora en punto, cada hora, como si quisiera verse con alguien que esperaba que estuviera en el teléfono público. Después de eso, se le pierde la pista. Yo supongo que quien respondía en ese teléfono público sabe lo que le pasó. Quién es… nadie lo sabe. Creo que si pudiera descubrir quién le proporcionaba la coca a Riccardo, a lo mejor averiguaría lo que le pasó. Pero nadie sabe nada. Hablé con toda la gente que se me ha ocurrido. Hablé con un amigo de la Brigada de Estupefacientes y ellos están tan desconcertados como nosotros. Nadie cuenta nada, Nick, porque nadie sabe nada.

Dante se encogió de hombros y miró a los matones, que sudaban.

—Entonces pensé que podría estar completamente equivocado en lo que buscaba —continuó—. Puede que la cosa no tenga que ver con la coca, puede que tenga que ver con la empresa que gestionaba, Ocean Movies, pero también lo investigué y tampoco conseguí nada. Si quieres saber mi opinión… Riccardo estaba en tratos con gente de fuera que trae coca y que es la que sabe lo que le pasó. Aparte de todo eso, no sé qué decir, Nick. Esto me supera.

Dante terminó su perorata y miró a Licata a los ojos. Acababa de mentirle. Podría haberle contado la verda, lo que habría supuesto cierto consuelo para Nick, que podría haber empezado a llorar la muerte de su hijo. Pero Dante no lo hizo. Mintió, como un cobarde.

—¿Estás seguro que es todo lo que has averiguado? —preguntó Licata, entrecerrando los ojos.

Dante contuvo el impulso de tragar saliva, apartar la vista, parpadear. Licata sabía que estaba mintiendo, sabía que ocultaba algo.

—Eso es todo lo que he averiguado —dijo Dante, consiguiendo mantener un tono neutro—. Pero seguiré indagando, Nick. Alguien tiene que saber algo.

Licata continuó mirándolo fijamente y Dante vio frialdad en sus ojos, casi podía verla congelar todo su ser. Dante sudaba debido al calor. Licata, ni una gota.

—¿Cuándo dijiste que ibas a firmar esos contratos del

viñedo? —preguntó Licata.

—Si todo va bien, el veintiséis. —Dante intentó hablar lo más despreocupadamente que pudo, pero la mención de su plan de retiro era una amenaza, y los dos lo sabían.

—¿Y crees que tendrás resuelto este trabajo antes de esa fecha? —preguntó Licata—. Porque la siguiente comparecencia ante el jurado es también el veintiséis.

—Claro.

Licata continuó mirando con los ojos entrecerrados a Dante, golpeando el programa de carreras de caballos contra el borde de la mesa.

—Ya sabes que aquí vienen todos esos yonquis que venden las mierdas que han mangado —dijo Licata—. No te lo podrías creer, cojones. La semana pasado vino un par de ellos. Unos caraduras de la hostia. Tenían un palé de cigarrillos que habían afanado de uno de nuestros camiones. Pete me cuenta lo que está pasando. De modo que bajo y compruebo la mercancía. Estamos seguros de que nos la han robado. Y ahora están aquí, tratando de volver a vendérnosla. No como manifestación de fuerza ni nada, sino porque son demasiado estúpidos para saber a quién se la habían levantado. De modo que les preguntamos… ¿los afanasteis de tal y tal camión tal y tal noche? Y ves en sus ojos que se dan cuenta de lo que han hecho. Pero en lugar de reconocerlo, empiezan a mentir. A mentirme en plena cara. Delante de todos. «No, no. Fue otro camión, otra noche.» Nos importa una mierda que manguen algunos pitillos. Me refiero, y es divertido si lo piensas, a que hay que ser jodidamente estúpido para tratar de volver a vendérnoslos a nosotros. Probablemente les daríamos unas cuantas hostias. Puede que liquidáramos a uno de ellos por aquello de dar ejemplo. Pero era la mentira lo que no podía soportar. La falta de respeto. De modo que Pete y yo encendemos los hornos. Ese tradicional hecho con ladrillos que puede alcanzar los novecientos grados. Los sujetamos, metemos sus manos dentro, una a una. Tendrías que haberlos oído gritar. Suplicaban por su madre. Y el modo en que la piel se les ponía negra. Parecían jodidos negros del codo para abajo. —Licata hizo una pausa, recordando el incidente—. Fue

porque mintieron, Dante.

Dante sintió que le recorría un escalofrío.

—De modo que con ese desgraciado incidente en mente —dijo Licata—, te lo preguntaré de nuevo. ¿Estás seguro de que me lo has contado todo?

Dante volvió a intentar no hacer ningún movimiento que pudiera revelar a Licata que estaba mintiendo, ni siquiera pestañeó. Y sabía cuando habló que su voz tenía que ser firme, no podía titubear.

—Te lo he contado todo, Nick.

Dante apenas conseguía respirar mientras esperaba la respuesta de Licata.

—Entonces sigue investigando —dijo—. Quiero esto resuelto para el veintiséis.

Parte doce

Louis

39

EL LUAU ESTABA SITUADO en el 421 de North Rodeo Drive. Construido cuando arrasaba la moda tiki polinesia en la década de los cincuenta, estaba lleno de cascadas, tótems, biombos de junco y hornacinas. Incluso había un foso alrededor y un puente para cruzarlo. «Hawái sin los volcanes», le gustaba bromear al dueño.

Sin embargo, a pesar de su carácter *kitsch,* era uno de los restaurantes más a la última de Los Ángeles. La élite de Hollywood lo frecuentaba. Steve McQueen y sus colegas moteros lo frecuentaban, Johnny Roselli y su grupo mafioso lo frecuentaban. Y como se encontraba enfrente de las oficinas de la agencia de Joe Glaser, la mayoría de los agentes y artistas relacionados con la agencia que se ocupaba de Louis también lo frecuentaban. Aunque a aquella hora concreta del almuerzo, cuando Louis esperaba a que su agente cruzara la calle, atravesara el foso y se reuniera con él, la clientela parecía que la constituían en su mayoría chicas de los institutos de Beverly Hills protegidas de los hombres de la industria del cine más ricos y poderosos de la ciudad.

Louis miraba por las ventanas la intersección de Rodeo y Brighton Way. Brillaba un sol invernal, se oía el ruido sordo del tráfico y las mujeres ricas sacaban de paseo sus migrañas, exhibían perros premiados en concursos y estiramientos faciales. Glaser había elegido un buen sitio cuando trasladó la agencia de artistas famosos a Los Ángeles en la década de los cuarenta. Aunque entonces la agencia se había especializado en artistas negros, Glaser instaló las oficinas aquí, en el corazón de la zona de blancos de Los Ángeles, para convencer a sus clientes de que, aunque contrataban a artistas famosos negros, quienes en definitiva llevaban el negocio eran blancos. Era una apuesta por la autenticidad, supuso Louis. Puede que

fuera eso lo que anhelaba Glaser. Al ser un judío de Chicago le resultaba difícil serlo interiormente.

Desde el traslado, Glaser se había diversificado, lo que significaba atraer además a estrellas blancas como clientes; a Louis y Billie Holiday en los primeros tiempos añadió artistas como Barbra Streisand, Noël Coward y Bob Hope. Cuando el Ministerio de Asuntos Exteriores organizaba giras internacionales de músicos como parte de su diplomacia cultural frente a los soviéticos, Joe Glaser contribuía a organizarlas. Era un ascenso importante desde sus comienzos en el mundo del hampa durante los años veinte, cuando dirigía una red de prostitución y un club nocturno de Al Capone —el Sunset Café— donde Louis y sus colegas habían sido la orquesta de la casa.

Unos cuantos años después de que Louis y Glaser se hubieran conocido allí, Louis estaba en decadencia, con gánsteres, empresas discográficas y una exmujer acosándole. Había pasado meses escondiéndose de todo eso en París y Nueva York antes de llamar a Glaser y hacerle una oferta: quítame a los mafiosos y abogados de encima y haremos negocios juntos. Una extraña oferta teniendo en cuenta que lo más cerca que anteriormente había estado Glaser de ser un mánager artístico consistía en la promoción de combates de boxeo amañados en Chicago. Pero Louis sabía incluso entonces que la industria de la música era un nido de víboras, lo que significaba que uno necesitaba su propia víbora. Y Glaser lo era.

La asociación ascendió como un meteoro durante el siglo, desde la pobreza y el crimen en las calles de la era de la Gran Depresión en Chicago hasta controlar la tercera agencia teatral más importante del país y viajar por el mundo como un embajador cultural del gobierno. Era una larga historia que compartían los dos, y ahora Louis tenía que reunir el valor necesario para decirle que podría tener que retirarse, que quizá su carrera se había terminado. Eso probablemente no afectaría mucho a Glaser, que tenía contratadas a muchas estrellas blancas. Pero Louis aún tenía la sensación de que lo decepcionaría.

Pasados un par de minutos entró Joe Glaser, caminando como un viejo, la cabeza encorvada, como si le pesara con demasiados recuerdos.

Localizó a Louis, se acercó a él y se sentó.

—¿Cómo te va? ¿Buen vuelo? —preguntó Glaser con su tono cortante de Chicago.

—Claro, jefe. Todo bien.

Glaser sonrió.

—Le pedí a una de las chicas que te preparase el itinerario durante tu estancia.

Sacó una hoja de papel y se la pasó. Louis apreciaba esas cosas de Glaser. Nada de preámbulos, ninguna tontería. Solo negocios. Louis examinó el itinerario. Ensayos para el *Programa Especial de Navidades de Steve Allen,* luego intervención en el programa, vuelo a Las Vegas para una semana de actuaciones en el Tropicana, uno de los casinos de la Mafia, donde se le uniría Lucille, más adelante sesiones de estudio para grabar una canción nueva, luego regreso a Los Ángeles y luego vuelta a Nueva York. Un par de semanas agotadoras incluso para un hombre con la mitad de años que Louis.

—¿Para qué es ese tiempo de grabación que contrataste en el estudio de Bill Porter? —preguntó Louis.

—Para una nueva canción que mandó Bob Thiele. Creo que te vendrá bien.

Louis asintió. Sabía lo que suponían las sesiones: nada más terminar su actuación de medianoche en el Tropicana se dirigía directamente al estudio de grabación United de Bill Porter para grabar por la noche y la mañana. El lugar estaba cerca de una vía de mercancías, lo que significaba que los pitidos de los trenes que pasaban terminaban por ser recogidos en las cintas, lo que significaba que las sesiones, en el mejor de los casos, suponían parar-empezar.

Glaser debió de notar que a Louis no le gustaba el proyecto.

—Será un éxito, Louis —dijo—. Fíate de mí. El mayor de tu carrera. Será «Hello, Dolly» pero mejor. Entonces no me equivoqué, y no me voy a equivocar ahora. Tendré un ejemplar de la partitura para que te lo manden.

Louis volvió a asentir. «Hello, Dolly». En 1963 él llevaba un

par de años sin grabar nada cuando un editor de música convenció a Glaser de que Louis debería grabar la canción que daba título a un nuevo espectáculo de Broadway de un compositor que prometía llamado Jerry Herman. Aunque solo se lo hacía como un favor, a Louis y la orquesta les alegró volver al estudio. Pero no les hizo gracia cuando leyeron la partitura. Louis había movido la cabeza con desaliento. Todos la preferían como cara B. La grabaron en un día y continuaron con la gira.

Solo a Glaser le gustó la grabación.

—Será un éxito de la hostia —exclamó, cuando oyó el acetato. Una consideración optimista, pues las listas ya llevaban años dominadas por el rock y la Motown.

Pero Glaser acertaba. La canción empezó a tener una masiva difusión por radio, de costa a costa. Los ejemplares salían volando de los estantes. Glaser llamó a Louis, que seguía de gira, y le contó que tenía el mayor éxito de su carrera en las manos, que debería incorporar la canción a su repertorio nocturno. Pero ya habían pasado semanas desde que la grabaron y ni Louis ni ningún miembro de la orquesta podía recordar cómo era la canción. No consiguieron encontrar un ejemplar en las tiendas de discos locales, así que tuvieron que mandarles uno desde Nueva York. Cuando por fin la volvieron a oír, seguían sin pensar nada bueno de ella. Después de la sesión de grabación, el ingeniero de sonido le había añadido una sección rítmica más potente, cuerdas y un banjo, de modo que la versión publicada sonaba incluso más pintoresca. Pero cuando la tocaron en su concierto de aquella noche, tuvieron que salir a saludar ocho veces, y solo entonces se dieron cuenta de lo que pasaba.

«Hello, Dolly» siguió emitiéndose por la radio, se siguió vendiendo. Desplazó a los Beatles de la cabeza de las listas, vendió tres millones de ejemplares, se convirtió con mucho el mayor éxito de la carrera de Louis. Y ni siquiera estaba cerca de ser un tema de jazz. Louis se hizo habitual en los programas de la televisión: el *Tonight Show,* el *Dick Cavett Show,* el *Ed Sullivan Show,* el *Dean Martin Show.* Estaba en todas partes.

De eso ya hacía cuatro años, y nada lo podría superar. Louis

tenía sesenta y siete años, y llevaba trabajando como músico desde los doce. Fue una suerte haber conseguido su mayor éxito tras cincuenta años de carrera, el músico de más edad que había conseguido un número uno. No iba a suceder otra vez, no ahora que se encontraba en sus días de declive. ¿Por qué poner en peligro su salud solo por otra canción?

—¿Va todo bien? —preguntó Glaser—. No pareces el mismo de siempre.

Era el momento de hablarle de la cita con el médico. La secretaria del médico había llamado al Marmot aquella mañana para confirmarla para el día siguiente.

—Sí, solo es el desfase horario —dijo Louis.

Glaser frunció el ceño.

—¿Estás seguro de que solo es eso?

Era digno de notar el modo en que lo dijo Glaser, cómo conseguía que su voz sonara amenazadora y persuasiva al mismo tiempo. A Louis le recordó a la de su antiguo jefe, Capone, que también poseía un amabilidad amenazante que te dejaba pensando si era tu mejor amigo o te iba a dar una puñalada por la espalda.

Louis asintió, volviendo a sentirse un cagón y preguntándose por qué le costaba tanto contárselo a la gente. No era solo que su mánager no supiera que había tenido que cancelar aquellas giras de principios de año por cuestiones de salud. Miró a Glaser y recordó que tenían una edad parecida. Si Louis se venía abajo, probablemente a Glaser también le pasara lo mismo, por mucho que insistiera en comportarse como un tipo duro de Chicago.

Llegó un camarero para entregarles los menús. Glaser pidió filete Bora Bora, y Louis, cangrejo Tahití. Ninguno de los dos pidió alcohol porque Glaser era abstemio y Louis no se sentía cómodo bebiendo con él cerca.

Se abrieron las puertas de la calle y entraron dos hombres que Louis pensó inmediatamente que eran matones haciendo de guardias de seguridad. Su forma de andar como pistoleros lo decía, el modo en que sus miradas barrieron el espacio como guadañas. Se volvieron hacia las puertas a sus espaldas, haciendo pasar a otros dos hombres, ambos vagamente

conocidos. Cuando el *maître* los vio, corrió hacia ellos, en actitud servil, y los condujo a una de las mesas principales.

Mientras se sentaban, Louis se dio cuenta de quién era el primero: el gobernador Reagan. Llevaba un traje marrón y una corbata color borgoña. Y luego finalmente se dio cuenta de quién era el compañero de almuerzo del gobernador: Sidney Korshak. Notorio abogado de empresa, Korshak era consejero legal de la empresa de Glaser, con su propio bufete en el piso más alto del edificio y un ascensor privado detrás de una cortina dorada en el segundo piso para llegar a él.

Pero Korshak era también consejero legal de algunas de las mayores empresas del país, los principales sindicatos y la mayor parte de los mafiosos. Una combinación que lo convertía en la *éminence grise* del mundo del espectáculo, capaz de cerrar tanto Hollywood como Las Vegas si le apetecía. En cuanto representante legítimo del crimen organizado, él negociaba los tratos entre el mundo del hampa, los sindicatos y las corporaciones, en especial las que dirigían la industria del espectáculo. Lo mismo que Korshak tenía mano en la agencia de Glaser, la tenía también en la MCA, la mayor agencia de todas las que gestionaban artistas hasta que esta se dedicó a la producción unos cuantos años antes. MCA la dirigían algunos colegas mafiosos de Glaser y Capone desde la época de Chicago, y era responsable de la carrera del gobernador Reagan, tanto en el cine como después en la política; fueron la MCA y sus mafiosos quienes financiaron la campaña de tanto éxito de Reagan para la presidencia de la Asociación de Actores de la Pantalla y luego para ser gobernador de California.

—Korshak y el gobernador son colegas, ¿eh? —dijo Louis.

Se volvió para mirar a Glaser, que estaba examinando a los hombres con expresión de enojo.

—Korshak ayudó a Reagan en un acuerdo sobre tierras el año pasado.

—¿Qué acuerdo sobre tierras? —preguntó Louis, encendiendo un cigarrillo.

—Reagan era dueño de un rancho en Malibú —dijo Glaser —. Hectáreas de terreno montañoso que solo servían para

montar a caballo. Después de que lo eligieran gobernador el año pasado, decidió venderlo. La Twentieth Century Fox hizo una oferta porque sus terrenos lindaban con él. La idea era ampliarlos y construir un estudio en el rancho. Pero resultó que el terreno no era el adecuado… demasiado pedregoso y escarpado, como cualquiera con un par de ojos les podría haber dicho antes de que lo compraran. De modo que nunca se molestaron en seguir adelante. Y entonces llega la Fox y paga más del doble del precio señalado: cuatro mil dólares la hectárea. El condado la tasó en menos de dos mil. Y entonces resultó que un grupo de ejecutivos de la Fox contribuyó a financiar la campaña de Reagan para gobernador. Y entonces una de las primeras cosas que hace Reagan cuando es gobernador es decretar la mayor disminución de impuestos en la historia de California, específicamente en beneficio de los estudios de cine. En todo ese papeleo estuvo implicado de algún modo Sid Korshak, como siempre. Utilizando una empresa falsa de Delaware, un banco en un paraíso fiscal.

Glaser se encogió de hombros. Louis tuvo la sensación de que desaprobaba a Korshak, o al menos sus manejos políticos. Extraño que desaprobara al consejero legal de su empresa. Louis se preguntó si habría algo más entre ellos. Se volvió para examinar al hombre sentado con el gobernador. Korshak era alto y guapo, con ojos soñolientos que contradecían lo que debía de ser un carácter de predador; su pelo era poco espeso y gris y lo llevaba peinado hacia atrás desde una entrada muy marcada. Cuando Glaser y Louis lo miraban, alzó la vista y los distinguió. Saludó con la cabeza a Glaser y se llevó un dedo a un sombrero imaginario.

Glaser le devolvió el saludo y luego él y Louis volvieron la atención a su propia mesa. Charlaron mientras bebían agua y tomaban los entremeses, hablando de todo excepto de su salud. Durante toda su charla Louis no pudo dejar de pensar en los hombres sentados unas cuantas mesas más allá. Había planeado preguntarle a Glaser si sabía algo de Karl Drazek, el productor de televisión que Ida estaba buscando. Louis había estado haciendo preguntas por ahí, pero no había conseguido enterarse de nada: Drazek había desaparecido de la faz de la

tierra. Pero ahora que Louis había visto a Korshak y Reagan, pensó que era mejor no preguntar a Glaser. Drazek trabajaba para Universal Television, de la que era dueña MCA, la misma corporación con la que estaban relacionados Korshak y Reagan.

Puede que solo fuera algo propio de su mente de viejo eso de ver cosas que no existían, o puede que hubiera una conspiración en marcha, y una en la que estaban involucrados todos. En cualquier caso, algo en el modo en que todo estaba relacionado en Los Ángeles hacía que Louis tuviera recelo, le infundía una oleada de miedo escalofriante que le atravesaba. Trazó mentalmente una línea desde él mismo hasta Glaser, hasta Korshak, hasta Reagan… desde el músico de jazz hasta el exsecuaz de Capone, hasta el abogado del mundo del hampa, hasta el gobernador de California. Aquel entrelazamiento de espectáculo, crimen organizado, política, la estafa al contribuyente, todo hecho tan desvergonzadamente, tan a las claras. Si la cita inminente con el médico no fuera ya suficiente para activar su creciente pesimismo, aquel lío en el que se veía atrapado habría servido por sí solo para hacerlo.

Parte trece

Ida y Kerry

40

IDA Y KERRY CONDUJERON en caravana hasta una tienda para que esta pudiera comprar papel celofán y celo con los que arreglar la ventanilla del coche que habían roto White y sus hombres. Luego condujeron hasta un bar del centro para reunirse con un policía amigo de Ida. Esta entró mientras Kerry se quedaba sentada en su coche esperando, mirando a su alrededor por si había alguna señal de White y sus matones. Además del incidente con ellos de aquella mañana, las revelaciones de Ida sobre el Matarife Nocturno habían puesto aún más nerviosa a Kerry. Si los reclusos en Vacaville que habían tomado parte en el ensayo clínico con drogas estaban en una lista de muertos, entonces sin duda también Stevie debía estarlo.

Al cabo de unos diez minutos Ida volvió a salir con una carpeta en la mano y se subió al Cutlass al lado de Kerry.

—Todo bien —dijo Ida, hojeando la documentación—. Conseguí algo más de información sobre los tres reclusos que murieron. A Henderson y Rawls los mataron atropellándolos con un coche. A Paxton le dieron una cuchillada mortal en un supuesto robo. No mucho después de ponerlos en libertad. Todo lo cual resulta endemoniadamente sospechoso. Alguien está decidido a tratar de encubrir la relación del Matarife Nocturno con esos ensayos clínicos con drogas. El compañero de piso de Paxton contó a la policía que unos días antes de que lo mataran alguien que afirmaba que era policía fue a verlo y después de la visita se puso exageradamente nervioso. El policía coincide con la descripción de Hennessy. Parece como si Hennessy hubiera aparecido por allí con su falsa identificación de policía para advertir a Paxton de que estaba en peligro. Después de eso, Paxton se quedó tan asustado que no salió de casa, y probablemente por eso lo mataron en un

atraco simulado en lugar de atropellarlo como a los otros dos. En cualquier caso, el compañero de piso también dijo que Hennessy iba con alguien en el coche. Alguien más joven que coincide con la descripción de Stevie. Si nos podemos fiar del compañero de piso, eso significa que es evidente que Hennessy y Stevie trabajan juntos. Lo que significa que Stevie está protegido por Hennessy.

Kerry reflexionó al escucharla, sintiendo cierta tranquilidad porque Stevie no estuviera solo.

—Lo que también significa que es menos probable que Stevie sea el Matarife Nocturno —dijo—. Hennessy no estaría trabajando con él si fuera un asesino.

Ida asintió.

—Eso parece.

—¿Entonces qué hacemos nosotras?

—Perseguir a los dos reclusos que se escaparon de Vacaville… Ronnie Mouzon y Pete Cooper… se supone que andan huidos por alguna parte del estado. La policía ha emitido una orden de busca y captura de los dos, *es decir, está a la caza de ellos*. Hennessy los fue a ver a Vacaville. Consiguieron salir pitando antes de que obtuvieran la libertad. Si encontramos a uno de ellos, podríamos seguir la pista de Hennessy y Stevie. Puede que también la del Matarife Nocturno. Nunca se sabe, uno de esos fugados podría ser en realidad el Matarife Nocturno. Eso si los podemos encontrar, y si tú quieres que trabajemos juntas.

La propuesta sorprendió a Kerry, que daba por supuesto que ya lo estaban haciendo.

—Claro que quiero —dijo.

—Bien.

Ida le sonrió y luego bajó la vista para hojear más documentos.

—Bien, los dos fugados. A Mouzon lo atraparon traficando con droga en el sesenta y dos y en el sesenta y siete. Por la Brigada de Estupefacientes en la calle ambas veces. Dos periodos de condena en Folsom. No se sabe cómo acabó en Vacaville. Cooper cometió de joven una serie de delitos menores, peleas y pequeños robos sobre todo, y luego unas

cuantas infracciones de orden público en San Francisco. Luego lo mandaron a la cárcel de Salinas Valley después de que, puesto hasta arriba de STP, tratara de prender fuego a una comisaría de policía. De ahí lo mandaron a Vacaville. En la ficha también figuran los denominados «socios conocidos» de los dos. Son nueve. Si le sumamos parientes próximos y direcciones anteriores, tendremos que visitar dieciséis lugares diferentes.

Ida le pasó los documentos a Kerry. Esta examinó los antecedentes de Cooper y Mouzon, sus largos historiales delictivos. Luego se centró en los detalles de los socios conocidos. Todos eran delincuentes, y tan nefastos como los propios Cooper y Mouzon, con historiales de tráfico y violación, peleas en bares, navajazos, robos callejeros, atracos. Por algún motivo, ninguno de ellos estaba actualmente en la cárcel. Un golpe de suerte para Kerry e Ida, y una desgracia para la sociedad en general.

—Una última cosa —dijo Ida—. Vamos a recorrer esas direcciones una detrás de otra. Quiero que tú aparques un poco lejos y te quedes en el coche mientras yo me ocupo de hablar. Así no te verán a ti ni tu coche. Si yo noto que alguno de los tipos con los que hablo podría saber dónde están Cooper y Mouzon, o que quizá vayan a intentar ponerse en contacto con ellos y advertirlos, te haré una señal. La señal significa que te quedes donde estás y luego les sigas, averigües adónde van.

—¿Cuál es la señal?

—Dejaré caer mis llaves al suelo cuando vuelva a mi coche. ¿De acuerdo?

—Claro.

DOS MINUTOS DESPUÉS ESTABAN en acción. Los socios conocidos de Cooper y Mouzon estaban dispersos por toda la ciudad: la terminal de mercancías de Hobart Yard, las cocinas del Riviera Country Club, habitaciones de hotel en barrios bajos, perreras donde mantenían a grupos de dóberman babeantes encerrados en jaulas metálicas a pleno sol. Desde las colinas hasta las llanuras, hasta los desfiladeros, hasta la costa. El día se llenó una vez más de autopistas y calles, tráfico y esmog, cigarrillos

y emisoras de radio que emitían jazz, pop, bues, Motown. Un sonido incoherente para una ciudad incoherente. El celofán que habían pegado en la ventanilla rota de Kerry se sacudía, agitaba y tamborileaba. El sol rebotaba en las señales de tráfico y los coches, cada reflejo destellando brevemente al paso de Kerry, como si la ciudad estuviera señalándole el camino con fragmentos de fogonazos, indicándole algo con aquellos ecos.

En determinado momento pasaron junto al dónut gigante de cemento del techo del Big Donut donde servían sin salir del coche, y Kerry sonrió al ver ese punto de referencia. Después de ese empezó a distinguir otros techos con adornos parecidos: una lechería que lucía una vaca gigantesca; un local mexicano, un sombrero gigantesco. En otras zonas, más anuncios enormes invadían el perfil del cielo: botas de vaquero, bandejas para comer viendo la tele, envoltorios de plástico para alimentos, paquetes de Marlboro, tazas de café humeante. Como si la ciudad estuviera elevándolos hacia el cielo; ofertas a un dios celestial del consumo.

Hasta última hora de la tarde no dieron con algo útil: una dirección de Watts que constaba como la casa de Paul Brockhalt, uno de los socios conocidos tanto de Cooper como de Mouzon. Kerry aparcó un poco alejada; Ida, justo enfrente.

Kerry observó cómo Ida cruzaba la calle hacia una gran casa de madera con un cartel encima del garaje que decía: «Sede de la Watts Free Press». La puerta del garaje estaba abierta y media docena de negros movían cajas desde las sombras y las cargaban en una furgoneta que estaba aparcada en el camino de entrada a la casa.

Ida habló con uno de los hombres, que le señaló a otro hombre —presumiblemente Brockhalt— más alejado, que estaba cerca de la entrada del garaje. Era joven y de color castaño, vestía camiseta y vaqueros, tenía mucho pelo y el ceño fruncido. Kerry intentó ubicarlo en su lista de sospechosos: encerrado en Folsom durante una redada antidrogas y una pelea a navajazos. Pero parecía más un estudiante que un delincuente.

Mientras Ida hablaba con Blockhalt, Kerry observó que el

chico se ponía tenso y en guardia. Pero al cabo de unos segundos levantó una mano y él e Ida desaparecieron en las sombras del garaje. Kerry sacó sus cigarrillos, fumó y contempló a los hombres que llenaban la furgoneta con cajas. Todos tenían un aspecto similar a Blockhalt: se habían dejado el pelo largo y llevaban camisetas de colores chillones. Ella los habría considerado unos *hippies* de no ser por su aire resuelto. A pesar de su ropa informal, había algo decidido en su modo de moverse: emprendedor, concentrado, adiestrado. Le recordaron a los soldados negros que curó en Vietnam, lo que le hizo preguntarse si alguno de ellos habría estado en la guerra. Si habían adquirido aquel modo de comportarse y aquel aire disciplinado en el ejército y los habían traído consigo a casa, utilizándolos para organizar empresas como la Watts Free Press, fuera lo que fuese eso.

Los hombres terminaron de llenar la furgoneta. Uno de ellos saltó dentro de la cabina y se alejó conduciéndola mientras los demás volvían al garaje. Kerry miró los alrededores. Un poco más lejos había una hilera de tiendas cerradas, con aspecto de haber sido incendiadas y los techos parcialmente hundidos. Se preguntó si las habían destruido durante los disturbios raciales de un par de años antes. Ella vio los disturbios en la tele cuando estaba en Luisiana, no mucho antes de alistarse en las Fuerzas Aéreas. Enfrentamientos en la zona, calles enteras en llamas, intervención de la Guardia Nacional. Había visto locutores en los noticiarios televisivos que culpaban de los disturbios a la ola de calor, la luna llena, las mareas, el paso de un meteoro. Apenas referencias a la pobreza, desesperación y racismo predominantes en Watts. Solo en una ocasión escuchó mencionar que a los residentes en la zona se les negaba la posibilidad de asegurar sus propiedades comerciales, para así iniciar sus propios negocios; se les negaban las hipotecas, de modo que ni siquiera eran dueños de sus casas.

Entonces aquello le había sorprendido, pero ahora los disturbios raciales eran habituales. Precisamente al último verano se le había llamado «El largo y cálido verano» porque los disturbios —más de ciento cincuenta— habían tenido lugar en ciudades de todo el país, aunque no, por algún motivo, en

Watts. Por entonces Kerry estaba en Vietnam, pero los conflictos raciales se habían notado incluso allí, con segregación de los propios soldados negros y blancos, que se enfrentaban entre sí, se peleaban. Ella cada vez tenía que transportar a más soldados heridos por sus compañeros en reyertas raciales.

Pero al «Largo y cálido verano» también se le había llamado «El verano del amor» debido a la revolución *hippie* de California. ¿Cómo un mismo verano podía pasar a la historia con dos nombres opuestos? ¿Cuál se impondría al final?

Unos diez minutos después Ida volvió a salir bajo la mirada vigilante de Blockhalt y unos cuantos chicos más. Cuando se acercaba a su Cadillac, acercó sus llaves a la puerta y las soltó. Cayeron y ella se agachó para recogerlas. Eso le llevó solo un par de segundos y pareció completamente natural. Se subió a su coche y se alejó conduciéndolo, y a Kerry le sorprendió sentir un aguijonazo de pánico cuando se quedó sola.

Los hombres volvieron dentro y Kerry esperó, sintiéndose de pronto increíblemente desprotegida, llamativa, blanca. Se hundió en su asiento. Esperó el resto de la tarde, y durante todo el tiempo estuvo rezando para que no pasase alguien y le preguntara qué coño hacía allí una chica blanca. Encadenaba un pitillo con otro, tratando de contener su nerviosismo. Se preguntaba por qué Ida había encontrado lo suficientemente sospechoso a Blockhalt para indicarle que lo siguiese. ¿Escondía Blockhalt al Matarife Nocturno? ¿Le llevaría a Kerry hasta él? ¿O hasta Stevie?

Kerry vio que una puesta de sol rojo anaranjada teñía el cielo, luego llegó el azul oscuro de la noche, apagando la calle. Pasó más tiempo. Por fin varias personas empezaron a dejar la casa, entre ellas Brockhalt. Este examinó los alrededores, buscando quizá potenciales perseguidores, y luego se dirigió a su coche, un Dodge Dart en muy mal estado. Se subió a él y se dirigió al sur, luego al este y después al norte, conduciendo en zigzag hasta que llegó a la autopista Harbor. Solo entonces se dio cuenta Kerry de lo alejado que estaba Watts del resto de la ciudad. Los Ángeles estaba enlazada por autopistas, pero en Watts era como si la red de carreteras se utilizara para tener la

zona encerrada, vallada, dejarla cocerse, consumirse, destilarse. Daba igual que allí hubiera disturbios raciales.

En la autopista se espesaba el tráfico. Empezó a llover. Gotas diminutas que volvían resbaladiza la ciudad. Kerry notó que la lluvia entraba en el coche por el celofán extendido sobre la ventanilla rota.

Se dirigieron hacia el norte durante unos veinte kilómetros y luego Blockhalt salió de la autopista y zigzagueó por calles laterales hasta que se acercó a un mercado nocturno en una calle adoquinada. Aparcó y saltó fuera del coche. Kerry se detuvo un poco a distancia y le siguió. Era como si estuvieran en un poblado mexicano del antiguo Salvaje Oeste, con puestos que bordeaban las calles vendiendo recuerdos a los turistas: vestidos mexicanos, sarapes, ponchos, cerámica, muñecas de cristal.

Anduvieron calle arriba, pasando junto a vagabundos con barba y ropa muy ancha refugiados bajo aleros. Desembocaron en una plazuela con una fuente, una estatua y una iglesia de una antigua misión española. Brockhalt se dirigió a un puesto que vendía comida mexicana y saludó al hombre que lo atendía. Este llenó una bolsa de papel con comida y luego deslizó dentro algo que sacó de algún sitio debajo del puesto; algo demasiado pequeño para ser un arma. Brockhalt pagó al hombre y se introdujo entre la multitud, y Kerry siguió detrás de él.

De vuelta a sus coches, condujeron otra vez por la ciudad. Atravesaron Chinatown, llegaron a la autopista de Pasadena, Chavez Ravine, la autopista Golden State, la autopista Glendale, con gotas de lluvia a ochenta kilómetros por hora que chocaban contra Kerry por la ahora ya completamente despegada ventanilla.

Condujeron otros diez u once kilómetros. Llegaron a Glendale y pareció que era suficiente. Se internaron por unos callejones y descendieron a los barrios bajos. Brockhalt dobló hacia una calle de aspecto decrépito en la parte baja de las colinas y se detuvo delante de una casa de aspecto decrépito. Kerry siguió conduciendo y se paró una manzana y media más arriba. Anduvo calle abajo por aceras acolchadas por hojas

amarrillas desprendidas de los árboles por la lluvia. Pasó delante de la casa. Anotó el número, el nombre de la calle. Anotó la matrícula del coche.

La casa estaba en una esquina, y por una ventana de su lado salía luz. La ventana tenía corridas unas cortinas limpias, pero no del todo. Por la abertura Kerry pudo distinguir una cocina, una nevera, un trozo de la mesa de la cocina. Podía ver a Brockhalt paseando por allí. Al cabo de uno o dos minutos advirtió la presencia de otros dos hombres, que hasta aquel momento se habían mantenido lejos de la ventana. Uno de ellos concordaba con la descripción de Ronnie Mouzon, el hombre al que había ido a ver el agente Hennessy en Vacaville antes de que se fugara.

Kerry volvió andando hasta su coche, preguntándose si el hombre que había visto sería el Matarife Nocturno. Se sentó en el Cutlass y esperó. La lluvia de la noche la empapó. Oía su sonido como de cubiertos en el techo del coche. Contempló la neblina frente a las colinas, los relámpagos frente a las montañas.

Imaginó que la lluvia llenaba el paisaje hasta inundarlo, hasta formar un pantano que lamía las casas, con las señales de tráfico y los postes de teléfono asomando por encima del agua, con las luces de la calle reflejándose en su superficie, y más allá, entre las sombras, el cuerpo de su padre flotando boca abajo. El día que lo encontraron abrazó a Stevie, apretándole con fuerza, conteniendo sus lágrimas para evitar las de él, prometiéndole que nunca lo dejaría solo.

UNA HORA MÁS O MENOS DESPUÉS se abrió la puerta principal, formando un abanico de luz amarilla en el descuidado césped. Salió Brockhalt, que se marchó en su Dodge. La lluvia se detuvo un poco más tarde. Kerry encontró un teléfono público, llamó a Ida y le contó lo que había pasado.

—¿Seguro que estás en Glendale? —preguntó Ida.

—Sí, estoy segura. ¿Por qué?

—En Glendale de noche están excluidos los negros. No se les permite andar por la calle después de las siete.

Kerry frunció el ceño, sin entender por qué Mouzon y su

colega se habían escondido en un sitio como aquel.

—Estaré ahí dentro de media hora —dijo Ida, colgando el teléfono.

Kerry volvió andando a su coche, fumó su último cigarrillo. Miró los charcos que había formado la lluvia en el salpicadero, sus superficies recogiendo reflejos de las nubes que avanzaban rápidas por el cielo, las colinas que acechaban las calles. Contempló las gotas que caían en la curva del volante. Sintió aquella misma soledad desesperanzada que se abatía sobre ella, el miedo a que nunca volviera a ver a Stevie. Un miedo que acechaba como las colinas. Que avanzaba como las nubes.

MEDIA HORA DESPUÉS IDA se detuvo y Kerry se apeó y se acercó a su coche.

—Buen trabajo —dijo Ida.

Kerry sonrió.

—¿Vamos a entrar ahí para hablar con ellos? —preguntó.

Ida asintió, pero de un modo cauteloso.

—En otras circunstancias yo no entraría ahí de noche contigo, las dos solas —dijo—. Pero no podemos perder tiempo. Ellos podrían estar preparándose para cambiar de escondite, y entonces los perderemos. Estoy dispuesta a correr el riesgo, ¿lo estás tú?

—Claro.

—Bien. No quiero estar demasiado tiempo en estas calles. Este es el sitio más racista de Los Ángeles. Es donde tiene sus cuarteles el partido nazi de Estados Unidos. ¿Llevas encima tu arma?

—Sí.

—¿Sabes usarla?

—En Vietnam me prepararon para hacerlo.

—Entonces vamos.

41

IDA Y KERRY SE acercaron al escondite de Mouzon. Ida le echó una ojeada por primera vez: un chalé destartalado con la pintura desconchada, el césped marrón y una valla medio caída. Las casas cercanas respondían al mismo modelo. Corriendo detrás de ellas, en paralelo a la calle, había un terraplén salpicado de maleza que subía para sujetar una parte de la carretera elevada.

Llegaron a la puerta de entrada y llamaron con los nudillos. No hubo respuesta, solo el ruido de los coches que pasaban rugiendo por la carretera elevada de detrás de la casa. Esperaron, llamaron de nuevo, esperaron otra vez.

—¿Quién es? —dijo finalmente una voz desde el otro lado de la puerta.

Ida imaginó que Mouzon y quizá el otro hombre del que le había hablado Kerry estaban de pie detrás de la puerta, los dos con armas en la mano. Se hizo a un lado, indicando a Kerry que la imitara.

—Señor, me llamo Ida Young. Soy investigadora privada. Hablé con su amigo Paul Brockhalt antes, hoy. Estoy tratando de encontrar a un asesino que atacó a alguien que conozco.

Esperó que Mouzon respondiera. No lo hizo. Decidió poner a prueba la posibilidad de que ya pudiera saber que había un asesino detrás de él y sus colegas reclusos.

—Ese asesino también le busca a usted, Ronnie —dijo—. Y creo que sabe eso. Si deja que hable con usted, puedo ofrecerle ayuda, consejo, dinero, un lugar seguro donde quedarse. Lo único que pido es entrar y hablar. Piénselo. Si yo lo he encontrado con tanta facilidad, ¿no cree que el hombre que mató a todos esos reclusos de Vacaville también le podría encontrar con la misma facilidad?

Ida esperó. Pasaron unos veinte segundos en silencio antes

de que la voz de detrás de la puerta hablara de nuevo.

—¿Por qué no se marcha de una puta vez de mi casa?

Ida lo pensó.

—Lo dos sabemos que esta casa no es suya, Ronnie —dijo—. Los negros no pueden poseer casas en Glendale. Y aunque pudieran, yo todavía no me marcharía a ninguna parte porque aquí tengo todas las ventajas. Puedo quedarme donde estoy y mandar a mi amiga al teléfono público que hay calle abajo para que llame a la policía. Lo que le deja con dos posibilidades. Sale disparando o salta por la ventana de atrás y desaparece, pero esta vez sin escondite y sin coche. Piense en el terrible lío. Pero si me deja entrar y hablamos, puedo darle los doscientos pavos que tengo en el bolso y luego me marcho.

Otra vez silencio, aunque en esta ocasión a Ida le pareció que oía susurros al otro lado de la puerta, a los dos hombres debatiendo.

—¿Qué tal si mete los doscientos pavos por debajo de la puerta y luego hablamos?

—Bien, me fío de usted.

Ida sacó el dinero de su bolso, se arrodilló y lo metió por debajo de la puerta. Miró a Kerry y se encogió de hombros. Esperaron. La puerta se abrió una rendija. Mouzon la miró por la abertura. Su descripción se correspondía: alto, de piel clara, ojos verdes. Pero sus ojos estaban vidriosos, y tenía la cara hinchada. Sobre su complexión delgada llevaba una bata beis de felpa. Ida se preguntó si aquel sería el Matarife Nocturno. Cuando vio las armas que empuñaban Ida y Kerry, desconfió.

—Usted también las tendría de encontrarse en nuestra posición —dijo Ida—. Solo somos dos mujeres, Ronnie. Y solo queremos hablar.

Él lo pensó. Se encogió de hombros. Abrió la puerta. Tenía un 38, pero la mano que la empuñaba estaba bajada, a un lado. De pie junto a él estaba un negro alto con camiseta y vaqueros, de la misma edad que Mouzon, con el mismo tipo de arma en la mano.

Mouzon hizo un gesto a Ida y Kerry para que lo siguieran. Cruzaron un sórdido vestíbulo hasta una sala de estar del fondo de la casa con latas de cervezas y envoltorios de comida

rápida dispersos por ella. En la habitación reinaba un ligero olor metálico a tubo de escape, es probable que procedente de la carretera elevada de detrás de la casa. Encima de la mesa baja de centro, entre los ceniceros y colillas, había utensilios para drogarse. Ida miró a Mouzon de nuevo y se dio cuenta de que estaba colocado; probablemente se había metido un pico no mucho antes de que llegara ella. Eso explicaba que hubiese claudicado finalmente. Podía confiarse en que los yonquis optaban por la ley del mínimo esfuerzo.

—Siéntense, si encuentran dónde —dijo él, desplomándose en un sillón.

Kerry despejó un espacio para ellas en el sofá y se sentaron. Ida seguía con su revólver en la mano, que descansaba en su regazo. Mouzon colocó su 38 sobre la mesa de centro que tenía delante. Su socio fue a la ventana y se instaló en el alféizar, metió su pistola en el cinturón, se cruzó de brazos y las miró furioso.

Solo entonces se fijó Ida en el fusil de la esquina, puesto en vertical sobre su culata, apoyado en la pared. Un Ithaca del calibre 12. De los que usa la policía. Una caja de proyectiles en la alfombra junto a él. Cuatro personas en la habitación, cinco armas. Se volvió hacia Mouzon. Él la miró y entonces, sin motivo, la cara se le contrajo, como si estuviera haciendo guiños, pero con más intensidad, involuntaria, dolorosamente. Cogió una lata de cerveza de una mesa lateral y le dio unos tragos, como si el alcohol mantuviera el tic a raya. Cuando dejó la lata, miró a Ida del modo en que lo hacen los yonquis, de refilón; era imposible decir lo que estaba pensando.

Al cabo de un momento se volvió para mirar a Kerry; la examinó.

—¿Qué coño le pasó a tu cara?

Kerry entrecerró los ojos.

—Napalm.

—No jodas —murmuró Mouzon; su sorpresa se abrió paso entre la bruma de droga y alcohol que flotaba entre él y el mundo—. ¿Has estado en Vietnam?

Kerry asintió.

Mouzon levantó su cerveza, haciendo un saludo de broma, y

dio un trago. Su socio continuaba sentado junto a la ventana, pero ahora estaba mirando afuera, como vigilando el jardín trasero, haciendo guardia, o quizá esperando la llegada de alguien. Ida se volvió a preguntar por qué se habían escondido aquellos negros en Glendale, donde los podrían detener solo por estar en la calle al caer la noche. Había un barrio de negros en Pasadena, solo a diez minutos más allá. ¿Estaba vigilando el socio por si venían vecinos racistas? ¿O estaban esperando a más socios? Gente que entrara y les ayudara a matar a Ida y Kerry. Las habían llevado a una habitación del fondo de la casa, lo que podría ser el mejor lugar para hacerlo.

—¿Y qué ha venido a preguntar aquí? —dijo Mouzon.

Ida se volvió, lo examinó e intentó pensar en el mejor modo de abordar las cosas.

—Cuando estabas en Vacaville, te fue a ver un policía que se llamaba Sam Cole —empezó, utilizando el nombre falso empleado por Hennessy.

Le pasó la foto de Hennessy.

—Sí, es ese —dijo Mouzon—. Se acercó a verme un par de veces.

—¿De qué te fue a hablar?

—De los ensayos clínicos con drogas que se estaban haciendo allí.

—¿Participaste tú en ellos?

Mouzon asintió. Dio un trago de cerveza, agarró un paquete de cigarrillos y encendió uno. A Ida le entraron ganas de fumar, pero no podía, no mientras tuviera una mano en su pistola.

—¿Qué te preguntó exactamente Cole?

—Quería que le contase lo que pasó cuando me dieron la droga. Me enseñó unos documentos, copias de los formularios que rellené cuando acepté firmarlos. Me pidió que comprobara mi firma en ellos. Ese tipo de gilipolleces.

Hennessy había llevado pruebas documentales a Vacaville de las que quería confirmación. Era evidente que estaba elaborando un caso.

—¿Sabes qué droga estaban probando? —preguntó Ida.

—La definían como droga de la verdad, pero todos sabíamos

lo que era: LSD. Ácido. Mierda potente.

Ida frunció el ceño. La idea de utilizar LSD como droga de la verdad había sido abandonada hacía años, y solo el año anterior el gobierno había aprobado la enmienda que incluía el control de psicoactivos y prohibía que se produjeran. Incluso a los organismos gubernamentales que los habían producido antes para investigación. Eso confirmaba que los ensayos clínicos eran ilegales, y por qué Hennessy, un agente de la Oficina Federal de Estupefaciente, los investigaba.

—Cuéntame más sobre los ensayos —dijo Ida.

—El trato era que tú firmabas y se te acortaba el tiempo de la condena. Porque se suponía que la droga ayudaba a que te recuperases. Pero todos sabíamos que eso eran putas mentiras. La mitad de la gente que participaba en el ensayo salía loca como una cabra de lo jodidamente potente que era el ácido, sin contar las putadas que te hacían cuando estabas en él. Y no fue una coincidencia que la mayoría de los que reclutaban para los ensayos fueran negros.

Ida volvió a pensar en el *Gumbo Ya-Ya*. Los Hombres de la Aguja se apoderaban furtivamente de negros para realizar experimentos con ellos. El mito se estaba haciendo realidad en el Centro Médico de California. Y en cuanto el Matarife Nocturno salió de allí y vio a McNeal aquella noche en la sala de urgencias, debió de pensar que se haría real allí también, y empezó su frenesí de asesinatos.

Miró a Mouzon, volviendo a preguntarse si él sería el Matarife Nocturno. Algo le decía que no. Tenía aquel tic, pero no parecía suficientemente afectado por los ensayos clínicos con drogas, suficientemente traumatizado. Y a ella no le pegaba nada que el Matarife Nocturno fuera un yonqui. Los yonquis estaban demasiado ocupados consiguiendo dinero para colocarse. Si un yonqui hubiera matado a aquellas víctimas del Matarife Nocturno, habría desvalijado sus casas mientras estaba allí. Mouzon parecía demasiado en la ruina y demasiado en contacto con la realidad para dejar que se le pasara una oportunidad así. Y desde luego no parecía que sufriera psicosis o alucinaciones.

—¿Estás seguro de que a los que reclutaban para tomar

parte en los ensayos eran negros en su mayoría? —preguntó.

—Sí. Estoy seguro. A excepción de un par de blancuchos desgraciados que añadieron. Fíese de mí.

Ida asintió. ¿El ensayo tenía un elemento racial que necesitaban controlar también con unos reclusos blancos? ¿O simplemente eligieron a los reclusos más disponibles, tipos negros como Mouzon, blancos pobres como Stevie?

—¿Qué te hicieron cuando tomaste la droga? —preguntó.

—Nos ponían esas películas cuando todos estábamos bien colocados, como diapositivas. Mierda del black power, grabaciones de noticias sobre Vietnam, sobre revoluciones comunistas. Mierdas sobre Castro y Cuba. Sin parar. Una y otra vez. Horas y horas. Aunque no estuviéramos viajando en ácido nos habrían vuelto locos.

—¿Propaganda? ¿Te mostraban propaganda?

—Sí, puede llamarlo así.

Ida le miró fijamente. A los que hacían las pruebas no les interesaba el LSD como droga de la verdad, estaban intentando ver hasta qué punto eran susceptibles las personas a la propaganda, hasta qué punto podría ser útil como herramienta para el lavado de cerebro. Ahora entendía por qué Hennessy había estado investigando los ensayos, por qué mantenía su caso *sub rosa*. Pero más importante aún: entendía exactamente lo que estaba detrás de los ensayos.

—Y eso es lo que le pasó a Cooper —dijo Mouzon—. Perdió la jodida cabeza.

Ida alzó la vista hacia él.

—¿Pete Cooper? —preguntó—. ¿El recluso con el que te escapaste?

—Sí. Cuando Cooper terminó sus sesiones, lo único que hacía era hablar de locuras; decía que veía demonios que iban tras él. Nunca bajó del ácido que le dieron. Imagine eso, toda tu vida en un mal viaje permanente.

Ida frunció el ceño. ¿Era Cooper el Matarife Nocturno? Le habían dado ácido en altas dosis, alimentado con propaganda y vuelto loco; luego él y Mouzon se habían escapado un par de semanas antes del primer asesinato. Ida ahora estaba segura de que Mouzon no era el Matarife Nocturno, ¿pero podía serlo

Cooper?

—¿Sabes dónde está ahora Cooper? —preguntó.

—¿Y a usted qué le importa?

—Quiero hablar con él. Como estoy hablando contigo.

—No creo que a Cooper le guste que yo diga por dónde anda.

—Le gustará cuando yo le pague. Lo mismo que te he pagado a ti.

Mouzon la miró.

—¿Qué tal si afloja algo más de dinero y entonces le cuento dónde está Cooper?

Había una amenaza velada en el modo en que lo dijo. En el modo de mirarla.

—De acuerdo —dijo ella.

Cogió su bolso para comprobar cuántos billetes le quedaban.

—Todo lo que tengo son otros cincuenta —dijo.

Alzó la mirada hacia Mouzon, que tenía clavada la vista en ella. De pronto tuvo la sensación de que las cosas podrían torcerse, que él y su colega podrían intentar robarles después de todo. Atravesarles la cabeza de un balazo para que resultara más fácil. Ida echó un vistazo al colega de Mouzon. Todavía estaba sentado en el alféizar. Pero ahora había sacado su pistola, la tenía en la mano, tensa. Ella se volvió hacia Mouzon, y podría asegurar que él estaba contemplando esa posibilidad.

Vio el tiroteo desarrollarse dentro de su cabeza. Si tenía alguna oportunidad de sobrevivir, debía ocuparse primero del hombre de la ventana, porque él ya tenía su pistola en la mano. Luego dar un salto, girar, esperar ocuparse de Mouzon antes de que él cogiera su pistola de encima de la mesa de centro. Y esperar que a Kerry no le pegaran un tiro mientras tanto. Pero Ida era demasiado mayor para dar un salto y girar. Demasiado frágil. Demasiado lenta. Tenía que calmarlos hablando. Se volvió hacia Mouzon, dispuesta a soltar una parrafada, cuando vio que su expresión había cambiado, que cualquier idea de violencia que se le hubiera pasado por la cabeza acababa de desaparecer.

—Vale —dijo, señalando con la cabeza el dinero que Ida

tenía en la mano.

Ida se relajó un poco. El hombre de la ventana se relajó un poco. Ella entregó el dinero y Mouzon se lo guardó en el bolsillo. Ida notó que soltaba algo de tensión.

—Coop solía andar por San Francisco antes de terminar en Vacaville, con todos esos hijoputas *hippies* de Haigh-Asbury. Algunos de ellos se trasladaron a un rancho a las afueras de la ciudad. Coop imaginó que allí estaría más seguro, así que se largó.

—¿Dónde está el rancho?

—En Agua Dulce. Justo a la salida de la carretera entre Santa Clarita y Palmdale.

Ida asintió. Iría y buscaría el rancho en cuanto pudiera.

—Ronnie, esto es muy importante… ¿hay alguien más al que conozcas que tomara parte en los ensayos clínicos y luego viniera a Los Ángeles? ¿Alguien al que todavía no hayan liquidado?

Mouzon frunció el ceño. Un tic contrajo su cara. Apuró su cerveza, de un trago.

—Ni idea. Puede que hubiera dos docenas de tíos que se apuntaron a los ensayos —dijo—. Ni idea de quién volvió a Los Ángeles.

—¿Sabes algo de este? —dijo Kerry, buscando en sus bolsillos y sacando su foto de Stevie. Se la entregó a Mouzon. Este la miró, asintió.

—Sí, lo recuerdo —dijo, ahora clavando su vista en ella de modo diferente—. ¿Es pariente o algo tuyo?

—Es mi hermano. ¿Lo has visto desde que saliste?

—¿Por qué lo iba a haber visto? Nunca nos tratamos.

—¿Sabes de alguien de Vacaville que fuera amigo suyo? —preguntó Kerry—. ¿Que pudiera saber dónde está?

—Para nada. ¿Es que lo has perdido?

Kerry asintió. Mouzon le devolvió la foto.

—¿Y Sam Cole? —preguntó Ida—. ¿Se puso en contacto contigo desde que volviste a Los Ángeles?

—¿Cree que yo dejo que uno de la pasma se ponga en contacto conmigo? —se burló Mouzón.

—Vale, vale. ¿No te dio quizá una tarjeta Cole cuando te fue

a ver a Vacaville, algún modo de ponerte en contacto con él, o te dijo dónde podía estar, dónde lo podías encontrar?

Mouzon se encogió de hombros, sacudiendo la cabeza.

—Gracias, Ronnie. Nos has sido de mucha ayuda —dijo Ida, cerrando el asunto—. Solo a modo de propina… no creo que debas quedarte aquí mucho más. Hay personas por ahí que te buscan. Si yo he podido encontrarte con tanta facilidad, ellos también podrían hacerlo.

Mouzon se rio, una breve risa burlona, y luego volvió a sufrir el tic, como una réplica.

—Estaré bien —dijo—. Lo único que tengo que hacer es aguantar hasta Navidad.

—¿Por qué Navidad?

—Coop dijo que el liquidador que anda por ahí terminando con todos nosotros… solo iba a estar en la ciudad hasta entonces. Que cuando llegue la Navidad se marchará. Así que todo lo que tenemos que hacer es seguir vivos hasta entonces, y la cosa irá bien.

Ida frunció el ceño.

—¿Cómo sabía Coop que solo estaría en la ciudad hasta entonces?

—Joder, Coop se obsesionó. Una vez que salimos, Coop y yo empezamos a oír que a todos esos otros tipos de Vacaville los estaban liquidando cuando los ponían en libertad. A todos los que habían participado en ese experimento del ácido. Eso flipó a Coop. Empezó a hacer preguntas, a averiguar quién había mandado a ese asesino detrás de nosotros. Oyó muchos rumores sobre él, por ejemplo que llevaba décadas trabajando para la Mafia. Que sus asesinatos se contaban por miles. El jodido coco. Un jodido fantasma. Eso contribuyó a que el mal viaje de Coop empeorara. No sé cómo lo hizo, pero localizó al tipo, lo siguió e incluso descubrió dónde vivía.

—¿Cooper descubrió dónde vivía el liquidador? —preguntó Ida incrédula—. ¿Dónde?

—No sé. —Mouzon se encogió de hombros—. Nunca me dijo una dirección ni nada. Pero si quiere, puede ir al rancho en el que está Coop y preguntárselo. Enseñe su pasta y a lo mejor incluso le cuenta lo de esa fecha límite de Navidad.

Puede fiarse de él en ese aspecto. Coop perdió la chaveta en esos ensayos clínicos, pero era sumamente meticuloso cuando se trataba de averiguar cosas de ese liquidador.

Ida respiró a fondo y se armó de valor para hacer la pregunta cuya respuesta tenía miedo de oír.

—¿Descubrió Coop cómo se llamaba el liquidador? —preguntó—. ¿O qué aspecto tenía? ¿Algo así?

—Sí, Coop dijo que era un viejo grande blanco con aspecto de palurdo que se llamaba Faron.

Ida oyó las palabras como si estuvieran flotando sobre su cabeza.

Faron estaba en la pista del Matarife Nocturno. El peor asesino con el que nunca se había enfrentado. El nombre que la perseguía durante décadas.

De pronto se quedó sin aliento.

Parte catorce

Dante

42

DANTE CONDUJO MUCHO TIEMPO de noche tratando de encontrar un modo de conseguir lo que quería Licata: a Riccardo o un certificado de defunción en los próximos tres días. Tenía que conformarse con un certificado de defunción, pero para conseguirlo Dante debería encontrar antes el cuerpo de Riccardo. Si aún existía un cuerpo. Podían haberlo tirado al mar, despedazado, quemado, disuelto en ácido o cal, aplastado en un desguace, metido en un bloque de cemento, llevado al valle de Napa y enterrado bajo un viñedo. Dante recorrió las calles una vez más en busca de una pista, investigando a la CIA y a la Oficina Federal de Estupefacientes, a traficantes mexicanos. Pero una vez más, nadie sabía nada. Dante condujo de vuelta a la oficina de Riccardo y hurgó entre sus papeles buscando algo relacionado con la CIA, la Oficina Federal de Estupefacientes o México. Pero ya había estado la policía y había desordenado el lugar incluso más. La conjunción CIA-México seguía siendo un espectro, una sombra, un espejismo.

Se impuso con dificultad a pistas cada vez más escasas y a una ansiedad en aumento. Escuchó jazz en la radio del coche. En cierto momento empezó a llover, emborronando el mundo que quedaba fuera del cristal. Ahora todo se reducía a la hipnótica autopista, y la ciudad, a ambos lados, era solo un carrusel de sombras y formas. Una vez más se hundió en la nostalgia, su vida en Los Ángeles le venía a la mente en imágenes fugaces y sensaciones, paisajes de miedo y deseo. Los callejones y clubes nocturnos, los vientos endiablados, los focos resplandeciendo en Chavez Ravine, el pozo del centro de La Ciénaga Boulevard, ahora desaparecidos excepto de los recuerdos de los habitantes de Los Ángeles como Dante, que quizá vivían demasiado tiempo. Empezó a tener esa sensación de terror nocturno que experimentaba a veces, un sobresalto

por estar despierto a las tres de la mañana, con pánico, angustiado porque el mundo estaba girando fuera de control y no había nada que se pudiera hacer.

Hacia las cuatro se encontró cerca de su almacén. ¿Cuánto tiempo llevaba alejado de él? ¿Tres días? ¿Cuatro días? Pero la sensación era que habían pasado siglos. A esta hora de la noche estaría vacío. Podía entrar furtivamente y comprobar lo que se había apilado encima de su mesa sin necesidad de hablar con nadie. Podría tumbarse en el sofá de su oficina, tratar de pensar en el modo de gestionar aquel lío.

Se detuvo en el aparcamiento y apagó el motor. Hizo subir la ruidosa persiana enrollable, entró. Encendió las luces, y largas hileras de tubos fluorescentes parpadearon y adquirieron vida en lo alto, cerca de las vigas. Caminó por delante de las gigantescas estanterías y sus pasos levantaron ecos y rebotaron, mientras las patas del perro tamborileaban a su lado a paso ligero.

Se sentó a su mesa, encendió un cigarrillo. En la pared las manecillas del reloj hacían tictac, y cuando dieron las 4.30, tuvo la sensación de que pasaba algo raro. En el almacén había algo diferente. Alguien lo estaba observando.

Miró por la mampara de cristal de la oficina y vio flotar las motas de polvo en el vasto vacío del almacén, la oscuridad donde no alcanzaban las luces. Todo estaba quieto y en silencio. Solo el tictac del reloj, el zumbido y el siseo de los tubos fluorescentes. Dudó de sí mismo. Él solo era un viejo sobresaltado por las sombras, sucumbiendo otra vez a aquella sensación de terror nocturno, a aquella vaga impresión de condena inminente. No había dormido, estaba estresado, perdía los nervios. Volvió a sus documentos. Vio una nota de Loretta que le decía que había llamado Ida y decidió esperar una hora o dos hasta que saliese el sol para devolver la llamada. Revisó un par de cartas y entonces, sin motivo, el perro se puso a ladrar. Dante alzó la vista. Estaba ladrando a las mismas sombras donde él había notado una presencia. Se levantó, escudriñando la oscuridad. Buscó su revólver en el bolsillo. Salió del despacho. Examinó con atención el espacio. El perro todavía ladraba, ahora más enfadado.

Pasaron los segundos.

Entonces oyó ruido, movimiento, y el perro dio un salto. Notó algo frío y delgado, y luego la sensación de que se quemaba.

Había un cable que le agarrotaba el cuello.

Se quedó sin aliento; apretaban desde atrás. La sorpresa y el miedo se apoderaron de él. Había un hombre detrás de él, tirando hacia arriba. Le olía: sudor pestilente, efluvios químicos de laca del pelo.

Dante echó la mano atrás para disparar a su atacante, pero ya no tenía el revólver. Trató de agarrar la cara del hombre, pero estaba demasiado detrás. Trató de quitarse el cable del cuello, pero no había modo de librarse de él. Impulsó las piernas hacia atrás para alcanzar la entrepierna del hombre. Pero el hombre ni siquiera se estremeció. Entonces Dante se dio cuenta de que sus pies no tocaban el suelo. Su atacante le había levantado, de modo que Dante tenía la espalda encajada en el pecho del hombre. Un profesional. Estaba apretando los pulmones de Dante para que perdiera el sentido más deprisa.

Debían de haberse desplazado lateralmente, porque ahora Dante vio su reflejo en el cristal de la mampara de la oficina. Su cara estaba adquiriendo un tono rojo espantoso. Y detrás de él estaba su atacante: un joven con nariz muy ancha, ojos vidriosos, grandes bolsas negras debajo de ellos. Sus brazos eran todo músculo y marcas de pinchazos, que sugerían que se metía algo fuerte. El perro le mordía la pierna. Pero el perro era demasiado pequeño, el hombre demasiado grande.

Dante notó que le apretaban la tráquea como con un tornillo comprimiéndole dolorosamente el pecho. Jadeó tratando de insuflar aire en el pecho y no pudo.

Aquello era como si se acercara el final.

Su visión se apagaba, ahora a punto de perder el sentido. Tenía que mantenerse consciente o todo acabaría. Necesitaba algo con lo que luchar. Pero lo único que tenía era su cartera, sus cigarrillos y el encendedor.

Echó mano al bolsillo. Sacó su encendedor, lo encendió, esperó que hubiera llama y lanzó su mano atrás hacia la cara del atacante.

Se oyó una especie de silbido cuando la laca del pelo del hombre empezó a arder, y luego su pelo, y entonces el hombre chilló. Soltó el cable y Dante trastabilló hacia delante, cayó al suelo. Se quitó el cable del cuello, jadeó en busca de aire, respiró a fondo. Giró en redondo. Su atacante estaba vacilando, respirando con esfuerzo, golpeándose los ojos con las palmas de las manos.

Dante se dio la vuelta y buscó su revólver, que brillaba en el suelo un poco más allá. Se arrastró, lo aferró y giró.

Pero el hombre había desaparecido.

Solo quedaba el perro, todavía ladrando. El propio Dante hizo esfuerzos para que el aire entrara por su aplastada tráquea. El olor a pelo quemado inundaba pesadamente el aire.

Dante hizo girar su revólver en busca de movimiento entre las hileras de estanterías que se perdían en las sombras.

Notó un fuerte dolor explotándole en la nuca. Cayó hacia delante, aplastándose contra el suelo, y rodó al ver al hombre encima de él, con la cara hecha una masa de piel fundida. El hombre disparó su puño hacia la cabeza de Dante. Este se apartó. El puño se estrelló contra el suelo de cemento, pero el hombre ni siquiera gritó. Lo retiró para volver a intentarlo.

Dante apretó el gatillo. El revólver sonó tres veces, frío y fuerte. Dos de los disparos no dieron en el blanco y rebotaron en la estantería metálica de arriba, destrozando botellas, pero el tercero acertó. Atravesó en diagonal el cuello del hombre, arrancando un trozo de la nuca. Este se derrumbó sobre Dante, expulsando la exigua cantidad de respiración que aún le quedaba. Dante se quitó al hombre de encima y rodó a su lado mientras lo miraba. Tenía los ojos abiertos, ahora mirando el otro mundo.

Dante se estremeció. Su trabajosa respiración levantó ecos en el almacén. Necesitaba comprobar si en el resto del edificio había cómplices. Necesitaba comprobar si en las calles de alrededor había coches con refuerzos y conductores huyendo. Necesitaba hacer muchas cosas, pero lo único que era capaz de hacer era mirar los ojos del hombre al que había matado a menos de medio metro de distancia.

El perro se acercó y solo entonces cayó en la cuenta de que

todavía estaba ladrando. Luego oyó un crujido en los estantes de arriba. El estampido de una explosión. Alzó la vista. Unas cuantas cajas de ginebra estaban ardiendo. ¿Alguna de las balas perdidas hizo chispas al chocar contra el metal y prendió fuego a la bebida? ¿A las cajas de madera? ¿Era posible eso? ¿El atacante tenía un cómplice dentro del almacén responsable del incendio?

—¡Joder!

Más explosiones cuando estallaron más botellas. Un chorro de líquido ardiendo salió disparado hacia abajo atravesando el aire. Dante se apartó rodando justo a tiempo.

Se puso de pie. Miró alrededor en busca de extintores, pero se dio cuenta que no servirían de nada. El fuego ya se dirigía hacia el techo; el único modo de llegar a él sería una plataforma hidráulica. Pero cuando encontrara una y la desplazara adonde hacía falta, sería demasiado tarde.

Entró tambaleándose en el despacho, llamó a los bomberos, sin apartar los ojos del almacén por si había más atacantes. Colgó el teléfono y salió corriendo del despacho. Todo el techo estaba en llamas. Se desplomaría en cualquier minuto.

Volvió su atención al atacante. Buscó en sus bolsillos. Sacó una cartera. Dinero, recibos, un carné de miembro de un gimnasio, un permiso de conducir. Eso lo identificaba como Wayne Bach, veintisiete años, con domicilio en El Segundo. Dante se metió la cartera en el bolsillo. Siguió buscando y encontró unas llaves de casa. Se las guardó también en el bolsillo.

Agarró al perro y corrió lo más rápido que pudo hacia la salida. Cuando llegó al patio, lo recorrió con la vista, y también el terreno circundante. Ningún coche sospechoso aparcado en ninguna parte.

Pronto se oyeron sirenas a lo lejos. Se volvió para mirar el almacén y vio el techo en llamas iluminando la zona como si el amanecer hubiera llegado con adelanto. Pero no duraría mucho. El techo se hundiría y aplastaría los miles de litros de bebidas alcohólicas de debajo. Ardería todo. Hasta la última gota. Vio los camiones de bomberos entrar rugiendo en el patio y oyó pasos a su alrededor. Recordó que aún tenía el revólver

en la mano. Se lo metió en el bolsillo y contempló cómo las llamas se tragaban el trabajo de su vida.

43

DANTE Y EL PERRO se sentaron en el asfalto al borde del patio y contemplaron arder el almacén. Estaban allí sentados cuando llegaron los bomberos, la policía, los inspectores, los equipos de las noticias de la televisión local. Estaban allí sentados cuando el amanecer se extendió por el cielo, mientras el dolor de las heridas de Dante le atormentaba, dejándole atontado. Cuando los policías fueron a hablar con él, se aseguró de subirse el cuello de la camisa para ocultar las heridas del cable. Le ordenaron quedarse quieto, así que tuvo que conseguir su permiso para ir a un teléfono público y llamar a Loretta.

—¿Qué te pasa en la voz? —preguntó ella.

Todavía era áspera y ronca debido al cable.

—Inhalación de humo —mintió él.

Loretta colgó antes incluso de que él terminara de contarle lo del fuego, apareció a la media hora y rompió a llorar. Se sentaron y abrazaron mientras observaban el desastre. Superada la primera oleada de desconcierto, ella preguntó qué había pasado y Dante dijo que no lo sabía, aunque los dos sabían que estaba mintiendo. Ella asintió, entrecerró los ojos, pero, por algún motivo, lo dejó pasar.

Contemplaron el humo dispersarse en el cielo, las luces rojas y azules de los vehículos de intervención rápida, las personas que se movían a su alrededor. Poco después de las siete empezaron a llegar empleados, que se apresuraron a preguntar qué había pasado, si todavía tenían trabajo. Dante los tranquilizó lo mejor que pudo. Les dijo que se tomaran el día libre, que no se preocuparan, que les pagarían hasta que pensaran qué se podía hacer. Eso pareció calmarles. Se quedaron a ver el incendio, se apartaron.

—No podemos pagar a todo el personal sin que entre dinero —dijo Loretta—. Quebraremos.

—Yo creo que ya hemos quebrado —carraspeó Dante.

—Pagará el seguro, ¿no?

—Eso espero.

Ella le fulminó con la mirada, y algo pareció romperse; la tensión que Loretta había acumulado dentro salió disparada.

—*¿Eso esperas?* Dante, nos lo jugamos todo aquí. ¿Cómo coño vamos a vender el negocio sin las instalaciones? ¿Sin las existencias? Si no conseguimos el precio que acordamos y el seguro no paga, entonces no tendremos aval para el préstamo. El banco cerrará el grifo. Nos quedaremos sin nada, Dante. El almacén, la empresa, el dinero, el viñedo. Todo. Tienes que contarme lo que pasó.

Iba a decir algo más, pero entonces se calló, sus palabras se interrumpieron al darse cuenta de algo.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Todos nuestros documentos del seguro estaban en el edificio. Voy a tener que conseguir su número en una guía telefónica. Llamarles. También a Mullan. A los abogados. Al banco.

Movió la cabeza y lo miró cuando las luces de los coches de la policía lanzaban destellos intermitentes sobre ella.

—En cuanto llame a la compañía de seguros, mandarán a alguien —dijo—. Esos tipos no se andan con tonterías. Eso significa que necesitamos tener una historia creíble. Y ahora mismo. Es necesario que me cuentes lo que pasó. Y esta vez sin tonterías. Cuéntame la verdad o te juro que me largo y dejo que te enfrentes a todo esto tú solo.

Dante sintió un miedo creciente ante la perspectiva de revivir el ataque, pero sabía que no le quedaba otro remedio. Tragó y las heridas del cable le quemaron la garganta. Notó latir la magulladura de la parte posterior de la cabeza. Entonces se lo contó todo. La llegaba al almacén, los ladridos del perro, la lucha repentina, brutal, su batacazo y derrumbe sobre el polvo del suelo, los ojos sin vida del atacante.

—Dios santo —dijo ella.

Ahora su tono era más tierno, consciente de que a él casi lo asesinan. Se estiró hacia Dante y se abrazaron otra vez, volviendo a quedarse callados. Contemplaron un poco más los

alrededores.

—Soy un mafioso al que se le incendió el negocio —dijo Dante—. Te das cuenta de la pinta que tiene todo, ¿no?

—Sí, me hago cargo.

Prender fuego al propio negocio para cobrar el seguro era un fraude tan viejo como la propia Mafia. La compañía de seguros haría todo lo posible para demostrar que Dante había provocado el incendio, y si los que lo inspeccionaran la respaldaban, Dante y Loretta lo perderían todo, y a Dante probablemente le acusarían de haberlo provocado. Y si resultaba que el muerto tenía antecedentes penales, incluso podrían pensar que Dante y aquel hombre iniciaron el incendio deliberadamente, lo que significaba que a Dante lo acusarían también de homicidio involuntario.

—¿Qué les has contado a los policías? —preguntó Loretta.

A los primeros que llegaron en el coche patrulla les contó que se había encontrado con un ladrón y le había disparado en defensa propia. No mencionó el intento de estrangulación con el cable. El agente había tomado nota de lo que dijo, sin que pareciera molestarse demasiado en encontrar incoherencias en su relato; dejó que los inspectores se ocuparan de eso.

—Les conté que vine a hacer unas gestiones y me encontré a un ladrón —dijo—. Que le pegué un tiro en defensa propia.

—¿Y cómo coño explica eso que se iniciara un incendio, Dante?

—¿Qué otra cosa podía decir?

Ella soltó un largo resoplido, clavando los ojos en él.

—¿Estaba relacionado esto con el trabajo que te encargó Licata?

—Tiene que estarlo. Es el único trabajo extra que he hecho en meses.

Loretta le lanzó una mirada gélida, y Dante tuvo la sensación de que ella se preparaba para decir algo importante.

—Quiero saberlo —dijo.

—¿Saber qué?

—El trabajo que te encargó Licata. Esto ya no es solo cosa tuya. Nuestro negocio ha quedado reducido a cenizas. Ya no tengo trabajo. Puede que tampoco tenga ya ningún valor todo

el esfuerzo y el dinero que empleé para conseguir el viñedo. Cuarenta años de duro trabajo se nos han ido por la borda, Dante. Y ahora lo quiero saber. Quiero conocer el error. Estoy harta de mantenerme al margen.

Él la miró, frunciendo el ceño. Esperaba su enfado, pero no aquello.

—Es demasiado peligroso —dijo.

—No sigas con esas mierdas, Dante. Me he pasado la vida tragándomelas. Nunca me dijiste nada para así poder *protegernos*. Eso ya no basta. No cuando eres viejo y te ocurre una putada como esta. Quiero proteger mis inversiones. Voy a hacer esas llamadas telefónicas, y luego tú y yo vamos a abordar la cuestión hasta el final. Y si dices que no, la cosa se terminó.

Loretta se dio la vuelta y lo dejó allí solo sentado entre el humo y las cenizas, y la certeza de que había algo que aclarar, una cuestión dolorosa.

Dante suspiró, alzó la vista y vio que se acercaba un inspector.

—Señor, soy el inspector Chavis, del Departamento de Policía de Los Ángeles.

El inspector sonrió y se estrecharon la mano. Era joven y mostraba una actitud optimista, como si todavía no cargara con aquel resentimiento que parecía propio del Departamento de Policía al que pertenecía.

—Menuda manera de amanecer el día de Nochebuena —se compadeció el inspector.

Dante asintió, señalando el almacén.

—¿Todavía no han recuperado el cuerpo? —preguntó.

—Va a hacer falta un buen rato. Hay unas cuantas toneladas de techo encima del hombre.

Dante volvió a asentir. Aquello significaba que él tenía una ventaja inicial con respecto a la policía. Aún tenía la cartera del hombre en el bolsillo. Podía empezar a investigar sobre el nombre que aparecía escrito en el permiso de conducir: Wayne Bach. El hombre no había conseguido matar a Dante, pero podría haberle destrozado la vida.

—Dijo usted que acababa de llegar cuando le atacó,

¿verdad? —preguntó el detective.

—Eso mismo.

—¿Vino a trabajar desde su casa?

—Así es.

—¿Viene con frecuencia trabajar a las cuatro y media de la mañana?

Aquí estaba. Había empezado la búsqueda de incoherencias.

—Soy viejo. No duermo bien. Almuerzo a las nueve y media.

Dante sonrió. El detective también lo hizo. Las incoherentes costumbres de un viejo. Dante se preguntó cuánto más podría jugar a aquello antes de que las cosas dejaran de parecer costumbres. El inspector comprobó su cuaderno de notas, pero Dante se percató de que solo era para despistar.

—Dante Sanfelippo —dijo el inspector—. Es un apellido italiano, ¿no?

—Claro.

—¿Dante el Caballero?

El inspector lo volvió a mirar atentamente. Dante sabía a lo que quería llegar. Un mafioso que prende fuego a su propio negocio; resultaba tan evidente que era un tópico; hasta sabía su apodo en la Mafia, el inspector ya había hurgado en su pasado.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo.

El inspector asintió.

—De modo que apareció en su lugar de trabajo pasadas las cuatro de la mañana y resulta que se tropezó con un ladrón. Al que disparó. Y entonces se desató un incendio, no está usted seguro de cómo.

Dante se encogió de hombros y los dos hombres se miraron uno al otro en silencio porque ¿qué había que decir? Los dos sabían cómo se iba a gestionar el asunto. El inspector esperaría hasta que se recuperara el cuerpo y le hicieran la autopsia. Esperaría hasta que se identificase el cuerpo para comprobar si era el de un mafioso conocido. Esperaría hasta que los que investigasen el incendio realizaran su informe. Hasta entonces no tenía sentido interrogar a Dante. Si era culpable, las pruebas lo sentenciarían; todo lo que tenía que hacer el

inspector era esperar.

—Nos gustaría que se quedara aquí hasta que le digamos que puede irse, señor Sanfelippo. Y cuando tenga libertad para irse, no abandone la ciudad.

LOS DEL SEGURO LLEGARON ANTES de una hora. Dante consiguió permiso del inspector para llevarlos al Formosa Café, justo al otro lado de la calle. Antes de sentarse, fue al servicio para mirarse el cuello en el espejo. Esperaba ver una delgada línea roja, pero se encontró con un anillo rugoso con magulladuras púrpura y vasos sanguíneos desgarrados.

Volvió. Pidieron café y repasaron los documentos que habían traído los del seguro. Cada vez que Dante tragaba, le latían las magulladuras del cuello y tenía la sensación de que las cuerdas vocales se le partían. Los del seguro dijeron que se mantendrían en contacto y le dieron el número de una empresa que podría despejar el local una vez que la policía diera el visto bueno.

Se despidieron. Dante llamó a su amigo policía, O'Shaughnessy, y le pidió que revisara los datos de Wayne Bach. Luego él y Loretta se dirigieron andando al almacén.

—¿Y? —dijo ella.

Dante intentó enlazar los acontecimientos recientes y ordenarlos mentalmente: se había presentado en una fiesta junto a una piscina que era una convención de la Mafia, se había puesto a buscar a Riccardo, había hablado con O'Shaugnessy, le habían seguido dos hombres en un sedán, había descubierto una base secreta de la CIA. Entonces alguien había intentado liquidarle, el mismo día que él había presionado a Roselli y le había llamado Licata. Le contó todo esto a Loretta mientras volvían al almacén y se detenían en el patio.

—Podría ser cualquiera el que ha mandado al tipo para que me mate —dijo—. El Departamento de Policía de Los Ángeles, la Oficina Federal de Estupefacientes, la CIA, Roselli, Licata. Era la primera vez que estaba en el almacén desde hacía días. Puede que estuvieran esperándome, al acecho aquí. Puede que me siguieran y pensaran que era el mejor momento para

echárseme encima.

—¿Y el comienzo del incendio? —preguntó ella—. No pueden haberlo iniciado las balas perdidas, Dante. ¿Estás seguro de que no tenía a un cómplice?

—Cuando salí, no había coches aparcados fuera. Pero a lo mejor el cómplice huyó antes. Puede que supusieran que el que me atacó me mataría, y su cómplice prendiera fuego, ya sabes, para que las contusiones de mi cuello parecieran accidentales. Puede que por eso usaran un cable en lugar de un arma de fuego.

—Pero el perro ladró, te previno y tú mataste al atacante.

—Si el cómplice estaba tan colocado como el que yo maté, entonces a lo mejor no pensaba con claridad, y a lo mejor en vez de ayudar a su colega se asustó, inició el fuego y salió pitando. Todo el asunto fue chapucero, estuvo dominado por el pánico, nada profesional.

Loretta le miró frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Acabas de decir que podría haber sido el Departamento de Policía de Los Ángeles, la Oficina Federal de Estupefacientes, la CIA. Elige una maldita agencia. ¿Te parece que alguna de ellas es capaz de mandar a dos yonquis nada profesionales a hacer un trabajo como ese?

Dante negó con la cabeza y se miraron mutuamente confusos. Se volvieron para contemplar las ruinas del almacén que ardían a fuego lento, observando cómo el trabajo de su vida quedaba reducido a escombros humeantes.

—Parece una incineración —dijo Loretta.

Dante asintió, mientras se fijaba en que el humo ascendía de lado, en diagonal, de este a oeste.

—Está soplando de nuevo el viento del desierto —dijo.

Ella le miró.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Era una mujer impresionante, y él no lo creía solo porque estuviera casada con él. Le salvó la vida en Chicago, le vio pasar malos momentos en Los Ángeles. Y allí estaba, parada delante de las ruinas de su empresa todavía con suficiente lucidez para idear una estrategia, detectar incoherencias en la

historia, mientras la mayoría de las personas habrían estado perdidas bajo el peso de una insuperable conmoción. ¿Había algún motivo para no aceptar su ayuda?

—Usamos el permiso de conducir del muerto —dijo Dante —. Figura su dirección. Vamos a esa dirección y buscamos pistas; puede que averigüemos para quién estaba trabajando, quién era el cómplice. Encontramos al cómplice, lo presionamos, nos dice qué coño está pasando. El responsable de esto es probable que vaya a intentarlo otra vez. Necesitamos encontrarlos antes de que se nos escape todo de las manos.

—¿*Necesitamos* encontrarlos?

—Así es. *Nosotros*.

PARTE QUINCE

Ida & KERRY

44

DESPUÉS DE DEJAR EL escondite de Mouzon, Ida y Kerry condujeron una detrás de otra hasta el motel Wigwam. Kerry recogió sus cosas y saldó la cuenta mientras Ida esperaba fuera, mirando desconfiada por encima de su hombro, el arma preparada, todavía intranquila después de oír que Faron estaba en la ciudad. Cuando metieron las bolsas de Kerry en el maletero de su coche, Kerry se dio la vuelta para mirar el motel.

—Estoy jodidamente segura de que nunca voy a echar de menos ese sitio —dijo.

—Te creo; nunca entendí el atractivo de todas estas imitaciones de tiendas indias.

—Ni siquiera son tiendas indias. Son tipis. Pusieron mal el nombre a toda la cadena de moteles.

CONDUJERON HACIA FOX HILLS bajo los cielos nocturnos todavía cargados de lluvia. Cuando llegaron a casa de Ida, la inspeccionaron durante unos minutos antes de entrar. Kerry se quedó en el cuarto de estar mientras Ida cogía su equipaje, echando cosas en la bolsa de ropa para lavar. Cuando volvió al cuarto de estar vio que Kerry había sacado de la estantería un ejemplar del manual que había escrito ella y le estaba echando un vistazo.

—¿Escribiste un libro?

—Sí. Coge uno. Tengo cuatro cajas llenas en el garaje.

Ida llamó al operador telefónico y dio instrucciones para que desviaran todas sus llamadas al servicio que las atendía. Salieron al exterior e Ida alzó la vista hacia la casa con intenso desasosiego, preguntándose si volvería a verla. Sentía que la oscuridad se cernía sobre ella, y una desesperación de la que

necesitaba escapar. Entonces apreció otro motivo de preocupación.

—¿Qué pasa? —preguntó Kerry.

—Ha cambiado el viento. Está soplando otra vez desde el desierto.

TOMARON LA CIÉNAGA HACIA EL NORTE, Santa Mónica hacia el oeste. Se introdujeron en la autopista Harbor, que luego abandonaron para serpentear por Bunker Hill. Aparcaron no lejos de la antigua agencia de Ida, en una calle gris, sin carácter, el tipo de sitio donde se pueden esconder dos desconocidas sin que nadie se fije en ellas. Cruzaron a un bloque de apartamentos igual de anodino, entraron en un portal polvoriento, subieron siete pisos en un ascensor y se metieron en un apartamento que olía a abandono. Había una sala con cocina americana, dos dormitorios, un cuarto de baño, y para de contar. Escasos muebles. Ventanas que daban a una serie de edificios acordonados pendientes de demolición: algunos de los bloques de oficinas de aspecto insulso que quedaban de la antigua barriada.

—¿Eres propietaria de este sitio? —preguntó Kerry.

—Extraoficialmente. No serviría mucho como escondite si mi nombre figurara en la escritura, pero sí, es mío. Tenía un par de ellos para situaciones como esta. Curioso, estaba pensando en interrumpir el pago del alquiler. Deja tus cosas y luego iremos a desayunar.

FUERON A UNA ANTIGUA CAFETERÍA JUDÍA que por algún motivo se había librado de las excavadoras. El mostrador estaba lleno de frascos de conservas *kosher* y cestas de pan de centeno. Había un tranquilizador olor a sopa calentándose y a *bagels* tostándose.

Ocuparon una mesa junto a la ventana, pidieron huevos, tostadas y cafés. Ida fue a usar el teléfono público. Llamó a Feinberg y le localizó en la Casa de Cristal, donde estaba terminando un turno de noche. Le dio el nombre de Faron.

—¿Hablas en serio? —preguntó Feinberg—. Faron es un

mito. Es como el coco que usan los gánsteres para asustar a sus hijos pequeños.

—No es un mito, Feinberg. Lo he mirado a los ojos. Si lo que he oído es correcto, está en Los Ángeles, y a la caza. Emite una orden de busca y captura.

Hubo una pausa mientras Feinberg asimilaba la historia de Ida y se daba cuenta de que estaba siendo seria.

—De acuerdo —dijo él—. Me informaré sobre Faron, pero para una orden de busca y captura necesito una descripción.

Ida le hizo una lo mejor que pudo y luego le dio el número de teléfono de su escondite. Feinberg lo anotó y los dos colgaron.

A continuación llamó a Dante para hacerle saber lo que pasaba, que él estaba en peligro, pero en su apartamento no respondió nadie, y cuando probó en el almacén la línea parecía estar cortada. Colgó con una sensación de inquietud. Puede que no fuera nada, solo su estado de ánimo. Faron estaba de vuelta. Matando de nuevo. E Ida, sumamente confusa.

Cuando volvió andando a la mesa, la comida ya había llegado. Se sentó, miró su plato y, en lugar de comer, se puso a fumar un cigarrillo.

—Acabo de hablar con Feinberg —dijo—. Le he contado lo de Faron. Ha dicho que lo investigaría. Entre tanto, debemos estar alerta, mantener la seguridad. Faron sabe que vamos tras él, lo que significa que él irá a por nosotras, antes o después.

—¿Cómo estás tan segura de que lo sabe?

—Por lo que dijo Mouzon.

Una sombra de miedo recorrió a Ida de nuevo. El interrogatorio había ido tan bien como podía haber esperado. Pero luego Mouzon mencionó el nombre del asesino a sueldo y todo se había torcido, las heridas se habían abierto, los demonios habían resucitado, el aplomo de Ida había desaparecido. Se preguntó qué aspecto tendría, desplomada allí como si estuviera sufriendo un infarto. Qué frágil y jadeante sonó cuando le explicó a Kerry que estaban en peligro, que tenían que marcharse, que aquel tiempo era esencial. Incluso veinte años más tarde, el nombre de Faron bastaba para que el corazón se le disparase.

—Mouzon nos contó que estaban haciendo pruebas con LSD en Vacaville —dijo Ida—. Pero el LSD es ilegal, ¿así que de dónde lo sacan los que hacen los ensayos?

Kerry frunció el ceño, se encogió de hombros.

—Ponte en el papel del agente Hennessy —dijo Ida—. ¿Por qué realizó su investigación en secreto? ¿Usa un nombre falso cuando visita Vacaville? ¿Desaparece para seguir con el caso? ¿Por qué tiró a la basura tu denuncia de desaparición el agente White? ¿Por qué te fue a ver de extranjis e intentó que abandonaras la ciudad?

Ida miró a Kerry, preguntándose si la estaba abrumando o si, entre el abanico de posibilidades, ella estaba buscando la respuesta más elegante, la que tenía que ser adecuada porque era la más sencilla.

—¿Estaba proporcionando el LSD a Vacaville el agente White? —El tono de Kerry era inseguro, preocupada por la posibilidad de estar equivocada. A Ida le gustó algo de aquella falta se seguridad. Asintió.

—Eso explicaría la actuación de Hennessy. Y de White. La Oficina Federal de Estupefacientes tiene almacenadas drogas ilegales confiscadas a los traficantes a los que detienen. Mi parecer es que Hennessy descubrió que estaba desapareciendo parte de ella. Que se la llevaba el agente White, y la utilizaba ilegalmente en Vacaville. Así es como se enteró Hennessy de los ensayos. Y por eso realizó su investigación en secreto… Estaba investigando a su propia agencia, o por lo menos a los agentes corruptos que trabajan en ella. Y por eso White intentó quitarte de en medio. ¿Entiendes ahora por qué corremos peligro?

Kerry asintió.

—White y Faron actúan conjuntamente. White me conoce, lo que significa que probablemente Faron también me conozca.

—Exacto. El primer intento de White fue quitarte de en medio. Cuando se dé cuenta de que eso no ha funcionado, te echará encima a Faron. Esto se está poniendo más peligroso por momentos, Kerry. Por eso, cuando desayunemos, vamos a volver al apartamento y reservar un billete para un vuelo que te saque de Los Ángeles.

Kerry miró fijamente a Ida, mientras su expresión pasaba de la sorpresa al enfado.

—Creí que estábamos trabajando juntas.

—Lo estábamos. Hasta que nos enteramos de que intervenía Faron. Lo siento, pero debes dejar que me ocupe yo de las cosas a partir de ahora. Te prometo que haré todo lo que pueda para encontrar a Stevie.

—No me voy a marchar —dijo Kerry—. He venido a encontrar a mi hermano y lo voy a encontrar.

—Lo encontraré yo por ti. Sola.

Los ojos de Kerry se achicaron.

—No me voy a marchar —repitió—. No importa lo peligroso que resulte. Si Faron nos está buscando a las dos, nos mantendremos juntas.

—Solo lo dices porque en realidad no sabes a lo que te enfrentas.

—¿Tan malo es Faron?

Ida empezó a hablar, pero los recuerdos le sobrepasaron. Cuando trataba de calmarse, se volvió para mirar por la ventana y vio sus reflejos en el cristal, como si allí estuvieran cuatro personas, como si a ellas las siguieran dos sombras. Se dio la vuelta hacia Kerry y le contó la historia entera de Faron, todos los detalles que había conseguido reunir con los años, todos sus intentos de tratar de seguirle la pista.

—He trabajado como detective desde que tenía diecinueve años. Me he enfrentado a multitud de asesinos, pero él es el único que me ha obsesionado. Puede que porque fracasé cuando quise atraparlo hace veinte años y desde entonces él ha seguido matando a mucha más gente. O porque lo miré a los ojos y vi cómo es. Y ahora está aquí, en Los Ángeles, después de todos esos años.

Ida dejó de hablar, se encogió de hombros y trató de luchar contra las implicaciones del retorno de Faron. Clavó la vista en la negrura de su café, en el remolino de burbujas marrones de su superficie. Ella y Dante habían estado en lo cierto al pensar que algo importante pasaba, una poderosa conspiración que se propagaba por la ciudad. Y Faron estaba en el centro, el coco, llevándose a su paso por delante a todo el que interfiriera en su

mundo. Por eso habían terminado los datos de Ida en aquel periódico de la habitación del motel de Audrey Lloyd. Esta trabajaba para un mafioso, parte de la misma Mafia a la que Ida había pedido que estuviera al tanto de Faron. Audrey se había enterado de que estaba en la ciudad, de que estaba relacionado con el Matarife Nocturno, y traía esa información a Ida. Puede que no para pedirle ayuda, sino para advertirla.

El miedo que Ida había estado experimentando de pronto confluyó en una única, penetrante certeza: que aquel sería su último caso, que si se enfrentaba a Faron una vez más, ella no sobreviviría al ataque. Y sin embargo tenía que enfrentarse a él, no tenía otra elección. Pero eso no significaba que Kerry tuviera que hundirse también.

Cuando alzó la vista, Kerry la estaba mirando fijamente.

—Si Faron es tan tremendamente malo, con mayor motivo debemos mantenernos juntas.

—No puedo dejar que asumas tanto peligro.

Kerry negó con la cabeza.

—Ida, si me metes en avión, no me mandas a casa, porque yo no tengo ninguna casa a la que ir… me mandas directamente a una zona de guerra. Eso no es exactamente ponerme fuera de peligro. Te centras mucho en tratar de protegerme, pero a lo mejor eres tú la que necesita protección. Soy más joven que tú. Puedo correr más rápido, ver más lejos, empujar con más fuerza. Deja que sigamos juntas, puede que termine salvándote la vida.

Kerry enarcó las cejas, con la vista aún clavada en Ida, sin dejar que su mirada vacilase. Fuera deliberado o no, ella había captado directamente el miedo de Ida a no sobrevivir tal vez a aquel caso. Ida se dio cuenta de que quizá su miedo a ocuparse de Faron no tuviera que ver con su edad, sino con el hecho de enfrentarse a él sola. Puede que entre ella y Kerry pudieran salir adelante, igual que ella y Michael salieron adelante la última vez. Examinó a Kerry, apreciando otra vez lo mucho que se parecía a Michael. No eran solo las cicatrices de su cara, o su desgarbado aspecto físico: era algo en su mirada, en su modo de comportarse, en la fuerza que proyectaba sin siquiera pretenderlo.

—De acuerdo —dijo Ida—. Sigamos juntas.

Kerry sonrió.

—¿Entonces qué tenemos que hacer ahora? —preguntó.

—Ir a ese rancho donde se esconde Pete Cooper. Mouzon dijo que Cooper había descubierto dónde estaba la base de Faron. Puede que Cooper nos dé la dirección de Faron. Y puede que resulte que Cooper sea el Matarife Nocturno, con lo que matamos dos pájaros de un tiro. En cualquier caso, quiero enterarme de por qué Cooper creía que hay una fecha límite. Que todo esto va a terminarse en Navidad.

Kerry frunció el ceño.

—Ya es el día de Nochebuena.

—Exactamente.

Los ojos de Kerry se entrecerraron mientras se quedaba pensando en eso. Echó una ojeada a los platos de comida que tenían delante, ninguno de los cuales habían tocado. Parecía que estaba a punto de coger su tenedor y empezar a comer cuando volvió a fruncir el ceño y alzó la vista hacia Ida.

—Una cosa que no se me alcanza es saber quién estaba a cargo de los ensayos —dijo—. El guarda con el que hablé dijo que era gente externa que iba a Vacaville a hacerlos. Mouzon dijo lo mismo. De modo que White les proporcionó la droga, y ellos contrataron a Faron para que lo dejara todo limpio. Pero todavía no sabemos quiénes son.

—¿No es evidente? —dijo Ida.

—Para mí, no.

—Cualquiera que realizase esos ensayos tenía autorización al más alto nivel. Contrataron a un asesino a sueldo de la Mafia para limpiarlo todo después, cuando todo fue mal. Piénsalo: LSD, lavado de cerebro, propaganda, relaciones con la Mafia, asesinos contratados. Solo hay una organización que cumpla esos requisitos.

—¿Cuál?

—La CIA. El Matarife Nocturno es obra del gobierno. Por eso están intentando mantenerlo en secreto de un modo tan jodido.

45

KERRY E IDA TOMARON la autopista Golden State hacia el norte, cruzaron el río, atravesaron Elysian Park y Griffith Park y entraron en Burbank. Cuando se acercaban a Sun Valley, Kerry se volvió a su izquierda y miró desde lo alto la última neblina de la noche que todavía se mantenía suspendida sobre la ciudad. A no más de quinientos metros de la autopista, las luces de un avión atravesaron a toda velocidad el cielo. Y luego otro aparato, unos segundos después. Y luego un tercero. Resultaba un tanto inquietante verlos lanzados entre la contaminación anaranjada que dominaba las alturas, y no solo debido a su proximidad. A Kerry le llevó un momento darse cuenta de lo que eran: apenas hacían ruido. Comparados con la mayoría de los aviones, sus motores eran prácticamente silenciosos.

—Skunk Works —dijo Ida—. Es un programa de desarrollo de Lockheed. Prueban aviones militares.

—¿Sobre Los Ángeles?

—Claro. Lockheed construyó su fábrica en los años veinte, cuando Burbank aún no tenía mucho que ver con una ciudad. Luego iniciaron los Skunk Works en los años treinta. Es donde trabajaba Anthony Butterfield, la víctima del Matarife Nocturno. Fabrican bombarderos, aviones de combate. Todo tipo de tecnología para la Guerra Fría. Para Vietnam. Pero supongo que ya lo sabes.

Kerry asintió.

—Y no solo Lockheed —continuó Ida—. Rocketdyne, RCA, Packard Bell. Nueve de las diez mayores empresas del valle trabajan en el ámbito de la defensa. Y sin embargo, cuando el mundo ve Los Ángeles, solo ve el negocio del cine.

Kerry asintió de nuevo. ¿Era una coincidencia que las industrias del cine y la defensa hubieran instalado su sede en

la misma ciudad? ¿Una ideando sueños paradisiacos, y la otra, pesadillas apocalípticas? Esperanza y terror, codo con codo. Incluso sus lugares de trabajo eran parecidos: los estudios con sus gigantescos platós, las empresas de defensa con sus gigantescos hangares.

Miró al espejo lateral para echar una última ojeada a la fábrica de defensa, a las luces disparadas entre la neblina. Le recordaron aquellas noches, allá lejos, en la base aérea de Cam Rahn Bay, cuando ella, los técnicos y los pilotos de su grupo no estaban de servicio y encontraban un techo para subirse, tomar cerveza, fumar porros y contemplar las batallas en la distancia, los aviones de combate, las curvas de los trazadores y morteros iluminando la oscuridad como fuegos artificiales del 4 de Julio. Luego los helicópteros empezarían a acercarse a ellos con las bajas y todo se tornaría horriblemente real.

Kerry se volvió hacia Ida y la examinó mientras se abría paso en el opaco amanecer con el Cadillac.

—¿Te importa que te pregunte una cosa? —dijo.

—No. ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo empezaste? A ser detective, me refiero.

—Es una larga historia. ¿Seguro que la quieres saber?

Kerry sonrió y asintió e Ida le hizo un resumen de sus comienzos en Nueva Orleans, el trabajo para la agencia Pinkerton, el traslado a Chicago justo en el momento en que se imponía la Ley Seca, el establecimiento de su propia agencia y el traslado a Los Ángeles. Aunque Kerry tuvo la sensación de que Ida estaba dejando de lado grandes partes de su historia, le pareció que se trataba de una carrera muy larga. Y sin embargo no parecía tan vieja: puede que sesenta y pocos años. Y con una energía que sugería que aún podría trabajar unos cuantos años.

—¿Y por qué te jubilaste? —preguntó.

Ida se quedó callada un momento.

—A un investigador con el que yo trabajaba lo mataron —dijo, al fin—. En parte fue culpa mía. Nos habían dado una información equivocada y no la verificamos, y él fue quien pagó el descuido. Pero por las mismas podría haber sido yo. No me pareció bien continuar después de lo sucedido. Lo cierto es

que me asusté. Así que puse mi agencia en venta. Me hicieron dos ofertas: la agencia Pinkerton y un tipo que dirigía otro grupo independiente: Al Clarke. Se la vendí a él porque por nada del mundo se la vendería a la Pinkerton.

—¿Por qué no?

—Los de la Pinkerton son una panda de gorilas rompehuelgas a sueldo. Machacan al pequeño para que el grande se pueda hacer más rico. Por eso dejé de trabajar para ellos hace tantos años y monté mi propia agencia. Así podría volver a mirarme en el espejo. Y en todas estas décadas no han cambiado. Hay un periódico de Hearst aquí en Los Ángeles que se llama el *Herald Examiner*. La semana pasada los trabajadores se pusieron en huelga. ¿Imaginas a quién contrató Randolph Hearst Junior para romper la huelga, acosar a los huelguistas, atacar a los piquetes?

—A los de la Pinkerton.

Ida asintió.

—La auténtica razón por la que monté mi agencia fue para luchar contra ellos. Contra todo lo que significaban. En cualquier caso, seis meses después de vendérsela a Clarke, me enteré que él la vendía. A la Pinkerton.

—Joder. Lo siento.

Ida se encogió de hombros.

—A la vejez, viruelas —dijo—. Todavía no conozco bien la historia. Si la Pinkerton le hizo una buena oferta a Clarke o si Clarke actuó en todo momento como intermediario para despojarme de la agencia. Y la verdad sea dicha, no importa. La agencia que pasé casi cuarenta años construyendo como alternativa a los peces gordos terminó siendo engullida por esos mismos peces gordos. Y ahora ya no existe.

Volvió a encogerse de hombros y Kerry tuvo la sensación de que seguía sin asumir lo que había pasado, la traición, la pérdida.

—¿Y tú qué me cuentas? —preguntó Ida—. ¿Tu familia ha estado siempre en Vermilion Parish?

Kerry apartó la vista de la ventanilla.

—No —dijo—. Mi padre era de Nueva Orleans. Como tú. Era agente del Departamento de Policía de esa ciudad. Pero en

cierto momento forzó el traslado de toda la familia a Vermilion Parish para trabajar en un caso. Al cabo de un par de años mi madre se marchó inesperadamente. Luego, unos meses después, mi padre se mató con una escopeta. Yo tenía nueve años, Stevie tenía cuatro.

Kerry le contó toda la historia. Los años de orfanato en orfanato y casas de acogida que nunca resultaron bien. Kerry desempeñando el papel de protectora de Stevie, aunque mirando hacia atrás, lo que probablemente la protegía más a ella que a él. A ella le proporcionaba un objetivo y una distracción, mientras que a él solo le proporcionaba una sensación de desamparo. Le contó a Ida el acuerdo que habían establecido ella y Stevie cuando ella cumplió dieciocho años y la echaron del orfanato. Entonces ella estudió dos años de formación profesional, consiguió diplomarse en enfermería, afrontando los gastos gracias al programa de estudios de enfermería del ejército. Luego se alistó, estuvo destinada fuera un tiempo y volvió al orfanato para recoger a Stevie cuando le llegó el turno de abandonarlo; iban a irse los dos a California juntos. Pero la cosa no funcionó de ese modo.

Debería haberlo sabido. Stevie siempre se había rebelado contra las instituciones que los mantenían atrapados en Luisiana. Cuando ella se alistó en la Fuerza Aérea, se dio cuenta de que solo ingresaba en una nueva institución, y una incluso más jerárquica: guardias de doce horas, seis días a la semana, despertando con altavoces por los que sonaba el himno nacional a las seis todas las mañanas.

Stevie, por otra parte, había dejado el orfanato buscando libertad en California, la felicidad de adulto por la que tanto suspiraba. Pero terminó en correccionales, pasando de una institución a otra, justo como ella.

Ida se quedó pensativa y asintió.

—Tenemos mucho en común —dijo.

—¿Y eso?

—Las dos nos criamos en Luisiana y las dos nos marchamos de allí en busca de algo mejor. Yo en la agencia Pinkerton, tú en la Fuerza Aérea. Y ahora estamos aquí.

CONTINUARON POR LA AUTOPISTA. Lo dejaron justo antes de Santa Clarita y se dirigieron al este. Pasaron junto a matorrales polvorientos, arroyos, alambradas desvencijadas que se mantenían a duras penas fijas entre terrenos vacíos. Vieron las primeras señales de la carretera hacia Agua Dulce Canyon. La tomaron y dejaron detrás la seguridad de la autopista, pasando junto a unos cuantos cobertizos en ruinas, construcciones caídas en el olvido de una estrecha carretera sinuosa. El viento aullaba al soplar desde el siempre cercano desierto, resonando en los pasos de montaña camino de la ciudad, la costa, en busca de aquel distante océano.

Por fin llegaron a Agua Dulce. No era un pueblo, ni siquiera una aldea. Lo que podían ver era una estación de servicio y unos almacenes generales en lados opuestos de la carretera. Más allá, en las sombras de las colinas, la luz del sol se reflejaba en casas y ranchos lejanos.

Se detuvieron en la estación de servicio e Ida preguntó al empleado si había un rancho por allí donde se reunían *hippies*. El hombre les lanzó una desagradable mirada y murmuró las indicaciones precisas.

Salieron de la carretera a poco menos de dos kilómetros y siguieron la marcha por un ondulado camino de tierra. Pasaron un soto con enebros y llegaron al rancho. Al otro lado de sus puertas había dos casas de piedra, con las luces del patio encendidas y los techos destellando, una hilera de establos, un par de furgonetas, un Ford Falcon aparcado entre un granero y la sombra de una encina. Más arriba de la colina cubierta de matorrales había unas cuantas chozas aisladas y, extrañamente, una piscina. Todo con aspecto destartalado y de abandono, como un pueblo deshabitado de una película de vaqueros.

—Algo va mal —dijo Ida—. Las luces del patio están encendidas aunque el sol está alto, y no hay ruido ni movimiento. Se supone que esto es una comuna. ¿Dónde coño están todos?

Apagó el motor y se quedaron sentadas escuchando. Todo estaba en silencio excepto el piar de los sinsontes, el zumbido

del viento y algunos perros ladrando a lo lejos.

Después de lo que parecieron siglos, al fin Ida se movió para abrir el bolso y sacar su 38.

—Prepara tu arma y ven conmigo —dijo.

Se apearon del coche y Kerry siguió a Ida por el patio.

—Intenta no tocar nada —dijo Ida—. Y si puedes, camina siguiendo mis pisadas. Cuanto menos modifiquemos, mejor.

Kerry asintió y las dos continuaron avanzando. Desde más cerca el rancho parecía incluso más destrozado. Artemisas y zumaques brotaban por todas partes; las dos furgonetas estaban cubiertas de óxido, y los establos, hundidos en su mayor parte.

Cerca del rancho más próximo encontraron el primer cuerpo, oculto a la vista por la furgoneta más alejada, de modo que lo olieron antes de verlo, su intenso hedor mezclado con el olor a farmacia de los eucaliptos distantes. Era un hombre, cubierto de polvo y plagado de insectos, que estaba caído en una extensa mancha de sangre seca, boca abajo, con miembros retorcidos, como si lo hubieran arrojado allí. Su ropa estaba destrozada, y la carne, desgarrada hasta el hueso. La poca piel que no habían arrancado estaba llena de cortes, magulladuras, ronchas, quemaduras del sol. Los dedos de manos y pies que le quedaban se habían puesto negros.

—Intenta no acercarte demasiado al cuerpo —dijo Ida—. ¿Eres impresionable?

—Los he visto en peores condiciones en Vietnam.

Ida asintió, se arrodilló, inspeccionó el cuerpo.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Kerry.

—Indicios de cómo murió. Y cuándo. Yo diría que quizá hace una semana. Lo que está bien… significa que no tenemos que preocuparnos de que Faron todavía esté en el rancho. Estas señales de puñaladas en el torso probablemente sean obra de Faron. Toda esta carne se la han arrancado coyotes en los días posteriores. Pueden verse señales de sus mordiscos, de sus patas en el polvo. Además, por el modo en que tiene retorcido el cuerpo, lo han arrastrado. Me sorprende que todavía conserve los intestinos. Vamos, registraremos el resto de este sitio.

HABÍAN DEJADO ENCENDIDAS las luces en la primera de las dos casas del rancho, lo que permitía ver un gran espacio con paredes de madera y camas plegables en hileras, como un alojamiento de un campamento de verano. Había sábanas colgadas en las paredes con dibujos rudimentarios y mensajes sobre ellos referidos a paz y amor. Había dos cuerpos en el suelo. Chicas más jóvenes que Kerry. Aunque los coyotes no habían entrado en la habitación, las heridas de aquellas chicas eran tan espantosas como las del hombre de fuera. A los cuerpos los habían acribillado con incontables heridas de navaja. Un conglomerado de cortes, tajos y cuchilladas grabados en su piel como las letras de un lenguaje frenético. Kerry recordó lo que había dicho Ida sobre Faron, abriéndose paso a navajazos lo que llevaban de siglo, y sintió un peso plúmbeo de aflicción. Las manos de una de las chicas todavía agarraban una manta, enroscándola con su puño, incluso ahora, días después del ataque.

En el silencio, Kerry advirtió el sonido de perros ladrando otra vez, pero esta vez más cerca, más fuerte.

Ida suspiró, se levantó del suelo donde yacían los cadáveres, y dio vueltas mentalmente a algo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Kerry.

—Solo me preguntaba de dónde vendrían estos chicos, cómo terminaron aquí. ¿Huyeron de buenas casas en buenos barrios? ¿O eran chicos marginados?

Ida se encogió de hombros. Kerry miró otra vez a las dos chicas muertas, haciéndose las mismas preguntas. ¿Huyeron de hogares sólidos, rebelándose contra nada más que el vacío de sus vidas en urbanizaciones de las afueras? ¿O fueron forzadas a marcharse por circunstancias penosas? Como Stevie. ¿Siguieron una penosa marcha a la deriva hasta California por las innombrables, violentas llanuras del país?

EN LA SEGUNDA CASA ENCONTRARON otros tres cuerpos. Dos hombres y otra chica.

—Parece que estos son todos —dijo Ida—. Extraño. Siempre imaginé que estas guaridas de *hippies* estarían llenas de gente. Todas estas construcciones y tanto terreno, pero solo hay seis

cuerpos.

—Puede que el resto escapara.

—Podría ser.

Los cuerpos de esta segunda casa no estaban tan cruelmente mutilados. Uno de los hombres era negro, y coincidía con la descripción de Pete Cooper. Le habían hecho un corte en la garganta y sus manos todavía sujetaban la herida, apretando trozos de periódico contra ella.

—Estaba intentando no morir desangrado —dijo Ida—. Significa que Faron le cortó el cuello y dejó que muriera. Sin embargo, no estoy segura de por qué usó periódico. Había sábanas en la cama de al lado.

—Los periódicos son antisépticos —dijo Kerry—. Los productos químicos de la tinta. ¿Seguro que es Pete Cooper?

—Eso parece. Sabía donde se escondía Faron, y lo de esa fecha límite de Navidad.

Quedaron calladas, examinando un poco más el cuerpo de Cooper.

—¿Crees que estamos buscando al Matarife Nocturno? —preguntó Kerry.

—Podría ser. El último asesinato del Matarife Nocturno fue hace doce días. Parece que Cooper es el único muerto en una semana. —Ida suspiró—. Estamos persiguiendo a Faron, y él lleva una semana de ventaja.

—¿Seguro que Faron ha hecho todo esto?

—Sí. Ya antes hizo matanzas como esta. Al menos, dos veces que yo sepa. Todo indica que estuvo aquí. Ataca a las mujeres más salvajemente que a los hombres, sus heridas son sexuales. Y luego está el indicio más claro de todos: que no dejó ni una pista o prueba para que lo atrapemos. Es meticuloso. Eso he de reconocerlo.

Ida volvió a echar una mirada a la habitación.

—Si Cooper había descubierto de verdad dónde se escondía Faron —dijo—, puede que dejara alguna señal por aquí que nos permita saberlo. Veamos si la podemos encontrar antes de que llamemos a la policía.

Kerry asintió. Oyó una vez más a los perros, todavía más cerca.

—¿Oyes eso? —preguntó.

—Sí. Podría indicar que se acercan. O tratarse solo de un cambio de dirección del viento. En cualquier caso, vamos a darnos prisa.

RECORRIERON LAS DOS CASAS, los establos largo tiempo sin usar, las chozas aisladas, las destartaladas furgonetas; incluso inspeccionaron la piscina, pero estaba completamente seca y vacía si se exceptúan hojas y algas, y los cadáveres de desgraciados animales que habían caído dentro y no pudieron volver a salir.

En un cubo de almacenamiento del fondo de la zona de dormir encontraron pastillas amarillas y unas cuantas bolsas de plástico con polvo blanco dentro, tarjetas de crédito, planos, navajas, una pistola, un frasco de gotas para los ojos, del tipo «antiesmog» que se vendía en Los Ángeles. Encontraron una habitación que parecía una tienda de ropa de segunda mano que hubiera explotado, repleta de un montón de prendas infestadas de pulgas, como si las personas que vivían allí compartieran vestimentas entre todos.

Registraron el Ford Falcon que estaba aparcado justo al lado del granero. No había nada en las bolsas laterales, nada en los reposapiés o la guantera, nada escondido en los parasoles. En los posavasos había unas cuantas tabletas de chicle, unos cuantos recibos, un vale para comer gratis en una cafetería de Chino Hills.

—Nada de nada —murmuró Ida.

Forzó el maletero, pero tampoco había gran cosa: un neumático de repuesto, una palanca, un par de botas.

—Puede que Faron se llevara las pruebas —dijo Kerry.

—Puede.

Se quedaron calladas, mirando el desolado e inquietante rancho. Kerry aguzó el oído y ya no pudo percibir el ladrido de los perros. Estuvo preocupada porque se acercaran mientras registraban la casa. Y ahora todo era silencio, lo que la enervaba incluso más.

Se volvió para mirar a Ida y vio que esta examinaba los alrededores con los ojos entrecerrados. Kerry se había fijado en

que Ida había hecho lo mismo durante el registro, evaluando, y a veces murmurando, pero no exactamente para sí misma. Daba más la impresión de que dialogaba con alguien que no estaba allí. Que estaba discutiendo cosas con algún antiguo socio quizá, algún antiguo amigo detective largo tiempo desaparecido.

Kerry la observó un momento mientras oteaba el paisaje.

—¿Estás buscando esos perros? —preguntó.

—No, solo miraba —dijo Ida—. Trataba de reconstruir cómo podrían haberse desarrollado los acontecimientos la noche que vino él aquí.

—¿Estás segura de que lo hizo de noche?

—¿Por qué iban a estar todavía encendidas las luces si no? Supongo que entró en el recinto por detrás. Primero accedió al segundo edificio, porque podía ver la luz encendida y supo que había gente dentro. Despachó rápidamente a aquellos tres y luego fue al otro edificio, donde estaban escondidas las dos chicas, con las que se tomó su tiempo. Supongo que el cuerpo que encontramos delante halló un escondite en alguna parte y trató de escapar cuando creyó que Faron estaba distraído, pero no llegó demasiado lejos.

—¿Cómo puedes suponer todo eso?

Ida se encogió de hombros.

—Por la distribución de los cuerpos en el recinto, por las señales en el polvo, por las salpicaduras de sangre, por las manchas. Se puede reconstruir todo lo que pasó. No con completa seguridad, pero se puede aventurar una teoría si se han visto suficientes escenas del crimen. También ayuda planteándotelo desde el punto de vista de Faron. Si tienes que venir aquí para matar a gente, ¿cómo lo harías? Observas el sitio. Vienes de noche. Te cuelas por detrás.

—Sí, pero yo no usaría una navaja —dijo Kerry—. Usaría un arma de fuego.

—El sonido de un arma de fuego se escucha muy lejos en un paraje como este, mucho más que los gritos. Además, Faron prefiere las navajas. Les ocurre a muchos asesinos.

VOLVIERON EN COCHE A AGUA Dulce, llamaron a la policía y

luego regresaron al rancho y esperaron. Kerry encendió un cigarrillo y miró por la ventanilla del coche el rancho, que ahora le pareció incluso más inquietante. Se preguntó si Pete Cooper era el Matarife Nocturno, y si era allí donde tenía su base. Había algo que cuadraba con aquel sitio desolado, algo que concordaba con *Gumbo Ya-Ya*, con el folklore, con personas que vivían fuera del sistema. Kerry podía imaginar a personas así creando su propia mitología, su propio vudú, y matando por ello.

La mirada de Kerry se detuvo en el Ford aparcado entre el costado del granero y la sombra de una encina y detectó algo raro. Frunció el ceño, tratando de imaginar qué era.

—¿Qué pasa? —preguntó Ida.

—Fíjate en el lugar donde está el Ford. ¿Por qué está aparcado ahí? ¿Por qué no aparcado *dentro* del granero? ¿O debajo de la sombra de la encina? ¿Por qué está aparcado al sol en la parte más alejada del patio?

Mientras buscaban respuestas, Kerry oyó coches de la policía a lo lejos, sus sirenas amortiguadas por el viento.

Ida entrecerró los ojos, mirando fijamente el Ford.

—Joder —dijo, estirándose hacia la manilla de la puerta.

Un segundo después estaba fuera del coche, atravesando muy deprisa el patio, con Kerry pisándole los talones. Cuando llegaron al Ford, Ida se agachó para mirar debajo.

—Hay algo —dijo.

Se puso los guantes, abrió la puerta del lado del conductor, soltó el freno de mano y lo puso en punto muerto.

—Empuja —dijo.

Kerry empujó el coche y este se movió un poco, mostrando un palé incrustado en la tierra del patio. Kerry lo levantó, dejando ver un cofre pequeño dentro de una cavidad poco profunda.

Cuando lo miraban, Kerry oyó que las sirenas sonaban más fuerte.

—Venga, no nos queda mucho tiempo antes de que lleguen —dijo Ida.

Kerry se arrodilló y sacó el cofre de la cavidad. Tenía un candado.

—Traeré la palanca del maletero —dijo Ida.

Abrió el maletero, agarró la palanca que habían visto antes y se la entregó a Kerry. Esta la usó para forzar el endeble candado del cofre. Dentro había objetos que presumiblemente pertenecieron a Pete Cooper. Algo de dinero, un *Libro verde,* la guía de establecimientos donde se admitían negros, amarillenta, un revólver del 38 de cañón recortado con pinta de antiguo. Lo examinaron rápidamente todo mientras el sonido de los coches de la policía se hacía más fuerte. El *Libro verde* no tenía señales, por lo que no proporcionaba pistas del itinerario de Cooper antes de que lo mataran. Pero doblada en la página de atrás había una hoja de papel arrancada de un bloc, y garabateadas en ella, unas direcciones, entre ellas, la de la casa de Hennessy en Sherman Oaks, las de tres de los reclusos a los que habían matado después de que los pusieran en libertad y otra dirección en Pacoima con un nombre encima: Bud Williams.

—Me suena ese nombre —dijo Ida, frunciendo el ceño—. ¿Dónde coño he visto ese nombre antes?

Miró a Kerry, desconcertada. Y entonces se le iluminó la cara.

—Feinberg me dio una lista de reclusos de Vacaville que habían sacado prestado *Gumbo Ya-Ya* —dijo—. El nombre Bud Williams figuraba en la lista. ¿Por qué tendría Cooper la dirección de un recluso que había sacado prestado *Gumbo Ya-ya?*

Ida y Kerry se miraron una a la otra, la sensación de un descubrimiento importante circuló por la línea que unió sus miradas. Ida se metió el papel en el bolsillo justo cuando el rancho se llenaba con el ruido y las luces intermitentes de los coches de la policía.

Parte diecisiéi

Louis

46

LOUIS SE DETUVO EN el vestíbulo del Steve Allen Playhouse, en la calle Vine, 1228, y miró las fotos en blanco y negro expuestas en la pared que tenía delante. John Coltrane estaba allí, Nat King Cole, Sammy Davis Junior, Dave Brubeck, Chet Baker, el propio Louis. Todos los famosos que habían aparecido en el programa nocturno de Steve Allen a lo largo de los años. Louis se fijó en cuántas de las personas de las fotos habían fallecido; John Coltrane había muerto aquel verano; Nat King Cole, un par de años antes. ¿Cuánto faltaba para que Louis solo fuera una foto? Puede que el médico se lo dijera en su consulta de aquella tarde.

A pesar de la agotadora cantidad de actuaciones y de la excesiva marihuana que había fumado Louis desde los veinte años, sobrevivía a la mayor parte de sus contemporáneos: Jerry Roll Morton, Bunk Johnson, Sidney Bechet, Johnny y Baby Dodds. Músicos a los que Louis había conocido desde que era niño en Nueva Orleans, con los que había tocado a lo largo de su carrera. Todos ellos desaparecidos.

Incluso sobrevivía a muchos de la generación de músicos de jazz que le había sucedido: Charlie Parker, Billie Holiday, Lester Young, Bud Powell. Todos ellos murieron demasiado jóvenes. Una generación entera acosada por la pobreza, las drogas y la locura. Y ahí estaba Louis ahora, solo en el vestíbulo de un teatro, sintiéndose el último hombre que aguantaba, agarrando el estuche de su trompeta como si estuviera aferrándose a su querida vida.

La puerta del auditorio se abrió y un desgarbado chico blanco asomó la cabeza.

—Ya puede pasar, señor Armstrong.

Anduvieron por un pasillo hasta el auditorio. El Playhouse era un antiguo teatro de variedades desde el que se emitía el

Steve Allen Show cinco noches a la semana. Allen prefería su ambiente antiguo pasado de moda al de los Color City Studios, de la NBC, en Burbank. Cuando entraron, los asientos para el público estaban todos vacíos. En el escenario, un equipo mínimo de camarógrafos y técnicos de sonido, unos cuantos productores y el propio Steve Allen.

—Satch —dijo este, acercándose—. ¿Qué tal tu vuelo para venir?

—Todo bien, sí. Todo bien.

Se estrecharon la mano afectuosamente. Steve mostraba su optimismo habitual, y rezumaba esa desbordante energía que resultaba tan televisiva.

—Excelente —dijo—. Te elegimos las canciones. «Cool Yule» para el número de Navidad y luego «Mack the Knife», para la parte clásica.

—¿Son adecuadas?

—Claro. «Mack the Knife»: La canción más alegre sobre un asesino que he oído nunca. Y «Cool Yule» es la mejor canción de Navidades de todos los tiempos —bromeó Steve.

La canción había sido compuesta por el propio Steve, que era un buen dotado compositor, además de una personalidad y un gran cómico de la televisión. Louis había grabado y lanzado una versión en los años cincuenta.

—Ven a saludar a la orquesta —dijo Steve.

Anduvieron hasta el estrado de los músicos, donde la orquesta del programa de Steve —la Orquesta de Donn Trenner— estaba preparando sus instrumentos. Se intercambiaron una sucesión de saludos entre Louis y la orquesta. Louis conocía a Donn y a su guitarrista Herb Ellis, y al trombonista Frank Rosolino, todos ellos consolidados músicos de jazz con todo merecimiento.

Tras algo de charla para ponerse de acuerdo, Steve se alejó. Louis le vio irse, lamentando una oportunidad perdida. Quería preguntarle por Karl Drazek, el productor de televisión que le interesaba a Ida, el hombre que consiguió trabajo a Audrey Lloyd en Ocean Movies. Louis aún no había podido localizarlo y esperaba que Steve pudiera saber algo; Steve había trabajado en Universal, donde Steve también estuvo empleado.

Louis decidió sondear a Steve más tarde y él y la orquesta empezaron a ensayar. Tuvieron que leer las partituras para «Cool Yule», pero conocían «Mack the Knife». Louis les hizo interpretar sus arreglos preferidos. Cantó las partes vocales pero se excusó cuando llegó el turno de la sección de metales, prefiriendo hacer scat para no forzar sus pulmones antes de la consulta con el médico esa tarde.

Al cabo de aproximadamente una hora hicieron un descanso, y mientras la orquesta y los técnicos se escabullían, Louis, quedó solo durante un momento en el escenario. Sin que le distrajese el ensayo, volvió a apoderarse de él la misma niebla de pesadumbre que le llevaba envolviendo desde que se despertó aquella mañana, nublando sus pensamientos. Miró las filas de asientos vacíos a oscuras que había delante, las cámaras, los micrófonos, las luces, los gruesos cables que reptaban por el suelo entre las sombras, y volvió a Nueva Orleans, a los Suburban Gardens de algún momento de la década de 1930. Estaba previsto que Louis y su orquesta tocaran unos temas que transmitiría la emisora de radio local WSMB. Al comienzo de la interpretación, el locutor que se suponía los iba a presentar negó con la cabeza, declarando a su productor:

—No tengo valor para presentar a ese negrata y su orquesta por la radio.

De modo que Louis cogió el micrófono y se presentó a sí mismo y a su orquesta, de modo que se convirtió en la primera voz negra en hablar, no solo cantar, por la radio en Estados Unidos.

Louis pestañeó, la niebla se dispersó y volvió de nuevo al Playhouse, de pie solo en el escenario, mirando al vacío. Recordó que Ida le había dicho que aquella temporada ella se retrotraía constantemente a su ciudad natal, a recuerdos de su juventud en Nueva Orleans, y ahora Louis estaba siendo presa también de la misma dinámica.

—¿Señor? ¿Señor Armstrong?

Louis se volvió y vio a un chico de pie a unos metros del borde del escenario.

—Perdone que le moleste, señor —dijo el chico—. Trabajo

en la ABC. Con Joe Glaser.

—Bien.

—El señor Glaser me pidió que le trajera la partitura del número que Bob Thiels quiere que usted grabe.

El chico, que sujetaba un sobre marrón, se acercó y se lo pasó a Louis.

—Gracias, chico.

—De nada, señor. ¿Hay algo más en lo que pueda serle de ayuda?

El chico sonrió. Estaba hecho del mismo molde que Joe Glaser: judío y del Medio Oeste, con una dureza que estaba intentando disimular con buenos modales. Pero Louis podía ver que era tan gángster como su jefe en la agencia.

—Estoy perfectamente atendido —dijo Louis.

—Bien, pero si necesita algo mientras esté en Los Ángeles, puede recurrir tanto a mí como al señor Glaser.

El chico le tendió una tarjeta de visita y Louis la cogió: «Jerry Heller, Agente artístico. Associated Booking Corporation».

—Claro, eso haré —dijo.

El chico sonrió y desapareció entre las sombras. Louis se guardó la tarjeta en el bolsillo y fue en busca de Steve Allen.

DIEZ MINUTOS MÁS TARDE, después de averiguar cómo llegar, Louis entró en una habitación de uno de los pisos superiores del Playhouse. El espacio había sido convertido en una sala de montaje, con un proyector, reproductor de cintas, moviola, sillones y sofás esparcidos alrededor. Steve estaba sentado ante la moviola, hablando con unos cuantos tipos trajeados sentados en los sofás. Hizo un gesto a Louis para que se acercase.

—Deja que te presente —dijo.

Los tipos trajeados resultaron ser ejecutivos de la NBC. Hablaron de jazz con Louis, del tipo de jazz de la Costa Oeste que los blancos ricos mayores oían ahora que esa música formaba parte de la cultura en general, liberada de los estigmas sociales y raciales que la habían hostigado durante gran parte de la carrera de Louis. Cuando la juventud migraba al rock, rhythm and blues o la música soul proporcionada por

la fábrica de éxitos incesantes de la Motown, el jazz se había convertido en dominio de tipos acomodados, de los que iban a cócteles, de los campus universitarios, de los ricos y los ejecutivos blancos de la televisión. Mientras Louis charlaba de cuestiones intrascendentes, tenía la misma sensación que cuando miraba en el vestíbulo las fotos de todos sus colegas muertos: que con la aceptación general de la música de jazz se había perdido algo, algo esencial, que la Nueva Orleans de su juventud estaba siendo barrida.

Al cabo un rato los hombres bien vestidos se despidieron y dejaron la sala de montaje.

—Gracias a Dios —dijo Steve—. La peor clase de ejecutivos es la de los ejecutivos de la tele. No tienen talento para ser originales, o la habilidad para iniciar un negocio propio, así que terminan en la tele, donde pueden joder dos cosas a la vez. Me han estado acosando desde el asunto de Lenny Bruce, dejándose caer por aquí sin avisar para inspeccionar lo que vamos a emitir y ya tenemos pregrabado.

Louis asintió. Poco tiempo atrás, Steve había invitado a su programa a un joven cómico que se llamaba Lenny Bruce para que soltara unos cuantos monólogos de los que acostumbraba. Produjo tal escándalo que los patrocinadores del programa habían amenazado con cerrar el grifo, y ahora la cadena mantenía a Steve bajo estrecha supervisión.

Este apretó un botón de la moviola y en la pantalla empezó a aparecer un metraje pregrabado. Steve estaba de pie a un lado entrevistando a un tipo blanco de mirada perdida vestido con un poncho.

—Lo único que sé —dijo el hombre del poncho— es que el fin de semana que detuvieron a Jimmy Hoffa, hubo una gran actividad de ovnis.

Aquel era uno de los gags por los que el programa de Steve era famoso: Steve merodeando por las calles de los alrededores del Playhouse avanzada la noche, rodando espontáneamente entrevistas a la gente con la que se topaba. Justo una calle más allá del Playhouse estaba el Hollywood Ranch Market, un supermercado conocido que frecuentaban tanto los *hippies* como los famosos de Hollywood. El mercado no tenía puertas,

estaba abierto las veinticuatro horas, siete días a la semana, con un cartel encima que proclamaba «Nunca cerramos», y para subrayarlo, un reloj gigante situado en su techo cuyas manecillas marchaban al revés. Steve y su equipo de cámaras aparecían en el Ranch Market a las tres o cuatro de la madrugada y entrevistaba a los *hippies,* pirados y tipos raros que estaban allí a aquella hora de la noche, la clase de chiflados por la que era famosa Los Ángeles.

—¿Para qué me querías ver? —preguntó Steve mientras continuaba la proyección.

Louis le contó que quería localizar a Karl Drazek. En cuanto Louis mencionó el nombre, Steve frunció el ceño, detuvo la proyección y se volvió para mirarle.

—¿Drazek? —dijo—. ¿Por qué quieres saber de Drazek?

—Por una amiga. ¿Le conoces?

—Sí, lo conozco. Trabajamos juntos en unos cuantos programas cuando estábamos en la Universal.

—¿Ya no está allí?

Steve negó con la cabeza.

—Lo dejó hace unos cuantos años, después de que Korshak y la MCA se hicieran cargo de la Universal y fusionaran los departamentos de cine y televisión.

Louis frunció el ceño, pensando en su almuerzo con Glaser, en Korshak y Reagan sentados a unas mesas de distancia. El abogado de la Mafia parecía estar en todas partes. ¿Tenía relación Korshak con la marcha de Drazek de la Universal? ¿Estaba relacionado con el caso de Ida? ¿Había allí en realidad un vínculo entre el Matarife Nocturno y los hombres que mandaban en la ciudad? Louis tuvo una vez más la siniestra sensación de que todos estaban atrapados en una oscura red que era demasiado grande y complicada para que alguna vez se pudiera ver por entero.

—Oí que se fue a trabajar en una empresa de producción de películas independiente —dijo Steve—. Una elección extraña.

—¿Por qué?

—El resto eligió lo contrario. Pasaron del cine a la tele, porque es lo que funciona en estos días. Todos los grandes estudios de cine se están muriendo. ¿Por qué ir a una sala de

cine cuando puedes ver la tele en casa? Pierden dinero a espuertas. La MGM está subastando recuerdos solo para mantenerse a flote. Vendió las zapatillas de Dorothy en *El mago de Oz* no hace mucho. Quince de los grandes. No es una buena señal, Stach, de modo que todos los que tienen talento están saltando por la borda.

—Pero Drazek hizo lo contrario.

Steve asintió.

—Es una persona poco clara, Louis.

—¿Poco clara en qué sentido?

—Es uno de esos tipos ricos, poderosos, con éxito que no está contento siendo rico, poderoso y teniendo éxito, que siente como que hay que espolear las cosas, vivir la vida al límite. Mezclarse con los frikis de Sunset Strip, los yonquis de Laurel Canyon, mafiosos, culturistas, moteros. Cualquiera que sea peligroso y excitante.

Louis asintió, entendiendo el mensaje.

—Digamos que si quiero encontrar a Drazek, ¿dónde podría localizarlo?

—Hace meses que no sé de él, pero puedo preguntar por ahí si quieres.

—Gracias, tío.

Se sonrieron uno al otro. Steve volvió a la moviola, dio al *play* y la proyección empezó otra vez. Una grabación del reloj del Ranch Market, sus manecillas moviéndose deprisa al revés, el tiempo al revés con hermosa elegancia. Louis miró la imagen, pensando en sus colegas muertos de la pared del vestíbulo, la cita con el médico de aquella tarde.

La grabación volvió al hombre del poncho.

—Este es un mundo completamente distinto, pequeño —dijo —. Un mundo completamente distinto.

Parte diecisiete

Dante

47

DANTE Y LORETTA ENCONTRARON el edificio de apartamentos de Wayne Bach con bastante facilidad: una construcción de estuco en mal estado pintada de rosa «casa de muñecas» en una calle con mucho ajetreo asfixiada por el esmog, en El Segundo. Aunque no había dormido, Dante estaba completamente despierto, activado por la adrenalina, desesperado por enterarse de todo lo que pudiera del hombre que le atacó y por qué.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó Loretta.

—Le cogí algunas llaves cuando ya era cadáver. Supongo que son de aquí. Primero necesitamos asegurarnos de que está vacío. Puede que su cómplice sea también su compañero de piso.

Se acercaron al telefonillo junto a la puerta principal y Dante llamó al número del apartamento. Esperaron. No respondió nadie.

Se volvió hacia Loretta.

—¿Tienes guantes? —preguntó.

—Claro, en mi bolso.

—Póntelos.

Una vez que los dos se pusieron sus guantes, Dante metió las llaves del muerto en la cerradura. Funcionaron. Él y Loretta entraron en el frío portal en sombra. Subieron la escalera hasta el tercer piso. Encontraron la puerta del apartamento de Bach.

—Mantente detrás de mí —susurró Dante—. Solo por si acaso.

Sacó su arma del bolsillo, la sujetó con una mano, pegó la oreja a la puerta y esperó. No oyó nada.

Llamó al timbre, dio un paso atrás, esperó una vez más.

Nada de nuevo.

Con su mano libre metió las llaves en la cerradura y empujó

la puerta para abrirla. Esta cedió, dejando ver la sala de estar del apartamento, un lugar espacioso con grandes ventanas que daban a una plataforma petrolífera en el edificio del patio de atrás. Dante se detuvo a la entrada, buscando con la mirada señales de un compañero de piso o una novia, pero no encontró ninguna. Todo indicaba que era un piso de soltero y poco utilizado. Entró y comprobó las habitaciones a toda velocidad para confirmar que no había nadie. Volvió a la puerta, hizo pasar a Loretta y cerró la puerta a sus espaldas, dejando las llaves en la cerradura.

—Bien —dijo—. Ahora registraremos la casa.

En el aparador del cuarto de estar encontraron cocaína y marihuana, montones de *National Geographic* de la Segunda Guerra Mundial. En el dormitorio hallaron una caja debajo de la cama; dentro había una pistola, un cable como el que le intentó asfixiar, un machete y revistas porno, todas con mujeres rubias vestidas de cuero. En una caja del fondo del armario descubrieron recuerdos nazis: una Luger, medallas militares, chapas de las Olimpiadas de Berlín.

—Wayne Bach no es exactamente alguien que me guste —dijo Loretta.

Dante contuvo una sonrisa o siguió registrando. En la mesilla de noche había una lata de tabaco con una jeringuilla dentro y una ampolla llena de un líquido claro.

—¿Esteroides? —preguntó Loretta.

—Podría ser. Se había metido algo cuando me atacó.

Dentro del armario también había un sobre de Kodak que contenía fotos. En su mayoría eran de dos parejas durante un viaje a la playa.

—¿Es uno de ellos el tipo que te intentó matar? —preguntó Loretta.

—Sí, es ese —dijo Dante, señalando una foto de Bach.

La mujer que le acompañaba en las fotos era rubia y escultural y respondía al ideal nazi de las revistas porno. El otro hombre tenía unos treinta años, el pelo moreno despeinado por el viento y sonrisa fácil. Llevaba puesto un polo con un anuncio grabado: la ilustración de una hamburguesa y debajo las palabras «Benny's Burger Shack».

Era de constitución musculosa, sus brazos como troncos de árbol.

—Parece que trabajaba el cuerpo tanto como Bach —comentó Loretta—. ¿Crees que podría ser su cómplice en el almacén?

—Esperemos que sí —dijo Dante—. Eso facilitaría seguir la pista.

Examinaron el resto de las fotos, pero solo eran de aquel día en la playa, unas cuantas imágenes de la puesta de sol, las dos parejas disponiéndose a subir al coche antes de volver a casa.

En uno de los cajones de la cocina encontraron algo importante. Una cartera grande llena de documentos: el contrato de alquiler del apartamento, la documentación de un Chevrolet, un recibo de un garaje, una relación de lo cobrado por Bach en Universal City Studios. Dante se detuvo.

—Universal —dijo—. Es el mismo estudio donde trabajó Karl Drazek.

—¿Quién es Drazek?

—Riccardo tenía a una chica trabajando con él en Ocean Movies, Audrey Lloyd, a la que mataron en la habitación de un motel justo después de que desapareciera Riccardo. Lloyd consiguió el empleo por medio de Drazek.

—Podría ser una coincidencia —dijo Loretta—. Universal debe dar empleo a unos cuantos miles de personas.

—Podría ser. Pero si no, eso nos acerca un paso más al descubrimiento de lo que le pasó a Riccardo.

Dante examinó más documentos y encontró el contrato de trabajo de Bach. Indicaba su empleo como «seguridad».

—El mismo trabajo que tenías tú. —Loretta sonrió con tristeza.

La especificación del empleo era deliberadamente ambigua. Podría significar que Bach se ocupaba de vigilar una puerta o de patrullar el estudio de noche. Podría significar que era un matón a sueldo. O que trabajaba de factótum del estudio, como Dante.

—Tiene fecha de hace tres meses —dijo Loretta, revisando el contrato de trabajo—. El alquiler del apartamento y la documentación del Chevrolet también tienen fecha de hace

tres meses.

Dante frunció el ceño. Sacó el permiso de conducir de Bach de su bolsillo y se lo enseñó a Loretta. También lo había sacado los mismos días.

—La vida de Bach en Los Ángeles solo empieza a existir hace tres meses —dijo Dante—. Alquiló un apartamento, alquiló un coche, sacó un permiso de conducir, todo en unas pocas semanas.

—Debe de haber llegado aquí entonces. Procedente de fuera de la ciudad o de una cárcel en algún sitio de este estado.

—No veo a Universal contratando como personal de seguridad a expresidiarios recién salidos de la cárcel. Es de fuera de la ciudad.

—¿Te parece de la clase de tipos que podría contratar la Oficina Federal de Estupefacientes o la CIA? —preguntó Loretta.

—No sé. Tú lo dijiste antes en el almacén… todo el asunto da la impresión de demasiado chapucero para una agencia gubernamental. Y todas estas armas. La basura nazi. Bach era un psicópata. ¿Quién contrata a alguien así? Puede que cuando O'Shaughnessy dé con su nombre, podamos saberlo. En cualquier caso, no me gusta adonde lleva esto.

Dante guardó de nuevo los documentos en el cajón y volvieron a las fotos del sobre de Kodak, en las que aparecía el amigo de Bach con su polo del anuncio de «Benny's Burger Shack».

—No lo veo dando vueltas a hamburguesas o sirviendo platos —dijo Loretta.

—Puede que sea una tapadera. O un trabajo a cambio de libertad condicional. En cualquier caso, lo único que tenemos que hacer para encontrarle es buscar en la guía telefónica el número del Benny's Burger Shack.

—Haces que parezca que va a ser fácil.

—Una cosa de la que me he dado cuenta durante todos estos años haciendo este trabajo es que… si va a ser fácil, probablemente sea porque se trata de un error y no te has dado cuenta.

Miraron las fotos un momento más. En el silencio podían oír

el resoplido apagado de la plataforma petrolífera del patio del fondo, como una serie de respiraciones que siempre parecían a punto de extinguirse pero nunca lo hacían. Se volvieron para mirar por la ventana. Oculta a medias detrás de una hilera de palmeras washingtonia mexicanas estaba el tipo de bomba de varilla con cabeza como de caballo a pequeña escala que existía en patios, huertas y descampados de todo Los Ángeles. Estaba oxidada, tenía aspecto de ser antigua y probablemente la retirarían pronto. Contemplaron subir y bajar la bomba, hundiendo su cabeza en la tierra, bombeando petróleo. El petróleo que financiaba el estado aun cuando lo destruyera.

—¿Cómo demonios vivía aquí con ese ruido? —dijo Loretta.

—Puede que fuera eso lo que lo volvió loco.

48

DANTE LLAMÓ AL SERVICIO de información y consiguió la dirección del Benny's Burger Shack, que resultó que estaba en Huntington Beach. Una hora después Dante y Loretta estaban allí, circulando frente a la playa, que estaba rebosante, con coches aparcados pegados unos a otros, brillando al sol. Las aceras estaban llenas de gente que se dirigía hacia el océano a pesar del frío. La mitad llevaba radios portátiles, ya encendidas, de modo que las canciones se imponían al rugido del tráfico.

Detrás de todo eso, y dominándolo, había una escarpada cresta que corría en paralelo a la playa. El terreno más alto estaba rodeado de cercas metálicas y salpicado por docenas de torres petrolíferas bombeando; grandes estructuras de hierro que parecían postes telefónicos, torres Eiffel, que acechaban la playa como un bosque de metal oxidado de pesadilla y apocalíptico. Y sin embargo, la arena estaba llena de gente, familias, adolescentes, parejas, todos impávidos ante el paisaje mecanizado, felices de pasar el día de Nochebuena relajándose a la sombra de una industria pesada, destructiva.

Dante y Loretta encontraron el Burger Shack entre las tiendas y restaurantes que se alineaban en la carretera frente a la playa. A Dante le sorprendió ver hileras de Harley aparcadas delante de él. Pensó en la basura nazi del apartamento de Bach; las medallas, la Luger, las revistas porno llenas de bellezas arias.

—Tengo la sensación de que estamos en el camino correcto —dijo Loretta.

Dante movió el Thunderbird un poco más adelante en la calle. Entonces él, Loretta y el perro volvieron andando, echando una mirada por la ventana y observando a la clientela: expresidiarios, navajeros, culturistas, chulos. Como

un *casting* de mala gente a horas fijas. Todos ellos blancos, con la nariz partida, vestidos de tela vaquera y cuero, muchos de ellos con tatuajes carcelarios de esvásticas, águilas, cruces de hierro.

—Supongo que es más un bar de moteros que un puesto de hamburguesas —dijo Loretta.

—Si entramos ahí y hacemos preguntas, probablemente no salgamos vivos.

—¿Entonces cuáles son nuestras opciones?

Dante lo consideró.

—Deja que vuelva a llamar a O'Shaughnessy para saber los antecedentes de Wayne Back. Puede que nos sirvan de algo.

Encontraron un teléfono público un poco más arriba y Dante preguntó por O'Shaughnessy en la Casa de Cristal. Mientras esperaba que le pusieran con él, miró las gigantescas torres petrolíferas que le acechaban desde la cresta detrás de la playa. A una de ellas le habían puesto árboles de Navidad, que subían hasta lo más alto, cuatro o cinco pisos más arriba; sus agujas de pino, además, creaban la sensación de que el promontorio estaba cubierto por un bosque de ramaje metálico.

—¿Dónde has estado? —retumbó la voz de O'Shaughnessy por teléfono—. Te tengo preparados los antecedentes de Wayne Bach. Parece un horario de ferrocarriles, en su mayor parte por cortesía del Departamento de Policía de Las Vegas.

Las Vegas. Dante se retrotrajo a Ocean Movies, a las actrices que parecían coristas de Las Vegas, que Riccardo había contratado para sus películas. ¿Era Bach un cómplice de Riccardo?

—¿Cuáles son los detalles?

—Como te he dicho, principalmente material proporcionado por el Departamento de Policía de Las Vegas, algunas detenciones también de la policía de tráfico… conducción bajo los efectos del alcohol o drogas y robo de vehículos. Unas cuantas peleas en bares y acusaciones de agresión que fueron retiradas por insuficiencia de pruebas. Condenas en el estado de Nevada por posesión y distribución de droga: LSD, barbitúricos, la tira de anfetas belleza negra en diciembre del sesenta y uno. Cuatro años en la cárcel de Carson City. En

libertad este enero. La condicional terminó en septiembre.

Dante asintió. Belleza negra… la misma clase de potentes anfetaminas mexicanas por las que detuvieron a Riccardo años antes. Puede que Bach tuviera contacto con los mismos narcotraficantes mexicanos que utilizaba Riccardo. Y coincidía en el tiempo. La condicional de Bach había terminado tres meses atrás, justo el mismo momento en que entra en vigor la documentación de su apartamento. En cuanto se terminó su condicional y tuvo libertad para marchase del estado de Nevada, se largó y se trasladó a California.

—¿Aparece algún socio habitual en la ficha? —preguntó Dante.

—Casi un equipo de fútbol entero, todos en Las Vegas salvo tres con dirección en Los Ángeles.

Dante sacó del bolsillo las fotos que había cogido en el apartamento de Bach e hizo a O'Shaughnessy una descripción del hombre con el polo del Burger Shack.

—¿Coincide con alguno de los tres de Los Ángeles? —preguntó.

La línea quedó en silencio mientras O'Shaugnessy comprobaba las fichas.

—Eso parece. Kyle DeVeaux. Veintiocho años. Sin dirección actual en la ficha. Está en libertad condicional por posesión de drogas peligrosas, excarcelado de Folsom hace seis meses.

Dante asumió la información. Dio las gracias a O'Shaughnessy, colgó y se quedó parado allí un segundo, dando un salto mental hasta el cuerpo de Wayne Bach enterrado bajo los restos del almacén. Cuando la policía lo encontrara y descubriese que era un delincuente, sumarían dos y dos y obtendrían cinco, imaginando que Bach era el cómplice de Dante en un incendio provocado que salió mal, o peor aún: que Dante había asesinado a Bach y provocado el incendio para encubrirlo.

—¿Todo bien? —preguntó Loretta.

Dante le puso al tanto y ella clavó la vista en él con intensa preocupación. Cuando terminó, Loretta se quedó pensativa.

—Saldremos adelante —dijo.

—Claro.

—¿Entonces qué hacemos ahora?

—Comprobar si el del polo del Burger Shack es Kyle DeVeaux, el tipo cuyo nombre acaba de darme O'Shaughnessy. Coincide con la descripción y está en libertad condicional, y trabajar en una hamburguesería encaja entre quienes están en esa situación.

Dante descolgó el teléfono, llamó otra vez al servicio de información, consiguió el número del Burger Shack y llamó. Al cabo de unos cuantos ring, descolgó alguien. Dante oyó por la línea telefónica el estruendo de la música rock, bronca y distorsionada, al fondo.

—¿Sí? —gritó una voz por encima del estruendo.

—¿Está Kyle trabajando? Necesito hablar con él —dijo Dante, intentando sonar lo más ambiguo posible.

—Sí, está trabajando, lo que significa que no tiene tiempo para hablar. ¿Quién le llama?

—¿Sabe cuándo sale?

—¿Quién le llama?

—Soy un colega suyo de Folsom.

La línea quedó en silencio si se exceptúa el martilleo distorsionado de la música rock.

—Termina a las siete, vuelve a llamar entonces.

Y dicho eso, el hombre colgó.

Dante dejó el teléfono.

—¿Qué? —preguntó Loretta.

—Es él. Y está trabajando. Pero tengo la desagradable sensación de que le he puesto sobre aviso.

DANTE VOLVIÓ A MOVER EL THUNDERBIRD hasta un punto al borde de la playa desde el que se veía la entrada del Burger Shack y el patio de al lado, donde estaba la puerta de la cocina. Sacó el revólver del bolsillo, lo dejó en el regazo, pensando en la confrontación inminente con DeVeaux, la violencia que supondría; que Loretta estuviera allí complicaría las cosas.

—Tal vez deberías dejar que me ocupara yo solo de esto a partir de ahora.

—Que te jodan, Dante. Yo no voy a ninguna parte. Y sería muy amable de tu parte que me contaras qué plan tienes.

Él lo pensó y se dio cuenta que no debería romper otra promesa más.

—Esperamos hasta que termine su turno, lo seguimos, aprovechamos la oportunidad adecuada y le sorprendemos. Exactamente lo que ellos me hicieron a mí. Entre tanto, esperemos que mi llamada telefónica no le haga salir pitando de aquí antes, pistola en mano.

Ella asintió y los dos quedaron en silencio. Dante intentó sacudirse el nerviosismo de la mente y se puso a mirar el mar. A pesar del frío invernal, el agua estaba salpicada de surfistas, cabalgando las olas de vuelta a la playa, o a lo lejos para esperarlas.

—¿Es muy habitual esto cuando estás trabajando? —preguntó Loretta.

—¿Qué?

—Esperar. Estar sentado dentro de un coche esperando.

—Sí, la mayoría de las veces es cuestión de dejar que pase el tiempo.

Loretta lo pensó.

—Vaya —dijo.

—¿Qué?

—Durante todos estos años, cuando tú estabas fuera trabajando y yo estaba en casa, tumbada en la cama preguntándome qué estarías haciendo, siempre imaginé que estabas haciendo algo emocionante. Si hubiera sabido que solo estabas sentado dentro del coche mirando escaparates, no lo habría pasado tan mal. Supongo que los dos nos hemos limitado a esperar.

Se encogió de hombros. Dante la miró y frunció el ceño, entristecido por aquella imagen que ella ofrecía de su matrimonio.

—¿Por qué no decías nada? —preguntó él.

—Lo dije. ¿Crees que mantenía la boca cerrada? Tú tenías los oídos cerrados.

¿Había sido de verdad así? Se fue abriendo paso en su interior el pánico de que él, en cierto modo, era un extraño en su propia vida. ¿Había tenido que convertirse en cenizas el almacén, y Loretta quedarse sin trabajo, para enterarse?

—Tenías razón sobre lo que dijiste aquel día en el almacén —concluyó.

—¿Qué día?

—Cuando te conté que tenía que hacer un trabajo para Licata. Dijiste que era una emoción final. Que yo había estado poniéndonos constantemente en peligro porque disfrutaba con la excitación de esos trabajos extra. Tenías razón. Fui un estúpido, Loretta. Debería haberte informado, o no hacerlo. Considerándolo ahora, fue como si otra persona hubiera estado eligiendo por mí. Aunque eso no sea excusa.

—Tú no eres un estúpido, Dante. Eso es lo último que eres. Veía cómo trataban a sus mujeres los demás sabelotodo. Ni un ápice de respeto. Tú no eras así. Y lo que te dije en el almacén lo entendiste mal. Si pensara que te estabas poniendo en peligro solo por gusto, hace años que te habría dejado. Te involucras en esas situaciones porque todavía sientes culpabilidad por lo que pasó en Chicago. Que todos los demás murieron, pero que tú sobreviviste. Eso siempre te hizo sentir que no merecías la vida que llevas. Así que corres todos esos riesgos. Pero solo se trata de culpabilidad, Dante. Lo que está bien. Imagina que hubieses pasado por ese trauma y *no* sintieras ninguna culpabilidad.

Dante dejó que aquellas palabras calaran en él, inseguro de lo que sentía. Puede que siempre hubiera sentido que no se merecía a su familia, su vida, por lo que le había pasado a su familia anterior. ¿Era por eso por lo que lo ponía todo a prueba? ¿Para ver si la merecía de verdad? ¿Para tener algo de seguridad?

—No debes empezar a sopesarlo todo mientras estás hundido —dijo Loretta—. Hemos tenidos una buena vida juntos y la tendremos incluso mejor cuando arreglemos todo esto y mandemos al infierno Los Ángeles.

Le sonrió melancólicamente y él le devolvió la sonrisa. Pasara lo que pasase, el hecho de que Loretta estuviera de su lado le infundía fuerza, una determinación que no había tenido en años.

—¿Por qué me estás mirando de ese modo? —dijo ella, frunciendo el ceño.

—Porque no soy capaz de decidir si el hecho de que trabajemos juntos es un reconocimiento de pecados pasados o solo un modo de crear toda una serie de nuevos.

Ella le miró de reojo y sonrió.

—¿Por qué no las dos cosas?

Parte dieciocho

Ida y Kerry

49

KERRY SOÑÓ CON LA casa de Gueydan, el pantano, las pacanas. Ella estaba en el patio con Stevie y sus padres, sonriendo, la encina con los frascos azules de medicinas meciéndose con la brisa. Pero entonces a lo lejos, zumbando, se acercaba un enjambre de langostas, metálicas, las palas de sus rotores segando el aire, aullando, dejando caer napalm en el pantano, prendiéndole fuego. Los árboles se incendiaron, los matorrales, incluso la superficie del agua. Y de pronto las llamas estaban en el techo de la casa, quemando a sus padres y a Stevie, pero ellos seguían allí quietos en el patio, sonriéndole.

Despertó con una sacudida, sudando, el corazón acelerado, desorientada. Aún olía el napalm de su sueño, en la nariz, en el pelo.

—Joder —murmuró para sí misma.

Miró alrededor, su visión tintada con sueño. Estaba en el asiento del acompañante del coche de Ida, que permanecía aparcado delante del rancho de la matanza. Ahora la luz era distinta, ya avanzado el día. ¿Cuánto había estado durmiendo? Distinguió a Ida fuera, apoyada en el capó, los brazos cruzados, contemplando las idas y venidas.

La escena había cambiado por completo desde que aparecieron los policías. El rancho era un hervidero de hombres y equipo, inundado de luces largas y rojas y azules, una mezcolanza de policías del condado e inspectores del Departamento de Policía de Los Ángeles. Los policías del condado habían llegado primero, y habían tratado a Ida y Kerry como a delincuentes hasta que Ida les contó que los asesinatos estaban relacionados con una investigación por homicidio de la Policía de Los Ángeles. Los policías del condado les habían dicho que se quedasen allí hasta que se hubiera verificado todo, y fue entonces cuando Kerry se metió

en el coche para descansar la vista.

Abrió la puerta y se apeó, sentándose en el capó al lado de Ida.

—¿Cuánto tiempo llevo dormida? —preguntó Kerry.

—Un par de horas.

—¿Todavía no han dicho que nos podemos ir?

—Sí, han dicho que nos podemos ir. Yo pedí que nos quedáramos. Quiero ver si aparece alguna prueba, averiguan la identidad de alguna de las víctimas, que se confirme que es realmente Cooper el tipo al que encontramos.

Kerry asintió y miró hacia la casa del rancho. Dos hombres entraban en ella llevando voluminosas cajas de equipo médico. Kerry pensó en Cooper corriendo a este rancho en busca de seguridad y asesinado por Faron. Intentó no establecer paralelismos con Stevie, que también estaba en la lista de objetivos de Faron.

—¿Les hablaste del nombre que encontramos en el libro que estaba debajo del Ford? —preguntó.

—¿Bud Williams? Sí. Lo primero que hice cuando llegaron los inspectores del Departamento de Policía de Los Ángeles fue pedirles que le transmitieran por la radio el nombre a Feinberg. Es otro de los motivos por los que esperamos… que aparezca Feinberg. Recordé que aún tenía en el coche aquellas fichas que me dio… la lista de los reclusos de Vacaville que sacaron *Gumbo Ya-Ya*. Bud Williams está en la lista. Si resulta que Cooper no es el Matarife Nocturno, diría que Bud Williams es nuestro siguiente sospechoso principal. Sé que tú tienes que coger el avión de vuelta mañana, pero me da la impresión de que todo esto terminará antes.

Kerry volvió a asentir. Ella tenía la misma sensación de que estaban muy cerca del Matarife Nocturno, pero todavía no estaba segura de que hubiera tiempo suficiente para encontrar a Stevie.

Ida le sonrió.

—Buen trabajo lo de que se te ocurriera que había algo sospechoso en donde estaba aparcado el Ford —dijo.

—Solo parecía raro. —Kerry se encogió de hombros.

—Con todo, fue un buen tanto. Debería haberme fijado yo,

pero supongo que me hago vieja. Eso demuestra que tienes talento para este tipo de cosas.

Kerry volvió a encogerse de hombros. Permanecieron en silencio, observando la escena del crimen una vez más. Solo un poco más allá, junto a las puertas del rancho, unos cuantos policías del condado estaban charlando entre ellos. Los mismos policías que habían hecho pasar un mal rato a Ida y Kerry habían recorrido el rancho contaminando la escena mientras esperaban que apareciera la Policía de Los Ángeles. Notaron que Kerry les miraba, y devolvieron la mirada. Por debajo de su escasa apariencia de profesionalidad, a los policías del condado les gustaba que aquello pudiera ser pronto un problema de la Policía de Los Ángeles, les gustaba que sus prejuicios sobre los marginados que vivían en el rancho estuvieran bien fundados. Los *hippies* habían venido de Los Ángeles trayendo la corrupción de aquella Gomorra hasta sus puertas, y ahora ya no estaban.

Justo entonces un joven de traje cruzó las puertas del rancho, pasó junto a los policías locales y se acercó a Ida y Kerry.

—Señora —dijo, dirigiéndose a Ida.

—Inspector Ericksson —dijo Ida—. Esta es mi colega Kerry Gaudet.

Ericksson saludó a Kerry dándose un golpecito en el sombrero. Kerry le devolvió el saludo con una inclinación de cabeza, sorprendida de que Ida se hubiera referido a ella como una colega.

—El inspector pertenece al Departamento de Policía de Los Ángeles —explicó Ida a Kerry.

—Conseguimos identificar a unos cuantos —dijo Ericksson, volviéndose de nuevo hacia Ida—. La chica joven de la zona donde dormían era Jennifer Stevens, catorce años, de Colorado Springs. Investigamos entre las personas desaparecidas cuando vimos su edad. Su madre denunció su desaparición hace ocho meses. Nadie la había visto desde entonces. Ninguna detención ni condena.

Ida asintió. Kerry retrocedió mentalmente a Colorado Springs, donde un coche de la policía probablemente estaba

ahora atravesando la urbanización de la que hubiera huido la chica; algunos agentes estaban llamando a una puerta, destrozándole la vida a alguien.

—¿Y los hombres? —preguntó.

—Su compañero de allí, en el polvo —dijo el inspector señalando al primer cuerpo que ellas encontraron—, Adrian Morris. Veinticinco años. Permiso de conducir del estado de Washington. Condenado por violación de una menor hace tres años en Seattle, y luego, el año pasado, en California, condena por falsificar recetas de Dexedrina. Y finalmente, el hombre negro en la zona de estar, o lo que sea, Peter Cooper. Veinticinco años. Este es fino. Periodos de detención como delincuente juvenil en la adolescencia. Una larga lista de agresiones y robos, todo en Los Ángeles. Luego cuestiones de orden público en San Francisco. Más tarde, pasó un tiempo encerrado en Salinas Valley después de que, muy colocado, intentara prender fuego a una comisaría de policía. Fue declarado demente y trasladado a Vacaville, de donde se fugó en octubre.

Ida asintió, haciendo como que aquella era una información nueva.

—También investigamos ese Ford Falcon —dijo Ericksson—. Estaba denunciado como robado hace dos meses en San Clemente y fue visto en una serie de robos en casas abandonadas cerca de Westchester e Inglewood. Es donde están construyendo la ampliación de la autopista, ahora casi una ciudad fantasma, de modo que muchos chicos entran ilegalmente en ella, se instalan como okupas, provocan incendios. Luego se localizó en otro robo en la consulta de un médico, en Torrance, donde sustrajeron talonarios de recetas. Parece que no lo mantuvieron quieto.

—Bien. Gracias por hacérmelo saber —dijo Ida—. ¿Alguna noticia sobre cuándo estará aquí Feinberg?

—No creo que venga aquí de momento. —El inspector frunció el ceño—. Está en la otra escena del crimen.

—¿Qué otra escena de crimen?

—¿No se ha enterado? Ha habido otro asesinato del Matarife Nocturno.

50

PRODUCÍA UNA SENSACIÓN RARA estar corriendo de una escena del crimen a otra, del lugar donde asesinaba Faron al del Matarife Nocturno. A Ida le daba la impresión de que los dos asesinos se acosaban uno al otro, que jugaban a un horripilante juego, originando cataclismos en la ciudad, como un terremoto.

Mientras conducía, Ida le pidió a Kerry que sintonizara la radio del coche en una emisora de solo noticias que estaba dando las últimas. Mientras escuchaban, a Ida le irritó que no mencionaran el modo en que había muerto la última víctima. Quería saber qué relato folklórico de Luisiana había emulado el asesino esta vez. Pero hasta que estuvieron cerca de Baldwin Hills los informadores no empezaron a mencionar que se había visto a un forense dejar la escena del crimen con un hacha ensangrentada dentro de una bolsa de plástico con pruebas.

—¿El Asesino del Hacha? —dijo Kerry, volviéndose hacia Ida.

Oleadas de pánico sacudieron a Ida.

—¿Tú sabes lo del Asesino del Hacha?

—Claro. Era uno de los cocos del lugar. Una de las historias de fantasmas que los chicos mayores del orfanato contaban a veces cuando se apagaban las luces.

Ida asintió.

—El del Asesino del Hacha fue mi primer caso en Nueva Orleans —dijo.

—Yo creía que era folklore. —Kerry frunció el ceño.

—Ahora lo es. Aparentemente.

Ida debía de haberlo dicho con amargura porque cuando Kerry habló a continuación su tono era de consuelo.

—Me refiero a que no es el Hombre del Hacha de verdad —dijo—. Es el Matarife Nocturno. Es un imitador. Eso no

significa nada.

—Podría ser. Pero todavía hace sentir como si se abrieran antiguas heridas.

Era inquietante pensar que su primer caso se había degradado convirtiéndose en folklore, de donde lo había recuperado el Matarife Nocturno para reproducirlo aquí, en Los Ángeles, cincuenta años después. Una sensación de desaliento sobradamente conocida invadió a Ida. Nunca atrapó a Faron, la Pinkerton se había quedado con su agencia y ahora el primer caso que resolvió había sido copiado por un imitador, y encima uno mediocre. Daba la impresión de que el trabajo de toda su vida estuviera inacabado, convertido en polvo, y de que si ella todavía estaba viva era para ver cómo pasaba eso.

De pronto estaba de vuelta a Nueva Orleans cincuenta años atrás, era de nuevo una chica joven, de pie en una calle fría, brumosa, esperando que pasase el desfile de un funeral. Extraño pensar que todo empezó en un funeral. Había ido allí buscando a Louis, para pedirle ayuda cuando empezó su investigación sobre el Hombre del Hacha. Encontró a Louis, que le ofreció su ayuda, y el funeral había desaparecido desfilando en la niebla. Pero era como si todavía estuviera parada en aquella calle, todavía sola, todavía sintiendo el frío de aquella mañana, como si aquello siguiera aferrado a ella durante todos los años transcurridos.

—¿Has oído alguna vez hablar de Jake Bird? —preguntó Ida —. El Asesino del Hacha de Tacoma.

Kerry negó con la cabeza.

—Lo condenaron en el cuarenta y nueve por matar a una madre y una hija con un hacha. Fue al patíbulo asegurando que había matado a otras cuarenta personas, todas ellas con hachas, la mayoría mujeres, en todo el país, desde Florida hasta el estado de Washington.

—¿Y?

—Que la historia se repite. Leí una vez algo sobre esa secta cristiana que creía que no había un solo Jesucristo. Que en cada generación nacía un Jesucristo, un Judas, un Pilatos. Nombres distintos, caras distintas, pero siempre el mismo

drama, una y otra vez, a lo largo de los siglos. Me estoy preguntando si quizá también, como un Jesucristo y un Pilatos, hay un Diablo que nace en cada generación, un Faron, un Matarife Nocturno, un Hombre del Hacha, alguien a quien los demás tenemos el deber de parar.

Kerry mantenía los ojos fijos en la carretera. Ida tuvo la sensación de que estaba incomodando a la chica con su misticismo pesimista.

—En toda casa con una pila de leña y un hogar tiene que haber un hacha —dijo Kerry—. Son fáciles de encontrar, fáciles de sujetar, fáciles de usar cuando alguien se cabrea y pierde el control. Si hay asesinatos con hacha cada pocos años, es simplemente porque hay hachas en todas partes.

—Claro, pero eso no cambia la historia. Nueva Orleans en mil novecientos diecinueve. Tacoma en mil novecientos cuarenta y nueve. Los Ángeles ahora. ¿Quién dice que dentro de veinte años no aparecerá otro Hombre del Hacha?

—Entonces habrá otro detective allí para pararle.

EL AMBIENTE EXTERIOR DE LA casa de la víctima de Balwin Hills era incluso más frenético que el del rancho. Había vecinos, reporteros, equipos de cámaras; un helicóptero de una cadena de televisión estaba dando vueltas, recogiendo imágenes aéreas, molestando a todo el mundo.

Cuando Ida y Kerry se abrieron paso a codazos entre el tumulto, Ida se dirigió a un agente de uniforme que fue en busca de Feinberg. Este fue a reunirse con ellas un par de minutos después.

—¿Es esta la hermana de Stevie Gaudet? —preguntó.

—Esta es —respondió Ida.

Feinberg y Kerry se saludaron con la cabeza,

—Vamos a hablar detrás —propuso.

Les hizo atravesar el cordón y rodearon andando el costado de la casa de la víctima, un chalé bien cuidado con un jardín bien cuidado. Entraron en el patio trasero, que había sido convertido en centro de operaciones, con cajas de equipo sembradas por el suelo, policías y forenses yendo y viniendo. Feinberg las llevó a un muro de contención bajo en el extremo

del jardín. Se sentaron en el muro, encendieron cigarrillos.

—Por la radio dijeron que la mató con un hacha —dijo Ida.

—Así es. ¿Quieres entrar a echar una ojeada?

Ida se volvió hacia el chalé de la víctima, hacia la puerta abierta de la cocina. Pero ya tenía suficientes matanzas por un día para examinar más cadáveres.

—No —dijo—. Cuéntanoslo tú.

Feinberg asintió.

—La víctima era Barbara Martínez, de treinta y siete años. Trabajaba en una biblioteca de La Brea Avenue. No aparecía por el trabajo desde hacía dos días, no cogía el teléfono, así que sus colegas vinieron esta mañana. Forzaron la puerta y la encontraron. Es igual que las veces anteriores… vivía sola, fue asesinada de noche. Las mismas cruces de sigilo en la pared. La única diferencia es que esta es peor que las otras… La descuartizó tanto que ahora está en trozos.

Les hizo un rápido resumen de la escena del crimen, sin ahorrar nada al describir el grado de brutalidad, los miembros cortados, la cabeza partida.

—Es el mito del Hombre del Hacha, ¿verdad? —preguntó Feinberg.

—Sí —dijo Ida inexpresivamente, demasiado cansada para corregirle sobre lo de que era un mito—. ¿Estuvo trabajando la víctima en la biblioteca la tarde antes de que la mataran?

—Estuvo. Sé en lo que estás pensando… que tiene relación con la cárcel. Dispusimos a unos cuantos hombres a interrogar al personal para ver si se habían fijado en alguien que hubiera estado merodeando por allí los últimos días. En cualquier caso, esa fue la guinda en el pastel. Ahora en la brigada todos creen en tu teoría del folklore con origen en la cárcel. Seguimos eso como línea principal de la investigación. De ahí que yo pueda consultarte otra vez sin tapujos.

«Y todo eso les llevó a un asesinato brutal más», pensó Ida.

—También estamos considerando a Bud Williams como nuestro sospechoso principal —continuó Feinberg—. En cuanto mandaste su nombre, puse a alguien de la Casa de Cristal a desenterrar su ficha, y recibí más télex de Vacaville. También mandé su foto policial a la biblioteca. Si alguno de los colegas

de la víctima le reconoce, entonces tenemos a nuestro hombre.

Pasó a Ida una carpeta con documentos que traía.

—Williams tiene veinticuatro años. Ingresó en el Centro Médico de Vacaville hace tres años después de cruzar en rojo la autopista Golden State. Originó un choque en cadena. Ya tenía un largo historial de problemas psiquiátricos. Le dieron la libertad en agosto. Se trasladó a casa de su abuela en Pacoima. Mandé a algunos agentes allí para interrogarla. Hay unas notas en la carpeta. Ella dice que desapareció hacia comienzos de octubre.

—O sea, un par de semanas antes del primer asesinato del Matarife Nocturno.

Feinberg asintió.

—La abuela dice que cuando Williams salió de Vacaville estaba hecho un lío. Como si hubiera empeorado. También dijo que justo antes de que huyera fue a verlo un policía. O por lo menos alguien que fingía ser policía. Coincide con la descripción de Hennessy.

—¿La abuela tiene alguna idea de dónde está Bud ahora? —preguntó Ida.

Feinberg negó con la cabeza.

—Dice que la última vez que lo vio fue quizá hace tres o cuatro semanas. Un domingo se presentó de improviso en la iglesia que ella frecuenta. La mujer dijo que estaba andrajoso, como un vagabundo. Le contó que había estado viviendo con unos amigos de Vacaville montando a caballo en un rancho con caballos en las afueras de un pueblo.

—El rancho en el que estuvimos —dijo Ida—. Estuvo allí con Pete Cooper.

—Eso parece. Sin embargo, Ericksson dijo por la radio que la matanza había tenido lugar hace por lo menos una semana.

—Lo que significa que Bud Williams estuvo allí y se marchó antes de que llegara Faron y los matara a todos.

—Bud escapó por los pelos, pero Barbara Martínez no tuvo esa suerte —dijo Feinberg, señalando el chalé con la cabeza—. Lo último que le dijo Williams a su abuela fue que volvería en Navidad. Que una vez que llegara la Navidad, todo iba a ir perfectamente. ¿Tiene eso algún sentido para ti?

Ida frunció el ceño. Bud tenía una fecha límite, la misma que Cooper le había mencionado a Mouzon. Se lo contó a Feinberg. Este recibió la información, frunció el ceño.

—Puede que descubramos lo que querían decir con el día de Navidad —dijo.

—Puede.

Él señaló la carpeta en la mano de Ida.

—De todos modos, lee el informe —dijo—. Contiene detalles de la relación que Williams tiene con Luisiana. Eso explica por qué lo pasamos por alto cuando hicimos nuestro rastreo inicial de todos los reclusos de Vacaville. Hay también una foto cortesía de su abuela.

Ida abrió la carpeta. La foto estaba sujeta con un clip a la hoja de portada. Mostraba a Bud Williams de pie en el jardín delantero de algún sitio sonriendo con inseguridad a la cámara. Era de estatura media, rollizo, joven. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camisa de cuadros y tenía el pelo despeinado. No había nada especial en su aspecto. Aunque sus ojos expresaban cierto vacío, la falta de algo. Ida creyó comprender que podría haber recurrido al folklore, la mitología, el vudú para llenar ese vacío.

—Ah, hay otra cosa —añadió Feinberg—. Recuerda que te conté que comprobamos la identidad de Audrey Lloyd con su auténtico nombre… Audrey López. Bien, pues dio resultado. No era de Florida, como le dijo a su compañera de piso. Era de Michigan. Tenía una sarta de condenas federales por drogas. Su última estancia en la cárcel terminó hace dos años. La detuvieron otra vez en agosto del año pasado, pero los cargos se retiraron, sospechosamente. Parece que era una actriz, Ida, solo que no de la clase que creíamos.

Ida frunció el ceño, analizando lo que le estaba contando Feinberg. Audrey era una exconvicta con acusaciones retiradas justo a tiempo de colocarla en la oficina de Riccardo.

—Era un topo —dijo Ida—. Un topo de la Oficina Federal de Estupefacientes.

—Sí, es lo que yo supongo. Los de la Oficina Federal la reclutaron, la prepararon y la pusieron a trabajar con Riccardo para espiarle. Hemos estado haciendo investigaciones sobre

Karl Drazek, el tipo que le consiguió a Audrey el trabajo en Ocean Movies… puede que también pertenezca a la Oficina Federal de Estupefacientes, puede que trabaje con Hennessy… pero no conseguimos encontrar ni rastro suyo.

—Probablemente ande huyendo de Faron —concluyó Ida—. Como todos los demás.

—Sí, es lo que también creo yo.

Se acercó un agente de uniforme, que se llevó a Feinberg. Ida se volvió y comprobó que Kerry la miraba.

—Esto no lleva a ninguna parte, ¿verdad? —dijo Kerry—. Cooper está muerto. Bud Williams anda desaparecido. Nadie sabe dónde está Drazek. Todas nuestras pistas se han agotado.

Ida vio lo desalentada que estaba Kerry, pero sabía que no tenía sentido intentar hallar un resquicio de esperanza, una falsa esperanza.

—Sí, todos ellos se han desvanecido.

Compartieron una mirada de desolación. Las dos estaban estresadas, cansadas, desesperadas. Aunque resultara que Bud Williams era el Matarife Nocturno, no daría la sensación de una victoria. Todavía no. Aún podía andar matando por ahí. Igual que Faron. Y encima, Williams no era ni siquiera el aspecto más importante del caso. La conspiración que había detrás era lo que importaba, y eso todavía estaba envuelto en el misterio. Y para más inri, Ida había prometido a Kerry ayudarla a encontrar a Stevie, y estaba decepcionando a la chica. Con menos de un día antes de que Kerry cogiera el vuelo de vuelta, todavía no estaban más cerca de encontrarlo. Si existía alguna esperanza de localizar a Hennessy y Stevie antes de que los atrapase Faron, esa era Karl Drazek. Pero parecía que nadie era capaz de encontrarlo tampoco.

—Lo siento —dijo Ida.

—No es culpa tuya —contestó Kerry, evitando su mirada.

Ida suspiró y se dio la vuelta para echar una ojeada al jardín. Vio con cuánto interés lo habían cuidado. El césped estaba segado y regado, y los parterres, libres de hierbas malas y llenos de flores que crecían en invierno. Había un jazmín estrellado sujeto a la pared trasera del chalé, y un naranjo amargo a cuyos pies la hierba no mostraba ninguna pieza de

fruta caída. Ida imaginó a la desgraciada y solitaria bibliotecaria pasando los fines de semana cuidado su jardín, llevando una vida tranquila hasta que el Matarife Nocturno la siguió hasta su casa.

Ida miró hacia arriba y vio regresar a Feinberg.

—Acabamos de recibir noticias de los agentes que interrogaron al personal de la biblioteca —anunció—. Se fijaron en un chico que rondaba por allí. Los agentes les enseñaron la foto de Bud Williams. Confirmaron que era él.

Feinberg sonrió.

—Es él. Todo coincide. Lo conseguiste. Bud Williams es el Matarife Nocturno.

Parte diecinueve

Louis

51

LOUIS ESTABA SENTADO EN un barco del borde de la playa, con la ciudad detrás y el sol poniéndose frente a él. Se puso una mano en el pecho, notando el ritmo de su corazón; sus latidos llegaban justo un segundo después del pulso tomado con las yemas de los dedos; el intervalo en el ritmo, como una llamada y una respuesta, como un eco, como olas. Extraño pensar que un día se pararía. Más bien antes que después, si lo que le había dicho el médico aquella tarde era verdad.

—Se está acercando a los setenta años —había dicho el médico—. No sería igual si usted fuera guitarrista o pianista, que solo usan las manos. Sopla una trompeta trescientas noches al año. Supone una presión excesiva para sus pulmones, su corazón, los músculos de su pecho, su tensión sanguínea. Incluso antes de que lleguen los resultados de los análisis complementarios, señor Armstrong, puedo asegurarle que eso es excesivo para un hombre de su edad.

Louis había asentido, indicando que sí, sí, pero sus pensamientos ya estaban en otra parte, perdidos entre una niebla. Salió de la consulta del médico, anduvo recorriendo las calles y terminó en la playa. No estaba seguro de en qué playa estaba, si era una de esas que no permitían acceder a los negros, si vendría un policía a decirle que no merodeara por allí, o algo peor.

Contempló las olas coronando la arena, escuchó su sonido, el ritmo no muy diferente del de debajo de las yemas de sus dedos, el eco como de olas que rompen en momentos distintos a lo largo de la costa. Extraño pensar que aquel eco había reverberado durante millones de años, como una canción, incesante, intemporal.

—¿Tengo que dejarlo? —había preguntado Louis al médico con desaliento.

El médico permaneció un momento callado, negó con la cabeza.

—Mire, no creo que sea una decisión definitiva. Hay un punto medio. Puede reducir sus actuaciones a un nivel que garantice su seguridad. Deje de ser un esclavo. Su actual modo de vida, todo ese tiempo de viaje, tocando, tendría impacto en la salud de un hombre años más joven. No puede seguir usted así, señor Armstrong. Nos pondremos en contacto cuando tengamos todos los resultados. Entre tanto, tiene que aceptar la realidad de su situación.

Lo que le había dicho el médico no era *tan* malo, ¿pero por qué él tenía la sensación de que era una sentencia de muerte? Quizá porque daba especial importancia a los años que le quedaban. ¿Debería dejar de tocar y prolongar su vida, o continuar haciendo lo que había hecho siempre y morir antes? El médico se había esforzado en recalcar que no se trataba de elegir entre una cosa u otra. Pero era así.

¿Qué haría él sin la música? Antes de la Casa de Acogida y aprender a tocar, él solo era otro chico de los barrios bajos de Nueva Orleans, pobre y destinado a trabajar duro toda su vida en la oscuridad, como tantos millones de otros. Muchas veces pensaba en esa otra vida de la que había escapado. Aquella vida quimérica. Le había seguido como una sombra. ¿Qué habría sido sin su talento? ¿Un maletero en la estación de tren? ¿Un conductor de una carreta de carbón? ¿Un matarife en un matadero?

A veces volvía la vista hacia los otros hombres de aquel barrio que no habían hecho nada con sus vidas. Hombres como su padre. Era culpa suya por beber demasiado, colocarse demasiado, gastar todo su sueldo en bebida, mujeres y partidas de dados. Pero no volvía la vista sobre ellos mucho tiempo, porque en lo más hondo de su interior sabía que eso era inútil. La única diferencia entre él y ellos fue que él estaba dotado de talento. Y el talento era un privilegio, como cualquier otro, ¿así que quién era él para juzgar? Cuando dejaba la trompeta, era tan vulgar como todos los demás. Y puede que por eso le asustara tanto aquel otro camino.

A veces incluso tenía pesadillas sobre eso; que iba a tocar en

una actuación pero no encontraba su trompeta, que corría sin parar entre bastidores buscándola, a trompicones, ahogándose. Las pesadillas le asaltaban siempre que estaba sin tocar. Unos años antes los médicos le habían ordenado que se tomase un descanso, de modo que Glaser había dado a la orquesta dos meses de permiso pagados y Lucille y Louis hicieron un crucero por el Caribe. Después de tres semanas de pesadillas, desembarcó, reunió de nuevo a la orquesta en Nueva York y les dijo que necesitaba volver a tocar.

Contempló cómo se ponía el sol y llegaba la noche y la playa se vaciaba. Se levantó y miró alrededor. Tenía que volver al Marmont, pero no sabía dónde estaba y no podía meterse en un taxi así por las buenas. Había estado en Los Ángeles bastantes veces a lo largo de los años para saber dónde podía y no podía estar un hombre de color después de caer la noche. No solo eran las numerosas zonas con toque de queda para negros de la ciudad —Glendale, Hawthorne, Burbank, Torrance — o la División de Hollywood de la Policía de Los Ángeles, para la que cualquier persona de color atrapada en la calle después de la puesta de sol suponía automáticamente «un alboroto»… un interrogatorio y un registro. Lo mismo pasaba en la zona al oeste de la avenida La Brea, al norte del Beverly Boulevard. Allí Louis sabía que no se exponía solo a acusación por «alboroto», sino a algo más peligroso.

Cruzó Ocean Avenue, llegó a una intersección, vio la calle que cruzaba: Wilshire Boulevard. Claro. Solo había continuado por la misma calle donde estaba la consulta médica hasta que llegó a la playa. Si podía encontrar un teléfono público, podría llamar al hotel y pedir que le mandasen un coche. Enfiló Wilshire arriba en busca de uno. Las tiendas caras todavía estaban abiertas, y las aceras, llenas de gente. Tipos con pinta de ricos le miraban al pasar a su lado. Encima de ellos, las copas de las palmeras oscilaban con un suave viento Todo iba perfectamente aquella tarde de invierno en Los Ángeles, todo era maravilloso y amigable mientras el Oeste declinaba, la sociedad se hacía pedazos y el corazón de Louis se ponía lentamente a tono.

Vio un teléfono público delante, justo enfrente del

escaparate de una tienda de electrodomésticos. Agarró el aparato, llamó a información y consiguió el número del Marmont.

—Por supuesto, señor Armstrong. Podemos mandarle un coche en cinco minutos. ¿Dónde está exactamente?

Louis dijo al hombre el cruce de calles.

—Mientras tanto, siga usted en línea, señor. Tenemos un mensaje del señor Steve Allen. Dijo que era importante… una dirección del señor Karl Drazek.

Steve había conseguido la dirección que quería Ida.

—Solo un segundo —dijo Louis.

Sacó su Montblanc del bolsillo interior y buscó un papel para escribir la dirección. Recordó que todavía tenía el sobre con la partitura dentro que le había mandado Glaser… la nueva canción que quería que grabara.

Copió la dirección en el dorso del sobre, colgó y llamó a Ida. Por medio de su servicio de atención de llamadas, le dejó un mensaje diciéndole que le devolviera la llamada y luego se sentó en un banco junto al teléfono, esperando que el coche del Marmont llegara antes que la policía. Miró la tienda de electrodomésticos en la acera de enfrente. Mostraba en su escaparate un muro de televisores. Cada uno de los aparatos estaba adornado con espumillón rojo y verde, y salpicado con falsa nieve, recordándole a Louis que era el día de Nochebuena, y cómo lo estaba pasando él.

Todos los televisores estaban emitiendo programas de noticias: imágenes de protestas contra la guerra, de junglas vietnamitas en llamas, algo sobre unos incendios en Malibú. Louis sintió una vaga culpabilidad por estar pensando en retirarse con el mundo en ese estado. Como si estuviera traicionando al futuro por dejar que los jóvenes se las entendieran con un desastre que no era obra de ellos.

Las noticias fueron interrumpidas por anuncios: Pepto-Bismol, Saran Wrap, Cadillac. Louis sabía, por haberlos visto antes todos, que cada uno tenía un tema de jazz de fondo. Habían desaparecido los días en que el jazz estaba prohibido en las ondas, cuando solo se podía oír en los clubes nocturnos, tiendas de discos, puede que en algún programa de radio

especializado en plena noche. Ahora el jazz estaba en la tele tanto como los programas sobre la Mafia. La banda sonora empresarial de Estados Unidos. Salió un anuncio de Colgate junto a una aproximación a un estándar de jazz de Nueva Orleans

Louis movió la cabeza y miró el sobre con la partitura de su mano. Imaginó que podría echarle un ojo. Abrió el sobre y sacó las páginas. Frunció el ceño cuando vio el título de la canción: «What a Wonderful World». Luego leyó por encima la letra que habían escrito en el papel con lápiz debajo de los pentagramas. Cuando examinó con atención la propia partitura, la música empezó a sonar dentro de su cabeza, como siempre le ocurría. La terminó rápidamente y cuando tuvo dominada la melodía, volvió a leer la partitura, añadiendo la letra.

Las sílabas latían al ritmo de su debilitado corazón. Las recorrió hasta el final. Asimiló el sentimiento, cómo se acoplaba con la melodía, cómo se acoplaba con el mundo de su alrededor, un mundo en llamas.

Louis captaba lo que estaba tratando de expresar el autor de la canción, y como siempre, se preguntó por qué. Parecía muy poco oportuno dado lo que estaba pasando en el mundo justo entonces. El odio racial, la carrera armamentista, la Guerra Fría, las divisiones sociales cada vez más violentas.

Louis intentó detectar la grandeza que había visto Glaser en ella, pero no pudo. La letra resultaba empalagosa. Cursi. Almibarada. Sensiblera. Demasiado optimista y esperanzada considerando la situación actual del mundo. La imaginó con el tipo de arreglos de cuerda que prefería Bob Thiele y le trajo a la memoria la atroz música de ascensor que oyó en el aeropuerto. ¿Podría decidirse a cantar eso? ¿A prestar su debilitado corazón para hacerlo? Mientras las junglas estaban en llamas, y cada pocos días había otro disturbio racial contra la injusticia y la brutalidad policial.

Puede que se tratase de su estado de ánimo decaído, pero cuando leyó el verso final, empezó a tener la sensación de que aquella letra traslucía insinuaciones de muerte, de cosas que llegaban a un final. De pronto la canción le pareció menos azucarada y más nostálgica. Contenía un lamento. Pena. Como

si tratara de los pensamientos de un viejo que revisaba su vida y pasaba lista a todas las cosas que perdería cuando se hubiera ido.

De pronto la canción adquirió sentido. Era un lamento. Una marcha fúnebre. Un blues del ocaso. De eso se trataba… que cuando uno se enfrenta con la nada, incluso este mundo hecho pedazos era maravilloso. Algo por lo que merecía la pena luchar. Era una celebración, claro, pero sobre todo era una última súplica de alguien que va a desaparecer para conservarlo todo antes de que se quemara definitivamente.

¿Pero podía conseguir él cantar la canción? ¿Le quedaba el suficiente optimismo, por no decir fuerza, en los pulmones? Y más importante aún: ¿querría escucharla alguien?

Parte veinte

Dante

52

Dante y Loretta se quedaron sentados en el Thunderbird y esperaron a que dieran las siete, con los ojos en el Burger Shack, en el reloj del salpicadero, en el sol que se hundía en el océano, bañándolo todo de alucinatorios matices rojos y naranja. Contemplaron los coches que atravesaban disparados el crepúsculo en la autopista Pacific Coast, dejando un rastro de luz roja y blanca en la oscuridad, suspendida en la contaminación. Escucharon la radio: informaciones sobre el viento del desierto que avivaba los incendios de Malibú, entremezcladas con alegres canciones tradicionales de Navidad.

Entre las hileras de bebedores tambaleándose entre los bares, los había de esos que iban cerrando bares hasta el mediodía del día siguiente. En la sombra de las tiendas había vagabundos desplomados que aferraban a su pecho latas de Sterno. Detrás se alzaban las torres de petróleo como un ejército de robots oxidados en el aire salino. Dante las imaginó deteniendo sus pilones, dejando el promontorio, entrando en el mar, desapareciendo, como en aquel relato sobre los indios durante un Santa Ana.

Justo antes de las siete dos trabajadores salieron al patio del Burger Shack por la entrada a la cocina. Se apoyaron en una furgoneta aparcada allí, encendieron cigarrillos y el resplandor de sus mecheros les iluminó la cara.

—Ese es él —dijo Loretta—. Ese es DeVeaux.

Dante los examinó con los ojos entrecerrados en la oscuridad y reconoció al hombre de las fotos.

—Tienes razón —dijo.

Dante arrancó el Thunderbird, esperando que DeVeaux se subiera a un coche y condujera a algún sitio donde pudiera pillarlo por sorpresa. Pero no parecía que DeVeaux fuera a ir a

ninguna parte.

—¿Estará esperando que lo recoja alguien? —preguntó Loretta.

Justo entonces DeVeaux cruzó el patio hasta la alambrada que lo separaba de la calle y miró arriba y abajo. Unos segundos después, un Cadillac Eldorado rojo vivo paso rodando despacio por delante del Burger Shack y se detuvo al otro lado. Un hombre fornido con pinta de matón se apeó y se dirigió hacia DeVeaux.

Dante frunció el ceño, lo reconoció.

—Hay que joderse —dijo, estirándose en el asiento.

—¿Lo conoces?

—Es Vincent Zullo —dijo Dante—. Estaba en la fiesta de la piscina la noche que Licata y Roselli me contrataron para el trabajo.

Danto se retrotrajo a la mansión, con Zullo de pie en la terraza con su ropa tan poco atractiva y aquella nube de laca, presumiendo de Las Vegas. Claro, Las Vegas era el enlace. Zullo ahora estaba instalado en Las Vegas, «proporcionando coristas» a los casinos. Y las actrices en bikini de las películas de Riccardo también eran todas coristas de Las Vegas. ¿Se las proporcionaba también Zullo? ¿Y también se dedicaban juntos a la distribución de coca? Por eso estaba Zullo en la mansión aquella noche, controlando a Licata, a Roselli. Por eso se acercó a Dante: para enterarse de lo que estaba haciendo allí.

Y de Las Vegas era de donde había venido Wayne Bach. Zullo debía de haber contratado a Bach y a DeVeaux para que matasen a Dante. Pero ellos la jodieron. De ahí la conversación de emergencia que ahora estaban teniendo Zullo y DeVeaux.

—¿Dante? —dijo Loretta—. ¡Dante! Te ha visto.

Dante reaccionó al ver que Zullo y DeVeaux le miraban fijamente desde el otro lado de la calle, agitado, con miedo. Zullo se sacó algo del bolsillo. Un objeto negro metálico que brillaba con la luz de la luna.

—Joder —dijo Dante.

Cuando Zullo iba disparar, De Veaux le gritó algo. Zullo se detuvo, dándose cuenta de que había demasiado movimiento para disparar. Demasiados testigos, no suficientes vías de

escape. Guardó el arma en el bolsillo, sin dejar de mirar a Dante. Y de pronto DeVeaux estaba corriendo por el patio del Burger Shack. Luego fue Zullo el que empezó también a correr, calle arriba, a toda velocidad, en dirección a su Cadillac.

—Puedo cortarle —dijo Dante.

Disparó el Thunderbird marcha atrás y lo hizo girar en redondo, pero llegó un segundo tarde. Zullo salió lanzado con su Cadillac y aceleró por la carretera, hacia el interior, con dirección Beach Boulevard, la autopista.

Dante le siguió, echando una ojeada al espejo retrovisor. ¿Dónde se había metido DeVeaux? ¿Había vuelto al Burger Shack para contarles a sus colegas lo que había pasado? ¿Tendría Dante un centenar de Harleys persiguiéndole?

Inesperadamente, Zullo realizó un brusco giro hacia una calle lateral y la tomó. El coche de Dante chirrió al doblar la esquina detrás de él. Casas y tiendas pasaban parpadeando. Alcanzaron sesenta kilómetros por hora. Ochenta. Cien. El Thurderbird rugía, el perro aullaba, Loretta se sujetaba a su asiento. Pasaron coches y personas solo a centímetros de distancia en aquellas calles concurridas, estrechas. Zullo hacía giros a derecha e izquierda con su Cadillac, coleándolo, haciéndolo chirriar, siempre siguiendo un camino que lo alejaba de la playa, subiendo hacia el promontorio. Dante comprobaba en el espejo retrovisor que no había señales de DeVeaux ni de las Harleys.

Alcanzaron la parte alta, y los edificios desaparecieron. Zullo dio un bandazo al tomar una curva, ahora conduciendo en paralelo al océano, que quedaba muy abajo a su derecha. Entonces el campo de torres de perforación quedó a la vista a su izquierda, separado de la carretera por una alambrada de tres metros.

Zullo aceleró su Cadillac, aumentando la velocidad en la carretera polvorienta. Alcanzaron noventa, cien, ciento diez kilómetros por hora, haciendo bruscos giros en las estrechas curvas que seguían la línea del acantilado. Cuando Dante puso el cuentakilómetros al límite, el perro se encontraba descontrolado.

Se acercaba una curva. Una muy pronunciada. Zullo estaba

loco si creía que podría tomarla a aquella velocidad. Pero no disminuía la marcha.

—Dante… —dijo Loretta.

La curva se estaba acercando a toda velocidad.

—Dante…

La curva ya casi estaba allí.

—Joder —dijo Dante.

Pisó el freno en el último momento.

El Cadillac siguió en marcha, coleó. Zullo frenó justo donde no debía. El Cadillac giró, se salió de la carretera, chocó contra la alambrada de su izquierda, la rompió, cayó de lado, rodó, dio vueltas, levantó una polvareda y se detuvo a veinte metros dentro del campo petrolífero.

El polvo levantado lo ocultaba todo.

Dante detuvo el Thunderbird con un chirrido, saltó fuera y agarró su revólver. Intentó examinar el campo petrolífero a través de la alambrada rota. No conseguía ver nada debido al polvo, pero olía el humo, los acres efluvios del petróleo. Entre la nube amarillenta oyó el siseo de algo que se escapaba del motor destrozado del Cadillac, el ladrido del perro, el zumbido metálico de los pozos bombeando, el aullido del viento que soplaba sobre el promontorio hacia el océano. Dante vio a lo lejos una forma que daba traspiés y la siguió.

Ahora el polvo se aclaraba y podía distinguir a Zullo cojeando, herido, aturdido, pistola en mano. Se dirigía a la torre petrolífera más cercana, a la caseta que tenía en la base. La alcanzó y desapareció dentro. Dante levantó su revólver, apuntó con él a las puertas de la caseta, con miedo ante la idea de disparar tan cerca de donde estaban bombeando petróleo.

Justo cuando llegó a las puertas, oyó al perro ladrar detrás de él. Echó una rápida ojeada por encima del hombro y vio que Loretta y el perro se acercaban iluminados por la luna, que el viento azotaba el pelo de Loretta.

—Quédate ahí —dijo Dante, extendiendo una mano.

Entonces se volvió y llegó a las puertas. Miró alrededor, vio una piedra en el suelo, la cogió y la arrojó contra ellas. Las puertas hicieron ruido. Las acribillaron disparos desde dentro. Fuertes, sonoros golpes despedazaron la madera. Dante contó

cuatro. Tiró otra piedra. Las puertas hicieron ruido otra vez; otros dos disparos. Puede que Zullo se hubiera quedado ya sin balas. Puede que no.

Dante se acercó y pegó la espalda a la pared junto a las puertas. Con la punta del cañón de su revólver empujó una de ellas lentamente, hasta que pudo ver una franja del espacio abierto. Estaba en sombra, lleno de maquinaria que chirriaba y crujía.

Dante se arriesgó a dar un paso dentro. Distinguió a Zullo caído en un rincón, mirándole fijamente, su pistola en el polvo al lado de su mano. Debido al choque con el coche, tenía sangre por toda la cara que goteaba sobre la camisa.

Dante se acercó. Los ojos de Zullo le siguieron. Dante se arrodilló, cogió la pistola de Zullo y se la metió en el bolsillo.

—¿Por qué mandaste a Bach y DeVeaux a que me mataran? —preguntó.

Zullo no dijo nada. Hizo girar la cabeza, sus ojos trataron de enfocarse. Dante se dio cuenta lo superficial que sonaba su respiración, de cómo le costaba aspirar aire.

—Vinnie, cuéntame lo que está pasando y te ayudaré a salir de aquí para que puedas escapar antes de que llegue la policía.

Zullo pareció recuperarse ante la mención de la policía. Hizo una mueca y babeó sangre.

—Vinnie, tenemos que llevarte a un hospital.

—Estoy bien.

Se oyó un ruido detrás de Dante. Al darse la vuelta, vio a Loretta parada ante la puerta de la caseta.

—Vinnie, cuéntame algo ahora —dijo Dante, volviéndose otra vez hacia Zullo—. Y le diré a mi mujer que vaya a llamar a una ambulancia. Puede llegar a un teléfono en cinco minutos, y ellos pueden estar aquí diez minutos después. Vinnie, puedes aguantar hasta entonces, lo único que tienes que hacer es contarme algo mientras llegan.

Zullo asintió, pero no dijo nada.

—¿Encargaste a Bach que me matara porque yo estaba buscando a Riccardo?

—Sí.

—¿Porque tú y Riccardo estabais trabajado juntos en la

distribución de coca?

Zullo volvió a asentir.

Dante había estado en lo cierto: Zullo no solo proporcionaba chicas a Ocean Movies, sino que también traficaba coca con Riccardo.

—¿Quién os suministraba la coca, Vinnie? Dímelo y mandaré a Loretta que vaya a buscarte ayuda.

Zullo negó con la cabeza como atontado.

—¿A qué le tienes tanto miedo? —dijo Dante—. Hablé con Roselli. Sé que se trata de agentes corruptos de la CIA. Solo necesito los nombres. Dime los nombres y lo siguiente que verás será a los médicos atendiéndote.

—¿La CIA? —murmuró Zullo—. No era la CIA.

Se quedó callado, volviendo a sucumbir a sus traumatismos.

—¿Quién fue? —Dante frunció el ceño.

Zullo se quedó atontado, empezó a toser. Se llevó una mano a la boca y la retiró llena de sangre. Miró la sangre, se dio cuenta de que la estaba tosiendo y pareció muy alarmado ante la idea de que sus heridas fueran más graves de lo que había imaginado. Miró hacia arriba, como si viera a Dante por primera vez.

—Vinnie, puedo ayudarte.

Zullo se dio cuenta finalmente de que aquella era su mejor posibilidad de supervivencia.

—Fue un agente de estupefacientes que se llama Henry White —soltó—. Y ahora consígueme un jodido médico.

Dante frunció el ceño. Había estado seguro de que la coca procedía de la CIA. Se retrotrajo rápidamente a su encuentro con Johnny Roselli en la terraza del Georgian. Roselli con sus gafas de sol gigantescas dando tragos a su coñac mañanero, diciendo que la fuente de coca de Riccardo eran agentes corruptos de la CIA en Latinoamérica, comentando lo peligrosos que eran.

—Consígueme un jodido médico —repitió Zullo.

Dante se volvió hacia Loretta y le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Ella le respondió con otro y desapareció en la luz de la luna para llamar a la ambulancia. Dante se volvió de nuevo hacia Zullo, que tenía una sonrisa

siniestra en la cara.

—Has estado engañado todo este tiempo —dijo—. Roselli te estuvo confundiendo con esa mierda de la CIA. ¿Sabes por qué? Porque Roselli montó todo el asunto. Y te la montó también a ti.

Zullo soltó un gruñido que quería ser carcajada, disfrutando de la confusión que mostraba la cara de Dante. Eso le estimuló a hablar más, a fanfarronear.

—Deberías ver a ese liquidador que White y sus colegas trajeron de Camboya para limpiar la operación. Él no se anda con tonterías, Dante. Ayudó a White a liquidar a Riccardo y a esa puta secretaria suya. A todos esos jodidos negros de Vacaville. Y ahora jodió a Bach y DeVeaux, también los puso a ellos detrás de ti.

Sonrió de nuevo, pero más entontecido esta vez. Los ojos se le cerraron.

—Joder, tengo que ir a un servicio —dijo—. Me voy a mear.

Dante frunció el ceño. Había visto aquello antes. Zullo tenía una hemorragia interna. Las cavidades de su cuerpo se le estaban llenando de sangre, y él lo confundía con una vejiga llena de orina. El pobre hijoputa no se daba cuenta de que se estaba muriendo.

—¿Qué hicieron con el cuerpo de Riccardo?

Los ojos de Zullo parpadearon. Miró alrededor, sin centrar la vista.

—¿Qué hicieron con el cuerpo de Riccardo, Vinnie?

—Lo tiraron por un lado de la Stunt Road —contestó, respirando con dificultad mientras se ahogaba con su propia sangre—. Donde empieza el sendero al Rosas Overlook.

Ahora la cabeza de Zullo se movía a los lados. Tosió más sangre. Se volvió a llevar la mano a la boca, pero la sangre salía a borbotones, e incluso en su estado de aturdimiento, comprendió al fin que se estaba muriendo.

—Joder —murmuró—. Joder.

Alzó la vista hacia Dante, los ojos llenos de miedo.

—No me dejes morir aquí, Dante —rogó—. Aquí no. Llévame fuera.

Dante asintió, pasó el brazo por debajo del hombro de Zullo

y lo levantó. Salieron trastabillándose al viento y el claro de luna. Un grupo de trabajadores que acababa de llegar en la plataforma de un camión y que estaban saltando al suelo se quedaron mirando a Dante y Zullo, fijándose en el Cadillac destrozado.

Dante dejó a Zullo en el polvo y se volvió hacia los trabajadores.

—Ya ha ido alguien a llamar a una ambulancia —dijo—. A lo mejor uno de vosotros debería llamar también. Solo por si acaso.

Dos de los trabajadores asintieron, corrieron de vuelta al camión y salieron disparados entre el polvo.

Dante bajó la vista hacia Zullo. Este miraba la lejana línea del horizonte.

—Yo me reuní con él —dijo—. Con el liquidador que trajeron. Le quedaba un objetivo… el Matarife Nocturno. Y estuvo a punto de encontrarlo hasta que apareciste tú. Y entonces él desaparece. Y no tienes forma de detenerlo.

Zullo soltó una larga y trabajosa exhalación y cerró los ojos.

—Tú no lo puedes detener, Dante —murmuró—. Ya hemos ganado nosotros. Hace mucho, mucho tiempo.

Dante miró a los trabajadores que estaban parados junto a él y Zullo. Por detrás de ellos el viento arrasaba lo que quedaba de la nube de polvo hacia la carretera y la playa. Dante vio el Thurdenbird y al perro parado junto a él ladrándole a algo a lo lejos. Dante frunció el ceño. ¿Por qué estaba el Thunderbird todavía allí? Loretta debería haberlo cogido para llamar a la ambulancia. ¿Y a qué estaba ladrando el perro?

Dante dejó a Zullo desplomado en su sábana de sangre, rodeado de trabajadores. Atravesó corriendo el campo, pasó junto al Cadillac y cruzó la alambrada. El motor del Thunderbird todavía estaba en marcha, y la puerta del asiento del conductor, abierta. Dante bajó la vista hacia las señales recién dejadas en el polvo. Había venido otro vehículo mientras él estaba en la caseta. Una furgoneta, al parecer. La furgoneta se había detenido junto al Thunderbird y se había marchado en la dirección hacia la que ladraba el perro.

Dante pensó en el patio trasero del Burger Shack. Había

aparcada una furgoneta allí. Y cuando Zullo había corrido a por su coche, DeVeaux habría atravesado el patio corriendo. Para meterse en la furgoneta.

DeVeaux les había seguido. Se había llevado a Loretta. Era la única explicación.

53

CINCO MINUTOS DESPUÉS DANTE estaba de vuelta en el Burger Shack. La furgoneta había desaparecido. Aquello confirmaba todos sus temores. DeVeaux les había seguido y se había llevado a Loretta. Dante miró el Burger Shack, las hileras de Harleys alineadas frente a él. Sacó su Colt del bolsillo, miró al perro.

—Vamos.

Se bajó, dejando el motor en marcha y la puerta abierta. Atravesó andando muy deprisa la calle y entró. El local estaba abarrotado de moteros y matones. Por el sistema de sonido atronaba música rock. Cuando Dante cruzaba el espacio hasta la barra, los clientes se apartaban inmediatamente y se quedaban en silencio, al estilo de un *saloon* del Salvaje Oeste. Intentó no pensar en cuántos de aquellos hombres eran criminales violentos. Cuántos llevaban encima navajas, porras, pistolas. Tenía que mantenerse concentrado. No vacilar, no flaquear, no mostrar ninguna debilidad. La única ventaja que tenía era la rapidez y la contundencia. Se acercó al mostrador.

—¿Dónde está el encargado? —gritó por encima del ruido de la música.

El hombre que estaba detrás del mostrador era alto, tenía la nariz partida, estaba cubierto de tatuajes y cicatrices de quemaduras por todos los brazos debido a lo que Dante solo pudo suponer que eran accidentes de motos.

—¿Quién cojones eres tú? —gruñó el hombre.

Dante apuntó con el Colt la cabeza del hombre.

—Soy el problema que has estado esperando. ¿Dónde está el encargado?

El hombre detuvo su mirada en Dante, se dio la vuelta lentamente, apretó un botón del estéreo que tenía detrás y la música se interrumpió. Todo quedó mortalmente en silencio

salvo el sonido de carne y huevos que chisporroteaban en la parrilla de la cocina. Dante notó clavada en él la mirada de todos los parroquianos.

El hombre de detrás del mostrador se dio la vuelta de nuevo.

—¿El encargado? —repitió Dante.

—Yo soy el encargado.

—¿Dónde está DeVeaux? Estaba aquí antes.

El hombre frunció el ceño.

—No lo sé. Desapareció. Dios santo, baje esa arma.

—¿Cogió la furgoneta que estaba aparcada ahí detrás? —preguntó Dante.

El hombre asintió.

Dante echó una ojeada al mostrador y vio un bolígrafo y un cuaderno de notas un poco más allá.

—Quiero que me escribas los datos de la furgoneta y quiero la dirección que figure en la ficha de DeDevaux

—¿Cree que me lo sé todo de memoria? Está en la oficina de atrás. Iré a buscarla.

Hizo un gesto hacia un pasadizo que llevaba a la parte de atrás. Dante dudó. Si dejaba que el hombre fuera, podría volver con un arma. Si iba con él, se quedaría atrapado. Trató de imaginar cuál de las dos cosas era la menos estúpida. En el silencio oyó pasos detrás de él, miró al cromo que se extendía detrás de la barra, las formas que se reflejaban de lo que se moviera a su espalda. La carne y los huevos continuaban chisporroteando en la parrilla.

—Voy contigo —dijo Dante, moviendo el revólver para que el hombre se diera la vuelta.

—De acuerdo, colega.

Dante rodeó el mostrador, apuntando alternativamente con el revólver al hombre y al ejército de asesinos que tenía detrás. Asintió al hombre y los dos recorrieron el pasadizo. Era largo y estrecho, perfecto para quedar atrapado. Pasaron por la puerta de la cocina y continuaron hasta llegar a una segunda puerta. El hombre se detuvo.

—Está ahí dentro —dijo—. Voy a abrir, ¿entendido? Voy a sacar las llaves del bolsillo.

—Bien.

Dante observó atentamente al hombre mientras sacaba un juego de llaves. Miraba alternativamente al hombre y el pasadizo por el que habían venido. El perro estaba a sus pies y también volvía la vista hacia atrás, vigilante, dispuesto a ladrar si alguien les seguía. Dante miró en la otra dirección donde el pasadizo continuaba unos metros y luego se detenía ante una puerta con una salida de incendios que probablemente daba al patio.

El hombre entró en la oficina, que parecía servir también de almacén.

—Yo me quedo aquí —dijo Dante.

—De acuerdo.

El hombre se acercó a su mesa de despacho y rebuscó en sus cajones. Dante mantuvo el Colt apuntándole, listo para apretar el gatillo.

—Tranquilo —dijo el hombre—. No voy a emprender un tiroteo por culpa de DeVeaux. Ese tipo es un cabrón. Me ha robado la jodida furgoneta.

El hombre puso un archivador encima de la mesa, lo recorrió, sacó una tarjeta y escribió algo en un trozo de papel. Rebuscó algo más en el archivador, escribió otra cosa.

—Aquí tiene —dijo, cruzando lentamente la habitación, tendiéndole el papel a Dante.

Cuando se acercaba, Dante tuvo la sensación de que había alguien en el pasadizo detrás de él. Volvió la vista para mirarlo, pero estaba vacío, si se exceptúa el perro. Miró al hombre otra vez, esperando un puñetazo que viniera en esa dirección, una puñalada en las costillas. Pero el hombre permanecía allí quieto, sujetando el papel. Dante lo cogió, le echó una ojeada. Una dirección en Hermosa Beach, los datos de la furgoneta, el número de su matrícula.

—Si lo encuentra, dígale que quiero que me devuelva la furgoneta.

—Si lo encuentro, lo mataré.

—Intente no causarle daños a la furgoneta.

Dante dio un paso atrás, dirigiéndose con cuidado a la salida de incendios a sus espaldas, con el corazón latiéndole

deprisa. Cuando llegó a la puerta, empujó la barra que la abría y salió corriendo al patio lo más rápido que pudo, sus huesos temblando, las articulaciones quejándose, los pulmones ardiendo. No podía recordar la última vez que había corrido así. Nunca recordaba sentir tanto dolor antes.

Cuando llegó a la salida delantera, ya había allí hombres, sentados en sus motos, mirándolo. Les apuntó con el revólver mientras corría hacia el Thunderbird, mientras él y el perro saltaban dentro. Gracias a Dios había dejado el motor en marcha. Pisó el acelerador y se alejó lanzado de allí.

Pero antes de que se hubiera alejado una manzana de casas, le perseguían media docena de Harleys. Los espectros de sus pesadillas se hacían reales. Pisó a fondo el Thunderbird dirigiéndose hacia el interior. El perro aulló. Las Harleys rugían. El Thunderbird rugió más alto. Dante tenía un motor más potente, pero ellos contaban con la aceleración. Dante necesitaba una carretera despejaba, necesitaba una autopista.

Adelantó coches, se internó por el lado prohibido de la carretera. Las Harleys se abrieron en abanico, serpentearon. Estaban ganando terreno. Pronto estarían junto a su ventanilla. Ya estaban sacando sus pistolas.

—Joder —dijo Dante.

Cuando casi renunciaba a cualquier esperanza, oyó el pitido de un tren a lo lejos. El almacén de madera cercano a Talbert Avenue, donde la madera aún se distribuía por ferrocarril.

Dio un bandazo hacia la izquierda y se saltó un semáforo en rojo, dejando a los coches dando bocinazos. Cuando miró el espejo retrovisor, las Harleys serpenteaban entre el caos, entre los coches que habían dado un frenazo detrás. Oyó pitar el tren otra vez. Aceleró Talbert Avenue adelante. Dio un bandazo hacia la izquierda, otro hacia la derecha. Volvió a Talbert cuando se acercaba el tren. Iba despacio, con los vagones vacíos, dirigiéndose hacia donde estuviera su punto de carga. Dante pensó en todos los años que pasó viajando en furgones de carga. Eso, en cierto modo, encajaba con la idea de que su vida terminara estrellándose contra un tren.

Pisó el acelerador a fondo y rezó.

Dio saltos sobre las vías al cruzarlas con un segundo de

adelanto, mientras el tren hacía sonar repetidamente su pito, mientras el perro aullaba. Oyó un choque, miró el espejo retrovisor. Una de las Harleys que le había intentado seguir había quedado aplastada. Las demás se detuvieron; ahora estaban al otro lado de la línea férrea, los oxidados vagones del tren rodando por ella.

Dante respiró aliviado. Volvió a dirigir el Thunderbird a la autopista, el corazón todavía latiéndole deprisa, los huesos todavía doliéndole, la adrenalina secretada a grandes dosis. Había escapado de sus fantasmas. Por ahora.

Parte veintiuno

Ida y Kerry

54

Mientras Kerry dormía un poco, Ida, sentada en el sofá de su apartamento, examinaba los informes psicológicos de Bud Williams, revisándolos a fondo en busca de alguna pista que se le pudiera haber escapado, algo que pudiera ayudar a encontrarle a él, a Stevie o a Faron. Cualquier cosa. Eran una lectura inquietante. Le ponían incluso más nerviosa.

Bud había nacido en Los Ángeles; su madre era nativa de la ciudad y su padre, que era de Lafayette, Luisiana, se había trasladado a California durante la guerra en busca de trabajo ante el auge de la industria de armamento. Pero la guerra terminó, el trabajo se acabó y el gobierno empezó a zonificar la ciudad, de modo que el padre de Bud volvió a Lafayette con su familia. Cuando Bud tenía doce años, la familia sufrió un accidente de coche. El padre murió en el choque. Bud y su madre sobrevivieron. Él resistió mientras ella se desangraba. Intentó conseguir que se parara algún coche y les ayudara. Pero estaban en una parte de la carretera a la salida de una ciudad de blancos. Era de noche. Todos pasaron sin detenerse. Ella murió en sus brazos. A Bud lo mandaron de vuelta a Los Ángeles para que viviera con su abuela materna. De modo que tenía relación con Luisiana, pero esta no figuraba en ninguno de sus documentos de California, lo que supuso que cuando los policías investigaron a los convictos de Vacaville, buscando a los que la tenían, lo pasaron por alto.

Cuando Bud tenía veintiún años, anduvo descalzo arriba y abajo por la autopista Golden State, donde originó un choque en cadena fatal. Ese fue el incidente que llevó a su encierro en Vacaville. A Ida le resultó bastante fácil establecer vínculos entre la muerte de la madre de Bud a un lado de la carretera, el choque en cadena en la autopista y las señales de cruces de sigilo que dejaba en cada escena del crimen. ¿Le había

fascinado el Barón Samedi porque su señal mágica, el sigilo, en el vudú era el cruce de caminos? ¿O era otra cosa de la mitología lo que encajaba con su psicosis? Ida había estado en lo cierto al imaginar que el Matarife Nocturno era un merodeador, un zombi. Anduvo como un sonámbulo por la autopista Golde State y mató a una familia en un coche y a un conductor que iba solo en otro. Puede que hubiera estado andando sin rumbo desde que murieron sus padres.

También era fácil establecer paralelismo entre Bud y Stevie; los dos de Luisiana, los dos huérfanos, los dos arrastrando su trauma hasta California, los dos terminando en Vacaville, sacando el mismo libro de su biblioteca. Los dos involucrados en la misma oscura conspiración.

Ida suspiró, dejó los informes psicológicos, fue a la cocina para prepararse una copa, se acercó al teléfono y comprobó su servicio de atención de llamadas. Un mensaje de Louis pidiendo que le llamase urgentemente. Lo telefoneó de inmediato al Marmont.

—Te he conseguido la dirección de Drazek.

DIEZ MINUTOS DESPUÉS IDA Y Kerry estaban en el Cadillac. Conducía Kerry porque Ida estaba muy cansada. Se dirigieron al norte, tomando la autovía Pacific Coast. A un lado de ellas se extendía el océano iluminado por la luna: al otro, colinas cubiertas de maleza. En la radio del coche volvía a haber informaciones sobre los incendios de Malibú, que se extendían con rapidez debido al viento del desierto. Intercambiaron una mirada de preocupación: en Malibú era donde estaba el escondite de Drazek.

Ida buscó en las emisoras programadas algo que no fueran noticias ni canciones de Navidad, y encontró una que emitía jazz de la Costa Oeste, todo blues y sombras y melancolía.

Dejaron la carretera de la costa y se dirigieron hacia las colinas, atravesando un paisaje inquietante de mansiones aisladas, *campings* y terrenos vacíos que estaban previstos para desarrollo con cuerdas, banderas y carteles de las inmobiliarias. Algo en el trayecto enervaba a Ida, incluso más que el trayecto hacia el rancho. Puede que se debiera a que era

de noche, o a las noticias sobre los incendios, o a que el reloj corría. O puede que se debiera a la conversación que había mantenido con Louis justo antes de salir. Él le dio la dirección de Drazek y luego le había contado que la consiguió por Steve Allen, que también le proporcionó a Louis más información sobre Drazek, la Universal y el abogado de la Mafia, Sydney Korshak. Después Louis le había contado que vio a Korshak almorzando con el gobernador, al que el abogado había ayudado en un trato corrupto de venta de tierras a la Fox, y que quizá existía algo que los relacionaba a todos. Ida había oído hablar de aquella venta de tierras antes, pero no estaba segura de cómo encajaba en el caso. Luego Louis había divagado sobre una red oscura de la que todos formaban parte. Ida le había preguntado si iba todo bien, y él pareció confuso, dio marcha atrás y se disculpó por tener que terminar la llamada. Eso había dejado a Ida alterada, preocupada por su amigo. Y sin embargo, su referencia encajaba con sus propios miedos.

Dejó de mirar el oscuro paisaje de fuera y volvió a centrarse en el caso.

—Hay algo en lo que me puedes ayudar mientras hablamos con Drazek —dijo.

—¿Qué? —contestó Kerry.

—No dejes de mirarle mientras le hago las preguntas. Fíjate en cómo responde, cómo se mueve. Cuanto más difícil sea la pregunta, más probable es que haga algo que demuestre que hemos tocado un punto delicado. Se mostrará inquieto, hará un gesto raro, apartará la vista, se moverá en su asiento, cogerá algo para juguetear con ello, suspirará. Cuando la gente va a soltar una mentira, está tan ocupada tratando de pensar lo que va a decir que deja de intentar controlar lo que manifiesta su cuerpo y eso la delata.

—Lo intentaré. —Kerry se encogió de hombros.

Su tono sugería que no estaba segura de que pudiera hacerlo. Ida no sabía si eso se debía a que estaba preocupada por Stevie o simplemente expresaba la misma inseguridad que ella había visto turbar a la chica de vez en cuando.

—No te menosprecies —dijo—. Te lo dije antes… se te da

bien este tipo de trabajo. Encontraste la casa de Hennessy, te diste cuenta de la relación con Vacaville, conseguiste que hablara aquel guarda. Seguiste la pista de Blockhalt y te fijaste en que aquel Ford del rancho ocultaba algo. Eso impresiona. No estoy segura de cuál es tu situación con respecto a las obligaciones militares, pero si quieres quedarte en Los Ángeles, yo podría conseguirte trabajo como investigadora en formación.

Kerry frunció el ceño, como si le desconcertara la oferta. Su desconcierto duró unos segundos, los que Kerry tardó en darse cuenta de que Ida hablaba en serio, que existía la posibilidad de una vida lejos de los campos de muerte.

—Gracias —dijo inexpresivamente.

—Tómate algún tiempo para pensarlo y me lo haces saber.

EL ESCONDITE DE DRAZEK ERA una casa aislada en la cresta de una colina, situada detrás de un jardín grande lleno de árboles y con un par de cancelas de hierro forjado. Ida y Kerry se apearon del Cadillac e Ida llamó al portero automático junto a la entrada. Mientras esperaban, se fijó en lo fuerte que estaba soplando el viento, con ráfagas racheadas sobre las cumbres de las colinas en dirección a la costa.

—¿Sí? —crepitó una voz por el interfono.

—Señor, hemos venido a hablar con el señor Drazek —dijo Ida.

Hubo una pausa antes de que la voz hablara de nuevo.

—Se han equivocado. Aquí no hay nadie que se llame así.

Ida apreció miedo en la voz; también borrachera.

—Se trata de Riccardo Licata y de la muerte de Audrey Lloyd —dijo.

Hubo otra pausa.

—¿Es usted policía?

—No, señor. Somos investigadoras privadas. Tenemos información de que usted podría estar en peligro y, bueno, también nosotras estamos en peligro, así que nos interesaría hablar con usted.

De nuevo otra pausa.

—Espere ahí —dijo finalmente la voz.

Un minuto después Ida vio a un hombre que bajaba andando por el camino de entrada hacia ellas. Era alto y delgado, y llevaba puesta una bata de seda negra y zapatillas. Tenía unos treinta años, supuso Ida, y el rostro afilado; llevaba unos cinco días sin afeitar, y el pelo, castaño e hirsuto, todo pegado a un lado.

Cuando estaba a unos metros, Ida se acercó a las verjas para hablarle, pero antes de que pudiera decir nada, el hombre sacó una pistola del bolsillo y las apuntó.

—¿Quién las manda?

—Nadie, señor mío —contestó Ida, levantando las manos—. No nos manda nadie.

Ahora que él estaba más cerca, Ida apreció que estaba aterrorizado, incluso peligrosamente.

—¿Entonces qué coño están haciendo aquí?

—Ya se lo he dicho. Solo queremos hablar con usted sobre el hombre que mató a Riccardo y a Audrey. También va detrás de nosotras. Y sabemos que también podría venir a por usted. Haga el favor.

La miró fijamente, ahora confuso además de preocupado.

—Señor, en realidad lo único que queremos es ponernos en contacto con el agente George Hennessy —dijo Ida—. Usted lo conoce, ¿no es así? Trabajaron juntos.

El hombre frunció el ceño: una cierta lógica se estaba abriendo paso a través de su borrachera.

—¿No lo sabe? —dijo, su actitud se ablandó.

—¿Saber qué?

—A George Hennessy lo asesinaron hace un par de noches.

DOS MINUTOS DESPUÉS ESTABAN en la sala de estar de Drazek, una vasta habitación cuadrada con el suelo a doble nivel, gruesas alfombras y el televisor más grande que Ida hubiera visto nunca. Por todas partes había restos dispersos: platos sucios, cajas grasientas de comida preparada, ceniceros rebosantes. Sobre la mesa de centro Ida se fijó en un espejo de mano con rayas de polvo blanco.

Ida y Kerry se sentaron en los sofás mientras Drazek rebuscaba en un montón de periódicos apilados junto a su

sillón.

—A George lo mataron en las colinas de Malibú. No lejos de aquí. Alguien disparó a su coche. Faron, supongo. —Sacó un periódico del montón, lo consultó un segundo—. Ahí lo tiene —dijo, pasándolo.

Dejó a Ida con el periódico mientras él cruzaba hasta una barra que había en la esquina para prepararles unas copas. Ida leyó los detalles de la noticia. Al coche de Hennessy lo encontraron en un tramo solitario de la carretera de Látigo Canyon, su cuerpo en el arcén, al lado de él, acribillado de balas. Aún no habían detenido a nadie, no hubo testigos, y llevó un tiempo averiguar quién era Hennessy, pues el documento de identidad que llevaba encima era falso; probablemente el mismo documento de identidad de Sam Cole que había estado usando en sus visitas a la cárcel.

Ida le pasó el periódico a Kerry.

—No dice nada sobre Stevie —comentó.

Kerry cogió el periódico. Todavía estaba aturdida, bastante preocupada. Si Hennessy estaba muerto… ¿eso significaba que también lo estaba Stevie?

Drazek volvió con tres vasos medio llenos de bourbon, que repartió. Se sentó en los sofás bajos junto a ellas, se ajustó la bata. Ida dio un sorbo a su bourbon, que le calentó el fondo de la garganta. Veía paralelismos entre Drazek y Ronnie Mouzon; los dos se estaban escondiendo de Faron, los dos mataban el tiempo colocándose y tenían armas preparadas. Pero mientras Mouzon era de clase baja, Drazek era de clase alta, refinado y urbano, su modo de hablar con un deje de las mejores universidades.

Buscó cigarrillos en sus bolsillos y encendió uno.

—Agradecería que me hiciera saber cómo se enteró de que estaba aquí —dijo.

—No puedo revelar nuestras fuentes —contestó Ida—. Es una política de la que se beneficiará usted, de modo que le recomienzo que no la ponga a prueba.

Él se quedó pensativo, haciendo girar el bourbon en su vaso. Al cabo de unos segundos, asintió.

—¿Le importaría decirme al menos por qué está buscando a

George? —preguntó—. Espero que no le importe que yo le llame George y no Hennessy.

—El hermano de mi socia estaba en Vacaville —dijo Ida, señalando con la cabeza a Kerry—. Cuando salió, desapareció. Oímos que estaba en contacto con George para ayudarle en su caso.

Kerry sacó la foto de Stevie de su bolso y se la pasó a Drazek.

—Ah, uno de los chicos de George de Vacaville —dijo—. Uno de sus preciosos testigos. Pasó meses reuniéndolos. Pero yo no sé dónde está ese chico o qué le pasó.

Examinó la foto algo más y alzó la vista hacia Kerry, como para enjuiciar el parecido familiar.

—George cuidaba mucho a sus confidentes. Dudo que hayan hecho daño al chico.

La confianza de Drazek pareció molestar a Kerry, e Ida podría decir por qué: daba la impresión de que trataba de quitarle importancia al asunto. Le devolvió la foto.

—¿Estamos en lo cierto acerca de que usted trabajaba con George? —preguntó Ida—. ¿Le ayudó a colocar a Audrey Lloyd en Ocean Movies?

En cuanto ella mencionó el nombre de Audrey, algo destelló en los ojos de Drazek.

—Sí, yo le conseguí el trabajo —dijo.

—Era una infiltrada, ¿es así?

Él se estremeció y luego se llevó el vaso a los labios, un recurso para distribuir su energía nerviosa.

—¿Por qué lo dice? —preguntó, todo despreocupación fingida.

—El apellido auténtico de Audrey era López, no Lloyd. Fue acusada de delitos federales con estupefacientes en su Michigan natal. Las acusaciones se retiraron antes de viajar en avión a Los Ángeles. Hace sospechar que ella ofreció sus servicios como confidente de la Oficina Federal de Estupefacientes a cambio de que se retiraran las acusaciones. ¿Sabía que la asesinaron en San Pedro el martes por la noche?

—Sí, lo he oído.

Dio otro sorbo a su copa, miró al vacío, todo ojos vidriosos

y remordimiento de yonqui. Se suponía que debería actuar como si estuviese disgustado, pero no le salió. Al cabo de unos segundos, suspiró dramáticamente, como si hubiera tomado una decisión.

—Supongo que ahora que George está muerto, no importa que hable —dijo—. George y yo nos conocemos desde tiempo atrás. Hace unos diez años me detuvieron por tráfico de drogas. George me ayudó a salir y dijo que le debía un favor. Nos mantuvimos en contacto. Luego nos hicimos amigos. Con los años trabajamos en algunos asuntos juntos.

Se encogió de hombros, dio un largo trago de bourbon. Esta vez su pena parecía auténtica. La muerte de Hennessy le dolía de verdad. Ida no estaba segura de si en su relación había más que negocios. Hennessy era soltero, al igual que Drazek.

—¿Y cómo terminó consiguiéndole a Audrey López un trabajo en Ocean Movies?

—Riccardo vendía drogas con frecuencia a los del cine y la tele. Él y un socio suyo que se llamaba Vincent Zullo. Ellos conseguían las drogas y yo ayudaba a Riccardo a colocarlas. Él tenía el producto; yo tenía los contactos. Y con él en la gestión de Ocean Movies, nuestros clientes se sentían más seguros, como si estuvieran comprando a uno de los suyos. George me vino a ver hace un par de años y dijo que quería que le tendiera una trampa a Riccardo. Pero yo sabía quién era el padre de Riccardo. De ningún modo iba a engañar al hijo de alguien así. Prefería ir a la cárcel. De modo que llegamos a un compromiso. Yo ayudaría a George a infiltrar a alguien en la operación de Riccardo… de ese modo si pasaba algo, yo podría asegurar que me habían engañado. Esperamos meses para empezar. Y entonces la chica que trabajaba en Ocean Movies antes que Audrey lo dejó. George me dijo que interviniese; encontró a Audrey en algún sitio de la lista de confidentes potenciales de la Oficina Federal de Estupefacientes, la trajo, la preparó y yo le conseguí el trabajo. Con Audrey en la oficina pasándole información a George, él empezó a elaborar el caso. Y entonces a Riccardo lo detuvo la policía de Los Ángeles por una infracción de tráfico. Y el caso que George había pasado varios años montando se fue al garete.

—¿Y por eso fue George a la cárcel para hablar con Riccardo?

—Sí. Pensó que podría aprovecharse de una mala situación y ver si conseguía reclutar a Riccardo. Le dijo que, o bien se enfrentaba a pasar el resto de su vida entre rejas o que, si salía, la gente a la que le estaba comprando la coca le mataría. Le contó a Riccardo que habían traído a la ciudad a un liquidador que se llamaba Faron para librarse de los que sobraban y que Riccardo era uno de los que sobraba. Riccardo había oído hablar de Faron, de todos esos rumores sobre él. Fue directamente al teléfono para llamar a su padre y pedirle que pagase la fianza. El idiota creyó que si se veía cara a cara con sus proveedores podría arreglar las cosas. El día que lo pusieron en libertad, me reuní con él en su oficina. Audrey también estaba presente. Él los llamó para intentar reunirse con ellos. Yo le decía que estaba loco, que necesitaba largarse echando hostias de la ciudad, pero no me quiso escuchar.

—¿Hablaron de Faron aquel día en la oficina? —preguntó Ida.

—Sí. George había dejado aterrado a Riccardo con su historia de que Faron estaba en la ciudad. Riccardo no le había creído, así que George tuvo que contarle que también existía una relación con el Matarife Nocturno, las muertes de Vacaville, ya sabe, para exagerar la cosa.

—¿Y estaba Audrey presente cuando le contó todo eso?

Drazek asintió.

Ida le miró sombríamente. Lo que él acababa de decir explicaba en último término el motivo por el que ella había llegado a estar involucrada en el asunto. Drazek y Riccardo habían estado hablando de Faron y el Matarife Nocturno delante de Audrey. Y Audrey sabía que Ida estaba buscando a Faron; no era ningún secreto, no después de todas las antenas que había desplegado Ida a lo largo de los años. Puede que ella hubiera actuado estúpidamente, transmitiendo su interés por él de aquel modo, ofreciendo recompensas por información. Pero una espiral de acontecimientos enlazados había terminado por llevar a Ida hasta Faron, aunque no del modo que ella esperaba.

Drazek se levantó:

—Iré a rellenarnos las copas —dijo.

Se dirigió a la barra y volvió con una licorera de cristal. Rellenó sus vasos y encendió otro cigarrillo.

—¿Qué sabe de lo que pasó en Vacaville? —preguntó Ida.

—Solo sé lo que me contó George. Que todo tiene que ver con los soviéticos.

—¿Los soviéticos?

—Eso es lo que George dijo. Me contó que había rumores de que los soviéticos estaban realizando experimentos para ver si las drogas se podían usar para lavar el cerebro de la gente, convertir a las personas en saboteadoras, asesinas o revolucionarias solo apretando un botón. Una quinta columna de traidores que pudiera destruir los Estados Unidos desde dentro. Alguien de la CIA decidió que necesitaban averiguar si eso era posible llevando a cabo sus propios experimentos. Por los motivos que fueran, decidieron realizarlos en manicomios. Vacaville fue uno de los varios lugares que utilizaron, y el LSD, una de las diversas drogas que probaron. Dieron a los reclusos dosis excepcionalmente altas y luego los hincharon de propaganda. Seleccionaron específicamente reclusos negros, puede que porque pensaran que en primera instancia eran los menos patriotas y, por tanto, más fáciles de cambiar. Puede que porque oyeran que los soviéticos elegirían americanos negros en su propio programa. Aunque lo más probable es que haya intervenido su histeria de raza. También usaron a unos pocos reclusos blancos, como medio de control. A su hermano, por ejemplo.

Drazek hizo un gesto en dirección a Kerry.

—De modo que medicaron a esos chicos, los hartaron de propaganda sobre cómo iniciar una revolución y luego los soltaron a la calle. Los dejaron salir antes de tiempo o les permitieron escapar. Luego les siguieron la pista para ver si el lavado de cerebro tenía algún efecto. El resultado total fue un desastre, por supuesto. Cualquiera que haya tomado ácido alguna vez te lo puede contar. El LSD no te hace seguir unas reglas. Hace que seas imprevisible. Te vuelve loco. Y como muestra está el hecho de que uno de los participantes perdió la

cabeza de verdad y empezó a abrirse paso por Los Ángeles a base de matanzas nocturnas. Pero los agentes que realizaron las pruebas habían perdido la pista de algunos de ellos, no sabían cuál de los que estaban en Los Ángeles era el responsable. Así que contrataron a Faron para que fuera tras todos ellos y los liquidara.

—¿Y era el agente de la Oficina Federal de Estupefacientes Henry White el que proporcionaba el LSD a los que hacían las pruebas? —preguntó Ida.

Drazek enarcó las cejas, sorprendido por la amplitud de los conocimientos de Ida.

—Sí. Exactamente. George se enteró de algún modo de que White estaba robando LSD de los almacenes de la droga recuperada por la Oficina Federal y pasándosela a la CIA para los experimentos. Al parecer, ha estado saqueando el almacén durante años. No estoy seguro de si lo sabe, pero la CIA y la Oficina Federal se odian, y llevan inmersas en una *vendetta* desde que se fundó la CIA en los años cuarenta. George tuvo la sensación de que White estaba al servicio de la CIA, que trabajaba para ellos como infiltrado, era su hombre en la Oficina Federal. Cuando comprobó que White había estado proporcionando drogas para los experimentos, se confirmaron sus peores miedos: que White estaba jugando doble. Así que George decidió destapar el asunto. Empezó a realizar una lista de todas las personas que habían participado en el programa. Todas las personas que aún estaban en Vacaville y las que todavía andaban sueltas por Los Ángeles. George dijo que ese era un modo fácil de acusar rápidamente al agente White. De crear una palanca.

—¿Un modo fácil y rápido? —Ida frunció el ceño—. ¿Lo de Vacaville era fácil y rápido?

—Sí. Era lo único seguro que George tenía contra White. Vacaville era la guarnición.

—Si Vacaville solo era la guarnición —dijo Ida, intentando mantener el tono de voz calmado—, ¿cuál era el plato principal?

—La CIA, señora Young. George estaba intentando desmantelar la CIA.

Ida le miró fijamente, sin habla.

Drazek le sonrió.

—Eran agentes corruptos de la CIA los que surtían a Riccardo —dijo—. La CIA está produciendo toda la cocaína del mundo allí abajo, en Bolivia, Ecuador, Perú y en algún otro jodido sitio. White encontró a algunos agentes que estaban escamoteando producto y junto a algunos de sus amigos de la Mafia empezaron a distribuirlo por medio de Riccardo. Ese es el caso más importante en el que estaba trabajando George los últimos años. Eso es lo que le obsesionaba. Por eso colocó a Audrey con Riccardo. Estaba siguiendo la cadena. De mí a Riccardo, a White, a los agentes corruptos de la CIA y a la propia CIA. George era un agente de la lucha contra los estupefacientes, señora Young, y la CIA, el mayor traficante del mundo.

Drazek rellenó su bourbon, dio un sorbo.

—Vacaville y Riccardo con las dos caras del mismo caso, y White es la pieza clave que lo ensambla todo. Termina con White y la CIA cae detrás. En cualquier caso, ese era el plan de George. Él sabía que lo de Vacaville no era suficiente. ¿Cree usted que le importa a alguien si la CIA experimenta con reclusos negros? ¿Hombres que ya son delincuentes locos? Si eso se supiera, apenas produciría un murmullo. Pero George estaba convencido de que si el público se enterara de que las drogas de nuestras calles estaban allí por cortesía de la CIA, que ellos estaban poniendo en peligro a nuestros preciosos chicos blancos en nuestras preciosas casas de las afueras blancas con sus estupefacientes, se armaría la de Dios es Cristo. Y él estaba enloquecido tratando de conseguirlo. Iba a usar a White y esa ruta de la cocaína para terminar con ellos. Por eso se escondió. De ese modo su función como agente federal no se podía anular. Técnicamente se podría, pero si no andaba por ahí investigándolo, haría parecer incompetente a la Oficina, y George podría alegar ignorancia, lo que a los agentes les gusta llamar «negación plausible». En cualquier caso, George me contó que tenía de plazo hasta Navidad para conseguir destaparlo todo. Si para entonces no tenía las pruebas necesarias, todo se vendría abajo.

—¿Y por qué Navidad? —preguntó Ida.

—He estado reflexionando al respecto. Lo único que se me ocurrió es que quizá estemos completamente equivocados sobre Faron. Puede que no esté en la ciudad para liquidar las cosas. Puede que esté en la ciudad para resolver algo que no ha pasado todavía. Algo que va a pasar. En Navidad. Puede que no se trate de delitos del pasado, sino de unos que se van a producir. En las próximas veinticuatro horas.

Enarcó las cejas e Ida tuvo una vez más la sensación de que un inminente destino fatal les salía al paso.

—¿Pero qué importa eso? —continuó Drazek—. Mañana será Navidad y sea la que sea la razón por la que vino Faron aquí pasará y entonces usted tendrá la respuesta. Siempre y cuando podamos mantenernos tranquilos y seguros hasta entonces, lo veremos.

Ida le fulminó con la mirada.

—Si nos limitamos a esperar, entonces habrán ganado ellos —dijo—. Todavía hay tiempo para impedir que pase.

—Pero usted ni siquiera sabe lo que es —respuso Drazek—. Y ellos ya *han ganado*. Ganaron cuando mataron a George.

—Debe de tener alguna prueba escondida en algún sitio. Si era el tipo de investigador que creo que era, entonces era meticuloso. Conservaría testimonios. Todavía se pueden usar.

Drazek se rio, moviendo la cabeza.

—Tenía un sitio donde escondía cosas, señora Young. Una casa no registrada oficialmente no lejos de aquí, en Malibú. La usaba para guardar sus pruebas, fichas, documentos. Por eso precisamente se me ocurrió venir aquí. Pero esa carretera donde mataron a George está a cinco minutos de su escondite. Eso significa que Faron debe de haberle seguido hasta allí antes de matarle. Faron no es un estúpido. Habrá ido al escondite y se habrá llevado todas las pruebas.

—Usted no lo sabe.

—No, pero estoy bastante seguro. Si sabemos algo de Faron es que termina las cosas.

—¿Cuál es la dirección?

—Está perdiendo el tiempo.

—La dirección, señor Drazek, por favor.

Él le sonrió condescendiente, como dando a un niño lo que pide.

—Es una parcela en una urbanización nueva que se llama Highview Estates. La casa de Hennessy era la última del desfiladero. Justo en el borde de esos terrenos que vendió el gobernador a la Fox a principios de este año.

Ida frunció el ceño: la misma venta de terreno que había mencionado Louis. Recordó la mención que había hecho él a una red sombría que los mantenía sujetos a todos. Puede que tuviera razón. Ahora ella casi podía notar su presencia, rodeándolos, atrapándolos.

—Pero está perdiendo el tiempo, señora Young —continuó Drazek—. Faron debe de haber estado allí hace días. Registrándola. Eso se acabó ya. George era el mejor agente de toda la Oficina Federal de Estupefacientes. Era astuto, insistente, duro. Siguió todas las pistas, reunió todas las pruebas, y ni siquiera eso fue suficiente para detenerlos. Incluso descubrió dónde se encontraba Faron, pero eso no impidió que Faron se impusiera a él. Todo lo que podemos hacer ahora es seguir escondidos y capear la tormenta.

Ida le miró con el corazón latiendo muy deprisa.

—¿Sabía George dónde estaba Faron? —preguntó—. ¿Se lo dijo?

—No exactamente. Dijo que estaba escondido en una parte abandonada de la ciudad.

—¿Un parte abandonada de la ciudad?

Drazek asintió, dio un trago a su bourbon.

Ida le miró, intentando encajar lo que había dicho con lo que ya sabía ella. De pronto sus pensamientos se retrotrajeron al coche de Pete Cooper en el rancho, a lo que el policía les había contado sobre eso.

Pasaron unos segundos y entonces se volvió hacia Kerry.

—Nos tenemos que ir —dijo—. Sé dónde está Faron.

55

KELLY SE DETUVO EN una estación de servicio Gulf situada sobre los roquedales que daban al océano en la autovía Pacific Coast. Llenó el Cadillac mientras Ida cruzaba el amplio espacio vacío para usar el teléfono público junto a la tienda. Kerry consideró lo que habían averiguado por medio de Drazek, la posibilidad de encontrar a Stevie, la sugerencia de Ida sobre que podría encontrar trabajo si se quedaba en Los Ángeles. Puede que Kerry ya estuviera siendo víctima de la ciudad, del modo en que esta convertía a la gente en soñadores, pero la idea de quedarse le atraía.

Cuando terminó, saltó dentro del coche y condujo hasta el teléfono público, esperando a que Ida terminara sus llamadas.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Parece que he debido de pillar a Feinberg entre la Casa de Cristal y su casa. Dejé mensajes en los dos sitios. También dejé un mensaje para un amigo mío que trabaja de factótum. El único que está investigando la muerte de Riccardo Licata. ¿Llenaste el depósito?

Kerry asintió.

—Voy al servicio —dijo Ida—. Luego conseguiremos unos cafés y seguiremos… tenemos una noche larga por delante.

Kerry asintió y se sentó en un banco junto a los teléfonos públicos. Miró el océano, las olas que se ondulaban en la oscuridad, chocando contra las rocas de debajo. Sacó el frasco de Dilaudid del bolsillo. Casi estaba vacío. Había tomado un par antes de dormir aquella tarde, pero dejaban de hacerle efecto y las cicatrices le volvían a quemar. Dudó si tomar otro par sopesando el dolor frente al aturdimiento, pero devolvió el frasco a su bolsillo y se puso a mirar los coches que pasaban deprisa subiendo y bajando por la autovía, la oscura masa de las colinas acechando arriba. Más allá de ellas parpadeaba una

luz, como un fuego fatuo, que bailaba casi imperceptiblemente en los picos.

—Es un incendio forestal —dijo Ira.

Kerry se volvió viendo que Ida, parada junto a ella, observaba las luces que brillaban tenuemente en el cielo brumoso.

—El viento debe de haberlas empujado en esta dirección —dijo Ida—. Esperemos que cambie pronto. Toma…

Ofreció a Kerry una de las dos tazas de café que tenía en la mano. Kerry la cogió y las dos anduvieron de vuelta al coche. Cuando estuvieron dentro, contemplaron un momento el inquietante resplandor de la cima de las colinas. Luego Kerry se volvió hacia Ida.

—¿Puedo hacerte una pregunta antes de que empecemos?

—Claro.

—Cuando viniste a la habitación de mi motel el primer día, me pediste información, yo me negué a dártela y tú te limitaste a salir de la cabina. ¿Por qué no me presionaste para que te contara lo que sabía? Ahora he tenido la sensación de que sabías que te volvería a llamar.

—¿Te preocupa que seas predecible?

Kerry frunció el ceño. Ella no lo había interpretado de aquel modo.

—Supongo.

—No estabas siendo predecible. Solo tuve la sensación de que cederías.

—¿Por qué?

—Porque eres lista. Y estabas sola. Y tenías una mirada sincera que solo he visto alguna vez en otra persona.

—¿Quién?

—Alguien que murió hace unos años. El detective que era socio mío. Mucho, mucho tiempo atrás. Alguien que siempre hizo lo adecuado.

Miró al otro lado del asfalto y al océano oscuro por detrás. Luego se volvió hacia Kerry.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque hiciste lo mismo cuando me ofreciste trabajo como investigadora si me quedaba en Los Ángeles —dijo Kerry

—. No insististe para tratar de convencerme. Como si supieras que iba a decir que sí.

—¿Y te quedarás?

Kerry asintió.

—Sí —dijo—. Creo que me gustaría quedarme en Los Ángeles.

UNA HORA MÁS TARDE ESTABAN circulando por la zona abandonada del camino de ampliación de la autopista: seis kilómetros de largo, dos bloques de ancho, como si alguien hubiera cortado con un cuchillo Los Ángeles por la mitad. Algunos tramos ya los habían despejado y tenían grandes pilares de cemento alzándose hacia el cielo, encima de los cuales se construirían las secciones elevadas. En su mayor parte, sin embargo, todavía estaba llena de casas, vacías y abandonadas, a la espera de los equipos de demolición que acabarían con su estado miserable.

—¿Recuerdas lo que dije sobre el *modus operandi* de Faron cuando llega a una ciudad? —preguntó Ida.

—Que le gustan los sitios en decadencia, vacíos.

—No hay nada más en decadencia y vacío que esto. Mouzon dijo que Cooper se había vuelto loco tratando de localizar a Faron. Y en el rancho, el inspector dijo que habían visto el coche de Cooper con un grupo de ladrones de casas en ruinas en el sendero de la ampliación de la autopista. Pero el inspector se equivocaba. Cooper no conducía su coche para robar esas casas. Estaba buscando en coche a Faron, como Mouzon nos contó que hacía. Solo cuando Drazek dijo que Faron estaba escondido en una parte abandonada de la ciudad, todo encajó. Cooper y Hennessy estaban intentando atrapar a Faron y los dos se dieron cuenta de que estaba escondido aquí. Pero supongo que ninguno de ellos consiguió averiguar exactamente en qué casa.

—Toda esta franja tiene kilómetros de largo.

—Sí. Sería mucho más fácil si contáramos con la ayuda de la policía. Por eso dije que iba a ser una noche larga.

Mientras conducían, encontraron casas habitadas por okupas y vagabundos, otras donde había ladrones arrancando

el cobre. Más allá había tramos donde ya habían extraído casas enteras que se mantenían a unos metros en el aire sobre rodillos metálicos gigantes a la espera de los camiones que las volverían a instalar. En otros sitios ya se habían llevado las casas, dejando enormes cráteres en los que se acumulaba agua de lluvia y arena del desierto. El asfalto pintado en la tierra estaba arañado y la tierra de debajo sobresalía.

Aquello asustó a Kerry. Había algo que daba miedo en aquella franja de tierra abandonada antes ocupada por chalés, en la ausencia de cualquier vida. Le produjo escalofríos la idea de que, si alguna vez se producía un apocalipsis, si aquellos misiles que estaba preparando Lockheed en Burbank hacían alguna vez su trabajo, era así como podría quedar después aquella zona.

NO FUE HASTA CASI LA MEDIANOCHE cuando Ida encontró algo.

—Párate —dijo.

Kerry detuvo el coche e Ida clavó la vista en la casa que tenían justo enfrente. Parecía tan abandonada como todas las demás. Pero aunque no había ningún coche en el camino de entrada, había un par de señales de barro de neumático entre el garaje y la carretera.

Ida se bajó del Cadillac, se arrodilló en la carretera y las examinó. Kerry la siguió fuera.

—Estas señales de barro vienen desde el camino de entrada hasta la carretera —dijo Ida—. Pero no hay otras en sentido contrario. La última vez que llovió fue justo antes de que habláramos con Mouzon.

—Sí, lo recuerdo. Me empapé cuando íbamos en coche allí.

—Desde entonces ha estado seco. Unas marcas indican que había un coche en el camino de entrada mientras estaba lloviendo y que luego, cuando el suelo todavía estaba mojado, salió y no volvió a entrar. Vamos a ver la parte de atrás de la casa.

Kerry condujo rodeando la casa. Estaban de suerte. A las casas de la hilera directamente detrás de la casa sospechosa ya se las habían llevado, dejando el terreno como una fila de campos de fútbol bombardeados, una vasta oscuridad salpicada

de cráteres llenos con la lluvia caída días atrás. Aunque las casas habían desaparecido, hileras de árboles seguían en su sitio, delineando los contornos de los antiguos solares. Aquí y allá tuberías de agua y cables eléctricos asomaban en el suelo donde habían quitado las casas.

Encontraron un sitio para el Cadillac detrás del garaje de una casa un poco más adelante. Volvieron andando a la casa sospechosa, cruzando el embarrado campo de batalla hasta el jardín trasero. Echaron un vistazo por las ventanas. El lugar estaba vacío.

Ida abrió su bolso y sacó una tarjeta de plástico Master Charge de su monedero. La deslizó por la parte de arriba de una de las ventanas de atrás. La tarjeta abrió el pestillo. Empujaron la ventana y se dejaron caer dentro de un dormitorio. Limpiaron el barro de sus zapatos. Sacaron las armas y registraron la casa rápidamente. El corazón de Kerry latía con fuerza contra su caja torácica todo el tiempo ante la idea de que aquel era el escondite de Faron.

Lo habían abandonado hacía tiempo y se habían llevado los muebles, y lo que quedaba estaba cubierto de polvo y moho, manchas de agua y escombros. Pero también había señales de una ocupación más reciente. En la cocina había un cubo de basura lleno de envoltorios de comida. En el cuarto de baño, jabón y una toalla. En uno de los dormitorios, manchas de sangre. Salpicaduras en todas las paredes, y en la alfombra, una mancha marrón gigantesca. Olía muy fuerte, con la pestilencia mortal de sangre coagulada.

—Este es el sitio, ¿verdad? —preguntó Kerry.

Miró a Ida a través de la penumbra, y por su expresión preocupada podría asegurar que allí era donde vivía y mataba Faron. En una casa abandonada de un barrio condenado donde nadie podría oír los gritos.

En el último dormitorio había un saco de dormir y un colchón ligero de *camping* enrollado. Al lado de eso había una caja y un par de voluminosas bolsas verdes de lona. En una bolsa había dinero y ropa, y en la otra, navajas y armas: un fusil de asalto M16, un subfusil MP5. En la caja había una colección de planos. Ida los sacó y los examinó atentamente.

Planos de carreteras de Los Ángeles y las zonas circundantes, uno del sur de California, pero el de más arriba era de Santa Mónica y Malibú, las mismas colinas donde estaba escondido Drazek, donde habían matado a Hennessy.

Ida lo devolvió todo a la caja y miró alrededor.

—¿Te has fijado en lo que falta? —preguntó.

—No hay mucho de nada.

—Exactamente. Ni libros, ni revistas, ni radio, ni latas de cerveza, ni botellas de vino, ni ceniceros. Nada que sugiera disfrute, ocio, humanidad. Nada aparte de medios de supervivencia y para matar. Esta es su base, sin duda.

—¿Entonces qué tenemos que hacer?

—Marcharnos echando hostias antes de que Faron vuelva y luego llamar a la policía.

56

HICIERON QUE PASASEN OTRA llamada a Feinberg y este llegó treinta minutos después en un coche patrulla sin distintivo con dos colegas. Ida señaló la casa. Feinberg y sus compañeros entraron por la ventana de atrás para verla por sí mismos. Cuando salieron, Feinberg fue al coche patrulla, radió algo y volvió con Ida.

—Lo he considerado de máxima prioridad —dijo—. Vamos a traer a un grupo de los SWAT, y pondremos a hombres de la comisaría en las casas de alrededor. Tenderemos una trampa. Vamos a atraparle aquí mismo. Buen trabajo, Ida.

Volvió para hablar con sus hombres. Ida le observó, preocupada por lo que le acababa de decir.

—¿Qué coño es un grupo de SWAT? —preguntó Kerry.

—Es una unidad de policías de élite —dijo Ida—. Es una nueva unidad del Departamento de Policía establecida para actuar en los disturbios raciales de hace un par de años. Cuentan con una preparación especial y armamento de uso militar, fusiles de precisión, ametralladoras, granadas de gases lacrimógenos, sus propios carros de combate, vehículos acorazados y helicópteros. Es como si el Departamento de Policía tuviera una sección militar.

DESPUÉS DE LA LLAMADA DE FEINBERG, las cosas se desarrollaron rápidamente. Llegaron coches a toda velocidad. Coches que traían a policías. Se situaron observadores en los cruces. Se instalaron francotiradores. Un círculo de hombres rodeó la zona, ocultos tan bien entre las casas cercanas que, aunque toda la zona estaba llena de ellos, todavía parecía desierta.

A Ida y Kerry las llevaron a un chalé en ruinas opuesto diagonalmente a la casa de Faron, donde Feinberg y los jefes

de los SWAT habían establecido un puesto de mando móvil.

—Estamos todos preparados —dijo Feinberg cuando terminaron de instalarse—. En cuanto Faron vuelva, esperaremos a que salga de su coche y le atraparemos en el camino de entrada a la casa.

Ida asintió, pero tenía una clarísima sensación de que no sería tan fácil.

COMO UNA HORA DESPUÉS, LA VOZ de un observador sonó distorsionada en las radios de la policía.

—Hemos localizado un Chevrolet Corvair azul que se dirige al oeste por Hillcrest hacia Cedar.

Un minuto después, llegó otro mensaje.

—El Corvair acaba de pasarnos en Oak Street. Todavía en dirección oeste. Podría ser nuestro hombre.

Unos segundos después Ida vio unos faros.

—Tenemos visualizado al Corvair del sospechoso acercándose a la casa —dijo Feinberg por su radio.

Las luces se acercaron, barriendo la habitación vacía. El coche redujo la marcha ante la casa del sospechoso, se detuvo, esperó y luego se marchó.

—¿Qué coño pasa? —murmuró Feinberg.

El coche se deslizó lentamente por la carretera hasta la casa siguiente y volvió a pararse. No salió nadie de él. Se limitó a quedarse allí junto al bordillo, esperando.

—¿Qué coño está haciendo? —preguntó uno de los policías —. ¿Es él? ¿Por qué está en otra casa?

Pasaron unos segundos antes de que el motor del coche se detuviera. Sus luces se apagaron. Salió la silueta de un gigante, con una abultada bolsa de viaje en una mano.

—¿Es él? —preguntó Feinberg, volviéndose para mirar a Ida.

Ella no respondió, limitándose a mirar fijamente la figura como si la hubiera fijado allí una pesadilla.

—Ida, ¿es él? —repitió Feinberg—. Eres la única que sabes qué aspecto tiene.

Ella no le podía ver la cara, pero la silueta de su cuerpo no había cambiado en los veinte años transcurridos desde Nueva

York. Todavía era alto, estirado y grande. Todavía atlético, todavía poderoso. ¿Cuántos años tenía ahora? ¿Cuántos años tenía entonces? La pesadilla de su pasado estaba delante de ella y los veinte años transcurridos se desmoronaron, se desvanecieron como por arte de magia. Y lo único que quedó fue el mismo miedo, el pánico que experimentó entonces, la misma indefensión en presencia del mal.

Se volvió hacia Feinberg, luchando por salir del trance, pero él ya había decidido que no podía esperar su respuesta.

—Adelante. Adelante ya —estaba diciendo al jefe de la unidad del SWAT, que estaba gritando órdenes por su radio. Capturarían al hombre ahora y ya averiguarían quién era después.

Ida se volvió para mirar otra vez a Faron y solo entonces se dio cuenta de que no se había movido de donde estaba, al lado del coche, y que estaba examinando los alrededores. Entonces percibió una ligera señal de alerta en su expresión e Ida comprendió por qué había estacionado el coche más allá de su casa, por qué estaba examinando tan atentamente sus alrededores. Había visto algo, un policía aislado, un francotirador acechando en alguna parte. Supo que estaban vigilándole.

Iba a decirle algo a Feinberg pero, antes de que pudiera, Faron corría alejándose del coche, huía por el camino de entrada. Pero no corría hacia la casa sospechosa, corría hacia la de más allá, hacia aquella delante de la cual había aparcado.

Los que rodeaban la casa sospechosa estaban en el sitio equivocado. Faron los había cogido con el pie cambiado, había ganado unos segundos. Cuando los policías corrían calle abajo para atraparle, él irrumpió en la casa cercana, cerrándola de un portazo a sus espaldas.

Cuando los que le perseguían llegaron a la casa, subieron los escalones del porche y cargaron contra la puerta de entrada. Pero en lugar de que ellos penetraran en la casa, se escuchó un sonoro chasquido y la calle quedó pintada de luz.

Todo pareció detenerse. Quedó en silencio.

Entonces se produjo una explosión ensordecedora. La puerta salió volando hacia fuera, derribando hacia atrás a los policías

que daban vueltas por el césped en llamas.

A Ida le llevó unos segundos darse cuenta de lo que había pasado. Faron había puesto una trampa explosiva en la casa. En la puerta principal. Por eso había corrido a la otra casa. La dispuso como vía de escape en caso de que le siguieran.

Feinberg y los suyos ya salían corriendo, atravesando la calle hacia la casa, donde las ventanas se iluminaron disparos cuyos fogonazos parecían producidos por un centenar de armas. La calle estaba sembrada de proyectiles, que hacían trizas las paredes de madera como papel de seda. Faron también debía de tener una metralleta guardada en la otra casa.

Feinberg y sus acompañantes estaban corriendo por la acera, en el radio de alcance del arma.

—¡No! —gritó Ida.

Pero era demasiado tarde.

Apenas habían entrado en la pradera que se extendía delante cuando se estremecieron. Una niebla roja salió proyectada de sus pechos y quedó flotando en la oscuridad. Luego cayeron en fila.

Antes de darse cuenta, Ida se había levantado y corría todo lo que podía por la calle. El suelo contra el que chocaban sus articulaciones le irradiaba dolorosos pinchazos a sus huesos de vieja.

Cuando llegó a la acera los disparos habían cesado. Se acercó corriendo, rezando porque no estuvieran malheridos.

Pero Feinberg estaba muerto, con la mitad del pecho destrozado. A su lado, sus hombres se quejaban. Sanitarios de los SWAT se acercaron corriendo, pero Ida podía apreciar que no tenían posibilidades de sobrevivir. Se volvió nuevamente para mirar a Feinberg. No se merecía aquello. Su mujer y sus hijos no se lo merecían. Debería haber sido Ida la que muriera a manos de Faron. Eso era lo que preveía ella. Una tristeza enorme, teñida de culpabilidad, se arremolinaba en su interior justo cuando volvieron a iniciarse los disparos. Se tiró al suelo, como hicieron los demás. Al cabo de unos segundos levantó la cabeza, echó una ojeada alrededor y vio a alguien más allá que le pareció Kerry, apretada contra una cerca.

Los disparos continuaron, moviéndose hacia la parte trasera de la casa. Cuando Ida volvió a alzar la vista, no pudo ver a Kerry. ¿La habían alcanzado los disparos?

Ida se levantó. Cuando pasaba andando muy deprisa junto a los sanitarios, distinguió el parloteo de sus radios: «hombres caídos… asistencia médica… sospechoso moviéndose hacia el este.» La misma dirección en que había ido Kerry.

Ida corrió hasta la casa siguiente, con la espalda pegada a la pared lateral, su arma preparada, escuchando. En la oscuridad oyó sirenas lejanas, gritos de hombres que se acercaban, su propia y fatigosa respiración. Notó dolor en las piernas, dolor en los pulmones. Se dio cuenta de que debía de haber corrido hacia Feinberg, y luego a aquel escondite. No conseguía recordar la última vez que corrió. ¿Cuándo se había convertido correr en algo tan doloroso? ¿Tan cargado de tensión?

De pronto hubo luz de linternas planeando en la oscuridad. Los SWAT no podían ser tan estúpidos, revelando su situación.

Ida recorrió el costado de la casa, hasta el jardín de atrás. Más linternas, más policías, avanzando hacia la hilera de palmeras que separaban el jardín trasero del embarrado vacío sembrado de cráteres más allá.

Se oyó un grito desde el otro lado de las palmeras. ¿Kerry? Los policías corrieron hacia él, cruzaron la línea de árboles, con la luz de las linternas dando saltos en la oscuridad.

Ida corrió detrás de ellos, sintiendo dolor una vez más. Pasó las palmeras y continuó avanzando por el espacio como un campo de batalla que se extendía más allá. Atisbó en la oscuridad, pero no pudo distinguir nada excepto el extraño terreno. A lo lejos, unas cuantas casas todavía se mantenían en pie y había unos cuantos camiones aparcados.

De pronto se oyeron disparos. Una de las linternas de la policía dio saltos, y su rayo de luz se tiñó de rojo cuando la sangre de quien la portaba la salpicó. Luego cayó al suelo, junto a su dueño, y su luz escarlata brilló en el barro.

Más disparos. Hacia los camiones. De dos armas esta vez. Una pistola y la metralleta. Kerry y Faron. Debían de ser ellos.

Los policías corrieron. Ida los siguió. Bajaron el campo hasta los camiones, que portaban casas en sus cajas. Ida se detuvo.

Los policías siguieron corriendo. Ellos no lo habían olido. El humo del arma. Era más fuerte cerca de aquellas casas, aquellos camiones. Era donde había estado Faron.

Ida retrocedió hasta la pared más cercana para protegerse. Miró alrededor. Intentó oír movimientos. No pudo porque las sirenas sonaron más fuerte. La policía estaba inundando la zona de coches. Uno pasó muy deprisa a la derecha, rayos rojos y azules iluminaron el espacio. Ida aprovechó la luz para reconocer sus alrededores, pero no pudo distinguir demasiado.

Entonces vio movimiento cerca de una casa. Una silueta. Grande. Faron. Los policías lo pasaron por alto. Siguieron avanzando. ¿Dónde estaba Kerry? ¿Ya la había matado?

El coche se alejó llevándose consigo su débil luz y todo volvió a quedar a oscuras. Ida intentó oír algo una vez más, esforzándose por imponerse al sonido de su propia respiración. Oyó un zumbido en el aire. Un helicóptero de la policía, cuyo foco gigantesco proyectaba su luz hacia abajo iluminando la zona. El ruido era demasiado fuerte, sofocaba todos los demás. La luz se desplazaba por las cercanías. La dirigían hombres desde el suelo, pero de una manera completamente equivocada. Faron estaba cerca de Ida. Muy próximo en la oscuridad.

Entonces ella lo vio; se dirigía al extremo del campo, tratando de llegar a la siguiente urbanización, donde había gente, teléfonos, coches. Y entonces vio a Kerry, en el camino que seguía Faron, sin ser consciente de él. Él vería a la chica enseguida y la mataría.

—¡Kerry! —gritó Ida por encima del rugido del helicóptero.

Faron se detuvo y se volvió hacia Ida, esforzándose por ver en la oscuridad.

Luces rojas y azules destellaron al pasar, iluminaron el campo y ellos se miraron entre sí. La cara de Faron mostró una expresión de sorpresa. La misma cara delgada, los mismos ojos pequeños, aunque los años habían teñido su pelo castaño, su piel estaba arrugada, sus rasgos se habían ablandado. El reconocimiento fue mutuo. Él la recordaba. Aunque habían pasado dos décadas y solo se vieron unos mínimos momentos, la recordaba.

Ida levantó su revólver. Faron hizo lo mismo. Dispararon en el mismo momento, justo cuando desaparecían las luces de la policía. Ida se aplastó contra el barro cuando todo quedó a oscuras. La luz del helicóptero parpadeó hacia ellos debido al relampagueo de los disparos. Su foco iluminó las hileras de casas sobre sus pilotes, los camiones, los cráteres, las palmeras de aspecto abandonado. La luz se reflejó en los charcos de agua de lluvia que llenaban los cráteres.

Ida vio que Faron se levantaba del suelo. Miró en dirección a ella y luego corrió hacia el sitio donde Ida había visto por última vez a Kerry. Más allá de él, por la carretera, se acercaba acelerando una forma: un coche con las luces apagadas. ¿Dónde coño estaba Kerry?

Ida corrió por el terreno lleno de cráteres, rezando para que la luz del helicóptero no incidiera sobre ella y revelase su situación. Tropezó con algo y cayó, y el revólver se le escapó de la mano. Quedó hundida en un charco hasta los codos. Las ondas del choque le sacudieron los brazos, pero el agua y el barro habían suavizado la caída, protegiéndola de lo peor. A sus espaldas vio tuberías de plomo asomando del agua. Escarbó alrededor buscando su arma. La agarró, se levantó y avanzó cojeando.

Vio la imponente sombra de Faron muy adelante, casi en el borde del campo. El coche, que iba muy deprisa, se detuvo chirriando. No era un coche patrulla de la policía. Era un Dodge, y todavía llevaba las luces apagadas. Cómplices. ¿Cómo los había avisado Faron?

Faron cruzó los últimos metros hasta el coche. Un blanco en movimiento. Apuntaría al conductor, pensó Ida, un blanco estático. Disparándole, Faron no podría escapar. Ida dejó de correr, apuntó nuevamente, disparó.

El proyectil destrozó la ventanilla lateral, pero no pudo ver si había alcanzado al conductor.

Faron saltó al asiento de atrás y el coche se alejó a toda velocidad con la puerta todavía abierta, las luces todavía apagadas.

—Maldita sea —dijo Ida, su corazón latiendo fuerte.

Faron se había ido, pero el peligro no había terminado; ella

aún corría el riesgo de que los policías le pegaran un tiro accidentalmente. Y lo mismo a Kerry.

Paseó la vista por el campo.

—Kerry —gritó.

Avanzó tambaleándose en la dirección donde creía haberla visto por última vez. El helicóptero ahora estaba encima de ella, alertado una vez más por el fogonazo del disparo. Debería haber seguido al coche, pero este tenía las luces apagadas. Probablemente la única que se había fijado en él era Ida.

Esta llegó al sitio donde había visto a Kerry por última vez, y un poco más allá, un cuerpo tumbado dentro de un cráter.

—Oh, no —gritó Ida.

Se acercó corriendo, entró a trompicones en el cráter, lo vadeó. El cuerpo era el de Kerry, acurrucado de lado, inmóvil.

—¿Kerry? —dijo.

Se acercó al cuerpo, estiró una mano.

El cuerpo se movió. Kerry alzó la vista hacia ella.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ida—. ¿Estás herida?

Kerry no respondió durante unos instantes y luego negó con la cabeza. Ida intentó imaginar lo que había pasado, pero no conseguía encontrarle sentido. Y solo entonces comprendió por qué estaba tan asustada la chica: el campo embarrado con cráteres como de bombas, las palmeras, el tiroteo, el humo en el aire, el helicóptero ametrallándolo todo con luz… Era exactamente igual que estar de vuelta en Vietnam.

57

IDA Y KERRY ESTABAN sentadas en el porche de la casa donde estuvieron esperando a Faron. Al otro lado de la calle, la casa de al lado todavía humeaba debido a la explosión; el sitio donde antes estuvo la puerta de acceso ahora solo era un agujero negro dentado por el que entraban y salían hombres; la pradera aparecía sembrada de restos carbonizados. Ida prestaba atención al alboroto de la escena del crimen: los tres cuerpos en la acera, los hombres registrando a fondo la zona en busca de pruebas, el flujo continuo de jefazos del Departamento de Policía.

Ida estaba desesperada por tener información, noticias recientes, rezando porque atraparan a Faron ya. Pero a su alrededor todos parecían demasiado agitados para responder a sus preguntas, demasiado tensos. Una operación chapucera de la nueva unidad de SWAT: tres policías muertos, un asesino que seguía suelto, explosiones en plena ciudad. Resultaba sorprendente que todavía no hubieran aparecido equipos de los informativos. Puede que los cordones que se suponía iban a contribuir a atrapar a Faron se utilizaran ahora para mantener alejados a los periodistas. Y por encima de la escena todavía sobrevolaba el helicóptero, al que se le había unido un segundo cuyos haces de luz barrían la zona.

Ida sacó sus cigarrillos y le ofreció uno a Kerry, que no respondió, limitándose a mirar al vacío. Era evidente que aún sufría los efectos del ataque de ansiedad que había experimentado en el campo. Ida la había tenido que sujetar durante todo el camino de vuelta a la casa. Cuando llegaron, dejó a Kerry en el porche y fue a contarles a los inspectores lo del Dodge que había visto recogiendo a Faron. Le dijeron que transmitirían la información a sus mandos para que emitieran una orden de busca y captura.

Se acercó un sanitario para preguntarles si necesitaban algo. Ida estaba cubierta de barro como resultado de su caída, pero no se había roto nada. Explicó al sanitario lo que le había pasado a Kerry, y él sugirió una inyección de Nembutal para ayudarle a superar la conmoción. Kerry se negó con un brusco movimiento de cabeza y el sanitario siguió adelante.

Ida miró cómo se iba, y volvió la vista hacia los cuerpos todavía en la acera. Quizá no debería haberse dejado dominar por el miedo y llamado a la policía. Quizá, si hubiera tenido más valor, podría haberse escondido en casa de Faron, tenderle una emboscada, matarle a sangre fría en cuanto cruzara la puerta. O quizá, cuando había llegado el coche de Faron y Feinberg le preguntó si era él, podría haberle respondido más rápido, no permitir que la dominara nuevamente el miedo, y podrían haberle atrapado antes de que corriera a meterse en la casa.

Ida terminó su cigarrillo y distinguió a unos cuantos de los hombres que habían estado con Feinberg antes del ataque.

—Voy a tratar de conseguir algo de información —dijo.

Kerry apenas asintió moviendo la cabeza un centímetro, aunque no dejó de mirar el infierno personal en el que estaba sumida.

Ida se acercó y dijo quién era.

—¿Ha habido novedades? —preguntó.

Ellos negaron con la cabeza.

—Lo hemos perdido —dijo uno de ellos, todavía sin creérselo del todo.

Ida compartió su sensación de pasmosa derrota. Un ejército completo de policías y Faron todavía continuaba libre. Ahora estaba segura de que fuera la que fuese la fecha límite que tuviera Faron, la cumpliría, aunque ahora tuviese a todo el Departamento de Policía de Los Ángeles detrás de él. Ya era la noche de Nochebuena; en unas pocas horas más se habría marchado.

Estaba a punto de volver con Kerry cuando oyó que decían su nombre. Se dio la vuelta y vio a un policía joven con semblante de preocupación acercándose a ella.

—¿La señora Young? Me llamo Frank Towne. Trabajaba en

el caso del Matarife Nocturno con el inspector Feinberg.

Le tendió la mano e Ida se la estrechó.

—Vamos a atrapar a ese hijoputa —sentenció.

—Bien. Feinberg era amigo mío. ¿Ya se ha informado a su mujer?

—Hay alguien en camino para comunicárselo.

Ida asintió, imaginando el dolor que sentiría la mujer.

—Sabemos que fue usted quien informó a Feinberg de su situación —dijo Towne—. Mencionó que usted tuvo tratos previos con el sospechoso. Estábamos esperando que pudiera hacernos un resumen de eso. No tenemos nada sobre él en nuestros archivos y… bueno, todos hemos oído los rumores y no estamos seguros de qué creer.

Ida notó lo conmocionado que parecía Towne. Todos los demás agentes que estaban alrededor, incluidos los jefes, habían oído lo que le había dicho y ahora la estaban mirando, como si de repente ella fuera la más competente, la que los sacaría de aquel lío.

—Claro —dijo ella—. Me encantará ayudar. Como les he dicho, Feinberg era amigo mío.

Towne se lo agradeció con un movimiento de cabeza.

—Pero antes de eso, hay algo más. Los forenses encontraron un cuerpo en el maletero del coche de Faron. No estamos seguros de quién es, pero como usted le estaba siguiendo la pista, quizá pueda echarle un ojeada. Ver si lo pude identificar.

Ida sintió pánico cuando se preguntaba quién podría ser.

Asintió y Towne la guio hasta la carretera.

—Lo acabamos de encontrar —dijo, señalando el maletero del coche—. Estamos procediendo muy lentamente en la búsqueda de pruebas por si él ha puesto otra trampa.

Llegaron al coche. Envuelta en una lona en postura fetal, dentro del maletero, estaba la forma inconfundible de un cuerpo.

Towne hizo seña a uno de los forenses para que levantara la lona y el cuerpo quedó a la vista. Ida lo miró un momento, se dio cuenta de quién era y entonces le atravesó una oleada de angustiosa tristeza, tan pesada que casi hizo que se tambalease.

—¿Señora Young? ¿Se encuentra bien?

—No —murmuró Ida—. Ay, Dios, no.

Se volvió instintivamente para mirar la cara del otro lado de la carretera. Kerry todavía estaba sentada en los escalones del porche, pero ahora levantó la vista, hacia Ida. Incluso desde lejos, en la oscuridad, pudo ver en su cara que se había dado cuenta.

Se levantó, empezó a correr hacia ellos, toda miedo y adrenalina.

—Cierre la lona —dijo Ida al forense—. Cierre la jodida lona.

Pero él no se movió, solo frunció el ceño.

Y ya era demasiado tarde. Kerry ya estaba allí, mirando horrorizada el cuerpo.

—No —dijo—. No.

Ida intentó abrazarla, pero Kerry la apartó, negándose a que se interpusiera nada entre ella y la visión de su hermano muerto en el maletero.

Ida intentó abrazarla de nuevo, y esta vez mantuvo a Kerry apretada y notó el grito que atravesaba a la chica. Ida conocía aquel grito. Era su mismo grito cuando murió el padre de Jacob, cuando murió su primer marido. Era el mismo grito que oyó durante años después, su eco reverberando a lo largo de su vida. Era el grito de algo que se rompía dentro de Kerry, algo que nunca se podría volver a arreglar.

Parte veintidós

Incendios forestales

58

LO PRIMERO QUE HIZO Dante fue ir en coche a casa de Kyle DeVeaux: un estudio de mala muerte en Hermosa Beach, lleno de basura y humo de porro. Había una cama plegable sin hacer, una bandera gigante con una esvástica, ratones en trampas adhesivas en los rincones, una chica rubia que le había pegado a algo más fuerte que el costo. La chica le dijo que llevaba un par de días sin ver a DeVeaux. A cambio de cincuenta pavos, le entregó un librito negro que había dejado él en el apartamento.

Dante encontró un teléfono público y llamó a O'Shaughnessy, al que le contó que un hombre que se llamaba DeVeaux se había llevado a Loretta y le dio detalles de la furgoneta que este había robado.

—Joder —dijo O'Shaughnessy—. Emitiré una orden de busca y captura.

Sacó los antecedentes de DeVeaux, buscando socios suyos conocidos, más nombres y direcciones que añadir a los del librito negro.

Dante mencionó a White.

—¿Lo conoces de cuando estabas en la Oficina Federal de Estupefacientes? —preguntó Dante.

—¿A White? —dijo O'Shaughnessy, sorprendido—. ¿El agente Henry White?

—¿Lo conoces?

—Sí, lo conozco. White es el cabrón que me obligó a dejar la Oficina Federal. Él y sus matones intentaron matarme. —O'Shaughnessy hizo una pausa—. Está loco, Dante. Un sádico. ¿Nunca has conocido a alguien que al mirarlo te provoca escalofríos? Ese es White. El hijoputa tiene una foto en la pared de su despacho de un japo al que atravesó con la bayoneta durante la guerra. Daba una conferencia sobre eso a

todos los nuevos. Debes tener cuidado con él, Dante. En especial si te ofrece un trato. Si quieres, puedo hablar con algunos antiguos colegas de la Oficina Federal. Ver si puedo conseguir algo. A lo mejor localizar a DeVeaux.

—Gracias.

A continuación Dante telefoneó a su servicio de atención de llamadas, pensando que DeVeaux o White podrían haber dejado un mensaje para él con el fin de discutir los términos de la negociación, o entrega. Pero solo había un mensaje de Ida pidiéndole que la llamase urgentemente a un número de teléfono que Dante no reconoció. Cuando llamó, sin embargo, no contestó nadie.

A continuación fue en coche a casa de Roselli, pero el conserje le dijo que se había ido de vacaciones. Claro que se habría ido. Roselli siempre pasaba el invierno en algún centro turístico: Palm Springs, lago Tahoe, Boca Ratón. Y este año tenía un motivo añadido para dejar la ciudad.

Dante condujo a su apartamento de Venice. Aparcó, recorrió con la vista la zona, entró y levantó unas tablas del suelo de las que extrajo una saca de lona que tenía preparada con dinero, un 38, un fusil, munición. Volvió a salir a la calle, mirando alrededor. La luna estaba alta en el cielo y era Nochebuena. Tenía un saco de Papá Noel con armas, dinero y munición. Tenía una lista de personas a las que ir a ver. Tenía un perro y un coche potente.

Se subió al Thunderbird y cruzó Los Ángeles con su ansiedad carcomiéndole. Desesperado. Sin pensar adecuadamente. Perturbado al darse cuenta de que la advertencia de Loretta se estaba haciendo realidad: su suerte al fin se estaba terminando. Estaba perdiendo a su familia otra vez. Ahora que su pesadilla se estaba haciendo real, comprendió que Loretta había estado en lo cierto sobre sus defectos y motivaciones. Todos aquellos años se lo había jugado todo porque sentía culpabilidad, indignidad, porque en el fondo pensaba que debería haber sido él el que muriese en Chicago. Lo puso todo en riesgo solo para demostrarse algo que nunca se podría demostrar.

Y ese horror le espoleaba para encontrar a Loretta.

De modo que fue persiguiendo nombres, los presionaba, encadenando su recorrido por los bajos fondos de Los Ángeles desde una pensión en Westwood hasta un club nocturno en Florence, un hotel miserable en Boyle Heights o una lujosa casa familiar en Highland Park donde un padre había conseguido mantener ocultas hasta entonces sus relaciones delictivas a sus seres queridos y a los vecinos.

A las tres de la mañana, Dante todavía continuaba llamando a puertas. Eso le proporcionaba el elemento sorpresa. A la gente le asustaba aquel viejo con ojos desorbitados, privado de sueño, que agitaba un revólver gritando el nombre de su mujer. Le daban información, pistas, líneas de investigación, en la confusión del momento. Luego, a los diez minutos, se preguntaban qué coño habían hecho.

Pasadas las cuatro, Dante seguía todas las indicaciones. Revoloteaban helicópteros en el cielo nocturno, con sus estrellas apagadas por la contaminación lumínica, por el humo que se alzaba desde Malibú, por la angustia de Dante. En las autopistas parecía que no había más que fantasmas, sombras y luces intermitentes de coches de la policía. De vez en cuando Dante miraba hacia el norte, esperando ver las luces de los incendios forestales brillando en el cielo por encima de las montañas de Santa Mónica, pero solo se vislumbraba aquella cortina de humo, luces traseras subiendo entre las colinas.

Ninguno de los nombres sirvió de nada, ninguno de ellos le llevó más cerca del paradero de Loretta. Las pistas derivaban en más pistas, como las autopistas desembocaban unas en otras.

Visitó los hospitales por si acaso Loretta se había defendido, o a lo mejor DeVeaux había estrellado la furgoneta. Pero era la noche de Nochebuena y las urgencias estaban llenas de borrachos, víctimas de maltrato doméstico, personas que habían intentado suicidarse, personas detenidas por conducir bajo los efectos del alcohol o heridas en atracos o peleas en bares. En ninguno pudo confirmar que había sido ingresada Loretta.

Telefoneó a su servicio de atención de llamadas. Nada. Llamó al número que le había dado Ida. Nada igualmente.

Dante tomó conciencia de que se le terminaba el tiempo y no estaba llegando a ninguna parte. Tal vez debería abandonar la búsqueda de DeVeaux y centrarse en la de su jefe: el agente White. Negociar con él. Ver si O'Shaughnessy podía llegar a un trato. Pero, con todo, Dante tenía la sensación de que aquella noche le estaba llamando el viento, de que algo se estaba tramando en las grandes llanuras como piscinas de Los Ángeles, de que algo acechaba en la oscuridad.

Cuando llegó el amanecer, volvió a los nombres y continuó durante la mañana.

Nada todavía, todavía ninguna pista.

Cuando las punzadas de hambre le estaban haciendo delirar, se detuvo en una estación de servicio Flying A, llenó el Thunderbird, pidió un café y un sándwich para él y un par de salchichas Frankfurt para el perro. Durmió una hora con el asiento echado hacia atrás. Cuando despertó, fue a un teléfono público para comprobar su servicio de atención de llamadas. Cuando estaba esperando la conexión, miró por la ventana la tienda del interior de la estación de servicio, donde el empleado estaba viendo un televisor encima del mostrador. Dante echó un vistazo a los helicópteros y dio por supuesto que era una información sobre los incendios forestales. Pero no eran helicópteros de los que luchan contra incendios, eran del Departamento de Policía, y parecía que estaban sobrevolando la ciudad.

Cuando el telefonista le dijo que no tenía mensajes, colgó y entró en la tienda aturdido.

—¿Todo bien, señor? —preguntó el empleado.

—Claro —dijo Dante. Señaló con la cabeza el televisor—. ¿Qué ha pasado?

—Un tiroteo. Algún hijoputa loco puso una trampa en su propia casa, mató a tres policías y se fue de rositas. El Departamento de Policía está poniendo patas arriba toda la ciudad buscándole.

Dante frunció el ceño. Los helicópteros y coches de la policía que había visto lanzados por las autopistas toda la noche, y a los que no prestó atención.

Aparecieron tres fotos en la pantalla, los tres policías

muertos. Dante reconoció al primero de ellos: el inspector Feinberg, un amigo de Ida que estaba trabajando en el caso del Matarife Nocturno. ¿Fue el Matarife Nocturno el que puso esa trampa-bomba? ¿El que mató a tres policías y eludió un cordón? No parecía probable. Y entonces Dante recordó lo que había dicho Zullo sobre un asesino a sueldo traído a la ciudad desde Camboya. Un hombre de la Agencia. Dante trazó mentalmente una línea entre él mismo e Ida, el Matarife Nocturno, la CIA y la Oficina Federal de Estupefacientes. Aquel misterio desde el mismo comienzo del caso, aquella sensación de que estaba pasando algo importante, hasta el punto de que tanto Dante como Ida se vieran implicados en él. Solo había un nombre que pudiera explicarlo todo.

—Faron —murmuró Dante.

59

KERRY ESTABA DESPLOMADA EN el sofá del apartamento de Ida, pasando el día de Navidad viendo cómo se desarrollaba la persecución en la televisión. Las informaciones sobre eso habían desplazado a los de los incendios forestales y el Matarife Nocturno de la cabecera de la programación. Un enfrentamiento en la ampliación de la autopista, una casa con una trampa-bomba, tres policías muertos después de que hubiera estallado una bomba de fabricación casera, el criminal todavía huido, la nueva unidad de los SWAT del Departamento de Policía de Los Ángeles fracasando en una de sus primeras misiones. Los presentadores de las noticias ya habían dado con un nombre para eso: «Navidad Sangrienta». Aquello era el paraíso del gacetillero, intercalado con anuncios de empresas deseando Felices Pascuas a Estados Unidos.

Ella veía todo eso aturdida porque el Nembutal la había sumido en un amodorramiento que no era sueño del todo. Al final los sanitarios se lo habían inyectado para que dejase de gritar, y había estado aletargada desde entonces. Aquel era un estado agradable en el que los horrores de la noche anterior no resultaban tan horribles, donde las quemaduras de su cuerpo no quemaban, donde el hecho de que hubiera perdido su vuelo de regreso a Vietnam y fuera a ser declarada desertora no parecía más que una molestia burocrática. Pero ella sabía que aquello solo era temporal, que cuando se pasasen los efectos del Nembutal, el dolor, la pena, la angustia volverían.

No había conseguido encontrar a Stevie. No había conseguido salvarlo. Estaba segura de que Faron lo había matado aquella noche, puede que justo antes de volver a la casa abandonada. Lo que significaba que ella había llegado con unas horas de retraso. Volvió a pensar en aquel campo embarrado, el tiroteo. No podía recordar muchos detalles, pero

podía imaginar a Faron mirándola fijamente y luego unos disparos distrayéndole. Tenía una vaga sensación de que Ida le había salvado la vida. Pero quizá habría sido mejor si hubiera muerto, asesinada por el hombre que había matado a Stevie, abatida por el cañón de la misma arma. Tal y como estaban las cosas ahora, lo único que Kerry tenía que esperar era un vacío que en el mejor de los casos estaría adormecido. Ella había perdido. Faron y White habían ganado. Volvió a pensar en su encuentro con White, y en cuanto él la agarró por el cuello y le dijo que aquello quedaba fuera de su alcance. Odiaba reconocerlo, pero él tenía razón. Los malos habían ganado. Siempre lo hacían.

—Supongo que esto significa que Faron va a dejar la ciudad —dijo Kerry, volviéndose para mirar a Ida.

Ida frunció el ceño. Kerry tuvo la sensación de que estaba pensando en mentir, pero que luego decidió no hacerlo.

—Solo se marchará cuando haya terminado su misión.

—Mató a tres policías —dijo Kerry—. Tiene a todo el Departamento de Policía detrás.

—Vive solo para eso —dijo Ida, señalando la matanza de la televisión—. Los hombres como Faron no huyen de los incendios que provocan, corren al encuentro de ellos.

Durante su investigación juntas Ida había irradiado una sensación tranquilizadora de que controlaba las cosas. Kerry nunca se había sentido asustada porque Ida estaba cerca. La única ocasión en que había flaqueado fue cuando Mouzon mencionó por primera vez el nombre de Faron. Antes de eso había parecido en su elemento, incluso allí, en el escondite de Mouzon, de noche, en pleno Glendale, atrapada en una habitación con dos hombres armados y peligrosos. Pero Ida ya no daba la impresión de ser aquella mujer. Algo se había roto en su interior, igual que en el de Kerry.

Continuaron viendo las noticias. Durante una pausa publicitaria hubo un tráiler del *Steve Allen Show* de aquella noche anunciando apariciones de Louis Armstrong y un misterioso invitado especial. El tráiler pareció poner a Ida incluso más nerviosa. Se levantó y llamó a su hijo en San Francisco, a su marido en Alemania. Kerry apenas se enteró de

la conversación debido a su aturdimiento. Consideró la posibilidad de llamar a alguien de las Fuerzas Aéreas para explicar lo que había pasado, por qué no había retomado sus obligaciones. No estaba segura del procedimiento, pero tenía que existir una exención para alguien en su situación, alguna consideración relacionada con la pérdida que había sufrido y que evitaría que se le sancionase. Lo peor no sería hablar con las autoridades, sería contarle a Ida que al final no se quedaría en Los Ángeles, que se marchaba.

—Voy a preparar café —dijo Ida cuando terminó las llamadas—. ¿Quieres?

—Claro.

Ida fue a la cocina. Kerry trató de reacomodarse en el sofá y arreglar las cosas. Luego se levantó, anduvo hasta la ventana y miró fuera las ruinas de lo que había sido Bunker Hill. Abajo, en la calle, todo resultaba inquietantemente apacible. Desde el bar de enfrente de la calle salía música navideña: Eartha Kitt cantaba «Santa Baby», y los clientes del bar la acompañaban estridentemente. Justo debajo de sus ventanas con espumillón rojo y verde había dos borrachos desplomados en la acera.

Kerry sintió que se desmayaba, la cabeza se le iba. Estiró una mano y se sujetó en el alfeizar. Cerró los ojos y por primera vez en semanas no fue fuego lo que apareció en la oscuridad detrás de sus párpados. Fue Stevie, encogido en el maletero de aquel coche.

En las noticias mencionaron el alto al fuego en Vietnam por Navidad, iniciado justo un día después de que el presidente Johnson hubiera volado allí para visitar las tropas, sirviéndose pavo y repartiendo Purple Hearts, soltando discursos en Cam Ranh Bay, la misma base de las Fuerzas Aéreas desde la que Kerry volaba en sus misiones. Abrió los ojos y se volvió para mirar la televisión. No había visto Cam Ranh Bay desde el día del bombardeo, el día del napalm. Le inquietó verla allí, en aquella habitación de Bunker Hill, como dos mundos plegándose uno sobre otro, produciendo no una dislocación en el espacio, sino, en cierto modo, una dislocación en el tiempo.

Las imágenes de la televisión pasaron de la base de las Fuerzas Aéreas a marines acechando en las junglas de las

pesadillas de Kerry, haciendo que recordase el día que la jungla la sacó de quicio, el ácido que había tomado, cómo adquirió forma la oscuridad, aquella sensación de un gran mal envolviendo el mundo, una serpiente apretando con fuerza. Al día siguiente estaba de vuelta al trabajo en el C-130 con el ácido todavía presente en su organismo, subiéndose al avión, haciendo intervenciones de emergencia, curando, suturando, haciendo torniquetes y transfusiones de sangre, consolando a chicos camino del más allá mientras gritaban llamando a sus madres. Porque *eran* chicos; su edad media, diecinueve años, mientras la de las enfermeras era de unos veintidós. Así que era a sus hermanos pequeños a quienes veían morir, a los chicos un poco más jóvenes que ella del instituto.

Kerry había dado por supuesto que cuando volviera a su país recuperaría la sensación de normalidad, que el mundo volvería a estar ordenado, habría decencia, no todo sería únicamente caos. Pero ahora que había regresado, se daba cuenta de que la sensación de conflicto bélico no era algo específico de Vietnam. Estaba en todas partes. En las calles de Los Ángeles, en Vacaville, en el rancho, en la casa de Faron, en aquellos terrenos vacíos, embarrados. El caos estaba en todas partes, y siempre había estado. Tuvo que adquirir forma de guerra para que ella lo notase. Había traído a la serpiente desde Vietnam, y ahora estaba en su interior, siguiéndola a cualquier sitio al que fuera.

Con Stevie muerto, ahora sabía lo que tenía que hacer: volver a Vietnam, volver al derramamiento de sangre, volver a los combates y al fuego enemigo, a la malaria, el cólera y mil enfermedades más de las que la mayoría de las enfermeras solo tenían conocimiento por los libros de texto. Eso era lo que ella se merecía.

Ida volvió de la cocina, le entregó una taza de café y se sentó. Kerry se armó de valor, consciente de que le iba a dar todavía más malas noticias a Ida.

—Creo que deberías saberlo —dijo—. He estado pensando. Me voy a marchar, después de todo. En cuanto pueda. Mañana probablemente.

Ida frunció el ceño.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras —dijo—. No hay prisa.

—Gracias, pero solo estaré ocupando sitio. Voy a llamar a mis superiores. Reservar otro vuelo. Terminar mi gira.

Ida pareció herida. Miró a Kerry de modo inescrutable, así que esta no estaba segura si se estaba tragando su decepción o planeando un modo de hacerle cambiar de idea.

—Hay un entierro pendiente —dijo Ida.

—¿Entierro?

—El entierro de Stevie.

Kerry se quedó callada, una sensación de estupidez se apoderó de ella. Ni siquiera había tenido en cuenta que debía encargarse de los trámites del entierro, las cuestiones legales que se derivan de una muerte.

—Eres su familiar más cercano, Kerry —dijo Ida—. Su *único* pariente cercano. Deberías estar, quedarte al menos para eso. Mantener la cabeza firme y arreglar lo que sea necesario.

—Ya estoy retrasando el informe de mi vuelta —dijo Kerry —. Pasadas las doce de la noche, seré oficialmente una desertora.

—Creo que dadas las circunstancias, las Fuerzas Aéreas te concederán unos días más para el entierro. Puedes quedarte en el apartamento. Y si decides quedarte más tiempo y abandonar el ejército, probablemente yo pueda encontrarte trabajo, como te dije.

Kerry asimiló lo que le decía Ida, sintiendo una vez más la calidez de su oferta. Pero la calidez vino acompañada de unas intensas náuseas. Negó con la cabeza.

—No me voy a quedar. Solo vine a buscar a mi hermano. Y ahora que está muerto, no tengo una razón para quedarme.

Se miraron tristemente una a otra; entonces, de pronto, sonó el teléfono, haciendo que las dos dieran un salto.

—Creí que nadie tenía este número —dijo Kerry.

—Únicamente se lo di a dos personas.

—¿A quiénes?

—A Feinberg y a Dante —dijo Ida, cruzando la habitación para atender la llamada.

60

MEDIA HORA DESPUÉS, DANTE estaba entrando en el apartamento, e Ida se quedó estupefacta por su aspecto: ojos enrojecidos, muy nervioso, su ropa arrugada.

—¿Qué coño ha pasado?

—Alguien se llevó a Loretta.

SE SENTARON EN EL CUARTO DE estar; él se lo contó todo a Ida y ella intentó consolarlo.

—He estado buscando a DeVeaux de todos los modos posibles pero no ha dado resultado—explicó Dante—. Voy a tener que ir a rogarle a White.

Ida le contó el encuentro de Kerry con el hombre mientras esta había vuelto a desplomarse en el sofá, flotando en su aturdimiento por el Nembutal. Cuando Ida los presentó, Kerry había sonreído y gruñido un «encantada de conocerle», pero se había desmayado no mucho después. Ida le contó a Dante todo lo que sabía ella de White. Él le habló de Roselli y Zullo. Compartieron toda su información, pistas, desarrollo, lo reunieron todo para exponer los puntos en los que coincidían sus casos, y en cuáles no. Todo descansaba en White, la persona que relacionaba la investigación de Ida en Vacaville con la investigación de Dante sobre Riccardo.

—Tiene sentido que White sea el topo de la CIA en la Oficina de Estupefacientes —dijo Dante después de que Ida le hubiera contado lo que sabía—. White estaba ayudando a la CIA a hacer sus ensayos con drogas en Vacaville. Cuando Riccardo puso en peligro su ruta de la cocaína, proporcionaron a White un piso franco de la CIA para que matara a Riccardo en él y trajeron a Faron de Camboya para que ayudara a eliminar las pistas.

—¿Estaba Faron en Camboya? —preguntó Ida.

—Eso es lo que dijo Zullo.

Ella suspiró. Su teoría de que Faron estaba en el sudeste de Asia había sido correcta. Él se trasladaba a cualquier sitio donde estuviera la muerte, en una carrera ascendente que le llevó de ser el coco de la Mafia a ser el coco de la CIA.

—Pero entonces Zullo no conocía la historia completa —dijo Dante—. No sabía que White estaba relacionado con la CIA. Le mantenían a oscuras sobre eso. Sin embargo, lo que sí dijo es que Faron solo tenía que hacer que el Matarife Nocturno dejase de matar y entonces abandonaría la ciudad. Y que él casi lo atrapó.

Ida asintió y trató de que su estado de ánimo no se hundiera todavía más: Faron prácticamente se había ido, Bud Williams prácticamente estaba muerto. Su fracaso era completo. Pensó en la fecha límite de Navidad que Bud Williams había mencionado a su abuela, y que también habían mencionado Mouzon y Drazek. Ida informó a Dante de esto.

—Drazek nos contó que él creía que en realidad Faron no estaba aquí para resolver algo, sino para contribuir a que pasase algo, despejar el camino para algo que iba a pasar ahora. En Navidad.

—¿Despejar el camino para qué?

—No tengo ni idea.

—Si la fecha límite es hoy, entonces se me está terminando el tiempo —dijo Dante—. Puede que una vez que eso suceda ya no necesiten viva a Loretta. —Alzó la vista hacia ella, desconsolado—. Necesito contactar con White inmediatamente.

—¿Le vas a llamar?

—Ya es Navidad, Ida. ¿Qué remedio me queda? A lo mejor puedo engañarle y dejar que libere a Loretta. A lo mejor puedo utilizar todo este asunto de Hennessy y Drazek para hacerle creer que tengo alguna ventaja.

—Dante, no estás pensando del modo adecuado. No sabes seguro que la fecha límite vaya afectar a lo que hagan con Loretta.

—No puedo correr ese riesgo.

—Si vas y te reúnes con White, terminarás igual que

Riccardo.

—¿Y qué elección tengo? ¿Dejar que Loretta siga en su poder? A lo mejor puedo canjearla por mí.

—No puedo dejar que lo hagas. Vamos a pensar antes en algo. No corras a precipitarte en una trampa porque estás desesperado y tus emociones te enloquecen. Yo te ayudaré. Y si no hay otro remedio, iré contigo a ver a White.

Él negó con la cabeza.

—Nunca te pediré que hagas eso.

—¿Entonces se supone que voy a dejarte salir de aquí y permitir que te maten? Yo no hago las cosas así, Dante.

—Tú tienes que quedarte aquí y proteger a la chica. —Señaló a Kerry, que todavía estaba durmiendo en el sofá.

—Ella estará aquí bien unas horas. Tú mismo lo dijiste: a Faron solo le queda matar a Bud Williams. Y luego se irá de la ciudad.

—Entonces tú te quedas aquí y terminas tu parte de la investigación —dijo él.

—No me queda nada que investigar. Descubrí lo que le pasó a Audrey, y llegamos demasiado tarde para salvar al hermano de Kerry. Eso se ha terminado. Faron matará a Bud Williams y se marchará, el caso de Hennessy se convertirá en polvo y nadie sabrá nunca la verdad sobre Williams o Vacaville. Y eso será todo.

Compartieron una mirada desolada, de derrota, reconociendo que se habían terminado el tiempo y las opciones.

—La policía todavía puede atrapar a Williams —sugirió Dante.

—Ahora el Departamento de Policía entero se dedica a buscar a Faron. Tres policías muertos. Los ánimos están caldeados. ¿Crees que van a emplear recursos en perseguir a Williams en mitad de todo esto? Y aunque lo hicieran, quien esté detrás de esos experimentos de Vacaville se asegurará que su origen no se filtre. Esto se acabó, Dante. Todo se ha terminado. Lo mínimo que puedes hacer es dejar que te ayude a salir vivo. Puede que entre nosotros dos podamos presionar a White, que devuelva a Loretta y que nos deje en paz.

Ella le miró fijamente. Dio la sensación de que Dante iba a argumentar algo en contra, pero no consiguió verbalizar nada. Estaba cansado, descompuesto, sin ningún control.

Soltó un suspiró, se frotó las sienes. Finalmente asintió.

—Gracias, Ida —dijo.

Se sonrieron.

—Dame un par de minutos para que me prepare —dijo ella —. Entonces despertaré a Kerry y le contaré lo que pasa.

Dante miró al sofá.

—Parece una buena chica —dijo—. Y me recuerda a alguien… a tu antiguo socio de Chicago. Las cicatrices. Su modo de mirar.

—Sí, lo sé. También yo lo pensé.

Tras mirarla unos instantes, Ida fue al cuarto de baño y se lavó manos y cara, esperando que el agua fría la despejaría. Mientras se secaba las manos, pensó en Danielle Landy tumbada dentro de su bañera de dinero, en que su familia probablemente nunca llegaría a saber la verdad.

Volvió al cuarto de estar y se quedó paralizada.

Dante se había marchado.

61

CUANDO DANTE SALIÓ DISPARADO del apartamento de Ida, esperaba que ella lo entendiera, que se diera cuenta de que si la situación fuera la inversa, lo más probable es que ella hiciese lo mismo. Pero, con todo, tenía la sensación de que la había traicionado. Y como probablemente nunca volvería a verla, eso significaba que su último encuentro siempre estaría teñido por la mentira de Dante, por un engaño. También le había ocultado una de las cosas más importantes que le había dicho Zullo: que cuando Faron hubiera terminado con el Matarife Nocturno, iría a por Dante. Sabía que si le contaba eso a Ida, ella pondría su vida en peligro para salvarlo, y él ya había originado suficientes muertes.

Se detuvo delante del Palacio de Justicia de la calle Spring. Se apeó y miró alrededor. Toda la zona estaba desierta, con el aire inquietante de un plató cinematográfico vacío, como si en cualquier momento pudieran llegar camiones y tramoyistas que lo desmantelaran todo, se lo llevasen.

Anduvo hasta la entrada del Palacio de Justicia y pasó al vestíbulo principal. Dos guardas de seguridad a cada lado de las puertas se levantaron abandonando su duermevela.

—¿Podemos ayudarle, señor? —preguntó el que estaba más cerca de Dante.

—Estoy buscando la Oficina Federal de Estupefacientes.

—Hoy es fiesta oficial, señor. Las oficinas están cerradas.

—La Oficina Federal nunca cierra. Si lo hiciera, no tendría una cita.

El guarda le miró con sorpresa.

—¿Con quién está citado? Tenemos que llamar para que vengan a por usted.

—El agente Henry White.

—¿Y cómo se llama usted?

—Dígales que soy el espectro de Riccardo Licata.

El guarda de seguridad miró nuevamente a Dante de arriba abajo. Dante le lanzó aquella mirada enloquecida de viejo, con ojos desorbitados, que había perfeccionado durante las últimas veinticuatro horas. El guarda se dirigió a un teléfono, llamó, volvió.

—Bajará alguien a verle.

Dante asintió.

El guarda volvió a su asiento, pero no se adormeció como antes. Se sentó muy tieso, con las manos en las caderas a unos centímetros de su cartuchera.

Unos segundos después, las luces de uno de los ascensores empezaron a parpadear al bajar el primer piso. Las puertas se abrieron y salieron dos hombres. Iban vestidos como agentes federales, pero ninguno casaba con la descripción de White. Los dos estaban en la treintena, uno era alto y delgado, el otro más bajo, con bigote rubio.

Se dirigieron hacia Dante sin perderle de vista ni un segundo.

—¿Ha venido a ver al agente White? —preguntó el alto.

Dante asintió. De cerca vio que sus ojos estaban inyectados en sangre, y sus pupilas, dilatadas. Sus pieles, cenicientas. Los dos estaban colocados con algo.

—White no está disponible —dijo el alto. Su aliento olía a alcohol—. Yo soy el agente Philip Schodt. Este es el agente Mark McKinney. ¿Podemos ayudarlo?

—Quiero ver a White.

—White no está disponible. Se lo he dicho. Está fuera de la ciudad. Díganos lo que quiere. —En las palabras de Schodt ahora había amenaza, además de olor a bourbon.

Dante los miró a los dos. Tenía la sensación de que White no estaría trabajando el día de Navidad, pero oír que estaba fuera de la ciudad le desencajó.

—¿Trabaja usted con White?

—Claro.

—No, me refiero a si *trabaja* de verdad con él.

Dante recalcó la palabra, recalcó el hecho de que estaba preguntando si ellos participaban en las actividades

encubiertas de White.

Los ojos de Schodt se estrecharon.

—Sí, *trabajamos* con él.

—Soy Dante Sanfelippo. Estaba presente cuando Vincent Zullo murió en aquel campo petrolífero que está encima de Huntington Beach.

Los dos federales intercambiaron miradas y luego echaron un vistazo a los dos guardas de seguridad que lo estaban observando todo desde su asiento junto a las puertas.

—Vamos fuera —dijo Schodt.

Salieron a los escalones del Palacio de Justicia.

—¿Qué quiere? —preguntó Schodt.

—DeVeaux secuestró a mi mujer mientras yo hacía de Florence Nightingale cuando Zullo se iba al otro mundo. ¿Qué cojones cree que quiero? Quiero recuperarla.

Los dos hombres fruncieron el ceño y volvieron a mirarse uno a otro, sorprendidos por la noticia de que DeVeaux se hubiera llevado a Loretta.

—Nosotros no sabemos lo que ha estado haciendo DeVeaux —dijo Schodt—. Si se la llevó, fue sin autorización. White ni siquiera está aquí. Está en Washington.

—Entonces deme un número al que llamarle. O dígale que llame a DeVeaux para que la suelte. O iré con lo que sé a la policía, la prensa. A Nick Licata.

Los hombres se volvieron a consultar con la mirada. Luego asintieron. Los dos eran lo bastante listos para intentar engañarle.

—White está en el Statler Hilton de Washington. Habitación tres cuatro seis. Puede llamarle allí o puede esperar. Volverá mañana por la mañana.

Dante asintió, se dio la vuelta y regresó andando hasta el Thunderbird. Cuando se alejaba a toda velocidad, echó una ojeada al retrovisor: los dos hombres seguían parados en los escalones, mirándole, memorizando la matrícula del Thunderbird.

Unos minutos después encontró un bar en North Main Street y dejó el Thunderbird en el bordillo. El local resultaba tan deprimente como él esperaba que estuviera un bar del centro

de Los Ángeles un día de Navidad. Borrachuzos encorvados sobre sus copas. Un televisor sin voz. Solo junto a la caja registradora había un árbol de Navidad en miniatura, de plástico con luces color arcoíris parpadeando; la única concesión a las Navidades aparte de un hombre vestido de Santa Claus desplomado en un rincón, con los ojos cerrados y murmurando para sí mismo.

Dante pidió una cerveza. Pasó quince minutos tomándola antes de llamar a White. No quería pillarle con la guardia bajada, quería que estuviera prevenido, habiendo recibido su amenaza exagerada. Quería estar seguro de que los colegas de White le habían avisado antes, contado que Dante parecía desquiciado, peligroso.

Terminó su cerveza y se encaminó hasta el teléfono público del fondo del bar. Llamó al operador, solicitó larga distancia, dio el nombre del hotel. Cuando le conectaron, le pusieron con la habitación de White. A Dante el corazón le latía con fuerza mientras sonaba el aparato.

—¿Sanfelippo? —preguntó White cuando descolgó.

—Así es.

—Los hombres de mi oficina me dijeron que iba a llamar. ¿Qué quiere?

—Quiero que devuelvan a mi mujer.

—Creo que podemos arreglarlo. DeVeaux es muy impulsivo. No debería haber hecho lo que hizo. Fue sin autorización. Yo vuelo de vuelta mañana. Veámonos. Nos ocuparemos del asunto.

Dante frunció el ceño. Aquello no iba a ser fácil. Recordó lo que había dicho O'Shaughnessy: no te fíes de White, en especial si te ofrece un trato.

—¿Cuándo y dónde? —preguntó Dante.

—Hay un sitio en Palisades. Es agradable y tranquilo. Podremos hablar, hacer el intercambio.

—¿Cuál es la dirección?

—Se la daremos mañana. Vuelo de vuelta por la mañana temprano. Llame a mis hombres a las nueve y ellos le dirán dónde es.

White le dio un número y colgó. Dante hizo lo mismo y

miró el marcador metálico del teléfono. Mañana tenía que reunirse con White en un sitio dispuesto por él, un sitio donde White tenía todas las ventajas. Dante seguiría los pasos de Riccardo, marchando hacia su propia muerte, ¿pero qué otra elección tenía? Estaba pasando por alto la posibilidad de salvarse a sí mismo, pero quizá, gracias a un milagro, pudiera ser capaz de salvar a Loretta. O quizá, como había dicho Ida, no estaba pensando del modo adecuado.

Volvió a la barra y pidió otra cerveza. Por algún motivo, sus pensamientos le llevaron al valle de Napa, el viñedo, aquellas ondulantes colinas verdes, aquel cielo sin límites. Ahora se daba cuenta de que por algún motivo siempre tuvo la sensación de que era un sueño imposible… porque, exactamente igual que a su familia, él tenía la sensación de que no lo merecía. Solo ahora, cuando las circunstancias le obligaban a renunciar a todo, se daba cuenta de verdad de lo necio que había sido.

El barman puso la cerveza de Dante en la barra. Este dio un sorbo, miró al perro.

—Felices Pascuas —dijo.

62

IDA ANDUVO HACIA EL norte por Olive Street al oeste de la Tercera. Las piernas todavía le dolían de lo que había corrido la noche anterior, y aún tenía las muñecas resentidas de cuando tropezó. Pero las molestias parecían procedentes, justificadas. Dejó que Dante la engañara y ahora él iba camino de una trampa de la que probablemente no escaparía. Cuando ella se dio cuenta que se había marchado, sintió furia, luego estupidez, luego un aguijonazo de agitación que no podía contener. Necesitaba salir y aclarar la cabeza, así que despertó a Kerry y le dijo que iba comprar algo de comer. Suponía un riesgo, pero pequeño. Faron no sabía dónde estaban escondidas, y aunque lo supiera, estaría ocupado buscando a Bud Williams, huyendo de la policía, o quizá ya hubiera dejado la ciudad. Ida podía correr el riesgo de desplazarse hasta una tienda de comida preparada del barrio.

Mientras caminaba, apreciaba la pobreza de Bunker Hill, su honradez, el modo en que su aspecto destartalado encajaba con la confusión que ella sentía en su interior. Sin embargo, cuanto más andaba, más consciente era de lo poco que quedaba del antiguo vecindario, cuántas pensiones baratas y bares habían sido derribados para construir edificios de oficinas y enormes y estériles aparcamientos. Los sitios en los que habían vivido pobres, destruidos para que los ricos pudieran tener plaza de aparcamiento.

Aunque era Navidad los adornos escaseaban, todo parecía carente de vida y vacío. Walter había señalado una vez que el vacío de Los Ángeles se debía a que era una ciudad de sueños, y que los sueños, inmateriales por definición, solo podían existir en un vacío. Ida apreciaba ese vacío ahora, el espacio donde existiría un sueño, echando en falta el mundo de su alrededor, y también el de su propio interior.

Encontró una tienda de comida preparada, entró y pidió sándwiches para ella y Kerry. Mientras el hombre del mostrador los hacía, Ida volvió a pensar en su conversación con Louis sobre legados. Puede que solo fuera algo natural que las alternativas llegaran y se fueran. Si no eran viables, morían; si eran demasiado viables entraban a formar parte de la cultura dominante y, de ese modo, también acababan muriendo. Puede que la cuestión fuera que hubiese alternativas. Siempre. Pero tal y como iban las cosas, Ida se preguntó si no se estaban muriendo lentamente todas: el jazz, las agencias de detectives, las comunidades como Bunker Hill. Quizá eso es lo que eran todas las revoluciones sociales y políticas de su entorno: el último intento inútil de detener un proceso de homogenización inevitable.

—Señora —oyó decir a una voz.

Alzó la mirada y vio al hombre del mostrador ofreciéndole su comida.

EN EL CAMINO DE VUELTA SUS pensamientos daban vueltas en torno a Dante, esperando que todavía pudiera salir adelante. Luego pensó en Faron, que estaba en algún sitio ahí fuera, escabulléndose de la policía. A lo mejor ya había terminado su misión y estaba volando de vuelta a Camboya para continuar allí su trabajo con el gobierno.

Cuando Ida se encontró por primera vez con él en Nueva York tantos años atrás, la CIA acababa de crearse, surgida de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial. A Ida le habían ofrecido trabajo en los comienzos de la agencia y consideró seriamente aceptarlo. Veinte años después resultó que era a Faron a quien le habían dado trabajo. No a Ida, la investigadora concienzuda, sino a Faron, el asesino psicópata. ¿Cómo era posible que la misión de la Agencia se hubiera corrompido tanto en solo un par de décadas? En cierto sentido, Faron y la CIA se adaptaban perfectamente, por el modo en que trabajaban ambos en la sombra e infundían miedo, como una especie de vudú, el mismo vudú magnético que había supuesto una sombra para Ida durante la mayor parte de su vida. Ahora estaba segura de que no habría justicia para

Stevie, Feinberg, Hennessy y las víctimas del Matarife Nocturno.

Había sido una idiota al creer que podría renunciar a su retiro. A cada paso echaba a perder la investigación, hacía las elecciones equivocadas, se confundía con las pruebas y los testigos. Y luego, por si fuera poco, Dante la había engañado. A ella que siempre se había sentido orgullosa por ser perspicaz. Pero ahora todo se había ralentizado, y lo mismo que Louis aceptaba que ya no podía tocar la trompeta, quizá ella tuviera que aceptar esas limitaciones.

Mañana llevaría en coche a Kerry al aeropuerto y esta regresaría a Vietnam y buscaría un modo de encontrar la muerte, porque Ida ahora estaba segura de que eso era lo que quería Kerry, fuera o no consciente de ello. Igual que Ida había tomado la mala decisión de vender la agencia después de que hubiera muerto Sebastián, Kerry utilizaría la muerte de Stevie como excusa para volver a Vietnam, para ser enterrada en la tumba de una familia ya muerta, negando la oportunidad de crear una nueva aquí en Los Ángeles.

Ida asistiría el entierro de Stevie, y puede que también al de Dante. Y luego, habiendo fracasado por completo, todo volvería a la normalidad. Ella miraría por encima del hombro para comprobar si la estaban siguiendo durante los meses siguientes, ¿pero ahora de qué tenía que estar asustada? No había nada que le amenazase. Al perder de un modo tan absoluto, su propia seguridad estaba garantizada. Y el mundo seguiría siendo dirigido por tramposos y matones. ¿Cómo podría alguien luchar contra un egoísmo siempre triunfante? Clarke había vendido su agencia a la Pinkerton. White había vendido a la Oficina Federal de Estupefacientes. Las autoridades de Vacaville habían vendido a sus reclusos. La CIA había vendido a su propio país. Pero entonces Ida se dio cuenta con cierta amargura de que ella también había vendido algo: no era solo culpa de Clarke que su agencia hubiera terminado en manos de la Pinkerton.

CUANDO VOLVIÓ AL APARTAMENTO, vio que Kerry se había quedado dormida otra vez, ahora todavía agarrando su café,

con la televisión todavía emitiendo noticias. Ida le quitó la taza de la mano a Kerry y se quedó un momento viendo las noticias. El nombre de Faron todavía no se mencionaba, y nadie relacionaba el tiroteo con el Matarife Nocturno. Se preguntó qué sería peor para la policía: tener dos circos violentos actuando simultáneamente en la ciudad o que la gente se enterara de que en realidad todo pertenecía al mismo circo.

Ida fue a la cocina y se sirvió un bourbon. Estaba demasiado abatida para comer lo que había traído. Trastornada por Faron, triste por Kerry, ansiosa por Dante. Volvió a la sala de estar, zapeó los canales y se detuvo en la NBC, donde Steve Allen animaba a ver su *Programa Especial de Navidades,* recordando a los telespectadores que Louis Armstrong y un invitado misterioso intervendrían más tarde.

Ida se sentó y contempló el programa, dando tragos a su bourbon. Se volvió para mirar a Kerry, las cicatrices que le recorrían la cara. Pensó en la impresión que le había causado la chica cuando se encontró con ella por primera vez a la puerta de su cabina, temerosa e insegura. Justo como Ida había estado cincuenta años antes en Chicago el día que conoció a Michael y él decidió tomarla bajo su protección. Había nevado y ella temblaba con su ropa, apropiada para el sur pero nada adecuada para su nueva residencia en el norte.

—Bien, Ida, veremos de qué eres capaz —había dicho Michael, y sus palabras la habían calentado bajo aquellos fríos cielos blancos.

Cuánto echaba de menos a Michael, incluso después de tantos años. ¿Por qué ella no había contribuido a la formación de otro detective como había hecho él? A ella le había pasado la antorcha Michael, al que a su vez se la había pasado su propio instructor, Luca. ¿Por qué ella no había continuado la cadena, transmitiendo la luz en la oscuridad? Aquello era lo que más lamentaba de su carrera, y solo ahora se daba cuenta. Michael le había enseñado a usar unas facultades que ella no había conseguido transmitir y ahora el mundo las perdía. Y ese era el fracaso que más le dolía.

63

Louis estaba sentado en el camerino del Playhouse de Steve Allen matando el tiempo hasta que empezara el espectáculo. Pensó en todas las horas que había pasado en habitaciones vacías como aquella, esperando para actuar; en todas las noches pasadas en autobuses, trenes y aviones; en la frecuente y prolongada soledad de la vida de un músico de jazz. ¿Había merecido la pena?

Se abrió la puerta y Steve Allen entró con otra persona: un hombre blanco, alto y esquelético que Louis reconoció vagamente. Estaba encorvado y mostraba una actitud avergonzada. Llevaba el pelo desgreñado y tenía los ojos vidriosos y la piel desconcertantemente pálida. Fuera quien fuese, parecía moribundo y fuera de sí debido a la droga.

—Louis, conoces a Chet, ¿no? —dijo Steve, haciendo un gesto hacia el hombre que tenía detrás.

Y entonces se dio cuenta. Era Chet Baker. El trompetista y cantante. La mayor estrella del jazz sobre el planeta de la década de 1950. La mezcla perfecta de talento, presencia y blancura hasta que sucumbió debido a las drogas, el dinero y problemas legales. Corrían rumores de que había muerto. Pero allí estaba, vivo, aunque difícilmente reconocible.

Louis se levantó y sonrió con esfuerzo.

—Sí, claro. Chet. ¿Cómo te va?

Louis tendió la mano y Chet la estrechó, fría y húmeda, sin apenas establecer contacto visual.

—Chet actúa esta noche —explicó Steve—. Él es el músico misterioso invitado.

Louis hizo todo lo posible por no oponerse. No parecía que Chet estuviese en condiciones de tocar. Necesitaba una cama, algo de sopa, un médico que le ayudara a dejar la droga.

—Chet Baker y Louis Armstrong en el mismo programa —

dijo Louis, volviéndose hacia Steve—. Vas a envenenar al público a base de trompetas.

Steve se rio. Chet lo hizo entre dientes.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvimos juntos? —preguntó Chet con su característico balbuceo.

—En algún festival de jazz hace muchos años —contestó Louis—. En Francia quizá. ¿O Canadá?

Hiciera el tiempo que hiciese, Chet había envejecido a triple velocidad. Los ojos de Louis recorrieron la habitación. Lo mismo que en el vestíbulo, las paredes estaban atiborradas de un mar gris de fotografías. Casi seguro que aquella era de Chet, probablemente una foto de solo diez años antes, aunque parecía de otra persona. Pelo castaño brillante, profundos ojos pardos, las mejillas angulosas tan altas que uno podría saltar desde ellas y matarse. Aquella belleza todavía estaba allí, en el hombre que era ahora, pero echada a perder, degradada. Como si Chet fuera el esqueleto con mejor aspecto que Louis hubiera visto nunca.

—Yo creo que fue en Italia, allá en los cincuenta —dijo Chet —. Antes de que me deportaran.

Louis asintió, recordando alguna noticia sobre Chet encarcelado en Italia, un escándalo que implicaba a una heredera, o a una princesa.

Siguieron charlando. Steve contó un par de chistes, luego les dio una palmada en la espada a los dos y salió de la habitación. Louis no perdía de vista el estuche de su instrumento en el rincón.

—Falta un poco para que empiece el programa —dijo—. ¿Quieres tomar un poco de aire fresco?

DIEZ MINUTOS DESPUÉS ESTABAN en la terraza del estudio, Louis con un porro encendido. La noche había teñido la ciudad de un azul nebuloso. Luces muy pequeñas titilaban aquí y allá, como si Los Ángeles fuera un lago salpicado de estrellas caídas.

—No creía que siguieras tocando —dijo Louis.

—No lo hacía. Lo dejé durante un tiempo, me dediqué a otras cosas, chapuzas, sirviendo gasolina. Pero ahora estoy retomándolo. He hecho varias actuaciones con algunas bandas

de mariachis.

—Dios santo, Chet.

—Ya. Ya sé. Pero tengo que comer.

Louis dudó si debería ofrecer el porro a Chet. Si era uno de esos músicos que utilizaban el costo para calmarse antes de una actuación, o si eso los hacía tocar peor. Louis se desentendió de la decisión cuando Chet sacó un paquete de Luckies y encendió uno.

Mientras fumaba, Chet le contó a Louis que un par de años antes le habían destrozado la boca durante una compra de droga que salió mal en el Fillmore District de San Francisco. Fue lo último que necesitaban sus dientes, ya debilitados por años de abuso de la heroína. Ahora estaba intentando relanzar su carrera con una dentadura nueva y la metadona que le recetaban, tratando de tocar con unos dientes falsos y un agudo dolor.

A Louis le gustaría saber hasta qué punto su historia de redención era cierta. Si algo sabía de los yonquis es que eran especialistas en chantaje emocional, pero podría asegurar que la parte sobre el dolor de Chet era auténtica. Estaba grabada en los estragos de su cara.

—Joder, Chet —dijo Louis—. Eso es duro. Eso es realmente duro.

Chet asintió. Louis pensó en Bunk Johnson, uno de los pioneros de la música de jazz, que terminó en una carreta de azúcar en Luisiana y le mandó una carta suplicando dinero para que le arreglaran los dientes y volver a retomar su carrera.

Se quedaron en silencio y miraron el paisaje. Las calles parecían fantasmagóricas en la oscuridad. En el nebuloso cielo unas luces parpadeaban en dirección a Malibú. El reloj gigante de lo alto del Hollywood Ranch Market hacía girar el tiempo hacia atrás. Louis notó el viento del desierto en la cara.

—Noche con Santa Ana —dijo Chet—. Se puede notar el sabor. Todo Malibú está ardiendo. Dijeron por la radio que ya habían muerto tres bomberos.

Louis asintió. Había visto la noticia en la televisión mientras tomaba su cena de Navidad en el Marmont: muros de llamas,

helicópteros, aviones soltando líquido ignífugo rosa sobre las colinas.

—Pobres, qué putada —dijo Louis.

—Al menos murieron luchando por algo. —Chet se encogió de hombros—. Este mundo es maravilloso, tío. Alegra que haya gente luchando por salvarlo, ya sabes.

Dio la última calada a su cigarrillo y lo tiró por encima del borde del edificio. Louis vio su luz surcando la oscuridad.

VEINTE MINUTOS DESPUÉS LOUIS entró en el estruendo del estudio, cuyas luces brillantes resplandecían produciendo un calor que aturdía. Habían decorado el plató con un árbol de Navidad gigantesco, espumillón y cañas de azúcar sujetas por todas las paredes. En la mesa de despacho de Steve había un cuenco con ponche de aspecto sospechoso. El propio Steve estaba sentado detrás de su mesa con varios de los álbumes más recientes de Chet en la mano que habían pasado sin pena ni gloria. Tras asegurarle al público que deberían hacerse con ellos, Steve presentó a Chet y las cámaras giraron hasta este, sentado sobre un alto taburete con la orquesta de Donn Trenner detrás de él.

Louis miraba desde un lateral, rezando para que Chet no hiciera el ridículo. Tenía los ojos vidriosos y parecía desganado. Pero uno no podía fiarse solo del aspecto. Louis había visto a muchos músicos de jazz en un letargo producido por la droga, en un adormecimiento alcohólico, en las profundidades de la locura, subir al escenario e interpretar la música más inspirada. Puede que Chet fuera uno de ellos.

Chet murmuró algo y entonces la orquesta inició los primeros compases de «My Funny Valentine». Era un tema asociado a él, pero una elección rara para un programa especial de Navidad. Chet se llevó la trompeta a los labios y Louis se estremeció de preocupación. Las primeras notas salieron bien, y Chet pareció mejorar conforme tocaba. Pero el aspecto de su cara contaba una historia distinta: cuánto dolor le estaba costando estar allí.

Aquello le estaba matando.

¿Por qué no dejaba la trompeta? ¿Por qué no se limitaba a cantar? Seguramente todavía era capaz de cantar. ¿Por qué

estaba tan obsesionado con tocar la trompeta a expensas de todo lo demás?

Y entonces una dolorosa revelación recorrió de modo ardiente a Louis al darse cuenta de que él se podría hacer las mismas preguntas.

La canción terminó, el público aplaudió y Chet se levantó y se dirigió a los laterales.

—¿Qué tal he estado? —preguntó a Louis.

—Bien, Chet. Bien de verdad.

Chet pareció buscar en la cara de Louis alguna señal de que estaba mintiendo. Pero al final renunció a seguir haciéndolo. Louis le puso el brazo por encima el hombro.

—¿Te dolieron los piños?

Chet asintió.

—Pero sigues tocando —dijo Louis.

—Tocaré hasta que me venga abajo. ¿Qué otra cosa voy a hacer?

Louis asintió y Chet salió tambaleándose. Louis lo vio marcharse, turbado por algo que había sentido durante el encuentro, algo al ver a Chet en el escenario tocando a pesar del dolor. Algo que le hizo sentir culpabilidad, aunque no podía imaginar por qué.

Como un cuarto de hora después Louis todavía estaba aturdido uno de los ayudantes del productor le dijo que tocaría pronto. Agarró su trompeta del camerino y volvió a los laterales del plató. Mientras esperaba que Steve lo presentase, de pronto se dio cuenta de por qué había sentido culpabilidad. No era solo por ver a Chet en el escenario, sino por su conversación en la terraza, por aquellos bomberos muriendo. Mientras Louis estaba fumando porros y tocando en la televisión, el mundo estaba en llamas y había personas que se jugaban la vida para evitarlo. Y no solo los bomberos, también personas como Ida.

Steve dijo algo, las cámaras giraron en dirección a Louis y el público se volvió, estallando en entusiastas aplausos. Louis salió al escenario, bajo las deslumbrantes luces. Ocupó su puesto delante de la orquesta. Los músicos esperaron que él hiciera la señal con la cabeza para así lanzarse con el comienzo

de «Mackie the Knife». Louis había tocado la canción un millón de veces en más países de los que podía recordar, pero todavía le producía latidos. La música, las luces, el aire reverberaban y brillaban con el tiempo.

Sabía lo que tenía que hacer ahora. Si él —el eterno optimista— había sido víctima del pesimismo, ¿a cuántos les pasaría también lo mismo? Si se perdía la esperanza, y también la voluntad para luchar, ¿entonces adónde iría el mundo? Lo único que Louis podía ofrecer ahora era la última canción llena de esperanza. ¿Quién era él para rechazar la llamada? Debía seguir mientras tuviera aire en los pulmones. No por sí mismo, sino por todos. Aquel era un mundo maravilloso, a pesar de todo, y sin duda merecía la pena luchar por él.

Louis hizo un gesto con la cabeza a la orquesta e iniciaron la canción.

Se llevó la trompeta a los labios y sopló.

64

DANTE PIDIÓ OTRA CERVEZA y un bourbon doble. Quería marcharse del bar lo más rápido posible —era un sitio de mierda para pasar su última noche en la tierra—, pero también quería emborracharse lo más rápido posible. Se volvió hacia el televisor del extremo de la barra que estaba sintonizado con la NBC, el *Programa Especial de Navidades de Steve Allen*. Louis Armstrong estaba interpretando «Mackie the Knife», irradiando una alegría y optimismo que Dante envidió. El barman le trajo las bebidas y los dos contemplaron la actuación, Dante dando tragos a su cerveza, el barman masticando un palillo. Armstrong llegó al final de la canción y el público gritó entusiasmado. Steve Allen aplaudió y pasó a uno de sus absurdos gags cómicos: unas escenas suyas rodadas en su jardín de Royal Oaks.

—Esta es una parte muy agradable de Los Ángeles —dijo Allen a la cámara—. Si se exceptúa a quienes viven en ella. —Levantó un rifle y disparó a su pradera. Hubo un corte rápido a material de archivo con imágenes de un antiguo wéstern: guerreros apaches a los que derribaban disparos de sus caballos a la carga. Hubo otro rápido corte de vuelta a Allen en su jardín, bajando su rifle y con su mujer entregándole un cóctel.

El barman soltó una carcajada. Dante apuró su bourbon y pidió otro.

En el televisor Allen estaba de vuelta en el estudio para presentar de nuevo a su músico invitado especial. El público aplaudió y las cámaras recorrieron el plató, dejando ver a un hombre demacrado encaramado en un taburete, trompeta en mano. El hombre murmuró que su segunda canción de aquella noche sería «Alone Together». Dante se dio cuenta de quién era el hombre: Chet Baker. Aquello resolvió un misterio intrascendente de la primera noche del caso de Dante, cuando

oyó la misma canción en la radio y se preguntó si Baker todavía estaba vivo, si había superado sus adicciones.

Dante brindó mentalmente por Baker, dio un trago a su bourbon y le escuchó tocar su solitaria y atormentada trompeta, que sonaba tan apesadumbrada como se sentía él. La canción perfecta para beber en un sórdido bar del centro la noche anterior a un ajuste de cuentas. Si es que había modo de que Dante pudiera tratar con White en la reunión de la mañana siguiente, negociar con él. Pero no se le ocurría cómo. Le habían ganado la partida los federales, lo mismo que habían hecho con Riccardo. Ganado la partida y derrotado.

Los políticos se habían remodelado siguiendo la imagen de los gánsteres, adoptando las tácticas de la Mafia de modo tan despiadado que incluso aventajaban a la propia Mafia, como si ahora ya no quedase más que un cadáver que pisotear. En su edad de oro, la Mafia se había infiltrado en la política y la había rehecho a su propia imagen. Ahora los políticos habían completado el círculo. Estafadores y delincuentes habían asumido posiciones de autoridad y cometían actos criminales mejor de lo que lo hicieron nunca los mafiosos. Hombres como Roselli habían creado accidentalmente un monstruo en el gobierno, justo como el gobierno había creado accidentalmente un monstruo en Vacaville.

En la televisión terminó «Alone Together», el público aplaudió y el programa dio paso a la publicidad. El barman cambió de canal y se detuvo en las noticias y su sangrienta ración de cuestiones actuales: Vietnam, la persecución de Faron. El Matarife Nocturno ni siquiera merecía una mención. Los desastres se aceleraban, las noticias se aceleraban aún más. Y entonces llegó un informe de Washington sobre la Oficina Federal de Estupefacientes.

Dante estaba tan obsesionado con su pesadumbre que al principio no se dio cuenta de lo que estaba contando el presentador. Cuando se percató, pidió al barman que subiera el volumen.

«…[espacio]confirmado por el Ministerio de Justicia ayer a última hora de la tarde en la última conferencia de prensa antes de Navidad del fiscal general Ramsey Clark. Antes de que

llegue el Año Nuevo la Oficina Federal de Estupefacientes será trasladada de la jurisdicción de Hacienda a la del Ministerio de Justicia. El señor Clark dijo que se había informado de la decisión al personal de la agencia, y se le ha asegurado que sus trabajos se mantendrán en el inmediato futuro, hasta que, o bien se establezca una agencia que la remplace, o bien la Oficina Federal de Estupefacientes se fusione con la Oficina Federal de Control del Consumo de Drogas o la Aduana de Estados Unidos; todos ellos planes posibles que están considerando actualmente la Casa Blanca y el Ministerio de Justicia.»

Dante miró fijamente el televisor.

La Oficina Federal de Estupefaciente se suprimía, y el anuncio quedaba enterrado en una conferencia de prensa de Navidad.

¿Era esa la razón por la que White estaba en Washington? ¿Porque se suprimía la Oficina Federal de Estupefacientes? O'Shaughnessy había dicho que eso estaba previsto, y ahora era un hecho.

Y de pronto todo adquirió sentido.

Esa era la fecha límite de Navidad.

Drazek había estado en lo cierto: no se trataba de tapar el pasado, era cuestión de despejar el camino para el futuro, para lo que vendría en lugar de la Oficina Federal de Estupefacientes. Ahora Dante comprendía por qué White había hecho todo lo posible para tapar lo de Vacaville y las rutas de la cocaína. Por qué Hennessy se había enfrentado en secreto a White. Era por eso por lo que White estaba en Washington.

Dante se rio, movió la cabeza. Y entonces se dio cuenta de algo más. Si él estaba en lo cierto, entonces quizá él pudiera algo después de todo. Aún podía echar a perder los planes de White. Podía salvar a Loretta y salvarse a sí mismo. Lo único que necesitaba era el cuerpo de Riccardo. Si conseguía encontrarlo en el poco tiempo que le quedaba.

Parte veintitrés

Infiernos

Los Angeles Times

EL DE MAYOR CIRCULACIÓN EN EL OESTE

Última edición del martes

MARTES, 26 DE DICIEMBRE DE 1967
80 PÁGINAS, DIARIO, 10c

~

NOTICIAS LOCALES

~

CASAS EVACUADAS ANTE EL PELIGRO DE INCENDIO

John Fradkin
Redacción del Times

Condado de Los Ángeles – Persistentes incendios forestales se extendieron ayer por grandes áreas de Santa Mónica, apremiando a funcionarios del Servicio Forestal de Estados Unidos y del Departamento de Incendios del condado a decretar advertencias y órdenes de evacuación. Vientos Santa Ana muy intensos han activado los incendios, que llevan ardiendo varios días, obligando a evacuaciones en Calabasas y Monte Nido.

Un avión cisterna ha arrojado unos cien mil litros de líquido ignífugo en las llamas al este de Malibú Creek, mientras que más de 100 bomberos del Servicio Forestal de Estados Unidos y el condado intentaron realizar un cortafuegos en torno al punto más activo.

Aunque varios incendios más pequeños se han mantenido bajo control al norte, grandes llamas continúan avanzando desenfrenadamente hacia el sudeste en el momento de escribir esto por los

desfiladeros y laderas cubiertos de vegetación cercanos a la costa de Malibú.

Un portavoz del Servicio Forestal apremió a los residentes a que se mantuvieran en contacto con funcionarios locales y se prepararan para futuras evacuaciones.

Pásese a la página B, col. 3.

65

DANTE ESTABA SENTADO CON el perro en lo alto de la Stunt Road y contemplaba la salida del sol que doraba el paisaje de rosa y oro. Hacia el sur, las montañas caían al océano; hacia el oeste, incendios forestales parpadeaban sobre las cimas de colinas lejanas; negras columnas de humo se alzaban en el cielo ladeadas por el viento del desierto.

Dante ya había encontrado el cuerpo, lo que fue la parte más fácil. Ahora tenía que convencer a los policías de que él no tenía nada que ver con su aparición en el barranco, y de que la documentación que él mismo había colocado en el cuerpo era auténtica, y conseguir introducir el cadáver en el sistema legal sin que White se diera cuenta de que él había intervenido. Y tenía que hacerlo todo rápidamente. La comparecencia ante el tribunal era aquella misma tarde. La reunión con White sería antes. Ya hacía horas que Dante había llamado a los policías para informar del cuerpo, y estos aún no habían aparecido.

Encontró el cuerpo donde Zullo le había dicho que lo habían tirado: «por un lado de la Stunt Road. Donde empieza el sendero al Rosas Overlook». Era un buen sitio para librarse de un cadáver. En lo alto de las montañas, en el borde de una curva en horquilla. Justo donde se bifurcaba el camino dejando un espacio amplio con los arcenes cementados para que aparcaran coches. Uno se podía detener en una plaza de aparcamiento, tirar un cuerpo por un lado, ver cómo caía entre la maleza del barranco y marcharse un momento después.

Dante oyó acercarse coches detrás de él. Se dio la vuelta y se levantó. Dos coches patrulla del Sheriff del Condado. Se abrieron las puertas y se apearon dos agentes de cada coche. Tres de ellos eran ayudantes del sheriff normales, pero uno llevaba una insignia en la manga. Todos parecían desvelados y molestos, solo una hora o dos después del final de su guardia

nocturna. El de la insignia se acercó a Dante y lo miró de arriba abajo.

—Soy el ayudante William Harris —dijo—. ¿Es usted el que llamó por lo del cuerpo?

Dante asintió. Harris volvió a mirarlo de arriba abajo.

—¿Dónde está? —preguntó.

Dante señaló el barranco.

—Ahí abajo. A unos cien metros. Puedo llevarle hasta él.

Harris echó una ojeada al barranco. Se volvió hacia Dante.

—El parte decía que usted hizo la llamada muy poco después de las cinco.

—Eso mismo.

—¿Le importa si le pregunto qué estaba haciendo en un barranco a esas horas de la noche?

—Sacando a pasear al perro.

—¿A las cinco de la mañana?

—Tiene insomnio.

Dos de los ayudantes se rieron con disimulo, algo que solo irritó más a Harris. Se volvió, los miró enfadado y se giró de nuevo.

—Muy bien, listillo. Vamos a bajar hasta allí.

Dante los condujo por el sendero, bajando la escarpada pendiente. Todo el camino estaba bordeado de álamos hasta la zanja donde yacía el cuerpo de Riccardo. Este se encontraba por lo menos a cien metros por debajo de la carretera. Imposible que Faron y White lo hubieran tirado allí; lo lanzaron más arriba del barranco y coyotes o pumas lo habían arrastrado más abajo. Estaba lleno de mordeduras de animal, le faltaba la mitad de la cara, los ojos habían desaparecido y las entrañas estaban desparramadas alrededor.

Los ayudantes del sheriff formaron un círculo en torno al cuerpo y lo examinaron. Los últimos lamentables restos de Riccardo Licata.

—Lleva aquí bastante tiempo —dijo uno de los ayudantes.

Harris buscó entre la ropa de Riccardo y sacó una cartera. Era la cartera del propio Dante, limpiada y dispuesta para que pareciera la de Riccardo. Dante había ido en coche a la oficina de Riccardo la noche anterior y se había apoderado de objetos

que pudiera poner en el cuerpo de Riccardo: tarjetas de visita, tarjetas de crédito, recibos, fotos, cualquier cosa que ayudara a una identificación rápida, algo que pudiera incriminar a White. Luego Dante había pasado rápidamente por un supermercado de Santa Mónica abierto las veinticuatro horas para conseguir una linterna, pilas, una polaroid, un ejemplar del *Times* y un plano de los senderos.

—Riccardo Licata —dijo Harris, leyendo las tarjetas de visita—. Bueno, ha sido una identificación fácil.

Alzó la vista con una expresión acusadora hacia Dante. Este se encogió de hombros.

—Así que es aquí adonde trae de paseo a su perro en plena noche, ¿eh?

—Le llevaba por ese sendero de ahí arriba. —Dante señaló un sendero del extremo más alejado del barranco—. El perro bajó corriendo hasta aquí y ladró. Supongo que percibió el olor del cuerpo. Lo seguí. Lo encontré. Llamé. Soy un ciudadano responsable.

Harris le volvió a mirar irritado. La historia era absurda, pero le proporcionaría algo de tiempo a Dante. Lo cierto era que Dante había pasado horas buscando en la zona que quedaba justo debajo de las plazas de aparcamiento. Estar allí en el barranco durante tanto tiempo le permitió empezar a ver cosas: la dentada oscuridad despojándose de sus capas, colores del arcoíris atravesando la noche. Notaba la naturaleza en estado salvaje a su alrededor. Su inmensidad. La vida que contenía. Los animales que le vigilaban. O puede que otra cosa: una presencia, brillando en la noche, en el aire acumulado en aquel sitio intemporal, un depósito oscuro de algo cuya naturaleza Dante no podía comprender, ni siquiera aunque tuviera unas cuantas vidas para considerarlo.

Cuando al fin el rayo de luz de su linterna iluminó el cuerpo de Riccardo poco después de las cuatro, Dante comprobó que era de verdad Riccardo y entonces puso la cartera, estiró el ejemplar del *Times* junto a la cara de Riccardo y sacó unas cuantas polaroid. Luego tomó nota del lugar, subió por el barranco y condujo hasta la carretera para llamar a los policías.

—Muy bien —dijo Harris, volviéndose hacia sus hombres—. Vuelvan todos a subir hasta los coches y llamen. Yo me quedaré aquí con el señor…

—Sanfelippo —dijo Dante.

Los hombres de Harris fruncieron el ceño, pues la orden les resultó extraña, pero asintieron, dirigiéndose ladera arriba. Harris les siguió con la vista mientras se alejaban y Dante fue consciente de lo que vendría ahora.

Cuando los ayudantes del sherriff estuvieron fuera del alcance del oído, Harris se volvió hacia Dante.

—Muy bien, vaquero. Empiece a hablar. Sé quiénes son los Licata y me he fijado en que usted también tiene un apellido italiano. Así que no me venga con esa mierda de que estaba sacando de paseo a su perro. ¿Es usted un cazarrecompensas?

Dante pensó en mentir, pero el hecho de que Harrris hubiera mandado marcharse a sus hombres para poder discutir la cuestión sugería que estaba dispuesto a un soborno, y quería que Dante lo supiera.

—Algo por el estilo —dijo Dante.

—Bien, ¿quiere darme los detalles o necesito detenerle y ficharle?

—El cuerpo es el del hijo de Nick Licata. Estaba en libertad condicional gracias a medio millón pagado por Nick. El chico desapareció. Nick me pidió que lo encontrara.

—¿Y usted debe recuperar la fianza?

—No, yo soy amigo de la familia. Pero recibiré una cantidad si lo encuentro. El problema es que el chico tendría que comparecer ante el tribunal hoy y sé que no puedo conseguir un certificado de defunción con tanta rapidez. Pero si un miembro de las fuerzas policiales me pudiera dar un documento para entregárselo al juez que certifique que ha sido hallado un cuerpo que probablemente sea el del acusado, el juez podría posponer la fecha de la comparecencia ante el tribunal, y yo conseguiría esa cantidad. Y es una cantidad sustancial.

Harris le miró y luego soltó una risita.

—¿Y cuánto de esa cantidad estaría dispuesto a compartir usted?

66

IDA ESTABA SENTADA EN un banco del exterior de la agencia Hertz del aeropuerto mientras Kerry entraba para devolver el Cutlass alquilado. Después de que despertaran aquella mañana, Ida había tratado una vez más de convencer a la chica de que no volviese a Vietnam, pero sin conseguir nada. ¿Con qué contaba Ida para convencerla de que se quedase? ¿La oferta de trabajo? ¿Una nueva oportunidad? ¿El entierro de Stevie? Kerry había decidido que no era suficiente. Según ella, el mejor modo de demostrar que quería a su hermano muerto era volver a Vietnam a morir.

Así que Kerry había llamado al cuartel de la Fuerza Aérea de Los Ángeles y luego a la base de la Fuerza Aérea de Travis, intentando que transmitieran un mensaje a su capitán en Vietnam para explicar por qué se retrasaba su regreso y ver si podía arreglar un viaje de vuelta. Luego llamó a la compañía aérea Baniff y reservó un pasaje hasta Sacramento. Desde allí a Travis y Vietnam. Kerry había pedido a Ida que se ocupara de las dos armas que había comprado en la ciudad y luego había tratado de devolverle el ejemplar del manual que aquella había escrito.

—No conseguí leer mucho de él —había dicho Kerry—. Pero era bueno. Interesante.

—Quédatelo —había dicho Ida—. Mantengo lo que dije sobre que serías una buena investigadora. Considera que la oferta sigue abierta. En cualquier momento que quieras volver, veré cómo te puedo ayudar.

—Gracias, pero sé lo que tengo que hacer.

Ida le daba vueltas mentalmente a eso mientras esperaba en el banco frente a la agencia Hertz. Contempló los aviones que pasaban volando por encima y se preguntó si Faron podría ir en alguno de ellos. Miraba los coches que llegaban y se iban de

los interminables aparcamientos que rodeaban el aeropuerto. En la carretera que llevaba al Century Boulevard había un cartel gigantesco dando la bienvenida a la ciudad, el mismo anuncio que colgaba sobre el terreno del motel Wigwam, mostrando cuidadas imágenes de Los Ángeles y debajo el eslogan municipal: «¡Todo eso pasa a la vez en Los Ángeles!».

Ida lo miró con los ojos entrecerrados. Eso no pasaba a la vez en Los Ángeles. Nunca pasó. Era una ciudad diseñada para permitir cualquier oportunidad por separado. Ida examinó las imágenes dispersas por el anuncio: naranjos, playas, el cartel de Hollywood, el Teatro Chino de Grauman, una pareja a caballo, alguien haciendo surf, algunas torres petrolíferas de aspecto agradable al fondo.

Las imágenes parecían una marca de Los Ángeles, la automitificación de la ciudad, y por medio del mito, que se hacía real, volvía a caer en el mito una vez más. Como una serpiente que se muerde la cola.

Kerry salió de la agencia Hertz.

—Los cabrones me han cobrado veinte pavos por la ventanilla rota.

Ida asintió, en realidad sin escuchar, con sus ojos todavía clavados en el cartel. Algo en él atraía su atención.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Kerry.

—Hay algo en ese cartel.

—Es el mismo que estaba encima de mi motel.

—Ya, lo sé.

Ida continuó mirándolo fijamente. Tenía la sensación de que las imágenes se relacionaban de algún modo con el caso, que si descifraba su código, lo podría resolver, pero no era capaz de entender cómo. Se dio cuenta de que era la pareja que montaba a caballo lo que le perturbaba. Parecía incluso más falsa que el resto del cartel. Aquella antigua California de las películas de vaqueros. El mismo mito amañado del pionero que había utilizado el gobernador Reagan para ser elegido. Ida pensó en su conversación con Louis, lo que este contó del gobernador y el trato corrupto en el que había estado implicado para su rancho ecuestre, sus relaciones con el crimen organizado, la opinión de Louis de que todos ellos

estaban atrapados en la misma red.

Sacudió la cabeza. Solo era que su mente envejecida divagaba. Se levantó del banco y ella y Kerry se dirigieron hacia los edificios del aeropuerto.

Pero solo dieron un par de pasos antes de que Ida se detuviera de nuevo.

Los jinetes.

El rancho.

Y entonces la comprensión le inundó, como una presa que hubiera reventado.

—¿Qué pasa? —preguntó Kerry.

—Bud Williams le contó a su abuela que estaba escondido en un rancho —dijo Ida.

—Claro. —Kerry se encogió de hombros—. El mismo rancho donde Faron mató a Cooper.

Ida negó con la cabeza.

—Bud le contó a su abuela que era un rancho ecuestre.

—¿Y?

—Ya viste el rancho de Cooper. Allí no había caballos. Los establos se habían derrumbado hacía años. Dimos por supuesto que se trataba del mismo rancho.

—Entonces Bud se lo inventó.

—No. Él estaba en un sitio donde había jinetes y yo sé dónde era. La casa de Hennessy en Malibú.

—¿Su escondite?

Ida asintió.

—Drazek dijo que estaba junto al antiguo rancho ecuestre del gobernador —explicó—. Que Hennessy escondía pruebas allí. Bien, ¿y si una de las pruebas era una persona?

—Bud Willliams —murmuró Kerry, ahora entendiéndolo.

—Hennessy tenía a Stevie de testigo —dijo Ida—. ¿Por qué no también a Bud Williams? Eso explica por qué Bud le contó a su abuela que estaba en el rancho con amigos de la cárcel. Stevie y Hennessy.

Se miraron.

—Está allí —dijo Ida—. Hennessy está muerto. El sitio está vacío. Debe de haber vuelto allí para esconderse después de matar a la bibliotecaria. Estoy segura de ello. ¿Dónde si no

podría haber ido con la policía buscándole? Puede que esto no esté terminado del todo. A lo mejor todavía podemos encontrarlo. Si quieres venir conmigo, claro. En lugar de coger ese avión.

—¿Quieres que vaya a Malibú? —preguntó Kerry—. ¿Ahora?

—Claro, ¿por qué no?

—Ya has visto las noticias, Ida. Toda la zona está en llamas. La están evacuando.

Espoleado por la idea que se le había ocurrido, Ida no había tenido en cuenta los incendios forestales. Sintió un escalofrío de miedo, el mismo miedo que le había hecho cometer tantos errores recientemente, el mismo miedo al que ahora sabía que se tenía que enfrentar. ¿Qué mejor modo que metiéndose en un infierno?

—Bueno —dijo—. Habrá poco tráfico.

67

CUANDO DANTE HUBO TERMINADO con los ayudantes del sheriff, llamó a Nick Licata y le dio la noticia. Si a Nick le afectó enterarse de que su hijo estaba muerto, no lo demostró. Lo pasó por alto y habló de negocios. Dante le dio los detalles, la información que su abogado ofrecería al tribunal, la cuantía del soborno al ayudante del sheriff. Licata le dijo a Dante que dejarían para más tarde el encuentro. Dante estuvo de acuerdo, haciendo como que para entonces aún estaría vivo. Colgó y llamó al número que le había dado White.

—Encontramos a DeVeaux —dijo una voz al otro lado—. Tenemos a su mujer. Venga.

La voz le dio una dirección. Dante tomó nota de ella y colgó. Llamó a O'Shaughnessy y puso en acción su plan B. Solo cuando le estaba dando la dirección a O'Shaughnessy se dio cuenta de que era el mismo sitio donde había empezado todo esto: la mansión de Pacific Palisades donde se celebraba la fiesta junto a la piscina, donde él había hablado con Licata y Roselli. Su mente retrocedió fulgurante hasta Zullo en la terraza, contándole que era la casa de una estrella del pop, hasta Zullo presumiendo de que él estaba extorsionando al tipo. Y ahora Zullo estaba muerto, White había heredado la extorsión y Dante cerraría el círculo.

UNA HORA DESPUÉS SE DETUVO en las puertas exteriores de la mansión, que ya estaban abiertas. Todo estaba tranquilo y en silencio. La mansión era enorme, alejada de sus vecinas, aislada. Un buen sitio para matar a alguien y que nadie se enterara. Un buen sitio para que las cosas fueran mal y se produjera un baño de sangre.

Un avión contra incendios pasó volando y desbarató la

sobrecogedora quietud, originando un estruendo en dirección a los incendios forestales de Malibú. Dante contempló cómo se alejaba. Comprobó la hora en su reloj. Condujo subiendo por el camino de entrada.

Cuando llegó a la casa vio a dos hombres parados junto a las puertas. Eran los dos mismos agentes federales con los que estuvo el día antes en el cuartel general de la Oficina de Estupefacientes: Schodt y McKinney.

Dante apagó el motor del Thunderbird y acarició al perro.

—Hasta luego, colega —dijo.

Se apeó, anduvo hacia los hombres y vio que tenían los mismos ojos vidriosos que el día anterior, el mismo brillo de sudor frío. Estaban colocados una vez más con los estupefacientes que supuestamente se dedicaban a erradicar. Dante se preguntó si estarían sobrios en algún momento.

Schodt hizo un gesto. Dante alzó los brazos y McKinney lo cacheó. Había dejado su Colt y el fusil en el Thunderbird, sabiendo que no tenía sentido intentar llevar armas encima. Cuando McKinney terminó, Schodt abrió la puerta e indicó a Dante que entrara.

—Está ahí fuera —dijo Schodt.

Pasaron al vestíbulo. Esta vez, sin gente, parecía un espacio incluso mayor, y estaba mortalmente silencioso salvo por el eco de sus pisadas. Cruzaron el salón y las puertas abiertas de la terraza con la piscina y las vistas del millón de dólares; allí estaban la ciudad, el océano, el humo en el aire de Malibú, que teñía el cielo de un color sepia. Y allí, sentada en una silla de jardín de hierro forjado justo delante de la casa de la piscina, estaba la gigantesca imagen del agente Henry White. Superaba con mucho el uno ochenta, y era completamente calvo, ancho de hombros, macizo; su cuerpo grueso desbordaba los lados de la silla.

Sonrió cuando vio a Dante.

—Señor Sanfelippo. Tome asiento.

Dante se sentó en una silla enfrente de White, mientras Schodt y McKinney se sentaban detrás de él, acorralándole. Dante examinó a White. Tenía los mismos ojos vidriosos que los dos hombres, daba la misma sensación de que estaba

pasado de alcohol y drogas, pero al mismo también de un control aterrador.

—He oído hablar mucho de usted —dijo White—. Dante el Caballero, ¿no es así? Es usted muy famoso.

—Llevo años sin serlo. ¿Dónde está mi mujer?

—Está aquí. Está a salvo.

—Quiero verla.

—Todavía no.

—Quiero verla.

White enarcó sus exiguas cejas.

—Vamos a hacer esto cordialmente, ¿de acuerdo? Como le dije ayer por teléfono, se suponía que esto no iba a pasar. Lo que hizo DeVeaux fue un error. Lo tratamos con él y vamos a devolverle a su mujer. Ahora solo necesitamos tratar las implicaciones y usted será libre de irse.

White levantó las manos, como si todo fuera así de sencillo. Dante frunció el ceño. White estaba tratando de ganar tiempo. Sus hombres ya podían haber estrangulado a Dante con un cable en el cuello. Podían haberle arrastrado hasta la piscina y ahogarle. Podían haberle pegado un tiro en la cabeza. Solo existía una razón para que no lo hubieran hecho: White quería información. Quería saber cuánto había descubierto Dante, quién se lo había contado, hasta qué punto estaban ellos comprometidos. Eso significaba que a él todavía le quedaba algo de tiempo. Tiempo para que las cosas se pusieran a su favor. Tiempo para que apareciese O'Shaughnessy. Dante echó un vistazo a la casa de la piscina, a la pared de la terraza un poco más allá, al terraplén que caía hacia la carretera de abajo. Ningún movimiento. Ninguna señal de O'Shaughnessy. Puede que se estuviera retrasando. Puede que no viniera. Puede que si el plan original de Dante fallase, no hubiera otro para sustituirlo.

—¿Estaba usted presente cuando murió Zullo? —preguntó White.

Dante se volvió para mirarle. Esa era la razón por la que ganaba tiempo: quería información sobre Zullo, cuánto había revelado antes de su muerte, el alcance de la filtración.

—Estaba allí —dijo Dante.

—¿Y qué le contó?

—No mucho. Estaba moribundo. Yo mismo deduje la mayor parte cuando vi la información de que se cerraba la Oficina Federal de Estupefacientes. Fue eso lo que lo encajó todo. Fue eso lo que hizo que me diera cuenta de que usted estaba por medio.

—¿Oh? ¿Y qué fue eso? —dijo White, volviendo a enarcar las cejas.

El gesto intentaba resultar despreocupado, expresar sorpresa, introducir un giro complaciente en los acontecimientos. Pero Dante vio oculta debajo de él cierta intranquilidad. Él podría utilizar esa intranquilidad, ese temor, para que White continuara hablando. Quizá el hecho de que White estuviese colocado podría también contribuir a ello.

—Usted ha estado intentando hundir a la Oficina Federal de Estupefacientes —dijo Dante—. Algo de eso nunca encajó del todo… yo creía que eran agentes corruptos de la CIA los que surtían a Riccardo, desviando coca del triángulo de la muerte. Pero eso nunca cuadraba. Y entonces, cuando escuché aquella información sobre que se cerraba la Oficina Federal, comprendí por qué… yo estaba completamente equivocado. No eran agentes corruptos. Era la política oficial de la CIA. La Agencia estaba proporcionando la coca deliberadamente.

—Esa es una afirmación muy audaz —dijo White.

—Pero tiene sentido. En especial cuando uno piensa en el triángulo, en lo ineficaz que es. La cocaína va desde Latinoamérica hasta Europa, desde allí la heroína va a Estados Unidos, desde donde vuelve en forma de armas a Latinoamérica. Es un círculo perfecto. Es algo hermoso. Pero, como dije, es ineficaz.

—¿Y eso por qué?

—Porque se podría mandar la cocaína directamente desde Latinoamérica hasta Estados Unidos sin más. Suprimir la rama europea. Suprimir el paso intermedio de la cocaína. Se podría convertir en un comercio directo… coca de Sudamérica por armas estadounidenses. El único problema es que en Estados Unidos no hay mercado para la cocaína. No lo ha habido desde la década de los años treinta, así que ¿cómo se vendería aquí?

Dante pensó en la coca del coche de Riccardo, en los chicos pegándole a la coca en la fiesta de la piscina, en Zullo y su nariz húmeda, en la broma sobre que toda la industria de la música estaba basada en la droga, en O'Shaughnessy diciendo que cada vez detenían a más traficantes de coca.

—Pero se puede *desarrollar* un mercado aquí, en Estados Unidos —dijo Dante—. Igual que se desarrolló en la década de los treinta un mercado para la heroína. *Se crea* el mercado, y de pronto es mucho más fácil. Sin ir a Europa para intercambiar heroína por cocaína. El triángulo se convierte en una simple línea recta. Es más elegante, más sólido y más barato.

Dante miró a White, que no pudo evitar una sonrisa. Él había estado implicado en una estafa enorme, una estafa gigantesca, la mayor estafa en activo. Mayor que la de los mafiosos utilizando a Jimmy Hoffa para exprimir el fondo de pensiones de los camioneros. Mayor que cuando ellos utilizaron Las Vegas para estafar a Howard Hughes y arrebatarle su fortuna. Mayor incluso que cuando intentaron liquidar a Castro para así recuperar sus casinos en Cuba. ¿Pero de qué valía realizar la mayor estafa del mundo si uno no podía presumir de ello? Dante podía asegurar que White era un narcisista. Que necesitaba público. Que necesitaba tener sentado allí a Dante y contarle lo listo que era. Necesitaba personas ajenas para que se enteraran, para que se maravillaran de su audacia, de modo que pudiera revelarla.

—Solo hay un problema —continuó Dante—. La Oficina Federal de Estupefacientes. Mientras la CIA se ocupa del mundo entero estableciendo las rutas de la droga, la Oficina Federal intenta impedirlo. Dos organismos gubernamentales con jurisdicciones que chocan directamente, que luchan entre sí como si fueran familias de la Mafia en una *vendetta.* ¿Qué es lo que hace la CIA? Dejar a su rival fuera del negocio. Infiltrarse en la Oficina Federal, convertir a algunos de sus hombres en agentes dobles. Hombres como usted. Hacer que la destrocen desde dentro. Que la enreden en escándalos y reglamentos, la declaren inadecuada para el trabajo y entonces la remplacen por una agencia nueva que esté controlada de

arriba abajo por hombres de la CIA, de modo que ellos puedan continuar haciendo lo que hacen por todo el mundo. Que es exactamente lo que está pasando.

»La Oficina Federal va a morir, y en su lugar empieza a existir una nueva agencia de persecución de estupefacientes, una con personal compuesto exclusivamente de agentes dependientes de la CIA que mirarán hacia otro lado, una agencia títere que permitirá que la CIA trafique todo lo que quiera, en todas las partes que quiera. De ese modo le será más fácil tener un control total de la persecución de estupefacientes que estar batallando constantemente con la Oficina Federal.

Dante se encogió de hombros y clavó la vista en White. Para eso era para lo que, según Drazek dio a entender, Faron estaba en la ciudad: con intención de despejar el camino para algo. Estaban despejando el camino para que naciera esa agencia nueva. Estaban eliminando los esqueletos del armario de White: Riccardo, Vacaville, el Matarife Nocturno. Se estaban asegurando de que White estaba blindado antes de que se anunciara el cierre de la Oficina Federal y la agencia nueva comenzara su andadura. De ahí la fecha límite de Navidad; la fecha en que se haría público. Solo había un motivo para que llegaran a ese extremo.

—¿Qué le ofrecieron por su participación en eso? —preguntó Dante—. Detrás de todos los engorros que tuvieron que montar para dejarle limpias las cosas debe de haber un motivo de peso. Ofrecieron ponerle al frente de la nueva agencia, ¿fue eso? Usted se encargará de todas las cuestiones federales de persecución de estupefacientes, nacionales e internacionales, con la única condición de que haga la vista gorda a cualquier manejo de la CIA.

La sonrisa de White se hizo amplia, radiante, e iluminó la terraza. Dante se preguntó si él era el primero ajeno al asunto que era consciente del alcance de la estafa, si aquella era la primera vez que White había llegado a disfrutar de su propia gloria.

—Esto lleva años en marcha —dijo White—. Toda esta lucha interna. Cada vez que la Oficina Federal de Estupefacientes persigue a unos traficantes de drogas en el

mundo, interviene el Ministerio de Asuntos Exteriores y nos dice que lo dejemos, porque los traficantes de drogas son asunto de la CIA. Tailandia, Camboya, Marruecos, Mónaco, Líbano, Turquía, Grecia, prácticamente todos los países de Sudamérica. La Oficina Federal tenía las manos atadas a la espalda. Piense en todo ese desperdicio. En todo el dinero que se va por el desagüe. La CIA gasta millones en sus planes y la Oficina Federal gasta millones en contrarrestarlos. Eso no tenía sentido. Cuando la CIA se puso en contacto conmigo, su plan tenía sentido. Es lo mejor para el gobierno y el contribuyente. Todos salen ganando. Nos deshacemos de la Oficina Federal. Nos deshacemos del triángulo de la muerte. Nos deshacemos de todas las luchas internas. Eso es el futuro. Va a haber una gran afluencia de cocaína en el país y eso ayudará a nuestros amigos en Latinoamérica a luchar contra el comunismo, a consolidar la seguridad de Estados Unidos. Tenemos a los productores de Ecuador, Perú, Bolivia; tenemos a los cárteles mexicanos para que la traigan, y tenemos a nuestros amigos italianos aquí para que la distribuyan. La década de 1970 se convertirá en la era de la cocaína. El país estará bajo una tormenta de nieve. Y la maravillosa ironía de la cuestión es que todos esos que consumen drogas, todos esos progresistas, comunistas e inconformistas que usan la mercancía y son todos tan antiamericanos no se enteran de que, mientras esnifan ese polvo blanco por la nariz, están financiando a las mismas personas a las que desprecian.

La sonrisa de White se amplió todavía más, distorsionando los rasgos de su cara y convirtiendo aquellos ojos rojos vidriosos en delgados tajos. Por algún motivo aquella ironía, la de que personas que se oponían al expansionismo de Estados Unidos contribuyeran a financiarlo, le parecía la guinda del pastel.

Dante volvió a recorrer la terraza con la vista. Todo estaba inmóvil, tranquilo. Su mirada se detuvo en las ventanas de la casa de la piscina; en su reflejo solo pudo distinguir las formas de Schodt y McKinney sentados detrás de él. Si se movían, Dante únicamente tendría un par de segundos para prevenirse.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo—. ¿Por qué su

asociación con Riccardo? Podría haber recurrido a peces más gordos. En lugar de eso, recurrió al hijo idiota del jefe idiota de la Mafia de Mickey el Ratón.

—Riccardo era un ensayo. —White se encogió de hombros —. Elección de Roselli. Alguien sin importancia al que podíamos usar para ver cómo funcionarían las cosas. Era accesorio. Lo mismo que Zullo. Y los dos eran baratos. Su papel era irrelevante. —White sonrió—. Riccardo no tenía idea de en qué se estaba metiendo de verdad. No hasta que Hennessy fue a la cárcel y se lo contó. Después de eso no tuvimos elección.

White se encogió de hombros. Dante le echó un vistazo. El hombre era un criminal, pero peor que Riccardo, Roselli o incluso Zullo, porque por lo menos estos nunca pretendieron ser funcionarios públicos. White y quienes lo manejaban habían desmantelado una agencia federal de defensa de la ley para remplazarla con una organización títere corrupta. Eso hacía que, en comparación, la Mafia de Dante pareciera pueblerina. Una vez más tenía aquella sensación de que la Mafia no estaba agonizando, simplemente encontraba su réplica en el gobierno, se trasladaba de los márgenes a la corriente dominante. Los estafadores y los criminales ahora resultaban tan ubicuos que ni siquiera era posible distinguirlos.

—Por lo tanto, se hará cargo —dijo White— de que con tantas cuestiones en juego no podemos dejar que usted y su mujer se vayan. Ya se ha derramado demasiada sangre como para dejarlo así, sería como si todas esas personas hubieran muerto en balde.

Aquel era el momento para el que se había estado preparando Dante, cuando White forzara las cosas para descubrir hasta qué punto quedaba en riesgo.

—Mi mujer no sabe nada de todo esto. Deje que se vaya y nosotros podemos hablar sobre estas cosas.

—¿Sobre qué tenemos que hablar nosotros?

—El cuerpo de Riccardo Licata.

White volvió a enarcar las cejas. Dante estaba empezando a reconocer el tic, qué pretendía disimular con él.

—Encontré su cadáver hoy a primera hora en el fondo de un barranco debajo de la Stunt Road. Es donde lo tiraron usted y

Faron. Usted mató a Riccardo en aquella base secreta que le dejó la Agencia en las colinas; hizo que se desangrase en la bañera y luego lo llevó en coche a la Stunt Road y lo arrojó a un lado. Dejé pruebas en el cadáver de Riccardo que lo relacionan con la base secreta, y con usted. Luego llevé su cuerpo a un lugar seguro. Para ser sesenta y cinco kilos de carne podrida, ese cuerpo es muy valioso. Por lo menos vale medio millón como importe de la fianza a Nick Licata. Por cierto, dijo que lo compartiría conmigo. Y supongo que cuando lo encuentre la policía y usted quede relacionado con su asesinato, ese plan de ponerle al frente de la agencia nueva se convertirá en humo. Lo que tampoco hará que sea bien recibido por la CIA. A usted lo matarán en una cárcel antes incluso de que se celebre un juicio. Es una pena: todas esas personas que murieron para prepararlo, todo ese dinero gastado. Todo por nada.

White miró a Dante con ojos de drogado.

—Pura mierda.

Dante se encogió de hombros. Sacó media docena de fotos hechas con polaroid del cadáver de Riccardo Licata del bolsillo de su chaqueta y las arrojó sobre la mesa. White frunció el ceño, se echó hacia delante las examinó con detalle. Dante las había enmarcado con el ejemplar del *Times* para que White suspira que eran recientes. Dante incluso había doblado el periódico para que en las fotos se viera el titular que informaba del cierre de la Oficina Federal de Estupefacientes. En su momento pensó que era un toque oportuno; ahora se preguntaba si era excesivo.

—Deje que mi mujer se vaya y le diré dónde escondí el cadáver y esta vez podrá librarse adecuadamente de él. Todo su plan volverá a encarrilarse y podremos hablar sobre mi participación en él.

—¿Su participación en él?

—Naturalmente. Soy el mejor factótum de Los Ángeles, señor White. Si quiere montar rutas de distribución de drogas aquí, es a mí a quien debe recurrir. Conozco a todo el mundo y todos se fían de mí. Pregúntele a Roselli. Podemos mover el producto con mi empresa de distribución en cuanto vuelva a

funcionar. Usted no tendrá que preocuparse de Nick Licata o de casos perdidos como Riccardo y Zullo. Libéreme y a cambio le entregaré Los Ángeles. —Dante alzó las manos al aire, como si aquello fuera muy sencillo—. O máteme y mi amigo le dirá a la policía dónde está el cuerpo. Elija, agente White. Los Ángeles. O morir en la cárcel.

Dante se encogió de hombros.

—Ah, y otra cosa —dijo—. Déjeme matar a DeVeaux por lo que le hizo a mi mujer.

Esta última propuesta provocó la risa de White. Dante había juzgado acertadamente que era un hombre sensible a la audacia. White miró fijamente a Dante y luego hizo un gesto afirmativo con la cabeza a Schodt y McKinney. Estos se levantaron y entraron en la casa. Dante recorrió con la vista la terraza una vez más.

Pasaron unos segundos y los hombres de White salieron con Loretta andando delante de ellos. Parecía preocupada y cansada, pero físicamente bien.

La sentaron en una silla junto a Dante. Este la examinó y ella hizo un gesto con la cabeza para indicarle que estaba bien.

—Ahora —dijo White— dígame dónde escondió el cuerpo de Riccardo, o su mujer morirá.

68

IDA Y KERRY SE dirigieron al norte en el coche de Ida. La radio sintonizaba una emisora local que daba información incesante sobre los incendios.

«Los encargados creen que las llamas se están desplazando hacia el sudeste… fuertes vientos han empujado a los incendios… los residentes están siendo evacuados…»

Mientras circulaban por la autopista, Kerry podía ver las montañas a lo lejos, cada vez más amenazadoras. Frente a ellas, incontables kilómetros de humo colgaban en el cielo como un velo, tiñéndolo todo de un marrón claro.

Llegaron a la autovía Pacific Coast y al virar las montañas quedaron más cerca. Kerry vio entre el humo dónde se había establecido el infierno. Perlas de fuego naranja se ensartaban como collares en las crestas, sus llamas iluminando las formas geométricas de las montañas.

Cuando llegaron a Playa Topanga ya podían oler el humo. A partir de ese punto había atascos de tráfico en las rampas de acceso a todo lo largo de la carretera, personas huyendo, camiones y coches apiñados. En Látigo Canyon agentes de la policía de tráfico estaban intentando imponer cierto orden a la evacuación, lo que les tenía demasiado preocupados para impedir que Ida y Kerry dieran la vuelta hacia la autovía y se dirigieran en dirección opuesta a la de los demás, hacia el interior, al centro de todo aquello.

Ida le pasó a Kerry un plano de carreteras. Kerry indicó el camino hasta la urbanización de la que les había hablado Drazek: «The Highview Estates». Tuvieron que llamar a información del aeropuerto para enterarse de la carretera donde estaba situada, y la habían señalado en el plano.

—Solo necesitamos subir cresta arriba y seguir la carretera de la cima —dijo Kerry.

La carretera siempre serpenteaba hacia arriba, bordeando los contornos de la pendiente. Cuando llegaron a lo alto de la cresta, quedó a la vista el paisaje del otro lado. En el punto medio estaban las casas de los Highway Estates encaramadas en lo alto de la cresta. Más allá de ellas, pasadas las cimas, estaba el infierno; impulsado por el viento adquiría velocidad hacia las casas desde el otro lado, casi tocándolas. Parecía como si la propia tierra estuviera en llamas. El cielo, allá arriba, negro como un horno.

—Parece la entrada al mismo infierno —sentenció Kerry.

Siguieron en marcha. En las laderas por debajo vieron buldóceres que se movían de un lado a otro, excavando zanjas en la tierra para crear un cortafuego en el chaparral. Vieron a hombres con chalecos ignífugos del Servicio Forestal y cascos de pie junto a sus todoterrenos, hablando por radios, consultando planos. Estos alzaron la vista cuando vieron el coche de Ida y Kerry circulando en la dirección equivocada. Pusieron mala cara o menearon la cabeza. Volvieron a su trabajo.

En el Cadillac ahora la recepción de la radio era intermitente.

«… Las llamas han alcanzado las laderas más bajas… ahora se dirigen hacia… el apoyo de helicópteros y aviones se ha desviado…»

Kerry oyó un rugido detrás de ella y se volvió para mirar, preocupada porque un árbol o una casa estuvieran a punto de derrumbarse sobre la carretera. Pero entre el humo vio que era un avión antiincendios. Un bombardero de la guerra adaptado que se desplazaba pesadamente por el cielo. Seguía la línea de la cresta, sobrevolando las casas. Cuando estuvo sobre el fuego, hizo un giro, se abrieron sus depósitos y una estela rosa de líquido contra incendios se derramó desde su vientre hacia las llamas.

Cuando se acercaban a los Highway Estates, el calor se intensificó mientras el viento transportaba chispas que daban saltos en el asfalto delante de ellas. A los lados de la carretera el chaparral ya estaba chamuscado: yucas, escobas de California, manzanillas; todas ellas retorcidas y tiñéndose de

negro.

Al cabo de un par de minutos llegaron a unas puertas con carteles que anunciaban que estaban entrando en una urbanización: «The Highway Estates». Aparecieron casas a los dos lados de la carretera. Todas ellas eran grandes, lujosas, cada una generosamente separada de sus vecinas, con extensos jardines. Pero el ambiente era de caos, de catástrofe inminente. En el exterior de las casas, había niños sentados en coches mientras sus padres entraban y salían aceleradamente, cargando con sus posesiones más preciadas. Otros propietarios no se marchaban y regaban sus jardines con mangueras, rociando las cercas de madera de sus edificios. En un par de techos había hombres regando las tejas.

—Estas las acaban de construir —dijo Ida—. Es una zona de incendios frecuentes. Los indios acostumbraban a quemar estos terrenos cada pocos años para librarse de la maleza e impedir que se originaran incendios. Cuando llegaron los españoles, no entendieron el motivo, así que lo prohibieron. Ahora hay incendios cada dos años. Y con todos los árboles y chaparrales eliminados, también deslizamientos de tierra. Y en esas circunstancias alguien del Ayuntamiento dejó construir casas aquí.

Movió la cabeza con gesto de disgusto y continuaron en marcha, buscando un desvío que descendía de la cresta hacia el desfiladero donde Drazek les había dicho que estaba la casa de Hennessy: «la última que encontrasen». Llegaron al final de la urbanización, donde las casas mayores y más lujosas estaban situadas en el mismo borde de la cresta. Justo pasadas esas últimas casas la carretera se curvaba, bajando por la ladera sur. Ida dobló la curva y justo cuando estaban descendiendo, entre la separación de dos casas, Kerry tuvo una breve visión de lo que estaba pasando más allá de la urbanización, a lo lejos. Parecía algo caótico. Unos bomberos estaban intentando cavar una zanja a lo largo de la carretera. Policías y hombres del Servicio Forestal estaban apresurando a los evacuados para que se metieran en sus coches. Encima de ellos los helicópteros zumbaban y giraban en el brillante cielo naranja. Más adelante Kerry pudo ver partes ennegrecidas de colinas a las que el

fuego ya había consumido.

Continuaron en marcha y la escena desapareció. Avanzaron más allá del desfiladero. Las casas fueron disminuyendo hasta que llegaron a la última. Era más pequeña que las demás, y parecía más bien un refugio para vacaciones. Y estaba perfectamente situada como un escondite, justo en el borde de la urbanización, cerca de una carretera que recorría la ladera de la siguiente cresta, con intención de que quien viviera allí pudiese ir y venir sin que los demás residentes se diesen cuenta.

—Debe de ser esta —dijo Ida.

Detuvo el coche. Todo estaba inquietantemente tranquilo. El único movimiento, el del humo a lo lejos; el único ruido, el de los helicópteros y las llamas del otro lado de la cresta.

—Nuestras armas están en la guantera —dijo Ida.

Kerry asintió y las sacó, pasándole a Ida la suya.

Se bajaron del coche y fueron golpeadas por el calor.

Cruzaron hacia la casa. Ida se acercó a la puerta y llamó con los nudillos. No hubo respuesta. Probó el picaporte, que se abrió. Entraron.

—¿Hola? —dijo Ida, abanicando el vestíbulo con su revólver —. A esta zona la están evacuando.

Ninguna respuesta.

Recorrieron el vestíbulo, probando las puertas a su paso. En la sala de estar el televisor estaba encendido, y transmitía las noticias. Comprobaron la cocina y luego subieron la escalera. Oyeron una radio u otro televisor procedente de uno de los dormitorios. Ida se acercó a él con Kerry justo detrás.

—¿Hola? —dijo Ida otra vez cuando llegaron a la puerta.

La abrió con cuidado empujando con el cañón de su revólver. A primera vista, el dormitorio parecía vacío. La cama estaba sin hacer, la radio sobre la cómoda encendida, nada revuelto, ningún movimiento salvo el de las cenizas y chispas que pasaban volando por fuera de la ventana.

Pero se oía otro ruido por debajo del de la radio: gemidos. Aplastado contra el rincón, entre la cama y la pared, hecho una bola, estaba la lamentable forma de Bud Williams, llorando para sí mismo. Se parecía al de la foto que su abuela les había

dado a los policías: estatura media, regordete, despeinado, con vaqueros y una camiseta.

Allí estaba el Matarife Nocturno. Allí estaba el hombre al que habían estado buscando. Un hombre que descuartizó a cuatro personas inocentes y aterrorizó a una ciudad entera, ahora acurrucado, sollozando como un niño.

Ida se acercó a él y él alzó la vista. Sus ojos hundidos le recordaron a Kerry la expresión de los soldados que ella evacuaba en Vietnam, los que habían estado viviendo en trincheras de la jungla durante meses sin fin, sobreviviendo a base de comida enlatada y ratas, y para los que, antes de cada vuelo, cargaban sándwhiches de mortadela y leche. Había una expresión apagada en sus ojos, como si hubieran perdido la capacidad de ser humanos. Bud Williams tenía la misma expresión. Kerry se lo pudo imaginar deslizándose furtivamente por la ciudad, en silencio, lastimero, evitando el contacto con los demás hasta que un detonante al azar lo hacía salir de su trinchera dominado por una violencia aterradora.

Ida se arrodilló frente a él y le habló con un susurro tan suave que Kerry no pudo escuchar lo que estaba diciendo. Esperó, dividiendo su atención entre la escena del dormitorio y lo que veía fuera por la ventana, las cenizas que pasaban flotando como papel desgarrado, como si alguien hubiera hecho jirones el bosque y lanzado los trozos al viento. Más allá de las cenizas, había árboles en llamas como cerillas puestas en vertical en la ladera.

Tenían que actuar deprisa, tenían que marcharse de allí. Pero Kerry sabía que necesitaban convencer a Williams, que si lo apremiaban, aquello podría hacerse incluso más largo.

Intentó mantener su respiración sosegada, los latidos del corazón bajo control. Tenía la súbita sensación de que se encontraba en el límite de todo, no solo en los límites de la superciudad, sino de algo mucho más peligroso. Aquella nueva casa construida en un desfiladero era una trampa mortal en caso de incendio, prometía una falsa seguridad contra el caos.

A lo lejos, los helicópteros parecían insectos que zumbaban metálicamente. En la radio, los informadores trataban de soslayar el horror. Junto a la pared, Ida trataba de convencer a

un asesino de que volviera a la realidad. Nada de aquello tenía sentido, y a Kerry le dominaba nuevamente la desalentadora sensación de que nunca lo tendría.

Oyó un ruido, se dio la vuelta y vio que Ida había puesto a Williams de pie y le conducía hacia la puerta. Volvían hacia el pasillo.

Cuando llegaron a la escalera, Kerry echó una mirada al pasar a los otros dormitorios. Se fijó en un tocador, en un cuadrado gris sujeto a su espejo. Algo en la imagen atrajo su atención. Dejó a Ida y Bud en el pasillo y entró en el dormitorio. El cuadrado gris sujeto al espejo era una foto, la de ella y Stevie vestidos como un vaquero y una india, de pie en el patio de Gueydan. Era una copia de Stevie de la misma que tenía ella. Comprendió que aquella debió de ser la habitación de Stevie mientras estuvo allí, y que, al igual que ella, había colocado la misma foto en su espejo.

—Kerry —llamó Ida.

Kerry cogió la foto y se la metió en el bolsillo. Recorrió con la vista la habitación en busca de alguna posesión más de Stevie, pero no encontró ninguna. Volvió a reunirse con Ida y Bud en el pasillo.

—¿Todo bien? —preguntó Ida.

Kerry asintió con la cabeza, reprimiendo sus emociones.

Bajaron la escalera hasta la puerta de entrada a la casa. Cuando salieron al porche, Kerry distinguió algo en la carretera, más arriba, que no estaba allí antes: detenido detrás de un macizo de lilas había un Dodge negro que reconoció vagamente. Le llevó un segundo darse cuenta de dónde lo había visto antes. Era el Dodge que había recogido a Faron aquella noche en las casas abandonadas.

La atravesó una sensación de pánico.

Pero antes de que pudiera avisar a Ida, las balas ya estaban destrozando el porche.

69

—¿Dónde escondió el cuerpo? —preguntó White.

Clavó la vista en Dante; cualquier posibilidad de que estuviera abierto a una negociación ya había desaparecido.

—¿Debo interpretar que eso significa que no quiere llegar a ningún acuerdo conmigo? —dijo Dante.

White soltó un puñetazo que le pegó en plena barbilla y le mandó hacia atrás, derribándole sobre las losas que llevaban a la piscina. Loretta gritó, levantándose de su silla. Dante estaba muy sorprendido de lo rápido que era White, a pesar de todo su peso, a pesar de las drogas.

De lo siguiente de lo que se dio cuenta Dante fue de que Schodt lo estaba levantando mientras McKinney sujetaba a Loretta. A él lo volvieron a tirar encima de su silla. Se limpió la sangre de los labios.

—La próxima vez que no responda —dijo White—, será su mujer la que reciba puñetazos.

Dante se volvió para mirarla. En sus ojos había lágrimas que ella trataba de contener. Sabía tanto como él que los iba a matar a los dos. Dante lo único que podía hacer era retrasar lo inevitable, resistir el mayor tiempo posible mientras quizá se le ocurría un plan, pues ahora estaba convencido de que O'Shaughnessy se había desentendido de él.

—Debe tener cuidado conmigo —dijo—. Si me mata, la policía irá directamente a por ese cuerpo.

White hizo un gesto con la cabeza a Schodt. Este soltó un puñetazo. Alcanzó la mandíbula de Dante, le derribó de nuevo y mandó su silla dando saltos al césped. White, sin embargo, no había llevado a cabo su amenaza de golpear de Loretta, que de todas formas estaba gritando.

Schodt volvió a levantar a Dante, sujetándole los brazos a la espalda y empujándole hasta la piscina, haciendo que se

agachase de modo que quedó de rodillas en el mismo borde. Entonces Schodt agarró la cabeza de Dante y se la metió en el agua. Fría. Cortante. Dante contuvo la respiración, los pulmones le ardían.

Schodt tiró de su cabeza hacia arriba. El mundo volvió a la vista. Luz solar emborronada. Dante jadeó.

Schodt lo hundió otra vez, en esta ocasión durante más tiempo. Dante abrió los ojos, y el cloro le picó. Podía distinguir formas en el azul: las sombras de los hombres que tenía detrás, las sombras de hojas que flotaban más allá en la superficie. Quería respirar desesperadamente. Comprendió que ahora no era con los hombres con lo que se enfrentaba. Era con su propio cuerpo. Ellos dejaban que su cuerpo hiciera el trabajo por ellos.

Volvieron a sacarle del agua. Jadeó nuevamente, aspirando aire.

—¿Dónde puso el cuerpo? —siseó White—. Esta es la última vez que lo pregunto antes de que empecemos con su mujer.

White hizo un gesto de afirmación con la cabeza a McKinney, que levantó a Lorettta, la empujó hasta la piscina y la tiró al lado de Dante, con las rodillas en el mismo borde. White sacó un revólver y lo acercó a la sien de Loretta. Esta temblaba de miedo. Se volvió para mirar a Dante. Él negó mínimamente con la cabeza para hacerle saber que no podía darle a White lo que quería, que los dos eran demasiado viejos y no tenían posibilidad de sobrevivir a aquello.

Ella asintió, tratando de hacerse a la idea.

—No es el peor sitio para morir —dijo.

Dante frunció el ceño. Paseó la vista por el paisaje del millón de dólares que se extendía ante ellos: Los Ángeles entera, las montañas aún majestuosas, el sol brillando, el océano centelleante, interminable, un vaticinio de lo que iba a venir. Puede que ella tuviese razón. Aquel no era el peor sitio para morir.

Dante alzó la vista hacia White, que todavía tenía el arma en la cabeza de Loretta, todavía esperaba una respuesta, todavía seguía allí arriba, impredecible. Quizá Dante debería soltar otra ocurrencia, dejar que le pegara un tiro a Loretta y

luego conseguir que le pegara otro a él. Sería algo rápido. Entonces se terminaría todo.

De pronto se oyeron ladridos. El perro estaba en la terraza, probablemente alarmado por los gritos de Loretta. Alzó el hocico, se le tensaron los músculos, su cuerpo se echó hacia atrás, listo para atacar. Dante miró al perro, confuso por su presencia, pero también tranquilizado: por su desafío, por el hecho de que no pudiera importarle menos que las posibilidades no estuviesen a su favor. «Un retraso», pensó Dante. «No pierdas la esperanza.» Alzó la vista hacia White.

—Dejé el cuerpo en la misma base secreta en la que usted mató a Riccardo —mintió—. En el jardín trasero, debajo de aquellos árboles frutales que sujetan la pared. Supuse que tenía sentido dejarlo todo en la misma escena del crimen.

Los ojos de White se estrecharon mientras asimilaba la información. Se volvió hacia Schodt.

—Llama a Mitchell —dijo—. Mándale que vaya allí, lo compruebe y nos vuelva a llamar.

Schodt asintió, soltó a Dante y se dirigió al interior. Dante se desplomó en las losas. White bajó el revólver de la cabeza de Loretta, manteniéndolo sujeto a su lado. Dante miró a su mujer. Miró al perro, que todavía ladraba. Frunció el ceño, dándose cuenta de que el perro no solo ladraba a White y McKinney. Desde su posición, más allá de la terraza, había otra posibilidad.

Lo que significaba que aquel era el momento.

Dante y Loretta estaban arrodillados. White y McKinney estaban de pie. Schodt andaba por el interior para hacer la llamada. La situación era la mejor posible, y debía aprovecharse ahora, porque si Schodt hacía la llamada, la acción sería mucho más complicada.

—Respira a fondo —susurró Dante a Loretta.

Ella le miró extrañada, sin entenderlo. El corazón de Dante latía con fuerza.

—¡Toma aire! —dijo.

En aquel mismo momento, McKinney se dio cuenta de a qué estaba ladrando el perro.

—¡Joder! —dijo, levantando su pistola.

«Ahora», pensó Dante.

Chocó violentamente contra Loretta y le pasó el brazo por el hombro para lanzarlos a los dos hacia delante. Cayeron a la piscina, rompiendo su superficie, con Loretta agitándose. El frío les golpeó, un frío suficiente para pararles el corazón, para quitarles el aire de los pulmones.

Dante pensó en los indios del mito que se arrojaban al Pacífico. Pensó en las grúas petrolíferas Derrick de Playa Huntington que funcionaban en el agua y desaparecían debajo de las olas.

Notó que Loretta intentaba empujar hacia arriba, volver a la superficie, y él tiró de ella hacia abajo. Ella abrió los ojos y entre el escozor del cloro azul se miraron, viéndose borrosos entre picores. Ella estaba desconcertada, asustada. Él intentó tranquilizarla con su expresión, mantenerla abajo.

Entonces empezó el rugir de armas. Incluso debajo del agua, podían oírlo, un tiroteo encima de sus cabezas, en la terraza. Gritos, golpes, cristales destrozados, los aullidos y ladridos del perro.

Miraron instintivamente hacia arriba. Ahora podían ver fogonazos, ráfagas al compás de los estampidos. Metralletas. Como los subfusiles Thompson de los días de Dante en Chicago pero más precisos, más letales.

Puntos plateados susurraban en el agua a su alrededor, trazando líneas de aire como cables. Cuando Dante se dio cuenta de que eran balas perdidas, algo mayor había caído chapoteando dentro de la piscina, asustándolos a los dos. Se dieron la vuelta y vieron una gran forma negra que giraba arremolinándose y soltando una niebla sangrienta en el agua. Giró un poco más. Era White, con manchas color cereza en el algodón de su camisa. Una expresión fija en su cara que Dante no pudo interpretar. La mirada de un hombre muerto.

Loretta dio una sacudida debido a la intensa sorpresa. Dante la sujetó con más fuerza.

Hubo más estampidos procedentes de la terraza.

Entonces el ruido se apagó.

A Dante le dolían los pulmones. Quería salir del agua, respirar de nuevo. Pero esperó unos segundos más, por si

acaso.

No hubo más disparos.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza a Loretta. Los dos subieron, irrumpiendo en la luz del día. Jadearon en busca de aire.

Miraron a su alrededor. Aquello era un baño de sangre. Schodt y McKinney estaban muertos los dos, caídos en charcos de sangre al lado de la piscina. Las puertas de cristal de la parte de atrás de la casa estaban destrozadas. Reinaba el olor a pólvora. El perro corría hacia ellos. O'Shaughnessy estaba de pie en el borde de la piscina con un fusil de asalto MP5 en la mano. Había otros cuatro hombres con él, todos igualmente armados, que recorrían la terraza, disponiéndose a entrar en la casa en busca de cómplices.

O'Shaughnessy tendió su mano libre, sacó a Loretta de la piscina, luego a Dante.

—¿Estáis bien los dos? —preguntó.

Ellos asintieron. Dante se volvió hacia Loretta y se abrazaron. Él notó el cuerpo de ella contra el suyo, su calor, su solidez. Se separaron uno del otro. Ahora el perro ladraba a su alrededor. Dante se dio la vuelta y bajó la vista hacia el agua donde el cuerpo de White flotaba en la superficie de la piscina, a la que un rastro de sangre teñía de un color pardo herrumbroso.

—Siento que tardásemos tanto —dijo O'Shaughnessy—. Tuvimos que disparar para librarnos de ellos.

—Siento que tuvieseis que hacerlo por las malas.

O'Shaughnessy negó con la cabeza.

—Fue el desquite. Tú y Loretta idos de aquí. Nosotros empezaremos con la limpieza.

Dante asintió. Arreglarían las cosas por teléfono antes para hacer que pareciera una detención que había salido mal. Como si a White y sus matones los hubieran matado unos traficantes de drogas a los que intentaban detener, como si merecieran todos un entierro de héroes.

Dante y Loretta volvieron a recorrer la terraza, el césped, pasaron junto a los cristales rotos. Cuando atravesaron el interior de la casa, Dante se volvió y echó una última mirada al

paisaje de un millón de dólares que tenía detrás. Desde su perspectiva, parecía que la piscina teñida de sangre estaba tocando el cielo teñido de humo, que se mezclaban en un solo cuerpo, que agua, aire, humo y sangre se habían unificado: belleza y destrucción entrelazadas, a la deriva sobre la ciudad, dejando el rastro de una ardiente redención que Dante tenía la sensación de que solo ardía para él.

70

LAS BALAS SE ESTRELLABAN contra la casa, deslizándose dentro de la madera. Ida tiró de Williams, empujó a Kerry y se dejó caer en el vestíbulo mientras las paredes y los suelos de madera saltaban en pedazos bajo el tiroteo. Se retiraron en confusión fuera del alcance de las balas, corriendo a la cocina del fondo de la casa.

—¿Estáis bien los dos? —preguntó Ida.

—Yo estoy perfectamente —asintió Kerry.

—Bud, ¿te encuentras bien?

Williams murmuró una respuesta.

Ida volvió la vista al vestíbulo, hacia la puerta abierta de la calle. La descarga había cesado, todo estaba en silencio.

—¿Crees que todavía está ahí? —preguntó Kerry.

—Podría ser. O quizá venga dando un rodeo a la parte de atrás.

Se dieron la vuelta para mirar por las ventanas y examinaron atentamente el terreno vacío de la zona trasera de la casa. Más allá había una parte arbolada que descendía hacia el valle, pasado el cual estaba el incendio. Ida sintió una claustrofobia que la aturdía, atrapada entre Faron enfrente allí fuera y el infierno detrás.

—¿Qué hacemos? —preguntó Kerry.

—No lo sé. Déjame pensar.

Mientras intentaba decidirlo, se fijó en que Williams clavaba la vista en las ventanas, hablando consigo mismo, murmurando, aterrado.

—Está aquí —dijo—. El Diablo está aquí.

¿Había visto a Faron? ¿Los estaba flanqueando?

—¿Dónde, Bud? —preguntó Ida— ¿Dónde está?

—«No temas, que yo soy contigo; no desmayes, que yo soy tu Dios.»

—¡Bud!

Pero él no respondió, solo siguió mirando por la ventana, recitando versículos de la Biblia.

Ida recorrió con la vista los alrededores, tratando de localizar a Faron. Pero no consiguió ver nada. Se volvió para mirar a Williams.

—Bud, ¿dónde lo has visto? ¿Bud?

Él tampoco respondió esta vez. Terminó los versículos y pareció prepararse para algo. Luego corrió hacia la puerta trasera saliendo al polvo.

—No —gritó Ida.

Contempló cómo desaparecía por el borde de la ladera, bajando a la arboleda, hacia el infierno.

—Mira —dijo Kerry, señalando la hilera de árboles más allá.

Faron. Ya iba detrás de Williams. Debía de haber estado haciendo un arco caminando alrededor de la casa para flanquearles cuando vio a Williams corriendo por la arboleda.

—¿Qué hacemos? —preguntó Kerry.

—No lo sé.

—Se están alejando. Tenemos que hacer algo.

—Van corriendo a meterse en el infierno.

Kerry miró a Ida con una expresión que era difícil de precisar —decepción, lástima—, y algo más que Ida no había visto antes con tanta claridad en la chica: sed de sangre. Kerry había visto al asesino de Stevie corriendo a lo lejos y eso había despertado su odio.

—Tenemos que ir tras él —dijo.

—¿De quién? ¿De Faron o de Williams?

Kerry miró con furia, su odio resultaba perfectamente claro. El instinto de muerte todavía dominaba a la chica. Incluso después de todo lo que habían pasado, todavía elegía la muerte.

Y entonces dejó de mirar con furia, se dio la vuelta y corrió fuera de la casa detrás de Faron y Williams.

—Joder —murmuró Ida.

Se armó de valor y salió corriendo detrás de Kerry lo mejor que pudo. A cada paso, los pulmones le ardían, el corazón le latía con fuerza y ondas sísmicas recorrían el envejecido

armazón de su cuerpo. Bajó dando tropezones la ladera, dejó atrás robles, sicómoros, nogales, pasó matorrales de ceanotus, artemisas, chamisas. El humo se ondeaba. Las cenizas llenaban el cielo, y las hojas, cubiertas de ellas, estaban tan resecas que crujían como hielo al pisarlas. De vez en cuando creía oír disparos, pero enseguida se daba cuenta de que era un árbol que se partía y estrellaba en el suelo.

Por fin la ladera perdió inclinación convirtiéndose en un claro llano al fondo del desfiladero. Ida se detuvo, tratando de recuperar el aliento, y notó el dolor que le recorría el cuerpo. En el otro lado del claro estaba la ladera de la siguiente colina con fuego ya en su cima. Podía ver las llamas bajando entre los árboles, una cortina de antorchas monstruosas tan alta como el roble más grande. Penachos de humo negro y gris cubrían el cielo, asfixiando la luz. Ida utilizó el humo para comprobar la dirección del viento. Esta había cambiado, y hacía avanzar el fuego hacia ella, ladera abajo, hacia el claro. Tenía, pues, menos tiempo que antes.

Un grito reverberó en el desfiladero. Kerry. Ida fijó la vista en la parte baja del desfiladero en la dirección de la que había venido. Más adelante había un cortafuego, docenas de metros de ancho, excavado en la tierra, y junto a él, una alta pared de piedra.

Cuando Ida se daba la vuelta para correr hacia él, oyó un sonido de carreras, desplazamientos, como de rebuznos. Le llevó un segundo darse cuenta de lo que era: incontables animales corrían entre los robles y eucaliptos de la colina de enfrente, alejándose de las llamas, hacia el claro. Un aluvión de perdices, mofetas, conejos, linces. Como si la alfombra de la arboleda se hubiera alzado por el embate de una ola. Y luego un crujido mayor, un ciervo y su cervatillo abriéndose paso entre los árboles, los dos cubiertos de hollín, la cierva buscando un sendero entre las llamas para conducir a su pequeño a lugar seguro.

Por primera vez desde que Ida había dejado la carretera, no fue miedo lo que le atenazó el corazón, sino una profunda y dolorosa tristeza. Había otros quemándose en aquel infierno: aves salvajes y animales domésticos. Y también personas. Los

bosques estaban sembrados de cabañas y chozas donde vivían vagabundos, marginados y fugitivos. ¿Cuántos habían sido dejados atrás durante la evacuación?

Cuando hubo pasado corriendo el último de los animales, algo golpeó a Ida haciéndole perder el equilibrio. Tropezó y cayó, golpeándose la cabeza contra una piedra. Un caleidoscopio de colores oscuros giró a su alrededor. La ceniza veteó su visión. La luz del sol se oscureció y desapareció.

¿CUÁNTO TIEMPO HABÍA ESTADO tumbada en su lecho de hojas y ceniza? Le picaba la garganta, le ardían los pulmones. Un intenso calor reinaba a su alrededor. Como en un horno. Como en un crematorio.

Abrió los ojos y vio que el fuego se había aproximado a ella mientras estuvo inconsciente. La ladera del extremo más alejado del claro ya estaba ardiendo; las llamas descendían con espeluznante velocidad. De los árboles caían antorchas que rodaban por el suelo. Todo se movía con las llamas que rodaban, bailaba en hipnóticos parpadeos color naranja. Oyó a lo lejos un sonido aplastante como de morteros disparando, igual que el rugido del infierno.

A su alrededor, cenizas negras lo tapaban todo. Su ropa y sus manos estaban manchadas de ellas. La oscuridad se había vuelto auténtica, intensa, la estaba envolviendo, sofocándola. Intentó levantarse pero no pudo. Demasiado asfixiada por el calor, los pulmones le quemaban. Ahora no había oxígeno; el aire lo había chupado para alimentar el fuego, dejando únicamente un espeso tufo químico.

No había manera de escapar de aquello.

Ella sabía cuál era el modo de proceder más fácil: permanecer tumbada, dejar que el humo le llenase los pulmones y quedarse inconsciente; así, cuando las llamas atravesaran el claro y la alcanzaran, ya estaría dormida.

Tumbarse. Respirar. Abandonarse a la nada.

Tosió y se puso de lado, cerrando los ojos. Ahora todo estaba oscuro y en paz. Podía notar cómo desaparecía ella misma.

Pero justo cuando estaba a punto de sucumbir, su mente se

aferró a algo —la mínima expresión de un pensamiento—: la idea de los otros allí, en el infierno, de Kerry, que se quedaba sola para luchar contra Faron. Una tristeza vehemente le invadió. Una tristeza que aguijoneaba. La empujó, la arrastró fuera del borde, la despertó, hizo que le resultara imposible permanecer allí tumbada.

No podía hacer lo más fácil. Tenía que seguir luchando. Hasta el mismo final. Aunque no pudiera salvar a Kerry, por lo menos moriría de pie. La idea le espoleó, le infundió el último arranque de fuerza.

Abrió los ojos. Y justo cuando lo hacía, una ráfaga de viento pasó disparada, y oyó un ruido estrepitoso, un zumbido agudo. Un bombardero. Rugiendo por el desfiladero desde el este, abrió sus depósitos, descargando una nube rosa de líquido contra incendios. El cielo oscuro brilló con una neblina oblicua. Cayeron gotas en la oscuridad, produciendo chispas, zumbando, evaporándose, disipando el humo.

El avión desapareció, tras refrescar las llamas lo suficiente como para que Ida respirase otra vez.

Volvió a intentar levantarse. Y lo consiguió.

Se puso en marcha gateando por el suelo del desfiladero hacia el cortafuego y la pared de piedra de donde se había alzado el grito de Kerry.

Cuando Ida llegó a la pared de piedra, la rodeó y se detuvo, sorprendida por lo que veía delante de ella. Al otro lado de la pared había una meseta obra del hombre en la que habían construido otra urbanización. Unas cuantas casas grandes detrás de la pared de piedra. Si habían hecho el cortafuego para salvarlas, no había funcionado. El fuego había pasado por allí días atrás y las había convertido en cenizas; sus estructuras de madera se habían hundido y ahora formaban montones. Acá y allá asomaban de la tierra restos de tuberías. Una de las casas había ardido por completo exceptuando su chimenea de piedra, que se alzaba en el aire como una especie de tótem, como un altar. En otras partes, montones renegridos sugerían coches y dependencias destruidos.

Ida vaciló ante aquella escena de destrucción, enervada por el vacío y silencio que emanaba de ella, aunque el fuego ya

estaba más allá del desfiladero. Llegó a un cuadrado perfecto en el hollín delante de ella y se detuvo. Le llevó un segundo darse cuenta de lo que era: una piscina; su superficie cubierta de ceniza resultaba casi indistinguible del terreno circundante. La miró un momento. Las grasientas manchas como de petróleo de su superficie ondulada revelaban lo que había debajo: abrigos de visón, joyeros, diamantes, cadenas de oro. Brillaban como el tesoro de pirata de Jean Lafitte. Los dueños de la casa habían metido sus objetos de valor en la piscina, esperando que no se quemaran.

Oyó un ruido y alzó la vista. Entre la ceniza, más allá de la pared, aparecieron formas volando por el cielo. Media docena de pájaros con sus alas en llamas. Ida los vio pasar. Oyó sus terribles graznidos. Se preguntó si, cuando cayeran finalmente a tierra, extenderían el fuego por nuevas zonas del bosque, cortando su camino de regreso a lugar seguro, dejándola atrapada.

Algo se movió en el extremo más alejado de la piscina. Ida alzó su revólver, apuntó, esperó. Desde detrás de los restos fundidos de un coche, algo avanzaba por la ceniza que alfombraba el suelo. Kerry, que se arrastraba hacia delante, cara y ropa cubiertas de hollín, una mano sujeta sobre el abdomen. Se estaba alejando de Faron, al que Ida ahora pudo ver de pie a lo lejos. Él dio unos pasos hacia Kerry y alzó su rifle. No se había percatado de la presencia de Ida.

Esta vio lo que pasaría: Faron disparaba a Kerry y luego volvía su arma hacia ella, matándola al fin después de tantos años.

—Eh —gritó. Sin ocurrírsele otro modo de distraerle para que no hiciera el disparo que desencadenaría todo.

Él la miró. Sus miradas se cruzaron. Antes de que llegaran a expresar algo, Ida disparó. Una y otra vez. Muy asustada, falló sin darse cuenta de que estaba desperdiciando balas, vaciando su revólver. Y él estaba devolviendo los disparos desequilibrado. Daba la sensación de que todo estaba congelado, las trayectorias de los proyectiles se conectaban, sus miradas se enlazaban, pero todo ello ocurría en un lugar más allá del tiempo.

Y entonces una de las balas alcanzó a Faron. En el hombro. Dio una sacudida, cayó al polvo negro. Y el tiempo se reanudó con un ruido sordo.

El corazón de Ida latía otra vez, el mundo empezaba a moverse de nuevo. El miedo la inundó como una marea. Aterrada porque él se levantara, le apuntó una vez más cuando Farron todavía seguía arañando el suelo. Apretó el gatillo. Su revólver sonó a vacío.

Rodeó la piscina corriendo, superando el dolor, agarró a Kerry por el hombro e intentó que se sentara.

—¿Estás bien?

Kerry asintió indicando que estaba perfectamente.

—¿Dónde está tu arma? —preguntó Ida.

—La dejé caer ahí atrás. —Kerry señaló a su espalda, hacia Faron. Ida vio el revólver caído a medio camino entre ellos. Faron todavía estaba retorciéndose en el suelo, su sangre de un rojo vivo sobre la tierra negra. Pero ahora se estaba dando la vuelta, una mano en la ceniza, extrayendo más cartuchos del bolsillo, volviendo a cargar su arma.

Ida no tuvo tiempo de pensar. Corrió hacia el revólver de Kerry, hacia Faron. La distancia pareció estirarse, como si estuviera en una pesadilla. Faron ya se levantaba, ya dirigía la escopeta hacia ella. Y ella todavía no estaba cerca del revólver de Kerry. Iba a llegar demasiado tarde.

Faron disparó. Los dos cañones.

Pero su puntería falló, la herida de su hombro hizo desviarse los disparos.

Ida llegó al revólver de Kerry, se derrumbó en la ceniza y lo levantó cuando Faron estaba recargando.

Ida disparó.

Se miraron uno al otro entre el resplandor de los estampidos.

Él sonrió, aunque la bala de Ida se le introdujo en la frente, mientras su cuerpo caía derribado al suelo y su sangre empezaba a salir disparada por la herida.

Ida soltó un sollozo, una aturdida exhalación de adrenalina y alivio. Pero aunque sabía que estaba muerto, mantuvo la mirada clavada en él, esperando que se retorciera, se levantara,

continuara la lucha. Después de tantísimos años temiéndole, tenía la sensación de que era imposible que ya no pudiese suponer un amenaza.

Mientras miraba, oyó algo sobre el lejano estruendo a sus espaldas: Kerry avanzaba con dificultad hacia ella. Estaba diciendo algo, señalando más allá de Faron a Williams, que se dirigía dando tropiezos hacia ellas entre el humo, aturdido, agitado, confuso, pero físicamente bien. Miró el cuerpo de Faron, luego a Ida, con sorpresa.

—Vámonos —dijo Kerry—. Nos tenemos que marchar.

Ida asintió. El viento podría cambiar de dirección en cualquier momento, prendiendo fuego al terreno entre ellos y la carretera, cortándoles el paso. Pero Williams continuaba caminando sin prisa hacia ellas como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Ida se levantó, le agarró por la muñeca y junto a Kerry volvieron a tomar el camino por el que habían venido. Kerry todavía estaba poco firme sobre sus pies, aturdida, como si la hubieran golpeado, conmocionada.

—¿Qué te pasó? —preguntó Ida.

—No lo sé. El humo, quizá. Sigo sin tener conciencia de ello.

Continuaron a trompicones. Dejaron la urbanización y llegaron a la ladera que llevaba a la carretera. Otro bombardero rugió por encima, dejando caer alrededor de ellos otra nube rosa que puso las piedras resbaladizas, las hizo sisear y echar humo hasta que acabó partiéndolas con un estruendo explosivo.

Treparon por la ladera. Las piernas de Ida estaban tensas, tenía la sensación de que se le habían roto los músculos. Llegaron a la parte más alta del terreno. Ida se detuvo y se dio la vuelta para mirar el desfiladero allá abajo, para asegurarse una vez más de que Faron estaba muerto. Esperó unos segundos para que se dispersara el humo y entonces lo vio caído en un charco de rojo saturado, rodeado por un mar de ceniza negra. Sin vida. Por fin. Las llamas ya le estaban alcanzando, lamiéndole las botas. Pronto no quedaría de él más que ceniza, como si nunca hubiera existido.

Continuaron subiendo hasta la carretera. Llegaron al coche de Ida. Esta empujó a Williams al asiento de atrás, y ella y Kerry se subieron delante. Ida rezó porque Faron no hubiera manipulado el motor.

Hizo girar la llave, y el motor arrancó.

Ida condujo pendiente arriba. Pasaron junto al coche de Faron, que estaba a un lado de la carretera, medio oculto detrás de un macizo de ceanotus. Kerry lo miró al pasar, frunciendo el ceño.

—¡Alto! —gritó.

—¿Qué es?

—Alto —repitió Kerry—. He visto algo en el asiento de atrás. Bolsas, carpetas. A lo mejor encontró pruebas de Hennessy. Tenemos que dar la vuelta.

Ida detuvo el coche. Se volvió para mirar el Dodge de Faron cuesta abajo. Ya lo estaban envolviendo las llamas, junto a las dos casas que lo flanqueaban, las tejas de cuyos techos de cedro reventaban con el calor.

—No, Kerry. No nos queda tiempo. Llevamos a Williams. Nos tenemos que marchar.

Kerry la miró y a Ida le preocupó que saltara fuera y corriese hasta el coche de Faron. Pero algo cruzó por los ojos de Kerry; algo se había roto en su interior. Asintió, mientras las lágrimas se derramaban por el hollín de su cara.

Ida soltó el pedar de freno y continuaron. Cuando llegaron a la cima de la cresta y dobló la curva, volvieron la vista hacia la parte de atrás de la carretera.

—Mira —dijo Kerry.

En el coche de Faron se arremolinaban ceniza, fragmentos amarillos de papel, carpetas enteras; flotaban por la carretera, ardían, brillaban, soltaban chispas, caían sobre la tierra abrasada: las últimas pruebas de la gran conspiración desaparecían en el viento.

Parte veinticuatro

¡Todo eso pasa a la vez en Los Ángeles!

Enero de 1968

Los Angeles Times

EL DE MAYOR CIRCULACIÓN DEL OESTE

Última edición del lunes

LUNES, 1 DE ENERO DE 1968
80 PÁGINAS, DIARIO, 10c

~

NOTICIAS LOCALES

~

17 MUERTOS Y MILES DE PERSONAS SE QUEDAN SIN CASA CUANDO LAS LLAMAS QUEMAN 73.000 HECTÁREAS

John Torgerson
Redacción del Times

MALIBÚ – La peor serie de incendios forestales de la historia de sur de California ayer quedó finalmente bajo control, dejando a los residentes conmocionados y a los funcionarios del condado valorando los daños. Desde que se iniciaron los incendios hace justamente una semana, se han confirmado diecisiete fallecidos, doce de ellos bomberos, quedaron destruidas casi 300 casas y casi 80.000 hectáreas de terreno, en un arco desde Thousand Oaks hasta Topanga, han quedado carbonizadas y dañadas. Miles de personas fueron obligadas a abandonar sus casas en zonas donde se impusieron órdenes de evacuación.

Durante lo peor de los incendios, la llanura costera parecía una zona de guerra, con humo alzándose unos tres kilómetros en el cielo, barrido por los vientos cálidos y secos del Santa Ana. Residentes de la parte sur,

sentados en sus porches, patios y playas, contemplaban los incendios como si estuvieran viendo fuegos artificiales.

Vientos inusualmente violentos

Bomberos y empleados del Servicio Forestal atribuyen los incendios a la violenta intensidad del Santa Ana, la más violenta de la memoria reciente, tardíamente inapropiada para esta época del año, inusualmente fuerte y completamente inmisericorde. Los vientos alcanzaron más de 135 kilómetros por hora y propagaron chispas por los desfiladeros, llegando hasta el océano y originando incendios que se extendieron en múltiples direcciones a la vez.

En el momento culminante del fuego, un solo incendio se extendió desde Agoura Hills hasta Malibú Beach, donde ardieron casas de estrellas de cine y se fundió el asfalto de la autovía Pacific Coast. Los evacuados contemplaban las infernales escenas desde las playas, en las que desgraciados caballos que habían sido alcanzados por las llamas eran liberados de su sufrimiento por los disparos de los ayudantes del sheriff.

Páginas con fotos: Página 14, sección A, y sección C, página 1

—Esto solo es el comienzo —se quejaba un residente en Malibú—. Ahora que se ha quemado el monte bajo, vendrán la lluvia y los aluviones. Se hundirán zonas residenciales enteras. El gobierno tiene que invertir dinero en nuestra protección.

Quizá sean atendidas las peticiones de reparación de tales destrozos: entre las propiedades destruidas estaba la del gobernador Ronald Reagan, el cual informó a la prensa de los esfuerzos para el rescate y la reconstrucción durante el fin de semana.

Pásese por favor a la página B, col.1

Los Angeles Times

EL DE MAYOR CIRCULACIÓN DEL OESTE

Última edición del jueves

JUEVES, 18 DE ENERO DE 1968
80 PÁGINAS, DIARIO, 10c

~

NOTICIAS NACIONALES

~

COMUNICADA LA CREACIÓN DE UNA NUEVA AGENCIA CONTRA LAS DROGAS

Stephen Newark
Corresponsal en Washington

WASHINGTON. - El Ministerio de Justicia comunicó ayer que la Oficina Federal de Estupefacientes se va a fusionar con la Oficina de Narcóticos y Drogas Peligrosas para formar una nueva «superagencia» que supervise el control de estupefacientes.

El fiscal general Ramsey Clark comunicó el cambio en su rueda de prensa semanal, como complemento a su comunicado anterior a las Navidades de que la Oficina Federal de Estupefacientes pasaba del control de Hacienda al del Ministerio de Justicia, antes de ser suprimida. El señor Clark mencionó la duplicación jurisdiccional entre la Oficina Federal de Estupefacientes y la Oficina de Control de Consumo Ilegal de Drogas y la necesidad de un control más estricto del presupuesto como motivos para la fusión. Aunque, según se desprende de las conversaciones entre los círculos cercanos a la decisión, otro factor importante fue la reciente racha de escándalos de corrupción de la Oficina

Federal de Estupefacientes.

La nueva organización, llamada provisionalmente Administración para el Control de Drogas, será dirigida por Thomas Mitchell, el anterior director adjunto de la Brigada de Crimen y Estupefacientes de la CIA. La elección de ese director supuso una sorpresa para muchos, pues se habría esperado que ocupara el puesto alguien de la Oficina Federal de Estupefacientes o de la Oficina de Control de Consumo Ilegal de Drogas. Sectores de ambas organizaciones han estado maniobrando durante las últimas semanas para conseguir que fuera nombrado uno de sus candidatos.

En declaraciones confidenciales, miembros de la oficina del fiscal general sugirieron que la elección de alguien no afiliado a ninguna de las dos agencias anteriores podría responder al interés de la nueva organización para mantener la neutralidad y comenzar su andadura sin cuentas pendientes.

71

Jueves, 18 de enero

KERRY HABÍA SALIDO A primera hora de la mañana, bajo un sol resplandeciente y el olor de flores de azahar en el aire. Tuvo que tomar la autopista Ventura porque el asfalto fundido de la autovía Pacific Coast estaba volviendo a aplicarse después de los incendios. Al bordear el extremo norte de Malibú podía ver las colinas cercanas, que brillaban amarillas con plantas de mostaza silvestre. Más allá de ellas, en las alturas, estaban las abrasadas, carbonizadas colinas y montañas donde habían tenido lugar los incendios. El aire estaba tan seco y limpio que podía distinguir todos los detalles: los riscos, las crestas, las carreteras, las zonas quemadas, los cortafuegos excavados en la tierra.

La visión de aquello le hizo estremecerse de horror, pues sus emociones la devolvían bruscamente al infierno. Desde entonces sus noches estaban pobladas de sueños de incendios que la aterrorizaban una vez más. Como si las mismas llamas que le habían quemado en Vietnam la hubieran seguido aquí para terminar el trabajo pero, gracias a un golpe de suerte, y la ayuda de Ida, había sobrevivido.

Ella e Ida habían estado comprando los periódicos todos los días, buscando noticias del descubrimiento del cuerpo de Faron, noticias sobre la Oficina Federal de Estupefacientes y la CIA, sobre la conspiración en Vacaville y las rutas de la cocaína. Pero en balde. Habían cerrado la Oficina Federal y su sucesora —la Administración para el Control de Drogas— ya estaba en marcha. La sucesora que haría redadas entre los menos importantes mientras dejaba que los peces gordos relacionados con la CIA se ocuparan de traficar con todos los estupefacientes que quisieran por todo el mundo. Tampoco

había ningún comentario sobre los experimentos con drogas en Vacaville, o su relación con Bud Williams.

Cuando Ida y Kerry dejaron la casa de Hennessy, se detuvieron en un punto de control del Servicio Forestal y llamaron al inspector Towne, que vino y se llevó en prisión preventiva a Bud. Con el fin de mantener a Ida y Kerry al margen de aquello, inventaron una historia con Towne según lo cual Bud había estado deambulando por el bosque y una persona que pasaba por allí se encontró con él, lo entregó a las autoridades y luego desapareció.

Un día después el titular «¡Atrapado el Matatife Nocturno!» destacaba en todos los periódicos. Los periodistas se lanzaron como un enjambre sobre el trasfondo de la historia de Bud, su temporada en Vacaville. Pero no se hacía nunca ninguna mención de los experimentos con drogas que le habían sumido en el abismo. La indignación popular se reservó para las autoridades que soltaron a Williams del centro médico demasiado pronto. Después de un rápido reconocimiento psicológico, lo mandaron inmediatamente de vuelta a Vacaville a la espera de una valoración médica más completa y competente que decidiría si estaba en condiciones de ser sometido a juicio.

Y eso fue todo.

Lo que se contaba de los orígenes del Matarife Nocturno se centraba en la incompetencia gubernamental, la del Departamento Correccional, valorando incorrectamente el riesgo cuando lo pusieron en libertad. Vacaville ya había quedado libre de cualquier aspecto incriminatorio tiempo atrás. Las pruebas de Hennessy habían ardido en los incendios forestales. El resto de los reclusos que tomaron parte en el programa se habían dispersado, o estaban muertos o eran lo bastante listos para mantener la boca cerrada. ¿Y quién los creería, en cualquier caso? Todos habían sido diagnosticados como dementes criminales. Puede que unos cuantos de los guardas pudieran convertirse en soplones, pero probablemente eran bastante listos para mantenerse callados también. La única prueba auténtica que quedaba era Williams, y nadie sabía nada de él desde que lo volvieron a encarcelar. Y aunque

pudiera hablar, ¿quién lo iba a creer?

En cierto sentido, eso les había venido bien a Ida y Kerry. El que se ocultaran los hechos les beneficiaba tanto como a la CIA. Con Faron y White muertos, y Bud Williams encerrado en lugar seguro, ya no había motivo para que la Agencia mandara a nadie a encargarse de ellas. Los restos carbonizados de Faron, si los encontraban alguna vez, estarían demasiado quemados para que fuera identificado; solo sería otra víctima anónima de los incendios forestales, no alguien a sueldo de la CIA encargado de matar a estadounidenses inocentes. Los archivos de Hennessy y las pruebas que contenían habían desaparecido. El fuego había hecho su trabajo, así que Kerry e Ida podían seguir con sus vidas.

Para Kerry eso significaba hacer los preparativos para el funeral de Stevie. Pensaba enterrarlo cerca de la casa de su familia. ¿Pero era de verdad una casa familiar? ¿Quedaba algo en Luisiana aparte de decepciones y recuerdos dolorosos? Kerry pensó que quizá dejar que Stevie reposara en Los Ángeles podría ser una declaración de intenciones, un modo de reafirmar que ella se quedaba, que iba a emprender una vida en la ciudad. Ya estaba harta de correr en pos de la muerte. Ella y Stevie se habían prometido iniciar una nueva vida en California, y Kerry podría mantener por lo menos la parte del pacto que le correspondía.

Asistió solo un puñado de personas al funeral: Kerry, Ida, el marido de esta, que volvió de Alemania, su amigo Dante y su mujer Loretta y Tom el de la pensión. Fue algo patético, ¿pero por qué no iba a serlo? Era el funeral de un adolescente fugitivo.

Después de la ceremonia volvieron a la casa de Ida en Fox Hills, y mientras todos estaban hablando en el cuarto de estar, Kerry se sintió unida a aquellas personas. Había viajado a Los Ángeles para encontrar el último vestigio que conservaba de su familia, y ahora no le quedaba nada de eso. Pero en aquella reunión tuvo la sensación de que existía la posibilidad de encontrar una nueva familia. No la que había venido a encontrar, pero en cualquier caso una familia.

Así que, tras aceptar la oferta de Ida para que se quedase,

había llamado a su capitán a la Cam Ranh Bay, pidió un permiso por duelo familiar y solicitó una licencia por motivos médicos. Su capitán le había dicho que la ayudaría todo lo que pudiera una vez iniciado el procedimiento. Ahora lo único que le quedaba por hacer era viajar a una base aérea y completar las formalidades. Podría haber ido a la Base Aérea de Los Ángeles en El Segundo, pero prefirió recorrer en coche todo el camino para subir hasta Travis, porque estaba solo a tiro de piedra de Vacaville y ella tenía cuestiones pendientes allí.

CUANDO LLEGÓ A TRAVIS, LE indicaron que se dirigiera a un pequeño edificio del borde de la base. Aparcó delante de él, apagó el motor y, cuando se volvió para coger su bolsa del asiento de atrás, las quemaduras del cuello le dolieron. El calor del incendio forestal había retrasado su recuperación, pero no demasiado. En unas cuantas semanas lo peor se habría mitigado. Entre tanto, estaba calmando el dolor con aspirina porque había decidido no comprar más Dilaudid cuando su provisión original se acabó. No tenía sentido adquirir una adicción solo por unas pocas semanas más de resistencia.

Entró en el edificio y la mandaron a un despacho diminuto donde un funcionario con aspecto aburrido se ocupó de las formalidades. Firmó un formulario que dejaba constancia de que estaba de acuerdo con la valoración de que ya no era capaz de permanecer en el servicio activo, le dieron una tarjeta para que la leyera en voz alta reconociendo que entendía la Declaración de Derechos del Soldado, le hicieron firmar un documento en el que se ratificaba, luego ella preguntó si tenía algún equipo militar que devolver.

—El uniforme de gala lo compré yo. Y la ropa de faena.

—La ropa no forma parte del equipo.

El funcionario entregó a Kerry copias de los documentos que había firmado y un sobre.

—Dentro está su última paga —dijo—. Que tenga un buen día.

—¿Es eso todo? —Kerry frunció el ceño.

—Es todo. Vuelve usted a ser civil.

Se sintió decepcionada por la falta de ceremonia, por lo

prosaico que había sido todo el proceso.

Cuando salió, miró el montón de ropa que había traído consigo. Las prendas de combate estaban casi completamente descoloridas, una señal de lo que Kerry había experimentado en Vietnam, y de que los novatos tenían que mostrarle respeto. Ahora todo eso había desaparecido. Pasó el pulgar por la tela. Tal vez debería conservar la ropa, guardarla en una caja en algún sitio, enseñársela a sus hijos si los tenía alguna vez.

Miró alrededor, encontró un cubo de basura y la tiró dentro.

DIEZ MINUTOS MÁS TARDE estaba en Vacaville. Tras registrarse, la llevaron a una recepción, donde se sentó en un banco y esperó por el guarda. Le había llamado días antes para concertar la visita, y entonces se había enterado de que se llamaba Luke. Él pareció sorprendido al oírla, y le dijo que estaban recibiendo todos los días múltiples llamadas de periodistas que trataban de entrevistar a Bud Williams. Pero las autoridades se aseguraban de que no se le acercase nadie, habían prohibido que se le visitase y lo mantenían en régimen de aislamiento, sedado con barbitúricos. Entre los tres, Luke, Kerry e Ida, habían improvisado un nombre falso para ella y una historia inventada: Kerry pasaba por ser trabajadora de una organización de caridad relacionada con la iglesia a la que asistía la abuela de Williams, que venía a comprobar que estaba bien y a entregarle libros religiosos.

Alzó la vista y vio a Luke acercarse atravesando la recepción.

—¿La señorita Harrison? —dijo, utilizando el nombre falso.

Kerry sonrió y se levantó del banco. Se estrecharon la mano.

—¿Me permite? —Señaló la bolsa de Kerry, hizo como que estaba mirando su interior y luego la condujo por una serie de pasillos.

—No estoy seguro de cuántas cosas sensatas va a conseguir sacarle.

—Sí, lo sé. He leído los informes psicológicos. En cualquier caso merece la pena intentarlo.

Siguieron andando, doblaron una esquina, tomaron otro pasillo y luego se acercaron a una puerta. Luke sacó unas

llaves de su cinturón y abrió la puerta. Entraron a una mínima sala de visitas donde Bud estaba sentado ante una mesa de metal, con manos y pies esposados. Unas cadenas conectaban las esposas a las patas de la mesa, que estaban atornilladas al suelo.

—Bud, tu visitante está aquí —dijo Luke.

Bud alzó la vista hacia ellos con rostro inexpresivo. Luke tenía razón: estaba completamente drogado.

—Esperaré fuera —dijo Luke.

Kerry se sentó, puso la bolsa encima de la mesa y examinó detenidamente a Bud. Allí estaba el Matarife Nocturno, el hombre que descuartizó de modo espantoso a cuatro habitantes de Los Ángeles, el que tuvo aterrorizada a la ciudad. Allí estaba Bud Williams, un chico que parecía asustado, confuso, sedado, no mucho mayor que ella. Tuvo la sensación de que eso habría bastado para hacer un juicio moral de él. Que eso era lo que exigían sus crímenes y sus víctimas. Pero ofrecía una imagen tan lamentable que resultaba difícil. Apenas parecía relacionarse con este mundo. Casi sería como tratar de hacer culpable de sus actos a un sonámbulo. ¿Cómo podía alguien ser malvado y no malvado al mismo tiempo? ¿Cómo podía ser él tan singular y también tan anodino?

—Usted es la dama del fuego —dijo Bud. Su voz era sumisa e infantil, casi cómica, con un leve deje de Luisiana incluso después de tantos años en California.

—Sí, lo recuerdas —contestó Kerry.

—Ellos dijeron que usted era de la iglesia de mi abuela.

—Eso también, Bud, Mira, te he traído algunas cosas.

Kerry señaló la bolsa, pero él se limitó a seguir mirándola fijamente.

—Bud, quería hablar contigo de la temporada que pasaste en la casa de las colinas. La casa del agente Hennessy.

—Ellos me dijeron que no hablase de eso.

A Kerry le gustaría saber quiénes eran «ellos». ¿Los médicos o las personas implicadas en el encubrimiento? ¿Le habían dado instrucciones? ¿Le habían amenazado?

Levantó las manos, tratando de calmarle.

—No me interesa el agente Hennessy —dijo—. Solo quiero

saber si había alguien más viviendo en la casa mientras tú estabas allí.

Kerry se sacó la foto de Stevie, la deslizó sobre la mesa.

Bud la miró, asintió.

—Era amigo de Hennessy —dijo—. Estuvo allí conmigo a veces. Era agradable. ¿Se encuentra bien?

Kerry se quedó callada un instante.

—Claro, Bud. Le está yendo bien. Oye. Ahora es cuando la cosa se complica. Ese tipo, el amigo de Hennessy, ¿hablasteis tú y él mientras estuvisteis en la casa?

—Claro que hablamos. Todo el tiempo.

—¿Mencionó alguna vez a su familia? ¿A su hermana? ¿Contó alguna vez algo sobre ella?

Incluso mientras hacía esas preguntas, se sentía una estúpida. ¿Por qué se le había ocurrido que hacerlas era una buena idea? ¿De qué esperaba enterarse? Desde que Ida había vuelto a su casa de Fox Hills, y ella se había quedado sola en el apartamento de Bunker Hill, estaba obsesionada con los últimos días de Stevie. Entonces, en cierto momento, se dio cuenta de que Bud podría ser capaz de ponerle al tanto de ellos, de que él podría contarle algo que atenuase el dolor. Terminó decidida a hablar con él, a conseguir la última gota de información que la ayudase a estar más cerca de su hermano. Pero ahora que estaba allí, solo se sentía una imbécil por creer que enterarse de más cosas sobre los últimos días de Stevie podría ayudarle.

—Él nunca dijo nada sobre una hermana —afirmó Bud—. Charlamos sobre Luisiana, sin embargo. Es de donde somos los dos.

—¿Qué dijo sobre Luisiana?

—Habló de una casa, de un árbol medicinal en el jardín. De lo hermoso que era todo. Me enseñó una foto. De él y una chica vestidos como vaqueros e indios.

—¿Dijo algo de la chica? —preguntó Kerry, con lágrimas en los ojos.

Bud negó con la cabeza.

—¿Y sobre Hennessy? ¿Le oíste hablar alguna vez con Hennessy?

—Sí, también hablaban de Luisiana. Hablaban sobre los pantanos. Sobre un hombre muerto que flotaba en un pantano.

Kerry se quedó sin respiración.

—¿Qué hombre muerto, Bud?

Bud se encogió de hombros, mirándola aturdido por los sedantes.

—Un hombre muerto que flotaba en el pantano.

—¿Era su padre?

—No lo sé, señorita. Lo único que recuerdo es que ellos hablaban. —La miró, movió la cabeza—. Hay montones de muertos en el mundo, señorita. Montones de gente muerta.

Ella lo miró fijamente.

—¿Fue por eso por lo que te interesó tanto el folklore? ¿El vudú?

Él negó con la cabeza.

—¿Entonces por qué? —preguntó Kerry.

Él sonrió.

—Porque el vudú es lo que hace girar el mundo.

Kerry frunció el ceño, y continuó mirándolo fijamente. Luego asintió, fingiendo que le entendía. Volvió a centrar de nuevo la conversación en Stevie y Hennessy, formulándole a Bud la misma pregunta que le había hecho antes pero expresándola de modo distinto. La respuesta fue nuevamente imprecisa. Y nuevamente comprendió que no le podía presionar demasiado por miedo a que se negara a seguir hablando.

Insistió durante veinte minutos, pero no consiguió nada. Lo que hubiera venido a encontrar, ya lo había encontrado. La visita no solo no había contribuido a curar sus heridas, sino que incluso las había abierto más.

MEDIA HORA DESPUÉS DE dejar Vacaville, había aparcado a un lado de la carretera que llevaba de vuelta a la autopista, justo enfrente de uno de aquellos carteles: «¡Atención! Los autoestopistas pueden ser lunáticos fugados». Eso la hizo pensar en Bud y su conversación sobre muertos y vudú. Desde que le siguieron el rastro por primera vez, ella quiso hacerle preguntas sobre sus crímenes. Probablemente las mismas que

los periodistas y psiquiatras: ¿por qué había hecho lo que hizo? ¿Mataba por placer? ¿Era una compulsión? ¿Estaba tratando de arreglar la parte rota de su psique con los asesinatos? ¿Era todo solo un ritual? ¿Sacrificios a un dios del vudú al que adoraba?

Pero cuando estaba sentado delante de ella, desamparado y patético, se dio cuenta de que todas sus especulaciones carecían de sentido. Él no tenía la autoconciencia o la lucidez necesaria para saber por qué hacía algo. Era un zombi, un sonámbulo, un hombre a la deriva en un mundo onírico, sin conciencia de que sus acciones tenían consecuencias en el mundo real, consecuencias que él apenas podía percibir. No había respuestas. Solo la deprimente lección de que las cosas malas sucedían sin motivo. Que Bud solo era parte del caos, el conflicto y la violencia que formaban la base de la vida.

El destartalado Oldsmobile de Luke apareció en la carretera un poco más allá, esperó y se detuvo junto a ella. Se apeó, cruzó hasta el coche de Kerry y se introdujo en él. Llevaba dos envoltorios.

—Sándwiches —dijo—. ¿Queso o jamón?

Ella cogió el de queso, y comieron, observando el polvo arremolinarse en la carretera, señal de que al otro lado lo sacudía el viento.

—¿Conseguiste sacarle algo útil? —preguntó Luke.

Kerry negó con la cabeza.

—Sí, está bastante drogado —dijo él—. Y para empezar, nunca fue muy sensato.

—En todo caso, empeoró las cosas.

—¿Cómo?

—Hizo que me diera cuenta de lo estúpida que he sido viniendo aquí.

—No fue una estupidez. Fue una oportunidad, y tú la aprovechaste.

—Claro.

Daba la sensación de que Luke estaba siendo sincero, de que no solo intentaba hacer que ella se sintiera mejor. Pero Kerry todavía se sentía estúpida, como si se hubiese estado engañando. No había soluciones sencillas. Ella estaba afectada,

física, emocional y psicológicamente. Llevaría años conseguir que se abriera paso a través de todo. La carretera a donde quería ir sería larga y difícil; tendría retrocesos. Antes que nada, necesitaba imaginar *cómo* recomponerse a sí misma, *cómo* mejorar. Porque si su viaje allí había demostrado algo, era que Bud Williams no era la respuesta. Y la idea de que Stevie y Hennessy hubieran tratado de la muerte de su padre solo enturbiaba más las aguas. Volvió a pensar en aquella enfermera de la Fuerza Aérea con la que había volado a Vietnam la primera vez, que le dijo que quienes aceptaban que necesitaban ayuda eran quienes salían adelante.

—¿Qué le va a pasar a Bud? —preguntó.

Luke se encogió de hombros.

—Se supone que lo llevarán ante los médicos y el juez. Si ellos deciden que es capaz de soportar un juicio, terminará en la silla eléctrica, o los que se encarguen de tapar el asunto lo matarán antes de que pise el juzgado. Un suicidio simulado, una sobredosis, una caída. Ya me sorprende que aún no lo hayan intentado. A lo mejor hasta tiene suerte y le dejan pasar el resto de su vida sometido a un sistema carcelario, drogado y aislado.

Volvió a encogerse de hombros, desganado.

Hablaron un rato más hasta que él dijo que su periodo de descanso casi se había terminado. Kerry le entregó un trozo de papel con su número.

—Por si alguna vez estás en Los Ángeles —dijo.

Él sonrió, saludó con un sombrero imaginario y luego se bajó del coche. Kerry lo vio alejarse conduciendo el suyo entre el polvo.

Necesitaba un cigarrillo. Buscó en el salpicadero, encontró su paquete, encendió un pitillo. En la luz del encendedor vio el resplandor del napalm en Vietnam, los incendios forestales de Malibú, el cuerpo de Faron consumido, los restos de las pruebas quemados, a Stevie encogido en el maletero.

Tenía que creer que algún día dejaría de ver todas aquellas cosas, que dejaría de buscar una familia que ya no existía, que en realidad no había dejado fragmentos de su alma en Vietnam, en Luisiana, que algún día estaría entera otra vez.

Eso podría no suceder, pero conocía el mejor sitio en el que intentarlo. El sitio donde todo pasa a la vez.

Arrancó el coche y se dirigió de vuelta a Los Ángeles.

72

DANTE ESTABA SENTADO EN un banco de espaldas al paseo marítimo, contemplando la terraza del hotel Georgian, a sus adinerados huéspedes, a su personal perfectamente vestido. En Ocean Avenue multitudes se dirigían a la arena o a las tiendas, pasando junto a las rojas poinsetias que adornaban las ventanas y entradas de casi todo el edificio. Desde el perfecto cielo azul, la luz se derramaba tan clara, pura y nítida que podría ser la iluminación del plató de una película. Dante disfrutaba de ella, consciente de que no tenía mucho tiempo para hacerlo. Él y Loretta se marcharían pronto. Solo quedaba pendiente un aspecto del negocio, un último obstáculo que sortear antes de que pudieran irse con su seguridad garantizada. Todo lo demás ya estaba resuelto.

Dante se había visto obligado a vender la empresa de distribución con un descuento enorme, pues el almacén y las existencias habían desaparecido; de hecho, solo vendía el nombre, su propio crédito y los contratos existentes. Pero compensó la mayor parte de la rebaja con el pago de Licata por la recuperación de la fianza, suficiente para mitigar el miedo de los banqueros. De modo que se realizó el trato. El comprador incluso había ofrecido trabajo a los empleados actuales de la empresa cuando se encontrara un nuevo almacén.

Y entonces llegó el informe del investigador del incendio. Debido al gran volumen de alcohol del almacén, era imposible determinar si se había utilizado un acelerante, si este fue provocado. Se había recuperado el cuerpo de Bach, pero estaba tan tremendamente quemado que no pudieron identificarlo. De modo que con la mayoría de las pruebas y la escena del crimen quemadas, los abogados no consideraron que mereciera la pena investigarlo como un homicidio.

Lo único que no parecía favorable a Dante era el informe del seguro. La compañía se retrasaba, alegando que llevaría meses completarlo. Dante tenía la sensación de que estaban intentando cansarle, o que buscaban lagunas legales. Si lo que él sabía de las compañías de seguros era cierto, buscaban el modo de no pagarle. Pero no le importaba. Había obtenido lo suficiente para cerrar el trato sobre el viñedo, y lo había conseguido.

Fue a ver a Licata un par de veces durante las últimas semanas. La primera vez para explicar cómo encontró el cuerpo de Riccardo. Dante había inventado una historia sobre que Zullo había matado a Riccardo, que Zullo era su suministrador de coca, que él conseguía de alguien de Las Vegas. Probablemente. Culpar de todo al desdichado Zullo suponía que Licata nunca se enteraría de la relación con la CIA. Dante incluso había mantenido en secreto la traición de Roselli, que Roselli solo le había sugerido a él como el hombre indicado para encontrar a Riccardo porque quería que la búsqueda fracasase, imaginando que no llegaría muy lejos en su investigación. Incluso pensó que podía haber sido Roselli el que recurrió a White cuando Dante empezó a hacer progresos, empujándole a mandar a Bach y DeVeaux al almacén para matarle. Al mantenerse callado, Dante le había salvado la vida a Roselli, lo que significaba que contaba con este como salvaguarda de su propio futuro.

En lo referente a los dos hombres que le habían estado siguiendo en el sedán negro, Dante todavía no estaba seguro de quiénes eran, aunque tenía la sensación de que probablemente fueran de la CIA. De ahí que estuviera sentado en un banco en Santa Mónica bajo el sol invernal.

Poco después de las diez un viejo se acercó arrastrando los pies por la avenida y se sentó en una de las mejores mesas de la terraza del Georgian. Dante esperó hasta que el camarero vino a preguntarle qué quería tomar, hasta que el hombre hubo encendido un cigarrillo. Entonces se levantó y se acercó. Roselli le distinguió antes de que llegara a la terraza. Dante ocupó una silla frente a él sin decir una palabra.

—Dante —dijo Roselli, tratando de disimular su

incomodidad—. Esto resulta inesperado.

—Estaba esperando el momento. ¿Has tenido un agradable descanso en Palm Springs?

—Era en el lago Tahoe. Pero, sí, ha sido agradable.

—Apuesto lo que sea a que mucho más tranquilo que Los Ángeles.

—Naturalmente.

Cruzaron la mirada. Dante encendió un Lucky, contento de prolongar las cosas, dejar que la tensión aumentara, ver si Roselli era el primero en romper el silencio.

—Oí que estabas presente cuando murió Zullo —dijo Roselli.

—Y también estaba presente cuando murió White.

Roselli pareció sorprendido.

Se acercó el camarero. Dejó en la mesa el café y el coñac que tomaba Roselli por la mañana.

—¿Algo para usted, señor? —preguntó a Dante.

Dante negó con la cabeza. El camarero asintió y les dejó. Dante contempló lo que tenía enfrente, las palmeras ondulando, la arena amarilla, el interminable océano azul salpicado de surfistas a la espera de la ola grande, el destello de un avión elevándose en el aire.

—¿Sabes? —dijo—. Una cosa que nunca entendí fue por qué usaste a Zullo y Riccardo para algo tan importante. Pero White me lo aclaró. Bromeó acerca de que él había dejado la presión al margen. Tú imaginaste que el único modo de conseguir que mereciera la pena era dejar la presión en manos de un par de inútiles del tres al cuarto como Zullo y Riccardo porque sabías que los jefes se reirían en tu cara ante el trato que te obligaban a hacer. Fuiste engañado y superado por la Agencia, Johnny. Deberías estar avergonzado.

Roselli no dijo nada. Se limitó a mirar fijamente a Dante desde detrás de aquellas enormes gafas de sol redondas que llevaba. Dio un sorbo a su coñac.

—¿Y qué es lo que quieres? —preguntó al fin—. ¿Has venido a regodearte? ¿A reírte de mí? Ya has ganado, Dante. Te has impuesto. Zullo está muerto. White está muerto. Licata cree que fue Zullo el que mató a su hijo. La Agencia ha

montado sus nuevas rutas de coca en otra parte. ¿Qué quieres de mí?

—Seguridad —dijo Dante—. Aunque mi almacén se quemó, saqué adelante el trato del viñedo. Me marcho de Los Ángeles. Hoy. En cuanto terminemos de hablar. Me voy en coche al ponerse el sol, Johnny, y no quiero que el tufillo de este asunto me siga.

—¿Y?

—Si dejo que alguien sepa lo que has estado haciendo… Licata, cualquiera de los otros jefes… estás jodido. ¿Establecer rutas de droga sin que la Comisión meta baza? ¿Mirar hacia otra parte mientras Riccardo intentaba derribar a su padre? ¿Dejar que liquidaran a Riccardo? Licata puede que sea débil, pero todavía es miembro de la Mafia. Si cualquiera se entera de lo que sé, eres hombre muerto. Hice unos arreglos. Si me pasa cualquier cosa, todos irán a por ti.

Aunque las gafas de sol le ocultaban los ojos, Dante pudo apreciar el cambio en la actitud de Roselli, una aceptación del hecho de que Dante le había superado.

—¿Crees que voy a hablar? —dijo, ofendido—. ¿A cuánto nos debemos remontar, Dante? Vamos.

—No eres tú quien me preocupa. Nuestra parte en esto ha quedado cerrada. Los únicos que podrían considerarme un cabo suelto son tus contactos en la Agencia. Así que, si sale a relucir mi nombre como un cabo suelto, tú lo arreglas. Solo soy un distribuidor de bebidas que se retiró al valle de Napa. No tengo pruebas de nada, y no sé nada, y aunque lo supiera, soy un tipo legal de la vieja escuela que mantiene la boca cerrada porque no es un soplón. No es necesario que nadie me vigile. Porque si lo hace, saldrá a relucir todo, y tú también serás hombre muerto.

Dante enarcó las cejas, esperando que Roselli respondiera.

Roselli se tomó su tiempo, pero solo por cuestiones de dignidad.

—La Agencia está por encima de mi posición. Tú mismo dijiste que me engañaron. Nadie se libra de sus perros cuando atacan.

—Encontrarás el modo. Eres Johnny Roselli. Tú nos

ofreciste Hollywood en bandeja. Tú montaste las estafas en Las Vegas. Tú organizaste el ataque contra Castro. Contra Kennedy. Tú ayudaste a la Agencia a blanquear su dinero negro en paraísos fiscales. Tú estás absolutamente involucrado en la operación que dejará a Howard Hughes sin unos centenares de millones. Encontrarás el modo. Tu vida depende de ello.

Roselli recapacitó y suspiró.

—Yo no quería que esto se complicara tanto.

—Pero se complicó. Y para empezar, eres absolutamente responsable de que interviniera la Agencia. Eso era habitualmente cosa nuestra, Johnny. Cosa nuestra. *Nosotros les* pagábamos. *Nosotros les* controlábamos. Ahora ellos nos usan como si fuéramos sus empleados. Todos los tratos que has hecho todos estos años nos hicieron más débiles, y a ellos más fuertes. Remodelaron las operaciones que hacían con nosotros, y ahora no tenemos nada. Ya no tenemos sitio en este nuevo mundo que ellos han construido.

—¿No crees que ya lo sé? —dijo Roselli—. ¿No crees que sé que ellos llevan las riendas? ¿Que ahora nosotros somos viejos? ¿No crees que te envidio porque te quitas de en medio mientras puedes?

—Puedes creer lo que quieras —respondió Dante, poniéndose en pie—. Limítate a recordar lo que te he dicho. Ahora mi destino es tu destino.

CUANDO DANTE VOLVIÓ AL Thunderbird, Loretta le estaba esperando en el asiento del acompañante con el perro en el regazo. Dante entró y encendió otro cigarrillo.

—¿Qué tal? —preguntó ella.

—Roselli es un tipo listo. Nos irá bien.

—¿Entonces ya está? ¿Nos marchamos?

—Sí, nos marchamos.

Se sonrieron uno al otro y Dante sintió una infinita gratitud por lo que tenía, porque la vida le bendijese.

Arrancó el coche y recorrieron Santa Mónica, dirigiéndose hacia la 405, abandonando la ciudad después de todos aquellos años. Dante regresaba al mismo estilo de vida mediterráneo de fabricación de vino que sus abuelos habían querido dejar atrás

cuando emigraron desde Italia casi un siglo antes. Era curioso cómo sucedían las cosas.

Mientras conducía, disfrutaba del sol, notaba su calor en la cara. Observaba la circulación que pasaba zumbando, notaba el rumor de la ciudad. Pensó en la vida que había llevado entre sus calles y callejones, sus clubes nocturnos y hoteles, sus montañas y playas. En realidad, Los Ángeles era como la heroína. Un pico en las venas. Durante cuarenta años, había mantenido a Dante y Loretta en un hermoso abrazo, pero ahora había llegado el momento de marcharse.

Se estiró hacia Loretta, que le palmeó la mano. Llegaron a la autopista y el Thunderbird aceleró.

73

IDA SE DETUVO JUNTO a la mesa del despacho y rompió el papel marrón del embalaje que le acababan de entregar. Había recibido unos cuantos ramos de flores desde que había inaugurado la agencia nueva, pero no paquetes. Quitó el último papel y quedó a la vista una caja pequeña. Frunció el ceño, la abrió y se dio cuenta de que en realidad era una caja que contenía un reproductor de casetes, con una cinta ya dentro. Pegada encima había una nota.

«Algo para la oficina nueva. Me alegra que no lo dejes, Ida. El mundo necesita todos los héroes posibles. Louis.»

Ella volvió a fruncir el ceño. Probablemente era una primera versión de la canción que había ido a grabar a Las Vegas. Aquello la sorprendió. Normalmente él nunca le mandaba ejemplares de sus discos, y sin duda no con un reproductor de casetes. La última vez que lo había visto fue en el aeropuerto, cuando él iba a subir al avión para la sesión de grabación. Ida le había contado lo de la nueva agencia. Louis le había contado a ella que iba a continuar tocando, con cuidado, siguiendo órdenes del médico. Se rieron uno del otro. Se abrazaron. Él fue como bailando un vals hacia su puerta.

Ida puso el reproductor encima de la mesa y lo conectó al enchufe de la pared intentando imaginar cómo funcionaba. Lo inclinó hacia la luz del sol que entraba por la ventana para así poder leer los símbolos de los botones.

Oyó abrir y cerrarse la puerta de la calle; alguien entraba en la recepción, donde esperaba que pronto hubiera recepcionista. La oficina era tan pequeña como la que Ida había alquilado cuando se trasladó la primera vez a la ciudad; solo aquella habitación para ella y Kerry, y la habitación delantera para la recepción. El edificio era uno de los pocos que quedaban en el borde de Bunker Hill, una zona cuya demolición no estaba

prevista, y en parte por eso era tan barato. Ida volvería a estar en el antiguo Los Ángeles, en el centro de todo. Aunque ese centro hubiera cambiado hasta ser irreconocible. Sabía que ya era un poco mayor para volver a empezar, pero solo necesitaba unos cuantos años para preparar a su pupila y ocupar un papel secundario de apoyo una vez que ella funcionara a pleno rendimiento.

Kerry entró en el despacho.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Ida.

Kerry había hecho el viaje al norte del estado el día anterior. A la Base Aérea, y luego a ver a Bud Williams.

—No me pudo contar mucho —respondió, encogiéndose de hombros.

Ida asintió. Era lo que imaginaba. Se habían tomado muchas molestias para organizar la visita, para ver si Bud podría contarle a Kerry algo sobre Stevie que le proporcionara detalles de aquellas últimas semanas perdido, que aplacara su dolor. Ida había tenido constantemente la sensación de que cualquier consuelo que consiguiera la chica se lo procuraría el simple acto de ir allí, de agotar sus posibilidades, más que los detalles que pudiera revelar Bud. Todo era parte del proceso.

Kerry se sentó subida al alféizar y señaló el reproductor de casetes.

—¿Qué es eso?

—Es un regalo de un amigo mío. Creo que es una grabación de una canción suya. Estaba tratando de imaginar cómo funciona, pero antes…

Ida fue a su bolso y lo abrió. Le entregó a Kerry su pitillera de plata.

—A mí me la dio mi maestro, Michael Talbot. Él la recibió de su maestro. Un detective que se llamaba Luca D'Andrea, allá en Nueva Orleans. Ya hace décadas.

—¿Y tú me la das a mí? —preguntó Kerry.

—Supongo que es una tradición. —Ida sonrió.

Pensó en todo aquello por lo que había pasado la pitillera: huracanes e inundaciones en Luisiana, explosiones en Chicago, tormentas de nieve en Nueva York, incendios forestales en Los Ángeles. Quisiera saber todo lo que aún le quedaba por pasar.

Fuera lo que fuese, Ida sabía que Kerry sería una buena sucesora, y hoy, el primer día de trabajo formal en la nueva agencia, era el momento adecuado para entregársela.

—Gracias —dijo Kerry, con una seriedad que demostraba que apreciaba la importancia del regalo. Abrió la pitillera y leyó la inscripción del interior. La cerró. Pasó los dedos por los dibujos que tenía grabados y se la guardó en el bolsillo.

En aquel momento Ida sintió algo más que el presagio de una nueva aventura; sintió con certeza algo eterno, una cadena inquebrantable que se extendía en la oscuridad. De Luca a Michael, de este a Ida y de Ida a Kerry, y hacia el futuro. Daba igual cómo cambiaran los tiempos, si la vida decaía o florecía, si se transformaban las ciudades: siempre habría detectives, o personas como ellos, luchando por lo que creían, ayudando a los demás, confiando en el poder irresistible de la esperanza.

Por la ventana, detrás de Kerry, un avión se elevaba en el aire. Ida contempló cómo se ladeaba y hacía un ángulo, destellando como una aguja, enhebrándose hacia el este por la interminable bóveda azul del cielo. Imaginó que Louis iba en aquel avión, dirigiéndose a nuevos horizontes, a sus propias aventuras nuevas.

Examinó el reproductor de casetes una vez más. Encontró el botón de reproducción. Lo apretó. Emitió un siseo mecánico, como el del sonido crepitante de un disco antes de que empiece a sonar, y luego se inició la canción. Mientras estaban sentadas escuchándola, Ida en su sillón, Kerry subida al alféizar, sus caras esbozaban sonrisas. La canción era como un blues y un himno, todo a la vez. Una celebración y un lamento. Aquella solo posible gracias a este. Ida pensó en todo el dolor por el que había pasado su amigo en el curso de su vida, en todas sus angustias recientes. Y así era como respondía él. Como si hubiese absorbido toda la violencia y todo el odio que lo rodeaban para librar al mundo de ellos, para producir un antídoto.

Ida entendía ahora por qué Louis le había mandado la canción. A pesar del caos, o quizá incluso debido a él, aquel era un mundo maravilloso. Si le das una oportunidad. Los dos habían estado dispuestos a ceder al pesimismo, pero las dos se

habían dado cuenta, por medio de sus propios traumas, de que no podían rendirse nunca. Tenían que seguir. Nada más llegar al final, Ida volvió a mirar la nota.

«Me alegra que no lo dejes, Ida. El mundo necesita todos los héroes posibles.»

Cuando la canción terminó, dejó algo en la habitación. Un calor. Un resplandor. Una bruma en el aire. Kerry e Ida se miraron la una a la otra, reconociendo algo que no se podía expresar. Era como si la canción hubiera sido compuesta para aquel preciso momento, para aquel sitio concreto, para aquel particular matiz de esperanza.

—¿Tu amigo es Louis Armstrong? —preguntó Kerry.

Ida sonrió, asintió.

Kerry asintió a su vez, sorprendida.

—Ponla otra vez —dijo—. Es buena.

Ida averiguó cómo rebobinar la cinta y la escucharon otras dos veces, y volvió a dejar aquella bruma dorada en la habitación.

Podrían haber permanecido así horas en aquella brillante mañana de invierno, pero su ensueño quedó roto por una llamada con los nudillos a la puerta, el sonido de alguien que se acercaba por la vacía recepción.

—Suena como a nuestro primer cliente —dijo Ida, volviéndose hacia Kerry.

Kerry asintió y estiró la espalda.

Ida sonrió.

—Venga, chica —dijo—. Veamos de qué pasta estás hecha.

«Algunos jóvenes me habéis estado diciendo: “Oye, abuelo, ¿qué quieres decir con ‘un mundo maravilloso’? ¿Qué pasa con todas las guerras por todas partes? ¿Dices que son maravillosas? ¿Y qué te parece el hambre y la contaminación? Eso tampoco es tan maravilloso”.

»Bueno, no me parece que el mundo en sí sea tan malo, sino lo que le estamos haciendo. Y lo único que estoy diciendo es que sería un mundo maravilloso solo si le diéramos una oportunidad. Amor, cariño, amor. Ese es el secreto. Si muchos más de nosotros nos quisiéramos unos a otros, resolveríamos más problemas. Y este mundo sería sensacional. Eso es lo que el viejo abuelo dice siempre.»

LOUIS ARMSTRONG

Epílogo

Escribir este libro fue a menudo un ejercicio en el que la realidad resultaba más extraña que la ficción. Empezaré con lo más raro: los experimentos sobre control mental con LSD fueron realizados en el Centro Médico de California, en Vacaville. Se iniciaron en 1967 y fueron dirigidos por un agente de la CIA, el doctor James Hamilton, como parte del conocido programa de la CIA «MK-Ultra», en el que se administraban drogas a humanos sometidos a investigación —con frecuencia ilegalmente— para determinar su efectividad en interrogatorios, lavado de cerebro y tortura psicológica. Agentes de la Oficina Federal de Estupefacientes habían estado proporcionando encubiertamente drogas a la CIA para esos experimentos desde 1951.

Se calcula que se experimentó con más de un millar de reclusos de Vacaville durante el tiempo que estuvo vigente el programa. Una interesante teoría conspirativa es que Donald DeFreeze, el fundador del grupo terrorista Ejército Simbiótico de Liberación (tristemente famoso por haber secuestrado a la heredera Patty Hearst en 1974), fue uno de los sujetos sometidos a investigación, pues lo habían mandado a Vacaville después de un enfrentamiento armado con la policía en noviembre de 1969.

El «triángulo de la muerte» lo estableció en la década de 1960 el «Grupo Francia», una red corsa de tráfico de drogas en la que participaba el colaborador exnazi Auguste Joseph Ricord. Con cuartel general en un restaurante de Buenos Aires, el grupo mandaba cocaína de Latinoamérica a Europa, y heroína de Europa a Estados Unidos, donde la distribuía la Mafia. Que la cocaína con origen en regímenes latinoamericanos estaba

apoyada por la CIA ha llevado a especulaciones sobre que la CIA, en el mejor de los casos, conocía el tráfico, y en el peor, estaba activamente implicada en él.

Esta última perspectiva la compartían sin duda muchos agentes de la Oficina Federal de Estupefacientes que intentaban investigar esas rutas de la droga. Uno de esos agentes, John G. Evans, expresó la opinión así: «Llegaron a mi conocimiento otras cosas que demostraban que la CIA contribuyó al consumo de droga en este país. Estábamos en constante conflicto con la CIA porque solapaba su presupuesto en el nuestro, y porque los de la CIA introducían drogas en Estados Unidos. Pero Cusack [jefe de Operaciones Exteriores de la Oficina Federal] les permitía hacerlo, y a nosotros no se nos permitía contarlo. Y eso fomentaba la corrupción en la Oficina».

Numerosos agentes de la Oficina Federal de Estupefacientes eran «untados» por la CIA. Hay también numerosas pruebas que sugieren que la CIA no solo tuvo mano en la desaparición de la Oficina Federal de Estupefacientes, sino también en la creación de su eventual sucesora, la Administración para el Control de Drogas. La posibilidad de que esta Administración sea una «organización títere» de la CIA es cuestión de debate, pero constituye una bonita conspiración sobre la que apoyar el argumento de un *thriller*. Tuve que condensar el marco cronológico, sin embargo; la Oficina Federal de Estupefacientes se fusionó con la Oficina de Narcóticos y Drogas Peligrosas en 1968, según el libro, pero no fue hasta 1973 cuando la nueva organización recién fusionada se disolvió y fue remplazada por la Administración para el Control de Drogas.

El agente especial George White fue una persona real, y probablemente el más famoso de todos los miembros de la Oficina Federal de Estupefacientes. Sádico y agente doble de esa Oficina y de la CIA, White gestionó durante un tiempo en la década de 1950 la base secreta de la MK-Ultra de la CIA en Nueva York, que se utilizó como recinto para el

envenenamiento con LSD de civiles que lo ignoraban. Las actividades de la base secreta de Nueva York se exploran en la serie documental de Errol Morris, *Wormwood* (Netflix, 2017), y forman parte del libro de no ficción de Jon Ronson *The Men Who Stare at Goats* (2004), posteriormente adaptado al cine en 2009 [en España se tituló *Los hombres que miraban fijamente a las cabras.]*

Después de Nueva York, White estuvo a cargo de varias bases secretas de la CIA en San Francisco, mientras continuaba trabajando para la Oficina Federal de Estupefacientes como «supervisor independiente». Se retiró en 1965, pero es un «malo» tan perfecto que centré el relato en torno a él. Aquí lo manifiesta en una carta a su jefe en MK-Ultra, el químico y cabecilla de la red de espionaje de la CIA Sidney Gottlieb: «Yo era un misionero muy poco importante, en realidad un hereje, pero trabajé duro e incondicionalmente en los viñedos porque la cosa era divertida, divertida, divertida. Dónde si no podría un chico americano de sangre caliente mentir, matar, engañar, robar y saquear con la aprobación y las bendiciones de las más altas esferas».

La información sobre la Oficina Federal de Estupefacientes detallada arriba, y en la novela, procede de las insuperables historias sobre la organización y sus sucesoras de Douglas Valentine en *The Strength of the Wolf* (2004) y *The Strength of the Pack* (2009).

Las considerables relaciones de Ronald Reagan con el crimen organizado han sido recogidas en muchos libros y artículos. Su corrupción como gobernador de California, y en particular la venta del terreno mencionada en la novela, se basan en pruebas detalladas en *Dark Victory: Ronald Reagan, MCA, and the Mob* (1986), de Dan Moldea. El rancho objeto de la venta del terreno es ahora parte del Parque Estatal Malibú Creek, abierto a visitantes. En el libro está en un lugar erróneo; lo tuve que «mover» unos siete kilómetros para hacerlo lindar con

el escondite de Hennessy, que situé más al oeste de las montañas de Santa Mónica. (Para un plano detallado de los lugares mencionados en el libro, se puede visitar mi página web: www.raycelestin,com, donde también hay fotos, una bibliografía y otros fragmentos de la investigación.)

Las descripciones del rancho que visitan Ida y Kerry (donde se descubren los cuerpos) están basadas en las del Rancho Spahn, sede de Charles Manson y su «familia». Los detalles del incendio del final del libro se basan en su mayor parte en los devastadores incendios forestales de septiembre de 1970. Los mismos incendios que destruyeron el Rancho Spahn, dejando a la «familia» Manson sin techo.

Los detalles de la muerte en el aparcamiento del aeropuerto están basados en el asesinato de Julius Petro por el matón a sueldo de la Mafia Ray Ferritto en el aeropuerto de Los Ángeles, en 1969.

Las estadísticas sobre el número de afroamericanos que mató la policía de Los Ángeles a mediados de la década de 1960 proceden de *Golden Dreams: California in an Age of Abundance* (2009), de Kevin Starr. Escrita con una brillante prosa de la que la mayoría de los novelistas estarían orgullosos, fue mi favorita de todas las historias de California que leí.

La experiencia de Kerry en la guerra de Vietnam es una combinación elaborada a partir de los relatos de enfermeras que prestaron servicio en el conflicto, la mayoría tomados del excelente *Women at War* (1990), de Elizabeth Norman.

El gánster e intermediario de la CIA «Johny el Guapo» Roselli desapareció en 1976, poco después de que lo convocara la Comisión Selecta del Senado para Inteligencia de Estados Unidos con objeto de prestar declaración sobre el asesinato del

presidente Kennedy. Su cuerpo se encontró unos meses más tarde dentro de un tambor de acero flotando en la bahía Dumfoundling, Florida. Había sido asfixiado. Sus asesinos nunca fueron detenidos. También fue asesinado poco antes de que tuviese que prestar declaración ante la misma comisión el jefe del Grupo de Chicago, Sam Giancana: muerto de un tiro en su propia casa mientras estaba bajo vigilancia policial.

El joven agente que entrega la partitura a Louis es Jerry Heller, que en aquella época trabajaba en la agencia de Joe Glaser. Heller llegó a fundar Ruthless Records en la década de 1980, y se convirtió en una las figuras seminales, y más controvertidas, del rap de la Costa Oeste, y de ese modo estableció una relación directa entre los gánsteres de la época de Capone y los raperos gánsteres de los tiempos recientes.

La ampliación de la autopista 405 en realidad se produjo unos años antes de lo que se cuenta en el libro. Es una idea que robé desvergonzadamente a *The Nowhere City* (1965), de Alison Lurie, una de las magníficas novelas sobre Los Ángeles.

Otro suceso ligeramente desplazado de su momento es el colapso de Hollywood que proporciona el trasfondo de la novela. Aunque los primeros signos del cambio radical que estaba por suceder ya se apreciaban en 1967, no fue hasta un par de años más tarde cuando los estudios se encontraron con las dificultades financieras detalladas en el libro. La tristemente famosa subasta de recuerdos de películas de MGM se produjo en realidad un poco más tarde aún, en 1970.

El último elemento importante que cambié fue la génesis de la canción «What a Wonderful World». A lo largo de toda la serie, he tratado de mantener la historia de Louis Armstrong lo más ajustada posible a la realidad, aunque aquí no lo conseguí. La verdad es que Bob Thiele propuso directamente a Armstrong la idea para la canción, poniéndole una maqueta de la canción

mientras Louis estaba de gira en la ciudad de Washington. A Armstrong le gustó y aceptó de inmediato grabar la canción. Relacionar la canción con el pesimismo que Armstrong probablemente estaba experimentando en aquel momento fue invención mía. La canción se lanzó en septiembre de 1967, unos cuantos meses antes de lo que se cuenta en el libro.

A pesar del empeoramiento de la salud de Armstrong, este vivió más que su mánager Joe Glaser, que falleció en junio de1969. Unos años después de la muerte de Glaser, se reveló que el abogado de la Mafia, Sidney Korshak (que en el libro aparece almorzando con Reagan), no era solo el consejero legal de la empresa de promoción artística de Glaser, sino que también era poseedor de la mayor parte de las acciones de la compañía. Esta empresa que Armstrong contribuyó a construir estaba más relacionada con los bajos fondos de lo que él habría podido imaginar. La duradera relación de Reagan con Korshak, y los mafiosos con los que trabajó Korshak, se detallan en *Supermob* (2006), de Gus Russo. No es una sorpresa que el FBI calificara a Korshak como «el abogado más poderoso del mundo».

Armstrong falleció mientras dormía en su casa de Queens, un mes antes de cumplir setenta años, en julio de 1971. Su capilla ardiente se instaló en la Armería del Séptimo Regimiento, en Park Avenue, donde 25.000 personas desfilaron ante su ataúd. En el entierro, que fue televisado, entre los portadores honorarios del féretro estaban Duke Ellington, Ella Fitzgerald, Frank Sinatra, Bing Crosby, Dizzy Gillespie, Count Basie, Guy Lombardo, Nelson Rockefeller, David Frost, Ed Sullivan y Johnny Carson.

«Esto está siendo un trabajo jodidamente duro, tío. Tengo la sensación de que he pasado veinte mil años en aviones y trenes, como si echase el bofe soplando… Nunca traté de demostrar nada, solo quise brindar siempre un buen espectáculo. Mi vida ha sido mi música, eso ha sido siempre lo

primero», dijo Armstrong no mucho antes de su muerte.

Pero quizá el mejor modo de finalizar sea utilizar las palabras de un desconocido al que entrevistó la CBS mientras hacía cola en la capilla ardiente de Armstrong: Louis Armstrong ha sido «amigo de todo el mundo, todos los colores, todas las naciones. Cuando dicen que era el embajador, eso es lo que era: el embajador del amor».

RAY CELESTIN
Londres, julio de 2021

Agradecimientos

Desde que se publicó mi último libro han fallecido dos críticos que siempre han realizado reseñas entusiastas de mi obra: Sarah Hughes, del *Guardian* y el *Independent,* y Marcel Berlins, de *The Times*. Sus reseñas siempre han alentado mi escasa confianza en mi escritura, por lo que les estoy increíblemente agradecido. Descansen en paz. También quiero agradecer toda su ayuda a Mariam Pourshoushtari, Shemuel Bulgin, Chris Branson, Stephen Reynolds, Chantal Lyons, Adam Shelby, Julia Pye, Lucinda Smyth, Ben Heather, John Gaffney, Ed Meckle, Thonie Hevron, Douglas Valentine, Stephanie Jones, Sam Armour, Jane w, Francesca Davies, Susannah Godman, Maria Rejt y Alice Gray. Y a todos los de L&R, Mantle y Macmillan. Como siempre, un agradecimiento especial a Ben Maguire, Cedric Sekweyama y Nana Wilson.

Título original: *Sunset Swing*

Edición en formato digital: 2023

Copyright © Ray Celestin, 2021
© de la traducción: Mariano Antolín Rato, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-133-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.